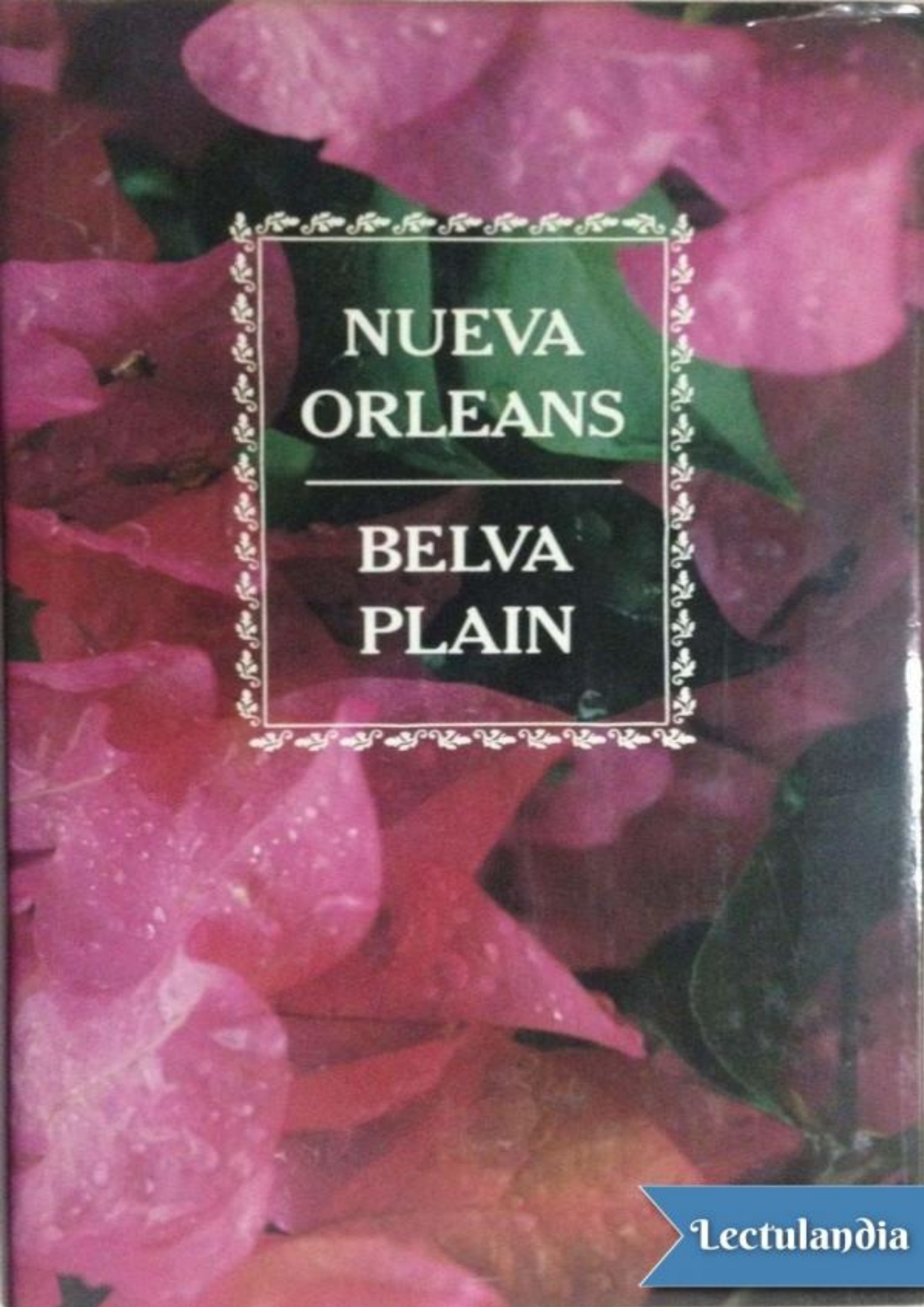


Lectulandia

Aún era una niña cuando la llevaron, desde su Alemania natal, a la fastuosa Nueva Orleans anterior a la Guerra de Secesión. Miriam Raphael inició allí una existencia placentera, alegre y ociosa, en un ambiente donde todo parecía exquisito. Nueva Orleans era entonces una ciudad fascinadora, llena de contrastes, con una clase social alta, refinada, culta, beneficiaria de una riqueza basada en el algodón… y en la esclavitud. Como todas las muchachas de su ambiente, Miriam sueña con el amor, con un marido que sin duda le procurará la felicidad. Ignora que, en muchos aspectos, ella es distinta. Eso hará que, cuando su sueño se convierta en realidad, cuando se case con uno de los hombres más ricos de Nueva Orleans, toda la ilusión juvenil se disuelva en lamentable fracaso.

Sensible e inteligente, Miriam no tarda en rebelarse ante la idea de que se la considere solo una preciosa propiedad, sin más cometido que procrear hijos y hacer grata la vida al esposo-propietario. Cinco días de luna de miel han lacerado irremisiblemente su cuerpo y su alma. Luego, súbitamente, estalla la guerra civil, con todo su horror, y Miriam, fiel a sí misma, encuentra su camino y su verdad. Algo que, aunque lo ignoraba, siempre había tenido muy cerca.

Belva Plain

Nueva Orleans

ePub r1.0
Titivillus 13.03.2021

Título original: *Crescent City*
Belva Plain, 1984
Traducción: Ana M.ª de la Fuente

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Nueva Orleans

Nota de la autora

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Sobre la autora

A la memoria de mi esposo, compañero de toda una vida.

NOTA DE LA AUTORA

En esta novela se citan los nombres de muchos personajes reales. Estos, además de personalidades de relevancia histórica como Lincoln y Davis, son los siguientes: Valcour Aime; Judah P. Benjamín; Dyson, el maestro de escuela; rabí Einhorn; Manuel García; Louis Moreau Gottschalk; Jesse Grant, padre del general; Rebecca Gratz; rabí Gutheim; Henry Hyams; rabí Illowy; Manís Jacobs; Gershom Kursheedt; Isaac Leeser; rabí Lilienthal; Rowley Marks; Penina Moise; padre Moni; Eugenia Phillips; baronesa de Pontalba; rabí Raphall; Ernestine Rose; Seignouret; rabí Seixas; Slidell; Pierre Soulé; Judah Touro; rabí Wise; doctor Zacharie.

Los restantes personajes son imaginarios.

1

Al anochecer de un sábado de la primavera de 1835, una berlina apareció de pronto en lo alto de una cuesta situada sobre el pueblo de Gruenwald, a mitad de camino entre los Alpes de Baviera y la ciudad de Wurzburgo, en la provincia de Franconia. Sus ruedas amarillas estaban cubiertas de una capa de polvo gris y los cuatro robustos caballos que la arrastraban avanzaban con aire cansino. Era evidente que el viaje había sido largo. Los campesinos, que se disponían a terminar su día de labor, enderezaban la espalda y contemplaban el carruaje con bovina extrañeza, ya que pocos eran los visitantes que llegaban al pueblo, y aun esos pocos lo hacían a pie o en grandes carros cargados de mercaderías. La berlina se detuvo un momento en el altozano, recortando su achaparrada silueta sobre un cielo ventoso, embadurnado de nubes carmesíes, inmóvil en lo alto de la cuesta como si, antes de iniciar el descenso, el viajero quisiera contemplar el panorama del pueblo que se extendía a sus pies. Luego, bamboleándose y haciendo crujir los arreos, el coche desapareció bajo el ramaje de unos tilos cubiertos de hojas nuevas. Minutos después, reaparecía al pie de la cuesta, recorría la corta calle principal y torcía por la calle de los Judíos.

Los campesinos movían la cabeza. «Bueno, ¿qué te parece?».

El único ocupante de la berlina también movía la cabeza con expresión de asombro. Era un hombre fornido, de unos treinta y tantos años, abundante cabello negro, cara jovial, ojos brillantes e inquisitivos y boca grande y carnosa.

—Judengasse —murmuró para sí casi con incredulidad—. No ha cambiado nada. —Aunque tampoco hubiera podido decir por qué tenía que cambiar en los ocho años que él llevaba ausente.

Las mismas casas estrechas, que habían sido nuevas hacía trescientos años, se apretujaban a uno y otro lado de la calle encarándose, encorvadas, como viejos cascarrabias. La última luz de la tarde se reflejaba en sus pequeñas ventanas, ojos que brillaban bajo las cejas de sus saledizos

medievales, y hacía relucir las vigas de las paredes, cual arrugas de sus caras decrépitas.

Entre la carnicería y la posada de «El Oso de Oro», ahí mismo, a mitad de la calle, de un momento a otro, aparecería la casa. Y el hombre sintió un nudo de angustia en la garganta. Otra vez aquel portal oscuro, los gritos de terror, las risotadas crueles —sí; también hubo risas—, las carreras y la sangre de su joven esposa sobre los escalones… Con un gran esfuerzo, consiguió dominar la náusea.

—América —dijo en voz alta sin darse cuenta.

La liturgia del sábado había terminado; las grandes puertas de la vieja sinagoga de madera estaban cerradas y la escalinata, desierta. Cuando la berlina se detuvo en el patio de «El Oso de Oro», los últimos fieles, con sus mejores galas, iban camino de sus casas. A la puerta de la posada, se formó un grupito de curiosos. Al ir a apearse, el hombre distinguió unas caras borrosas, todas con la misma expresión de sorpresa y expectación, propia del que va al circo o al teatro. Y es que allí nunca pasaba nada…, descontando los periódicos desastres. Consciente de ser el centro de la atención de aquella gente y deseoso de evitar que lo reconocieran, puesto que tenía prisa, el hombre bajó la cabeza.

Lo que vieron los curiosos fue, ante todo, un par de botas de piel que asomaban por la puerta del carruaje, después, un bastón de paseo con puño de plata y, por último, un abrigo de fino paño color canela con cuello de terciopelo y una chistera a juego: una estampa insólita, por más que en seguida distrajo la atención de la concurrencia la aparición de dos criaturas negras como el carbón que bajaban del pescante, donde hasta aquel momento las ocultara casi por completo el voluminoso capote del cochero. Eran dos adolescentes vestidos con calzón corto y chaleco azul y puños de encaje dorado.

El viajero, de espaldas a los curiosos, dio instrucciones al cochero.

—Encarga habitación para esta noche. Y ocúpate de que atiendan bien a esta pareja. No hablan la lengua de aquí. —Dio sendas palmadas en los hombros a los dos muchachos negros.

—¡Maxim! ¡Chanute! —Siguieron unas palabras en francés a las que los chicos respondieron con vivos movimientos de cabeza. Luego, sin mirar a derecha ni izquierda, el viajero salió del patio de la posada y bajó por la calle hasta la casa de Reuben Nathansohn. Llamó a la puerta. Cuando esta se abrió, él desapareció en el interior.

Varios pares de ojos contemplaban ahora aquella puerta con asombro.

—Vaya, ¿quién crees tú que puede ser y qué buscará en casa del viejo Nathansohn?

—Es extranjero. Francés, ya le habrás oído.

—¿Un dignatario?

—¡Dignatario! ¿En un coche de alquiler?

—Pues un banquero. Un banquero o un comerciante…

—Es judío. ¿No te has dado cuenta? Es judío.

—¿Y eso quién puede saberlo? Un extranjero rico solo parece un extranjero rico. ¿O es que va a llevar una marca: «Yo soy judío», «Yo no soy judío»? Los extranjeros no tienen que ponerse distintivos como nosotros.

Una anciana dijo entonces con voz chillona y despectiva haciendo tremolar sus pendientes de oro al mover la cabeza con excitación:

—Pero ¿no sabéis quién es? ¿Es que no le habéis reconocido? Es Ferdinand Raphael.

—¡Ferdinand el *Francés*.

Se alzó una algarabía de voces.

—No era francés, que era alsaciano. Acababa de llegar de Alsacia cuando se casó con Hannah Nathansohn.

—Me acuerdo de la noche en que…

—¡No puede ser! Marchó a América después de la desgracia.

—¿Y qué iba a impedirle volver? Habrá venido a buscar a sus hijos.

—Es natural.

—¿Tú crees? Pues ya era hora. La niña tiene ocho años.

—Nueve. Miriam tiene nueve años.

La anciana que había hablado la primera se adelantó.

—Miriam tiene ocho años —dijo categóricamente—. Yo estaba presente cuando nació y vi a su madre dar a luz y morir en el mismo minuto. —Alzó la voz salmodiando—: ¡Oh, y qué milagro! Qué milagro, que la criatura pudiera vivir…

Se hizo un silencio respetuoso y afligido. Luego, una mujer joven dijo:

—¿No murió cuando los estudiantes…?

—Fue antes de que llegaras tú, Hilda. Sí, fue cuando los señoritos cruzaron el pueblo como locos, galopando en sus magníficos caballos y cayeron sobre la Judengasse… —La voz era ahora un sonsonete monótono, como si su dueño se resistiera a repetir aquellos horribles sucesos, pero no pudiera callar—. Ventanas rotas, puertas derribadas y nosotros, corriendo… ¡Y las piedras que traían! Eran tan grandes que tenían que lanzarlas a dos

manos. Yo estaba con Hannah, dos pasos delante de ella, cuando la alcanzaron.

—Le dieron en la cabeza. Hannah, la chica de Nathansohn, la esposa de Raphael. Cayó en la puerta de su casa, esa misma puerta. Nosotros la llevamos dentro.

—La niña empezó a respirar en el mismo momento en que expiraba la madre.

Volvió a hacerse el silencio. El espantoso recuerdo hermanaba al pequeño grupo.

Alguien dijo después:

—Él se marchó al poco tiempo. América.

—Es natural que el hombre quisiera irse de aquí. Y cuanto más lejos, mejor.

—Bueno, parece haber hecho fortuna en América. Ahora querrá llevarse a sus hijos.

—Pues lo que es con el chico no han de faltarle quebraderos de cabeza.

—¿Por qué? A mí me parece un muchacho noble e inteligente.

—Oh, listo sí es, pero más tozudo que una mula. Y ya no es un niño. Debe de tener quince años.

Se quedaron esperando en la calle, reacios a perderse aquellos extraordinarios acontecimientos. Se hizo de noche. El grupo menguó. Unos cuantos fueron en busca de faroles y siguieron esperando. Pero, en realidad, no había nada que ver, como no fueran las ancas de la vaca que comía en el establo antiguo de la casa de los Nathansohn. Al cabo de un rato, hasta los más remolones optaron por irse a casa.

Un friso de cigüeñas verdes circundaba la panza de la estufa de cerámica del rincón. A medida que refrescaba la noche, los presentes iban arrimándose a ella. Cuando Ferdinand extendió los brazos hacia el calor, un zafiro relució en su mano.

—Ya no estoy acostumbrado a este clima del Norte —dijo con su meloso acento francés. Levantó la cara sonriendo—. Así que te acordabas un poco de tu padre, ¿eh, David?

El chico le miraba sin pestañear. Había una expresión ligeramente especulativa en sus ojos un tanto sombríos.

—Sí —dijo. Hablaba seca y escuetamente, como el que no lo hace por el placer de escucharse—. También me acuerdo de mi madre. Me acuerdo de todo.

—Naturalmente. Eras un niño muy listo. ¿Y por qué no? A los de nuestra familia nunca les faltó cerebro. Nunca.

Y Ferdinand volvió a sonreír. Su carácter afable le hacía acompañar de sonrisas sus observaciones. Pero no recibió sonrisa alguna de su interlocutor; solo una mirada inmóvil de aquellos ojos pensativos. Se sintió incómodo. Acarició ligeramente la suave pelusa de su sombrero de castor que aún tenía sobre las rodillas, quizá maquinalmente o quizá buscando en aquel contacto cierta seguridad en sí mismo.

Aquella habitación oscura… ¿alguna vez vivió él allí? Era lóbrega y destartalada en cualquier estación del año. La estufa y el gran armario de roble, situado en el ángulo opuesto, agazapado como una fiera salvaje, eran las dos únicas piezas de importancia. La mesa y las sillas eran poco más que cuatro maderas toscas, unas astillas para el fuego. El suelo estaba desnudo y frío. Ferdinand se estremeció. Siempre la maldita pobreza. Aquí, en este rincón, uno podía olvidarse de que el vino era fragante y la fruta dulce, de que la risa era música y la música hacía danzar los pies. Aquí casi no se concebía que un hombre pudiera adquirir los medios para saborear estos bienes y dormir plácidamente toda la noche.

Todos le miraban esperando que acabara de explicar su presencia, como si fueran hostiles a ella. Debía de parecerles un extraño. Era un extraño. Y Dinah tenía, además, su propia frustración personal. Ya era una solterona marchita y amargada cuando él se casó con la dulce Hannah, su hermana pequeña.

Ahora estaba aún más ajada, con la piel amarilla, cuarenta años y una mancha en su vestido del sábado, sin nada que esperar, como no fuera la muerte del viejo, que, a juzgar por su semblante, no tardaría en llegar. El abuelo, en el catre, tosía y tiritaba ciñéndose la toquilla al cuello descarnado. Envejecer, morir en aquel lugar tan sombrío… Ferdinand sintió una viva compasión.

En la habitación aquella, solo el rostro de Miriam respondía al suyo dándole lo que él deseaba recibir. La niña tenía los ojos de su madre, color de ópalo, ligeramente rasgados y de mirada alegre, incluso cuando su dueña estaba seria, como ahora. De su madre también había sacado aquel labio superior corto y delicadamente hendido, que apenas llegaba a cerrar sobre el inferior. «Una boca tierna —pensó él con un profundo remordimiento—; demasiado tierna para aquella casa, para el pobre gruñón, para la tía, adusta y dominante». Ferdinand se sentía profundamente conmovido por aquella hija

recién hallada, por la elegancia de sus pies delgados, que ahora mantenía cruzados a la altura del tobillo y la gracia de los finos dedos con que acariciaba el pelo largo y sedoso de la perrita que descansaba en su regazo.

—Tengo cosas muy bonitas para ti, Miriam —dijo Ferdinand. Sintió un nudo en la garganta y tragó saliva. Deseaba dar, dar con todo el amor y el dolor acumulados durante todos aquellos años perdidos—. Las compré en París y las dejé allí para que las mandaran a casa en barco.

Y Ferdinand pensó en las mavarillas que ya iban camino de Nueva Orleans: un piano «Pleyel», cajas de porcelana de Sévres azul y oro, metros de encaje de Alenqon, chales bordados, sombrillas de volantes, abanicos pintados y buenos libros encuadernados en piel para el chico. Pero se le ocurrió que sería cruel hablar de estas cosas en la Judengasse. Ya tendría tiempo de demostrar a sus hijos lo que podía hacer por ellos, cuando estuvieran en casa. Y dijo únicamente:

—Te he traído una muñeca rubia. Está en la maleta que dejé en la posada. Te la daré por la mañana. —Y al momento añadió, sin poder contenerse—: También un traje para ti, David, y un vestido de viaje para ti, Miriam. Están en esta caja. Tenéis que ponéroslos mañana, para estar elegantes durante el viaje.

—Y ahora vas a llevarte a mis nietos —dijo el anciano en tono de reproche y acusación.

—Abuelo, imagino lo que esto supone para usted. Pero puede venir con nosotros si lo desea. Y tú también, Dinah. —Ferdinand se arrepintió en seguida de la invitación. ¿Y si aceptaban? Bien, no tendría más remedio que llevárselos—. Tengo esposa, una excelente mujer. Se llama Emma. Viuda y con dos hijas. Una se casó el invierno pasado. Pelagie, una muchacha muy bonita. Y poseo una casa muy grande y tan elegante como cualquiera de las de Wurzburgo.

—Naturalmente —dijo Dinah—. Todos sabemos que en América se encuentra el oro por las calles.

Tan sarcástica como siempre. Su cuñada tenía que hacerle comprender que a ella no la impresionaban ni su magnificencia ni su generosidad.

«La lengua afilada de la solterona, la menospreciada», pensó él, compadeciéndola también. Porque su condición, había que reconocerlo, solo en parte podía atribuirse a su falta de encanto. Los judíos jóvenes, o no tenían ni un cuarto, o se marchaban a América. Además, había que contar con la maldita *matrikel*, la autorización del Estado que solo se concedía a unos pocos. No; no era culpa suya estar soltera.

—Yo no lo encontré en la calle —dijo él suavemente—. Tuve que trabajar mucho para ganarlo.

El anciano tosía fatigosamente, escupiendo sangre. David llevó agua en una taza a su abuelo y con solícita paciencia le ayudó a sostenerla.

Bruscamente, casi con violencia, como si se obligara a sí mismo a romper su propio silencio, el chico dijo a su padre:

—Hablamos de América. Cuéntanos qué ocurrió cuando te fuiste.

Aunque lo había contado más de cien veces, a Ferdinand le era grato repetirlo ahora.

—Bien, cuando murió vuestra madre, yo llevaba ya algún tiempo pensando en América…, y entonces me decidí a marchar. Como sabéis, no era dueño de muchas cosas, así que metí cuanto poseía en una bolsa de lona y me marché andando en dirección al Oeste. Antes de llegar al Rin, ya había roto los zapatos, de manera que estuve dos días recolectando manzanas a cambio de un par de botas viejas. Menos mal que eran de mi medida. Luego, hice parte del viaje en barca por el Rin. En Estrasburgo tenía unos primos lejanos que me permitieron descansar en su casa varios días y me dieron bien de comer.

Todos le escuchaban con atención en esa actitud silenciosa e inmóvil que invita a la narración. El chico estaba absorto. «También él está ansioso por marchar», pensó Ferdinand. Y continuó:

—Llegué a París en un carro que iba a cargar algodón…

El París de entonces y el París de ahora. Calles sórdidas y hediondas. Castaños en flor y anchas avenidas. Dos ciudades diferentes según el dinero que lleves en la bolsa.

—Por fin llegué a El Havre, donde embarqué. El viaje duró dos meses y me costó setenta dólares americanos, cuanto poseía en el mundo… El mar es como montañas que se abalanzan sobre ti. No podéis imaginarlo. Yo iba abajo, con los emigrantes. Y qué mareo.

Hubo gente que se murió del mareo. —Les miró y por su cara volvió a extenderse aquella sonrisa afable—. Pero no tengáis miedo, que vosotros no tendréis que viajar así. Iréis en buenos camarotes, muy arriba, con mucho aire marino. Y qué camarotes. Madera de teca, metales relucientes, buenas colchas y sábanas finas. Bueno, como os decía, crucé el océano, desembarqué en Baltimore y me puse a trabajar. Fue muy duro. A veces no me explico cómo lo hice, cómo alguien puede resistirlo. Pero se resiste. Y al fin conseguí llegar a Nueva Orleans.

—¿Está muy lejos? —preguntó David—. ¿Se tarda mucho desde ese sitio, Baltimore, hasta Nueva Orleans?

—¿Que si está lejos? A miles de kilómetros y años de distancia. Aunque, a decir verdad, a mí me costó pocos años. Empecé trabajando en una granja de Maryland. Vosotros sabéis que yo nunca había hecho de granjero, pero cuando se tiene salud, y fuerza de voluntad, se puede hacer cualquier cosa. Aprendí el inglés muy de prisa. Yo tengo facilidad para las lenguas. Eran buenas personas mis patronos, un matrimonio, los dos gordos, callados y trabajadores. Durante las comidas, solo se oía masticar y golpear el plato con la cuchara. No se puede negar que allí comía bien, pero eran tacaños con el dinero. Cuando llegó el momento de pagarme el sueldo, él me dio solo la mitad de lo convenido, diciendo que había sido un mal año, y no era verdad, porque la cosecha fue buena y tuvimos un tiempo ideal, con bastante sol y bastante lluvia, y yo fui con él al mercado y le vi vender el grano. Era solo que no quería soltar el dinero. Muy bien, me dije, yo prometí quedarme dos años pero él prometió pagarme. Él había faltado a su promesa, por lo que yo no tuve escrúpulos en faltar a la mía. Yo dormía en el granero, y una mañana me levanté temprano y me fui sin despedirme.

Otoño. Caían las hojas. Hojas doradas y bermejas. Manzanas agridulces pudriéndose en el suelo. La mañana era fría; horas después, el sol caldearía el aire y zumbarían los insectos sobre las manzanas. Sin embargo, para entonces yo ya estaría lejos, habría andado un buen trecho del camino, cualquier camino que fuera al Oeste.

»Yo tenía mis planes. Había un buhonero que pasaba cada dos o tres meses vendiendo por las granjas. Llevaba percales, hilos, agujas y cepillos para los dientes. Era evidente que hacía negocio. Conque a eso me dediqué. Con lo que me había dado el granjero, compré mercancía y fui vendiéndola de granja en granja hasta que llegué al río Ohio. No era mala vida aquella. Caminabas por el país mientras ibas llenando la bolsa de monedas. O viajabas en la balsa por el río, siempre preguntándote qué habrá tras el próximo recodo…

Después de dejar atrás infinidad de valles y colinas, recuerda el desembarco en el lugar en el que el Ohio se precipitaba en el Mississippi: despuntaban los brotes de la primavera apenas iniciada, el olor a hierba, y aquel ancho espacio, y el profundo silencio. Recuerda cómo lanzaste el sombrero al aire y, solo y donde nadie podía verte, te pusiste a bailar, porque eras libre, porque no tenías que dar cuenta a nadie, porque eras joven y fuerte, porque ya no tenías que temer a nadie.

»A1 poco tiempo, pude comprarme un caballo, que estaba flaco, enfermo y llagado. Podía haber comprado algo mejor, pero me dio pena el pobre animal. Conque antes de continuar viaje lo dejé descansar unos días para que se repusiera. Nos hicimos buenos amigos él y yo y juntos íbamos de un lado a otro, arriba y abajo, nos adentrábamos hacia el interior y luego salíamos otra vez al río. Yo reponía existencias en los almacenes de las ciudades. A veces, volvía a embarcar y hacía quince o veinte kilómetros hasta el próximo punto de atraque.

Mientras hablaba, Ferdinand revivía aquella época, y ahora hablaba casi tanto para sí como para sus oyentes.

—Vi grandes plantaciones en las márgenes del río, y hermosas mansiones con columnas, y cientos de esclavos negros, y kilómetros y kilómetros de campos de algodón. También vi pequeños poblados en los bosques, tres o cuatro casas de troncos. En Europa no hay bosques como aquellos, no… —No encontraba las palabras—. No podéis imaginar las distancias, lo agreste de aquellos bosques. A menudo, te sobrecoge pensar cuán pocas veces los ha pisado alguien antes que tú. Hay horas y horas de camino de un poblado a otro. Ves a hombres con trajes de piel de gamo, mujeres y niños con ropas de lana harapientas. Te preguntas qué les ha traído hasta aquí, qué les hace arrastrar una existencia tan dura y primitiva.

Bosques, pantanos, sendero. Anochece bajo los pinos, y los espinosos matorrales invaden el camino arañándote la cara y tienes que apartarlos con la mano. Las ramas crujen bajo tus pies. Y sientes miedo, los viejos terrores de la niñez, comunes a todos. Algo te sigue. Dentro de un instante, saltará sobre ti, te agarrará. Tú procuras serenarte, pensar con sensatez. Haces un esfuerzo para no mirar atrás.

»La soledad, el vacío…

—¿Y los indios? —David estaba tenso, absorto. Tenía la cabeza apoyada en la palma de la mano y se retorcía un rizo de la sien.

—¡Ah, sí, los indios! Las tribus chotaw. Y los lobos. Pero fue por los lobos por lo que me compré el rifle, no por los indios. Los indios nunca se metieron conmigo.

—Un rifle —repitió el chico. Ferdinand advertía que el niño que aún había en su hijo estaba embelesado. Era casi un hombre. Tenía tres cuartas partes de hombre, tal vez más; el resto era todavía niño. Y, con estas aventuras, el padre conectaba con aquel niño.

—Sí —asintió Ferdinand—; pero, por fortuna, solo tuve que usarlo para matar conejos. Al poco tiempo, pude comprar un carro. Me acuerdo muy bien

de mi primera carga. Llevaba diez baúles llenos de telas de todas clases: popelín, percal, etamín… Relojes de sobremesa de bronce y relojes de bolsillo de oro, medias de algodón, chales de lana, guantes de cabritilla, bisutería… de todo, para los amos y para los criados. Pero, una vez tuve el carro, no podía salirme de los caminos transitados. —Se echó a reír—. ¡Transitados! Eso es mucho decir. A veces, estabas un día entero sin ver a un ser humano. De vez en cuando, me tropezaba con otro buhonero como yo, las más de las veces, judío europeo. Al cabo de algún tiempo, empezó a pesarme la soledad de aquella vida. Sin embargo, si tienes una idea en la cabeza, un pensamiento que no te deja, no estás solo del todo. Yo quería abrir un almacén, establecerme en algún sitio, esa era mi idea. Al fin y al cabo, yo entendía de comercio; mi padre compraba grano para los ejércitos de Napoleón. Bien, al cabo de unos dos años, había ahorrado lo suficiente y abrí un almacén. En realidad, no era más que una gran nave cuadrada con estanterías todo alrededor. Pero estaba en un buen sitio, en la ruta de Chihuahua y abastecía las caravanas que iban a México. Todo el que pasaba por allí, colono o indio, tenía que comprarme a mí. Y las cosas iban de prisa. Todo va muy de prisa en América.

Las velas se habían consumido. Dinah se levantó y encendió velas nuevas. Gastar tanta cera seguía siendo un despilfarro, eso lo sabía bien Ferdinand, siempre fue así y siempre sería así en esta tierra. Aquí, en estos pueblos de Europa, las cosas no iban de prisa; las cosas no se movían.

—¿Por dónde iba? Ah, sí. Veréis, prosperé muy pronto, porque en un abrir y cerrar de ojos, en torno a mi almacén, surgió una comunidad. Al cabo de un año, vendí mi propiedad por el triple de lo que me había costado y me marché río abajo. ¡Y qué río! Uno de los más grandes del mundo. Tan ancho es que, en algunos puntos, desde una orilla no puedes ver la otra. Siguiendo su curso, encuentras ciudades bulliciosas y pujantes: Memphis, el gran mercado algodonero del interior; Baton Rouge, más al Sur, siempre rumbo al Sur, hacia las tierras cálidas. Desde el principio, yo había puesto la mira en Nueva Orleans. La Ciudad Reina, llamada también la Ciudad del Creciente por la curva que describe el río en su desembocadura.

¡Ah, Nueva Orleans! La perla del río, con sus aguas verdes y tranquilas, sus tardes soñolientas, sus noches centelleantes…

—Me enamoré de ella como se enamora uno… —Iba a decir: «como se enamora uno de una mujer», pero un hombre no puede decir estas cosas delante de su hija—… como se enamora uno de un lugar de ensueño. Casi en seguida, me hice amigo de un hombre excelente. Se llamaba Michael Myers.

Era un judío del Norte, de los alrededores de Nueva York. Su padre había servido a las órdenes de George Washington en la Guerra de la Independencia. ¿Sabes algo de eso, David?

—He oído hablar de ello. Fue una lucha por la libertad, contra Inglaterra.

—Exactamente. Ya veo que has leído libros. Volviendo a lo que os decía, Michael Myers llevaba veinte años en Nueva Orleans y tenía un próspero negocio de importación y exportación. Pero ya no era joven y estaba buscando un socio, un hombre fuerte y emprendedor que entendiera el negocio o que, por lo menos, fuera capaz de aprender a manejarlo y en quien se pudiera confiar. Y me eligió a mí. Puedo decir que nunca le di motivo para que tuviera que lamentar su decisión. No solo me familiaricé pronto con el negocio, sino que, además hice algunas innovaciones. Por ejemplo, trabé amistad (hago amigos con facilidad), pues, con varios capitanes de los barcos del río que frecuentan los cafés del puerto. Y, gracias a estos contactos, me aseguré el suministro de las mercancías que tienen más demanda entre las señoras: joyas, calzado, lencería, etcétera. Artículos de lujo y objetos de fantasía. Siempre tuve buen ojo para las cosas bonitas. Sí; mi socio podía estar contento de mi aportación a la empresa. Durante el poco tiempo que trabajamos juntos, no tuvo que arrepentirse.

El abuelo escuchaba con gran atención.

—¿Poco tiempo?

—Sí. Por desgracia, mi socio murió de fiebre amarilla hace un año. La mayoría de la gente se va de la ciudad durante el verano. Por una vez, él no lo hizo y contrajo la fiebre. Fue terrible.

—¿Y ahora tú eres el dueño del negocio?

—Sí; me lo dejó a mí. Su viuda y su hija tienen otros bienes y viven en una hermosa casa en Shreveport. Yo le prometí ocuparme de ellas si era necesario. La niña, Marie Claire, es un poco mayor que Miriam.

—Marie Claire —observó Dinah—. Extraño nombre para una judía.

—Verás, en Nueva Orleans las costumbres son distintas. —Sí; muy distintas, pensaba él, deseando estar ya de regreso y consciente por primera vez de lo lejos que se hallaba—. Mi empresa será pronto una de las más importantes de la ciudad, si no lo es ya. El año pasado me terminaron la casa. Toda de ladrillo, construida alrededor de un patio. —Abrió los brazos en un amplio ademán—. Diez veces más grande que toda esta casa, con establos y cobertizos en la parte de atrás, formando un cuadro. Todas las casas se construyen así. Es un estilo mediterráneo.

—Según el modelo del *atrium* romano —dijo David.

—¡No haces más que sorprenderme, David!

La cascada voz del anciano dijo en tono desdeñoso:

—Este chico tiene la cabeza llena de cosas que nada conciernen a un judío. ¡Un *atrium* romano!

—Abuelo —dijo David en tono de resignación—, abuelo, tú no lo entiendes. La gente ya no se conforma con vivir encerrada en casa. Lo que pasa fuera, en el mundo, nos interesa. Eso no significa que tengamos que perder nuestra fe.

El abuelo se incorporó apoyándose en un codo.

—¿Le habéis oído? Ah, tal vez no se conformen. Pero más les valdría conformarse. Poseo la experiencia suficiente como para no dejarme engatusar otra vez. Vino Napoleón, y todos fuimos libres. Napoleón cayó y nosotros, otra vez detrás del muro. —Juntó sus manos esqueléticas formando una pared —. Aquí es donde estamos nosotros. Ellos están al otro lado. Y yo no necesito saber lo que pasa al otro lado del muro, porque yo nunca viviré al otro lado. Y esto nunca cambiará. Si viene una guerra, un pánico financiero o lo que Dios disponga, siempre será culpa nuestra.

Ferdinand dijo con suavidad:

—Con todo el respeto que me merece, abuelo, creo que David tiene razón. ¡Si pudierais ver cómo se vive en América! En mi ciudad, nadie te pregunta cuál es tu religión, ni tan solo si tienes religión. Cualquiera que disponga de los medios suficientes puede frecuentar las más altas esferas de la sociedad.

—Creo recordar que lo mismo nos decías de Francia cuando Napoleón era emperador —observó Dinah.

—Cierto. Aquellos fueron buenos tiempos. Si Napoleón hubiera durado, las cosas habrían sido muy distintas en toda Europa.

—Pero no duró —dijo el anciano—. Eso es lo que yo digo. ¿Es necesario que te repita, a ti precisamente, lo que ocurrió cuando ese hatajo del Hep Hep hizo estragos por la mitad de los pueblos y ciudades de Franconia? Matanzas en Darmsdadt, en Karlsruhe, en Bayreuth… Hep Hep —dijo amargamente—. Siempre se me olvida lo que eso quería decir, algo acerca de Jerusalén…

—*Hierosolyma perdita est*, Jerusalén ha sido destruida. Es latín.

—Pues, para nosotros, ese latín significa sangre. La sangre de Hannah.

Se hizo un silencio lúgubre. Ferdinand bajó la cabeza. No podía sostener las miradas de sus hijos. Sus ojos eran como los de Hannah, aquellos ojos dulces que él casi había olvidado ya.

—Sí —insistió el anciano. El recuerdo de la tragedia parecía haberle infundido nueva energía—. Volvemos a estar como antes. Sin derechos de

ciudadanía. Sin poder ocupar cargos públicos. Obligados a llevar una señal para que los alemanes sepan quién eres cuando te ven por la calle. Obligados a pagar unos impuestos que se llevan todos tus ahorros. Y sujetos otra vez a la *matrikel*…

Ferdinand estaba abrumado. Volvía a ahogarle el peso de todas aquellas afrentas que él creía haber dejado atrás para siempre. Trató de sobreponerse adoptando un tono ligero.

—Ya lo sabes, David, aquí tendrás que pagar para poder casarte.

—Yo no quiero casarme.

—Ya cambiarás de idea. Una cara bonita te hará pensar de otro modo.

—Puedes tratar de tomarlo a la ligera si quieres —dijo el anciano—, pero no puedes cerrar los ojos a la realidad. En aquellos momentos de horror, ¿trató alguien de ayudarnos? ¿El clero, por ejemplo? No. Nadie hizo nada y nadie lo hará.

—Es cierto —dijo Ferdinand en voz baja.

—Entonces, ¿por qué discutir?

—En realidad, no sé cómo ha empezado la discusión, abuelo.

—Tú has dicho que en América todo es diferente —le recordó David.

—Sí —dijo el abuelo—. Y yo he dicho que allí pasará lo mismo que aquí.

—No —insistió Ferdinand—. Imposible. ¿Qué sabéis vosotros de América? Sí, de acuerdo, en Europa ya no hay esperanzas. Pues adiós a Europa. Por lo que a mí respecta, que se quede con su maldito fanatismo religioso y sus malditas guerras. Aquí no hay futuro para los jóvenes. Por lo menos, para los nuestros.

La habitación parecía empequeñecerse. A medida que avanzaba la oscuridad iba menguando el espacio, y su contracción hacía que el mundo exterior creciera. Estaban confinados en una pequeña isla rodeada de un océano amenazador. De pronto, Ferdinand se sintió exhausto. La tristeza y el miedo le agotaban de modo insospechado. ¡Todos aquellos años de la vida de sus hijos, perdidos! Los dos le miraban en actitud paciente: la niña, casi vencida por el sueño y el chico, contemplando nuevas perspectivas. De pronto, David dijo:

—Muchas veces, he deseado… —Titubeó, miró al abuelo y luego, a su padre—. Muchas veces, he pensado que me gustaría ser médico. Aquí no podría. —Abrió las manos con las palmas hacia arriba en un ademán que expresaba la penuria de aquella casa.

—En América podrías serlo —dijo Ferdinand.

El chico —¡su hijo!— tenía un aspecto patético con aquella chaqueta que se le había quedado pequeña. La gente siempre resulta patética cuando la ropa no es de su medida.

—En Luisiana se fundó la Facultad de Medicina, ahora hace un año. Podrías estudiar allí o donde quisieras. Y no me olvido de ti, Miriam. Hay buenos colegios para niñas.

—Yo iré contigo —dijo ella—. Pero solo si puedo llevar a *Gretel*.

—¿*Gretel*? —Y Ferdinand comprendió que se refería a la perra—. Claro que sí. Es una belleza, y muy aristocrática. Una «spaniel» del rey Carlos. ¿De dónde la sacaste?

—La encontré en el camino cuando era un cachorro. Tía Dinah dijo que no tenía más que unas semanas. Debió de caerse de algún carruaje. —La niña apretaba al animal contra su pecho.

—Esa raza tiene historia —dijo Ferdinand. Le gustaban las historias—. Cuentan que María Antonieta llevaba un «spaniel» del rey Carlos escondido entre los pliegues del vestido cuando subió a la guillotina. Tal vez sea verdad y tal vez no.

El anciano se resistía a dejarse distraer.

—Y ahora te llevarás a los niños —insistió—. Al final de mi vida, vais a dejarme solo.

Ferdinand se sentía abrumado por aquel egoísmo. El abuelo quería retener a los niños a su lado aun a costa de arruinar su futuro, Ferdinand tuvo entonces una repentina visión de aquel futuro: David, convertido en un médico de renombre y Miriam bien casada y viviendo en una hermosa casa, tal vez casada con un gran terrateniente. Pero, entonces, pensó: «¿Quién sabe lo que haré yo cuando me vea viejo y desvalido?». Por lo que respondió amablemente:

—Tenga en cuenta, abuelo, que se trata de un chico que tiene toda la vida por delante y de una niña que dentro de pocos años será una mujer. ¿Qué vida les espera aquí? Nueva Orleans, aun a pesar de la fiebre amarilla, es mucho mejor que esto.

—¿Qué clase de vida religiosa van a tener en ese sitio adonde los llevas? —preguntó el anciano.

—La verdad, no tan intensa como aquí —respondió Ferdinand titubeando.

—Bueno, eso a ti nunca te importó, que yo sepa. Pero me duele que los hijos de Hannah olviden lo que son.

—No tienen por qué olvidarlo, abuelo.

—En esta casa se les ha enseñado a observar las leyes de nuestra religión. Son judíos devotos, como su madre.

Ferdinand miró a sus hijos. ¡Para lo que le había servido a su madre! Se puso en pie y sacó del bolsillo un reloj de oro.

—Os he hecho trasnochar. Es casi medianoche, pero estuve haciendo tiempo por el camino, para no llegar antes del anochecer del sábado.

—De todos modos, has viajado en sábado —dijo Dinah.

—Ah, sí. Lo siento. Me he vuelto descuidado en esas cosas. Las costumbres de Nueva Orleans. Tendré que enmendarme —añadió, en tono conciliador.

Mucho antes del amanecer, las dos personas que iban a abandonar la casa, saltaron de la cama en sus habitaciones de la buhardilla. La excitación, un cierto temor y también un poco de tristeza les impedían seguir durmiendo. Cada uno desde su ventana, contemplaron cómo el cielo pasaba del negro al gris, al lavanda pálido, y se inflamaba en una súbita apoteosis de plata sobre el arco del sol naciente.

David, apoyado en el alféizar, cerró los ojos ante el fulgor. «Papá se pavonea —pensó—. Quiere darse importancia. ¿Estuve hosco con él? Al principio, no sabía qué decir. Será porque me duele que nos dejara. Pero no es justo. ¿Qué habría hecho él con un mocoso y una niña de pecho? Además, era muy joven. Cuando se casó con mamá, no tenía muchos más años que yo ahora. Lo curioso es que aún parece muy joven, mientras que yo me siento mayor que él. Aunque eso es ridículo. De todos modos, yo siempre me he sentido viejo. Será por esa imagen que tengo grabada en la cabeza y no consigo borrar por más que lo intente. Unas palabras escritas con tiza en una puerta: *Jude verreck*, Judío revienta. Risas y carreras. Una mujer con el vientre hinchado cae hacia atrás gritando. Hep Hep. Sí, sí… eso fue. Vuelo de faldas y un portazo. Detrás de la puerta, algo horrible. Luego, llantos y un círculo de faldas y caras de mujer mirándome desde arriba: pobre niño sin madre, pobre niño».

La sangre le daba nauseas. Pero un médico no debe impresionarse por la sangre. Aunque esa sangre era diferente. Era la sangre derramada por la violencia la que le ponía enfermo. Hacía un par de años, estuvo un tiempo sin poder comer carne. Se le atragantaba. Un trozo de pollo que tuviera en el plato recobraba la vida, aleteaba, erizaba las plumas, chillaba y corría con sus delgadas patas para escapar del matarife. Pero aquello pasó. El se obligó a reaccionar con energía, la misma energía con que ahora deseaba ser médico.

Abajo, alguien se movía y una silla rascó el suelo. Pobre abuelo, gruñón y bondadoso. Sin duda debía de saber que se moría. Qué tristeza, ser viejo, no tener fuerza, vivir día a día sabiendo que te vas muriendo. Papá, por el contrario, papá era fuerte, eso tenía uno que reconocerlo, y admirarle por ello. Hacer lo que él hizo, marcharse por el mundo y crearse una situación. Sí; tenía fuerza de voluntad y tesón, y podía sentirse orgulloso.

Colgaba de la pared un espejo resquebrajado que David había rescatado de entre los desechos de un vecino. Ahora se contempló en él. No; no existía el menor parecido entre su habitual expresión huraña y el rostro afable de su padre. Él solo había heredado de Ferdinand el cabello negro y rizado. Y su energía. Eso lo tengo, lo sé.

Qué suerte para Miriam poder escapar de la compañía de la amargada tía Dinah. Papá había dicho que la mandaría a un colegio. Era una niña lista y despierta. David le había enseñado a leer y ella a veces se atrevía incluso con los libros que su hermano traía de casa del rabino, el rabino moderno de quien echaba pestes el abuelo. Ella no los entendía, desde luego, pero lo intentaba y, sorprendentemente, aquí y allá captaba alguna frase. Era muy curiosa. Y tenía la risa pronta, lo mismo que el llanto. Había momentos en los que David se sentía casi como un padre. Bueno, ahora ya tenía a su verdadero padre que cuidaría de ella.

David cerró los ojos, balanceando el cuerpo como para rezar. Luego los abrió, tratando de aprehender con la vista y el oído aquel lugar que ahora iba a abandonar, deseoso de recordar aquella luz matinal, el sonido de una voz lejana y el bronco retumbar del carro de un granjero.

En la habitación contigua, la niña acariciaba la falda de su vestido nuevo. Ella solía describirse lo que veía comparándolo con imágenes de la Naturaleza; así, la tela era suave como la hierba nueva, el color era azul mariposa y el tacto, cálido y suave como plumón de ganso. No había espejo en su cuarto, por lo que solo doblando el cuello hacia atrás podía ver cómo la falda ondeaba y el grueso jaretón le bailaba sobre el tobillo. Levantó el brazo y el puño fruncido se deslizó hacia abajo, dejando al descubierto la fina muñeca. Qué preciosidad de vestido. Mucho mejor que el que se ponía la tía Dinah para ir a la sinagoga. Y mucho más bonito que cualquiera que hubiera visto en su vida. Y de ahora en adelante tendría muchos más, lo había dicho papá. Lástima que tuvieran que marcharse tan pronto; le habría gustado pasearse por la calle para que todos la vieran con aquel vestido.

Miriam se asomó a la ventana. Aún no andaba nadie por la calle. No había más signo de vida que el aleteo del pájaro que estaba en la jaula colocada al

lado de la puerta de la tienda de enfrente. Aquel pájaro siempre le dio pena. La jaula era pequeña y el pobre animal apenas tenía espacio para desplegar las alas. ¿Tendría que estar allí, quieto y callado, todos los días y todas las noches de su vida?

El abuelo le dijo una vez: «Tu madre tampoco podía sufrir ver a un pájaro enjaulado».

Tu madre. Miriam sabía lo que le había ocurrido a su madre, lo supo mucho antes de que los demás sospecharan que ella estaba enterada, porque les oía decir: *Cómo se parece a Hannah. Hay que ver, qué cosas, una vida que se acaba y otra que empieza al mismo tiempo. Horrible. Horrible*. Y, a fuerza de oírlo, empezó a sentirse distinta, más importante que los que habían nacido del modo corriente. Pero este conocimiento también le daba pesadillas.

Algunos opinaban que no deberían habérselo dicho. Pero ya era tarde. Al igual que su hermano, Miriam se había pintado mentalmente un cuadro que nada podría borrar. En aquel cuadro, su madre llevaba un chal a cuadros. ¿Por qué? Nadie habló nunca de un chal. Y el pelo recogido en un moño alto. Eso tampoco se lo habían dicho, ni ella lo preguntó.

Ahora se anudó las negras y sedosas trenzas en lo alto de la cabeza y hundió las mejillas —lo que dio a su cara infantil una expresión grave de persona mayor— y se echó a reír, se recogió la falda y alzó del suelo la perrita que la miraba con ojos de perplejidad.

—*Gretel*, nos vamos a América. Tú también. ¿Creías que iba a dejarte?

Se puso seria otra vez. «Echaré de menos a la tía Dinah. Cuando no está regañosa es muy cariñosa. Me parece que va a encontrarse muy sola sin mí. Y a mis amigas, Lore y Ruth… Pero el viaje en barco será fantástico. Y David estará allí, de manera que no me sentiré tan extraña. Además, me gusta papá, ya le quiero. Tiene una sonrisa tan dulce. Dice que la muñeca es rubia».

Y a la niña le parecía que el sol nunca había salido con un brillo tan resplandeciente como el que tenía aquella mañana.

Se despidieron abajo. Ferdinand sacó una bolsa. Gruesos florines de oro cayeron sobre la mesa en un montón.

—Esto bastará por ahora —dijo—. Di instrucciones a mi banquero de Estrasburgo para que todos los meses os envíe la misma cantidad mientras viva uno de vosotros dos. Y esta bolsa… un donativo para la sinagoga. Dadlo en mi nombre, en memoria de Hannah.

El anciano y la mujer le miraban impresionados. En su mudo agradecimiento, en el brillo húmedo de su mirada, había algo que

avergonzaba a David. Que un ser humano tuviera que estar tan agradecido a otro ser humano no podía ser bueno. Era humillante.

—Y no os preocupéis por los niños. En mi casa estarán perfectamente atendidos. Emma, mi esposa, es una mujer muy dulce. Está esperándoles con ilusión.

La tía Dinah se enjugó los ojos.

—David es muy atrevido, y eso puede costarle disgustos. Atrevido e irreflexivo. Y terco. Cuando se le mete una cosa en la cabeza, no hay manera de hacerle desistir. Es un testarudo. Pero es muy bueno.

David la miró asombrado. Que él recordara, su tía nunca, nunca, había dicho de él que fuera bueno.

—Sí —prosiguió Dinah—; él sabe cómo tendría que ser el mundo y cree poder cambiarlo. Cuando aprendas a pensar lo que dices, David, será mucho mejor para ti.

El anciano tenía algo que añadir.

—El año pasado nos causó un problema con los vecinos. El padre estaba azotando al hijo pequeño por robar patatas, y David le gritó: Esa no es manera de educar a un niño. Debería usted saberlo. La Tora dice que a los niños hay que enseñarles, no pegarles. Imagina, un mozalbete recién confirmado tratando de dar lecciones a un hombre mayor sobre la manera de educar a su hijo. Ya puedes figurarte cómo se enfureció el otro.

—Pero David tenía razón —dijo Miriam impulsivamente.

—Es su sombra —dijo Dinah abrazando a la niña—. Es la sombra de su hermano. Para ella, todo lo que hace David está bien hecho, ¿verdad, Miriam?

—Ya veo que, de ahora en adelante, mi vida va a ser mucho más interesante —rio Ferdinand.

Había llegado el momento, lo más difícil, el momento final, cuando ya no queda nada que decir más que adiós, y hay que decirlo con mesura y dignidad, para que no quede un recuerdo de total aflicción. La despedida ha de ser una separación, no un desgarro.

David tomó la mano de Dinah y la del abuelo, las besó y, sin decir palabra, dio media vuelta. Conmovido por la intuición del muchacho, que se había dado cuenta de que el anciano estaba a punto de echarse a llorar, Ferdinand estrechó a su vez aquellas manos. Luego, apoyando cariñosamente los brazos en los hombros de sus hijos, consciente de que los dos que quedaban en la casa les miraban atentamente y que aquel cariñoso ademán había de ser un consuelo para ellos, los llevó calle abajo hacia el patio de «El

Oso de Oro», donde les esperaba el coche en el que harían la primera parte del largo viaje hasta el hogar.

2

A las cinco semanas de partir de El Havre, el bergantín *Mirabelle*, que transportaba artículos de algodón, vino y pasaje, había dejado atrás las aguas grises del Atlántico Norte y, después de aprovisionarse en las Azores, avanzaba rumbo al Suroeste, hacia el verano. El buque navegaba entre azul y azul, y la cúpula del firmamento se diluía en las olas color turquesa, lapislázuli y cobalto que parecían empeñadas en una carrera con el barco. En la pálida estela bailaban reflejos metálicos. Crujían las altas velas, hinchadas por los alisios, y el *Mirabelle* avanzaba veloz. Sus gallardetes ondeaban alegremente y la elegante dama esculpida en la proa tendía el cuello hacia el hemisferio occidental, como si también ella estuviera impaciente por llegar.

Para Miriam, que nunca había viajado más que unos cuantos kilómetros en carro entre pueblos idénticos, contemplado nada más imponente que la mediocre residencia de verano del conde Von Weisshausen —y aun de lejos, al fondo de una larga avenida de cipreses—, ni visto nada más exótico que el carruaje en el que llegara su padre, aquella travesía era un verdadero prodigio, y habría sido ya un fin en sí misma, aunque no hubiera llevado a parte alguna.

Para David, que había recorrido el mundo en los libros, también era un prodigio, pero diferente. Nada se escapaba a su atención. Él estaba siempre ojo avizor. Expectante e ilusionado.

Cuando David se enteró de que en Nueva Orleans se hablaba francés, decidió que él y su hermana tenían que aprenderlo, y empezaron inmediatamente. Entre el pequeño grupo de pasajeros —un par de banqueros de París con sus vivarachas esposas y un grupo de monjas que iban a su convento de Nueva Orleans— había un caballero y su hijo que regresaban a su casa de Charleston después de hacer un viaje por Europa. El caballero se llamaba Simón Carvalho y era médico. Gabriel, el hijo, tenía la misma edad que David. Era un chico bien parecido y callado. A diferencia de David, se movía reposadamente. A pesar de su reserva, se ofreció para enseñar francés a los hermanos Raphael. David le respetaba mucho por su seriedad y sus conocimientos.

—Él sabe tanto de todo… Yo nunca podré ponerme a su altura, con tanto latín y tantas ciencias. Y tiene seis meses menos que yo —se lamentó David a su padre.

—Bueno, con las facilidades que él ha tenido, eso no es de extrañar. Pero estoy seguro de que le alcanzarás. Ya lo verás.

Ferdinand se había informado de quiénes eran aquellos pasajeros el primer día de la travesía, casi antes de que salieran de puerto.

—Son sefarditas. Llegaron a Carolina del Sur procedentes de España vía Brasil hace varias generaciones, en 1697 creo que dijo el doctor. Tiene una hija, Rosa, que vive en Nueva Orleans, casada con un tal Henry de Rivera. Son gente de buena posición. De gustos sobrios, pero acostumbrados a lo mejor —terminó, en tono satisfecho.

David observó que a su padre le gustaba tratar a gente importante. Esto le preocupaba. Lo consideraba señal de debilidad, y él no deseaba ver debilidad en su padre. Al mismo tiempo, se avergonzaba de su propia deslealtad por tener semejantes pensamientos.

—Tengo entendido que progresa mucho con Gabriel —dijo el doctor Carvalho a David un día—. Muy pronto ya no tendré que hablarte en alemán. Al parecer, entiendes casi todo lo que digo en francés. Tal vez puedas convencer a Gabriel para que también te enseñe el inglés.

—Oh, no necesitarán el inglés en Nueva Orleans —dijo Ferdinand—. Las dos terceras partes de la población hablan francés. Se considera de mal tono hablar inglés, aunque uno lo sepa.

—Eso cambiará —respondió el doctor Carvalho—. Ya está cambiando. Dice mi hija que la ciudad se está llenando rápidamente de americanos.

—Yo creí que allí todos eran americanos —dijo David.

—Es solo una expresión convencional —le explicó Ferdinand—. Se llama americanos a los de otras partes de los Estados Unidos. Los criollos descienden de franceses o españoles y son la flor y nata de la sociedad. Uno de los llamados «americanos» me dijo una vez que su madre no se había sentido orgullosa en toda su vida como el día en que la invitaron a una casa criolla.

—¿En serio? —preguntó cortésmente el doctor Carvalho.

—Sí; la invitaron a *café noir* una tarde, y ella lo tomó como un gran honor. Los criollos no suelen mezclarse con la otra gente.

—Diferencias artificiales —sonrió el doctor.

David volvió a sentirse violento, como si la observación de Simón Carvalho, pese a su aparente suavidad, fuera un reproche para Ferdinand.

Avergonzado, David desvió la mirada hacia las plácidas aguas del mar, que en aquel momento apenas se movían, ondulándose solo ligeramente, como el líquido contenido en una taza. Era un espectáculo que serenaba el espíritu. Los aparejos zumbaban al viento, vibrando como un violín.

Ferdinand se frotó las manos.

—Muy pronto estarán ustedes en Charleston, doctor. Y, después, nosotros, costeando por el Golfo hasta casa. —Respiró profundamente, de manera audible—. ¡Ah!, soberbio. Soberbio. Esta libertad que siente uno en el océano. ¿Quién diría que salimos de Europa hace solo unas semanas? Cuesta trabajo hasta imaginar que exista Europa.

De abajo llegó un murmullo de voces. Todos miraron al grupo de gente que acababa de salir a la cubierta inferior. Predominaban los hombres jóvenes, inmigrantes, y aquí y allá se veía alguna que otra familia: niños revoltosos, padres con ropas de campesinos, mujeres con criaturas en brazos. Los de arriba miraban con silenciosa curiosidad. Los de abajo no levantaban la mirada.

—Pobre gente —dijo el doctor—. Espero que no cometan imprudencias con el fuego al cocinar. Es algo que me preocupa.

—Ahí abajo hace frío —dijo David—. O, si no, un calor horrible. El otro día no se podía ni respirar.

—¿Tú has bajado ahí? —preguntó ásperamente Ferdinand—. ¿Y qué fuiste a hacer?

—Les llevé comida.

—Comida. Ellos tienen comida.

—No es comestible, papá. Hasta el agua huele mal. La semana pasada, tuvieron que tirar la carne al mar porque estaba podrida. Y no es justo, ¿sabes? El capitán les prometió comida decente, pero les obliga a comprarle las patatas a él cuando se les terminan. Pasan hambre y sed. Y nosotros, aquí arriba, tenemos carne fresca y naranjas de las Azores. No es justo.

—En este mundo hay muchas cosas que no lo son —murmuró suavemente el doctor Carvalho—. Y siempre las habrá.

El muchacho frunció el entrecejo con una expresión de viva protesta:

—¡No tiene por qué haberlas! —exclamó—. Pregunté a un marinero cuántas personas había ahí abajo. ¡Cuatrocientas! Están amontonados. Hay dos hileras de literas de dos pisos, separadas por un pasillo estrecho. Casi no queda sitio para pasar. Y el techo está a ocho palmos. Yo no podía ponerme derecho.

—No bajes nunca más, ¿me has oído? —dijo Ferdinand—. Hay ratas y disentería. Sabe Dios las enfermedades que podías haber pillado o habernos contagiado a los demás.

—Tiene razón tu padre —dijo el doctor Carvalho—. En el aire fétido, los gérmenes se multiplican. Eso es seguro.

David estaba consternado.

—Es que prometí llevarles naranjas. Yo las como todos los días. Puedo compartirlas con ellos, ¿no?

—Haz el favor de no levantar la voz, o vas a ponernos en evidencia —dijo Ferdinand, porque David había protestado con vehemencia y los banqueros franceses y sus esposas les miraban.

—No he dicho nada malo. Solo lo que me parece justo.

Con evidente tacto, el doctor Carvalho se apartó, y Ferdinand prosiguió:

—Tendrás que mejorar esos modales. Nosotros, los judíos, tenemos que observar una conducta intachable. Ya es hora de que lo comprendas, David.

Se enfrentaban airadamente. El padre miraba a su hijo con la cara colorada y los labios temblorosos y el muchacho sostenía la mirada con gesto de rebeldía.

—¿Los judíos? ¿Por qué hemos de ser serviles los judíos?

—No te pido que seas servil, como tú dices. Solo te pido que no des un espectáculo.

David no cejaba. Aunque no deseaba irritar a su padre, algo le impulsaba a porfiar en su actitud.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué los judíos tienen que comportarse mejor que los demás? Aún no me has contestado a eso.

—Porque a los judíos se nos mira siempre con precaución —dijo Ferdinand en voz baja y tensa—. Siempre somos las víctimas. Heine… ¿Tú has leído a Heine?

—Sí; he leído sus poesías.

—Bien. El mismo Heine dijo que ser judío es una desgracia. Lo dijo Heine. Puedes leerlo.

—¿Y tú estás de acuerdo con él, papá?

—Desde luego. Mira lo que ocurre a tu alrededor. Salta a la vista. El muchacho se sentía como si le hubieran golpeado.

—Pero en Alemania tú diste dinero para la sinagoga.

Ferdinand se encogió de hombros.

—Fue en recuerdo de los viejos tiempos. En memoria de tu madre. Yo no voy a la sinagoga.

—¿Es que eres cristiano?

—Claro que no. Yo jamás me convertiría. ¿Por quién me tomas? Es, simplemente, que…, es solo que…, esas cosas no significan nada para mí. Ninguna de ellas. Y, menos aún, esa simpleza de los preceptos dietéticos. ¿A ti te parece que a Dios le importa lo que uno se eche al estómago? ¿Que todo el que come cerdo es un malvado?

—Yo no lo creo, papá. Pero yo sigo esos preceptos porque sirven para recordarme lo que soy. Es difícil de explicar…

—Está bien, pues no lo intentes —gruñó Ferdinand.

David, con gesto de contrariedad, volvió la cara hacia el sol poniente. Se quedó largo rato en la proa. Una bandada de gaviotas, que estaban siguiendo al barco desde las Bermudas, planeaban sobre el mar fosforescente. Saltó un pez volador que describió un arco plateado y volvió a zambullirse en el agua.

«Dios es una gran fuerza —pensaba el muchacho—. Nosotros nos movemos con Él. Las gaviotas se mueven por el aire y los peces, por el agua, pero nosotros nos movemos con Él. Y entonces nos sentimos grandes; nos sentimos orgullosos».

Pero su padre le había hecho sentirse pequeño y avergonzado. Las lágrimas acudieron a sus ojos. Comprendió que entre él y su padre se había abierto un abismo.

Miriam, a su manera infantil, también estaba afligida. Lo había oído todo. ¡Oh, cómo se enfadaría el abuelo si supiera lo que acababa de decir papá! A pesar de todo, ¿por qué discutía David con papá? Sabía que no podía ganar; entonces, ¿por qué rebelarse? Aquello era como estar en casa, con la tía Dinah lamentándose y el abuelo mandándole callar con un gruñido. Se les oía discutir hasta con una pared por medio. Y a Miriam le daban horror las disputas. Cuando había peleas en casa, ella se abrazaba a *Gretel*. Aquella lengua suave y cariñosa y aquella bolita de pelo caliente eran un gran consuelo.

Ahora, apoyada en la borda, Miriam oprimía a la perra contra su pecho.

—¡Ah, *Gretel*, bonita! ¡Mi *Gretel*! Tú y yo… ¡*Gretel*! ¡*Gretel*! Oh… ¡Ay, Dios mío! —chilló.

El grito rasgó el aire. Todos la miraron, corrieron a su lado, sin saber, sin comprender, hasta que ella señaló con la mano.

Abajo, muy abajo, en el agua, asomaba la cabeza de la perrita.

—¡David! —Era a él y no a su padre a quien recurría—. Se revolvió y se me escurrió entre las manos. ¡Oh, David!

—¡Santo Dios! —exclamó Ferdinand—. Ese chico se ha vuelto loco.

Porque, al momento, David se había quitado la chaqueta, se había encaramado a la borda y había saltado al agua con los pies por delante. Los marineros gritaron desde las jarcias mientras el muchacho agitaba los brazos desmañadamente entre el oleaje. Y, comprendiendo súbitamente, Ferdinand gritó horrorizado:

—¡Si no sabe nadar!

Dos marineros se acercaron corriendo con una escala de cuerda y empezaron a bajar, pero antes de que llegaran a la cuarta parte del recorrido, el joven Gabriel, con un salto impecable, se zambullía a poca distancia del lugar en el que ya había desaparecido la cabeza de David. Los sobrecogidos espectadores observaron, entre gritos de ánimo, cómo Gabriel agarraba a David por el cuello de la camisa, cómo los marineros le subían por la escala y cómo Gabriel rescataba a la perra.

Todo ocurrió en menos de cinco minutos. Pero parecía una eternidad.

David estaba tendido en cubierta tosiendo y jadeando. Al saltar, su cuerpo había girado en el aire y chocado de vientre con el agua. Ahora lo tenía dolorido. No hablaba. Nadie esperaba que lo hiciera. Desde el suelo, veía a Miriam abrazada a la empapada perra. A su lado se alzaban las piernas de su padre y las del doctor Carvalho, y las faldas de las monjas se deslizaban a ras del suelo como si ni siquiera llevaran piernas dentro. Las señoras francesas felicitaban a Gabriel, el héroe.

La única diferencia que hay entre él y yo es que él sabe nadar. Yo he hecho el idiota.

Por fin, pudo incorporarse y Ferdinand, con inmenso alivio le atacó de inmediato:

—¡David, eres un insensato! ¿Qué pretendías? Este mar tan cálido está infestado de tiburones. ¿Es que nunca piensas antes de hacer o decir las cosas? ¿Nunca piensas?

—Ella quiere mucho a ese animal —murmuró David sin rendirse.

—Por mucho que lo quiera, ¿tenías que arriesgar la vida por un perro? No lo entiendo. Y tu amigo, el chico de Carvalho, ha tenido que saltar para sacarte del agua. Por lo menos, él sabe nadar y se ha arriesgado para salvar a un ser humano, no a un perro.

David callaba. Ferdinand se puso a pasear. Cuando volvió a hablarle, ya se había calmado.

—Sí, estuvo bien que pensaras en tu hermana. Trataré de verlo así. Un impulso generoso que denota tu buen corazón. —Se esforzó por sonreír—.

Pero, por el amor de Dios, si no es por Gabriel, te ahogas. Los marineros no hubieran llegado a tiempo, y Maxime y Chanut viajan abajo.

El incidente ensombreció la tarde. Los pasajeros, callados, miraban hacia el Oeste como la dama esculpida en la proa.

Alguien puso un taburete a Miriam y la niña se sentó, cara al Oeste como los demás, con *Gretel* a su lado, sujeta por una cadena. La impresión la había traumatizado. David había estado a punto de morir. Y el otro muchacho, también. ¡Qué valientes, los dos! Y Gabriel, casi un extraño.

El joven Carvalho se había sentado al lado de David. Cuando su mirada se cruzó con la de Miriam, la saludó agitando una mano. ¿Le había dado las gracias debidamente? ¿Cómo agradecérselo bastante? Estaba tan simpático con los brazos alrededor de las rodillas y el pelo revuelto por el viento. Le gustaría que David fuera tan reposado como él. Y no es que David no fuera dulce, y a veces, callado; pero cuando se le metía una idea en la cabeza, no podía contenerse y discutía sin parar. Así lo hacía en casa, con el abuelo, y estaba claro que lo mismo haría ahora con papá.

—Tu padre no se enfada contigo, como el mío —decía David a Gabriel.

—¿Te refieres a lo de hoy? Bueno, en el camarote, mientras me cambiaba, me echó un rapapolvo; pero estaba orgulloso de mí.

Gabriel hablaba casi con timidez.

—Reconozco que hice mal. Pero eso a él nunca se lo diría. Nunca. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque no me gusta la forma en que me habla de… de las cosas. Y es que no comprende.

—¿El qué?

David titubeó.

—Es muy distinto a mí. Y yo, distinto a él.

—Casi no os conocéis. ¿Por qué no esperas a saber algo más?

David se inclinó hacia su amigo y susurró:

—Por las mañanas, cuando saco la filacteria para rezar, él se marcha con gesto de desdén. ¿A ti te parece bien?

—Pues… no —respondió Gabriel vacilando—. Pero yo no estoy muy enterado de…

—Se me olvidaba. Tú tampoco te pones la filacteria.

—Pero nosotros somos tan judíos como vosotros. Es solo que tenemos unas costumbres… más nuevas, nada más.

David pensó: «Las “costumbres”, como él llama a la Ley, fueron establecidas de una vez para siempre. Está absolutamente prohibido cambiarlas». Y se sintió hervir de indignación.

—¿Más nuevas? Entonces las viejas te parecerán ridículas.

—Nada de eso. Si crees en algo, tienes que observarlo con toda convicción.

Ante la franca actitud de Gabriel, David se avergonzó de su momentánea irritación.

—Reconozco que me falta paciencia, Gabriel, y eso es malo. Pero lo que ahora importa es que te debo la vida. Y mi hermana, la de su perrita.

—Es muy bonita tu hermana.

—¿Crees tú? Tiene la nariz muy grande —dijo David cariñosamente.

—Dice mi padre que parece una aristócrata.

—¡Oh! A veces se pone muy pesada, como todas las hermanas pequeñas.

—No sé lo que son las hermanas pequeñas. La mía es mucho mayor que yo. Seguramente la conocerás cuando lleguéis a Nueva Orleans.

—¿Nueva Orleans es tan maravillosa como dice mi padre?

—Naturalmente. ¿Lo dudas?

—Es que él siempre exagera.

—Oh, David, tienes que acostumbrarte a no desconfiar de tu padre.

—¿Sabes? Me parece que tú ejerces una buena influencia sobre mí. Me gustaría que vivieras en Nueva Orleans.

—Pero nos veremos a menudo. Seguiremos siendo amigos. Yo voy a visitar a mi hermana de vez en cuando. Y también podemos escribirnos. Tú me escribes en francés y yo te corregiré las cartas —rio Gabriel.

—También te escribiré en inglés. A pesar de lo que diga mi padre, pienso aprender inglés.

Y siguieron hablando con la sinceridad y confianza de los jóvenes que aún no han aprendido a elegir a los amigos por interés, esnobismo ni otra razón que la pura simpatía.

Desde el lado opuesto de la cubierta, Ferdinand observaba a sus hijos. La niña estaba callada con su perrita en brazos. ¡Pobre criatura! El comprendía que para ella aquel animal era el eslabón entre lo desconocido y todo lo que hasta entonces constituyera su vida. Pero era animosa y alegre. No le causaría problemas sino muchas alegrías; de eso estaba seguro. «Sí —pensó—. Miriam será la alegría de la casa, en la que aún no ha habido niños.

»Pero David, ah, David es otra cosa. Tan virtuoso, con esos ojos penetrantes, que parecen querer taladrarme para ver qué tengo dentro de la cabeza. Si tuviera que juzgarle por su manera de hablar, diría que es un pequeño pedante antipático. Pero un pedante no haría lo que hace él. Un pedante no bajaría a las bodegas para llevar comida a los emigrantes y compartir sus penalidades, y bien sabe Dios, como lo sé yo, lo que ahí se sufre. Sí, un muchacho compasivo; pero no tiene por qué entrometerse. Nosotros nada podemos hacer por esa pobre gente, nada… Unas cuantas naranjas no les alivian sus sufrimientos; al contrario, pueden hacer que les parezcan todavía mayores. Pero él no lo comprendería. Tiene dentro una indignación tal que se diría que va a estallar de un momento a otro. Y ese ceño, esos dos pliegues profundos en la frente, y la nuez temblándole en el cuello tan flaco. Tiene bozo en el labio y ya debe de creerse todo un hombre, sin duda. No resultará fácil vivir con él. Confío en que no trastorne demasiado nuestra existencia, ¡pobre muchacho! Y confío también en que no le hable a mi esposa en ese tono. A ella no le gustaría. Tampoco tiene un aspecto muy agradable. Con toda la ropa que le compré antes de zarpar y siempre está desaliñado, como si hubiera dormido vestido. Ah, debí llevarlo conmigo cuando murió su madre, y enseñarle a vivir a mi modo. Pero era muy pequeño. Yo no hubiera podido sobrevivir ni hacer lo que hice, de haber tenido que cuidar de él. Tenía que dejarlo en lugar seguro hasta haber conseguido algo que ofrecerle, ¿no?

»Bien, ya tengo algo que ofrecerle. ¿Qué sería él en Europa? Un vendedor ambulante, probablemente. Un vendedor ambulante, hasta que fuera demasiado viejo para seguir yendo de pueblo en pueblo. En Europa los vendedores ambulantes no se convierten en comerciantes al por mayor. Ahora podrá ser médico o lo que él quiera. Tendrá todo lo que tiene el chico Carvalho».

Y Ferdinand esbozó una sonrisa de satisfacción. También David sonreía ahora, mientras hablaba con su amigo, el aristócrata sefardita. «Mi hijo tiene una bonita sonrisa. Si aprendiera a usarla más a menudo… Una cosa es segura; no es como los demás».

El viento vespertino levantaba oleaje y refrescaba el ambiente. Ferdinand se apartó de la borda y buscó refugio en el interior del barco. Siempre recordaría aquel día. Por años que pasaran, aquel día quedaría grabado en su memoria. Siempre ocurre así. De entre los años que se olvidan, aquí y allí, se destaca un día con un brillo especial, un día en el que se da una señal

trascendental, que acaso pase inadvertida al principio pero que, al cabo de los años, al mirar atrás, se distingue con perfecta nitidez.

El aire tropical se adhería a la piel como una seda húmeda. En el Golfo, reaparecieron los delfines, haciendo carreras con el barco y brincando sobre las olas en un vigoroso juego acuático. El ocaso era rápido en aquellas latitudes; de un brusco brochazo oscuro, se borraron del cielo las rosas, los oros y los violetas y se hizo la noche.

Ahora, cuando la travesía tocaba a su fin, los pasajeros, divididos entre la ansiedad por llegar y la añoranza de los días de plácida inactividad, empezaban a dar muestras de desasosiego. Los Carvalho habían desembarcado en Charleston, y Miriam y David, rodeados únicamente por personas mayores, se contagiaron de aquella desazón. Las monjas, que durante todo el viaje apenas levantaban la mirada del suelo mientras paseaban rezando el rosario, ahora escrutaban el horizonte del Oeste, como si también ellas estuvieran impacientes por averiguar lo que les aguardaba. Hasta los banqueros y sus vivarachas esposas se mostraban más taciturnos y reservados.

Pero Ferdinand estaba eufórico. «¡El hogar! —exclamaba todas las mañanas al salir a cubierta—. ¡Ya estamos llegando a casa!».

Hasta que por fin una mañana avistaron la desembocadura del gran río. Todos salieron a cubierta muy temprano.

—Mirad ahí —dijo Ferdinand—. Mirad cómo el agua cambia de color. Es el río que se mezcla con las aguas del Golfo.

Era una larga cinta ocre que se ondulaba y diluía en el azul. En la ancha boca del río emergían un centenar de islotes, y el *Mirabelle*, sorteándolos uno a uno, empezó a remontar la corriente.

Meandros y ensenadas se perdían en las sombras de la espesura. Grandes árboles arrancados se pudrían en los pantanos y de los enhiestos cipreses colgaban jirones de musgo. El agua estaba quieta, y reinaba un profundo y lúgubre silencio. David aguzaba la vista y el oído. Sí; era como lo había descrito su padre, virgen y exuberante. Ni en el más remoto rincón de la campiña europea había algo que pudiera compararse a esto.

—¡Oh, mira, mira! —susurró Miriam.

En una mancha de sol entre los árboles había un gran pájaro blanco con cuello de cisne, descansando sobre una larga pata.

—Es una garza —dijo su padre.

—¡Qué bonito! —exclamó ella.

Pasaron lagos y una playa de arena pálida. Entre los cipreses del pantano, un ibis estaba pescando con su rojo pico en forma de cimitarra. Más

remansos, más lagos y, por fin, una ancha franja de río.

—Mira, un nido de pelícanos. Ahí está el macho… Ahora entramos en el bajío de Barataria —dijo Ferdinand. Rodeó con el brazo los hombros de David, hablando de prisa por la excitación—. Esa isla se llama Grande Terre. Ya solo nos quedan noventa millas. Ahí en esa cala… Desde aquí no puede verse… Hay toda una ciudad. Una vez fui a verla por curiosidad. Casitas limpias y jardines floridos. Nadie diría que fue un nido de piratas.

—¡Piratas! —exclamó David conteniendo el aliento.

«Otra vez el niño», pensó Ferdinand, encantado de verle manifestar entusiasmo por las cosas que normalmente interesan a los niños.

—Sí. Jean Lafitte fue uno de los piratas más feroces del Golfo y de todas las Antillas. Vivía en una suntuosa mansión, amueblada con las piezas que robaba de los barcos que apresaba. Pero voy a decirte algo que nunca podrías imaginar. Hace veinticinco años, los Estados Unidos estaban en guerra contra Inglaterra, y los ingleses enviaron una flota de cincuenta buques para capturar a Nueva Orleans. Ofrecieron a Lafitte treinta mil libras, que es la moneda inglesa y una suma enorme de dinero, para que guiara sus tropas a la ciudad. —Y Ferdinand señalaba los pantanos—. Como comprenderás, se necesita un guía para andar por ahí. Pues, bien, Lafitte fingió aceptar la oferta, pero se pasó al otro bando y lo que hizo fue guiar a los americanos para que sorprendieran a los ingleses. Entonces el Presidente de los Estados Unidos le otorgó el perdón.

David le escuchaba fascinado.

—¿Y qué hizo después?

—Oh, abrió una tienda muy elegante en Roya Street. Pero no creo que abandonara la piratería —terminó Ferdinand echándose a reír.

Hora tras hora, el barco avanzaba hacia el Norte, deslizándose entre pantanos de la selva acuática. Más allá empezaban grandes campos moteados de blanco.

—Algodón —dijo Ferdinand.

—Parece nieve —dijo Miriam.

Al cabo de un rato, Ferdinand les dio instrucciones:

—Id a cambiaros. Pronto llegaremos y quiero que causéis buena impresión. —Miró a su hija con ternura—. Ponte el vestido color lavanda con cuello de encaje y coge la sombrilla a juego. Hará calor en el puerto. Allí no llega la brisa del río. Tendrás que acostumbrarte a llevar sombrilla. Todas las señoras la usan.

El *Mirabelle* fue acercándose a la ciudad, entre el tráfico de vapores y barcos cargados de algodón que arribaban o partían.

—La ciudad está a un metro y medio por debajo del nivel del mar. Los diques tienen nueve metros de alto. Todas esas balas que hay en el dique son de algodón. ¡Habrías imaginado que pudiera haber tanto? Kilómetros y kilómetros de algodón, suficiente para abastecer a todo el mundo y eso es casi lo que hacemos —comentó con orgullo—. Y ahí, en esos barriles, azúcar. También casi para todo el mundo. Bueno, todo no. Pero podríamos producir para todo el mundo si fuera necesario. ¿Veis esos muelles? ¿Y esos mercantes? Por aquí pasan mercancías para todo el mundo: tabaco, *whisky*, cáñamo, de todo. Solo hay una ciudad en América que tenga un comercio marítimo más importante, y es Nueva York. ¿Veis ese bergantín? Es el *Gloucester Breeze* del capitán Ramsay. Seguramente, trae carga para mí. Viene de Liverpool dos veces al año…

David oprimió la mano de Miriam. El largo ensueño del viaje había terminado. Ahora iban a poner los pies en tierra. David pensó que había llegado el momento de volver a la realidad, y este pensamiento enfrió su entusiasmo.

Su padre tenía que forzar la voz para hacerse oír entre la creciente algarabía de silbidos y campanas.

—Mirad, un cargamento de pieles llegado por el río para la exportación. Ahí, a la derecha, está el pueblo de Algiers, frente al Mercado Francés. ¡Ah, qué dicha estar otra vez en casa! —exclamó alzándose sobre las puntas de los pies, sin dejar de agitar los brazos, señalando a uno y otro lado—. Eso es el Cabildo, construido por los españoles. Ahí, al otro lado de la catedral, está el Presbitère, una residencia de sacerdotes. Hace más de cien años, los franceses construyeron la catedral de San Luis, pero un incendio la destruyó y tuvieron que edificarla de nuevo… ¿La ves, Miriam? ¿Quieres que te levante en brazos? Bonita, ¿verdad? La consagraron a san Luis, rey de Francia, su patrón…

—¿Dónde está la sinagoga? —preguntó David suavemente.

—Oh, en Franklin Street. Es muy pequeña. Desde aquí no se ve. —Ferdinand aspiró profundamente—. ¡Qué aire más dulce! Siempre me parece que huele a azúcar, y, seguramente no es así. Yo soy hombre de ciudad. Aunque también he vivido mucho tiempo en los bosques y creo que podría acostumbrarme a cualquier sitio, en el fondo soy hombre de ciudad. —Irguió los hombros. No era alto, pero parecía crecerse—. Un hombre de ciudad. Un ciudadano de Nueva Orleans.

El barco atracó con un temblor y un golpe sordo, entre chasquidos de cuerdas y gritos lanzados desde el muelle. Se tendió la pasarela, que retumbó en el embarcadero.

Desde la proa, los pasajeros veían una escena movida y bulliciosa: caballos de tiro, carros, carretillas, cajones, cajas, perros vagabundos, niños, obreros, jinetes, carruajes, cocheros, sombrillas y chisteras moviéndose entre una gran masa de caras negras. Ferdinand escudriñaba la multitud.

—¡Allí están! —gritó—. Mirad ahí enfrente, en la acera, al lado de los dos caballos blancos. ¿Los veis? Yo sí los veo.

—¿La acera? —preguntó David.

—La plataforma por donde anda la gente, al lado de la calle. La del vestido amarillo es Emma y con ella está Pelagie. Su marido también ha venido. Qué amable. Sylvain es muy atento. Y allí esta… ¡Ya nos han visto! —Ferdinand agitó el sombrero—. Ya han puesto la pasarela. Vamos a desembarcar.

3

De haber encontrado la casa en otro planeta, o girando en el abismo de un sueño, no le habría parecido más extraña a David Raphael el día en que llegó a ella. Ahora, al cabo de una semana, resultaba apenas más comprensible.

Las grandes puertas del comedor estaban abiertas de par en par. Sobre el dintel de caoba colgaba un crucifijo dorado. David tenía que hacer un esfuerzo para apartar la mirada, pero sus ojos volvían a él una y otra vez. Todas las habitaciones de la casa estaban presididas por la torturada figura del Crucificado, con la cabeza inerte sobre un hombro y los pies atravesados por un clavo. También había uno en el dormitorio de David, pero lo retiraron por consideración.

Un hogar católico. La casa de mi padre.

Tu esposa —esta familia—, ¿es católica, papá?

Sí, hijo, católica.

Pero ¿qué pensarán de mí? ¿De mi hermana y de mí?

Ya te he dicho que eso no tiene importancia. Aquí no es como en Europa, ¿comprendes? Aquí puedes hacer lo que quieras. A nadie le importa lo que uno sea.

Las piedras, en Europa. Los látigos, en Europa. Aquí, no.

¿Cómo podía uno estar seguro? Allá, en el pueblo, nunca se sabía cuando un campesino quería saludarte, él te hablaba el primero; si no, hacía como si no existieras, y pasaba por tu lado como si formaras parte del paisaje. Eso, si no le daba la ventolera —sabía Dios por qué causa— y mataba a tu madre en la puerta de su casa…

Y su pensamiento retrocedía hasta la vieja casa, con sus habitaciones oscuras, de techo bajo, y aquel olor a rancio, y evocaba el recuerdo de la muerte fulminante, y volvía a sentir el temor, para saltar luego al presente, tratando de establecer una asociación lúcida y plausible.

David removió con el tenedor la comida que tenía en el plato. Nunca había visto tal cantidad de alimentos, excesiva incluso para el buen apetito de un adolescente. De todos modos, la mayor parte eran cosas prohibidas. Aquel

día había lechón, que él reconoció en cuanto lo sacaron a la mesa, desde luego, con la piel dorada y crujiente. Le habían puesto una pipa en el morro. Pobre animalito inmundo, con sus pestañas claras y sus ojos sin vida. Luego, le sirvieron una cosa que se llamaba *vol-au-vent*, una especie de pastel relleno de ostras cocidas; David lo probó, antes de saber lo que era, y lo encontró muy sabroso. Pero cuando le dijeron de qué estaba hecho, soltó el tenedor. Menos mal que había gran cantidad de verduras. Podía uno vivir solo de eso y del riquísimo pan caliente que nunca faltaba en la mesa. También había vino. Hasta con el desayuno, pero había que ser prudente, especialmente con aquel calor asfixiante. Un judío nunca debe emborracharse.

Miriam comía langostinos con una salsa roja y picante. David había rehusado también aquel plato. Pero ya no tenía autoridad sobre su hermana, que ahora dependía de su padre y de la esposa de su padre. Era la hija de la casa. Ellos eran quienes en lo sucesivo le concederían o le negarían el permiso. Observó cómo la niña rebañaba el plato y se lamía los dedos cuando creía que nadie la miraba. Le conmovía verla tan pequeña en aquella silla de alto respaldo labrado, con su canesú de encaje fruncido que casi sepultaba su frágil cuello infantil.

David paseó la mirada alrededor de la mesa sin que se le escapara detalle y advirtió que todas las mujeres llevaban encajes y puntillas en el vestido. Las tersas y sonrosadas mejillas de la tía Emma —tenían que llamar «tía» a la esposa de su padre— resplandecían sobre una nube de blonda negra. David se admiraba de que ya estuviera repitiendo, pese a que no había parado de hablar desde que se sentaron a la mesa. El encaje le tremolaba bajo la barbilla.

—Porque Sisyphus es un caballero, todo un caballero. Si fue él quien enseñó los buenos modales a todos mis hermanos cuando apenas empezaban a andar…

Sisyphus, un negro de mediana edad, con el pelo como un casco de lana gris, estaba junto al aparador, con una servilleta al brazo, dirigiendo a las jóvenes criadas.

—No se puede negar que Sisyphus es un fiel servidor —prosiguió la tía Emma, como si el hombre no estuviera allí—. Mucho más que un mayordomo. Tiene verdadero talento para el diseño de jardines. Fue él quien hizo la rosaleda de la casa de mi padre. ¿No te lo había dicho, Ferdinand? Mi hermano Joseph quería llevárselo a Texas, pero yo no pienso cedérselo. Joseph puede tener cincuenta mil acres de algodón, pero nunca tendrá a Sisyphus.

La voz profunda y sonora seguía hablando sin que nadie la interrumpiera. David cerró los oídos ante aquel torrente de palabras. Volvió a recorrer la mesa con la mirada, como si quisiera grabar en la memoria todas las fuentes de plata labrada llenas de frutos secos y de dulces, los candelabros, las flores, tan frescas, que aún tenían gotas de agua en los tallos. Pero, sobre todo, como siempre, observaba la cara de las personas. Nunca se había sentado a la mesa con tanta gente. En aquella casa, el comedor siempre estaba lleno. Había invitados hasta a la hora del desayuno.

Frente a David se sentaba Pelagie, una joven dulce, con una perenne sonrisa tímida, una abundante cabellera peinada hacia atrás y los ojos fijos en su marido, que se sentaba a su lado. «¿No es así, Sylvain?», decía después de cada observación, por nimia que fuera. «¿No es verdad, Sylvain?». A lo que Sylvain, un hombre joven, de facciones acusadas y severa expresión, que lucía una corbata de última moda y una camisa impecable, asentía con gesto de aprobación. «Pero es que ella nunca dice nada con lo que uno no pueda estar de acuerdo», pensó David.

Siguió observando a sus compañeros de mesa. Era para él una diversión silenciosa. Por ejemplo, el caballero con cara de aburrimiento parecía simpático. Pestañeaba continuamente. La mujer del vestido azul daba la impresión de haber estado llorando. Su marido debía de tener muy mal genio; se le notaba en la cara. «En cuanto a Eulalie, la hija mayor de la tía Emma, no me gusta nada». Tenía una mirada muy dura. Sus ojos eran como dos pedruscos negros, bajo una frente muy ancha, abombada como una cúpula. Y el vestido que llevaba era feísimo.

David no entendía nada de vestidos, ni le interesaba el tema, pero tenía el sentido del color, y el verde rabioso del traje de aquella mujer era atroz. Un abultado collar descansaba sobre su clavícula. Al notar su mirada fija en ella, Eulalie le miró a su vez hoscamente y él tuvo que desviar los ojos, yendo a posarlos en sus dedos huesudos y blancos. «No le gusto, ni ella a mí —pensó —. Pero la culpa es suya. Yo podría intentar ser amable, si ella demostrara un poco de buena voluntad, pero no quiere». Él lo supo desde el primer día, desde la hora en que llegó a la casa. Y no sabía por qué. No había hecho nada malo. ¿Era porque a ella no le gustaban los judíos? Naturalmente, eso era lo primero que la experiencia te enseñaba a pensar.

Era asombroso: nunca había estado en compañía de tantas personas que no fueran judías. Más aún, nunca, ni una sola vez, se había sentado a la mesa con alguien que no fuera judío. En el pueblo, los campesinos no te invitaban a su casa, y él no conocía a nadie más. El hombre y la mujer entre los que ahora

se sentaba eran los únicos judíos entre los invitados. Eran Henry y Rosa de Rivera. Ella era hermana de su amigo Gabriel, su compañero de viaje a bordo del *Mirabelle*. Papá los había invitado a cenar aquel domingo.

En un murmullo, casi ahogado por la voz de Emma, Rosa de Rivera dijo a David:

—Tú te pareces a mi hermano, creo yo. Eres un muchacho serio y muy reflexivo para tu edad. Aunque no sé, hace tres años que no veo a Gabriel. —Tenía una expresión vivaz y risueña y ojos de gruesos párpados y mirada afable que recordaban a David los de su familia. En sus orejas y sus brazos relucían alhajas de ámbar—. Te veo muy pensativo. ¿Querrías decirme qué estás pensando en este momento?

—En lo extraño que es todo esto. No sé qué decir a esta gente, ni lo que ellos esperan de mí.

—¿Esperar? Tú no tienes más que sonreír y cuidar tus modales. No esperan nada más que eso.

—Es que… —balbuceó David—. Yo he vivido siempre en un mundo diferente, tan pequeño y aislado…

—Entonces el cambio será bueno para ti. Sé tú mismo. Eres muy perspicaz. Saldrás adelante.

—Usted y su esposo son los únicos judíos que hay aquí…

—También está Marie Claire Myers, esa niña que está sentada al lado de su madre. Viven en Shreveport y están aquí de visita.

—¿Esa señora es su madre? ¡Si lleva un crucifijo!

—La madre es católica.

—Entonces la hija no puede ser judía.

—Es judía.

—¡Imposible! La ley dice que los hijos deben tener la religión de la madre. Ha sido así desde los tiempos de Moisés.

—Ya lo sé. Pero aquí es distinto.

¿Cuántas veces tendría que oír aún que allí las cosas eran distintas?

—Su padre, aunque se casó en la catedral, quiso que su hija fuera educada en la religión judía.

David miró a la niña. Tenía tres o cuatro años más que Miriam, la cara alargada y pecosa y una gran mata de pelo rubio y rizado. Se sintió desconcertado. ¡Una niña judía cuya madre llevaba un crucifijo!

—Nosotros hemos tenido que hacer nuestras propias leyes —explicó Henry de Rivera—. Nuestra sinagoga no tiene más que diez años. *Shanarai Chasset*, «Puertas de la Misericordia». La fundamos entre treinta y cuatro

hombres de la comunidad. Manis Jacobs, nuestro primer presidente, estaba casado con una católica, pero no quiso que sus hijos quedaran fuera, por lo que mandó incluir en la constitución de la sinagoga una clausula que dice que ningún israelita podría ser excluido a causa de la religión de su madre. Y todos aceptaron, ya que la mayoría estaban casados con católicas.

—Es extraño —dijo David moviendo la cabeza.

—No tanto como al principio. No teníamos rabino, ni lo tenemos aún. Estamos a más de mil quinientos kilómetros de cualquier núcleo judío importante, como los de Charleston o Filadelfia. No podemos compararnos con ellos. Con decir que solo necesitábamos cinco mil dólares para el edificio y no tienes idea de lo que nos costó reunirlos. Y es que éramos muy pocos.

A David le acudió una pregunta a los labios. Trató de reprimirla, pero al fin dijo:

—Mi padre, ¿contribuyó?

—Contribuyó —dijo Henry de Rivera sonriendo—. Y más generosamente que muchos. Aunque debo hacer constar que no ha puesto los pies en la sinagoga. Claro que eso es asunto suyo. Y en esta ciudad son muchos los que no van a la sinagoga.

«No quiere opinar —pensó David—. Como abogado prudente, no desea comprometerse ni exponerse a ofender a alguien».

—Nueva Orleans tampoco es una ciudad de cristianos fervorosos —sonrió Rosa—. Las mujeres van a la iglesia, sí, pero los hombres no demuestran mucho interés. Como dice Henry, aquí hay mucha indolencia en las cuestiones del espíritu. Se vive alegremente. El dinero se gana de prisa y se gasta de prisa… —Se encogió de hombros—. Pero tú tienes que visitarnos y puedes ir a la sinagoga con nosotros, si quieres. Y que venga Miriam también. Tenemos dos chiquitines, y a las niñas les gustan los bebés.

—No comes nada, David. —La voz de Emma, haciendo un inciso en su monólogo, resonó de uno a otro extremo de la mesa.

—Estoy comiendo muy bien, gracias —respondió el muchacho, recordando que debía ser amable.

—Es el calor. No comes por el calor. Monroe, acércate a M’sieu David con ese abanico.

Un muchacho negro, descalzo, se acercó a David con un gran abanico de palma. David trató de esquivarlo.

—No, gracias. Yo no lo necesito.

Durante un momento, Emma pareció incómoda, pero en seguida se borró de su cara la expresión de desagrado. «No le gusta alterarse», pensó David.

La voz pastosa de Emma, voz de mujer gruesa, continuó:

—M'sieu Ferdinand ya ha terminado, Sisyphus. Pueden traer el café. Miriam, cariño, prueba los pastelitos de Serafina. Se llaman *langues de chat*, lenguas de gato. Qué nombre tan ridículo para una cosa tan deliciosa. —Emma silabeó la palabra «deliciosa» con deleite, con lengua de gato—. Acércate con ese abanico, Monroe. Estoy muerta de calor. —Efectivamente, sus mejillas habían pasado del rosa al grana y, al levantar los brazos para alisarse el cuello de blonda, dejó al descubierto unos círculos más oscuros en la tela del vestido—. Muerta de calor —repitió aunque sin enojo.

—No te apures —la consoló Ferdinand—. Pronto estaréis en Pass Christian. Es nuestro lugar de veraneo —explicó a Miriam y David—. Está en la playa. Allí podréis disfrutar de una maravillosa brisa del mar, tomar baños y navegar. Este año hemos tenido que retrasar el veraneo por mi viaje a Europa.

—Allí va lo mejor de la sociedad. Conoceréis a los hijos de las familias más distinguidas —dijo Emma dirigiéndose a Miriam y David—. ¿No le parece, Mr. Raphael, que David debería hacer buenas amistades? —Y, sin esperar la respuesta de Ferdinand, prosiguió—: La casa es una preciosidad. La construyó hace muchos años el padre de mi primer marido, Mr. Leclerc. Claro que, comparada con otras que veréis, es una insignificancia, pero de todos modos es muy agradable.

Rosa susurró a David:

—Los Leclerc eran riquísimos. El abuelo llegó antes de la compra de Luisiana a los franceses e hizo una gran fortuna.

—El solía ir a París todos los años —decía Emma—. ¡Todos los años! Y traía cosas preciosas: tapices, vajillas de oro y…

—Hay quien dice que andaba mezclado en asuntos de piratería —interrumpió Sylvain en un tono malicioso que contrastaba con su correcto porte.

Emma desechó la observación sin inmutarse:

—¡Bah! Eso se dice de la mitad de la población de la ciudad.

—Y probablemente con razón —replicó Sylvain.

«Debe de ser muy rico —pensó David, admirado de su propia clarividencia—. De lo contrario, no se atrevería a hablar en ese tono a la madre de su mujer».

Desde muy niño, David observaba la vida y sacaba sus propias deducciones. Una de las primeras cosas que aprendió era que la posesión de riquezas permite ciertas libertades que están vedadas al común de las gentes.

Pero a David le gustaba Emma. Era vanidosa y un poco tonta, pero también amable. Sylvain, por el contrario, le hacía sentirse incómodo sin saber por qué.

—Bueno —dijo Emma—, yo no puedo responder de los antepasados de los demás, pero sé muy bien que entre los míos no hubo piratas, sino únicamente honrados campesinos alemanes. Vivían en la Costa Alemana, un poco al norte de aquí. Eran campesinos y bien pobres por cierto. No tenían ni una vaca. ¡Pero cómo trabajaban! Luego se casaron con franceses y su casta se extinguió. Y es que la sangre francesa es muy fuerte, ¿saben? Hasta modificaron el apellido, para que sonara francés. Sí, ha pasado mucho tiempo desde el colchón de salvado y la granja de Acadia. Pero Sisyphus lo recuerda, ¿verdad? Era un niño cuando vino aquí con mi madre y otros dos o tres criados, todo lo que ella trajo cuando se casó con mi padre. Porque mi madre procedía de una casa mucho más austera. Austera pero refinada, la mejor de las castas. *De la fine fleur des pois*, la flor y la nata, vamos. Así nos consideramos nosotros, los viejos criollos. La sangre más pura. Porque es lo que yo digo: la sangre siempre se acusa.

«La sangre —pensó David—. La sangre y el dinero. No han hablado de otra cosa desde que nos sentamos a la mesa». Estaba quieto mirando al vacío y deseando levantarse.

Miriam bostezaba. Tenía la muñeca rubia en el regazo y manoseaba una fina pulsera de oro, regalo de bienvenida de Emma. La niña estaba bien en aquella casa. Segura, bien atendida, mimada.

Por fin se retiraron las sillas y todos se levantaron.

—¿Hacemos un poco de música? —propuso Emma animadamente. —¿Por qué no cantas un poco, Marie Claire? —instó Ferdinand. Se pasaba del primer salón al segundo por unas puertas plegables. Las persianas del primer salón estaban siempre cerradas, para que no entrara el sol. Ahora, al anochecer, una luz azulada se filtraba por las rendijas, reflejándose en las sillas doradas, la seda amarilla de la tapicería, los adornos de cristal y los espejos, realzando su exquisita elegancia. En el segundo salón, el piano, el arpa y las librerías creaban un ambiente más alegre.

—¿Querrás acompañarla, Pelagie? Marie Claire tiene una voz preciosa —explicó Ferdinand, ufano y jovial—. Me han dicho que su maestro de canto tiene grandes esperanzas puestas en ella… Ah, mira, David, no sé si ya te he mostrado ese retrato de Emma. Lo pintó Salazar, el famoso retratista.

En un entrepaño, entre dos puertas, en un marco ovalado, se veía el retrato de una esbelta muchacha, con una fina túnica blanca recogida bajo su

pequeño busto, contemplando con aire pensativo un gran ramo de lilas.

—Oh, qué ridícula era la moda Imperio, pero tengo que reconocer que una se sentía muy cómoda, casi desnuda. Y es un buen parecido. ¿No crees? —preguntó Emma ansiosamente.

—Oh, sí —dijo David, sin advertir ni la más leve semejanza entre el retrato y la dama que tenía a su lado.

—Bien, bien —dijo Ferdinand restregándose las manos—. ¿Empezamos?

Pelagie se había sentado al piano y Marie Claire estaba de pie, junto a la curva de la caja.

—Empezaremos por unas canciones irlandesas. *Kathleen Mavourneen*. Es nueva y muy popular.

Sus manos se movieron sobre el teclado con ademán acariciador y las notas vibraron en el aire como sollozos. Era un sonido sentimental, como la propia Pelagie. Pero la pequeña Marie Claire cantaba sin sentimiento. Su ejecución, pura y sin adornos, conmovió a David. Él no entendía de música ni de voces, pero estaba seguro de que aquella era una voz de mujer en un cuerpo de niña. Estaba totalmente absorto en el sonido y en la transformación que se observaba en la carita insignificante de Marie Claire, cuando Emma se inclinó para decirle al oído:

—Fíjate en lo que está haciendo Eulalie. Se llama macramé. Eulalie es muy hábil para las labores. Esas *portieres* las hizo ella.

Obediente, David volvió la mirada hacia el lugar en el que *la Huraña* —así llamaba mentalmente a Eulalie— hacía complicadas filigranas con un cordón.

—Muy bonito —murmuró, sonriendo interiormente por su recién adquirida diplomacia. «Estoy aprendiendo», pensó, volviendo a la música.

Al poco rato, su atención empezó a divagar. Sus ojos pasaron de la voluminosa falda de Pelagie a los arabescos de la alfombra y, después, a las cortinas de seda roja en las que las velas ponían tornasoles rosados. Las puertas del vestíbulo estaban abiertas y al fondo, a lo lejos, se veía el comedor, donde los criados estaban quitando el servicio de la mesa. Más allá, David sabía que había un porche por el que se salía a la terraza y al jardín, al fondo del cual estaban los establos, y la cocina, donde se encontraba el centro de la vida de la gran casa. Allí estaban también las bodegas, los lavaderos y las dependencias de los criados. Su habitación estaba orientada hacia aquella dirección y por la noche oía hablar a los criados; voces chillonas de mujer y el murmullo bronco de voces masculinas. Y también se oía cantar; eran unos cantos cadenciosos y apasionados, totalmente distintos de todo lo que él

conocía, que le conmovían de un modo extraño, haciéndole sentir una viva nostalgia. Pero nostalgia, ¿de qué? Desde luego, no del hogar. El no tenía el menor deseo de volver a «casa».

¡Ah, qué confusión la suya! Que la comodidad de aquel salón, con sus asientos tan mullidos, su luz suave, su dulce fragancia —que él percibía con el estómago bien repleto— pudieran parecer tan poco edificantes… Y es que había un exceso de todo, una superabundancia que te dejaba ahíto. Demasiada comida, demasiada seda, demasiadas flores.

Sisyphus había entrado silenciosamente y murmuraba algo al oído de Emma. David captó solo dos nombres: Blaise y Fanny. Emma se levantó al terminar la canción, cuando la velada tocaba ya a su fin.

—David y Miriam, venid conmigo. Han llegado Blaise y Fanny —les explicó mientras subían la escalera—. Los he mandado venir del campo, mejor dicho, se los compré a una buena amiga que ya no los necesita. Son hermanos y vienen bien recomendados, naturalmente, o no los habría tomado. Bueno, aquí están.

En el vestíbulo del primer piso esperaba una jovencita de doce o trece años. Tenía la piel casi blanca y llevaba su negro pelo, tan liso como el de Miriam, recogido en dos trenzas que le colgaban a la espalda.

—Aquí está Mam’selle Miriam, Fanny.

Fanny hizo una reverencia.

—Y este es M’sieu David, Blaise.

Era un muchacho de la edad de David. Sus ojos grises ponían un extraño contraste en su cara, mucho más oscura que la de su hermana.

—Claro que hubiera sido preferible haber empezado vuestra relación desde el principio. Esa es la costumbre, y es muy agradable tener a un criado que te acompañe durante toda la vida —dijo la tía Emma a Miriam y David —. Pero todos sois todavía muy jóvenes y os quedan muchos años para estar juntos. Fanny, tú dormirás en una colchoneta junto a la puerta de la habitación de Mam’selle Miriam, por si te necesita durante la noche. Pero eso tú ya debes de saberlo. —Emma le sonrió para infundirle confianza—. Y Blaise hará lo mismo contigo, David. Cuando vayas a la escuela, él ira contigo, para llevarte los libros y paquetes y hacer recados. Bueno, no hace falta hablar de eso ahora, Blaise conoce sus obligaciones. De todos modos, si necesitas ayuda extra, David, tu padre te prestará a Maxim o Chanute. Si no, ya tienen bastante que hacer en la casa. Me han dicho que sois muy dóciles, Blaise y Fanny, y me alegro mucho por ello, porque eso es precisamente lo que nosotros queremos. —Hizo una pausa, como si esperase alguna pregunta o

comentario y, como no lo hubiera, dio por terminada la entrevista con un—: Bien, no se me ocurre nada más. —Y empezó a bajar la escalera. Al llegar a la mitad, gritó volviendo la cabeza—: Os ayudarán mucho con el francés, David y Miriam, ya que no hablan otra cosa.

Los cuatro jóvenes se miraban sin saber qué decir. Hasta que Fanny, más decidida que su hermano, sonrió a Miriam. Blaise mantenía los ojos bajos mientras David, confuso por su propia timidez y por otras razones que no acertaba a definir, buscaba en vano algo que decir. Pero, en aquel momento, subieron Pelagie y Eulalie.

—Ya os llamaremos cuando vayamos a retirarnos —dijo Pelagie a los nuevos criados. Y a David—: Los hombres aún están jugando al dominó, pero yo estoy cansada. ¿Nos sentamos en la galería?

Cruzaron una serie de dormitorios.

—Mamá tiene que ponerte un *lit de repos*, David. Así no desharás la cama cuando duermas la siesta.

—Yo no duermo la siesta.

—Aquí la dormirás. Todo el mundo duerme la siesta. Son tan lánguidas, las tardes… —dijo Pelagie arrastrando las sílabas. Maquinalmente, acarició su abultada cintura y Miriam, al observar el ademán, preguntó súbitamente:

—¿Cuándo vas a tener el niño?

Eulalie dio un respingo.

—¿Qué está diciendo esta criatura? —exclamó, mirando a su hermana por encima de la cabeza de la niña.

—Oh, yo sé que Pelagie va a tener un niño —dijo Miriam en tono de experta—. Se nota. Lo he visto en mi pueblo. ¿Cuándo nacerá?

—En noviembre. Me gustaría hablar de ello —dijo Pelagie suavemente—. Estoy tan contenta. Pero mi hermana piensa que de eso no se habla. Y no sé por qué, si mamá tuvo nueve hijos después de nosotras, contando los que murieron, claro. —Y prosiguió, desafiando serenamente a su hermana, que en aquel momento ya salía de la habitación—: Mi hijo nacerá aquí, en este dormitorio, en la cama de partos. Y es que el diván tiene varios usos, ¿sabéis?

Se quedaron en silencio los tres, hasta que la mujer dijo:

—Confío en que ahora ya te encuentres más a gusto entre nosotros, David.

—Me siento muy bien, de verdad —dijo David sonrojándose.

—No estabas muy contento los primeros días. —Y, como él no lo negara, Pelagie prosiguió—: Naturalmente, tú no sabías que este no era un hogar judío. Lo comprendo.

En la habitación contigua, por la puerta abierta, se veía el altar, o lo que la familia conocía por el altar: una mesa cubierta con un paño de encaje sobre la que había un jarro de agua bendita y varias figuritas de yeso. Los ojos de David, después de contemplarlas, se fijaron en el suelo, cubierto por una estera de palma.

—Creo que tu padre debía habértelo advertido.

David soltó una breve carcajada.

—Me alegro de que no lo hiciera, o el abuelo se hubiera opuesto a que nos trajera aquí y tal vez hubiera conseguido impedirlo.

—Pero debió deciros algo durante el viaje. De todos modos, ya pasó. Aunque si deseas preguntarme algo…

Durante un momento, David volvió a sentirse cohibido y con la lengua torpe. De todos modos, tenía que preguntarlo, por más que ahora ya no importaba. Aun así, preguntó:

—¿Cómo se casó mi padre con tu madre?

—¿Quieres decir dónde? Fue en la catedral. El vicario general dio una dispensa especial por la diferencia de religión. Y el padre Moni celebró la ceremonia. Oh, fue espléndida. A mí siempre me ha gustado la catedral, desde luego. Está bonita hasta en los funerales. —Y Pelagie, entusiasmada, formó una pirámide con los dedos—. Yo era aún muy niña cuando se celebraron los funerales por el emperador

Napoleón. Todo estaba cubierto de crespones negros; era algo solemne, con una música maravillosa, un coro francés. Era como si el mismo Dios estuviera allí.

Fuera había oscurecido. La lámpara de la habitación contigua iluminaba débilmente sus rostros, por lo que uno solo podía imaginar la expresión de Pelagie cuando susurró:

—Naturalmente, Dios está en todas partes, ¿no? Yo siempre he pensado que no importa de qué forma le adores desde el fondo de tu corazón. Ya sé que algunos curas dicen que nuestra fe es la única verdadera, pero no creo que sea cierto. Pero, eso sí, tienes que adorarle con convicción. Y en esta ciudad, desgraciadamente, no hay mucha gente que lo haga.

—Eso me ha dicho Mrs. de Rivera —repuso David.

—¿Rosa? Yo quiero mucho a Rosa. Dice que conociste a su hermano durante la travesía.

—Oh, sí. Nos hicimos amigos. Pero él irá a estudiar al Norte, por lo que, probablemente, no volveremos a vernos.

—Sí; las familias de ascendencia inglesa envían a sus hijos a «William and Mary» o, incluso, a Harvard. Nosotros, los criollos, naturalmente, los enviamos a París. Aunque quizá tú también vayas a estudiar al Norte.

David no contestó. La idea le parecía confusa e, incluso, alarmante.

—A no ser que tú prefieras ir a París. ¿A París con Miriam? Yo estuve un tiempo en un colegio en Francia.

—No —dijo David. Esto era aún más alarmante—. No quiero volver a Europa. Ni que vuelva Miriam —añadió con firmeza.

—Oh, Miriam puede ir a un colego de aquí. En realidad, para una niña eso no tiene importancia. Ella se casará muy joven. Todas las muchachas bonitas se casan jóvenes. Yo tenía dieciséis años. Conocí a Sylvain a los quince y al cabo de un año nos casamos. ¡Oh, Miriam! —explicó Pelagie—. Deseo que seas tan feliz como yo. Pero lo serás, estoy segura. —Y, tomándola por los hombros, la obligó a volverse hacia la luz de la lámpara—. ¡Qué hermosos ojos! Te peinarás con el pelo hacia arriba, así, con un tirabuzón sobre cada oreja. Y estoy segura de que papá te regalará unos pendientes de brillantes. Tienes unas orejitas preciosas. Vas a ser una belleza, niña.

«Habla tanto como su madre —pensó David—. O sea, que parece boba. Pero es buena persona». Le agradaba la ternura con que sus manos tocaban a Miriam.

—Tenéis que venir a nuestra casa de campo. Vivimos con el padre de Sylvain, pero Sylvain me ha prometido comprar una casa en la ciudad, para que tengamos nuestra propia residencia para la temporada social y la Ópera. Me encanta la Ópera…

La charla cesó cuando apareció Sylvain y se llevó a su mujer.

Cuando David entró en su habitación, Blaise se levantó de la estera.

—Siento haberte despertado, Blaise.

—No, no; estaba esperándole, M’sieu David.

—Duerme. Yo vengo en seguida.

—¿Adonde va, M’sieu David?

—Llámame David a secas, ¿quieres, Blaise? Voy a la olla del vestíbulo de atrás a beber agua.

Blaise le miró consternado.

—¡De esa no! Todavía no está purificada. Hace menos de una hora que Serafina echó el alumbre. Además, yo estoy aquí para traerle las cosas, M’sieu David.

—Es que yo estoy acostumbrado a cuidar de mí mismo, Blaise.

—Pero aquí no, M’sieu David. Aquí no.

Los pies descalzos de Blaise azotaron los escalones y su sombra esbelta se escurrió por la pared con suave ondulación.

David se asomó a la galería de atrás que daba al patio. Había luna y se distinguían las dentadas siluetas de las hojas de los bananos que murmuraban movidas por la brisa. Oyó el gorgoteo del agua y recordó que había una fuente al extremo del jardín. Se respiraba un aroma fresco y un poco acre; sería de los macizos de jeringuilla que crecían junto a la tapia y que parecían montones de nieve. Un pájaro trasnochador lanzó un trino breve y lacerante. Una noche dulce. Una noche distinta a todas las que él había conocido. Dulce y turbadora.

«Tal vez he llegado demasiado tarde —pensó—. Tal vez quince años ya sean demasiados para un cambio como este. No sé. Quiero obrar bien. Deseo obrar bien. Pero no sé qué pensar de este sitio».

4

Bueno, ya has visto la Fábrica de Moneda —dijo Ferdinand al doblar por Esplanada Avenue. Rodeó con el brazo los hombros de David—. No sabes lo que es el tener a mi hijo conmigo. Solo siento…, y no me cansaré de repetirlo…, solo siento no haberte traído antes. Tanto tiempo perdido… Pero ya basta de lamentarse. Estás aquí, y eso es lo que importa —dijo alegremente —. ¿Qué estaba yo diciendo? Ah, sí. Yo hago otras muchas cosas, además de comerciar. Ya no basta trabajar por el dinero. Cuando lo has conseguido, tienes que hacer que el dinero trabaje por ti. De manera que he diversificado mis actividades. Hago negocios en todo el país. He adquirido muchas hipotecas y hago préstamos a los hacendados sobre sus cosechas. Siempre necesitan anticipos. Y es que viven a lo grande… David, ¿te apetece una *cala*? Es una especie de buñuelo de arroz, riquísimo.

Delante de la catedral, una mujer negra con un delantal blanco almidonado cocinaba en un hornillo. Ferdinand la saludó al pasar.

—¿Cómo estás, Sally? Este es mi hijo. Yo quería comprarle una *cala*, pero no tiene apetito. Ella hace las mejores de la ciudad —dijo mientras seguían andando—. Pertenecía a un amigo mío, pero compró su libertad. A las negras libres se las distingue por el *tignon*, el pañuelo que llevan anudado en lo alto de la cabeza. Algunas son unas cocineras excelentes. Por la noche venden pasteles de batata calientes. Tienes que probarlos.

De pronto, al doblar una esquina, apareció ante ellos una escena rebosante de vida. David nunca había visto semejante colorido y animación, ni un gentío como aquel que allí convergía de todas las direcciones. El espectáculo estimulaba los sentidos. Las voces vibraban en el aire, el perfume de las flores se mezclaba con los olores del río y la luz radiante deslumbraba. David se quedó atónito.

Ferdinand observaba su reacción, encantado.

—¿Sorprendido? —Se echó a reír—. Sí; el Mercado Francés es todo un espectáculo.

Los tenderetes se alineaban en una larga hilera, al amparo del dique. Las verduras, recién lavadas, estaban dispuestas en grandes manojos. En los puestos de pescado, las capturas recién llegadas y colocadas sobre un lecho de hielo despedían un brillo metálico, negro y moteado de gris. Los cangrejos vivos, verdes como la hierba nueva, rebullían junto a las langostas. Una anciana india estaba sentada en cuclillas detrás de un montón de objetos de piel. Damas con sombrilla y criada, iban de puesto en puesto o tomaban su café con *beignets* en pequeñas mesitas situadas bajo los toldos.

David, silencioso y admirado, caminaba arriba y abajo, entrando y saliendo, observando y grabándolo todo en la memoria como un pintor que preparase su boceto.

—¿Quieres un *café noir*? —preguntó Ferdinand—. ¿No? Entonces ya has visto bastante por hoy, ¿no te parece?

Dejaron atrás los puestos. En un extremo de la calle, sobre un estrado, había un sillón de dentista, rodeado por una banda de músicos. Un pequeño grupo se había acercado a mirar cómo le arrancaban las muelas a un desventurado cuyos gritos eran ahogados por la música.

—El sacamuelas tiene a un hermano en la Facultad de Medicina —dijo Ferdinand—. Ocupa la cátedra de *Materia Médica*. Le conozco bastante. Y conozco a otros muchos. De todos modos, no creo que haya dificultades para que te admitan. Pronto iremos a hacerles una visita, pero en realidad no hay prisa. Aún tienes que estudiar unos cuantos años. Los americanos, justo es reconocerlo, están haciendo mucho por la educación. Dicen que van a traer a un hombre que trabajó con un tal Horace Mann en Massachusetts, un Estado que está al norte de Nueva York, en la fundación de escuelas públicas… Me han asegurado que aquí va a haber pronto muchas escuelas gratuitas. Eso estará bien. Bien sabe Dios que yo no fui a la escuela mucho tiempo, allá en Europa, y siempre he sentido la falta de una educación sólida. Es algo que hace que uno se sienta inseguro de sí mismo, mal que me pese reconocerlo. De todos modos, no se puede decir que me haya ido mal en la vida, a pesar de mi falta de estudios, ¿verdad? —Se echó a reír—. Pero quiero que tú recibas la mejor enseñanza posible. Afortunadamente, no necesitarás de las escuelas gratuitas. La gente de nuestra clase tienen preceptores o envían a sus hijos a las escuelas privadas.

David recordó la conversación mantenida con Pelagie la noche antes.

—¿Y Miriam? —preguntó.

—Oh, por aquí hay muchos colegios para niñas, dirigidos por damas distinguidas, casi todas, de buena familia, que necesitan dinero. No sé si las

niñas aprenden muchas cosas, pero sí las suficientes para comportarse en sociedad. Al fin y al cabo, ¿qué falta le hacen los estudios a una chica?

¡Pobre Miriam, ella tan despierta, curiosa e imaginativa! ¿Acaso no era su mente igual a la de David? El muchacho pensó entonces que la inteligencia de una muchacha podía desperdiciarse tanto en el lujo y la ociosidad como en la penuria de un pueblucho de Europa. Iba a decirlo así cuando su padre reanudó sus explicaciones, mientras caminaban por la ribera.

—Sí; esos barcos son la línea vital que me une al mundo. —Miró en derredor y bajó la voz, para no revelar asuntos de negocios a desconocidos—. David, el año pasado, solo de México, importamos mercaderías por valor de treinta mil dólares.

A lo largo de la orilla, había barcos amarrados en hileras de cuatro y cinco. Las calles eran un hormiguero de gente a pie, a caballo, en elegantes carruajes y en carros cargados hasta los topes. La ciudad estaba boyante, próspera.

—En estos muelles, te encuentras a los tipos más pintorescos que puedas imaginar —dijo Ferdinand—. Hombres honrados y estafadores de todas las especies. Aquí verás a un campesino jugarse unos centavos a los dados y a un hacendado apostar miles de dólares en las regatas. En los barcos, desde luego, están los jugadores profesionales. Hay que tener cuidado con los tahúres que viajan por el río. Muchos hacendados han sido víctimas de sus malas artes. He visto a hombres perder en una partida de póquer el producto de su cosecha de todo un año. Miles y miles de dólares.

Cruzaron a la otra acera, para caminar por la sombra, bajo una triple hilera de balcones de hierro forjado. Sobre sus cabezas, alguien que regaba un tiesto de helechos, puso en el aire cálido de la mañana una vaharada de acre fragancia.

—Ahí, en la esquina de Royal Street, está la Lonja del Algodón. Tal vez mañana te lleve conmigo y te presente a algunos amigos. ¿De verdad no quieres nada antes de volver a casa?

David reflexionó unos momentos.

—Me gustaría comprar un par de libros en inglés.

—¿Sigues con la idea del inglés? Está bien; hay una librería en esta misma calle. Tenemos nueve librerías en la ciudad.

Al fondo de una tienda estrecha y larga estaba sentado un viejo con un casquete en la cabeza. Al verlos, se levantó.

—¿Libros ingleses? Aquí están. Poesía, novelas. Historia, gramática. Están todos aquí. —El viejo observaba con curiosidad a David mientras el

muchacho recorría las estanterías con la mirada—. Si el joven desea una gramática, puedo recomendarle esta.

—Quiero aprender a hablar el inglés —explicó David en francés.

—En tal caso, la gramática sola no le bastará. Tendrá que leer algo de literatura. Así la lengua cobrará vida para usted. ¿Le gusta la poesía?

—No he leído mucha y, siempre, en alemán. Pero sí, me gusta.

—Entonces, *Lord* Byron, un romántico. —Repitió la palabra recreándose en ella—. Un romántico. Un poeta para los jóvenes. Para mí, ya no, pero sí para usted, desde luego. Y, para novelas, las de *Sir* Walter Scott. Le apasionarán. No tienen nada de árido.

—Mi hijo puede llevarse todos los libros que desee —dijo Ferdinand—. En cuestión de educación no me duelen prendas.

—Y hace usted muy bien, señor —repuso el anciano con una reverencia.

Una vez elegidos y pagados varios libros, el dueño de la tienda retrocedió hacia la estantería arrastrando los pies y entregó a David un tomo delgado, encuadernado en piel.

—Cuando haya terminado con esos otros libros, ya dominará la lengua lo suficiente como para apreciar a Jonathan Swift, el más grande de los escritores. Era un satírico. ¿Sabe lo que quiere decir satírico, joven? ¿No? Yo se lo diré. Es un hombre de mirada clara y lengua bien afilada, mejor dicho, pluma afilada, que observa las miserias del mundo y las ridiculiza y fustiga.

—A mí me parece que eso es demasiado complicado para un chico de quince años —apuntó Ferdinand.

El anciano movió la cabeza.

—No para ese muchacho. En la mirada se le nota que lo entenderá. Aquí tiene. Lléveselo.

Al salir de la tienda, David preguntó a Ferdinand por qué le había hecho un regalo el anciano.

—Eso se llama *lagniappe* —explicó Ferdinand—. Aquí los comerciantes siempre añaden algo por su cuenta en proporción con la compra. Y nosotros hemos hecho un buen pedido. Deberíamos haber enviado a Maxim o Blaise a recogerlo.

—Papá, yo no necesito que un criado me lleve unos cuantos libros. Era simpático ese hombre, ¿verdad? Judío, ¿no?

—Sí; eso me ha parecido.

—El Pueblo del Libro Santo —dijo David deliberadamente. No sabía qué le había impulsado a decirlo, qué era lo que le hacía sacar a relucir una y otra vez delante de su padre aquel tema que no servía sino para irritarlos a ambos.

Durante un breve momento, Ferdinand permaneció en silencio. Luego, dijo:

—Mira, David, yo te comprendo, aunque a veces tú creas que no es así. A tu edad, ese fervor religioso es perfectamente natural. ¡A los quince años, a uno le gusta sentirse virtuoso! Incluso yo pasé por ello, aunque reconozco que a mí me duró menos que a la mayoría. —Hablaba en un tono de jocosa tolerancia—. Probablemente también tú lo superarás, ahora que te he sacado de aquel pueblo. Pero, si no fuera así, allá tú. Aunque no sea más que por la santa memoria de tu madre, yo no he de interferir.

—No creo que lo supere.

—El tiempo lo dirá. Como ya te dije una vez, si mal no recuerdo, el propio Heine afirmaba que el judaismo es un infortunio. ¿Por qué crees tú que solo en los diez últimos años, bajo el reinado de Federico Guillermo III, se bautizó a más de dos mil judíos? Porque esa es la única vía para la supervivencia bajo un opresor, ¡ea! Afortunadamente, aquí no es necesario convertirse y, tal como te he dicho, yo nunca lo deseé. Lo único que deseo es que me dejen en paz.

—Eso será si ellos quieren —dijo David.

En Chartres Street, Ferdinand intercambió una reverencia con un fornido joven que llevaba un elegante traje negro.

—Es Judá Benjamín —susurró—, uno de nuestros más brillantes abogados jóvenes. Aunque es judío, no practica la religión. Y ese es el «Hotel St. Louis». Se come admirablemente. Un día te traeré a almorzar. Tienen la sala de subastas más importante de la ciudad. Ahí puedes comprar cualquier cosa, desde un barco a una casa, todo un mobiliario francés, mil acres de tierra… Cualquier cosa.

Un cartel de la pared llamó la atención de David. Se detuvo y empezó a leer lentamente:

—«Muchacho negro, menos de veinte años, excelente ayuda de cámara, habla inglés y francés, con conocimiento de sastrería, honrado, aspecto agradable».

Algo le aguijoneaba, una vaga intuición que le atraía y repelía a la vez.

—Me gustaría entrar ahí —dijo.

—¿Ahora? ¿Quieres ver la subasta? Está bien. Disponemos de una hora libre.

Unas sillas dispuestas en círculos concéntricos rodeaban un estrado sobre el que se veía a un hombre de ademanes enérgicos y camisa de color chillón. Ferdinand avanzaba entre hileras de sombreros de copa descansando sobre

rodillas vestidas de buen paño, moviendo la cabeza y saludando a derecha e izquierda. En los pasillos había grupos de gente de pie. El murmullo de las conversaciones recordaba el de un teatro antes de levantarse el telón, o una feria de pueblo, pensaba David, antes de que empiecen a actuar los saltimbanquis y el oso bailarín. Pero cuando estuvo sentado y pudo distinguir el estrado, advirtió cuál era el verdadero carácter del acto. A pesar de la dificultad del idioma, ya que el subastador hablaba muy de prisa, pasando continuamente del francés al inglés, David comprendió. ¡Allí se vendían seres humanos! A un lado del estrado, aguardaba un pequeño grupo dócilmente, como los caballos en aquella misma feria de pueblo. Y David aguzó la mirada: un viejo encorvado; tres muchachitos, unas mujeres gruesas, una de las cuales exhibía una extraña sonrisa afable, una muchacha joven, de piel muy clara —tres cuartas partes blanca, supuso él— que lloraba en silencio. David se volvió entonces a mirar al hombre cuya vibrante voz dominaba el murmullo de las conversaciones.

—Señores, señores, silencio, por favor. Estamos trabajando y no se oye nada. ¿Cuánto me ofrecen por esta mujer, que se llama Lucinda?

El subastador apoyaba la mano en el hombro de una hermosa negra, con un limpio vestido de algodón. Ella con el cuerpo erguido, alta y quieta, parecía ajena a la voz y a la mano. Tenía sus propias manos entrelazadas a la altura del talle y la cabeza erguida, como si mirara algo situado más allá de los espectadores. El hombre repitió la pregunta:

—¿Cuánto ofrecen por Lucinda? ¿Quién es el primero? Sabe lavar y guisar. La única razón por la que está disponible es porque su amo ha muerto sin herederos y los albaceas tienen que deshacerse de ella. ¿Quién es el primero en ofrecer?

—¿Seiscientos? —gritó alguien.

—No puede hablar en serio, señor. ¡Yo nunca la daría por esa cantidad!

—Es que ya es mayorcita —observó el hombre.

—¿Vieja, señor? No habla usted de una mujer de sesenta años. Apenas ha cumplido los cuarenta. Es fuerte, sana y bien educada. Y no crea que es de esa casta inferior de Kentucky. Nació y se crío río arriba, a menos de ochenta kilómetros. —Volvió la cabeza hacia otro lado—. ¿Cuánto me ofrecen?

—Setecientos.

—Ochocientos.

—Ochocientos. Dan ochocientos. ¿Quién da más?

David sentía las axilas y la nuca húmedas de sudor. Era un sudor frío, a pesar del calor que hacía en la sala. Tenía las manos heladas. Las hundió en

los bolsillos.

La mujer, Lucinda, seguía mirando más allá de la sala.

David se sentía horrorizado, y le parecía que solo estaba allí su cuerpo, indiferente y apático, y que su espíritu le había abandonado.

—Mil.

—Mil cincuenta.

—Mil cien.

—Ofrecen mil cien. ¿Alguien da mil ciento cincuenta? Mil cien a la una, a las dos, a las tres. Adjudicada por mil cien dólares. Lucinda. El siguiente, por favor. Venga, venga, tráiganlos. Tenemos una lista muy larga y ya es más de media jornada.

Subieron al estrado dos muchachos. No tendrían más de doce o trece años. Miraban a la multitud con una expresión en la que se mezclaban el temor y la curiosidad infantil.

El subastador adoptó un tono de entusiasmo.

—Aquí tenemos una magnífica pareja, dos hermanos, aún no del todo desarrollados, es cierto, pero con un gran potencial de trabajo. Su propietario no quería desprenderse de ellos, pero tiene exceso de gente. Le gustaría venderlos en un lote, si es posible. Se han criado juntos…

—Chanute y Maxim también fueron comprados juntos —susurró Ferdinand—. Pero ellos no son hermanos, sino primos.

—… y el dueño estaría dispuesto a conceder una rebaja a quien se quede con la pareja.

El más joven de los dos muchachos tomó de pronto la mano del otro. Y David sintió una opresión en el pecho, como si fuera a marearse. Se levantó bruscamente y chocó con su vecino, que lo miró furioso.

—Vámonos de aquí. Tengo que salir de aquí, papá.

Ferdinand le siguió hasta la calle.

—¿Tanto te ha impresionado? —preguntó con curiosidad. Y añadió—: Sí, la primera vez resulta muy triste, hasta que te das cuenta de que el sistema funciona. En realidad, no es tan cruel como parece, ni como era al principio. Santo cielo, en tiempos de Jean Lafitte, les ponían grilletes y collares de hierro a los africanos cuando los traían. Lafitte tenía una herrería en St. Philip Street, donde forjaba las cadenas. Bueno, todo eso acabó hace tiempo.

»Hoy en día, el negro forma parte de una estructura comercial respetable. Nuestras compañías más importantes, el ferrocarril, la fábrica de gas, todos utilizan negros.

—Poseen negros —dijo David.

—Oh, sí, y les enseñan toda clase de trabajos, desde carpintería hasta el abastecimiento de víveres. Todos los oficios. Los adiestran y les tratan bien.

Desde el otro lado de la calle, un joven de barba negra saludó a Ferdinand alzando el sombrero.

—Es Eugene Mendes. Procede de Louisville. Te sorprenderá que conozca a tanta gente. Ha comprado una propiedad en Canal Street hace menos de un mes. Trata en mercancías enviadas desde el Norte en consignación. ¿Querrás creer que tiene poco más de veinte años? Como mucho, veintidós. Supongo que habrá recibido una herencia y eso le ha permitido empezar el negocio. Pero también tiene su mérito saber administrar una herencia. Sí; en esta ciudad hay grandes oportunidades para un joven que sea emprendedor. Es una gran ciudad para los jóvenes. —Dio una palmada en el hombro de David—. Espero grandes cosas de ti, David. —Y, como si tratara de extraer de su hijo una muestra de entusiasmo que respondiera al suyo, buscaba en el rostro de David una señal de aliento. Pero no la encontró.

«¿Es que no se ha dado cuenta de que casi no he dicho ni una palabra durante todo el camino?», se preguntaba David cuando llegaron a casa. Triste y furioso, pensaba: «Mi padre quedará decepcionado. Yo no soy lo que él esperaba».

Aquella noche estaba con ellos Sylvain Labouise. David pasó a la biblioteca con los hombres, después de la cena, mientras las damas tomaban el fresco en el porche. Al poco rato, Ferdinand y Sylvain dejaron a un lado el ajedrez y, enfrascados en una animada conversación, olvidaron el *café brûlot*. Un penetrante aroma de cáscaras de limón y coñac flameado se elevaba de las tazas.

—Son unos fanáticos —decía Sylvain, indignado—. Traen la subversión a una tierra pacífica. Abolicionistas y fanáticos.

Durante el cuarto de hora anterior, David estuvo escuchando la agitada conversación. Ahora preguntó qué eran los abolicionistas.

—Son gente que viene del Norte, con la idea de sublevar a los negros y darles la libertad. ¡La libertad! —repitió Sylvain desdeñosamente—. ¿Para qué la libertad? ¿Para deambular muertos de hambre y semidesnudos, como niños desvalidos sin padres ni hogar?

—¿Qué hacen los abolicionistas al llegar aquí? —preguntó David.

Sylvain descruzó las piernas. Estaba tenso de indignación y energía reprimida.

—¿Qué hacen? Esparcir el terror, eso es lo que hacen. Quieren vernos a todos muertos. El año pasado, a menos de quince kilómetros, tuvimos una

sublevación. Soliviantaron a un puñado de negros medio locos, pero, por fortuna, los detuvimos a tiempo. Después de aquello, tuve a los caballos ensillados en el establo, durante dos semanas, listos para partir a cualquier hora. Fue el tiempo que tardamos en estar seguros de que el peligro había pasado.

—Sylvain no te ha dicho que el año pasado el gobernador le nombró coronel de la milicia —dijo Ferdinand—. No podía encontrar a nadie más apto para el cargo.

—Pero deja que te diga una cosa —añadió Sylvain—, durante mi ausencia, mis propios negros guardaron y protegieron a la familia con toda fidelidad. Yo confié plenamente en ellos, y mi confianza quedó justificada. Esto es lo que pienso yo de los abolicionistas terminó, haciendo chasquear los dedos.

—Naturalmente, vuestros criados pueden estar contentos con su suerte —dijo Ferdinand—. Ellos saben lo que vale tener buenos amos.

—¿Y todos los amos son buenos? —preguntó David.

—No —respondió Ferdinand suavemente—. Como tampoco son justos todos los hombres. Pero la mayoría tratan bien a los negros, ¿no, Sylvain? Al fin y al cabo, ninguno de nosotros ha azotado nunca a un negro. Ni nadie que nosotros conozcamos. La mayoría de gente es decente. Que yo sepa, por lo menos.

Sylvain miró a David.

—Voy a decirte algo muy interesante. ¿Sabes que casi cualquier negro prefiere pertenecer a un blanco que a un negro libre? Si quieres ver crueldad, ahí la encontrarás. Ve a las casas de los negros libres y verás que tratan a sus criados de un modo abominable.

David se levantó y tomó el periódico.

—Esta tarde leí una cosa en el *Bee*… Aquí está. —Leyó en voz alta—: Xavier Barthelemy ofrece una recompensa de treinta dólares por la devolución de su paje Caesar, de unos dieciséis años, piel y ojos claros, tal vez lleve aún parte de un bonito uniforme, librea gris y calzones a juego, con botones de plata. Escapó el jueves último. —Se detuvo.

—¿Y bien? —preguntó Ferdinand.

—Es un chico de mi edad. Un año mayor que yo —dijo David lentamente —. Un chico como yo.

—Como tú, no. El es él y tú eres tú. —Sylvain hablaba con exasperación. Sus ojos, que hasta entonces tendían a mirar por encima de la cabeza de David, se clavaron ahora en los del muchacho, y David pensó: «Somos como

dos perros desconocidos, dando vueltas uno alrededor del otro, esperando el ataque». Sylvain fue el primero en desviar la mirada—. Debes recordar que son muy pocos los que tratan de escapar de casa de sus amos. Los que lo hacen, es porque el capataz los maltrata. Y se da el caso de que nueve de cada diez capataces proceden del Norte. La mayoría de los que quieren ser libres pueden ganar su libertad de forma mucho más agradable que escapando, te lo aseguro.

David se sentía más y más atraído por el tema, casi contra su voluntad. Tenía que saber más. Saber más.

—¿Y cómo gana uno su libertad?

—Verás —dijo Ferdinand—, el que tiene un oficio, un barbero, por ejemplo, o una enfermera, puede alquilar sus servicios, paga a su amo una cantidad al mes por el privilegio y el resto lo ahorra hasta reunir lo suficiente para comprar su libertad. Es un buen sistema.

—Para el amo —dijo David.

Su padre lo miró sorprendido.

—¿Qué dices?

David dijo despacio, tratando de vencer la repugnancia:

—Quiero decir que es algo horrible e indigno poseer seres humanos. No es…

—Hizo un pausa, mientras buscaba la palabra—. No es civilizado. —Y recordó vividamente la imagen de la mujer, Lucinda: su rostro impasible, su dignidad, su resignación.

Sylvain soltó una risita destemplada.

—Permite que te diga que no conoces la situación lo suficiente como para poder opinar, David. Lo cierto es que el sistema es eminentemente civilizado. Libera la mente del blanco de las pequeñas preocupaciones y le permite concentrarse en empresas más elevadas. E, innegablemente, civiliza al africano, que en África no era sino un caníbal. Aquí está amparado, aquí aprende la religión y adquiere un refinamiento, y una conciencia. —Sylvain hizo una pausa—. Por lo que se refiere a la conciencia, permite que te diga que me siento mucho más seguro en la plantación, entre mis negros, que en cualquier ciudad del Norte, con una turba de obreros en paro a la puerta de mi casa, aunque sean blancos.

—Pero hace un momento decías que tuvisteis todas esas noches los caballos ensillados, dispuestos para partir.

Ferdinand miró a Sylvain, incómodo y violento y luego se volvió hacia su hijo.

—Tiene razón Sylvain. Realmente, David, no sabes lo suficiente como para opinar. Es tontería hablar de cosas que uno no entiende.

—Lo que hoy he visto no era difícil de entender, papá.

—Estuvimos en la subasta de «St. Louis» —explicó Ferdinand—, y él…

—No he dejado de pensar en ello durante todo el día —dijo David, interrumpiéndole—. He recordado lo que tú dices siempre sobre cómo nos trataban en Alemania, y por qué te fuiste, y por qué volviste a buscarnos. —Y, mientras hablaba, volvió a él aquel recuerdo fugaz de gritos de terror, un portal oscuro, ruido de pies que corrían por la calle y la falda ensangrentada de su madre—. Y a mí me parece que esto es lo mismo. Lo mismo.

Ahora Ferdinand se enfureció.

—Lo mismo. Qué tontería. Pregunta a Sisyphus qué piensa de eso. Sisyphus, que va a la ópera y a los conciertos de los Negros Libres y que veranea en la playa con nosotros. Echa un vistazo a Maxim y a Chanute el domingo. Visten mejor que tú cuando vivías con tu abuelo, y que esa gente que venía en el barco y que tanta pena te daba. Fíjate en tu propio Blaise…

No es mi propio Blaise. No es mío. No quiero ser su dueño. —Eres ridículo, David. Hablas como un niño… Bueno, al fin y al cabo, eres un niño, ¿no?

—Hablo como un judío. Porque nosotros fuimos esclavos en la tierra de Egipto… Por ello deberíamos tener compasión, ¿no?

—Mezclas las cosas. Lo uno no tiene nada que ver con lo otro.

—Yo creo que sí —respondió David. Algo le azuzaba. Estaba subiendo una marea, cuyas rápidas aguas amenazaban con engullirle.

—¿Sabes lo que pienso? —preguntó Ferdinand con severidad—. Creo que esa conversación ha llegado demasiado lejos. David, tu padre ordena que no sigas.

Sylvain se miraba las uñas, desentendiéndose delicadamente de la discusión. Una leve sonrisa arqueaba sus labios bien dibujados expresando en silencio su opinión: Por mí, podéis seguir con vuestra disputa. En realidad, no merece mi atención.

Esta actitud de superioridad le valió el desprecio de David que exclamó con vehemencia:

—Esto no es como yo creí que sería América. Yo creí… —Entonces se atascó. De haber tenido más soltura con el idioma se hubiera atascado igualmente—. Creí que todo sería limpio, diferente… —Por su pensamiento desfilaron románticas imágenes de bosques vírgenes y aromáticos; heroicas ciudades nuevas, todas ellas poseídas de un espíritu virtuoso y alegre. El

apenas podía explicarse a sí mismo qué era lo que esperaba; solo que, desde luego, no era lo que había encontrado. Le habría gustado poder expresar su sensación: la sensación de que aquel entorno le abrumaba, que no podía seguir en un lugar en el que la vida estaba estratificada, en el que cada cual tenía su lugar señalado para siempre. Pero su instinto le decía que aquellos dos hombres no le comprenderían. Más aún, que se burlarían de él. La fina sonrisa de Sylvain se había acentuado y denotaba ya franco regocijo. Sus cejas se arqueaban con sardónico desdén.

—¿América no es lo que esperabas? ¿Y qué quieres hacer? ¿Volver a aquel inmundo rincón de Europa? ¡Maldito seas! —exclamó Ferdinand, que casi nunca juraba.

—Eso tampoco —dijo el muchacho con calor.

—Pues, ¿qué quieres entonces? Decídete. Tienes quince años, ya eres un hombre. Deberías saber lo que quieres.

—Ahora mismo has dicho que era un niño.

—¿Tratas de pillarme en un renuncio? Eso no te lo consiento, David. No te había dicho nada, pero será mejor que lo sepas de una vez: desde el principio has sido una espina para mí. Yo he tratado de ser tolerante y de tender un puente entre nosotros, pero tú pareces decidido a impedirlo. Y es triste, muy triste, porque yo solo deseaba que hubiera armonía entre nosotros y ahora no parece sino que tú te empeñas en pelearte conmigo.

—Yo no quiero pelearme, papá. Es solo que…, que me parece que yo no encajo aquí.

—Haz el favor de no levantar la voz, o alarmarás a las mujeres. Mira, ya has asustado a la niña con tus gritos.

Miriam estaba en la puerta, mirando a uno y a otro. David recordó cómo temía ella las voces airadas y las disputas, y cómo se tapaba los oídos con los dedos y salía corriendo de casa cuando él discutía con el abuelo.

Pelagie se la llevó nuevamente hacia afuera.

—Ven aquí, Miriam. No es nada. Solamente discusiones de hombres. Nada.

—Quizá fuera soportable si, por lo menos, tú comprendieras lo injusto del sistema e hicieras algo por cambiarlo —dijo David—. Da la libertad a todos tus criados y únete a esos… ¿cómo los llamaste?, abolicionistas.

Sylvain carraspeó y miró a Ferdinand. Su mirada decía: Es tu hijo. ¿Vas a consentir eso?

Ferdinand se puso en pie.

—Qué disparates. Esa forma de hablar es peligrosa y denota una completa ignorancia. Tú sigue hablando así y se nos cerrarán las puertas de todas las casas respetables de aquí a Richmond, Virginia. Ahora métete esto en la cabeza, David: No quiero volver a oír hablar de este tema. De lo contrario… —Temblando, el padre terminó—. De lo contrario, no podrás seguir aquí.

David también temblaba. Pero la marea seguía arrastrándole.

—Entonces tendré que marcharme —dijo en voz muy baja.

Ferdinand se paseaba por la habitación. Se golpeó con el puño la palma de la mano.

—¿Alguna vez hubo un padre más infortunado? —preguntó a Sylvain, que no respondió. Dio media vuelta con brusquedad, encaminándose con David—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué va a ser de ti?

—Puedo trabajar. Puedo irme al Norte, con los abolicionistas. Sí, trabajaré. Soy fuerte.

—¿Trabajarás? ¿Y qué diablos puedes hacer tú?

—No sé. Ya encontraré algo. Tú lo encontraste.

—Yo lo encontré, ¿eh? ¿Es que quieres hacer lo que hice yo? Recorrer a pie kilómetros y kilómetros con un hato de baratijas que vender. ¿Para eso te he traído de Europa, para que empieces desde abajo? No, maldita sea. Tú empezarás donde yo terminé. O vas a la escuela o te vuelves a Europa. ¡Como hay Dios!

—Papá, estudiaré en el Norte. Dijiste que podía ir. —David sentía un nudo en la garganta. Un nudo de cólera y miedo. Con un enorme esfuerzo, se lo tragó—. Gabriel Carvalho dijo que él estudiará en Columbia, Nueva York. A mí Nueva York me gustaría más, estoy seguro, y así no tendrías que aguantarme. Sería mejor para los dos.

Ferdinand fue hasta un extremo de la habitación. Tenía los puños apretados contra los costados y la cabeza baja. Al llegar frente a la chimenea, se quedó mirando el gran reloj de bronce de la repisa, cual si buscara en él la respuesta a su perplejidad. Cuando, de pronto, sonó la débil campanada de la media, se sobresaltó, como si realmente acabara de recibir la respuesta.

—Sí, por Dios que será mejor. Tal vez allí te inculquen un poco de sentido común en esa cabeza, y yo pueda dejarte mi dinero cuando me muera, sin temor de que vaya a parar a una causa descabellada y revolucionaria.

—No quiero tu dinero cuando te mueras. Ni ahora tampoco —dijo David con rigidez—. Ya te he dicho que sé cuidar de mí mismo.

El cuello de Ferdinand se tiñó de rojo.

—¿No quieres mi dinero? Tú heredarás mi dinero y estarás muy contento de ello. Y serás un hombre de provecho. Quizá si te marchas te des cuenta de lo que tienes aquí, y comprendas que es preferible mantener la boca cerrada y dejar que quienes saben más que tú se ocupen de organizar las cosas. Sí —gritó, furioso mientras David escapaba de la habitación—. ¡Sí, márchate, corre! Ahora no quieres oírme, pero algún día recordarás lo que acabo de decirte. ¡Es una mula! —exclamó, dirigiéndose a Sylvain—. Una maldita mula. Y sabe Dios lo que será de él.

El coche que debía llevar a David a la estación esperaba debajo de la ventana de Miriam. Cuando la niña apartó las cortinas, vio cómo relucía al sol el asiento de cuero, que debía de estar ardiendo. La negra y redonda cabeza de Maxim estaba vuelta hacia la puerta principal. Dentro de unos segundos aparecería David. Ya se oían los pasos apresurados al pie de la escalera. Miriam sentía una opresión en el pecho. Había estado suplicándole toda la mañana.

—Llévame contigo, David. No molestaré. Iré a la escuela, estaré callada mientras estudias. Por favor…

Sus manos, su cuerpo todo le imploraba. Pero él se limitó a acariciarle la frente, apartándole un mechón de pelo.

—No, no *Liebchen*. Tú tienes que quedarte. Aquí estarás mucho mejor.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué mejor?

—Porque sí. Escucha. Tú eres una mujer, una mujercita, y las mujeres necesitan que alguien las cuide. Aquí no te faltará nada. Estarás segura.

Y entonces él se arrodilló y ella vio los puntitos verdes y dorados que flotaban en el iris castaño de sus ojos, y el vello de sus mejillas. De pronto, David le parecía mayor, más decidido, distinto al hermano que ella conocía.

—Tú irás a la escuela y aprenderás cosas bonitas, música, poesía, y a gobernar una casa, para que puedas casarte y tener hijos y cuidar de ellos. —Entonces se levantó. Su voz cambió. Ahora sonaba entre festiva e irritada—. Un día, sabe Dios cuándo, las mujeres aprenderán más y harán más. Tal vez entonces te llame… Pero aún no es el momento, y esto es lo mejor que podemos hacer ahora.

Le dio un beso y se fue.

Ella le vio acercarse al coche. Vio que Maxim se inclinaba para coger la maleta, pero David rehusó sus servicios y él mismo la colocó en la parte trasera del coche. Luego, Maxim subió al pescante y los caballos echaron a andar. La calle estaba silenciosa, envuelta en la atmósfera sofocante de la

media mañana, y el acompasado batir de cascos resonaba con claridad. En el extremo de Conti Street un vendedor ambulante gritó: «¡Melones! Dulces como la miel». En una verja, dos gorriones se enzarzaron en una escaramuza. Las niña soltó las cortinas, que volvieron a cerrarse amortiguando la luz de la habitación, y apoyó la cabeza en el alféizar de la ventana, ya sin llorar, solo muy cansada y vacía. La perrita le golpeó con la pata, en señal de interrogación, y al no recibir respuesta, se enroscó en el suelo y cerró los ojos.

Miriam se quedó arrodillada al pie de la ventana. Al cabo de un rato, oyó el zumbido insistente y furioso de una de aquellas moscas verdes que se arracimaban en el estiércol de la calle, y levantó la cabeza estremeciéndose. Fanny acababa de aplastar el bicho con la pala. Las dos niñas se miraron un momento, Fanny abrió los brazos y Miriam apoyó la cabeza en un hombro joven y flaco, cubierto de limpio percal.

—Entiendo, *mam'selle*. Yo también estaba triste cuando llegué a este sitio, que me parecía muy extraño, pero después se me pasó y a usted se le pasará. No hace ni un mes que llegó.

—¿Tú crees, Fanny?

—Oh, sí, sí. Usted irá a la escuela y tendrá amigas, y asistirá a fiestas y estrenará vestidos. Tendrá todo lo que pueda desear una señorita. Y le gustará estar aquí. Maxim estuvo diciéndonos a Blaise y a mí lo bien que se está en esta casa. De verdad…

5

El día en que Miriam cumplía once años, le regalaron un Diario encuadernado en satén blanco, con los cantos dorados. Había una página para cada día, con una flor en un ángulo: azahar, violeta, rosa… y un verso apropiado para una jovencita:

Hermoso mayo
lleno de flores
¿qué dulce música
llenará tus horas?

Todos los días, al volver de la escuela, Miriam se sentaba ante su escritorio de palo de rosa, mientras Fanny se movía por la habitación con sus zapatillas de suela de fieltro, guardando ropa en el armario, doblando enaguas, cerrando los postigos al sol de la tarde y ordenando los libros en la estantería.

Todos los días, Miriam hacía su obligada anotación en el Diario y la pluma se deslizaba por la satinada superficie de papel, con la caligrafía redonda aprendida en América, por la que la niña había sustituido la escritura picuda con la que trazara sus primeras letras.

Años después, Miriam leería aquellas líneas, divertida y avergonzada por la ingenuidad de sus frases, la mayor parte triviales, algunas, conmovedoras. Eran imágenes de una vida que pasaba de la niñez a la adolescencia, insensiblemente, como la mañana avanza hacia el mediodía. Y las palabras le traerían a la memoria los hechos. *Sí, ese verano fuimos a casa de Pelagie. Sí, aquel día gané el premio de declamación*. Pero la realidad del momento en que la mano empuñaba la pluma y el pensamiento empezaba a impulsarla, no quedaba reflejada en el papel.

«Ya hace dos años que David se marchó. Parece que haya pasado mucho más, desde que cruzamos el océano.

«Cuando recibimos la carta que decía que el abuelo había muerto, yo traté de recordar su cara. Tenía una barba clarita y gris, y venas por toda la cabeza

y en las manos. Pero, por más que apretaba los párpados no conseguía verlo. No podía verlo a *él*.

»Traté de recordar el pueblo en el que vivíamos. Aquí, en esta ciudad, es como si el sol lo pintara todo de amarillo, pero allí el mundo era gris y castaño, y, en el verano, de un verde húmedo y oscuro. Sé cómo era, pero tampoco puedo verlo».

»David y papá no se escriben más que, papá, para mandarle dinero y, David, para darle las gracias.

»A1 principio, papá hablaba de David muy enfadado, bueno, más que enfadado, triste. Dice la tía Emma que por eso la gante abusa de él. Ahora papá casi no habla de David.

»La tía Emma dice que está muy contenta de mi trabajo en la escuela. La otra tarde, a la hora del café, oí que decía con esa voz suya, tan clara y satisfecha: Miriam habla un francés perfecto. Hay que ver con qué facilidad aprenden idiomas los niños. También va muy bien en piano y dibujo. Solo en el bordado… Bueno, nunca podría compararse con mi Eulalie, eso seguro.

»Eulalie me es antipática. Siempre está con el ganchillo, la lanzadera o la aguja en la mano, haciendo cositas para los niños de Pelagie.

»La tía Emma dice a veces: Pobre Eulalie, qué pena. Una muchacha tan hacendosa. Es muy duro para ella que su hermana menor se lo lleve todo. Parece que fue ayer cuando celebrábamos la boda de Pelagie, y pensar que ya está esperando su tercer hijo para dentro de un mes… ¡Cómo pasan los años! El otro día le decía a Mr. Raphael que dentro de nada vamos a tener que buscar marido para su Miriam. Va a cumplir doce años.

»¡Las tonterías que dicen las mujeres!».

«Ayer recibí carta de David. Por fin papá le ha escrito una carta muy larga y le ha mandado mucho dinero para libros. Estoy más contenta…

»Hoy papá hablaba de David con un poco de ilusión, y hasta con orgullo. Por lo menos se gasta el dinero en libros, ha dicho. No es manirroto, como esos estudiantes que derrochan el dinero y no hacen más que beber. Dice la tía Emma que Columbia es un lugar muy distinguido, que cuando ella estuvo en Nueva York vio que las mejores familias viven en Charmes y en Murray Street, y que ese ambiente será beneficioso para él, que allí se olvidará de todas esas tonterías y regresará a casa. Ya lo verás, dice a papá, cuando haya terminado sus estudios en la Facultad de Medicina, volverá a casa, ya lo verás. Y papá le contesta que tal vez sí.

»A mí me parece que no».

«David dice en su carta que se alegra de que yo vaya todas las semanas a casa de Rosa. Es una casa judía.

»¿Cómo? ¿Pero no la llamas Mrs. de Rivera o, por lo menos, tía Rosa?, me dijo Emma el otro día. Estaba horrorizada. Pero fue la propia Rosa quien me lo pidió, aunque a su marido le llamo tío Henry. La tía Emma no comprende que Rosa sea así, sin cumplidos. Su casa es muy alegre. Tiene unos niños preciosos. Lo rompen todo, pero a ella no parece importarle. Ella también deja las cosas por ahí tiradas. Me río mucho cuando voy a su casa. Allí todo el mundo ríe. Los niños se llaman como su padre y su tío. Y es extraño, porque los judíos no acostumbran a poner a sus hijos los nombres de personas vivas; pero los de Rivera son sefarditas, y eso los hace diferentes. La familia me lleva a la sinagoga *Puertas de la Misericordia*. A veces, cuando Marie Claire está de visita en la ciudad, va con nosotros.

»Ojalá tuviera yo el talento de Marie Claire. El tío Sisyphus dice que puede que un día cante en la ópera. No está guapa más que cuando canta. Entonces hasta parece una belleza. Tengo la extraña idea de que, cuando seamos mayores, nuestros destinos han de cruzarse de algún modo. ¡Qué tontería! No sé por qué se me ocurren estas cosas. ¡Si casi no nos conocemos!».

«El Rollo de la Ley tiene agujeros. Esta sinagoga es muy pobre. Pero mejor esto que nada, como dice el tío Henry.

»Me gustaría que papá fuese con nosotros, pero no quiere. Lástima. La tía Emma dice que está contento de que yo vaya con los de Rivera, que son muy buena familia. Son ricos, eso es lo que ella y papá quieren decir. Empiezo a ver cosas que ellos creen que no comprendo.

»A veces, durante el oficio, me entra sueño, porque hay días en que es muy aburrido, pero no me importa, porque sé que mi madre se alegra de que yo esté allí. Me parece sentir en la nuca su aliento tibio. Y su hombro en mi hombro. Lleva el chal a cuadros, como siempre. Y yo pienso en su muerte y sé que nunca dejaré de ser lo que soy. Nunca. Nueva Orleans es un lugar muy revuelto».

«Menos mal que la semana pasada, durante el oficio de Yom Kippur, papá no estaba con nosotros. Manis Jacobs, que en realidad no es rabino, a mitad del oficio dijo que él se iba a su casa a comer, y que todos debíamos irnos a casa a comer, porque eso del ayuno era una tontería… Y esta mañana,

¡muerto! Yo he dicho a papá que tal vez sea un castigo de Dios, pero papá me ha contestado que eso son supersticiones tontas. Pero me lo ha dicho con cariño.

»Ahora Rowley Marks guiará la congregación. Me parece que sabe aún menos que Manis Jacobs. Dice Rosa que le llaman así porque hace de *Rowley* en *La escuela de escándalo*. Porque es a ratos actor y a ratos, jefe de bomberos.

»De todos modos, el tío Henry dice que no pretende ser una autoridad en cosas de religión. El tío Henry no se cansa de repetir que, con el tiempo, todo se arreglará y que hay que agradecer la buena voluntad. Estos hombres tratan de mantener unido a nuestro pueblo, y eso ya es algo. Por lo menos, no se apartan de los suyos. Seguro que se refiere a papá, y a muchos otros».

«Pregunté a David en mi carta por qué no estudia Medicina aquí el año que viene. Pero no quiere. Dice que no podría vivir en un lugar en el que los seres humanos tratan con tanta crueldad a otros seres humanos.

«Cualquiera diría que aquí la gente no hace más que pensar en la manera de martirizar a los criados. La tía Emma y papá son siempre muy buenos con ellos. Hace un mes dieron una fiesta para la boda de la hija de la cocinera, con velo blanco y un gran pastel. Todos los de la casa les quieren mucho. Compran bonitos trajes a Maxim y Chanute, que siempre están bromeando. Si tan mal los trataran, ¿tendrían ganas de reír?

»Pregunté a Fanny si estaba contenta y contestó que sí, muy contenta. Le gustan mucho los bailes de Nueva Orleans. Y es que a la gente de color nos encanta bailar, me dijo. Y el sombrero que la tía Emma le regaló en Pascua le entusiasmó. Cuando le pregunté si no preferiría estar en otro sitio, ella me miró asustada. “¿Es que piensa enviarme a otro sitio?”, me preguntó. Nada de eso; lo que voy a hacer es enseñarte a leer. Al salir de la escuela, repaso las lecciones con ella en la terraza de arriba. Aprende de prisa, creo que es muy lista».

«David me dice en su carta que ha visto a Gabriel Carvalho.

Nueva York, noviembre, 1841.

Querida hermanita:

No sé por qué hoy he pensado en ti más que nunca. Estoy sentado delante de la lámpara y de un montón de libros, tres libros muy gordos para ser exactos, y no puedo abrirlos sin escribirte antes a ti.

Ah, sí, ahora sé por qué te he tenido todo el día en el pensamiento. Anoche vi a Gabriel Carvalho. No nos vemos a menudo, pues la Facultad de Medicina y la de Derecho están cada una en un planeta distinto, pero cuando nos reunimos lo pasamos muy bien. En Nueva York hay muchas diversiones, teatros y bailes, y gente interesante. Anoche fuimos de visita a Washington Square. Allí es donde vive el «viejo». Nueva York, un sitio muy elegante, que, por cierto, se parece a vuestra Place d'Armes aunque no mucho. Todas las casas tienen un tramo de escaleras en la parte de fuera por el que se sube a la puerta principal. Hay luces de gas, naturalmente, y fuego en todas las chimeneas. Aquí hace mucho frío, tanto como en Europa. ¿Te acuerdas de cómo tiritábamos?

Bueno, estoy divagando, es más de medianoche y con el sueño se me atropellan los pensamientos en la cabeza. Lo que quería decir es que en la casa había una niña que se parecía mucho a ti, tal como yo te imagino ahora, casi con catorce años, y desde que la vi a ella no hago más que pensar en ti. También Gabriel notó el parecido. Me sorprendió que se acordara tan bien de ti, después de todos estos años, pero se acordaba, y estuvimos hablando del día en que Gretel *se cayó al agua y de cómo llorabas y con qué emoción le diste las gracias.*

A veces parece que todo aquello fue ayer, y tengo que hacer un esfuerzo para recordar que ya no eres aquella niña pizpireta. Supongo que pronto empezarán a prepararte para el matrimonio. Quienquiera que sea él, espero que te merezca, y que sea un hombre cariñoso y de buenos principios.

Tú pensarás que al decir «principios» me refiero a los principios políticos. Puedes estar segura de que soy lo bastante realista como para comprender que eso sería mucho pedir, viviendo donde vives. Conque me conformaré con desear que os queráis mucho y nada más.

Hablando de política, te asombraría —por lo menos a mí me asombra, a pesar de que ya tendría que estar acostumbrado—, te asombraría la cantidad de gente que, sin haber estado en el Sur, hablan como los terratenientes sudeños. Estas personas abundan sobre todo en los medios de Washington Square y de la Bolsa. En la Facultad hay opiniones para todos los gustos, incluido el furibundo abolicionismo de Nueva Inglaterra que, como puedes imaginar, es con el que me siento más identificado.

Tiene gracia, pero cuando estoy con Gabriel procuro no hablar de política, y él hace lo mismo Y es que no queremos que nada nos distancie. Espero que nunca se interponga nada entre nosotros, pero no sé, hay

momentos en los que veo al país lanzado hacia una guerra. Bien sabe Dios que quisiera equivocarme.

Pero ¿por qué te mareo con estas cosas? No es más que el mal humor de medianoche y que te echo de menos.

Bueno, ya es hora de que abra los libros. Para ser médico tienes que aprenderte de memoria un sinfín de cosas. Pero me gusta lo que hago y no me imagino a mí mismo más que de médico.

Escribe y cuéntame muchas cosas de ti, de la escuela, de las vacaciones y hasta de los vestidos nuevos, de todo.

Te quiere mucho tu hermano

DAVID.

»Y el mismo día Rosa recibió carta de Gabriel, que le decía que había visto a David. Rosa está muy orgullosa de su hermano. El es el intelectual de la familia —dice—. No se parece a mí.

»Luego dijo también: ¿No crees que tú y él haríais buena pareja? Yo me quedé cortada, por la forma en que me miraba, como si fuera una mercancía. Al fin y al cabo, no tengo más que trece años…, bueno, casi catorce. Papá se pondría muy contento si se lo dijera. Él dice siempre que los sefarditas marcan la pauta con su cultura, aunque son un poco orgullosos. Pero Rosa, no. Ni Gabriel. Me gusta Gabriel, aunque no es tan alegre como David. Demasiado callado. Dice papá que cuando sea mayor será muy guapo. De todos modos, lo que dijo Rosa fue una tontería».

«Vamos todos río arriba en el vapor. Pasaremos unos días en Plaisance, porque van a bautizar al último hijo de Pelagie, el primer varón. Hay que ver, cuando la conocí no tenía hijos y ahora, cuatro.

»Según la tía Emma es deber de la esposa tener todos los hijos que pueda. Para Rosa, la tía Emma es la típica criolla. No te dejes engañar por las apariencias, dice, esas mujeres, aunque no lo parezca, son las que mandan en todo. Son las matriarcas. Las mujeres ejercen un poder secreto. Rosa me cuenta cosas interesantes acerca del mundo, pero no siempre estoy de acuerdo con ella. Por lo que he visto, me parece que tener tantos hijos no significa que una haya de mandar. ¿Qué poder secreto puede darte eso?

»¡Y son tantos los niños que mueren! ¿Cómo puede una madre estar tranquila? A la tía Emma se le murió un niño de una semana, tres de dos años y otro, ya mayorcito, del mordisco de una serpiente cascabel. ¡Qué horror! A mí me daría mucha pena que se muriera alguno de los hijos de Pelagie. Ella

no lo resistiría, con lo sensible que es, que llora por todo y, a veces, por nada».

«La casa de Plaisance se parece al grabado del Partenón que está en el vestíbulo de arriba, al lado del cuarto de papá. El dueño, Mr. Lambert Labouisse, es suegro de Pelagie.

»Pelagie tiene que vivir allí aunque no le guste. El padre de Sylvain me da miedo, tan serio y con esos ojos tan severos. Te parece que ha de cortarte la cabeza si te ríes demasiado alto o se te cae algo. Va almidonado de arriba abajo, sin una arruga; te besa la mano inclinando la cabeza como un rey, con una sonrisa cautivadora que no cuadra con el resto de la cara. Pelagie dice que puede ser encantador, pero cuando se pone furioso, todo el mundo, hasta su hijo Sylvain, le tiene miedo.

»David y Sylvain no simpatizaron. David tiene opiniones muy vehementes sobre la gente; hay que ver cómo en seguida le tomó afecto a Gabriel, y con qué cariño habla de él en sus cartas. Pero conmigo Sylvain se porta muy bien. El día de mi cumpleaños me hizo un regalo muy práctico: un cesto para *Gretel*, que ya empieza a ser viejecita. La verdad es que aquí todo el mundo es muy amable, menos, tal vez, Eulalie. Me parece que no le gustan los judíos, aunque eso no se lo diría a nadie. A veces hace comentarios de doble intención, estoy segura. Oh, es vuestra fiesta, dice con retintín como si no le mereciera la menor consideración. Rosa dice que las personas te tienen tirria cuando son desgraciadas, porque necesitan algo en que desahogarse. Parece lógico».

»Qué mansión más grandiosa. Dentro cabrían seis casas como la nuestra. Todas las habitaciones están llenas de parientes con sus hijos y sus niñeras. Los niños están por todas partes, en las escaleras y en las galerías, niños blancos y niños de los criados, corriendo y jugando. Nunca había visto tantos criados juntos. Dicen que el chef aprendió su oficio con uno de los mejores *chefs* de París.

»Plaisance tiene cuatro mil acres. Fue la dote que llevó la madre de Sylvain cuando se casó con Lambert Labouisse. La mayoría de los criados ya estaban en la casa. Aquí nacen y aquí los entierran. Es como una enorme familia. Tienen caballos, y yo estoy aprendiendo a montar. También hay carruajes para todo el mundo, a todas horas y para ir a cualquier parte. ¡Qué esplendidez!

»A mí me parece que a Pelagie no le gusta la casa porque no es suya ni lo será hasta que muera Lambert Labouisse, y para eso aún falta mucho, porque está muy fuerte y nada viejo».

»El bautizo será el domingo. Una de las tías Labouisse será la madrina y papá el padrino. ¡Padrino de un niño católico! Papá se ríe. "Ya te he dicho muchas veces que en este maravilloso país esas cosas no tienen importancia". Él tiene que regalar a su ahijado una taza de plata. Es la costumbre. El niño es guapísimo. Le pondrán Alexandre.

»Esta mañana, Sylvain ha dicho a Pelagie que, puesto que le ha dado un varón, puede darle muchos más. ¿Realmente, querrá ella más hijos? Está engordando y se pondrá como la tía Emma, lo cual sería una lástima, porque era muy bonita… y todavía lo es. No lo entiendo. ¿Por qué no dice que no? ¿Es que no hay escapatoria? ¿Te obliga él aunque tú no quieras? ¿Te arranca el vestido? Una tendría que poder decir que no quiere hacer eso, lo que sea, no estoy segura de lo que es, pero tengo una idea, aunque muy vaga. Y es que no puedo preguntárselo a nadie, ni siquiera a Rosa. Ella habla de muchas cosas menos de eso. Una vez traté de sonsacar a Fanny, pero se asustó y me dijo que no le hiciera esas preguntas, que no son propias de una señorita».

»Después del bautizo salí a pasear por el jardín. Me sentía apática, no precisamente triste, aunque a veces sí me siento triste. No; no es eso exactamente. Es que…, puede una estar tan sola, sobre todo cuando hay tanta gente…

»Tantos desconocidos hablando a la vez, hablando pero sin escuchar. Como si solo quisieran decir: Mírame, escúchame, estoy aquí, soy importante, ¿es que no te parezco importante? Estos son los momentos en los que tengo miedo, porque no hay a mi lado nadie a quien poder explicarle lo que me ha pasado hace poco. A papá, no. Él lo tomaría a broma y me compraría un regalo. A Pelagie, tampoco; diría algo amable y exclamaría que tengo mucha suerte; pero eso ya lo sé. Ni a Rosa que me invitaría a "una rica cena". Tal vez David lo entendería; pero él no está y, probablemente, nunca estará.

»Cuando me siento así, tengo que salir donde haya verde, aunque no sea más que el patio de nuestra casa, a falta de más verde. Así que fui andando hasta el remanso del río y me senté en una piedra plana.

»La pendiente está cubierta de lirios silvestres de color lavanda pálido, con unos tallos húmedos y recios. Hay enjambres de mariposas pequeñas como polillas. Una se me posó en la mano. Me quedé quieta. La mariposa movía las alas como si tuviera bisagras. David dice que toda la vida es una, lo

que significa que esas alas transparentes están hechas de la misma materia que yo.

»Oí acercarse a alguien por detrás y me sobresalté. Era un hombre mayor que David —a todos los comparo con David—, pero no viejo. Llevaba sombrero de paja de última moda, con cintas colgando en la nuca. Me dijo que se llamaba Eugene Mendes y que sabía que yo era la hija de Ferdinand Raphael. "¿Cómo lo sabe?", le pregunté. "Usted no me conoce. La he visto en la fiesta —dijo, sentándose a mi lado—. Estoy esperando a mi criado, que ha de llevarme a casa en barca. Es más cómodo que ir por tierra". Entonces me preguntó qué hacía allí sola, y le dije que me gustaba el silencio. "Aquí hasta el silencio puede oírse", le dije. Él me preguntó cuántos años tenía. "Voy a cumplir dieciséis", respondí. No quise decir que había cumplido los quince hacía solo una semana. Y él dijo: "Entonces los jóvenes irán al palco de su familia en la ópera para ser presentados". Sonreía. Tiene los dientes grandes y unos ojos atentos, que no apartaba de mí. No sé si me admiraba o no. Es extraño tener tan cerca los ojos de un hombre. Cuando llegó su bote y el criado le llamó, se puso en pie. Es tan alto que encorva un poco los hombros. Parece muy fuerte. Rosa diría que es apuesto, conozco sus gustos, y no le van los enclenques como su marido, seguro.

»No se quede mucho rato —dijo Mr. Mendes—. Al anochecer salen los caimanes. Al oír eso me levanté de un salto y entonces él se inclinó y me dio un beso en la mano. Tenía los labios húmedos. Cuando levantó la cabeza volvió a sonreír de aquel modo especial. Tiene ojos extraños, color de té. La veré en la ópera cuando cumpla dieciséis años, me dijo.

»¿Por qué escribo esto? No sé por qué. No sé lo que quiero. Cuando tenga dieciséis años seré una mujer y empezaré a vivir. Tendría que desearlo, dicen, y a veces lo deseo. Pero me desconcierto a mí misma. Y desconcierto a la familia. La tía Emma no comprende por qué prefiero leer a ir de visita con ella. Esas visitas que nunca se acaban. Toda la vida, de visita. La tarjetita, el café, el cotilleo y más café. Se huele desde la puerta. ¡Novelas!, dice la tía Emma resoplando por la nariz. Las novelas son algo indecente para las muchachas. Si me apuras, incluso los periódicos pueden hacer daño.

»¿Y qué queda entonces? Casarse, naturalmente. Todo el mundo sabe que el destino de la mujer es el matrimonio. Lo saben hasta las maestras solteronas de la escuela. Su misión es la de enseñarnos a ser buenas esposas y madres. ¿Y qué saben de eso las solteronas?

»Rosa se equivoca cuando dice que las mujeres tienen el poder. El poder lo tienen los hombres. Es tan poco lo que sabe una de los hombres… ¿Cómo

son debajo de sus trajes de paño y de sus camisas bordadas? No sé ni el aspecto que tienen. Me estremezco por dentro cuando pienso y luego siento un calor… Algunas de las cosas que se me ocurren me dan vergüenza y me parecen un disparate. Pero ¿y si fueran verdad? Si fueran verdad, sería maravilloso. De todos modos, da vergüenza.

»Yo quiero enamorarme de alguien, eso es. Pero tengo miedo. No quiero ser como Pelagie. Yo quiero ser libre.

»No sé lo que quiero».

6

—No; ese abanico no me gusta. Ya sería mucho amarillo: vestido, *bouquet* y cintas. Mejor el marfil. Además —agregó Emma—, es el que llevaba Pelagie la noche de su presentación en sociedad, y a ella le gustará que tú lo lleves. Te quiere mucho, Miriam, ya habrás podido darte cuenta.

El espejo de cuerpo entero reflejaba a cuatro mujeres agrupadas alrededor de una quinta, situada en primer término: Miriam, que aquel día vestía su primer traje de mujer; Fanny, de rodillas, ahuecando seis crujientes enaguas; la peluquera, Emma y Eulalie. Esta última había entrado a pesar suyo, a curiosear, y ahora sostenía el ramillete de diminutos jacintos y lirios dorados. Emma estaba radiante. En cierto modo, también era su noche, puesto que ella hacía las veces de madre y sería la artífice del triunfo de Miriam. Ahora Emma con su vestido de satén azul real y su collar de perlas, daba instrucciones.

—Así, muy bien; el abanico, colgado de la muñeca. Cuando nos sentemos, lo abres de vez en cuando y te abanicas un poco, pero, recuerda, nada de esconder la cara tras él. Sosténlo así. Oh, el vestido es una preciosidad. Tu padre estará orgulloso.

Miriam tenía la cara ardiendo. En la habitación había una docena de bujías encendidas. Miraba a la desconocida del espejo, que llevaba pendientes de brillantes y tenía unos hombros muy blancos asomando entre tules color pastel.

—En la otra mano llevarás la bolsa con los zapatos. Cuando lleguemos te pones los de raso. Tengo que reconocer que «Scanlan» hace unos trajes divinos que nada tienen que envidiar a los franceses. Dice tu padre que cuando llegue el momento, el ajuar hay que encargarlo a París, pero yo siempre he quedado más satisfecha con «Scanlan» y «Olympic».

Las gordas no podían llevar los vestidos franceses. La tía Emma, que cada año estaba más gorda, tenía que vestirse en Nueva Orleans.

—¡Oh, Fanny, si no lo viera! —exclamó Emma con impaciencia—. Esas enaguas no van a sí. La doble de tafetán va debajo, para que no aplaste la de

muselina. Levanta la falda del vestido, y cámbialas. Eso es. —Emma estaba ligeramente exasperada—. ¡Oh, cómo echo de menos a mi Monty! Tuve que desprenderme de ella poco antes de que llegaras tú, Miriam. Era una maravilla de camarera, nunca se equivocaba y entendía los vestidos a la perfección. Por desgracia, no podía seguir a mi servicio después de los catorce años; demasiado mayor para servir a una señora. Sí, Fanny, así… Eso es.

»Por las noches vendrán de visita los jóvenes —pensaba Miriam—. Jugarán a cartas con papá, pero vendrán por mí. Habrá saraos los domingos por la noche, y bailaremos, y las viejas se sentarán alrededor, mirando, como gallinas cluecas. Esta noche, en la ópera, en el palco de la familia, en primera fila, la gente mirará y cuchicheará: "Sí, es la pequeña Raphael, qué bonita. A ver con quién se casa…"».

Y el mundo radiante, danzaba lentamente alrededor de Miriam al son de una música maravillosa. Todos eran buenos, todos la querían. Eulalie había admirado los pendientes nuevos. Nadie se enfadaría nunca más con nadie; la gente era encantadora; realmente, una podía ser feliz siempre.

—Qué suerte has tenido de que hoy hay un estreno —exclamó Emma—. Y nada menos que *La Juive* de Halévy. ¿No es apropiado? Mi primo la vio en París. Es muy triste…, pero casi todos los temas judíos son tristes.

Tal vez esta misma noche él la vería y se acercaría a ella. Pero ¿quién sería él? De pronto, Mirian sintió pánico. ¿Y si no iba nadie? Ni esta noche ni nunca. Nadie. Esas cosas ocurrían. Ahí estaba Eulalie para demostrarlo. Eulalie era poco agraciada; pero había otras. Y, mentalmente, Miriam pasó revista a todas las solteronas, las deshechadas: la hermana de Marcelle, que no tenía nada de fea, y la prima de Amy, que vivía con ellos, y todas las maestras de la escuela. Mam'selle Georges debió de ser muy bonita con aquella mata de pelo rojizo. ¿Y en qué había quedado?

Pero en seguida, con algo del optimismo de Ferdinand, la principal herencia de su padre, Miriam se sobrepuso al pánico. No; imposible. Eso no ocurriría. Y le pareció entrever unos ojos ardientes, una cabeza oscura inclinada sobre su mano y una voz cálida. Pero ¿quién era? ¿Quién?

—Ya está —dijo Emma—. Perfecto. Ahora date prisa. Tu padre está esperándonos. Sisyphus nos acompañará. Ha leído todo lo que se ha escrito sobre la ópera, y cada vez que en Nueva Orleans se estrena una obra inédita en América, él revienta de orgullo. Hay que ver lo que sabe de música ese hombre. Oh, santo cielo, empieza a llover. No abras el paraguas dentro de la casa. Miriam, eso trae mala suerte, ¿es que quieres llamar a la desgracia?

Caminaban bajo una llovizna cálida, buscando las zonas resguardadas, pero Miriam creía avanzar entre una cortina de gasa plateada interpuesta entre ella y el resto del mundo. Esta noche, la cortina se abriría revelando una escena deslumbrante. Estas calles que ella recorría todos los días, el mismo teatro, ante el que tantas veces había pasado, la gente que ahora convergía en él, la negra que vendía gumbo en la puerta, todo estaba esperándola a ella, la protagonista de una gran obra que aún no conocía pero que, de algún modo, sabría interpretar.

Casi como en un sueño, devolvía los saludos a la gente mientras subía la escalera entre Ferdinand y Emma y se sentaba en el palco. Sí, todo iba saliendo perfectamente; no tenía más que sentarse con la cabeza alta, sonreír, guardar la compostura y esperar acontecimientos. Sentía que el corazón le latía con fuerza.

—Mira —susurró Emma—, ahí está el padre de Louis Moreau Gottschalk. Una de las mejores familias judías de la ciudad. El hijo es un genio de la música. Ahora está estudiando en París. Y ahí tienes a tus amigos, los de Rivera. Ella, siempre tan elegante. Debe de gastar una fortuna en trajes.

Miriam preguntó por qué los palcos de enfrente tenían una celosía que hacía invisibles a sus ocupantes para el resto del público.

—Son las *loges grillées*. Desde ahí, las señoras que están de luto o en estado de buena esperanza, pueden ver el espectáculo sin que las vean.

Ferdinand se inclinó por delante de Emma y guiñó un ojo a Miriam. Estaba orgulloso de ella, del vestido y de los pendientes de brillantes que le había regalado aquella tarde en un estuche de terciopelo negro. Y ella comprendió que él se acordaba, como ella, de aquella noche en Europa, cuando, sentado junto a la estufa, le prometiera grandes cosas. Aquí estaban.

—Después de la función iremos a «Vincent’s» a tomar chocolate y pasteles —dijo Ferdinand.

Se levanta el telón y aparece en escena una plaza empedrada delante de una catedral, mucho más grandiosa que la de la Place d’Armes. La música crece con el fulgor de unas voces angélicas; la del hombre, vibrante como las notas graves de un violoncelo; la de la mujer, firme y pura como el trino de un pájaro. Se desarrolla la historia, la eterna historia de amor y de odio de *pogroms* y de muerte. Una escena de la Pascua; *Oh, Dios, Dios de nuestros padres,* cantan. Todo tan familiar pero extraño y triste a la vez. ¿Cómo se puede hacer de la muerte un espectáculo? La música se eleva y tremola, retumba y solloza.

Miriam mira alrededor y se pregunta si habrá en la oscura sala alguien más que esté llorando como ella. En el palco de al lado cuchichean, no escuchan: han venido a otra cosa, a ver y a que les vean. Pero a eso ha venido ella también, ¿o no? Ahora ya no, su corazón vibra con aquel amor, pasión y muerte.

En el entreacto, va gente al palco y le son presentados. Apenas le da tiempo de enjugarse las lágrimas y pensar que ojalá no tenga la nariz colorada. Se inclina cortésmente, pero no recuerda nombres, ha olvidado por qué está aquí.

—Rachel —dice una voz de hombre.

Parece dirigirse a ella, pero Miriam no comprende.

Su padre la hace volver a la realidad.

—Mr. Mendes te ha llamado Rachel. Es un cumplido. Piensa que te pareces a la heroína de Halévy.

Ella sale de su abstracción y mira al hombre. Le parece haberle visto antes.

—No se acuerda de mí —dice él.

Los ojos color de té la miran sin parpadear. Son lo que más destaca de aquella cara, lo que uno tiene que recordar.

—Dije que volveríamos a vernos cuando cumpliera los dieciséis años, Miss Miriam.

Su voz denota firmeza y energía, como sus ojos.

Ella recuerda la tarde, el río, y la figura del hombre caminando hacia la orilla y saludándola con la mano desde la barca.

—Es usted más hermosa de lo que yo creí que sería, Miss Miriam.

Naturalmente, esto la halaga. Es la primera vez que un hombre le habla así. Pero le parece una exageración. Ella se ha estudiado con sagacidad: es esbelta y graciosa, sus facciones son agradables, pero no es una belleza. No hay más que mirar al palco de al lado, a las hermanas Frothingham, con sus cabelleras rubias y sus caras de Valquiria, para ver auténtica belleza.

Pero ella sonríe aceptando cortésmente el cumplido. Está a punto de empezar el segundo acto. Una vez se ha marchado

Mr. Mendes, papá solo tiene tiempo de comentar antes de que suba el telón:

—Un joven muy brillante. Llegará lejos.

—Si cuentas todos los caballos tordos que veas hasta llegar a cien, te casas con el primer hombre al que des la mano —dijo Fanny.

—Qué tontería —rio Miriam—. ¿Quién te ha dicho eso, Fanny?

—Me lo dijo Miss Eulalie, pero lo sabe todo el mundo.

Debajo de la ventana, donde el farol de la calle ponía una esfera de luz opalina en la bruma de la primavera, había un coche descubierto, tirado por un caballo tordo.

—¿Se puede contar el mismo caballo cien veces, o tienen que ser cien caballos diferentes?

—Usted ríase, pero es verdad —respondió Fanny, eludiendo la pregunta —. Y, además, es muy alto. Me gustan los altos.

Hacía dos semanas que Eugene Mendes visitaba la casa; desde la noche de la ópera. Se quedaba jugando al dominó y bebiendo oporto con papá en el salón principal. O, si había otros hombres, jugaban a cartas. Las mujeres jugaban al *bezique* o hacían macramé en el salón de atrás. Luego los dos grupos se reunían brevemente para tomar café y así terminaba la velada.

—Yo tenía un novio muy alto —dijo Fanny—. Trece años, pero él estaba por mí. Luego nos separaron.

—Debió de ser cuando viniste a esta casa.

—Sí; cuando nos vendieron a mí y a Blaise. Pero me alegré de marcharme. —De pronto, Fanny se sintió comunicativa—. Mi padre era blanco, soltero, y mi madre, camarera de la casa, una casa muy importante también, toda ella de ladrillo. Pero cuando murió mi madre, mi padre se casó con una señora, y a ella no le gustaba tenernos a mí y a Blaise, y por eso le pidió que nos vendiera. Pero fue un bien para nosotros, porque ella era ruin. Una mujer muy ruin.

—¿Por qué no me lo habías contado?

Miriam creía saber todo lo que había que saber acerca de la sencilla vida de Fanny. Fanny era tan solo alguien que estaba siempre ahí, una persona amable a la que tratabas amablemente.

—Porque no. Era usted demasiado joven e inocente. Una niña blanca inocente.

Miriam volvía a sentir aquella viva aflicción por las desgracias humanas que la acometiera durante la representación de *La Juive*.

—Oh, qué pena, Fanny. Salir de tu hogar y dejar a tu padre…

—Él nunca fue un padre, ni aquella casa, un hogar. ¿Cómo había de serlo? —Fanny frunció el entrecejo. Luego sonrió—. Además, eran baptistas, y los baptistas no permiten la música, ni bailan. Para la gente de color es mucho mejor ser católico. A Blaise no le gusta ser católico, porque los curas no dejan de gritar en la iglesia, pero a mí sí. Ya está peinada. Es hora de bajar.

Como siempre, Miriam debía pasar la primera noche de Pascua en casa de los de Rivera. Todos los años, Ferdinand recibía la oportuna invitación y todos los años encontraba una razón plausible para rehusarla. Esta noche no había tenido que cavilar mucho para buscar la excusa, porque era el cumpleaños de Emma.

—Es muy amable Mr. Mendes al acompañarte —dijo ahora Ferdinand. Al llegar a lo alto de la escalera, miró a su hija de arriba abajo.

—Sí —dijo ella—. Muy amable.

—Es un hombre muy piadoso, un bienhechor de la comunidad judía.

«¿Y tú puedes perdonárselo?», pensó ella con ironía.

Su padre le dio un beso.

—Eres un encanto, Miriam. Siempre lo has sido.

—Gracias, papá.

—Diviértete mucho.

—Así lo haré, papá.

Alrededor de la mesa se había congregado un grupo heterogéneo: Gershom Kursheedt, con su barba negra y sus ojos severos, era una figura bíblica, un profeta ascético, por lo menos en apariencia. El comerciante pelirrojo, venido de Francia de visita, y su esposa elegante y vivaracha, daban la nota mundana. También estaba el judío pobre, un alemán que se ganaba la vida dando clase de hebreo, con su levita raída y su sonrisa inocente y dos católicos vecinos y antiguos amigos. Había parientes prósperos y forasteros solitarios, invitados porque el precepto dice que el que tiene debe compartir con el que no tiene: «Porque nosotros éramos esclavos en la tierra de Egipto…».

Y estaba Eugene Mendes, que con Kursheedt acaparaba la atención general. Miriam sentía alivio, pero también cierta desilusión porque él se sentara al otro extremo de la mesa. Hubiera sido agotador tener que darle conversación durante toda la cena, manteniendo el tono justo, ingenioso y divertido, pero sin pasarse. Emma siempre le advertía de que a los hombres no les gustan las charlatanas. Las casadas charlaban sin parar, desde luego, pero para entonces el marido ya estaba acostumbrado o, absorto en su conversación con otros hombres, no lo notaba. Era un alivio, sí, pero por otra parte, ¿no fue él el primero y único que le había dicho: «Es más hermosa de lo que yo imaginaba»?

La ceremonia del *seder* procedía ordenadamente, por algo *seder* quiere decir «orden». El rostro afable del anfitrión sonreía a la concurrencia,

mientras las velas ponían destello en sus lentes.

—Te alabamos, Señor Dios nuestro, rey del universo —entonó—, que nos has conservado con vida, alimentado y permitido llegar a este día. Amén.

Se entonaron las bendiciones y todos levantaron la primera copa de vino. Al llegar este momento, siempre se comunicaba una sensación de calor, fraternidad y paz entre la antigua comunidad del pueblo de Miriam. Ahora, en los momentos de recogimiento, ella ya no pensaba solo en su madre, sino también en Eugene Mendes, un ciudadano distinguido…

—El otro día encontré a tu tía Emma en la calle —susurró Rosa—. Me dijo que Eugene Mendes os visita.

—Visita a papá.

—Pero tú hablarás con él, ¿no? ¿Lo encuentras simpático?

—Casi no lo conozco. —Miriam bebió un sorbo de vino.

Y la ceremonia prosiguió. «El que tenga hambre, venga y coma con nosotros».

Dos velas se alzaban enhiestas en la vieja menorá española de plata. De plata eran también las fuentes en las que se presentaban los alimentos del *seder*: el *charosset*, mezcla de manzanas y nueces, las hierbas amargas, la pierna y las verduras.

Rosa susurraba otra vez. Al igual que la tía Emma, era incapaz de tener la lengua quieta más de un minuto.

—Es una suerte que esté con nosotros Gershom Kursheedt y que nos hayamos librado de Rowley Marks. Era penoso. ¿Sabes que Kursheedt es un gran admirador de Mr. Mendes? Le aprecia mucho.

Miriam pensó que ojalá Rosa dejara ya de cuchichear. Por encima del borde de la copa, sus ojos se tropezaron con los de Eugene Mendes. El hablaba con la francesa, que también miraba a Miriam. ¿Qué estaría diciendo de ella? Se miró el vestido; el terciopelo rojo que le ceñía el busto estaba correcto. Se llevó las manos a los lóbulos de las orejas. Los botoncitos de brillantes estaban bien cerrados. Sí, todo en orden.

El pequeño Herbert, el más joven de los hermanos de Rivera, acababa de salir airoso de las Cuatro Preguntas. El anfitrión partió un trozo de *matzoh* y lo levantó mientras pronunciaba la oración: «Te alabamos, oh señor Dios, rey del universo. Tú nos has santificado por tu mandamiento de comer el pan ácimo».

La voz de Eugene Mendes dominaba el murmullo de la plegaria, no más fuerte, pero vibrante, clara, una voz para recordar. Miriam bebió otro sorbo de vino y sintió la cabeza ligera.

—*Schulchen aruch*, la mesa está puesta —dijo Henry—. La cena está servida.

Entraron dos criados con una gran sopera y empezaron a servir la sopa.

Rosa se volvió hacia sus vecinos del otro lado.

—Sí; vine de Charleston para casarme. Hicimos el viaje por tierra en coche y a caballo, y tardamos cuatro semanas en llegar. Oh, venir a vivir aquí supuso un gran cambio para mí. Mi familia fundó el templo de Charleston, ¿sabe? Yo tenía allí muchos amigos, raíces muy profundas… —terminó con un suspiro.

—… y admiradores —añadió Henry.

—Antes de conocerte a ti, Henry, solo hubo uno que me importara —dijo Rosa con franqueza—, pero era cristiano. Yo no podía casarme con él. Yo soy como Rebecca Gratz. Durante toda su vida, tuvo a sus mejores amigos entre la comunidad cristiana, y el hombre al que amaba era cristiano. Pero ella decía siempre que toda la familia debía tener la misma religión, y por eso no se casó con él. Se quedó soltera y triste. Pero yo me alegro de no haberme quedado soltera.

—Gracias, querida —dijo Henry—. Yo también me alegro.

—Rebecca Gratz —dijo Miriam tímidamente—, ¿no está inspirada en ella la «Rebecca» de *Ivanhoe*?

Eugene Mendes oyó la pregunta.

—Sí, Miss Miriam —respondió desde el otro extremo de la mesa—. Fue Washington Irving quien contó a Walter Scott con cuánta abnegación cuidó Rebecca a la novia de Irving cuando estuvo enferma. —Sonreía a Miriam con agrado—. ¿Y sabía que Rebecca Gratz advirtió a su hermano de que esta era una ciudad impía, que los judíos de Nueva Orleans habíamos perdido la fe? Pero, como puede ver, no era del todo cierto.

—Desde luego, no era cierto de personas como usted, Mr. Mendes —declaró Gershom Kursheedt.

—Me honra usted con exceso —respondió Eugene.

—Me refería a sus decididos esfuerzos por conseguir que Judah Touro haga algo por nuestro pueblo, Mr. Mendes.

—Esfuerzos que hasta ahora no han dado mucho fruto. Pero hay que intentarlo. No se puede negar que es un hombre muy interesante.

—Más interesante sería si fuera fiel a sus orígenes —observó Kursheedt —. Ya sabrán que ha comprado la rectoría de la Iglesia cristiana de Canal Street. Pagó veinticinco mil dólares, mucho más de lo que vale. Para eso,

podía haber hecho un donativo y en paz. Y luego están los miles que da a los presbiterianos.

—Y pensar que cuando fundamos Shanarai Chasset no dio casi nada —dijo Henry—. Y, lo que es peor, no se unió a nosotros.

«Igual que papá», pensó Miriam avergonzada.

—En fin —dijo Eugene Mendes—, no se puede negar que es bueno practicar la caridad con todo el mundo. Es el no dar a los tuyos lo que irrita. —Y prosiguió—: Ha tenido una vida muy azarosa. Llegó de Boston en 1802, sin un céntimo. Por aquel entonces Nueva Orleans estaba gobernada por los españoles e imperaba todavía el Código Negro de Bienville. El catolicismo era la única religión que se toleraba en Luisiana.

Miriam estaba absorta en la conversación. Aquello era tan distinto a las trivialidades que comentaba la tía Emma en la mesa de los Raphael. Todas las miradas convergían en Eugene Mendes, que hablaba muy bien, con frases rápidas y amenas.

—Le hirieron en la batalla de Nueva Orleans en 1815, peleando a las órdenes de Andrew Jackson. Ese hombre ha sido siempre un luchador. Y ha hecho una gran fortuna. Barcos, ron, tabaco, caballos… Lo abarca todo.

—Lo mismo podría decirse de usted —dijo amablemente el anfitrión.

—Oh, no existe punto de comparación. Yo estoy muy por debajo.

—Siempre ocurre lo mismo —comentó Mr. Kursheedt—. Cuando un judío escala un lugar preeminente, le asalta la tentación de tomar por el camino fácil de la vida mundana olvidando su herencia. Touro no es el único. Ahí tienen a Judah Benjamín.

—Le conocí cuando llegó a la ciudad —dijo Henry—. Me invitó a su boda, en la catedral.

—Va a comprar una plantación a treinta kilómetros al sur de aquí, «Belle Chase». Muy suntuosa —dijo Eugene Mendes, y añadió con ironía—: Dicen que tiene picaportes de plata.

—Usted posee también una hermosa finca —dijo Rosa.

—Oh, no tiene nada que ver con «Belle Chase». Es, simplemente, un refugio del calor y la fiebre.

—No lo creas —susurró Rosa mientras salían del comedor—. Es una mansión espléndida. Lo que ocurre es que a él no le gusta hablar de sí mismo.

«A papá le faltaría tiempo para decir a todo el mundo cuántas habitaciones tiene y cuánto le había costado», pensó Miriam afectuosamente pero con pesadumbre.

—Mr. Mendes debe de ser un hombre muy modesto —dijo—. Un hombre sencillo.

—¿Sencillo? —Rosa se echó a reír—. Eso es lo último que yo diría de ese hombre. —Miró a su amiga entornando los ojos—. Afortunada la que se case con él. Y no me sorprendería que esa afortunada fueses tú.

—Yo, realmente, no… —murmuró Miriam, y se interrumpió al observar que Rosa tomaba por modestia y satisfacción lo que en realidad era una mezcla de orgullo y temor.

—Oh, estoy segura —dijo Rosa, oprimiendo la mano de Miriam—. Y no podría encontrar muchacha más dulce y encantadora. Desde luego, él es un hombre muy atractivo…

En la puerta, un grupo de gente las separó obligando a Rosa a adelantarse hacia el salón y dejando a Miriam sola con el eco de aquellas palabras.

Un hombre muy atractivo.

«Si todos lo dicen —pensó Miriam—, también yo debería opinar así, ¿no? Naturalmente».

A la mañana siguiente, llamó a la puerta de los Raphael un criado portador de una carta para la que solicitó respuesta. Apenas se hubo marchado el hombre, Fanny se presentó a Miriam con el recado de que Mrs. Raphael quería verla.

—Esta tarde tenemos que hacer una visita, Miriam, bonita. Mr. Mendes acaba de enviar a su criado para preguntar si podemos ir a verle. —La sonrisa de Emma era vivaz y maliciosa—. Me hace el honor de admirar mi gusto y me pide consejo para la decoración de su casa. Ponte la chaqueta nueva. No creo que haga falta que te peine Odette, ¿verdad? Los tirabuzones aún están firmes. Di a Fanny que los repase.

Nuevamente, Miriam estaba frente al espejo de cuerpo entero. Hacía apenas una semana, la modista había terminado aquella chaqueta de seda verde botella con cintas de tafetán. Todavía no la había estrenado. Las botas de charol negro y paño gris también eran nuevas. Unos guantes de cabritilla gris y un sombrerito cuajado de rosas aguardaban sobre la cama mientras Fanny le arreglaba el pelo. Los ojos de las dos muchachas se encontraron un momento en el espejo y Fanny desvió rápidamente la mirada. «Fanny lo sabe», pensó Miriam. Los criados saben siempre lo que va a ocurrir. Quizás ella sepa mejor que yo lo que ahora siento. Me gustaría que David estuviera aquí para que me dijera qué me pasa, porque yo no lo comprendo, pero él si lo comprendería.

«Estoy corriendo cuesta abajo, tan de prisa que no puedo parar, y tengo miedo de estrellarme. ¿No estaré imaginando cosas que no son realidad?».

—Está muy bonita —dijo Fanny, colocando la última horquilla—. Ahora, el sombrerito. Un poco más atrás. Así, eso es.

En el coche, Emma repitió como un eco las palabras de Fanny.

—Estás muy bonita, Miriam. Pero me harás el favor de no salir de casa sin velo. Hay que cuidar ese cutis, no vayan a pensar que tienes una pizca de betún, aunque habiendo nacido en Europa no hay miedo. —Se echó a reír—. Te envidio ese pelo. Es como seda negra. Procura lucirlo, antes de que tengas que empezar a disimular las canas con café.

El coche bajaba por Esplanade Avenue.

—Tengo unas ganas locas de ver el interior de la casa de Mr. Mendes. Fue construida por Parmentier, un subastador muy rico, bueno, rico hasta que se arruinó. El juego —murmuró Emma con desdén—. Una cosa es hacer dinero y otra, conservarlo. Claro que él descendía de una familia pobre, franceses, pero *chacalatas*, gente del interior, no de mi clase. Por eso nunca estuve en su casa. Bueno, ya hemos llegado.

Unos querubines de piedra sostenían un gran balcón con barandilla de hierro forjado formando bellotas y hojas de roble entrelazadas. A un lado de la casa, una tapia de ladrillo rodeaba una gran extensión de terreno que seguramente debía de albergar un espacioso jardín.

Eugene Mendes aguardaba en lo alto de la escalera. Parecía más alto que nunca. Como decía Rosa, era un hombre imponente. Se inclinó para ayudar a las mujeres a subir la escalera. Miriam tuvo entonces un pensamiento extraño: «Este hombre consigue todo lo que se propone».

Dirigiéndose a Emma, le preguntó:

—¿Desea tomar el té, *Madame*, o prefiere ver antes la casa?

—Oh, puesto que es usted tan amable como para pedir mi consejo, empecemos por visitar la casa.

Era un edificio neoclásico, más hermoso y grande que la casa de los Raphael. La brisa que entraba por sus altas ventanas hacía ondear las cortinas. Habitaciones frescas de techo alto, dos salitas gemelas, salón de música, salón de baile, puertas con flores de magnolia labradas. A cada lado del porche posterior había una pequeña habitación.

—Los *cabiniers*, para los chicos de la casa —explicó Mr. Mendes—. El anterior propietario tenía muchos hijos varones.

—Bueno, por lo menos en eso fue afortunado —observó Emma, y añadió con aire osado y malicioso—: En esta casa, está usted bien preparado para lo

que quiera depararle la vida, ¿eh?

El anfitrión sonrió levemente, y la pequeña procesión siguió recorriendo habitaciones. Los espejos devolvían la imagen del grupo: Miriam caminando en silencio detrás de Mr. Mendes, que ladeando la cabeza con deferencia, escuchaba la charla de Emma.

—¡Cuántas horas de trabajo! —exclamó esta ante un sofá Imperio cubierto de flores bordadas.

Miriam advirtió entonces que aquel torrente de observaciones triviales tenía una finalidad: la de llenar unos silencios que habrían sido espantosos.

Emma se paró delante del retrato de un noble del Renacimiento con una boina de terciopelo desmayada sobre una cara de disipado.

—¿No es de la colección del duque de Toscana?

—Es usted una experta, *madame*. Sí; al igual que su esposo, yo soy miembro fundador de nuestra Galería Nacional de Pintura. —Por primera vez, Mr. Mendes habló directamente a Miriam—. Usted debe de saber de nuestra empresa. Un grupo de esta ciudad compramos la colección del duque, y esperamos que la galería se quede con ella. Si no, la tendremos en casas particulares. ¿Sabe tanto de pintura como de literatura?

—Siento decirle que sé tan poco de lo uno como de lo otro.

—Por lo menos, ha leído *Ivanhoe*. —Y a Emma—: ¿Quiere que subamos al piso de arriba? —preguntó—. Está en pésimas condiciones, desde luego, sin alfombras ni cortinajes. Me han mandado unos muebles de Seigneuret para que escoja y me gustaría que usted los viera, Madame.

—No encontrará nada mejor que Seigneuret, Mr. Mendes.

—De todos modos, deseo que me dé su opinión. Si tiene otras ideas, le ruego lo diga sinceramente. Y usted también, Miss Miriam. Al fin y al cabo, no tengo madre, ni hermanas que me aconsejen.

En el piso de arriba había una exposición de grandes armarios de palo de rosa y caoba y camas de columnas, con doseles de satén con borlas.

Emma movió la cabeza en señal de aprobación.

—¡Muy elegante! Y, con muy buen acuerdo, Seigneuret pone placas de mármol en las mesas. Conoce nuestro clima.

—Sí —convino el anfitrión—. La humedad estropea la madera.

Por la rendija de una puerta entreabierta al fondo del vestíbulo, se veía una pequeña habitación. Miriam se detuvo y distinguió un suelo desnudo y brillante, una cama estrecha y una cómoda de ciprés entre dos ventanas con cortinas blancas.

Mr. Mendes dijo en tono de disculpa:

—Es una habitación sobrante. Ahí van a parar las cosas viejas de la casa de campo de mis padres.

La austeridad de la habitación encantó a Miriam, que exclamó:

—¡Si es lo más bonito de la casa! Cómoda y tranquila. —Entonces admira usted la simplicidad —dijo Mr. Mendes. Miriam, comprendiendo su desliz, rectificó en seguida: —Desde luego, las otras habitaciones son muy bonitas, pero con otro estilo, muy suntuosas…

—¡Pero si me gusta mucho su actitud! —dijo Mr. Mendes—. Ha expresado usted su verdadera opinión, y tiene razón. La simplicidad tiene su encanto. ¿Bajamos? Así que, ¿le parece bien, *Madame*? Ya solo necesito ampliar la vajilla. Ahora que me he instalado en la ciudad, pienso tener invitados con frecuencia. Supongo que necesitaré juegos de dos docenas, ¿no le parece?

—Oh, sí. Y hasta más. Mr. Raphael suele traer invitados para el almuerzo. No es raro que a las dos y media de la tarde nos reunamos en casa veinticuatro personas.

—Mañana mismo haré el pedido. ¿Prefiere el refrigerio en el jardín, *Madame*? Allí hace un fresco muy agradable.

Sobre el césped un banco rodeaba una mesa, en la que se habían dispuesto pasteles y café. Emma en seguida alabó los pasteles.

El anfitrión aceptó el cumplido.

—Grégoire, mi cocinero, aprendió el oficio en el mejor restaurante de Savannah.

Emma tomó su tercer pastel, mientras admiraba las camelias que crecían junto a la tapia, formando espaldera, los jazmines y los asfódelos, y se entusiasmó con el sonido de las campanas de la catedral.

—Desde nuestra casa apenas se oyen. Este sitio es ideal en todos los aspectos.

—Lo es, efectivamente —respondió él.

Prestaba a Emma solo una atención parcial. Ahora tenía los ojos fijos en Miriam, que se sentía incómoda bajo su mirada.

En la tapia del jardín, a cierta distancia, una placa marcaba el lugar en el que alguien había sido enterrado. Ella forzó la vista y leyó: «AIMÉE DE…, DÉCÉDÉE LE… FÉVRIER, ÉPOUSE DE…». Una mujer joven, muerta en febrero. ¿De las fiebres o de parto? ¿Se había paseado por aquella casa cantando? ¿Daría alegría ser la dueña de esta casa?

—Está muy pensativa, Miss Miriam.

Ahora ella tuvo que mirarle a la cara.

—Admiraba la estatua.

Una pequeña figura de Afrodita, sobre una fuente de dos pisos. El agua caía en un pequeño estanque formando flecos. La ciudad quedaba lejos, al otro lado de la tapia. Uno podía creerse en un bosque espeso y silencioso salvo por el débil murmullo del agua.

—¿Qué le parece?

Ella titubeó.

—Es un motivo alegre para un jardín, entre palomas y flores. Es la diosa del amor.

—Entonces también sabe algo de mitología.

—A Miriam le gusta leer —dijo Emma—, aunque no es rata de biblioteca, gracias a Dios. Si hay algo que desprecie un hombre es una mujer sabihonda, ¿no es verdad? —añadió intencionadamente.

—¿Le gusta mi casa, Miss Miriam? —preguntó Mr. Mendes sin contestar a Emma.

—Oh sí, y deseo que sea usted muy feliz en ella —dijo la muchacha, con la cortesía propia de una invitada.

—Gracias, así lo espero. —El se volvió hacia Emma.

Era extraño, lo distinto que estaba hoy de la víspera, en casa de Rosa. Hoy adoptaba una actitud excesivamente vehemente. «Es tan fuerte —volvió a pensar ella—. Puede conseguir lo que desee». Bajo la ajustada chaqueta gris se adivinaba un cuerpo musculoso como los de los dioses griegos y los guerreros romanos de los grabados de aquella habitación del piso de arriba en la que había también un jarro y una palangana de porcelana con flores, donde él debía lavarse y afeitarse por las mañanas. De la barra de encima de la cama colgaba una mosquitera como un velo, un velo nupcial. En una de aquellas grandes camas esculpidas, probablemente en la habitación roja —no sabía porqué, estaba segura de que él elegiría para sí y su esposa la habitación roja —, la muchacha que él llevaría allí sería… Sería diferente por la mañana. ¡Esos misterios! Tal vez, si David estuviera allí, ella le preguntara. Pero no. Claro que no. El también era hombre, aunque fuera su hermano. ¿Y qué iba a preguntarle, en cualquier caso? Ni eso sabía.

Estaba tensa y rígida en el banco. Se apretaba las manos con tanta fuerza que tenía rojas las yemas de los dedos. Las manos de Mr. Mendes era velludas, pero limpias. Las uñas tenían orlas blancas, liso estaba bien. Le gustaba que fuera pulcro. Pero tenía una frente demasiado ancha. En forma de cúpula. Probablemente se quedaría calvo.

—Está temblando —dijo Mr. Mendes—. ¿Tiene frío?

—Un poco. El aire es fresco.

—¿Sí? No lo había notado. ¿Quiere que le traiga un chal?

—Es que está sentada a la sombra —dijo Emma—. Ponte al sol, Miriam.

Ahora, la falda de su vestido casi rozaba las rodillas de Mr. Mendes. ¿Por qué le daba miedo estar tan cerca de él? Ayer le admiraba. Todo un caballero. Muy respetado. Y la cara era hermosa de verdad. ¿Por qué había de tenerle miedo? Además, él no la había pedido en matrimonio, tal vez ni la quisiera, a pesar de lo que pensaba Rosa. Y ella se desazonaba sola con sus propios pensamientos.

«Pero pedirá tu mano, Miriam. Y tú le aceptarás. Es lo que todos esperan. Cualquier muchacha tiene que casarse, ¿no? Pero estará mal». Y ella sentía una viva inquietud.

La sangre le martilleaba en la nuca. Miriam no se había desmayado nunca, pero ahora se sentía muy rara. No podría permanecer mucho rato allí sentada. Pedía a todos los santos que Emma se levantara pronto para despedirse.

A1 poco, Emma así lo hizo.

En el coche, de vuelta a casa, Emma dijo con un suspiro de satisfacción:

—Estoy casi segura de que hablará a tu padre, Miriam. Y no me sorprendería que lo hiciera mañana mismo. Naturalmente, por eso quería que vieras su casa.

—Tía, lo que quería él era pedirte consejo sobre la decoración.

Emma se echó a reír.

—¡Tonterías! ¡Qué inocente eres! Aunque eso te favorece. A decir verdad, tu padre y yo ya hemos hablado de ello y él está encantado. ¿Y por qué no? Los dos creemos que eres una muchacha muy afortunada. En Nueva Orleans no abundan los judíos solteros, y de buena posición y si bien, como ya sabes, hay muchos matrimonios entre cristianos y judíos, nosotros no creemos que tú quisieras casarte con una persona que no fuera de tu misma religión. Desde luego, nadie podría obligarte a ello.

Miriam no contestó. Aún le latía la sangre en la nuca.

—Y, puesto que se trata de algo importante para ti, piénsalo bien: ¿cuántos hombres hay que reúnan las condiciones de Eugene Mendes? Es educado, tiene buen gusto, como has podido comprobar por ti misma. —Emma contaba con sus deditos rollizos—: Posee un negocio próspero y dicen que su casa de campo es preciosa. «Beau Jardin» se llama. Sí; tendrás cuanto puedas desear y un lugar entre la mejor sociedad de la ciudad. He indagado, ¿sabes? Como si de mi propia hija se tratara, mi niña.

Y puso la mano en el brazo de Miriam.

«Sí; siempre ha sido muy buena conmigo —pensó Miriam—. Nadie podía haberse portado mejor».

—A veces, todo lo que ha ocurrido desde que llegaste debe de parecerte un cuento de hadas. Pero ¿qué tienes? ¡No estarás llorando!

Miriam volvió la cara.

—No sé. No sé lo que siento.

—Bueno, es que eres muy joven, y todo ha sido muy repentino. Aunque no excesivamente joven. Yo me casé a los quince años, y mi Pelagie, a los dieciséis, como tú. Y ya ves lo feliz que es, ¿verdad? Solo la pobre Eulalie…

Ahora empezarían las lamentaciones, como siempre que se prometía alguna joven conocida de Emma. Porque si Eulalie no se casaba antes de los veinticinco años, ya no habría esperanza. A partir de entonces, tendría que usar gorro con cofia atado a la barbilla y no podría llevar vestidos de terciopelo, lo cual a Miriam le parecía absurdo. Pues bien, ya podía Eulalie apresurarse a lucir sus vestidos de terciopelo, porque solo le quedaban dos meses para cumplir los veinticinco.

—Eulalie nunca tuvo pretendientes —se lamentó Emma por enésima vez —. No me lo explico. Es hacendosa, hija de familia distinguida, con buena dote… ¡Cuarenta mil dólares, Miriam! En las plantaciones de los alrededores había por lo menos media docena de muchachos adecuados. Bien sabe Dios que aquí se nos conoce desde hace generaciones. Nuestros padres habían jugado juntos de niños. Por lo tanto, no hay peligro de mezcla de sangre. Y es que hay negros libres de piel tan clara que a veces te puedes engañar. Y, algunos, con mucho dinero. En la cuestión de la casta hay que ser precavido. Bueno, pues Eulalie estaba libre de toda sospecha. Así que no me lo explico. —La madre suspiró—. La pobre será siempre la soltera, una *tante* y nada más. Puede ayudar a Pelagie con los niños, a medida que aumente la familia. Y a ti, cuando los tengas, Miriam.

«Eso ni pensarlo —se dijo Miriam—. Con ese mal genio…».

—Pero tú no tienes que preocuparte, Miriam. Te espera un futuro muy dichoso, y tu padre será generoso contigo, estoy segura. Claro que tú pensarás que hay otras cosas —añadió Emma—. Las jovencitas soñáis con el amor. Si hay amor, entonces es el ideal. Pero, si al principio no lo hay, ya vendrá.

Ya vendrá con el tiempo. ¡Qué triste, la vida sin amor! No tener a nadie que te quiera, a quien querer, más que a los hijos de otra mujer.

De pronto, Miriam recordó:

—En Europa, en el pueblo, ocurría lo mismo. Cuando yo era muy pequeña querían que mi tía Dinah se casara con un hombre que era dueño de

la mejor casa de nuestra calle. Pero era gordo e ignorante y ella no quiso. Entonces él pidió en matrimonio a mi prima Leah.

—¿Y ella le aceptó?

—Sí, y cuando nosotros nos fuimos del pueblo, tenían cuatro hijos preciosos.

—Ah, ¿lo ves? Resultó bien, ¿verdad? Imagino que tu tía debió de arrepentirse. Las muchachas tienen que obedecer a sus mayores. En todas partes ocurre lo mismo. ¡Pero tú has tenido mucha suerte! Rio Emma—. Mr. Mendes no es gordo ni ignorante. Es un hombre muy apuesto. Y tiene diez o doce años más que tú, lo cual es una gran ventaja. Los hombres mayores son más reposados.

Todo ocurrió muy de prisa. Los esponsales se celebraron con un almuerzo de gala, el *déjeuner de fiancailles*, en el que el novio regaló a Miriam el anillo, un rubí montado en oro. La boda se fijó para un sábado por la tarde, a pesar de las protestas de Emma de que casarse en sábado era vulgar y que la gente distinguida se casaba en lunes o martes. Pero Eugene Mendes dijo que un sábado.

—En esta casa, podemos recibir a trescientas personas sin ningún problema —dijo Ferdinand—, porque esa será la cifra. Y es que estoy en muchos consejos y todos mis compañeros esperarán que les invite. Veamos, está el «City Bank», la «New Orleans'Gaslight and Banking Company», la «Western Marine and Fire Insurance Company» y la Cámara de Comercio.

Tenía rojas las mejillas.

De la noche a la mañana, Miriam se había convertido en un personaje de la mayor importancia. Antes no era más que la niña de la casa, a la que se mimaba y sermoneaba, pero ahora era objeto de admiración, respeto y envidia. La primera de las chicas de su clase que se casaba, elegida nada menos que por Eugene Mendes.

Hasta Fanny estaba emocionada. Miriam se la llevaría a su nueva casa como regalo de boda, con la dote, las perlas y la cubertería de plata, y la muchacha andaba excitada y orgullosa por toda la casa, subiendo y bajando la escalera a cada regalo que llegaba. Y no habría exhibido con más deleite las figuritas de Sajonia, las sábanas bordadas, las mantillas de encaje y las bandejas de plata si hubieran sido suyas.

Solo Eulalie se mantenía distante.

—Con esa ponchera podrías servir a todo un regimiento —dijo arrugando la nariz—. Y qué recargada. Esa gente siempre da la nota.

—¿Qué gente? —preguntó Miriam, aunque sabía a quién se refería Eulalie.

—Rosa y Henry de Rivera, ¿no es suya?

—No —dijo Miriam encantada—. Es de Mr. McClintock, del Banco de papá.

—Vaya, pues me sorprende mucho —dijo Eulalie, sonrojándose—. No es propio de él.

La agencia fue a tomar medidas para disponer las mesitas redondas y las sillas doradas, los floristas calcularon los ramos de azahar de los adornos. En la cocina, los pasteles de frutas tan altos como sombreros de copa se empapaban en coñac. Las modistas traían las muestras y cubrían camas y butacas con metros de bordado de Irlanda y encaje suizo, muselinas y batistas estampadas para los vestidos de mañana, gasas, seda y terciopelo para los trajes de baile.

No hubo tiempo para pedir el traje de novia a París, como quería Ferdinand, ya que el novio se negó a demorar la boda medio año para esperar a que llegara el vestido. Emma y Ferdinand se mostraron de acuerdo; era natural, máxime por cuanto que Miriam podía ponerse el vestido de la familia, el que llevaran Emma y Pelagie.

Miriam luciría los pendientes de brillantes y dos finas pulseras de oro que habían llegado por correo, junto con un carta de David.

«Eran de nuestra madre. No tenía más joyas que estas. Eso dijo la tia Dinah cuando me las dio, con el encargo de que las guardara para ti. Querida Miriam, póntelas el día de tu boda. Vienen a ti con tanto amor, que notarás en el brazo su calor. Quisiera poder estar contigo, pero queda tan lejos… De todos modos, estaré. Siempre estoy a tu lado».

Miriam habría podido repetir la carta de memoria. Su hermano escribía también: «No me dices mucho acerca del hombre con el que vas a casarte. Comprendo que ha de resultarte difícil expresar tus más íntimos sentimientos sobre el papel. Pero sé que debes de quererle mucho, y me alegro por ti…».

Y Emma rememoraba:

—Oh, tenías que haberme visto de novia. Yo me casé en la plantación. Te hablo de mi primer matrimonio, claro. Vinieron quinientos invitados. Mi padre alquiló vapores para traerlos y traer también a las peluqueras y los pasteles, que venían de la ciudad.

Pelagie juntaba las manos.

¡Mi boda fue tan hermosa, Miriam! Ya te invitarán algún día a una boda en la catedral y entonces verás. El maestro de ceremonias que aposenta a los

invitados, con su casaca escarlata, su corbata de encaje y su pluma en el sombrero. Y las campanas repicando. Oh, fue espléndido. Luego, a casa para el banquete y el baile. Claro que, menos en lo de la catedral, tu boda será lo mismo —añadió rápidamente—. ¡La pequeña Miriam! Parece que fue ayer cuando fuimos a esperarte al barco. Tú traías una muñeca en brazos. Y ahora, ¡mirate! —exclamó Pelagie.

Y Miriam se dejó arrastrar por aquella corriente de generoso entusiasmo. No se le ocurrió pensar que no había pasado ni una hora a solas con el hombre con el que iba a casarse. Pero, aunque se le hubiera ocurrido, nada habría podido hacer ella, ni ninguna muchacha en su situación, para remediarlo.

Este cuarto del primer piso, donde estaba el espejo de cuerpo entero con su marco ovalado, era escenario de momentos trascendentales. Cuando Miriam despertó, el sol de la tarde ya había doblado el ángulo de la casa, pero el espejo aún brillaba, reflejando el diván en el que ella estaba tendida, y la perra que, en el suelo, con el hocico entre las patas, se mantenía en actitud vigilante, como si supiera que aquel día iba a cambiar también su vida. Los objetos inanimados de la mesa y la cómoda, adquirían vida nueva, anunciando la hora; el velo, los guantes blancos, el abanico, el guardapelo de brillantes y el pañuelo de encaje esperaban en la cesta, la *corbeille de noce*, regalo del novio. Miriam se incorporó cuando Pelagie entró en la habitación, seguida por Fanny.

—Son casi las cinco. Has hecho una buena siesta —dijo Pelagie—. No sé cómo puedes dormir. El día de mi boda yo estaba más nerviosa…

Fanny puso una corona de flores de azahar encima del tocador. —Maxim traerá el agua caliente para el baño dentro de un minuto. Retiraré esas cosas de encima de la cama, para poner el vestido.

Las dos mujeres trajinaban afanosamente para preparar a la novia. Pelagie charlaba con animación.

—Vengo de la cocina. Todo está precioso. Han traído montones de hielo del depósito de Charles Street. Papá debe de haber pedido por lo menos un centenar de botellas de champaña. Pero no hay que dejar que la gente beba demasiado, o se quedarán aquí toda la noche, aunque me parece que tampoco importaría mucho. A medianoche, mamá te acompañará a tu habitación y te ayudará a ponerte la *negligé*. Ella ya te habrá dicho…

Emma se lo había dicho varias veces. Le había explicado que luego bajaría a decir a Eugene que la novia le esperaba, y que ellos dos pasarían cinco días en la cámara nupcial. Miriam quedó asombrada. Y Emma se echó a reír.

—Oh, no te apures, niña. Los criados os subirán la comida, si es eso lo que te inquieta.

—Imagina —decía ahora Pelagie—. Tendréis la misma habitación en la que empezamos Sylvain y yo.

Por la puerta entreabierta, Miriam veía la cama de la novia con el dosel nuevo de seda azul celeste y los cupidos dorados, que sostenían cintas color de rosa con sus manos entrelazadas. La cama, imponente, ceremonial como un altar, aguardaba.

Miriam sentía unos dedos que se movían a su espalda, abrochando la hilera de botones que iba de la nuca a la cintura. Sus propios dedos acariciaban las dos finas pulseras de oro que llevaba alrededor de la muñeca. Así debía de acariciarlas también su madre. ¡Y David se las había guardado todos estos años! De repente, sintió el frío y la tristeza de la soledad. ¡Si por lo menos David estuviera allí! Si él estuviera a su lado en este momento para decirle con aquella seguridad suya: Sí, sí, haces bien, muy bien. Y para darle ánimo con aquella sonrisa que tan bien recordaba ella.

Pero en seguida irguió los hombros. Basta de suspirar por su hermano o por alguien en quien apoyarse, sino que debía sostenerse por sí misma. Naturalmente que hacía bien. Y era natural que tuviera dudas. ¿Acaso no le había dicho la misma Emma que todas las novias sentían temor? ¿Y no le escribía el propio David lo contento que estaba de que se casara con un hombre de su misma religión?

Del vestíbulo llegaba el murmullo de los saludos de los primeros invitados.

—¡Ya están aquí! —exclamó Fanny—. ¡Vamos a ver!

—No debe verla nadie hasta que baje con papá —advirtió Pelagie.

—Puede echar un vistazo desde la galería —insistió Fanny—. Ahí no la verán.

En el patio se habían puesto luces, un toldo de lona y un pavimento. Las rosas blancas del baldaquín nupcial tenían un fulgor opalino a la luz de la tarde.

Pelagie iba señalando a los invitados.

—Ahí está Pierre Soulé. Dicen que pronto llegará al Senado. Y Rosa, con vestido de seda a rayas. ¡Qué bonito! Y Henry… Resulta raro que los hombres conserven puesto el sombrero de copa. Mamá ha dispuesto que en una mesa aparte se sirva comida *kosher* para Mr. Kursheedt y los demás. Nosotros tomaremos langosta, ostras, venado y ensalada de pollo.

Hablaba golosamente. Debía de estar embarazada otra vez. Cuando Pelagie esperaba un hijo, siempre tenía hambre. Y Miriam le oprimió la mano cariñosamente.

—¡Oh, estás helada, Miriam! Ven, vamos a asomarnos a ver qué ocurre. ¡Oh, fíjate en lo que traen Maxim y Chanute!

Una pareja de novios de guirlache, encima de un pastel de más de medio metro de alto, fue colocado sobre la mesa y rodeado por una guirnalda de rosas.

—¿No es precioso, Miriam? Retírate, pronto… Ahí viene Eugene, y él no debe ver ni el dobladillo del vestido. Trae mala suerte. Oh, y qué solemne está…

—¡Santo Cielo! —exclamó Emma que subía muy agitada—. Pero ¿todavía no llevas el velo? Anda, ven, que casi es la hora.

Reverentemente, como si coronaran a una reina, las mujeres le pusieron el velo y la corona de azahar. Envuelta en una nube blanca, la novia miraba a la muchacha del espejo con ojos inexpresivos.

Llamaron a la puerta.

—Ya va, ya va —dijo Emma.

Entró Ferdinand, con traje oscuro, corbata de raso y aire triunfal.

—Mañana el *Picayune* dirá que esta ha sido una de las bodas más espléndidas que ha visto la ciudad, podéis estar seguras.

Miriam se apoyó en su brazo.

—Estoy lista, papá.

Fueron hacia la escalera. Mientras bajaban, sonaba una música solemne. Los pies calzados con zapatos de raso marcaban el majestuoso compás. «No son mis pies —pensaba ella—. No son los pies de Miriam. Todo esto le está pasando a otra persona».

Ninguna de sus fantasías la había preparado para aquella realidad. No la habían preparado sus temores, ni aquellos pensamientos turbadores y excitantes que ella solía reprimir rápidamente. Porque aquello era lo más feo y horrible que te podía suceder. Aquel caballero tan fino, de la casaca gris, que citaba a los clásicos y la Biblia, que hacía regalos delicados y decía galanterías, aquel caballero era…, era un animal. Sus manos le daban horror.

¿Y esto, todas las noches de su vida? La primera fue especialmente humillante. Durante varias horas estuvo sonando en la calle, debajo de su ventana, un estrépito de cencerros, tambores y trompetas. Miriam estaba horrorizada, pero Eugene parecía divertido.

—Es el *charivari*, una antigua costumbre —le dijo.

Y añadió que solo acudía la primera noche. ¿Por qué la molestaba tanto?

Ella no podía responder que le parecía que todos sabían lo que había ocurrido en aquella habitación y que se reían de ella, lo cual no era verdad, y ella sabía que no era verdad, pero estaba muerta de vergüenza. Y se cubría las encendidas mejillas con las manos.

Pero quizá todos los hombres fueran así; quizás aquel acto tuviera que ser así. O quizá con el tiempo aquello cambiara. O cambiara ella.

Ahora, en la mañana del cuarto día, Miriam abrió los ojos y vio una mancha de sol en el suelo, lo que quería decir que debía de ser casi mediodía… Su marido dormía bajo el dosel azul celeste, respirando por la boca.

Miriam se levantó con sigilo. La casa estaba en silencio. Seguramente por consideración a los recién casados, se había dicho a los criados que no hicieran ruido. El ramo de novia, marchito, con su orla de encaje de papel, estaba encima de la mesa. Emma se había ofrecido para mandarlo secar y enmarcar. Encima de la mesa estaba también la *ketubah* o contrato matrimonial, con sus elegantes caracteres hebraicos recorriendo el papel, como huellas de pájaros en la arena. Lo levantó. El grueso pergamino, las firmas importantes, las palabras que ella no entendía, todo le producía un gran respeto, una sensación de seriedad y permanencia. Era como si entre las manos sostuviera las Tablas de la Ley. En realidad, lo que sostenía era su propia vida, dos vidas. Y sentía su peso terrible.

Pero, al mismo tiempo, dentro de ella algo gritaba desesperadamente: ¡Eres joven, tienes dieciséis años! ¿Qué sabes tú? Nada. O muy poco. Aún te queda mucho por descubrir. Esto no puede ser lodo.

En su cesta del rincón, *Gretel*, la perrita, levantó la cabeza. Miriam la tomó en brazos y apoyó la mejilla en el pelo sedoso y cálido del pequeño cráneo. Y su pensamiento, a través de este vínculo con el pasado, volvió al camino donde encontrara al animal, al pueblo, a la casa y a la madre que no había conocido. ¡Qué lejos quedaba todo! Quizás una madre pudiera explicarle…

—Estás muy pensativa. ¿Qué tienes?

Eugene estaba sentado en la cama, mirándola con curiosidad. Tal vez llevara rato observándola. Ella respondió, turbada:

—Nada. De verdad, no es nada.

—Vamos, vamos. Una persona no se queda plantada en medio de una habitación para no pensar en nada.

—Estaba pensando…, sí, estaba pensando en Dios —dijo ella de pronto.

Él arqueó las cejas con una expresión divertida y ligeramente burlona. En aquel encierro, ella se había familiarizado ya con todos los gestos y expresiones de su marido. Aquella era habitual: las cejas se movían sobre su frente como dos orugas negras. Era extraño que no lo hubiera notado antes; de lo contrario, tal vez hubiera tenido valor para rechazarlo.

—La religión me parece algo muy respetable y nada tengo contra ella. Pero este no es el momento ni el lugar. Ven a la cama.

—Debe de ser casi mediodía. ¿Quieres que pida el desayuno?

—Después. Ven aquí.

—Por favor.

Parecía casi un gemido, y Miriam se despreció a sí misma por aquel desvalimiento.

—¿Qué favor?

—Yo… no…

Eugene se levantó y se acercó a ella. Desnudo, parecía aún más alto. Ella sentía como una amenaza, por más que él no le había hecho ningún daño físico, ni se lo haría. Pero el daño estaba dentro de ella, en el espíritu. Miriam cerró los ojos. Así, sin ver su cuerpo, era más fácil. Podía hacer como si no estuviera allí.

Se quedó inerte. Sí, aquello estaba pasándole a otra persona. Pero aunque él hubiera podido darse cuenta de aquella ausencia, tampoco le hubiera importado. Al fin y al cabo, parecía que aquello lo hacía solo para sí mismo. Además, se suponía que la mujer no debía mostrar placer, ni sentirlo. Eso, si era una mujer decente. Todo el mundo lo sabía. El placer era solo para el hombre. Por lo tanto, a Miriam no le inquietaba no experimentar placer.

Pero a buen seguro, tampoco había de sentir repulsión. El marido no tenía que repelerte. Pero si, a pesar de todo, una odiaba «eso»… ¿Se podía detestar «eso» sin acabar detestándolo también a el?

7

Desde el risco situado al noroeste del lago Pontchartrain se divisaba el centelleo fosforescente del gran río de aguas terrosas que avanzaba lentamente hacia el Golfo.

—Baja del coche. Haremos el resto del camino a pie —dijo Eugene—. Quiero que veas el panorama.

La luz era verdosa; impulsada por el deseo de verla reflejarse en su mano, Miriam volvió la palma hacia arriba. Era una luz difusa, como un velo sobre el maíz ondulante, los árboles del fondo, la cresta de la colina y más allá… Caminar y caminar en línea recta, a través del maíz, más allá del olmo y del nogal, subir la cuesta, caminar, caminar…

—Ni siquiera has mirado la casa —dijo Eugene.

Obedientemente, ella se volvió. Allí estaba, tal como se la habían descrito, tal vez más imponente de lo que ella imaginara. El ladrillo era rosado. Veintidós columnas dóricas sostenían la galería. A la izquierda había un jardín de camelias. El seto de adelfas era una nube color de rosa.

—Muy hermosa —dijo ella y, para suavizar su laconismo, añadió—: «Beau Jardín». Le va bien el nombre.

—El haya es un tesoro. Tiene ciento cincuenta años. Lástima que tape un ala de la casa. Detrás están la habitación de los niños y una clase. Las mandé construir el año pasado. —Y, como Miriam no hiciera comentario alguno, él agregó—: También hay un palomar. Eso te agradará, a ti te gustan los animales. Luego está la bodega y un cuarto para ahumar las carnes. Detrás del ala de la cocina se hallan los establos, las cabañas y el molino de azúcar. Pero ya tendrás tiempo de verlo todo cuando hayas descansado.

Ella se quedó quieta. Donde los robles tenían velos de musgo, donde el suelo era arenoso, por allí debía de irse al río. Allí, una tarde, si tenías suerte, podías ver cómo pescaba una garza entre las algas de la orilla.

—Ven, ¿qué haces ahí parada?

—Estaba escuchando el silencio.

—¿El silencio? Los criados están esperando para ser presentados. ¿Vienes ya?

Al entrar en la casa, ella parpadeó en la penumbra. Borrosamente, vio un vestíbulo con una galería, una escalera en espiral, un suelo de mármol a cuadros blancos y negros, caras negras, dientes blancos y un busto de Homero en una peana. «Beau Jardin».

El calor pesaba sobre las cosas. Las cortinas colgaban inertes y las lágrimas de la araña de cristal estaban empañadas.

—Es preciosa, preciosa —suspiró Emma.

—No puede compararse con la casa de los Labouisse —respondió Eugene, optando por la modestia—. Yo no tengo más que ochocientos acres y cincuenta personas. Pero tampoco necesito más. Hay tantos problemas: inundaciones, plagas, heladas… De todos modos, en el fondo, no soy plantador. Cuénteles nuestra visita a la plantación de Valcouir Aimé, Mrs. Mendes. Eso sí que es grandioso. —Y, como Miriam titubeara, él prosiguió casi con impaciencia—: Es una copia de Versalles, aunque eso ya lo saben ustedes. Los parterres, los jardines, el mobiliario, todo es francés. Pero a mi esposa no le gusta.

Miriam dijo suavemente:

—¿Por qué te sorprende? Ya deberías saber que la grandiosidad no me atrae.

—Bueno —dijo Emma mirándoles dubitativamente—, yo diría que «Beau Jardin» es ya bastante grandioso. Tienes mucha suerte, hijita, de ser dueña de esta casa a tu edad. Pero estoy segura de que eso ya lo sabes tú.

Miriam comprendió que aludía a Pelagie, que no sería dueña de una casa hasta que muriera su suegro.

—Sí —dijo Ferdinand—; es una gran suerte ver tan feliz a una hija. La dicha que veo en tu cara vale más para mí que nada en el mundo. Es el momento más maravilloso en la vida de una mujer —terminó refiriéndose veladamente al embarazo de su hija.

¡La dicha que veo en tu cara! ¡Qué ciego! La obcecación de su padre le inspiraba desdén y compasión. Pero, si él había quedado disminuido a sus ojos, más disminuida estaba ella. Allí sentado, ajeno a todo, Ferdinand se servía de la bandeja que había traído el *siffleur*, el patético muchacho que debía venir desde la cocina silbando para demostrar que no tocaba la comida. Detrás de él, otro muchachito agitaba un espantamoscas de plumas de pavo real, Ferdinand sonreía, satisfecho, al grato airecillo levantado por las plumas.

La codicia le había hecho engañar a su hija, tentándola e incitándola, y utilizar a Emma, la servicial Emma, para que ayudara con sus consejos maternos. Miriam irguió la espalda.

«Desprecio la autocompasión.

»Y el recurso de culpar a los demás de tus propios errores.

«Pues basta ya. ¡Tú te traicionaste a ti misma! ¿Por qué acusas a tu padre, y a Emma, y a Pelagie, y hasta a Rosa y a Fanny? Sí; todos te animaron, pero la verdad es que a ti te deslumbró el prestigio del apellido Mendes, la casa, el jardín y el ser la primera de tus amigas que se casaba.

«¿Cómo pudiste denigrarte de ese modo?».

Pero todo el mundo parecía pensar que era lo más natural que una muchacha deseara un nombre ilustre y una hermosa casa, y que la familia se los buscara. Y Ferdinand, como tantos padres, solo hizo lo que él consideraba mejor para su hija. Sencillamente, así eran las cosas.

Eugene se lo había advertido: al anochecer había serpientes y caimanes en la hierba de la orilla. Se lo advirtió la primera vez que se vieron, en la fiesta del bautizo del hijo de Pelagie.

Y, una noche, *Gretel* no volvió a casa. Fanny y Miriam estuvieron llamándola por todo el jardín hasta mucho después del anochecer cuando Eugene, impaciente, les mandó regresar.

—Yo dormiré en el porche —susurró Fanny—, así podre abrirle la puerta cuando vuelva. No puede haber ido muy lejos.

No había ido muy lejos. Solo a la playa arenosa, tal vez persiguiendo a una ardilla roja o en cualquier otra misión importante. Por la mañana, Blaise se lo dijo a Fanny.

—No vaya, Miss Miriam, no vaya —gritó Fanny. Pero Miriam se había ido detrás de Blaise y ya estaba en el lugar de la tragedia.

Era un cuadro horrible. El caimán habría sido sorprendido antes de consumar su fechoría y había dejado restos de *Gretel* en el sendero: un trozo de su cuerpecito y unos mechones de pelo albino. Muy poca cosa; no era ni para llorar; si acaso, para vomitar. Y Miriam al verlo, se fue detrás de un árbol con el estómago removido, llorando.

Estaba tiritando de frío a pesar del calor y se cubría la cara con las manos. Tuvo una súbita visión: ella estaba en el barco y tenía en las manos a la perrita, empapada y temblorosa. Gabriel la miraba con ternura. La visión se borró y ella se encontró en el jardín, delante de Blaise, Fanny y Eugene que la miraban fijamente.

Eugene les había seguido desde la casa.

—Llévate eso de ahí, Blaise —ordenó.

—Ahora mismo, ahora mismo. —Blaise miró a Miriam—. ¿Quiere que lo entierre en algún lugar en particular…?

Y había en su cara oscura una viva compasión.

—Basta ya —dijo Eugene—. Es una pena y lo siento mucho, pero tampoco es para ponerse de luto. No quiero dramas, por favor. Ya te regalaré otro perro, y todo arreglado.

¡Como si un perro fuera una cosa!

—¡No pongas esa cara de desconsuelo! De todos modos, pronto tendrás otras cosas en que pensar.

Ella se llevó las manos al vientre, que se le abultaba bajo los aros del miriñaque.

Fanny le había dicho que muy pronto empezaría a sentir el movimiento de la nueva vida. Y su pensamiento fue de la vida a la muerte, a la muerte violenta, como si la muerte de la perra fuera un presagio.

Últimamente, le daba por pensar en su madre y en su propio nacimiento, y entonces sentía realmente un dolor físico, por más que se decía que aquellos pensamientos era morbosos y disparatados.

Pero no conseguía ahuyentar el miedo, que llegaba con la oscuridad, como un fantasma. Al anochecer, como a una señal, cesaban bruscamente los cantos y los zumbidos de los insectos y se hacía un silencio amenazador. Al poco rato, se levantaba el viento, suspirando entre los pinos de la senda que bajaba a la orilla, donde rebullía el caimán negro con su horrenda cabeza de serpiente, buscando presa. El búho ululaba. Fanny solía decir que el canto del búho es señal de muerte. La casa estaba abandonada a merced de la noche.

¿Quién podía saber lo que acechaba detrás de las puertas atrancadas? Todas las noches, cuando todos se habían acostado, Eugene atrancaba las pesadas puertas.

Miriam solía pensar en lo que había al otro lado de aquellas puertas. Muchas de las cosas que había visto en la plantación la inquietaban. Se había asomado a las cabañas en las que los niños gateaban entre las aves de corral y sus excrementos, chamizos en los que hozaban los cerdos. Había visto a las familias cenar a la puerta de su cabaña, comiendo de la misma olla, con los dedos o con un trozo de madera. Unas voces amables la saludaban: «Buenas noches, señora». Eran más afables que el capataz, un yanqui atrabiliario que vivía con su familia al extremo de la hilera de cabañas. Era extraño que él

nunca sonriera, mientras que aquellos a los que mandaba desde lo alto de su montura, pudieran sonreír.

—Le roba al amo —dijo Fanny a Miriam—. Todos lo saben.

El capataz recibía una bonificación por cada bala de algodón que excedía de la cuota, y explotaba a la gente. Todo el que tuviera más de diez años trabajaba desde la salida hasta la puesta del sol. Los niños que aún no podían cortar caña o recoger algodón a razón de tres o cuatrocientas libras al día, trabajaban llevando agua a los campos.

Eugene guardaba una escopeta y pistolas en un armario al lado de la cama. Eugene, habría podido decirle ella, mientras permanecía despierta, escuchando cada crujido y cada susurro, Eugene, ni las puertas ni las armas servirán de nada si ellos quieren entrar. Casi oía el crepitar de las llamas devorando la escalera.

Pero había temores peores. La mole de la espalda de Eugene ponía una negrura más intensa en la oscuridad de la cama. Los ojos de Miriam se clavaban en aquella espalda. Toda la vida. Así toda la vida.

Él no estaba satisfecho de su mujer. ¿Y por qué había de estarlo? Ella no podía quererle. Él deseaba algo que ella no podía dar. Él deseaba una esposa que le complaciera a cambio del apellido y la seguridad que él ofrecía; era tan solo lo que todo hombre desearía. Una mujer debía complacer y aparentar complacencia, aunque no la sintiera. Eso formaba parte del trato.

«Pero no puedo —pensaba Miriam—. No puedo. Algo me lo impide». Y sentía compasión por él, porque su marido aportaba su parte a la sociedad matrimonial y ella no. Eran dos extraños, aunque delante de otras personas él jamás se rebajaría a reconocer que lo sabía, ni que ella le odiaba.

Solo se le oía reír en compañía de otras personas. Durante aquel largo verano, los invitados iban y venían, en carruaje o en barco, familias enteras, que se quedaban un día, una semana o más. Los hombres se desayunaban temprano, antes de sus partidas de caza. Desde la cama, porque el embarazo le daba una excusa para zafarse de todas aquellas actividades que no le apetecían, Miriam les oía charlar mientras tomaban los fiambres, el salmón, los langostinos, el clarete y el *brandy* azucarado.

Por la noche, después de la cena, ella podía excusarse de nuevo y subir a su habitación; una mujer embarazada tiene que cuidarse. Pero Miriam rebosaba energía y vitalidad. Sus pies seguían el ritmo de las mazurcas, y las cuadrillas que interpretaban los violines. El peso lo tenía ella en el espíritu.

Su pensamiento divagaba. Quién pudiera bajar la escalera y salir por la puerta sin mirar atrás. Arrojar lejos aquellas pesadas faldas y marcharse a pie

como una campesina, vestida con una camisa y una bata de algodón, ropas humildes pero tan frescas y cómodas. Y, así vestida, caminar y caminar por los campos, por los bosquecillos de liquidámbares, subir a la colina, libre, libre… Su mano dibujó un arco en el aire y cayó desmayada con resignación.

¡Qué romanticismo más tonto! Libre, libre, montaña arriba y, después, ¿a dónde?

Eugene subía tarde, ella dormía, pero la despertaba el roce de la ropa y el crujido de la cama. Luego, él se volvía y la tomaba por los hombros. «Un día —pensaba ella—, un día ocurrirá. Algo que estoy reprimiendo dentro de mí se disparará y le golpearé la espalda con los puños dando gritos».

Pero él no le quería ningún mal. La había elegido y la deseaba. Iba a ser la madre de su hijo. ¿Traería un cambio aquel hijo? ¿En él? ¿En ella? Se lo preguntaría a Pelagie, que estaba esperando el sexto, si era así. Cuando Pelagie fuera a visitarles, hablaría con ella.

—Soy muy desgraciada, Pelagie —dijo.

La sangre subió por la blanca garganta de Pelagie, tiñéndole de rojo los lóbulos de las orejas.

—El matrimonio me horroriza —susurró Miriam.

Quería preguntar: ¿Es que soy anormal? ¿Es que no hay manera de remediarlo? Pero aquel estúpido sonrojo de Pelagie se lo impidió.

—Si quieres tener hijos, es la única forma —dijo Pelagie, sin mirar a Miriam. Su respuesta no era una respuesta.

Pelagie tenía el pelo mate y lacio. Aquella mañana no la habían peinado. Su pelo estaba muerto. Su vida había pasado a sus hijos. Gruesa y deforme como estaba, en nada recordaba a la muchacha de cara redonda. ¡Tantos hijos! Tantos meses de vomitar porque Pelagie vomitaba durante todo el embarazo. Ahora, al sentir la mirada de Miriam, levantó la cabeza. Y a sus labios acudió la dulce sonrisa de siempre. Dulce e impávida.

—Es un marido generoso, Miriam. Debes recordar esto. Tienes una magnífica casa y esta finca. Piensa en todas las cosas hermosas. Estoy segura de que aprenderás a ser feliz, niña. En realidad, de ti depende.

De manera que ni con Pelagie podía sincerarse.

Una mañana lluviosa, cuando Fanny le entró el desayuno, Miriam notó que había llorado. Las emociones de Fanny siempre eran el reflejo de las penas y alegrías de Miriam, como si no tuviera sentimientos propios. Esta extraña idea cruzó ahora fugazmente por su pensamiento.

—¿Qué tienes, Fanny?

La muchacha apenas podía hablar.

—Es Blaise. El amo quiere enviarlo fuera.

—¡No lo creo!

—Sí. Dice el amo que no hay trabajo para Blaise. Que no hay trabajo suficiente. Blaise ha llorado. No nos hemos separado desde que nacimos, Miss Miriam.

Fanny se cubrió la cara con el delantal.

—¿Y adonde quiere enviarlo?

—A casa de un amigo. No recuerdo el nombre —respondió Fanny con la voz amortiguada por el delantal—. Dijo que se lo llevarían a Texas. Yo no sé dónde está Texas, pero me parece que muy lejos.

Miriam saltó de la cama.

—Un vestido, Fanny. Y péiname, date prisa. ¿Dónde está Mr. Mendes?

—En la biblioteca.

Miriam estaba temblando. No sabía cómo lo conseguiría, pero una cosa era segura: A Fanny no iban a hacerle aquello.

Eugene estaba leyendo unas cartas en su escritorio. Levantó la mirada, molesto por la interrupción.

Miriam seguía temblando. No obstante, preguntó secamente:

—¿Qué es lo que vas a hacer con Blaise?

—¿Hacer? ¡Santo Dios! Esa Fanny te ha estado llorando. No digas más. Yo he tenido que aguantar el llanto de él toda la mañana.

—Tienen derecho a llorar. ¿Sabes lo que ha sido su vida? ¿Lo que fue hasta que llegaron a casa de mi padre? Su padre era…

—Ahórrame explicaciones, por favor. Esas historias las he oído cientos de veces. Desgracias y más desgracias. Pero yo no soy responsable de sus desgracias.

—Pues algo podrías hacer por aliviarlas —respondió ella, sorprendiéndose de sí misma por la sequedad de su tono.

Las negras cejas se alzaron. Y la sorpresa de ella creció cuando Eugene se puso a la defensiva.

—¿Y qué quieres que haga? Yo trato bien a mi gente. Nunca me habrás visto ponerles la mano encima. ¿No es verdad?

—Es verdad, pero…

—Nada de peros. Yo no me dedico a la beneficencia. Si no necesito a una persona, no la necesito. Y no voy a vestirlo y alimentarlo si no se gana el sustento.

—Algo encontrarás para Blaise. Lo que él coma no va a arruinarte. —El dolor que había visto en los ojos de Fanny la animaba a insistir. Sentía la causa de Fanny como propia.

—Pero tú ya sabes que esa gente exagera. Cuando no mienten, exageran. Son unos histéricos. Blaise va a una buena casa y a Fanny ya se le pasará. No se morirán por estar separados. No serán los primeros hermanos que se separan. ¿Acaso tú no vives lejos del tuyo?

—Eso es distinto, Mr. Mendes, y usted lo sabe.

La alusión a David la envalentonaba.

—Si David estuviera aquí, lo comprendería.

Ella casi había olvidado cómo, tiempo atrás, su hermano había tenido un acceso de cólera que le pareció exagerado. Ahora recordaba su vehemencia.

—David nunca les haría eso —dijo.

Eugene se levantó.

—¡Ah, vaya! Las ideas de tu hermano. Y tú piensas como él, ¿no es verdad?

—¿Qué sabes tú de mi hermano? Ni siquiera le has visto.

—No; pero me han contado muchas cosas —dijo Eugene ásperamente—. Él y sus exaltados amigos no saben lo que dicen. ¿Quieres que corra la sangre? ¿Quieres ver esta casa arrasada?

—No te entiendo. Lo único que te pido es que dejes que Blaise se quede. Solo eso. ¿Tanto cuesta hacerme ese favor?

—Un favor después de otro. ¿De dónde va a salir el dinero? Con lo que doy de comer a mi gente…

—Gachas, cerdo salado y melaza.

—¿Y qué quieres que coman? Comen lo mismo que la gente del campo. Ve a ver lo que sacan a la mesa los campesinos blancos. Los pobres son pobres en todas partes. ¿Quieres que los sentemos a todos a nuestra mesa?

Era verdad. Los pobres eran los pobres, como lo eran en la Europa que ella aún recordaba. Pero aquí los blancos pobres se acercaban a la puerta no a mendigar, sino a exigir. Las mujeres te miraban con desdén desde debajo de sus cofias, y Eugene siempre daba.

—Tú sabes que hago lo que puedo —repitió él, y Miriam vio que estaba agitado, que de algún modo aquello le afectaba—. ¿Sabes cómo tratan algunos a sus criados? No; creo que no lo sabes. Bien, te lo diré, para que no sigas creyéndome un monstruo. ¿No has oído hablar del collar de hierro? Tres púas rodeando la cabeza de manera que no se puede mover el cuello. ¿Sabes

que cuando cazan a un negro fugitivo lo atan desnudo a un árbol y lo azotan? O que…

—¡Basta, por favor!

—De acuerdo. Yo trato a la gente decentemente. Trafico con honradez y no consiento intromisiones.

Ella había captado una palabra.

—¿Traficas?

—No es mi principal actividad, desde luego. Pero, de vez en cuando, si envían una partida de Virginia, por ejemplo, y puedo hacer una operación rentable, la hago aunque nunca he tratado con contrabandistas ni he hecho nada ilegal, que es mucho más que lo que pueden decir la mayoría de las familias más respetadas, como la de tu tía Emma.

—¡Pero tú eres un judío! —murmuró ella.

—Yo soy un hombre del Sur. Mi familia llegó a estas tierras hace doscientos años. Nosotros, las antiguas familias españolas, ayudamos a construir esto. Ve a Charleston, ve a Savannah y te darás cuenta. —Irguió los hombros—. No quiero seguir hablando de esto y tú deberías saber cuál es el lugar de una mujer.

¡El lugar de una mujer! En más de una ocasión, durante el noviazgo, aquella tarde fatídica en que ella y Emma recorrieron su casa, él admiró su carácter. Ahora todo lo que pedía era sumisión. La indignación y la vergüenza le quemaban la garganta.

Entonces se acordó de los tristes ojos de Fanny. Se acordó de Blaise, un hombre, y llorando. Y supo lo que tenía que hacer.

Se puso de rodillas. Cuando habló, su voz era tan débil que Eugene tuvo que agacharse para oír lo que le decía.

—Te lo suplico. No vendas a Blaise. Él podría… —Tragó saliva.

Pronto daré a luz. Si es niño, podrías darle a Blaise. Es un caballero. Sería un buen criado para educar a un muchacho.

—Levántese, Mrs. Mendes, por el amor de Dios. Nada de gestos dramáticos. —Eugene extendió la mano para ayudarla, pero ella se levantó apoyándose en el brazo del sillón.

Él se acercó al escritorio, volvió una hoja de papel y carraspeó mientras ella aguardaba de pie.

—Bueno, a decir verdad, no había pensado en eso. Tal vez tengas razón. Sería ideal para un chico.

—Entonces, ¿te quedas con él? ¿Se lo dirás?

—Lo conservaremos solo hasta que sepamos lo del niño. Si es niño, sí, podrá quedarse.

—Gracias, Mr. Mendes. Muchas gracias.

«Y si es niña, simplemente, tendré que pensar en otra cosa», se dijo ella mientras subía la escalera. Por el momento, había ganado.

«Oh, ojalá no supiera que voy a tener que pasar toda la vida en este lugar, donde estas cosas ocurren todos los días y el Gobierno las consiente».

Estaba cansada, muy cansada y sentía una profunda dejadez y confusión en lo más hondo de su alma. «Será mejor no pensar en nada por el momento. Será mejor dejar la mente en blanco y que los días vayan pasando».

Llegaba el otoño, la estación de las hojas llameantes y la caza del pavo. Este año no refrescaba el ambiente; al contrario, el calor apretaba más que nunca, y en la ciudad hicieron su aparición los cóleras asiáticos, que agravaban los horrores anuales de la fiebre amarilla. Todos los que podían y aún no habían huido de la ciudad se marchaban ahora. Pero, para algunos, ya era tarde.

Eugene llevó la carta.

—Acaba de llegar en el vapor. Es de Rosa de Rivera. Malas noticias. Henry ha muerto de la fiebre. Debieron quedarse más tiempo en Saratoga. Fue una imprudencia.

Miriam estaba helada. Era su primera experiencia de la muerte. Ninguno de sus conocidos había desaparecido así, de pronto. ¿Quién se sentaría ahora en la silla de Henry, a la cabecera de la larga mesa? ¡El amable, callado y borroso Henry! ¡Y pobre Rosa! A pesar de su aire vivaz y decidido, toda la fuerza le venía de Henry.

—Voy a tener que buscar otro abogado —dijo Eugene—. Es una lástima. Henry era honrado e inteligente, dos cualidades que raramente se encuentran juntas. —Dio una palmada en el escritorio, un hábito que tenía cuando tomaba una decisión—. Bien. No regresaremos a primeros de mes, tal como habíamos planeado. Tendrás el niño aquí. Avisaremos al doctor Roget. Vive río arriba, en una plantación que compró cuando se retiró. Ahora se dedica a fabricar ron, pero supongo que no se le habrá olvidado asistir a los partos.

Miriam estaba enorme, y no podía ni agacharse para abrochar la correa de la sandalia.

Abby, la camarera, comentó lúgubremente:

—Quizá sean mellizos, señora. Mi tía Flo que en paz descanse, murió al parir mellizos. Pero antes de morir estuvo chillando dos días y tres noches.

Fue horrible. Yo me tapaba los oídos. Esos gemelos la desgarraron por dentro y se murió. Por ahí corretean los chicos de mi tía Flo, dos bribones grandes y sanos.

Fanny estaba furiosa.

—No haga caso, Miss Miriam. ¿No se posó ayer en su brazo una mariposa? Esto es un buen augurio, siempre fue buen augurio.

Miriam quería no tener miedo. Cuando Pelagie fue a hacerle una visita, Miriam le habló de un artículo que había leído en el periódico que decía que la reina Victoria había tomado cloroformo en su último alumbramiento.

—Dicen que es milagroso. No se siente dolor, nada en absoluto. Ojalá el doctor Roget estuviera al corriente. Aquí nadie sabe nada de eso.

A Pelagie no le parecía bien.

—No es normal. Es contrario a la Naturaleza. Se supone que debes sentir dolor. De lo contrario, no sería doloroso. ¿No crees que tiene sentido?

No; no lo creía. Qué estupidez, pensar que porque las cosas son así, así tienen que ser. Bueno, así era Pelagie. Sin embargo, Miriam reconocía que Pelagie no era estúpida; simplemente, no estaba acostumbrada a pensar por su cuenta. Eso era todo.

Sin embargo, no era Miriam la más indicada para juzgar las dotes de raciocinio de Pelagie. Ella misma tenía creencias pueriles y difusas, como la de ver presagios en las cosas de la Naturaleza. Después de una semana gris, en la que la lluvia estuvo goteando melancólicamente de los árboles y los aleros, de pronto, un mediodía, el sol rasgó las nubes y el gris se tornó plata. Menos de una hora después, como si el sol hubiera sido su heraldo, llegó la carta de David.

—… Salgo para Nueva Orleans en el primer barco. Ahora que ya puedo anteponer a mi nombre el título de «doctor», he tomado esta decisión, que espero que te sea grata. Regreso definitivamente…

—¡Qué alegría! —exclamó Miriam—. ¿Por qué habrá cambiado de idea? ¿Sabes que llevamos ocho años sin vernos? Oh, papá se alegrará. Y ya debe de haber embarcado. Pero ¿qué le habrá hecho cambiar de idea? Era tan contrario a todo esto…

—Será que ha adquirido cordura —dijo Eugene.

Inmediatamente, ella se indignó.

—Siempre la tuvo. Tú no le conoces, no sabes más que lo que te han contado. —Empezó a preocuparse—. Espero que, por fin, se lleve bien con

mi padre. Quizá debería hablar con papá, prepararle para que le reciba bien.

—Eres demasiado sensible. No puedes tomar sobre tus hombros todos los asuntos de tu familia. Deja que se arreglen. Además —terminó Eugene—, dentro de pocas semanas vas a tener otras responsabilidades.

Al amanecer de un brumoso día de otoño, Miriam empezó a tener dolores. Al principio pensó que la habría despertado el canto estridente de los gallos. Luego, algo se retorció y giró dentro de su tenso vientre, y ella lanzó un grito. Fanny acudió corriendo y Eugene envió a Blaise a buscar al doctor. Así empezó.

Cuando el sol disipó la niebla y empezó a subir por el cielo, el dolor fue subiendo con él. Venía en espirales, que crecían y estallaban cada vez más próximos entre sí y más persistentes; Miriam veía rayas amarillas de sol en el techo y su propio brazo inerte sobre la sábana. Luego volvía el dolor, y no existía en el mundo nada más que su vientre, donde estaba librándose la batalla. Cuando remitía el dolor, se veía a sí misma como la veían los demás: un objeto digno de lástima. Pero lo más importante era no perder la dignidad; sus gritos no debían oírse en el resto de la casa ni al otro lado de la ventana. Se mordía el puño. No quiero gritar. No gritaré. Resistiré.

La cara de Eugene se había inclinado sobre ella. Allí estaban las cejas, las orugas negras.

—¡Márchate! —gritó Miriam—. ¡Márchate y déjame! ¡Márchate!

—No le reconoce —susurró Fanny, disculpándola.

Ataron una sábana al poste de la cama, formando una cuerda.

—¡Tire! ¡Tire fuerte! —instaba Fanny.

La cama crujía, como si hasta la madera se quejara. Fanny le enjugaba las manos y la frente. Su tacto era suave y suave su voz.

Fanny me dice algo, pero no la entiendo. Las imágenes pasan como destellos. Los ojos del doctor parpadean, el hombre no sabe qué hacer, eso es lo malo, que no sabe qué hacer. Oh, Dios, es terrible.

El sol ha dado la vuelta a la casa. Parece que es de noche. Agua, murmura. Los labios no se mueven, están secos, los siente enormes. Nota los brazos de Fanny alrededor de los hombros, nota el frío en la boca y traga. El dolor crece y crece y la lanza hacia lo alto para luego dejarla caer. Esto no va a terminar nunca.

Abre los ojos a una luz cegadora.

—Cierra los postigos —dice alguien—. El sol le molesta.

Así pues, ya es otra vez de día. Esto no va a acabar nunca.

Da media vuelta. En la mesita de noche, arde una *veilleuse*. La vela parpadea dentro de la figura de porcelana que representa a una damisela con traje de baile y peluca empolvada. ¡La tonta! ¿Qué sabe ella? Pero ¿la vela encendida? Entonces debe de ser otra vez de noche.

Una voz de hombre dice: Ya van dos días. ¿Es la del doctor o la de Eugene? No importa.

Por la ventana entra el sonido lejano de un ritmo insistente, tambores y tintineos. La voz del hombre —tiene que ser la de Eugene— grita: ¡Que paren ese alboroto! No es el momento de músicas.

—Los huesos de las costillas —dice ella claramente.

—Está desvariando.

No; no está desvariando. En las cabañas los negros hacen castañuelas con los huesos de las costillas. Déjalos que toquen. Que suene la música. ¿Lo ha dicho o solo lo ha pensado?

Otra espiral la levanta y la deja caer, estrellándola contra una pared. Y otra vez. Y otra vez. ¿Hasta cuándo?

La lamparilla proyecta una sombra en la pared. La sombra corre como el agua, de prisa cuando alguien levanta la lámpara. La luz le da en la cara, parpadeando, tremolando, bailoteando. Una cara la mira, entra y sale del círculo de luz. Unos ojos se perfilan. Ella trata de ver. Son ojos hundidos, ojos inquietos en una cara blanca y larga de duende, que está entre la luz y las sombras. La cara de David. Ahora es cuando desvarío», piensa ella claramente.

De la cara salen una palabras.

—Soy David, acabo de llegar, Miriam.

Ella oye entonces otra voz —¿la suya?—, una voz ronca que murmura:

—No; no puede ser. No puedes ser tú.

—Sí, niña; soy yo. Voy a ayudarte.

Un objeto pasa rápidamente de una mano a la otra, un objeto metálico y afilado. ¿Un cuchillo? ¿Una espada? ¿Qué van a hacer con eso? Ella grita. Sus cuerdas vocales se tensan en un grito de terror.

—Miriam, échate. No tengas miedo. Cierra los ojos.

Siente algo, una mano o un trozo de tela en la nariz.

—Respira, niña. Respira hondo. No tengas miedo.

La luz de la mañana, limpia y sana, inundaba la habitación. Miriam descansaba sobre almohadas blancas. Al lado de la cama, en cestas iguales, dormían dos bebés.

—Son guapos, ¿verdad, David?

—Mucho. Una hermosa pareja.

—Eugene y Angelique. Yo quería que la niña se llamase Hannah, pero Eugene dijo que Angelique, como su madre.

¿Y por qué no Hannah, como mi madre? El chico se llamará como tú.

Hannah es un nombre feo para una niña fea.

Mi madre era muy hermosa.

Tía Emma dijo: No discutas con tu marido, Miriam. Al fin y al cabo, ha sido padre por primera vez. Está en su derecho.

¿Y yo no soy madre por primera vez?

Fanny es más lista. Es mejor ceder. De lo contrario, se lo echará en cara. Un nombre no merece la pena.

Pero en lo de la lactancia se mostró firme.

—Eugene quería buscar amas de cría y llevarlas con nosotros a la ciudad el mes que viene —dijo Miriam a David—. Pero a mis hijos quiero criarlos yo. Así se lo dije.

—Bravo —dijo David—. Me siento orgulloso de ti.

—Dime —murmuró ella en voz baja—, dime qué pasó ayer. No recuerdo nada, todo está confuso. Solo sé que llegaste muy oportunamente. No hubiera podido resistir mucho más.

El no lo negó.

—Lo sé. Hemos de darle las gracias al cloroformo. Así pude utilizar el *fórceps*. Es un milagro y un don del cielo.

—¡Cuántas cosas habrás aprendido! —exclamó ella admirada.

El movió la cabeza.

—Nos queda aún mucho por aprender. Esto no es más que el principio.

Miriam estudiaba la cara de su hermano. ¡Hacía tanto tiempo que no le veía! Y, si ella había cambiado, él había cambiado aún más. Parecía haber perdido su antigua turbulencia y ganado serenidad y aplomo. Con aquellas gafas, aquellos profundos pliegues horizontales en la frente y aquellos modales nuevos parecía casi un hombre tranquilo. Ella se dijo que la vida de Nueva York y el peso de su profesión habían operado en él aquella transformación.

—No tienes idea de cómo deseaba que llegaras —dijo ella, casi con lágrimas en la voz.

—Tuvimos un fuerte temporal y embarrancamos cerca de Mobile. Yo estaba tan impaciente por llegar que de buena gana hubiera saltado por la borda para empujar el barco. —Los ojos de David también estaban

empañados—. De todos modos, aquí estoy ya. ¿Y a que no sabes quién ha venido conmigo? Gabriel. Ahora está abajo.

—¿Pero no iba a establecerse en Charleston?

—Sí, pero cuando murió su cuñado decidió venir para ayudar a educar a sus sobrinos. Un sentido del deber muy sureño, por lo visto.

—¡Así que él se queda y tú también! ¡Casi no puedo creerlo! La tía Emma solía decir a papá que tú volverías, que estaba segura. ¿Qué te hizo cambiar de idea, David?

El se levantó, se acercó a la cama y tomó la mano de Miriam entre las suyas.

—Llevaba mucho tiempo separado de ti. Y tú eres cuanto tengo en el mundo.

—Y papá —le corrigió ella suavemente.

—Tú primero —sonrió él—. Y también papá, claro.

Ella volvió a sentir la vieja desazón.

—Espero que habrás sido amable con él.

—Naturalmente. No te apures, todo va bien. ¿Aún te afectan tanto las discusiones? ¡Cómo te asustabas cuando eras niña! —David guardó silencio un minuto—. Papá ha sido muy generoso. Le debo mis estudios, mi futuro. Y tú también, Miriam. Un padre muy generoso.

—Me regaló más perlas por sus primeros nietos. Perlas grises que valen una fortuna, según Eugene. Dice que papá gasta demasiado.

¡Oh, David, pero aún no puedo creer que hayas vuelto para quedarte! Con lo que tú odiabas esto. Si decías en tus cartas que…

—Recuerda que cuando me peleé con papá era muy joven. Ahora soy mayor y más sensato —bromeó David, pero en seguida recobró la seriedad—: He aprendido que no puedo cambiar el mundo, así que tendré que amoldarme.

Miriam dijo lentamente:

—Eso no parece propio de ti. Y resulta extraño que tú estés dispuesto a aceptar este mundo de aquí precisamente cuando yo me vuelvo contra él.

—¿Hablas en serio?

—No es que antes lo *aprobara*, ¿comprendes? Es solo que pensaba, cuando lo pensaba, que no tenía remedio. Que así debían ser las cosas. Pero últimamente he empezado a considerar que tal vez se pueda hacer algo, aunque no sé exactamente el qué.

David se quitó los lentes y se frotó los ojos. Parecían estar muy cansados.

—En realidad, las personas nunca pueden hacer mucho. Los acontecimientos mandan.

—Oh, David, me dejas asombrada. A mí eso me suena a excusa para no hacer nada. Si yo fuera hombre, seguro que pensaría algo. —Titubeó—. Es verdad que las personas como papá y Emma son muy buenas con sus esclavos, pero aun así, por amables que sean, *no está bien* que tengan semejante poder sobre otros seres humanos.

—Es peligroso hablar de ese modo. Tú lo sabes, ¿no?

—Oh, sí. Pero ¿con quién habría de hablar? Desde luego, no con Eugene. El está en un comité de vigilancia.

—¿Sí?

—Y Sylvain. Acuden a muchas reuniones en la ciudad, río arriba y río abajo.

—¡Vaya! Bueno, cada cual es dueño de hacer lo que desee. A mí me interesas tú, pequeña. Aunque ya no tan pequeña, ahora que eres madre de esos dos. —David se quedó contemplando a los niños dormidos y luego dijo a Miriam—: Cuando pienso en cómo viniste tú al mundo y los veo a ellos y te veo a ti ahora, me parece que ha pasado mucho mucho tiempo y todo aquello queda muy lejos. Me alegro de verte tan bien cuidada y tan feliz. Porque tú eres feliz, ¿no, Miriam?

Un río de palabras le subió a la garganta y fue contenido por sus labios cerrados.

Oh, Dios mío, David, he sido tan desgraciada… Menos los niños, todo ha salido mal… He querido decírtelo mil veces, pero no podía escribirlo, no hubiera sabido cómo empezar ni cómo explicarlo, y ni aun ahora… Es una pena tan grande…

—Como puedes ver, no me falta de nada.

—Me alegro, me alegro mucho por ti.

Y aunque te lo contara, ni tú ni nadie podríais hacer nada por remediarlo…

Miriam dijo entonces con aire risueño:

—Bueno, háblame de ti. Tienes casi veinticinco años. ¿Cuándo te casas?

Él respondió con igual desenfado:

—¿Quién iba a quererme a mí?

—No seas tonto. Hablo en serio.

—De acuerdo, hablemos en serio. Una esposa no encaja en mis planes.

—¿Qué quieres decir?

—Que no podría hacer feliz a una mujer. Soy hombre inquieto. Quiero trabajar, no soy el tipo hogareño, y no tendría tiempo para una esposa y una casa llena de niños.

Eugene estaba en la puerta.

—Ya cambiarás de parecer. Un par de ojos brillantes, unos rizos y un talle esbelto te harán pensar de otro modo.

—No lo creo —dijo David.

—Que sea como tú quieras. ¿Qué te parece mi hijo? —preguntó Eugene, adoptando un tono campechano.

—Un tipo robusto. Tuvo que luchar lo suyo para venir al mundo.

—Fíjate qué puños —se ufanó Eugene.

—No miráis a Angelique —dijo Miriam.

—Pues claro que sí. He estado hablando de negocios con tu amigo

Carvalho —dijo Eugene a David—. Tal vez le confíe mis asuntos legales, ahora que su cuñado ha muerto.

—Estoy seguro de que no te arrepentirás —dijo David, en tono grave.

—Yo podría contratar al mejor, a Pierre Soulé o a Judah Benjamín. Carvalho es muy joven, pero es muy formal, y habla las dos lenguas a la perfección, lo cual es esencial para quien desee trabajar en Nueva Orleans.

—Y, más importante aún, es hombre de honor.

Desde luego. Un caballero del Sur. Además, siendo un principiante, sus honorarios serán más bajos —rio Eugene—. Y eso no deja de ser una ventaja.

David se mostró de acuerdo.

—Ven abajo con nosotros. La casa está llenándose de parientes, la mayoría familia de Emma de río arriba. Y el vapor acaba de descargar unas cajas de Madeira y de cerveza rubia recién llegada de Inglaterra. Baja, vamos a tomar un trago.

—David —dijo Miriam cuando los dos hombres iban a salir—, da recuerdos a Gabriel. No te olvides de decirle que aún le estoy agradecida por haber salvado a mi hermano y a mi pobrecita *Gretel*.

—Oh, la perra —dijo Eugene—. Tuvo un final trágico.

—*Gretel* se crio con Miriam —le recordó David.

—Bueno, ahora tiene un hijo a quien cuidar. Y una hija. Vamos abajo.

—¡Qué contenta estará de tener aquí a su hermano! —exclamó Fanny entrando con una bandeja.

—Oh, sí, muy contenta. Pensar que voy a poder verle cuando quiera. Pero, no sé por qué, tengo la sensación de que algo está mal, de que vamos a tener disgustos.

—¿Y no sabe por qué? Porque las mujeres siempre se ponen tristes después de dar a luz, eso es todo. Les dura unos días y luego se les pasa.

Ahora tómese el almuerzo. Tiene que recuperar las fuerzas. Ha pasado una prueba muy dura.

A veces, Fanny decía tonterías: que si las brujas volaban por encima de las copas de los árboles y cosas así, pero también tenía mucho sentido común. Tómese el almuerzo y recupere las fuerzas. Miriam, obedientemente, se comió el *pudding*.

Los niños empezaron a moverse, despertándose el uno al otro con su lloriqueo. Volvían a tener hambre y con sus vagidos hicieron que los pechos de la madre se llenaran de leche. Ella miraba sus puñitos sonrosados. Aquellos dos nuevos seres eran suyos. Pasara lo que pasara en el mundo, ella debía cuidarlos y protegerlos. Vagamente, Miriam pensó que el chico sería fuerte pero habría ternura en su fuerza, y que la niña sería tierna, pero habría fuerza en su ternura, y que su vida sería distinta de la de su madre.

8

Desde el pequeño patio de la casa de St. Peter Street, a través de la puerta-ventana, se veía el despacho y la sala del fondo. En el despacho había un escritorio, una librería y una vitrina de material médico: instrumentos dentales, frascos con píldoras y sierras de amputación. La segunda habitación estaba casi vacía.

Gabriel se quedó con la taza de café en el aire.

—Supongo que no dejarás esto así. Llevas aquí varios meses y cualquiera diría que has llegado esta mañana o que te vas a marchar de un momento a otro.

—Tengo todo lo que necesito. Una cama, una mesa, un par de sillas y estanterías para los libros. ¿Qué más se necesita?

—Pues, no sé. La gente necesita alfombras, cortinas, sofás, cuadros, espejos, muchas cosas.

—Te pareces a mi hermana. Miriam siempre está pidiéndome que me «instale».

—Dice Eugene que tu padre no comprende por qué no quieres que te monte un consultorio. Vamos, que le tienes perplejo. Nos tienes perplejos, a todos.

—¿En serio?

—Lo sabes perfectamente. Todavía no me explico tu cambio de actitud. Cuando estábamos en Nueva York, solías hablar como si la gente del Sur fuésemos serpientes venenosas. Decías que nunca volverías. Hasta hablabas de llevarte a Miriam al Norte.

—Cuando decía eso, yo tenía dieciséis años y ella, nada menos que nueve —respondió David, evasivamente.

Gabriel intuía que su amigo le ocultaba algo. Desde mucho antes de que los dos regresaran del Norte, él había notado en David una cierta reserva. Ahora se mantenía a la expectativa, inquieto y preocupado. En un rayo de sol bailaban motas de polvo, que se posaban en una fina película sobre el suelo y sus zapatos.

Los ojos de David parecían seguir su movimiento. De pronto, dijo:

—He vuelto para cambiar las cosas.

—¡Cambiar las cosas!

—Sí. ¿De qué sirve que me quede en el Norte, despotricando acerca del sistema del Sur? Hablar es fácil. Con la energía que se gasta en hablar, se podrían mover mil máquinas. Por eso decidí que, en lugar de hablar, tenía que actuar.

—¿Actuar? ¿Cómo?

David comprendió que la calma de su amigo era solo aparente. De modo que dijo en tono tranquilizador.

—No te preocupes. No voy a comprometer a nadie. Puedes estar tranquilo.

—Pero ¿y si te comprometes a ti mismo?

—Procuraré que no sea así. Pero hay veces en las que un hombre tiene que hacer algo para defender sus creencias. ¿Te parece grandilocuente la frase? —Hizo una pausa—. A mí sí. Pero no puedo remediarlo. Es la verdad. —Su cara tenía un rictus de crispación.

—Te engañas a ti mismo. Tú no puedes cambiar las cosas, David. Tú eres David, no lo olvides. Ellos son Goliat.

—Ah, pero David mató a Goliat, ¿recuerdas?

—Está bien, ha sido un símil poco afortunado. Pero escucha, David —dijo Gabriel gravemente—, ¿te acuerdas cuando, de chicos a bordo del *Mirabelle*, pasamos por Burdeos? Había hileras de mansiones abandonadas y almacenes casi en ruinas, toda su riqueza y grandiosidad, perdidas y corroídas. ¿Por qué? Porque la trata de esclavos había sido prohibida. Lo mismo pasará aquí, David, puedes estar seguro. Es solo cuestión de tiempo y paciencia. Pero aún no ha llegado el momento.

—Ni llegará durante otro siglo, si se deja que las cosas vayan a ese ritmo. El sistema es demasiado provechoso. La desmotadora ha hecho que el valor del algodón se multiplique por cien. La máquina de vapor y los molinos de azúcar han duplicado el valor de las plantaciones de Luisiana. Las tierras altas del Sur producen más esclavos de los que necesitan para trabajar la tierra, mientras que aquí, y en Texas, hacia donde nos extendemos, necesitamos más y más esclavos. Mira, un traficante puede duplicar la inversión en cuestión de días, solo con comprar en Virginia y vender en Luisiana. Lo decía un artículo que leí en Nueva York. Mira, aquí tengo las cifras.

—¿Así que tú quieres apresurar las cosas? ¿Cómo? ¿Con una guerra sangrienta? Si es eso lo que quieres, es que estás mal de la cabeza.

—Hay un libro fascinante —dijo David—. Aquí lo tengo, escondido, desde luego. Se llama el *Líder partisano*. En él se dice que los Estados del Sur constituyen su propio Gobierno y ello provoca una guerra. Es aterrador y tal vez profético, sabe Dios. Si quieres, te lo presto.

—No, muchas gracias. No quiero. Y tú te propones ser un líder partisano, ¿no?

David se irguió en la silla y asintió.

—Entonces estás mal de la cabeza. Loco de remate.

—Eso ya lo has dicho antes.

La sonrisa de David era casi afectuosa.

Un muchacho negro abrió la puerta de la cocina y volvió a cerrarla, después de sacudir una escoba.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Gabriel advirtió:

—Los criados hablan. Espero que, por lo menos, seas discreto.

—Lucien no hablará. Estamos en el mismo lado. Él me ayuda. Por eso le contraté.

—¿Que le contrataste?

—Sí; es un negro libre. Le pago un sueldo. ¿Crees que yo tendría un esclavo? —Y David le miraba echando chispas por los ojos.

«Una fiebre le consume por dentro», pensó Gabriel. Con cautela, preguntó:

—¿Alguien más está enterado de esto?

—Si alguien estuviera enterado, ¿crees que le traicionaría?

—Respondes a todas mis preguntas con más preguntas —dijo Gabriel con irritación.

Su amigo se echó a reír.

—¿No es una costumbre judía, según dicen?

—David, te hablo muy en serio. ¿Has insinuado esto a tu hermana?

—Claro que no. ¿Te has creído que yo pondría en peligro a Miriam, la persona que significa para mí más que nada en el mundo?

—¡Otra vez preguntas! Solo puedo decir que espero que no lo hagas. En esa familia hay personas que…, no puedo ni imaginar que lo harían.

Eso ya lo sé, Gabriel, créeme.

Hace unos años, se creó un consejo especial para investigar el movimiento abolicionista. En él estaba Sylvain Labouisse. Después se constituyó una milicia permanente para impedir las sublevaciones. También de ella forma parte Sylvain. Juegas con fuego, David.

—Lo sé muy bien. —David habló en tono grave.

—Otra cosa. Tu propio cuñado, Eugene…, no traiciono confidencia alguna al decírtelo, porque es de dominio público, Eugene es jefe de un comité de vigilancia formado para combatir la sedición. Es hombre de gran influencia, no lo olvides. Todo un poder dentro del partido demócrata.

—¡Qué asco! ¡Si supieras cómo me repugnan!

Y David frunció los labios con desdén.

—Lo sé —suspiró Gabriel—. Pero no todos los hombres del Sur somos unos malvados, recuérdalo, David. Cuando estuve en Inglaterra, vi allí más sufrimiento del que tu verás aquí. Hambre y harapos en esas casas de vecindad frías y oscuras… Y, en Massachusetts, todas las jóvenes de los pueblos, trabajando en las fábricas.

—Todo muy cierto, sin duda, pero no hace al caso —le interrumpió David.

—Y no me negarás que incluso aquí avanzamos. Fíjate, si no, en la escuela de Dyson para negros libres…

—¿Qué sabes tú de Dyson?

Había en la pregunta una aspereza que sorprendió a Gabriel.

—Pues nada que no sepa todo el mundo. Es una obra excelente la suya para un hombre blanco. Ya ves que algo se avanza —insistió Gabriel con vehemencia—; pero tiene que ser gradualmente, no se pueden cambiar las cosas de la noche a la mañana. Tu propio criado, por ejemplo…

—¡Sí, mi propio criado! ¡Él tuvo que *comprar* su propia libertad! Y ahora ni siquiera puede votar ni sentarse donde quiera en el teatro. Lucien Bonnet, honrado, inteligente…

Gabriel levantó la mano.

—¡Un momento! No te lo discuto. Estoy de acuerdo contigo. Lo único que te digo es que vas demasiado de prisa, no puede salir bien.

No había nada nuevo en sus palabras. David había oído aquellos razonamientos demasiadas veces. Para que se remediaran las injusticias, solo había que dejar obrar al tiempo. Al fin y al cabo, no hacía mucho, la gente de Nueva York tenía esclavos. En Virginia, sin ir más lejos, hacía quince o veinte años, el mismo *Richmond Enquirer* escribía artículos en favor de la emancipación. ¿Y qué pasó? Que llegaron los abolicionistas, encresparon los ánimos, provocaron la sublevación de Nat Turner, y el resultado fue un retroceso fulminante, solo porque unos forasteros precipitaron las cosas.

Sí; David había oído hablar de aquello, y ahora se quedó en silencio.

—No es la manera —dijo Gabriel—. ¡Oh, qué fácil resulta para el Norte condenarlo! ¡Los esclavos no encajan en la economía industrial! Es fácil para

Garrison y su especie exigir la inmediata supresión del sistema que rige en el Sur; pero ¿cómo hacerlo sin arruinar su economía y crear el caos? Excitar las pasiones de los ignorantes puede dar lugar a grandes matanzas. Tú mismo, precisamente, después de lo que ocurrió en tu familia, debes saber lo que puede hacer una turba.

—Lo sé.

—¡Entonces! Hace apenas unos años, se tramaban rebeliones de esclavos en las parroquias de Madison y Carroll. Afortunadamente, fueron descubiertas a tiempo.

—No es mi intención fomentar la rebelión, Gabriel, sino la educación. Una organización política razonable…

—¡Pero no os conformaréis con eso! Celebraréis reuniones clandestinas, os descubrirán, habrá castigos ejemplares, represalias violentas, todo habrá sido inútil. No, David, no existe otra forma que la de una labor lenta y paciente dentro de la ley. El tiempo y la ley lo conseguirán.

—Hablas como un abogado.

—Es que soy abogado.

David cambió bruscamente de tema.

—¿A dónde vas esta tarde?

Gabriel siguió el viraje de buen grado.

—Voy a una reunión del comité de Gershom Kursheedt. Hemos organizado muy bien nuestra nueva congregación. Los Dispersos de Judea se llamará. Abandonamos el rito alemán y volvemos al portugués.

—¿Demasiado aristocrático para mezclaros con los alemanes? Perdona, no es nada personal —sonrió David.

—Desde luego, sería ideal que todos tuviésemos los mismos orígenes. Pero no los tenemos. Y a la gente le gusta conservar sus propias tradiciones. Especialmente ahora, que el antisemitismo europeo hace emigrar a tantos alemanes. De todos modos, has de saber que Kursheedt ha hecho una gran labor con Judah Touro —dijo Gabriel con entusiasmo—. Ha conseguido que haga un buen donativo para la sinagoga y otras obras de caridad. Nadie puede explicarse cómo lo ha logrado, a no ser por su gran sentido de la oportunidad. Touro ya es viejo y teme la muerte.

—¡Ahí lo tienes! El poder de persuasión en pro del bien. ¿No es lo que yo te decía?

—No exactamente, David. No exactamente.

Ahora fue Gabriel quien rehuyó el tema.

—Kursheedt es una especie de discípulo de Isaac Leeser. Ese sí que es un gran hombre, Leeser. Un escritor muy prolífico. Deberías leer su *Occident and the American Jewis Advócate*. Sale todos los meses y te pone al corriente de las actividades de los judíos de todo el país. Y sigue publicando, a pesar de que pierde dinero. De todos modos, es un soltero con pocas necesidades.

—Como yo. Un soltero con pocas necesidades.

—David, yo venía a preguntarte si querrías colaborar con nosotros en Obras de caridad judías. Hay muchos comités que necesitan miembros activos. Pero no puedo reclutarte si vas a mezclarte en ese otro asunto. ¿Lo comprendes?

—Perfectamente. Está clarísimo. —El tono de David era francamente amargo—. No sería bien recibido.

—No te ofendas. ¿Querrías complicar a otras personas? ¿A tu hermana, por ejemplo?

—Ya te he dicho que no. De todos modos, no puedo menos que pensar que los judíos del Sur tenemos mucha suerte de que existan los negros. Ellos cargan con las consecuencias de los prejuicios, y los judíos somos aceptados por lo mejor de la sociedad.

—No eres justo, David.

—Lo soy. Oh, reconozco que la gente como tú, que habéis nacido y os habéis criado dentro del sistema, tenéis una excusa, pero, para los que venimos de Europa, que sabemos qué hay al otro lado, no hay disculpa.

—Nosotros no hacemos sino lo que hace el resto de la sociedad. Somos gente como los demás. No somos tan nobles como los profetas.

—Nosotros somos el Pueblo de la Alianza. A nosotros se nos exige un mayor sentido de la justicia. Repasa nuestra historia…

Gabriel se puso en pie para marcharse.

—Yo no he hecho análisis tan profundos —dijo con cierta sequedad.

David le acompañó hasta la puerta.

—No te enfades conmigo. ¿O es que, para ser amigos, tenemos que estar de acuerdo en todo.

—No; de ninguna manera. Y no estoy enfadado, solo asustado. Ten cuidado, David.

David se quedó en la puerta, siguiendo con la mirada a Gabriel que se alejaba calle abajo. «Sal de la tierra —pensó—, íntegro. Podrías confiarle cuanto tengas o esperes tener. Y una mente privilegiada, un sabio, con una gran humanidad debajo de toda esa reserva. Pero lento, demasiado lento. No es hombre de acción. Lástima», suspiró.

La conversación de la tarde le había fatigado. Últimamente, siempre estaba cansado, y no era de extrañar, con aquella doble vida tan agitada. Por un lado, la organización, los planes y la tensión de la clandestinidad, mientras, por el otro, debía mantener una «fachada» normal, lo cual exigía un mínimo de vida de sociedad. Muchas veces, David deseaba que aquella vida de sociedad no fuera tan mínima, poder optar a algo más que un baile o una charla casual con alguna de aquellas muchachas que con tan buenos ojos miraban al joven doctor, hijo de Ferdinand Raphael. Y él se sonreía tristemente, porque sabía que distaba mucho de ser «un buen partido». El matrimonio con él supondría un cruel desastre para cualquier señorita del Sur. De manera que, honradamente, él debía mantener las distancias y, ante toda joven especialmente atractiva, extremar las precauciones.

Eran muchas las presiones que le agobiaban. Su clientela se había multiplicado desde la noche en que una comadrona que había oído hablar de él le pidió ayuda en un parto difícil y David tuvo que adentrarse en el barrio irlandés, y, sorteando cabras y borrachos, llegó a un cuchitril situado detrás del matadero, donde ayudó a venir al mundo a un nuevo ser. ¡Qué hedor y qué miseria! En el Norte, había tenido ocasión de oír diatribas contra los irlandeses y había visto en las puertas de algunos establecimientos el letrero de «No se sirve a los irlandeses». Allí se les condenaba por sucios y holgazanes. Y es que a los desheredados se les echa la culpa de todas las plagas. Como a los judíos en Europa.

David nunca, nunca podía presenciar un acto de crueldad sin pensar en su madre. Y abrigaba la firme convicción de que las cosas no deberían…, el mundo no debería… La indignación le ahogaba.

¿Cómo era posible que su padre no sintiera aquel furor? «Yo trato de comprender. Y le comprendo mejor que a los quince años. El ya libró su lucha y gastó toda su ambición; ahora solo aspira a disfrutar de lo que posee. ¡Cómo se alegra de volver a tener a su hijo! Pero, forzosamente, volveré a hacerle sufrir. Y lo sentiré mucho.

»Él es un hombre bueno, generoso como nadie. Su casa siempre está llena». Los parientes de Emma, que llegaron de Georgia en busca de nueva tierra en Luisiana, cuando bajó el algodón de Sea Island, se quedaron una temporada en casa de los Raphael. Y los parientes de río arriba, que vivían como potentados sin serlo, cuando iban en invierno a Nueva Orleans para la temporada de ópera se hospedaban en casa de los Raphael. Tal era la generosidad de Ferdinand.

David dio media vuelta y entró en la casa. Lucien cantaba mientras preparaba la frugal cena. No era de extrañar que aquella sencilla vivienda y aquel único criado desconcertaran a Ferdinand. El quería que su hijo viviera cómodamente. Él quería que hiciera una boda espléndida con la hija de alguna distinguida familia.

Por lo menos, su hija lo había hecho así. Varias noches atrás, David soñó con Miriam. Fue un sueño mezclado con el recuerdo de un gamo, abatido por Eugene en «Beau Jardín» el otoño anterior, un animal castaño, precioso. Mendes lo dejó en el suelo y el animal se quedó con sus grandes ojos abiertos, sin ver el sol ni el bosque por el que corría cuando lo derribaron. Miriam volvió la cara y Eugene se impacientó con ella. Todo aquello estaba en el sueño.

Era encantadora su hermana. Los niños empezaban a andar, cogidos de sus faldas; formaban un hermoso grupo, delicados como figuritas de marfil, vestidos de sedas pálidas y con su cabello negro y reluciente. Él aún recordaba a Miriam con sus ropas de lana tosca tiritando en la destartalada cocina de la Judengasse. Ella lo habría olvidado porque era aún muy pequeña.

Le entristecía haber permanecido lejos de ella tanto tiempo. Le parecía que casi no la conocía. Y deseaba apreciar más a su marido. David deseaba estar seguro de que Miriam era feliz con Eugene. Se preguntaba por qué creía ver tristeza en la cara de su hermana. A veces parecía envolverla un velo gris. Y, de pronto, reparó en que en todas aquellas tranquilas veladas familiares, en la mesa, o en la sala con los niños, no había oído ni una palabra, ni sorprendido una caricia, una mirada, una sonrisa entre marido y mujer que reflejara ternura y compenetración. Tal vez ellos fueran así. Pero David empezaba a desconfiar. Aquel hombre era tan distinto a Miriam… Siempre hablaba de negocios, de dinero. Aunque no pronunciara la palabra, todo giraba en torno al dinero. Si se refería a la guerra de México, invocando altos ideales democráticos, en realidad hablaba de más tierra para el cultivo del algodón.

David había aprendido a no discutir sobre estas cosas en la mesa. Era importante no pasar por radical ni «diferente». Bastante diferente era ya su forma de vida. No debía dar pie a que le consideraran un revolucionario. Las pequeñas excentricidades estaban permitidas, incluso, en cierta medida, eran interesantes. Pero en lo esencial, debía aparentar que encajaba en la sociedad.

—Lucien —dijo—, cuando hayas terminado en la cocina, ¿querrás ver si mi traje está presentable?

Aquella noche iba al teatro «St. Charles», con unos colegas a ver a Edwin Booth. «Tienes que comprar localidades para la actuación de Joe Jefferson, dentro de quince días —se recordó a sí mismo—. Eres un joven médico que promete, ¿comprendes?, un poco raro, pero muy agradable». «Hace vida de monje», había oído decir de él hacía poco. La frase fue dicha sin malicia, solo en un tono entre divertido y afectuoso.

Ahora sintió en el pecho una punzada de temor. ¿Había dicho demasiado a Gabriel aquella tarde? No; Gabriel era hombre de honor. No tenía nada que temer. Pero se prometió a sí mismo ser más discreto en lo sucesivo.

Gabriel Carvalho estaba preocupado. Mientras caminaba por la calle trataba de recordar las palabras exactas de su conversación con David. ¿Le había dicho que hasta la charla más pacífica, la reunión más pacífica, era peligrosa? Pero eso ya lo sabría David. No podía uno vivir en esta ciudad sin darse cuenta de cómo estaban las cosas. Pero, aun así, aun sabiéndolo, David estaba decidido a seguir adelante. Desde luego, en lo esencial tenía razón; el fin era legítimo; pero también había que tener en cuenta los medios, el precio de ese fin. Se podía decir que un hombre como David era todavía un niño, altruista pero poco práctico, y sus esfuerzos serian baldíos, si no fatales. O se podía decir también que David era una de las personas que hacían avanzar al mundo, aun a costa de sacrificarse a sí mismas en el empeño.

Y, con cierta pesadumbre, pensó: «Tal vez yo sea uno de los cautos, de los que ven lo que es justo pero consideran que el precio es demasiado alto y el camino demasiado difícil y esperan que actúen otros. David ve la esencia de las cosas. Yo veo los obstáculos».

Gabriel intuía la opinión que de él tenía la gente: un joven prudente «abogadesco» y ponderado; en suma, sin atractivo. Algunos incluso le consideraban frío y arrogante; estos calificativos le dolían, porque él sabía que eran injustos. Era reservado y lo había sido desde la niñez y reprimía sus emociones, por temor a revelar demasiado. Su cabeza debía controlar a un corazón impetuoso, tal vez más impetuoso que el de David.

De pronto, volvió a su memoria el recuerdo del viaje en el *Mirabelle*, de tantos años atrás. Después, Gabriel había estado en Europa otras dos veces: en Escocia un verano y en un crucero por el Rin; pero el viaje del *Mirabelle* dejó un recuerdo más vivido que los otros dos. Porque entonces encontró a su mejor amigo. A pesar de la diferencia de origen, de temperamento y hasta de ideología, la admiración y la confianza subsistían y cada uno se preocupaba

realmente por el otro. Era una extraña cosa, aquel afecto, algo inexplicable, tan inexplicable, se dijo, como el amor entre una mujer y un hombre.

Y otra vez el *Mirabelle*; y David braceando entre las olas aterrado; y la cabeza de la pobre perra subiendo y bajando, y la niña llorosa y agradecida. El se había olvidado de aquella niña, pero ahora, aunque Miriam y Gabriel coincidían muy de tarde en tarde en las reuniones sociales, aquella imagen volvía a su memoria continuamente. El contraste entre el recuerdo y la realidad de ahora, había llegado a hacérsele increíblemente extraño, lo cual era una bobada, porque, después de todo, era natural que aquella niña se convirtiera en mujer, una mujer casada y madre de familia.

A su mente acudían frases bíblicas: cedros del Líbano, el verde árbol de la bahía. Ella era esbelta como un arbolito joven con sus hombros blancos emergiendo de la absurda campana de sus faldas, de manera que uno no podía sino imaginar el cuerpo que escondía.

Se increpó a sí mismo: ¡No debía recrearse en tales pensamientos! Miriam era la mujer de otro, la esposa de su cliente.

Uno tenía que respetar a Eugene Mendes: inteligente, enérgico, seguro de sí. Inspiraba respeto. Pero había en sus ojos algo que hacía difícil sostener su mirada. Tal vez la sensación de que estaba tomándote la medida, calculando tus fallos y tus puntos fuertes.

¡Extraña elección para una muchacha como Miriam Raphael! Parecían tan dispares… ¿Acaso no se decía que marido y mujer habían de ser uno solo? Y Gabriel volvía a pensar en la tristeza que había visto en los labios de Miriam. A diferencia de otras mujeres que cuando se sentaban a la mesa en una cena solo pensaban en cómo llamar la atención, ella parecía abstraída en un plácido ensueño, expectante y ausente. Un día, al pasar por delante de la tapia del jardín de los Mendes, Gabriel oyó una risa alegre, y al asomarse, descubrió con asombro que la risa era de Miriam, que jugaba a pelota con sus hijos. Tenía el pelo suelto, se le había caído el sombrero y ahora lo llevaba el niño. Era un sombrero blanco, de ala ancha y cintas azules.

Un caimán se comió a la perra, recordó Gabriel de pronto. ¿Por qué no regalarle otra? Le parecía que la perra era un vínculo entre los dos, como si su salvamento hubiera sido un presagio de…, ¿de qué? Un presagio de nada, se dijo, irritado consigo mismo. Es la hermana de mi mejor amigo. Un detalle mío sería aceptado con agrado. ¿Acaso no había comprado hacía poco tiempo una muñeca para la hija de un amigo, para sustituir a la que se había quedado olvidada bajo la lluvia? Sí; pediría un cachorro a Nueva York. Uno de los empleados de la oficina en la que él había trabajado criaba *spaniels* del rey

Carlos. Podría enviárselo por barco, sin dificultad. Ya imaginaba la cara de Miriam cuando él le pusiera el perro en las manos. «Se ruborizaría de gusto», pensó, recordando la facilidad con que se sonrojaba y cómo le florecía la sonrisa.

Era perfectamente correcto hacer un pequeño obsequio a una amiga.

Al salir a la Place d'Armes, los estridentes sones de una banda de música le hicieron despertar bruscamente. La multitud se agolpaba en la plaza, donde, entre tenderetes y banderas, un regimiento formaba en orden de marcha. Gabriel lanzó una rápida ojeada y siguió su camino. La guerra de México era popular, especialmente en el Sur. «Yo no tengo estómago para eso —pensó Gabriel, mientras se alejaban las notas de la marcha militar—. No tengo estómago. Oh, probablemente no será muy "varonil" pensar de este modo. Sin embargo, en la liturgia del sábado rezamos: *Concederlos la paz, oh Señor, tu don más preciado*. Nada es sencillo. Todas las cosas tienen tantas facetas. Cuando se hace girar el prisma, la luz se refleja ora de aquí y ora de allí, mientras giras y giras… De todos modos, yo tengo responsabilidades y no podría alistarme ni aunque me muriera de ganas de ir a la guerra».

Rosa aún estaba desconsolada y de luto riguroso. Parecía que ella dominaba a Henry, pero ahora que él faltaba, era evidente que era ella la que dependía de él. Henry no le había dejado mucho dinero, y ella, como era natural, deseaba seguir viviendo en su hermosa casa con sus hijos, por lo que Gabriel tenía que ayudarla. Afortunadamente, las perspectivas eran buenas. Tenía su bufete en Banks Arcade, un sitio excelente, y contaba con la clientela heredada de Henry, la mayoría hombres jóvenes y prósperos como Eugene Mendes.

«No quisiera tenerlo por enemigo», pensó de pronto Gabriel. Y apretó el paso para dejar atrás a la banda que estaba alcanzándole.

Miriam, al volver del French Market con Fanny, alcanzó a ver las banderas y tambores que cerraban el desfile. Cuando se alejaron los soldados, volvió a hacerse el silencio. Las calles laterales estaban desiertas, salvo por el carro de la leche que avanzaba haciendo entrechocar los cántaros de estaño, y el viejo negro con el cubo de helado en la cabeza que gritaba: *Crème a la glace! Crème a la glace!*

—¡Mira! —dijo Miriam—. ¿No es Mr. Mendes el que ha salido de esa casa?

—Desde aquí no lo distingo, Miss Miriam.

—Sí; claro que es él. Lleva la chaqueta nueva de color Corinto.

La chaqueta color Corinto se alejó rápidamente calle abajo y dobló una esquina. Al cabo de un momento, apareció una mujer que se quedó esperando a un carruaje que acababa de salir de la cochera del callejón.

Miriam y Fanny llegaron a su altura en el momento en que el coche se detenía para que subiera ella. Era una espléndida mestiza cuarterona. La luz de mediodía se reflejaba en las cadenas de oro trenzada con su cabellera, en los pendientes de perlas y en los zapatos de cuero dorado. La seguía una criada como el ébano, con un cesto igual al que llevaba Fanny.

Los ojos de la joven contemplaron a Miriam con curiosidad, luego bajando la mirada subió al coche y este se alejó.

—¿Quién es, Fanny?

—Hum, Miss, Miriam. Una de esas. No me gusta nombrarlas —dijo Fanny, con gesto remilgado.

—Lo que es ya lo sé. Pero me conoce.

—¿Cómo va ella a conocer a una señora como usted, Miss Miriam? —A Fanny se le había puesto la voz chillona.

—Pues me conoce —insistió Miriam—. Hasta me pareció que iba a hablarme.

—¡Ya se guardaría bien! Se guardaría bien de hablar a una señora blanca. Queen es muy lista para eso.

—¿Queen se llama? Y, Fanny, sí que era Mr. Mendes el que salió de ahí. Estaban juntos en esa casa. Tú lo has visto lo mismo que yo.

—Yo no sé lo que he visto, Miss Miriam. Por favor, no me pregunte lo que he visto —suplicó Fanny.

—¡Si estás temblando, mujer! No dejes caer el cesto o las fresas van a rodar por toda la calle. Ahora, Fanny, di qué es lo que me ocultas.

—Nada, Miss Miriam, le juro que nada.

—No te creo. Escucha, Fanny, ¿no hice que Blaise se quedara a tu lado? Tú y yo hemos crecido juntas. Creo que tienes que ser sincera conmigo.

—Miss Miriam —dijo Fanny, angustiada. Jadeaba, tratando de seguir el paso de Miriam—, si algo sé, no es nada que pueda hacerle bien. Nada que pueda hacerla más feliz.

—No importa si ha de hacerme feliz o no. Yo no quiero vivir engañada. Tengo derecho a saber lo que pasa. —Como Fanny guardara silencio, Miriam dijo con suavidad—: Sé que tienes miedo de hablar. De modo que hablaré yo y tú solo dices sí o no con la cabeza. Mr. Mendes y esa… esa Queen, ¿se ven a menudo?

Fanny asintió. Sus asustados ojos estaban llenos de lágrimas.

—¿Y hace mucho tiempo que él va a esa casa para estar con ella?

—Eso no lo sé, Miss Miriam, se lo juro. Yo no sé más que lo que he oído decir. Pero a usted no le he dicho nada, ¿verdad? Usted no le dirá a Mr. Eugene que yo se lo he dicho, ¿verdad? El me pegaría.

—Él no te pegará, Fanny. Él nunca ha pegado a nadie, eso lo sabes tú muy bien. Y, aunque él quisiera pegarte, yo no le dejaría.

—Pero me venderá.

—Eso tampoco.

—¿Y no le dirá nada?

—No; anda, lávate la cara. Lleva la cesta a la cocina y lávate la cara. Yo me quedaré un rato en el jardín.

La diosa de la fuente, la diosa del amor, con su serenidad de mármol, se erguía sobre la doble cascada. En la placa colocada en la pared frente al banco en el que se había sentado Miriam, el nombre de la joven esposa enterrada allí había sido cubierto por una rama de jazmín.

«¿Tenía la joven Aimée las dudas y desazones que tengo yo? ¿O ella supo siempre lo que quería?».

Miriam arrugó el entrecejo. ¿Sentía realmente algo en este momento? Trató de examinarse desde fuera, como un observador imparcial. Lo único que veía era su amor propio herido. Pero ¿por qué tenía que importarle? ¿Por qué había de sentirse ultrajada? En realidad debería estar agradecida a aquella mujer por encargarse de satisfacer las necesidades de Eugene. Ahora, si al subir a acostarse, la encontraba dormida, rara vez la despertaba como solía hacer cuando estaban en «Beau Jardín».

Las relaciones de esta índole eran frecuentes. Y, por protegida que estuviera, una muchacha no podía vivir en aquella ciudad sin enterarse. Los bailes de las mestizas, que se celebraban en el salón «Washington» se anunciaban todas las semanas públicamente. Eran tan hermosas aquellas jóvenes que con frecuencia los bailes de los blancos terminaban temprano porque los jóvenes se iban al «Washington», donde les esperaban las exóticas beldades. Eso lo sabía todo el mundo, pero nadie lo comentaba, excepto Rosa, que no usaba tapujos.

—Oh, esas mujeres están muy bien educadas —dijo a Miriam—. ¡Te quedarías pasmada! Un hombre no puede acercarse a ninguna de ellas sin el consentimiento de la madre. Luego, tiene que instalar a madre e hija en una buena casa y mantenerlas a las dos. Es una afición muy cara. Además, ha de comprometerse a cuidar de los hijos si los hubiera. Pero a veces existe

verdadero amor —añadió con ecuanimidad—. Y ellas son fieles. Son muchos los hombres que siguen viéndolas aunque sean felices en su matrimonio.

Conque era eso. Fanny lo sabía. Lo sabían todos los criados. Probablemente, Rosa también, pero Miriam prefería no averiguarlo. No quería tener que enfadarse con ella.

Al poco rato, sonaron en la galería los pasos firmes y rápidos de Eugene. La puerta principal se abrió y se cerró. Al cabo de un momento, desde las ventanas abiertas del piso de arriba llegaron voces. Había ido a las habitaciones de los niños, que estarían despertando de la siesta. Eugene levantaría al niño en brazos y lo lanzaría al aire, luego fingiría boxear con él, y el pequeño reiría y chillaría de gozo con los mimos de su padre. Sus mejillas calientes y redondas se pondrían coloradas y le brillarían los ojos. El padre lo abrazaría y le revolvería el cabello. Aunque Eugene era cariñoso con Angelique rindiéndole el debido tributo: un vestido de encaje blanco, una muñeca de porcelana francesa o un corazón de oro con una cadena, su propio corazón era para el niño.

Luego, Eugene salió al jardín. Miró a Miriam con curiosidad.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Pensar —respondió ella arrojándole la palabra como si fuera una piedra.

—Una ocupación muy sana —dijo él secamente—. ¿Y puedo preguntar en qué piensas?

—En por qué hace un rato fingiste que no me veías.

—¿Verte? ¿Dónde tenía que verte?

—Doblaste la esquina de Chartres Street a toda prisa. No lo niegues. No soporto a los embusteros.

—¿Qué dices? —exclamó él, furioso.

Miriam se levantó. El pulso le latía con fuerza en los oídos.

—Sé por qué estabas allí. Y sé quien es Queen.

Sus cejas, aquellas cejas que tanto odiaba ella, se deslizaron hacia arriba. Orugas negras.

—¿Dónde has oído ese nombre?

—¿Eso importa? Por ahí.

—Yo tampoco soporto a los embusteros, te lo advierto.

—No pienso mentir. Simplemente, no te lo diré.

—¿Ha sido Fanny? Ha sido Fanny, ¿verdad? ¿No? ¿Luceta? ¿Blaise? ¿Algún entrometido fisgón de casa de tu padre? ¿Esa pareja de granujas, Maxim y Chanute?

—No importa quién haya sido. Todos lo sabían. Todos menos yo.

Eugene se había quitado los guantes. Ella vio que le temblaban las manos. El miraba por encima del hombro de su mujer a la paloma que dormitaba a los pies de la pequeña diosa.

—Está bien —dijo al cabo de un momento—, puesto que sabes ya una parte, no importa que sepas el resto. —Sostuvo la mirada de Miriam. Sus ojos, habitualmente tan severos cuando se posaban en olla, tenían ahora una expresión de ternura—. Tengo…, hay… un hijo. Tiene siete años.

Ella tardó en comprender sus palabras. Siete años. Tanto tiempo. Antes de su matrimonio. Tenía otro hijo, que no era de ella. Había aquí un mundo de posibilidades desconcertantes. A Miriam le parecía que se miraban como dos desconocidos.

—Entonces, ¿por qué te casaste conmigo? —susurró—. No sería por dinero, ni por posición, que de eso tienes diez veces más que yo.

—Quería un hijo al que pudiera reconocer, un hijo que llevara mi nombre, que se educara en esta ciudad y tuviera un futuro. Eso quería.

Ahora ella empezó a sentir. Ya le escocían las lágrimas en el fondo de los ojos, unas lágrimas estúpidas que la irritaban.

—Ya sé que cuando me casé contigo era una niña ingenua. Nadie debería ir al matrimonio con semejante ignorancia, pero así vamos todas. Lo peor es que, además, debía de estar loca. ¡Casarme con un hombre que no me quería, que solo buscaba a la hembra para procrear!

—Te equivocas. Yo buscaba más que eso. No te habría pedido que te casaras conmigo de no desear que nuestro matrimonio fuera ejemplar. Yo quería una esposa bonita y educada que me diera un hijo, para fundar una familia. ¿Qué tiene de extraño? Pero tú no pusiste nada de tu parte.

Ella no pudo negarlo.

—Al principio, creí que tu frialdad era timidez. Hay que darle tiempo, me decía. Pero el tiempo no remediaba las cosas. Desde luego, la mujer de uno no va a ser como…, en fin, una esposa es una señora, se comprende. ¡Pero tú! Tú eres de hielo. Más fría que una estatua. ¿Qué ocurre? ¿Soy sucio?, me pregunto. No; no soy sucio. ¿Soy feo? No, que yo sepa. ¿Ordinario? Creo que no. ¿Por qué me desprecias? ¿A qué se debe esa repulsión? Porque es repulsión, no lo niegues.

Ella solo pudo responder, tristemente y a pesar suyo:

—No lo sé. —¿Cómo podía decirle: no soporto que me toques. Cada vez que te acercas se me encajan las mandíbulas?

—Si hubiera encontrado en ti la menor respuesta, si tú… En fin, ¿a qué seguir? Quizás hubiera terminado esas otras relaciones. Sí: es posible. Pero en estas circunstancias…

Miriam nunca imaginó a Eugene Mendes en el papel de suplicante. Él, lejos de suplicar, exigía. Y ahora aquel distinguido ciudadano del chaleco de terciopelo y los guantes de cabritilla, la miraba con manos temblorosas.

—¿Por qué? —La acuciaba él—. Di, ¿qué tengo de malo?

Ella miraba la hierba, miraba los pies de Eugene, calzados con elegantes zapatos londinenses, cubiertos ahora de polvo. Tenían un algo patético aquellos pies. Todo estaba en silencio. Zumbó de repente una langosta y enmudeció con la misma brusquedad. Ella nunca imaginó que Eugene pudiera sentirse herido; siempre era él quien hería. Naturalmente, se sentía dolido, ofendido en su virilidad. Verse rechazado, aunque fuera por una mujer a la que no amas, te hace dudar de ti mismo aunque tengas a otra mujer esperándote con los brazos abiertos. Miriam recordó el fulgor de aquellos ojos y el brillo de todo aquel oro.

Pero nadie tenía la culpa. Así lo advirtió ella de pronto con toda claridad. Era, sencillamente, un hecho: él le inspiraba una repulsión instintiva, tan irracional como la pasión por las grosellas o la aversión a la leche.

—¿Por qué? —insistía Eugene.

Ella tenía la boca seca. Sentía miedo. Le parecía estar en lo alto de un risco, en el que no era posible avanzar ni retroceder. Solo podía ir hacia la derecha o hacia la izquierda, pero no sabía adonde conducía el camino.

—Será que, a veces, las personas no armonizan entre sí. Lo intenté. De verdad que lo intenté.

—Quizá con otro armonizarías. Con Gabriel Carvalho, por ejemplo. No aparta los ojos de ti. ¿Crees que podrías armonizar?

Ella le dio un bofetón. Sin proponérselo, sin pensar; su mano se alzó de pronto y le golpeó en la cara. El desdén de Eugene se transformó en asombro y furor. Ella, aterrada por su acción, dio un paso atrás. Eugene la asió por las muñecas. Se miraban sin pestañear, amenazadoramente.

—El que tú tengas una amante no significa que yo…

—Retiro lo dicho. ¡Te falta vida para eso!

—¡Cómo te odio!

—No levantes la voz. Conserva el decoro.

—¡Quién habla de decoro!

—No he hecho nada que no hagan otros hombres de mi posición. Ya te he dicho que si tú hubieras sido una auténtica esposa yo habría actuado de otro

modo. Pero, en cualquier caso, una esposa como es debido no se entromete en los asuntos del marido.

—Yo no soy una esposa como es debido.

—Tú ni esposa eres.

—Pero ella, esa mujer, sí.

Eugene le soltó las manos.

—Sí —dijo sencillamente—. Ella, sí.

Al otro lado de la tapia, un vendedor gritaba: «¡Fresas! ¡Dulces y fresas! ¡Dulces y fresas!». Miriam pensó que aquella voz gangosa quedaría en sus oídos para siempre. Estos momentos marcan toda una vida: la voz soñolienta del vendedor, el olor a tierra seca y caliente y el agua de colonia de Eugene… cosas que permanecen.

—No has debido decir eso de Gabriel Carvalho. Es una infamia.

—Puede que tengas razón. No; no debí hacerlo. Él es todo un caballero. Y tú, la madre de mis hijos y la señora de esta casa. Vamos a no olvidarlo. Y a vivir con decencia.

—Con decencia —repitió ella como un eco.

—Tú cumple con tus obligaciones y yo no volveré a molestarte. Te doy mi palabra. ¿Has comprendido?

—Sí.

—No debes preocuparte. Ya ni te deseo.

Se quedaron en suspenso, sin saber cómo continuar. Luego, Eugene dijo:

—Lo siento. Lo siento mucho.

—Nuestra unión es una mentira. Y estamos atados para siempre. —Ella abrió las manos con las palmas hacia arriba—. Para siempre, ¿comprendes?

Él asintió y, sin más que decir, giró sobre sus talones y entró en la casa.

Aquel día, a última hora de la tarde, Miriam todavía estaba sentada en el balcón. Llovía con fuerza, el agua azotaba las copas de los árboles y caía en gruesos goterones, salpicándola. A la luz pálida del farol de la esquina, veía a Blaise con el montón de cajones de madera que colocaba en la inundada calle para que la gente cruzara sin mojarse los pies. Miriam se preguntó si estaría ahorrando para comprar su libertad. Y entonces se le ocurrió que era curioso que él tuviera alguna posibilidad de ser libre y ella, ninguna.

—¡Miss Miriam! —La llamó Fanny—. La he buscado por todas partes. ¿Qué está haciendo ahí fuera con esta lluvia? ¿Es que no piensa entrar?

Miriam tenía el vestido empapado y el pelo despeinado por el viento. Emma solía decir que el aspecto de una señora debía ser siempre impecable.

¿Qué diría Emma si supiera lo de Queen?

«Ay, hija mía, los hombres…». A Miriam le parecía oírla, un poco violenta y un poco despectiva. «Cosas de hombres. Pero una no debe darse por enterada. Tampoco serviría de nada, como no fuera para hacerle enfadar. Es preferible hacer la vista gorda. Y si contigo se porta bien, ¿qué puede importar, al fin y al cabo?».

Sí, eso diría Emma. Y Pelagie. Y Rosa, aunque tan distinta de ellas dos, probablemente diría lo mismo.

¿Por qué me indigna? Lo que haga Eugene ha de tenerme sin cuidado. Y la respuesta era: porque él es libre de vivir su vida y tú no lo eres. Por eso.

Miriam se desabrochaba a tirones.

—¡Se va a romper el vestido! —exclamó Fanny—. Ea, déjeme a mí.

—No importa. Ya está echado a perder. —Las enaguas mojadas cayeron al suelo—. Dime, Fanny, ahora puedes hablarme sin remilgos. Mr. Mendes me lo ha contado todo. El niño, el hijo de Queen, ¿tú lo has visto? Dime la verdad. No me enfadaré.

Fanny recogió las enaguas.

—Sí, señora, lo he visto. Se parece a Queen. Quizá con la piel aún más blanca.

«Debe de ser un niño muy guapo». Y Miriam sintió celos, no por sí misma, bien lo sabía Dios, sino por su pequeño Eugene, que tenía que compartir con otro el amor de su padre. Pero, al mismo tiempo, comprendió que esta idea era totalmente irracional.

Y repitió en voz alta su pensamiento:

—Debe de ser un niño muy guapo.

—Sí, guapo y listo. —Fanny, liberada ya de temores y escrúpulos, se apresuró a contar cuanto sabía.

—Queen pertenece a la familia de Mr. Mendes. Es una especie de prima, según creo. El le dio la libertad a ella, pero no al niño, que todavía le pertenece.

Tener un hijo en propiedad. Era extraño y curioso. Fanny dejó de hablar, y el silencio empezó a zumbar y a percutir en la cabeza de Miriam. La luz de las velas ponía en la pared sombras de duendes deformes y caras burlonas; las paredes avanzaban y daban vueltas.

—Quiere a ese chico con locura —prosiguió Fanny—. Pero también se avergüenza de él. Aunque es lo que suele ocurrir —agregó la muchacha con un suspiro—. No es nuevo.

Miriam se decía que debía dominarse, resistir. Su mundo no podía desmoronarse. Esta sólida casa debía ser el refugio de sus hijos, costara lo que costara; ella debía conservar la serenidad, debía…

—Yo sé lo que podría usted hacer —dijo Fanny de pronto.

—¿Hacer? ¿De qué estás hablando?

—Yo podría conseguirle una vela negra. Si quieres hacer daño a alguien, a Queen, digamos, o… —Se acercó a Miriam y susurró—… O a Mr. Eugene, escribes su nombre en un papel y lo clavas en la vela. Cuando la vela se consume, esa persona cae enferma, con grandes dolores.

Esta tontería hizo reaccionar a Miriam.

—¡Vamos! Tú no creerás esas cosas, ¿verdad? No puedes ser tan boba.

Fanny, avergonzada, se echó a reír.

—No, claro. Pero, a veces pasan cosas que te hacen dudar. ¿Quiere que le traiga té? ¿Té de laurel para el dolor de estómago?

—Té corriente. No es el estómago lo que me duele.

—Ni el corazón.

—No. ¿Qué puede ser entonces?

—Su cabeza, que no hace más que pensar qué va a hacer durante toda la vida.

—Tienes razón. Eso es lo que ahora piensa mi cabeza.

Miriam sentía tal hormigueo en su interior que tenía que moverse. Se acercó a la ventana. La tormenta se alejaba hacia el Oeste, pero aún retumbaban los truenos. A la débil luz del farol vio que Blaise ya no estaba. Seguramente, esta noche no había clientes suficientes para quedarse aguantando la lluvia. Eugene, como siempre, volvería a casa en coche.

Miriam encendió una vela y se acercó al escritorio, donde un pequeño montón de cartas e invitaciones esperaba respuesta. Fue repasándolas: Sociedad de Visitas a los Enfermos, una participación de boda, una cena de cumpleaños de una prima lejana de Emma, una reunión de la Sociedad Hebrea de Beneficencia para la Ayuda a los Ancianos. El baile anual se celebraría dentro de un mes, y los miembros más distinguidos de la comunidad judía asistirían a él. Miriam necesitaría un vestido nuevo. El mundo se derrumbaba, pero aún necesitas un vestido nuevo.

Gabriel Carvalho era miembro de la junta. *No aparta los ojos de ti*, le había dicho Eugene. Ella no podía creerlo. Por lo menos, no se había dado cuenta. En primer lugar, él casi nunca le dirigía la palabra, a no ser para hablar de aquel antiguo viaje o de la perra, o para hacer algún comentario cortés sobre los niños. Era… En fin, era un poco rígido. Generalmente, las

personas se comportan así por timidez. Pero ¿cómo podía ser tímido un hombre con una carrera tan brillante? Cierto, no hablaba mucho, ni siquiera con otros hombres. Eran siempre Eugene o David los que llevaban la voz cantante; Eugene, con autoridad, y David con vehemencia. Pero siempre le pedían que dijera la última palabra, ¿no? Y no dejaba de ser extraño, cuando una lo pensaba.

Pero Miriam no deseaba pensar en eso. Por lo que fuera, Gabriel se mantenía retraído; pues bien, allá él. Rosa lo encontraba guapo.

Naturalmente; era su hermano. Tal vez fuera guapo. Tenía unos ojos muy bonitos y profundos y la expresión taciturna. Pero lo que decía Eugene era falso. Él mismo había reconocido que era falso. Inconscientemente, Miriam se encogió de hombros con coquetería, ordenó los papeles y se acostó.

No podía dormir. Se puso en el mismo borde del colchón, pensando que era una suerte que la cama fuera tan ancha, ya que Eugene, para guardar las apariencias, sin duda seguiría durmiendo a su lado hasta el fin de sus vidas.

¡Era tan triste su situación! ¡Una mujer inútil toda la vida! Dos hijos había tenido y ahora no más. Dentro de un par de años, los niños irían al colegio y ya no la necesitarían para que les leyera cuentos o les llevara de paseo. Realmente, apenas la necesitaban ya, pues las niñeras lo hacían casi todo. Muchas veces, ella prescindía de las niñeras y los bañaba. La enternecía verlos tan altos y hermosos, y observar cómo Angelique, a pesar de ser aún tan niña, empezaba a marcársele el talle, en tanto que Eugene tenía un cuerpo robusto y cuadrado. La niña era parlanchína y su charla consistía en una retahila de preguntas… *¿Por qué tenemos que…? ¿Quién era esa señora? ¿Adonde va esa gente?* El pequeño Eugene pasaba horas entretenido con sus juegos. En su habitación tenía una torre de bloques de madera que le llegaba hasta el techo. *Subirá hasta la luna*, decía.

Y muy pronto todo esto se acabará. Los niños crecerán y se irán. ¿Y la madre, qué hará entonces? ¿Pasar la vida haciendo flores de cera para ponerlas en campanas de cristal, o bordando vestiditos para los hijos de otras mujeres?

Y le vino al pensamiento Eulalie, siempre ocupada en bordar trajes de bautizar, finos como velos de novia, con su cuerpecito enclenque y sus ojos tristes incluso cuando exhibía su «sonrisa de sociedad». «Realmente —pensó Miriam—, Eulalie sabe lo que es la tristeza». Eulalie no inspiraba simpatía, y mucho menos a una judía; porque, ¿cómo vas a querer a una persona que desprecia a los judíos? Pero eso no impide que la comprendas.

«¿Quién soy yo? La señora de Eugene Mendes. ¿Quién es esa mujer? ¿Qué hace? Si tuviera alguna habilidad, una buena voz como esa Marie Claire, sé lo que haría. Ella quiere ir al extranjero a estudiar, pero Rosa dice que su madre no la deja. Yo encontraría la manera. Yo iría. Si supiera hacer algo. Pero no sé hacer nada.

»¡No es justo! Los hombres aprenden. Ganan dinero y lo gastan como quieren. Nosotras tenemos que pedirlo. Un hombre puede predicar castidad y mantener a una querida. Él puede hacer lo que le venga en gana.

»Yo podría odiar a los hombres, pero no deseo odiarlos. Quiero amar a un hombre, quiero descubrir un motivo para amarlo. Lo deseo desde que comprendí cuál es el significado de la palabra amor.

»O quizá no sepa todavía cuál es ese significado».

9

Terminaba el otoño, pero aún hacía calor en el patio de casa de los Raphael, donde se daban los últimos toques a los preparativos de una gran fiesta. Ferdinand, fiel a su promesa de «cuidar» de la hija de su difunto socio, daba un baile para celebrar el compromiso matrimonial de Marie Claire con André Perrin, de Natchez.

—Dice mamá que es curioso que, con una dote tan escasa, haya encontrado marido —comentó Pelagie—. ¿Tú conoces al novio?

—No —respondió Miriam, distraída—. Creo que Eugene ha tenido tratos comerciales con él.

—Es muy guapo. Ya me dirás qué te parece.

Debajo del pórtico donde estaban ellas había mucho movimiento. Sisyphus estaba colocando las grandes cafeteras de plata, que eran su especial responsabilidad y su mayor orgullo. Chanute y Maxim acarreaban los últimos tiestos de hortensias. Bajo los farolillos que bailaban movidos por la brisa, los músicos afinaban sus instrumentos, produciendo ese sonido expectante que anuncia que va a levantarse el telón de un momento a otro. No faltaba más que el baldaquín nupcial para que la escena fuera idéntica a la boda de Miriam. Esta, que no sentía ningún deseo de evocar aquella ceremonia, se volvió hacia Pelagie y le preguntó si sabía dónde estaba Marie Claire.

—En el cuarto de huéspedes, con mamá. Atareadas y nerviosas. Se le soltó el dobladillo, y su propia madre no se dio cuenta. Pero mamá sí, por supuesto. No hay miedo de que se le escape ni el menor detalle —dijo Pelagie con orgullo—. Ha trabajado mucho para preparar esta fiesta.

—Hace dos años que no veo a Marie Claire.

—Yo la vi este verano, cuando pasó unos días en casa. Han formalizado muy pronto. Tres semanas.

—¿De verdad? ¿Y ella está contenta?

—Oh, esa muchacha no es muy comunicativa. A veces pienso que no vibra más que cuando está sentada al piano, cantando. Se acompaña ella misma, ¿sabes?

Miriam evocó la cara alargada y seria de Marie Claire. A pesar de haberla visto tan pocas veces, la recordaba perfectamente. Y de nuevo experimentó la extraña sensación de que, de algún modo, sus vidas tenían que cruzarse.

—Pues ahora tendría que estar contenta —continuó Pelagie—. André es encantador. Y de muy buena familia: madre judía y padre francés. Tienen mucho dinero. Realmente, es extraño que se case con una muchacha que tiene tan poca dote. Claro que tu padre, como siempre, se ha mostrado muy generoso. Le ha regalado una cubertería de plata e infinidad de objetos carísimos.

Miriam repitió la frase tantas veces oída a Eugene:

—Mi padre gasta mucho.

—En confianza y entre nosotras: Marie Claire me dijo que esta era su única oportunidad de ir a Europa a estudiar canto. André tendrá que pasar allí por lo menos unos años por asuntos de negocios. ¿Crees tú que se case con él solo por eso?

—No sé. Pero recuerdo haber tenido la sensación de que había algo desesperado en esa muchacha.

—¿Desesperado? Piensa demasiado en su carrera de cantante.

—Tiene una voz maravillosa, Pelagie.

—Más maravilloso me parece a mí tener un buen marido. Marie Claire quiere estudiar con Manuel García en París. Ella cree que tiene una voz como la de Jenny Lind.

—Y tal vez sea así. ¿Cómo va a averiguarlo si no prueba?

—Puede que te parezca una exageración, pero yo no me cambiaría ni por cien Jenny Lind. Siempre pienso que el último de mis hijos es más fantástico que el anterior. ¡El pequeño Louie ya se sienta solito! Y tendrías que ver a Felicité, cómo le atiende, a él y a todos los pequeños. ¿Querrás creer que ya tiene doce años? Es una niña tan dulce… Toda una madrecita. Y, dentro de pocos años, una madre de verdad. ¡Oh, has traído a los niños! ¡Qué ricos! ¡Son tan salados los gemelos!

Los gemelos se habían quedado en el patio, mirando a los músicos. Fanny no tardaría en llevárselos. Tan limpios y sonrosados, con sus mangas almidonadas, parecían salidos de un libro de cuentos.

«Todo lo que tengo en el mundo», pensó Miriam con emoción, comiéndoselos con los ojos.

—Sí —respondió—. Papá quería verlos aquí. Por eso hoy se acostarán más tarde. Le gusta enseñar a sus primeros nietos a las amistades.

—¿Primeros? ¿Es que…?

—No —dijo Miriam secamente—. Nada de eso.

—Pero, Miriam, los gemelos ya tienen tres años.

—Ya lo sé.

¡La buena de Pelagie podía ser tan pesada! Cuando Sylvain compró la casa en la ciudad para los inviernos, Miriam se alegró, pero a veces se sentía agobiada por la charla insustancial y la compañía amable y persistente de Pelagie.

—Tengo jaqueca —dijo Miriam con brusquedad—. Voy al cuarto de invitados amarillo a descansar un rato.

En lugar de echarse en la cama, Miriam se miró al espejo. Aquel día había vuelto a llorar. Ahora tenía dos rosetones en los pómulos y los párpados un poco irritados, a pesar del hielo que le había traído Fanny. En la manga le había quedado un poco de serrín del hielo. No podía recordar por qué había llorado.

Cuando Eugene estaba de mal humor, no hacía nada por disimularlo, y le hablaba despectivamente.

—Anoche la sopa no se podía comer. ¿Es que no puedes vigilar a los criados un poco mejor?

Ella procuraba que sus palabras no la hirieran.

—¡Habla claro! Cuando refunfuñas no te entiendo. Y menos con ese acento alemán.

Miriam trataba de mantenerse impasible, como si aquellos ataques no la alcanzaran. Desgraciadamente, no siempre podía reprimir el llanto, y las lágrimas se escapaban de sus ojos aun cuando ella conservaba la cara serena.

—¡Oh, Dios, otra vez llorando! —decía él entonces—. Lágrimas, lágrimas…, el arma de las mujeres.

¡Si por lo menos no tuviera que dormir en la misma habitación que él! ¡Si en aquella casa tan grande hubiera un lugar en el que una mujer pudiera estar sola! Únicamente por la mañana, cuando Eugene se iba, podía gozar de un rato de soledad, y fingía dormir, para que ni la misma Fanny entrara a molestarla hasta que ella llamaba. Y se quedaba mirando cómo la luz rosa avanzaba por el suelo, pensando en todo y en nada.

Ahora su marido llamó a la puerta. Traía mal humor. Había tenido que buscarla.

Vamos, ¿qué haces aquí? Tu padre pregunta por ti. A ver, date la vuelta. Sí; el vestido está bien. Por una vez, has encontrado un color que te anima la cara. ¿No podrías sonreír un poco? Ha venido gente importante. Lo más selecto de la ciudad.

—Ahora mismo voy —dijo ella suavemente.

Su voz sonó en sus oídos como un suspiro. Pero así sonaban las voces de las esposas. Hasta Pelagie, a pesar de lo enamorada que estaba de su Sylvain, hablaba a su marido en tono sumiso. Y Miriam bajó la escalera detrás de la alta figura de Eugene, enfundada en su levita de excelente paño.

El vestíbulo se estaba llenando de gente, como si todo el mundo llegara al mismo tiempo. Era como mirar un caleidoscopio, en el que se puede hacer que un botón, un alfiler o un trozo de tela gire en un remolino de formas y colores. Al otro lado del vestíbulo, una docena de velas, con incandescencia de rubí, convertían el salón rojo en un enorme joyero. El cuarteto de cuerda elegido por Ferdinand se había agrupado en torno al piano para interpretar los viejos aires populares franceses predilectos de la casa.

Ferdinand dio un beso a su hija.

—Ven, aquí está el prometido de Marie Claire. Te presento a André Perrin. Mi hija, Mrs. Mendes. A su marido ya le conoce.

—Desde luego —dijo Perrin inclinándose—. Un hombre brillante, Mrs. Mendes.

Ella vio una mata de pelo rubio y una cara joven y expresiva, marcada por las líneas de la risa.

Emma se acercó presurosa, procedente del comedor, donde había estado inspeccionando las mesas.

—¡André! ¿Dónde está su prometida? Llevo mucho rato buscándola. Ah, aquí está. Marie Claire, guapa, ¿qué tal? Estás preciosa.

Como si, minutos antes, no le hubiera arreglado el vestido ella misma.

Marie Claire dibujó su sonrisa serena. No había cambiado. Sus prietos rizos seguían siendo color arena clara. El vestido que llevaba tenía el mismo tono que el pelo y no la favorecía nada. «¡Qué poco agraciada! —pensó Miriam con súbita compasión—. ¡Con lo guapo que es él!».

Alguien se llevó a la joven pareja, y la concurrencia empezó a formar grupos. Las señoras mayores, casadas o viudas, se situaron junto a los *buffets*. ¿Por qué los viejos siempre parecían tener hambre? Miriam observaba la escena sintiéndose ajena a todo. «Cuando yo era joven —pensaba—, cuando era joven, hace cuatro años, solía estar dentro de la acción; ahora todo lo veo desde fuera. Ahí viene Sylvain, muy galante, dando el brazo a Eulalie. Y Felicité, la mayor de Pelagie, con su peinado de niña y ya con pechitos. Eugene ha desaparecido. Habrá ido en busca de los más importantes de los importantes invitados que han venido esta noche».

Miriam estaba sola entre la multitud. Se le ocurrió ir en busca de David. Se veían muy poco. Los médicos están siempre muy ocupados. Ella lo comprendía, pero ansiaba poder hablar con su hermano largamente y en privado. Tal vez entonces pudiera decirle lo que sentía, lo que no podía contar a nadie más. A veces Miriam se ponía a fantasear y se veía a sí misma y a David escapando con los niños, escapando hacia el Norte, hacia la libertad, dejando atrás cargas y obligaciones… Realmente, fantasías…

Lo encontró en la pequeña biblioteca, sentado ante una botella de vino con Gabriel y con Rosa, que parecía estar muy a gusto en aquel ambiente masculino, con humo de cigarros.

—Ven, siéntate —dijo David—. Tenemos una amistosa discusión acerca del futuro del judaísmo.

—Yo mantengo que muchos de los preceptos nimios y supersticiones de los ortodoxos no forman parte de la doctrina original —dijo Gabriel—. Que durante tres mil años, hemos vivido más tiempo fuera de los *ghettos* que dentro.

—Sí —repuso David—; pero mientras vivimos en *ghettos* respetando lo que tú llamas supersticiones y preceptos nimios, mantuvimos nuestros más altos principios morales. El mundo exterior sufría crueles guerras, pero dentro de la ortodoxia del *ghetto* había paz.

—Tú lo miras con romanticismo, David. Ahora vivimos tiempos diferentes. Yo prefiero recordar a los judíos sabios y libres de España que a los judíos prisioneros del *ghetto* polaco, con todas sus virtudes y su piedad.

—Si hubieras asistido a nuestras funciones religiosas de Charleston, David —dijo Rosa—, tal vez…

—Me han hablado de ellas. Lo que vosotros habéis hecho es, simplemente, suprimir la estructura que durante siglos ha mantenido unida a la familia y al pueblo. Eso es lo que habéis hecho.

—De ninguna manera —empezó Gabriel, pero le interrumpió Ferdinand, que se paró junto a la mesa, con una copa en la mano.

—¿Cómo? ¿Qué conversación es esta? La gente joven, a bailar. Estáis demasiado serios.

—Oh, estoy seguro de que, en este momento, muchos hablan de la Bolsa. ¿Y no es serio eso, papá? O de las carreras de caballos de la Metairie. Allí se puede perder una fortuna, y perder dinero es asunto muy serio.

—Y al póquer, y al faro. Sí, sí, tienes razón —respondió Ferdinand escuchando solo a medias. Y se alejó hacia otro grupo, cumpliendo con sus deberes de anfitrión.

Un momento después, entró Eugene en la habitación. Por su andar decidido, era evidente que buscaba a alguien. Al verlos, se detuvo.

—Busco al juez Ballantine, pero aún no habrá llegado. Estáis muy tranquilos aquí.

—Así es. Siéntese con nosotros, por favor —dijo Gabriel.

¿Realmente puede serle simpático Eugene?, se preguntó Miriam mientras su marido se sentaba. Y de pronto recordó su frase. *No aparta los ojos de ti*. De buena gana se hubiera levantado, pero estaba prisionera entre su marido y Gabriel Carvalho.

Este reanudó ahora la discusión.

—La resistencia al cambio es comprensible, desde luego. Cuando Moses Mendelssohn tradujo la Torá al alemán, ¡cómo le atacaron los ortodoxos! Habían olvidado que dieciséis siglos antes los sabios la habían traducido al árabe y al griego. No, David, una cierta reforma mantendrá en el judaismo a muchos que de otro modo se apartarían de él. ¿Una reforma como la que se ha hecho aquí en Nueva Orleans? ¿Y qué es lo que tenéis aquí? Tiendas que abren en sábado, sinagogas vacías en sus tres cuartas partes…

—Pero es que aquí aún no nos hemos modernizado. ¡De eso me quejo! Lo que hay aquí no es más que un puñado de ortodoxos que se decantan ligeramente hacia el cambio. Y los demás no hacen nada.

—Como mi padre —dijo David.

—No seas duro con tu padre —dijo Gabriel con suavidad—. Aquí tu padre no tiene opción, es lo que te decía. Él no acepta las viejas formas. A los hombres como él las viejas formas les recuerdan Europa. ¿Qué es lo que recuerdan? Sufrimientos y brutalidad. Humillaciones y…

—Tú eres más tolerante que yo —le atajó David.

«Ojalá David no interrumpiera con esa brusquedad», pensó Miriam. Ella, olvidando la turbación que le producía Gabriel, deseaba oír lo que este iba a decir.

—Tú eres más tolerante que yo sobre el mundo que te rodea —repitió David.

Algo impulsó a Miriam a intervenir, hablando con osadía y timidez al mismo tiempo. Se dirigía a Gabriel, aunque sin mirarle:

—Las cosas no parecen haber cambiado mucho desde que escribía Flavio Josefo. Hace casi dos mil años, los problemas eran los mismos.

—Mi esposa es dada a la lectura —dijo Eugene.

Estaba enfadado porque ella había hablado. El siempre se abstenía de opinar en cuestiones polémicas. Uno nunca sabía si ofendía a alguien cuya

ayuda podía necesitar un día.

—Ahí viene mi hijo —dijo él entonces.

Niños y niñeras cruzaban el vestíbulo. El pequeño Eugene corrió hacia su padre, que se lo sentó en las rodillas.

—¿Qué tienes en el brazo?

—Me picó una abeja y Blaise me lo curó con barro.

—¿Una abeja? ¿En esta época del año? ¿Ha sido ahora?

—Fue ayer —dijo Miriam.

—¡No me lo dijiste!

—No parecía importante.

—Bien, por esta vez, pase. Pero quiero enterarme de estas cosas. —Y, como para convencerse de la integridad de su hijo, Eugene le miraba la cara, el cuello y las gruesas rodillas.

La conversación quedó interrumpida, como si todos tuvieran que dedicar su atención al pequeño Eugene. Y estaba muy guapo, con el traje escocés que su padre había mandado traer de Escocia.

—Pronto irás al colegio —dijo haciendo saltar al hijo sobre sus rodillas.

—¿Piensa enviarlo a Francia? —preguntó Rosa.

—Todavía no. Cuando sea un poco mayor.

«No —pensó Miriam, frenética—; no vas a hacerme eso». Y, aunque conocía la respuesta, preguntó:

—¿Y a Angelique? ¿También piensas mandarla a Francia?

—Si tú quieres —dijo Eugene encogiéndose de hombros—. No es indispensable.

Aunque hacía mucho tiempo que no le hablaba de modo tan directo, ahora, al verle con el niño en brazos, como si él solo fuera responsable del pequeño Eugene, ella dijo:

—Oh, ya sé que no se considera necesario que una mujer estudie —dijo hablando en voz baja y con rapidez—. La educación solo sirve para hacerla descontentadiza y poco apta para gobernar una casa.

Eugene puso al niño en el suelo, que se alejó corriendo. Luego, volviéndose hacia David, preguntó:

—¿Es de ti de quien mi mujer saca sus extrañas ideas?

—Nada de eso. Miriam tiene ideas propias.

—Estas discusiones no conducen a nada. —Eugene se puso en pie. Su voz tenía acento burlón como diciendo: ¿Qué pueden importar las ideas, al fin y al cabo? Todos sabemos que nada.

—Pues fuera discusiones —dijo David.

El grupo se dispersó y Miriam se encontró atascada con Gabriel detrás del grupo de gente.

—Como puedes observar, tu hermano y yo tenemos nuestras divergencias. Yo opino que dan aliciente a nuestra amistad.

—Vuestras diferencias son muy pequeñas. No alcanzan a cuestiones de principio. Y eso es lo que importa, ¿no?

—Atención, van a hacer un brindis —dijo alguien, y Miriam, impulsada por el movimiento general, avanzó hacia el comedor.

—Así que lees a Flavio Josefo —dijo Gabriel, manteniéndose a su lado.

—A pesar del desagrado de mi esposo.

El no hizo ningún comentario. Cambiando de tema, preguntó:

—¿Cómo está el perro?

—Oh, creciendo. Fuiste tan amable… No sé si te di las gracias lo suficiente.

—Me las diste.

El le llevó el perro, con su cesta y su manta, un domingo por la tarde. El animalito parecía hacerle un guiño de picardía porque el lazo rojo que Rosa le había puesto en la cabeza se le había ladeado. Miriam estaba encantada.

—¡*Gretel Segunda*! ¡Pero si es casi igual! Muchas gracias, Gabriel. Es una sorpresa maravillosa.

—Muy atento —dijo Eugene—. Ni un cesto de brillantes le hubiera gustado tanto.

Y Gabriel, de pie, en el porche, la miraba sin decir nada, tan intensamente como ahora. Ella, confusa, fingió que arreglaba el cierre de la pulsera, que no necesitaba arreglo.

Con tono grave, como si tratara de desviar su atención de la pulsera, él dijo:

—Pensaba regalarte una segunda *Gretel* desde el invierno pasado, pero me llevó muchos meses conseguirla.

No aparta los ojos de ti, había dicho Eugene.

En el comedor, un caballero calvo con una copa en alto, pedía bendiciones para la joven pareja, los amigos, la casa, y demás.

Ferdinand dijo al oído de Miriam en tono jovial:

—¿Ves qué espíritu más fraternal el nuestro? Todos para uno y uno para todos. —No estaba acostumbrado a beber y ya había tomado dos copas de champaña.

—Esta fiesta debe de costar una fortuna —observó alguien al otro lado de Miriam. Ella reconoció la voz de Sylvain al que ocultaba un invitado de

anchos hombros—. Corre el rumor de que Raphael no anda muy sobrado de capital. Desde luego, puede que no sea más que un rumor. Yo me alegraría por mi suegra.— Cuando se apartaron los anchos hombros, vio a Miriam—. Ah, Miriam, ven, te presentaré al novio. Tienes que conocer a André. Todo el mundo le admira.

—Ya le conozco —dijo ella, pero Sylvain ya se la llevaba hacia un grupo reunido alrededor de otra pequeña mesa, sobre la que había puesto un solo plato. Allí estaba el viejo Lambert Labouisse, como en un trono. Bajo su corona de pelo inmaculadamente blanco su expresión era de majestuosa severidad. Al parecer, el grupo hablaba de política.

—Mi hijo Alexandre, que ahora tiene cinco años —dijo Sylvain metiendo baza inmediatamente—, tendrá que ir a la guerra.

—Ojalá no sea así —dijo Gabriel gravemente.

—En el Congreso ya están despotricando acerca del «pecado de la esclavitud» —prosiguió Sylvain—. John Slidell, un buen amigo mío que acaba de volver de Washington, me ha advertido del ambiente que se respira en el Senado.

—¿No os parece revelador que algunos de nuestros más brillantes defensores en el Senado no hayan nacido en el Sur? —preguntó el viejo Labouisse—. Slidell es de Nueva York y Soulé, desde luego, de Francia. Es extraordinario —murmuró, y los circunstantes inclinaron la cabeza respetuosamente, como si el anciano hubiera dicho algo realmente profundo —. Soulé vendrá esta noche, según me han dicho. Aún no lo he visto. En mi opinión, los rumores de guerra son exagerados. Nuestra civilización no puede ser minada por un puñado de fanáticos —terminó despectivamente.

Miriam oyó una voz que murmuraba a su espalda y al volverse, advirtió con sorpresa que era la de André Perrin.

—Perdone, ¿quiere bailar, o prefiere seguir escuchando?

—Me gustaría bailar —dijo ella poniéndose en pie.

Porque empezaba a pesarle la conversación. Era importante, pero ya le cansaba. Con cierto sentimiento de culpabilidad, comprendió que ello se debía a que estaba demasiado ensimismada.

—¡Qué charla tan seria para una noche como esta! —dijo André Perrin, como si le hubiera leído el pensamiento.

En el patio, las parejas evolucionaban en círculos concéntricos. Ellos se incorporaron al exterior, captando el ritmo al unísono.

—Yo acabo de llegar de la guerra de México —dijo él—. No quiero oír hablar de guerras. La gente piensa que todo son desfiles y banderas. Pero

usted lo pasó bien en el desfile triunfal del viejo Houston, ¿no? Tenía una estampa muy espectacular, montado en *Old Whitey*.

—Oh, sí, fue espléndido.

—A su hijo le entusiasmó. Usted se preguntará cómo sé que estaba allí. Porque los vi. La niña también. Son gemelos, ¿verdad?

—Sí, pero dice que en la Place d'Armes había cuarenta mil personas. ¿Cómo pudo vernos?

Perrin parecía disfrutar con su perplejidad.

—Cuando formamos delante de la catedral, vi a Pelagie en primera fila. Usted estaba a su lado. Llevaba un sombrerito de terciopelo gris con una pluma blanca. El niño quería soltarse de su mano para ir con los soldados y usted tuvo que retenerlo a la fuerza.

—¡Increíble! ¡Qué memoria!

—En realidad, no tengo muy buena memoria. Pero me acordaba de usted.

No era mucho más alto que ella, y Miriam podía mirarle a la cara casi sin levantar los ojos. Tenía la piel atezada por el viento y el sol. Estaban tan cerca que Miriam distinguía la raíz rubia de sus pestañas.

—¿Le parezco demasiado atrevido, Mrs. Mendes? No era esa mi intención.

—Nada de eso —murmuró ella. Después de un silencio violento, ella comentó sin saber qué decir—: Fue emocionante el desfile.

—Toda la guerra lo fue. Desde Matamoros, donde desembarcamos, hasta Monterrey.

—¡Pero cuántos sufrimientos! El calor, las moscas… Nosotros leíamos todos los partes en el *Picayune*. Querrá usted olvidarlo todo.

—Mi madre no me lo permitirá —dijo él echándose a reír—. Le ha puesto «Palo Alto» a nuestra plantación, porque en aquella batalla recibí mi herida más grave. A ella le gusta imaginar que fui un héroe, y no es así.

A Miriam le gustaba la manera de reírse de sí mismo, le gustaba la gracia fácil del baile y le gustaba lo que sentía en aquel momento. Giraban y se balanceaban dibujando un arabesco alrededor del patio. Al pasar por debajo de los farolillos, la luz se reflejaba en las facciones de André. Tenía la boca bien dibujada, y, hasta cuando no sonreía, la curva de sus labios resultaba afable «Alegre como el sol», pensaba ella.

—¿Van a vivir en «Palo Alto»? —preguntó Miriam y entonces recordó que Pelagie había dicho que se irían al extranjero.

—No; pasaremos una temporada en Francia. Pero pensamos construir una casa en la ciudad para cuando regresemos. En el Garden District, con los

americanos.

—Ah, ¿desertan del Vieux Carré?

—Bueno, ya andábamos muy mezclados. La vieja rivalidad está muriendo, si no ha muerto ya. Fíjese en los que estamos aquí esta noche: todos hablamos las dos lenguas. Incluso los mismos criollos se instalan por toda la ciudad. Es una ciudad maravillosa, por cierto. Me encantará trabajar aquí.

—¿Usted es procurador?

—Notario. Desde luego, hay una cierta confusión entre el código napoleónico y las leyes inglesas. Pero eso ya lo sabrá usted. O, si no, es que no le interesa, y no se lo reprocho.

—¡Pero si me interesa mucho! —dijo ella con vivacidad abriendo mucho los ojos, mientras pensaba: «Esto es un coqueteo descarado».

A las notas cadenciosas del vals, Marie Claire pasó junto a ellos. La llevaba en volandas el cónsul francés.

—¡Qué contenta debe de estar! —exclamó Miriam.

—¿Quién?

—Su Marie Claire. ¿Quién si no?

—¿Porque baila con el francés? Oh, ella adora todo lo francés.

—Así que vivirán ustedes en Francia.

—Solo durante un año o dos. Pero antes nos quedaremos aquí una temporada. Viviremos en el «St. Charles Hotel».

El «St. Charles Hotel». Una *suite* con tribuna. Rosas color marfil, grandes como coles. Una cama. Sábanas blancas y colcha de seda azul. Una cama. Con este hombre.

Sentía su mano derecha entre las paletillas, sin oprimir, pero bien asentada, y aunque la mano estaba enfundada en un guante de piel, le comunicaba su calor a la cintura. Ella no estaba acostumbrada a un contacto tan natural y familiar. Entonces pensó que a ella nadie la había tocado nunca con ternura…, ni cuando era niña. No tenía a nadie que pudiera hacerlo.

Y ahora solo sentía aquella mano en su espalda oscilando unos cuantos centímetros a derecha e izquierda. Toda la sangre de su cuerpo parecía acudir al lugar en el que se apoyaba la mano. Ella deseaba que la atrajera hacia sí, que borrara la distancia que había entre los dos y al mismo tiempo, estaba horrorizada por el pensamiento. ¡Un perfecto desconocido! Era una locura.

¡Qué sorpresas habría si se pudiera leer en la frente de las personas! Sería como andar desnuda por la calle, como en esos sueños en los que uno busca afanosamente un lugar en el que esconderse y algo para cubrirse.

Mientras, los pies de Miriam seguían la música.

El le decía algo. Se había apartado un poco para verla mejor. Ella creía haber entendido la pregunta, pero no estaba segura, y él tuvo que repetirla:

—¿Por qué es tan desdichada?

Al momento acudieron las lágrimas candentes. Le temblaban los labios. El había leído en su frente.

—No me mire, por favor —dijo ella—. No me mire, o me echaré a llorar delante de todos. Se lo suplico.

El estaba consternado.

—Perdón. Oh, Dios mío, no sé por qué habré dicho eso. Perdóneme.

La cadencia de la música fue decreciendo y Perrin terminó el vals dentro de la casa. Por un espejo, ella vio que él había vuelto la cara. Así pues, él comprendía que con la mirada se estimula el llanto. La acompañó hasta donde estaba Eugene, le dio las gracias y se alejó rápidamente.

«Me he puesto en ridículo», pensó ella.

—Ah, has bailado con Perrin. Bien. Quiero que cultives su trato —dijo Eugene—. Invítalos a menudo. Van a vivir varios meses en un hotel y se alegrarán de venir. Al fin y al cabo, Marie Claire es amiga tuya.

—Nunca fuimos íntimas. Casi no la conozco.

—¿Y eso qué importa? Quiero mantenerme en contacto. Él está muy bien relacionado con gente de aquí y de Europa.

Sin saber por qué, ella estaba asustada. Se daba cuenta de que estaba perdiendo el control. Se sentía a merced de los acontecimientos, y no quería volver a ver a André Perrin.

Hacia medianoche terminó la fiesta. Los cocheros y lacayos que jugaban a los dados a la luz de los faroles, se subieron a los pescantes y los carruajes partieron, dejando la calle silenciosa bajo un cielo nuboso.

—Vamos andando —propuso David.

Gabriel se acomodó a su paso. Las hojas de sicomoro crujían bajo sus pies. La pequeña escaramuza que tuvieron al principio de la velada había interpuesto entre ellos un silencio. Cuando pasaron frente a la catedral, que pronto sería reconstruida, Gabriel dijo:

—A fin de cuentas, David, esas pequeñas diferencias que hay entre nosotros representan muy poco. Lo que importa son los principios de la fe. —Y entonces Gabriel recordó que, pocas horas antes, Miriam había dicho casi las mismas palabras.

—¡Principios! Vosotros habláis de cambiar nuestra forma de culto, pero no cambiáis la sociedad en la que vivimos. Mucha piedad y los dirigentes de nuestra comunidad judía, tan honrados y respetados, poseen esclavos.

—Yo no poseo esclavos —protestó Gabriel.

—Pero tu hermana sí, y tú vives en su casa. Y te callas.

—Eso es lo que deberías hacer tú: callar —dijo fríamente Gabriel—. Y desde ahora mismo.

Como subrayando el consejo, el aullido de un gato rasgó el silencio de la noche.

—Tienes razón. Perdona —dijo David rápidamente—. No sé por qué, siempre tengo que salir a hablar de lo único que nos divide.

Miró a su amigo, cuyo perfil aguileño destacaba a la luz de los faroles, grave como la efigie de una moneda antigua—. La verdad es, Gabriel, que estoy irritable y preocupado. Todo me deprime. Mi hermana me preocupa terriblemente. Es muy desgraciada. Esta noche te habrás dado cuenta.

—Cierto.

—La casaron cuando era poco más que una niña —suspiró David—, antes de que supiera lo que es la vida. Dime —añadió, asiendo a Gabriel por el codo—, ya sé que no debo preguntar, pero no pregunto nada sobre tu cliente que no tenga derecho a saber. ¿Existe en la vida de mi cuñado algo que yo deba saber?

Gabriel reflexionó. Lo único que podía decir de Eugene Mendes era que le parecía un hombre de negocios sagaz y activo, que pagaba sus cuentas y obraba con rectitud. Se limitó a decir:

—Mendes nunca haría nada que comprometiera su posición en la comunidad. El se atiene a las reglas. Mantendrá su casa y a su familia. La verdad es que no sé de él mucho más que tú.

Volvió a ver ante sí los ojos oscuros y profundos de Miriam, apasionados y tristes, ojos de Rebeca y de Raquel, ojos de tiempos bíblicos.

—¿Nunca te has parado a pensar que también existe una especie de esclavitud para las mujeres? Debe de ser muy duro ser mujer.

—Sí; lo he pensado más de una vez —dijo Gabriel.

Siguieron juntos hasta casa de David. Allí se despidieron y Gabriel continuó solo.

Se levantó la niebla revelando un cielo vasto, misterioso y grisáceo. Sobre la ciudad llana y silenciosa se recortaba la oscura cúpula del Hospital de la Caridad. Gabriel caminaba despacio, sin prisa por llegar a casa. Al darle la vuelta a la llave en la cerradura, descubrió que su hermana aún no había

llegado. Siempre la última en despedirse. Se habría quedado remoloneando. Rosa tenía necesidad de íntima camaradería, una necesidad que él no sentía. Se preguntaba si ella sabría algo del matrimonio de Miriam Mendes, probablemente no. Y nuevamente volvió a ver ante sí aquellos ojos ardientes.

«Basta ya», se dijo a sí mismo. Se quedó unos momentos en el vestíbulo, con la mirada extraviada, luego sacudió la cabeza, como tratando de librarse de un gran peso, y subió la escalera.

10

La noche es sofocante y Miriam no duerme. Como siempre, está en el mismo borde de la enorme cama. El hueco que hay entre ella y su marido le parece simbólico: viven totalmente apartados uno de otro. Por eso él no ha reparado en lo que le ocurre desde hace meses: puesto que su conducta y su aspecto son «correctos», no ha mirado más allá. Pero ella piensa que debe de tener algo malo, que la ha atacado una enfermedad que le envenena el espíritu.

Está obsesionada por André Perrin. Él habita constantemente un rincón de su memoria; a todas horas le parece oír su voz, con aquel timbre peculiar, un poco nasal, repitiéndole al oído hasta las frases más triviales que le haya dicho. Y tener ante los ojos el vello rubio de sus muñecas asomando por un puño un poco ancho. Y sentir en la espalda el calor de su mano enguantada.

Le lee un cuento a Angelique. Dos sedosos y gruesos tirabuzones cuelgan a cada lado de la cara de la niña; la madre los retuerce entre los dedos y piensa: «¡Qué guapa es!». Y en el mismo momento está pensando en André Perrin. En el mercado, palpa melones, cantalupos grises con vetas verdes. Si en el extremo cede a la presión del dedo es que la pulpa está jugosa y sonrosada. Y en el mismo momento está pensando en André Perrin.

Cuenta las veces que se han visto: Eugene le ha traído a almorzar cinco veces; ha habido dieciocho fiestas, aquí y en otras casas; ocho veces se han visto en el teatro. Y cuatro en la calle mientras él paseaba con Marie Claire.

¿No es una vergüenza esta obsesión? No tiene ningún derecho a pensar en él. André pertenece a Marie Claire. Por la noche se acuestan juntos. Él y la distante y fría Marie Claire. Juntos, y sus manos pueden acariciarla. Y sus labios y sus brazos pueden ir adonde quieran.

Así estará Eugene con su amante. Ahora respira profundamente en la oscuridad. Sus anchos hombros se agitan de modo espasmódico durante el sueño.

¿Qué ocurriría si Eugene muriera? ¿Y si muriera Marie Claire? ¿Qué pasaría entonces? Miriam aparta la sábana. El calor y los malos pensamientos la asfixian.

¿Por qué es tan desdichada?, me preguntó. Yo podía haberle dicho: Porque mi marido no es como usted.

¿Qué sabe usted de mí?, me habría preguntado él.

Y yo le habría respondido: ¿Por qué unas cuantas notas musicales pueden inundarte de pena? ¿Por qué una lluvia mansa puede alegrar tu corazón? Son cosas que ocurren porque sí.

No quiere volver a estar a solas con él. ¿Y si su pensamiento llegara a asomarle a los labios contra su voluntad? La idea la horroriza. Un día ocurrirá. Ella extenderá la mano y le tocará el brazo de un modo elocuente, o su voz, al hacer cualquier comentario trivial, la delatará.

En el comedor, ella le sienta lejos, al otro extremo de la mesa. Pero cuando sabe que han de verse, perversamente, se arregla con mayor esmero. Hacía años que había olvidado lo que era la vanidad. Probablemente, la última vez que se miró al espejo con complacencia fue la noche de su presentación en sociedad, cuando, antes de ir a la Ópera, Emma, le enseñó a manejar el abanico. Y ahora, la semana anterior, al probarse un sombrero de paja blanca cargado de lilas, pensó que ojalá André la viera con él.

Alguna vez le ha sorprendido mirándola. Sabe que él tiene que acordarse de sus lágrimas. Seguramente, se preguntará por qué lloraba, o quizá solo piense que es una boba, una estúpida que debería tener más seso.

Al fin y al cabo, tu marido no te pega, podría decirle él y cualquiera.

Tus hijos tienen un buen techo que les cobija.

¿Cuántas mujeres no se cambiarían por ti?

La primera luz se filtra por las persianas, pone rayas en el suelo, sobre el cesto en el que aún duerme el perro de Gabriel Carvalho, sobre el mármol del tocador, donde están en un montón las perlas de la noche anterior y, por fin, le da en la cara con el brillo inclemente de un nuevo día.

11

El barco fluvial remontaba la corriente y David, apoyado en la borda, cavilaba. Era más que nunca su hermana quien turbaba sus pensamientos.

¡Las paradojas de la vida! ¡Ahora que él había vuelto al Sur, después de tanto tiempo, era ella la que quería irse al Norte!

Ella le había hablado de aquella quimera hacía un par de meses; porque no era más que eso, una quimera, pensaba él ahora con tristeza. Aquella tibia noche de invierno, ella le contó tantas cosas, que él aún estaba abrumado por sus revelaciones.

Él regresaba a casa, después de hacer una visita nocturna, y al pasar por delante de la casa de los Mendes, vio a Miriam sentada junto a la ventana de la biblioteca, la única iluminada de todo el edificio. El se detuvo y subió la escalera.

—¿Qué haces levantada a estas horas? ¿Y sola? —le preguntó.

—No podía dormir. Por eso volví a bajar. —Ella le hurtaba la cara deliberadamente; no quería que él la viera y hacía que el pelo se la tapara. Pero se retorcía las manos en el regazo.

—¿Qué te pasa? —preguntó él—. ¿Qué es lo que te quita el sueño?

—Nada, no es nada, estoy bien.

—Si una persona no puede dormir es siempre por alguna causa.

—Ya salió el médico —murmuró ella, aún sin mirarle.

—Sí; pero, además, soy tu hermano.

Ella se estremeció, esforzándose por no llorar.

David vacilaba. Quizás habían tenido una simple pelea, un mal día y nada más. A veces las mujeres eran hipersensibles. Lo que esta noche parecía una tragedia podía olvidarse fácilmente a la luz del día y a la luz de una sonrisa. Sería preferible que él se ocupara de sus propios asuntos. Pero algo le hizo insistir.

—Anda, dime qué te pasa, Miriam. ¿Cómo quieres que me vaya a casa a dormir mientras me martillean en el cerebro toda clase de conjeturas sobre ti?

Ella guardó silencio un minuto o dos. Crujió un postigo empujado por el viento. *Gretel*, dormida en la alfombra, se quejó en sueños. El silencio era agobiante. De pronto, Miriam lo rompió. Se levantó bruscamente del sillón, giró sobre sí misma y abrió los brazos.

—Quiero…, quiero… —Respiraba entrecortadamente—. Quiero irme de aquí. ¡Odio esto! No hay libertad ni para los negros ni para nadie. Te trazan una línea —señaló con el pie una línea imaginaria— y de aquí no puedes pasar. Tú tienes una posición, tú eres la señora de Tal y debes observar las reglas. Regla número uno: pon buena cara, no dejes que nadie sepa la verdad de tu vida…

Le temblaban los labios.

David estaba asustado. Se levantó y le oprimió las manos.

—¿Qué dices? ¿Tan grave es?

—Oh, sí. Tú no puedes imaginar cómo deseo… Sueño con ello noche y día… Coger a los niños y marcharnos tú y yo, irnos al Norte, a otro mundo.

—Miriam, el Norte no es el paraíso. Allí no hay esclavitud, pero hay otros males. También hay gente que sufre. Eso, en todas partes…

Ella se desasió y se tapó los ojos con las manos, tambaleándose ligeramente.

Luego, con la misma brusquedad con que se levantara de la silla, se acercó a David y apoyó la cabeza en su hombro.

—¡He sufrido tanto! No tienes idea…

—No tengo idea, si tú no me lo cuentas.

—¿Por qué me casé con Eugene? ¿Por qué? —susurró—. ¡Fue una equivocación trágica! También para él. No hay nada…, nada, *nada*, ¿comprendes? No tenemos nada en común. ¡En absoluto! No es culpa de nadie. Pero es así. ¿Comprendes? —repitió.

El creía comprender, pero por delicadeza —al fin y al cabo era su hermana—, prefirió no darse por enterado. Solo preguntó con abatimiento:

—¿No habría forma de remediarlo? ¿No se puede hacer nada?

Miriam movió la cabeza.

—Quizá si alguien os hablara… a los dos… para tratar de averiguar… —¿Averiguar el qué? ¿Que no se querían? En realidad, él no esperaba respuesta, ni la obtuvo.

Y, tratando de disimular la angustia que sentía, David dijo:

—No sé qué puedes hacer, pero sé muy bien lo que no debes hacer. Miriam, bonita, destierra la idea de escapar o se convertirá en una obsesión perniciosa que te hará sufrir aún más.

—Yo había pensado que, si papá quisiera darme dinero… —apuntó ella.

—Papá nunca te daría dinero para que dejaras a tu marido —la interrumpió David secamente—. Eso lo sabes perfectamente. ¿Y cómo ibais a vivir en el Norte, una mujer sola, sin amigos y unos niños sin padre? No, Miriam, tienes que ser práctica.

David se oía a sí mismo repetir unos tópicos que él despreciaba, pero que sabía vigentes. Sostenía las manos de su hermana mientras le daba consejos, comprendiendo que era más caritativo disuadirla y aplacarla, que fomentar su desesperada rebelión.

—Lee, cultívate, haz obras de caridad, cuida de los niños. La actividad lo es todo…

Y, mientras la aconsejaba, se preguntaba si podía haber una causa más profunda para la desesperación de su hermana. ¿Acaso otro hombre?

Ahora, al recordar aquella noche, David suspiró. Estaba cansado, pero no era un cansancio físico; eran los nervios, que vibraban como el alambre de una cerca en un vendaval. No podía ayudar a Miriam. Por otra parte, él tenía una doble vida, con todos los riesgos a los que tenía que exponerse en sus actividades clandestinas.

Apoyado en la borda, dejaba que la brisa le refrescara las mejillas que le ardían. En aquellas riberas estaba escrita la historia del Sur. Aquí y allí sobre una colina, una mansión, majestuosa como un templo clásico, y abajo, en los campos, las partidas de peones con la azada en la mano. Entre las grandes fincas, las parcelas de los pequeños granjeros: un par de acres, una casa de troncos para la familia y dos o tres cabañas para los negros, y unos y otros trabajando juntos en la recolección del algodón. En esta época del año, los bosques estaban en flor: el rosal silvestre cuajado de estrellitas blancas, la piracanta color de rosa y la forsitia como oro fundido. En primer término, el camino discurría paralelo al río. En los senderos crecían matas de campanillas azules y el ganado rumiaba bajo los árboles al resguardo del sol del mediodía. Un paisajista inglés, un Constable, habría sacado buen partido de aquella idílica escena rural, y durante un momento David deseó poder verla únicamente con ojos de artista.

Pero no; él veía los chiquillos harapientos que se acercaban a curiosear dondequiera que el barco recalaba para desembarcar la carga que traía a la ciudad y contemplaban con ojos de admiración a los elegantes pasajeros del palacio flotante. Veía a los blancos pobres sentados en la cubierta inferior entre baúles míseros. Una mujer encinta, muy joven y sin un solo diente. Un niño cubierto de pústulas. De pronto, creyó estar otra vez en el *Mirabelle*.

Aquel viaje podía haber ocurrido en otra época, tan remoto parecía y tan distinto se veía él de aquel muchacho inocente e impulsivo. Pero distinto solo en el aspecto. Acarició su maletín de buena piel marrón. Distinto solo por fuera.

A su espalda, en el salón de baile, alguien tocaba al piano *El vals del claro de luna*, una música suave, dulce y cristalina. Qué delicia viajar por el río, cenar con los amigos bajo las lámparas de cristal o hacer grandes negocios entre un buen cigarro y una copa de *brandy*, viendo desfilar las verdes riberas. El vapor era una extensión de la cautivadora ciudad. Para el que pudiera gozar de ellos, los placeres de aquella ciudad eran soberanos: buena comida, buen vino, mujeres, dinero y música. La orquesta de la Opera Francesa era una de las mejores —si no la mejor, como decían algunos— de todo el país. La cocina era exquisita y las mujeres, rutilantes.

David fue evocando a las muchachas que conocía, media docena o más, y cada una, un tesoro, alegres, vivaces o deliciosamente formales; pensaba en seda perfumada y hombros blancos, y en llegar a casa y encontrar esperándote a una esposa joven… Pero en este tiempo y lugar él había elegido otro camino; estaba comprometido, entregado en cuerpo y alma.

Siguió haciendo balance. De su vida profesional podía estar satisfecho. Tenía un acreditado consultorio de obstetricia, gracias a haber sido uno de los primeros en utilizar cloroformo. Era un colaborador asiduo del *New Orleans Medical Journal* para el que había escrito artículos sobre la fiebre amarilla y problemas sanitarios. En pocos años, había adquirido prestigio, un prestigio que el asunto de aquel día podía hacerle perder para siempre.

—¿Va usted muy lejos? —preguntó una voz a su lado.

El que había hablado, un hombre de mediana edad y aspecto cortés, alzó el sombrero.

David correspondió al saludo.

—Desembarco en la próxima.

El desconocido le tendió la mano.

—Me llamo Cromwell, George Alexander Cromwell.

—Mucho gusto. Doctor David Raphael.

—¿Ejerce en Nueva Orleans? Creo que he oído hablar de usted. Yo vivo en Baton Rouge.

El hombre parecía dispuesto a entablar una amigable charla, por lo que David creyó necesario hacer alguna observación cortés.

—Es una forma muy agradable de viajar. Mucho mejor que exponerse a los salteadores de caminos —dijo David.

—Sí; los caminos están horribles. Pero, de todos modos, yo siempre he preferido el río. En el cuarenta y tres, cuando el *Duke of Orleans* estableció la marca, yo estaba a bordo. Seis días y once horas de Cincinnati a Nueva Orleans. Un gran barco.

—Ya lo creo.

—Siempre que pueda uno zafarse de los jugadores. Durante aquel viaje, el capitán desembarcó a tres. Es algo que tendrían que hacer más a menudo. Han causado la ruina de muchos hacendados.

David asintió. La semana anterior había oído decir a Eugene que Ferdinand había perdido una fuerte suma a las cartas cuando iba río arriba, a casa de los Labouisse. También le había dicho que la empresa de Raphael hacía aguas, lo que parecía increíble. David pensó en preguntar a Gabriel, pero no servía de nada. A Gabriel no se le podían sacar revelaciones de esta índole ni poniéndole cabeza abajo. Para él, el secreto profesional era sacrosanto.

Los sombríos pensamientos de David se interrumpieron al exclamar el desconocido.

—¡Ya lo tengo! Ahora sé dónde oí hablar de usted. ¿No es pariente de Sylvain Labouisse?

—Muy de refilón —sonrió David—. La esposa de mi padre es su madre política.

—Algo es algo. Gran familia los Labouisse. Han hecho historia en el Estado.

—Así lo creo yo también —dijo David con el interés que exigía la cortesía.

—Precisamente ahora vengo de una reunión en la ciudad, en la que ha hablado él. Contra la plaga abolicionista. Yo fui otro de los oradores. Presenté a Henry Hyams.

—¿Le conoce?

—Me lo presentaron.

—Un hombre con un gran futuro. Dicen que llegará a gobernador del Estado. Es judío. Usted también, si no me equivoco.

—En efecto.

—Yo admiro a las personas como Hyams o Sylvain Labouisse y a todo el que habla claro. Desprecio a los que se mantienen a la expectativa, mientras otros preparan la defensa de sus mujeres y sus hijos. Demasiada propaganda antiesclavista. Necesitamos vigilantes, como dijo otro excelente orador, Eugene Mendes. Usted debe de conocerle, porque es de Nueva Orleans.

—Tengo el honor de ser su cuñado.

George Alexander Cromwell le miró impresionado.

—Nos hacen falta más hombres como él. Yo opino que la gente no se da cuenta de la gravedad de la situación. Desde que California redactó su Constitución prohibiendo la esclavitud, los tipos como Garrison se han sentido envalentonados. ¡Si hasta las Iglesias se han contaminado! Yo soy baptista y hemos tenido que separarnos de nuestra congregación nacional.

David movió la cabeza con gesto de preocupación.

—Sí; hay que mantenerse alerta. —El hombre bajó la voz—. No sé lo que puede haber de cierto en ello, pero ayer hablaban de un inglés, un tal Dyson, que dirige una escuela para chicos de color libres en Nueva Orleans. Dicen que, además de las asignaturas habituales, les enseña otras muchas cosas.

—No querrá usted decir que…

—Sí, amigo mío, la subversión.

—¡Dyson! ¡Caramba! —exclamó David—. No sé, me cuesta creerlo. Claro que solo le conozco superficialmente, vive cerca de mi casa, pero yo diría que es un simple pedagogo. No parece un revolucionario. Esos rumores pueden hacer daño a personas inocentes, ¿no cree?

—Oh, desde luego. Pero, de todos modos, mejor estar sobre aviso. ¿Recuerda usted cuando aplastaron la insurrección de la parroquia de Rapides en el treinta y siete? Estaban muy bien organizados. Luego hubo otra, en Lafayette, en el cuarenta. Cuatro abolicionistas llegados del Norte iniciaron una revuelta. Los esclavos del padre de mi mujer estaban complicados, pero los pillamos a tiempo y los colgamos a todos. Oh, mejor estar alerta.

—Seguramente, tiene usted razón. Yo ando tan ocupado con mis pacientes que no tengo tiempo de nada.

—¿Visita usted a pacientes tan lejos?

Cromwell señaló el maletín con un movimiento de cabeza.

—Muy raramente. A veces combino una consulta con la visita a algún amigo. También conviene salir de la ciudad en busca de distracción. Bien, yo desembarco después del primer recodo.

Mr. Cromwell volvió a alzar el sombrero.

—Encantando de conocerle.

David hizo otro tanto.

—Lo mismo digo, señor.

Cuando bajó del barco, le temblaban las rodillas.

Desde el pequeño muelle un sendero polvoriento conducía a la carretera principal, atravesando el bosque. En la espesura cantaban los pájaros con gran

algarabía. Una cabra que pacía junto al sendero se metió entre los arbustos al acercarse David. Tres chiquillos salieron de una cabaña, le miraron y volvieron a entrar. David no vio a nadie más. Mientras avanzaba, procuraba tranquilizar los nervios y aparentar serenidad.

Debían reunirse en el «Hotel Bartlett», a poco menos de un kilómetro, carretera abajo. Era un establecimiento familiar, muy concurrido durante los fines de semana, en los que se programaban partidos de bolos, castillos de fuegos artificiales y ascensiones en globo. Por ello, habían decidido celebrar la reunión a mitad de semana. Por otra parte, era deseable que el lugar no estuviera del todo vacío, para que su grupo no llamara la atención. «Yo no sirvo para conspirador —pensaba David—. Me falta sangre fría».

Unos metros delante de él, un hombre salió de entre unos arbustos.

—Llega tarde —dijo Luden—. Empezaba a preocuparme.

—Hemos hecho una parada larga. Hubo que bajar un piano muy grande. ¿Ha llegado todo el mundo?

—Casi. Hay otros dos grupos, cumpleaños infantiles. He alquilado un reservado y encargado un pastel de cumpleaños.

A la puerta del hotel había media docena de carruajes. Un grupo de hombres entraba en el bar. Bien. Había animación, pero no demasiada.

—¿Has encargado un pastel de cumpleaños? ¿Quién celebra hoy su cumpleaños?

—¿Por qué no usted? —La cara larga y melancólica de Luden se cuarteó en una expresión de regocijo.

—Muy bien. Pero deberías cepillarte ese uniforme. No es propio del criado de un médico joven y brillante que celebra su cumpleaños.

—Lo siento. Ahora mismo voy. También tengo un caballo extra. Usted volverá por tierra después del anochecer. Más tarde varias personas irán a la ciudad a recoger las circulares. Uno vendrá a la consulta y las entregará a los demás en un lugar que yo he dispuesto.

David se detuvo.

—¿Quién vendrá? —preguntó secamente.

—Un amigo mío. Usted no le conoce.

—¿Negro?

—Naturalmente. —Lucien abrió las manos con las palmas hacia arriba—. ¿Cómo iba a ser amigo mío, si no?

—¡Pero tú estás loco! ¡Un negro en mi consulta, de noche! ¿Puede haber algo más comprometedor?

—Será un paciente. Un hombre de color libre. Tiene perfecto derecho a ir al médico. Tendrá una lesión en un brazo. O quizá, mejor, en un ojo.

—Entonces de acuerdo.

Cuando entraron en el vestíbulo, David levantó la voz:

—Lucien, atiende a mis invitados. Pregunta qué quieren beber, tendrán sed. Y date prisa.

—Sí, señor. Ahora mismo, señor.

En el reservado, esperaba un pequeño grupo. Salvo dos forasteros llegados de Massachusetts, todo eran caras conocidas: James MacKenzie, un impresor que, a pesar de llevar quince años en América, aún conservaba el acento gutural de su Escocia natal. Randolph Blair, sedicioso y elegante hijo de un hacendado de Virginia. Ludwig Schiff, pequeño y nervioso, miembro de una familia de judíos alemanes de Memphis. En un rincón había un individuo gris, de aspecto modesto, la clase de persona que prefiere sentarse en los rincones.

David fue hacia él directamente con las dos manos extendidas.

—¡Mr. Dyson! —exclamó—. Bienvenido, Mr. Dyson.

A media tarde, seguían sentados a la mesa. Se inclinaban sobre los restos del festín hablando en susurros.

—Bueno, creo que hoy hemos adelantado bastante —dijo David al fin.

Schiff puso una bolsa en la mesa.

—Todos y cada uno de ustedes, tomen lo que necesiten. Habrá más la próxima vez. El dinero nos llega en abundancia y con facilidad.

—No tanta facilidad —le rectificó David—. Usted trabaja mucho por conseguirlo, Schiff.

—Yo no tomaría tanto si no necesitara más para comprar papel —dijo MacKenzie—. Además, he tenido que procurarme una prensa.

—Tomen, tómenlo ustedes —ordenó Schiff.

Los dos hombres del Norte instaron:

—Hemos pasado la última hora hablando de octavillas y folletos. ¿Qué hay de las armas?

El joven Blair se echó hacia atrás estirando sus largas piernas.

—Lo convenido. En su próximo viaje, me mandan una caja de libros. Procuren que encima haya libros. La casa de mi hermana se llama «Clarissa». Paso allí todo el año, de manera que pueden enviarlos cuando quieran. Por supuesto, yo personalmente abriré la caja.

—Esta es la parte que más me desagrada —dijo David—. No me gustan las armas, eso lo saben todos.

—Las armas no *gustan* a ninguno de los que estamos aquí —dijo el yanqui secamente—. Pero hay que ser realista. Las usaremos lo menos posible, pero hemos de tenerlas.

—De acuerdo, entonces. ¿Cuándo las mandarán?

—No hay prisa —dijo Dyson cautelosamente—. Aún no estamos preparados. No hay que lanzarse atolondradamente. Diez ahorcados y todo habría terminado.

Schiff estaba impaciente.

—¿Hasta cuándo hemos de seguir esperando? ¿No hemos esperado ya bastante?

—Hasta que estemos preparados —respondió Dyson—. Probablemente, un año o dos. Necesitamos contar con un fuerte apoyo en el campo. Y eso requiere tiempo.

—Ahí es donde usted interviene. —David señaló a MacKenzie con un movimiento de cabeza—. Que no pare la prensa. Yo, a escribir y usted, a imprimir. Hay que hacer llegar esas hojas a la puerta de todas las iglesias rurales, las iglesias de los blancos, no las de los negros, que no saben leer. Pero los blancos pobres pueden prestarnos un gran apoyo. Solo hay que hacerles llegar el mensaje.

MacKenzie asintió.

—Tengo una partida preparada para esta noche. Está en su patio.

David se levantó y abrió la puerta. El pasillo estaba desierto, exceptuando a Lucien, apostado en la misma puerta. David le llamó con una seña.

—¿No se nos oía? ¿Estás seguro?

—Nada. Solo cuando cantaban.

—Bien. Entonces, ¿parecía una fiesta?

—Una auténtica fiesta.

—Muy bien. Ahora concretemos. Aquí nos separamos todos. Yo vuelvo solo a caballo. MacKenzie me ha dejado material en mi casa…

—En el patio, debajo de la cisterna.

—Y esta noche alguien irá a recogerlo.

—Llevará el brazo izquierdo vendado, con un gran pañuelo rojo encima del vendaje, para que no se ensucie —recitó Lucien—. Las octavillas irán en su carro en sacos de melones. Si le paran, sencillamente llevará melones al mercado, o a vender por la calle, según. Pero no creo que nadie le pare.

—¿Supongamos que ocurre lo peor y le paran? —preguntó Schiff.

—Ese hombre es como un hermano —dijo Lucien gravemente—. Antes que comprometerme, se dejaría matar.

Estas sombrías palabras trajeron un profundo silencio al comedor.

—En realidad —dijo David—, no sé por qué no se les dice a todos que recojan los folletos en mi casa, en lugar de ir a todos esos escondrijos que ha buscado MacKenzie. Empiezo a pensar que he sido excesivamente cauto.

—No, no, doctor —dijo Dyson—. A usted le conoce mucha gente. Ya es bastante riesgo que yo hable claro a mis alumnos. No podemos permitir que se comprometa usted también.

—Tonterías —dijo David—. Si estos hombres no nos merecen confianza, ¿por qué nos embarcamos con ellos?

—Confianza. —Los lánguidos ojos de Lucien miraron por la ventana, buscando un punto lejano, más allá del prado, que azuleaba a la luz del crepúsculo—. Quién sabe lo que dirá un hombre cuando le hunden los pies en un brasero o lo entierran hasta el cuello y las hormigas rojas se le meten por los ojos.

—Basta —dijo David, estremeciéndose—. Basta

12

A esa hora átona y encalmada, en la que la tarde empieza a declinar y el crepúsculo pone en las hojas una pátina mate, Miriam cerró *Lelia* y lo dejó a su lado, en el banco del jardín. ¡Aquella pasión, aquella fiereza, aquella rebeldía! Era realmente abrumador. Imposible comparase con una mujer como George Sand. Y se quedó abstraída y soñolienta.

Alguien levantó el pestillo de la puerta lateral que casi nunca se utilizaba, haciéndolo chirriar. Con un movimiento perezoso, ella se volvió para ver quién era el que entraba.

—Pensé que quizá la encontrara aquí —dijo André Perrin.

Ella se quedó helada. Intuyendo una crisis inminente, sintió un aleteo entre el corazón y la garganta.

—Vengo muchas tardes —respondió con frialdad.

Él se sentó en el otro banco. Miriam de buena gana hubiera echado a correr hacia la casa.

—Pasaba por aquí —dijo él—, y como por fin nos vamos la semana próxima… ¿Ya sabe que embarcamos para Francia en el *Mirabelle*?

—Es el barco en el que yo vine de Europa.

—¡Qué casualidad! Bueno, yo solo quería… despedirme.

—Deseo que tengan un buen viaje y que sean muy felices en Francia. —El tono era formal y la voz, sorda.

—Muchas gracias.

Él tenía el sombrero sobre las rodillas. Empezó a reseguir el borde del ala con el índice. Una y otra vez. Ella lo observaba y creía sentir el roce de la suave paja en la yema de los dedos. Aquel movimiento maquinal parecía marcar un compás de espera, como si André estuviera preparándose para abordar otro tema. La forma en que inclinaba la cabeza mirando el sombrero denotaba abatimiento. Ella no sabía qué hacer.

De pronto, él la miró.

—Sí; he venido a despedirme. Pero, antes de marcharme, quería…, tenía que…

Él se puso en pie y se quedó frente a ella. Las puntas de sus botas casi rozaban el borde del vestido de Miriam que descansaba sobre la hierba.

—Durante meses, durante todo este año, he callado. Me da vergüenza, Miriam, y también tengo miedo de lo que usted haga ahora. Tal vez nunca me perdone, y yo no se lo reprocharía. —Las palabras le salían a borbotones—. No hago más que pensar en usted. No sé por qué. ¿Es que la quiero? Si casi no la conozco. Pero ocupa mi pensamiento durante todo el día. Todos los días. No se me va del pensamiento.

Ella fijó la mirada en un colibrí que con su largo pico libaba en el jazmín. No sería mayor que un saltamontes, y casi tan verde. El movimiento de sus alas irisadas era tan rápido que el ojo humano no lo distinguía. Miriam contemplaba el pájaro sin pestañear.

—¿Está muy enojada? —susurró él.

Ella no podía hablar. Tenía miedo de hablar. Recelaba que acaso se hubiera desvinculado de la realidad para vivir en el mundo de la fantasía. Sus palabras la delatarían y todo el mundo sabría que se había vuelto loca.

—En el instante en que empecé a hablar pensé que debía de estar loco y quería parar, pero ya era tarde.

Ella trató de serenarse y haciendo un esfuerzo le miró, obligando a su pensamiento a entrar en la realidad. Él la contemplaba con ansiedad, con interrogación, con dulzura. Titubeando, André alargó la mano hacia la mano de ella que descansaba en el regazo con la palma hacia arriba.

Y ella sintió entonces que sus labios se abrían en una sonrisa y percibió el calor de sus propias lágrimas.

—¿Es posible? —dijo él—. Tú nunca me hablabas. Creí que te había ofendido. Casi no me dirigías la palabra.

—Temía que te dieras cuenta —dijo ella en voz muy baja—. Temía que lo averiguaras.

Él oprimió la mano de Miriam y sus dedos se entrelazaron.

—¡Oh, Dios! —suspiró André.

Ella alzó la cara sin rubor, dejándole ver las lágrimas que le resbalaban por las mejillas.

—No hacía más que pensar en el modo de verte a solas. Siempre esas horribles cenas. Traté de huir de ti. Hacía planes, pero no daban resultado. Pensaba en lo que te diría. Y es que sé lo que ocurre entre tú y Eugene, ¿sabes?

—¡Imposible!

—Sé lo suficiente. ¿No te das cuenta de que tenía miedo, de que tengo miedo de empezar? Pero no puedo evitarlo, no puedo marcharme sin hablar contigo, aunque sé que no servirá de nada haber hablado, ¿verdad? —Y le tomó la otra mano y se la llevó a los labios.

El anillo de matrimonio de Miriam, una ancha faja, fuerte como una cuerda y sólida como un muro de piedra, le rozó los labios.

El miró alrededor con desesperación.

—No es el momento ni el lugar. Y quiero decirte tantas cosas…

La pequeña diosa del amor, desde lo alto de la doble cascada, contemplaba a los agitados amantes con su mirada blanca e indiferente.

—Tú te casaste con Marie Claire.

—Estuvimos invitados tres semanas en la misma casa. Al cabo de las tres semanas, estábamos prometidos, sin saber cómo. Creo que nuestras madres lo decidieron. Y seguramente Marie Claire se sentía tan sorprendida como yo.

—¿Quién nos hace estas cosas? —exclamó Miriam—. ¿Por qué lo consentimos? Eugene y yo… somos incompatibles.

Y retiró las manos, estrujándolas en ademán de súplica. La larga pena, la cruel injusticia, y, ahora, esta intoxicación la abrumaban.

André tomó su rostro entre las manos, volviéndolo hacia la luz. Ella le dejó mirar sin miedo; cualquier defecto que pudiera haber debía verlo y aceptarlo: las cejas demasiado juntas, la pequeña cicatriz blanca de la barbilla, todos y cada uno de sus defectos. Entonces, él puso sus labios en los de ella, que se le ofrecían suaves, dúctiles, perfectos… Ella levantó los brazos y lo atrajo hacia sí.

Sonó un portazo en la casa y se separaron bruscamente. Permanecieron expectantes, pero no apareció nadie.

—No tenemos donde ir —dijo André nuevamente.

—De todos modos, tampoco serviría de nada. Tú te vas a Francia.

—Pero volveré.

—¿Cuándo?

—No estoy seguro. Quizá dentro de un año tan solo.

—Un año tan solo. ¿Y después?

—Tendrá que haber algún tiempo. No sé.

—Yo no sé tampoco.

Una bandada de palomas abatió el vuelo al pie de la tapia, atacando las migas dejadas por los niños en el sendero. Rodeaban el banco del mismo modo en que los domingos por la tarde, en los concurridos parques públicos, rodean a las parejas de enamorados que buscan en vano un lugar solitario.

Y de pronto, sin importarle quién pudiera verlos, sabiendo que aquel desafío era una locura, Miriam volvió a abrazarlo y empezó a besarle en la frente, en las mejillas, en los labios, gimiendo levemente; luego apoyó la cabeza en su hombro y él le acarició el pelo, murmurando. Ella no quería sino apretarse contra él para no separarse nunca, nunca.

Entonces sonó la voz de su hijo.

—Mamá, ¿dónde estás? ¿Estás en el jardín?

Ella se irguió, gritando:

—Sí, estoy aquí, cielo.

El niño surgió por entre unos arbustos. Acababa de levantarse de la siesta y tenía las mejillas rojas y su melena de paje recién peinada. Desamparado, inocente… «¿Qué estoy haciendo?», pensó ella con súbito pánico.

Pero animadamente, quizá con excesiva animación y con la voz un poco temblorosa, dijo:

—Eugene, ¿te acuerdas de Mr. Perrin? Se marcha a Europa y ha venido a despedirse de nosotros.

—Yo también iré a Europa —dijo el niño confiadamente.

—Pues claro —respondió André.

Miró a Miriam por encima de la cabeza del niño. Sus pestañas cayeron como una cortina y luego se levantaron revelando una mirada de desesperación que decía claramente: no podemos poner fin a esto, yo no puedo dejarte así.

Ella se sentía dividida en dos mitades que pugnaban por separarse. Era angustioso. Estaba entre el hombre y el niño y sentía que cada uno tiraba de ella con todas sus fuerzas, a pesar de que ninguno de los dos la tocaba.

Apeló a su hijo lastimosamente.

—¿Por qué no vas dentro a jugar, Eugene? Solo un ratito, por favor. En seguida voy.

—Ya he estado dentro. Son las tres y media y Fanny dice que prometiste leernos un cuento a Angie y a mí.

La vocecita terminó en un lamento.

Angelique venía de la casa con Fanny.

—Aquí estamos, Miss Miriam —dijo Fanny—. Son las tres y media.

No cejaban. Miriam movió la cabeza con resignación. Y André, sin otra opción, cogió el sombrero.

—¿Volverá para despedirse de Eugene?

La frase era formal, pero la voz imploraba.

Él movió negativamente la cabeza.

—No puedo —dijo tristemente. Y se quedaba indeciso, como si la mitad de su ser ya se hubiera ausentado, y el resto fuera reacio a seguirla—. No puedo —repitió, como diciendo: Otra vez no podría resistirlo.

Ella comprendió.

—Pero escribirá, ¿no? —dijo.

—Temo no ser buen corresponsal.

Ella lo comprendió también. La única carta lícita tendría que ser convencional y fría, y sería peor que nada.

—¡Mamá, lee! —exigió Angelique, poniendo los ojos en blanco.

—Adiós —dijo André—. Mis saludos al resto de la familia.

Ella tenía la cara ardiendo y las manos heladas.

—De su parte —dijo, volviéndose para entrar en la casa.

No le vio marchar, solo oyó sus pisadas en la grava del sendero y el chasquido de la puerta.

—Mamá, ¿traemos los cuentos?

—Sí, anda a buscarlos. Están arriba.

Y ella se sentó a esperar. Dos o tres palomas picoteaban junto a los pies de Afrodita. Una mariquita de caparazón rojo con pintas negras se posó en el respaldo del banco. Un verderón se bañaba en un charco polvoriento. Pequeñas criaturas indiferentes, que volaban o se arrastraban, que vivían ajenas al mañana. Solo el ser humano tenía este afán, esta turbulencia en el corazón.

¡Haber visto cumplirse de pronto el único e inalcanzable anhelo de tu corazón, para perderlo en el mismo instante!

Lelia había caído al suelo. Ella lo recogió y lo hojeó. Esta vida podía ser apta para George Sand, un alma intrépida, extraordinaria. Pero Miriam Mendes no era George Sand. Ella no era intrépida ni extraordinaria. Y esto era América, no París.

¿Coger a los niños e irse al Norte, rompiendo con todo, incluso con André? Porque, ¿qué felicidad podía esperar de él? Mejor que no la encontrara cuando regresara. Sí; mucho mejor. Con el tiempo, él la olvidaría —o casi— y ella, también, porque así eran los hombres y las mujeres. Ella había leído y vivido lo suficiente como para saberlo.

Tendría que pedir a papá el dinero para marcharse, ya que ella no tenía nada suyo. Su dote era propiedad de su marido. Una mujer siempre tenía que pedir. Nada era suyo por derecho. ¿Y si se lo pidiera a papá?, se repetía. El se horrorizaría, ya le parecía ver cómo se quitaba el cigarro de la boca con un movimiento lento, y la miraba consternado. Ya le parecía oír su conminación.

Vuelve con tu marido, recuerda que eres madre, que tienes responsabilidades y una posición social que mantener.

—Toma el libro —dijo Angie poniendo en el regazo de su madre los adorados cuentos de hadas, leídos tantas veces que algunas páginas se habían desprendido. El dedo chato y gordito se dirigió certero a la ilustración del cuento favorito.

Miriam apartó el libro, para sentar en su regazo a la pequeña. Apoyó la mejilla un momento en el pelo tibio y fragante de la niña. El arrebato de ternura hacia su hija y las emociones de la última media hora casi la ahogaban.

—Me gusta este cuento porque acaba bien, mamá.

—Es una buena razón —respondió Miriam. Y con voz clara y serena empezó a leer—: «Érase una vez…».

A veces, desde el espejo de su dormitorio, la miraba una cara triste, pálida, con los labios secos. El negro cabello, suelto sobre los hombros, le daba un aire de desesperación. Volvían los viejos temores a la locura. Quizás una noche haría añicos aquel espejo. Sus pulmones exhalarían un grito de rabia que traspasaría los muros de la casa y, arrastrado por el viento, viajaría a través del océano, hasta Europa, donde quizás André pudiera oírlo.

13

Ferdinand Raphael se ufanaba de haber sabido sobrevivir al pánico de 1837. El mercado inglés del algodón había caído como una piedra, y, como una piedra arrojada al agua, levantó olas que, al llegar al otro lado del océano, sumergieron a Nueva Orleans en un mar de quiebras. Los Bancos no pagaban sus valores, se revocaban los créditos y algunas de las empresas más prestigiosas de la ciudad se arruinaron. Pero la casa de Raphael salió indemne, fue una de las pocas que resistieron. Ferdinand consiguió maniobrar por entre los arrecifes sumergidos y las peligrosas corrientes del momento y hasta pudo ayudar a sus amigos.

—La experiencia —gustaba de decir, a modo de explicación—. La cautela. Y también un poco de osadía. Sí, desde luego, también un poco de osadía. —Y una sonrisa juvenil iluminaba todo su rostro.

Por lo tanto, la quiebra de Raphael produjo el efecto de una bomba.

Hacía tiempo que la ciudad había salido de la depresión. El puerto volvía a estar lleno de barcos cargados de algodón y de azúcar, y el dinero llegaba de los siete mares. Era la semana de la Navidad, que se celebraba con ponche de huevo, *poinsettias* y repiques de campanas. La casa de los Raphael rebosaba invitados. La familia de Emma, los tíos de Shreveport y los primos de Mobile, con sus niñeras y sus hijos, llenaban todas las habitaciones y algunos habían tenido que ser alojados en el «St. Louis Hotel».

—Tendremos que llevar a los niños de visita en Navidad —dijo Miriam —. Ellos ya saben que no es su fiesta, pero papá les ha comprado regalos y sería un desaire no ir.

—Está bien, llévalos tú —dijo Eugene, tal como ella esperaba.

Aquel año, la fastuosidad de la casa de los Raphael era deslumbrante. Las cosas de Navidad inclinaban su opulenta corola en todas las habitaciones. Se intercambiaron regalos espléndidos: chales persas, cadenas de oro, encajes belgas, vestidos de cachemir y porcelanas de Meissen. En el dedo de Emma lucía un nuevo zafiro estrella.

Después del derrumbamiento, Miriam comparaba aquel alarde de magnificencia a un castillo de fuegos artificiales, con el ensordecedor trueno final, mientras los cohetes se elevan sobre las copas de los árboles, estallan en un fogonazo y caen hechos cenizas.

Miriam y los niños volvieron a casa andando por las bulliciosas calles. Avanzaban despacio, pues tenían que pararse a admirar cada árbol iluminado y cada corona o guirnalda de las puertas. Los niños, entusiasmados por la música y el color de la Navidad, contagiaron su alegría a su madre y los tres llegaron a casa muy contentos.

—¡Mira, papá! —gritó el pequeño Eugene—. Mira lo que me ha regalado el abuelo. —Con ayuda de Miriam, el niño portaba una pesada caja de música con un caballo tallado girando en un carrusel—. Y a mamá, una pulsera, y a Angelique, un…

Eugene dejó el periódico.

—Permíteme que te diga que tu padre es un manirroto y un insensato.

Miriam, resistiéndose a revelar sus propias inquietudes, trató de defenderle.

—Es un hombre rico y siempre ha sido generoso. Le gusta obsequiar.

—Generoso lo es; pero rico, no. Su castillo de naipes está a punto de derrumbarse.

—¿Qué dices? —exclamó ella.

—Que muy pronto estará en quiebra.

—¡No lo creo!

—Puedes creerlo. Hace semanas que por toda la ciudad circulan rumores. Él ha reorganizado sus Compañías para evitar el desastre, pero ya es tarde.

Miriam, horrorizada, se llevó la mano a la boca.

—No puedo creerlo.

Poco antes de mediodía del dos de enero del nuevo año, el Banco de Nueva Orleans exigió la devolución de sus préstamos a la Casa Raphael. La noticia, al principio en susurros y después con más fuerza y seguridad, saltó de las mesas de «Victor’s» a los muelles. Aquella tarde, no quedaba en el Vieux Carré nadie que no estuviera enterado del desastre.

Eugene, que por una vez llegó a casa sin invitados, confirmó la noticia.

—Bien —dijo—, esto es lo que ocurre a quienes se creen infalibles. Su tono era de conmiseración y superioridad.

Miriam se había sentado en el sofá. Estaban en el salón principal, fastuoso y solemne.

—¿Qué ha pasado y por qué ha pasado? —preguntó Miriam con voz ronca.

—Primero, porque tu padre fue un incauto. Avaló pagarés de sus mal llamados amigos. Ganas de hacerse querer, supongo. La eterna historia. Segundo, gastaba demasiado. Y tercero, especuló, levantando más pirámides que un faraón. Solo que las pirámides de los faraones eran más sólidas.

—¿Pirámides? ¿Qué pirámides?

—Tú hipotecas tus propiedades para obtener dinero con el que comprar más propiedades. Pero si retiras la piedra angular toda la pirámide se derrumba, ¿comprendes?

Eugene, de espaldas a la luz, era una presencia oscura y formidable. Una mano hacía tintinear monedas en el bolsillo. El ademán denotaba aplomo y seguridad. A mí no me pasará eso, decía.

—Yo tengo por norma no hipotecar mis propiedades ni especular con futuros de algodón. ¿Por qué crees que Judah Touro salió indemne del pánico? Porque fue prudente.

—¿Entonces a papá no le queda absolutamente nada?

—¿Qué crees que significa una quiebra? No queda nada. Ni de lo suyo, ni de Emma.

—¿Ni de Emma?

—El amplió la plantación de Emma, compró tres mil acres de tierra colindantes, hipotecando la propiedad original. —En el otro bolsillo, un manojo de llaves hacía su musiquita particular—. Ahora subastarán el barco, las oficinas, los almacenes, las balas de algodón que esperan embarque, los esclavos, la casa de Conti Street…

—¡La preciosa casa de papá, no!

Ahora había compasión en la voz de Eugene, como si de pronto hubiera advertido que ella estaba anonadada.

—Sí, también la casa, por desgracia.

—Voy a verle ahora mismo —dijo ella poniéndose en pie.

—Voy contigo —dijo Eugene inmediatamente.

Ella no lo deseaba… Tanta seguridad y tanta suficiencia.

—No es necesario. Iré sola.

—Mi sitio está allí —dijo él con firmeza—. Soy su yerno.

Sí, pensaba ella mientras le seguía, tu sitio está allí. Hay personas que van a los funerales porque su sitio está allí, pero en realidad van para felicitarse de estar vivas.

Ferdinand estaba leyendo un periódico en el salón. En la pared a su espalda, estaba el retrato de Emma joven con el vestido Imperio, el ramillete y la mirada risueña de la persona que no ha conocido ningún disgusto. El periódico era el *Deutsche Zeitung* que hasta entonces siempre había leído en secreto porque en su afán de hacerse americano, le daba vergüenza que le vieran con un periódico alemán. Ahora no hizo nada por esconderlo.

—Hola, papá —dijo Miriam dándole un beso. Al acariciarle la frente, sintió en los dedos el latido de la vena de su sien.

Él murmuró unas palabras y ella se apartó, para no violentarle pensando que le turbaría que le vieran con lágrimas en los ojos. Pero Ferdinand no lloraba. Tenía una expresión de sorpresa, que parecía decir: No entiendo, no sé cómo puede haberme ocurrido esto a mí. ¡A mí! Después de su rápida y segura ascensión, pensaba su hija, en la que utilizó toda su energía y todas sus facultades, después de las hábiles maniobras de los primeros años y, después de los años maravillosos de plétora, terminar así.

—Vamos a hacer números —dijo Eugene, asumiendo el mando—. Trae pluma y papel.

Ferdinand se apresuró a obedecer y los dos hombres se inclinaron sobre un montón de documentos que había en el escritorio. Aquello era trabajo de hombres. Miriam apenas comprendía el significado de palabras como hipoteca, demanda jurídica de la deuda o valores. Mientras los escuchaba, ella podía pensar en cosas incoherentes, como que el año antes papá había llevado a los niños al circo de P. T. Barnum y les había comprado globos.

Al poco rato, Ferdinand levantó la cabeza.

—¿Por qué no subes a ver a Emma? —preguntó—. Pobre Emma. Está en su gabinete con Pelagie y Eulalie.

Emma, tendida en su *lit de repos* sobre un montón de aplastados almohadones, se lamentaba mientras su doncella aplicaba agua de colonia a su sudorosa frente.

—¡Mis tierras! ¡Mis hermosas tierras! ¿Cómo ha podido suceder? Ayer todos esos acres eran míos. Y la escalera más hermosa de todo el Estado, ¿lo sabíais? Una escalera en voladizo. Ayer era mío y ahora me dicen…, me dicen…

¡Pobre Emma! Qué amarga desgracia para quien la «posición social» era, después de la familia, lo más importante del mundo.

—¡Y doscientos esclavos! —Una lágrima le mojó la manga azul—. Personas que habían servido a mis padres y a mi abuela. ¿Qué será de ellos? ¿Qué va a ser de Sisyphus?

Pero, a pesar de todo, ni una palabra de reproche para Ferdinand.

—¡Los malvados banqueros! —exclamó—. Y todos los amigos a los que ayudaba y la gente a la que invitaba, ¿dónde están ahora? Por su culpa se ha arruinado un hombre bueno.

—Tonterías, mamá —dijo Eulalie—. La culpa no es de nadie más que de tu marido, codicioso, jugador y derrochador. Pero podías habértelo figurado. Todos los judíos…

Pelagie se revolvió contra su hermana.

—¿Qué dices? ¿Es el único acaso? Hace años, media ciudad se arruinó en el pánico. Y media ciudad gasta más de lo que tiene, apuesta a los caballos y juega a las cartas, y tú hablas como si solo fueran los judíos.

Durante un momento, la indignación dejó a Miriam sin habla. Un momento después, ante la lealtad de Pelagie, la ira remitió. Y una vez más vio claramente lo que era Eulalie, la solterona pusilánime.

«Mi padre era su protector, el único hombre que había en su vida, y ahora le ha fallado. Y me ha fallado a mí también. Ahora estoy condenada a quedarme al lado de Eugene». Y Miriam, sin darse cuenta, se retorcía las manos con un gesto de desamparo que normalmente le hubiera inspirado desdén.

Abajo, en el porche, las rosas de Navidad viraban a un lúgubre púrpura, dejando caer los pétalos al suelo. En el patio, bajo el pálido sol invernal, había quietud. No se oían ruidos ni charlas en las dependencias de los criados. La noticia había llegado hasta allí y todos temían lo que pudiera ocurrirles. Sobre la casa había caído una profunda tristeza.

Miriam estaba en el último escalón mirando al vacío. Veía a su padre en la noche de su boda, orgulloso de su hija y de su casa. Se veía a sí misma sentada bajo el emparrado, deletreando un texto francés o anotando sus infantiles pensamientos en la libreta de satén blanco. Ahí venía *Gretel*, la primera perrita, buscando un lugar fresco a la sombra del moral. Y, mucho después, otra noche, ella bailaba con el marido de Marie Claire. *¿Por qué es tan desdichada*?, le preguntaba él.

«¡Estúpida! ¡Estúpida! Todavía pensando en él, a sabiendas de que no tienes ninguna esperanza. Ninguna».

Eugene bajaba la escalera a su espalda.

—Creí que estabas arriba con Emma.

—Estuve, pero no he podido aguantar a Eulalie. Dice que la culpa la tiene que papá sea judío.

—Solterona estúpida y ruin —dijo Eugene con rabia—. ¿Tú sabías que pensaba así?

—Oh, pequeñas cosas, casi siempre alusiones indirectas.

—Todos abusaron de él. ¡Y de qué manera! Desde luego, él se buscó la ruina, pero ellos le ayudaron. Yo siempre dije que no tenía por qué mantener a todos los parientes de su mujer, hatajo de malgastadores. ¡Y ahora qué cambio! ¡Pero ya es demasiado viejo para volver a empezar!

Oyeron voces en la casa, primero la de David y después la de Gabriel.

—¿Tan grave es? —preguntaba David.

—Peor.

La voz de Gabriel era triste. Los dos hombres bajaron al patio.

—¿Qué hace papá? —preguntó Miriam.

—Le he convencido para que se echara en el sofá y tratara de dormir un poco. No ha dormido en toda la noche.

Miriam vio los ojos tristes de David. Se hablaron con la mirada. Volvían a ver cómo su padre había ido a buscarlos, opulento y orgulloso; ahora en sus ojos había dolor por él.

—Me voy al despacho —dijo Gabriel—. Tal vez aún encuentre la manera de salvar algo. —Era más una pregunta que una afirmación.

—Es imposible, y tú lo sabes —dijo Eugene—. Incluso para un abogado tan astuto como tú.

—Seguramente, tienes razón —suspiró Gabriel—. Pero no se pierde nada con intentarlo.

Así pues, no había esperanza. Pero aun así, la sola presencia de aquellos dos hombres era un consuelo: su hermano y su buen amigo. Y Miriam sintió que la fuerza de los dos era como una pared que le daba abrigo y apoyo.

Pero, tal como se lamentaba Emma, ¿dónde estaban los amigos y parientes que una semana antes se habían reunido en la casa con tanto regocijo? Aunque la pregunta más dolorosa era otra:

—¿A dónde irán cuando salgan de esta casa? ¿Dónde vivirán?

Fue Eugene quien respondió, y lo hizo con asombrosa rapidez.

—Los llevaremos con nosotros.

—¿Con nosotros?

—Desde luego. O viven con nosotros o con Pelagie y Sylvain en casa de Labouisse; pero eso ni pensarlo. ¿Qué diría la gente si tu padre se instalara allí, y no en casa de su propio yerno? No; tendremos que acogerlos nosotros. Eulalie puede ir a casa de Labouisse, si lo desea. Aunque estoy dispuesto a admitirla a ella también —añadió con magnanimidad—, a pesar de sus

prejuicios. —Una sonrisita de satisfacción temblaba en las comisuras de sus gruesos labios.

—A Emma le preocupa lo que será de Sisyphus —dijo Miriam titubeando.

—Oh, puedes decirle que yo lo compraré para ella. Y también a esa pareja de granujas de Chanute y Maxim. ¿Por qué no? Estas cosas se hacen bien o no se hacen.

Tanta generosidad merecía una muestra de reconocimiento. Eugene estaba esperándola.

—Eres muy generoso —murmuró Miriam, mientras David y Gabriel asentían sonriendo.

—Los del Sur tenemos un profundo sentido familiar —dijo Eugene—. ¿Qué pensaría la comunidad si yo faltara a este deber?

—De todos modos, eres muy bueno. —Ella hablaba con humildad. Realmente, estaba abrumada por el peso de la deuda.

Habría sido mucho más fácil aceptar el favor si él hubiera dicho: Hago esto porque siento mucho lo que le pasa a tu padre y porque le aprecio.

El estrecho canal de Bourbon Street rebosaba de gente aquel martes de carnaval. Magníficos nobles, ataviados con sedas, plumas y pedrería paseando en carroza o en caballos ricamente enjaezados, disputaban el terreno a golfos, prostitutas y rateros bajo los balcones repletos de gente.

—¿No hemos visto ya bastante? —preguntó David en tono quejumbroso, desviándose hacia una calle lateral, para esquivar a un trío de borrachos.

No le atraía el carnaval. A pesar de su caridad humana, le desagradaban las muchedumbres, y muy particularmente aquella. Protegida por las máscaras, la turba parecía más propensa a la pendencia que a la sana alegría, y un empujón accidental, o un caballo que retrocediera asustado podían dar lugar a una violenta pelea.

Además, carnaval era fiesta cristiana. ¿Por qué había de tener semejante fascinación para los judíos? Seguramente, porque la alegría era contagiosa. Esta era la única razón por la que él estaba aquí, para animar a su padre, que este año necesitaba que le infundieran ánimo.

—¡Por Dios! —exclamó Eugene—. ¡Si no estuviera con vosotros, que sois hombres de costumbres morigeradas, yo sabría dónde pasar el resto de la noche!

Estaban delante del salón «Washington». A la luz que escapaba de su brillante interior, se arremolinaban los que entraban y salían, llenando la acera

y la mitad de la calzada. Una mujer con adornos de pedrería en su largo pelo negro, salió corriendo y riendo del brazo de un muchacho rubio con antifaz.

—Las mujeres más hermosas del mundo —dijo Eugene—, sin exageración. Lo he oído decir muchas veces a hombres que han estado en todas partes…

De la oscuridad surgieron unos brazos que le agarraron por los hombros, haciéndole perder el equilibrio.

—¡Maldito seas, Raphael! ¡Tú me arruinaste, canalla, y ahora vas a pagármelas…!

Eugene cayó pesadamente al suelo. Se oyó ruido de cristales, unos pasos que se alejaban corriendo en la oscuridad y a Eugene que gritaba, gritaba…

—¡Los ojos, Dios mío, los ojos!

Cesó el vocerío y se hizo un profundo silencio. Solo se oían aquellos gritos, terribles en la quietud de la noche.

—¡Jesús! —exclamó alguien.

Entonces, se alzó un murmullo de voces en la multitud que había formado un círculo alrededor del caído.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué es eso?

—Un hombre le arrojó algo a la cara.

—¡Está sangrando!

—¡No, son los ojos!

—¡Cielo santo, sus ojos!

—¡Llévenselo de aquí!

—Que alguien llame…

Eugene golpeaba el suelo con los pies. David se inclinó tirándole de las manos que él apretaba frenéticamente sobre sus ojos.

—Ayúdenme, sujétenlo.

Se acercó un hombre con un farol.

—Quieto, Eugene…, quieto —murmuró David, forzando la vista.

Cuando se irguió, su voz temblaba de horror.

—¡Cal viva! ¡Oh, Dios mío, cal viva!

Ferdinand cayó de rodillas.

—¡Era para mí! Lo habéis oído. Era para mí.

—Traeré un coche —dijo Gabriel—. Lo llevaremos a casa. A no ser que tú, David, prefieras…

Una mujer se abría paso a codazos.

—¡Déjenme pasar! Me han dicho que es Eugene Mendes…

La mujer se arrodilló en los adoquines con un vestido de satén y después de mirar al herido, levantó su morena y angustiada cara hacia David.

—Le conozco. Llévenlo a mi casa. Está muy cerca, en esta calle.

—Será preferible —dijo David—. No hace falta coche. Tardaría demasiado. Lo llevaremos en brazos.

Lo acostaron en un sofá y le bañaron los ojos.

—Más agua —dijo David—. El agua, a chorro.

—Déjenme a mí —insistió la mujer—. Ya he visto cómo lo hace. —Sus manos se movían con ternura. El agua de la palangana se derramaba en el vistoso almohadón de brocado rosa. La mujer lloraba al oír gemir a Eugene, y le secaba los ojos con la manga bordada del vestido—. Oh, mi amor, mi vida.

David y Gabriel se miraron.

La mujer dijo a David en tono suplicante:

—¿Usted es médico? ¿No podemos hacer nada más?

—Por el momento y hasta que cese el ardor, solo bañarle los ojos. Después, ya veremos. Está usted cansada —dijo compasivo—. Deje que lo haga yo.

Ella lo apartó casi con violencia.

—No, no; yo lo haré.

La pequeña habitación, amueblada con gusto estridente, se había llenado de curiosos. Mujeres de piel ambarina y sus criadas negras se mantenían casi pegadas a las paredes. Junto al sofá un muchacho moreno, de expresión asustada.

—Mamá, ¿qué ha pasado? —preguntó.

—Cielo, le han lastimado. Un desalmado le hirió.

«Conque esta es la causa de la aflicción de mi hermana», pensó David. Era esto.

—¿Dónde estabas? —preguntó a Ferdinand que entraba en aquel momento, jadeando.

—Le he dado veinticinco centavos a un chico para que traiga a Miriam.

—¿Cómo? ¿Has mandado llamar a Miriam?

—Naturalmente. ¿Y por qué no?

—No sabes dónde estamos.

—¿Puedes explicarte mejor?

—Mira eso. ¿Hacen falta explicaciones? Me parece que no.

La mujer, aún arrodillada, había tomado entre las suyas la mano de Eugene. Como si estuvieran solos en la habitación, le dio un beso en la palma y apoyó en ella la mejilla, apretándola bajo el espeso manto de su cabello.

A Ferdinand se le abrieron los ojos y dijo con rapidez:

—No debe entrar aquí. Me quedaré en la puerta y le diré que ahora mismo lo llevamos a casa.

Pero ya era tarde. Miriam ya había llegado.

—Ha sufrido un accidente —dijo David al verla—. Lo trajimos aquí porque esta casa estaba más cerca.

—Lo sé; el chico me lo dijo. —Se acercó al sofá y la mujer se levantó para dejarle sitio. Miriam puso la mano en la mejilla de su marido—. Eugene, soy yo, Miriam.

El no respondió. Ella le miraba fijamente.

Lo que en aquel momento sentía nadie lo sabría nunca. Solo el rápido subir y bajar de su pecho permitía a su hermano deducir que estaba agitada como lo estaría cualquiera; eso lo sabía el médico, pero David, el hombre, no podía sino hacer conjeturas acerca de los misterios del corazón humano. Y su propio corazón sufría por ella al verla allí de pie, tan joven y tan sola, con su sencillo vestido de casa, soportando sabía Dios qué sufrimientos. Pero David, perversamente, sufría también por la voluptuosa mujer de piel oscura que no se recataba de exteriorizar su sufrimiento.

Al fin, Miriam se volvió hacia la otra mujer.

—Muchas gracias por haber acogido a mi marido —dijo serenamente—. ¿Podría alguien disponer un carruaje o una litera para trasladarlo a casa? No está lejos.

En la puerta, se llevó aparte a David.

—Dime la verdad, David, ¿es muy grave?

David reflexionó y tomó una decisión. Sí; ella resistiría la verdad, por cruel que fuera. Al parecer, había encajado ya otras verdades. Y respondió sin rodeos:

—Es probable que se quede ciego.

Amigos, criados y médicos entraban y salían, subían y bajaban la escalera, portando regalos o bandejas de comida, susurrando compadecidos o curiosos. Eugene pasó varios días en la cama, recostado sobre almohadas. Luego, lo sentaron en una butaca situada al lado de la ventana desde la que él solía contemplar con mirada crítica los cuadros de flores, para cerciorarse de que estaban bien cuidados.

Uno a uno, los habitantes de la casa fueron asomándose a la habitación: los criados, horrorizados; Emma, por una vez, muda de consternación, y Ferdinand, atormentado por su responsabilidad en la desgracia.

Entraron los niños. Durante los primeros días los habían mantenido alejados; pero ahora se consideró llegado el momento de enterarles del cambio sufrido por su padre.

—Fue un accidente —dijo Miriam con dulzura—. Alguien le echó una cosa mala por equivocación. —Eugene había insistido en que, a los seis años, no tenían por qué saber que había en el mundo gente capaz de destruir los ojos de un semejante.

—Ya lo averiguarán más adelante —dijo.

Ahora sentó a cada uno en una rodilla.

—Fue un accidente —repitió.

Angelique puso el dedo en la abrasada mejilla de Eugene, debajo de los lentes.

—¿Duele?

—Ya no.

El pequeño Eugene preguntó a su padre si podía ver sin los lentes.

—No, hijo —respondió el padre con voz firme.

«Qué valentía —pensó Miriam—. No consiente que le tiemble la voz, por sus hijos».

—¿Y con lentes? ¿Ves con lentes?

—No, hijo. No veo nada.

Angelique levantó la mano.

—¿No ves mis dedos?

Esto era ya demasiado, incluso para un hombre valiente, y Miriam intervino, volviéndose de espaldas a la luz para que los niños no le vieran los ojos y le preguntaran: ¿Por qué lloras, mamá?

—Vuestro padre bajará mañana o pasado. Lo ha dicho el médico. Y vosotros dos le haréis compañía, tomaréis el desayuno en el porche o en el jardín. Ya veréis, qué bien. Podríais traer unas flores. ¿Te gustarían unas camelias, Eugene? —Ella procuraba charlar animadamente; de su lengua saltaban las triviales palabras con forzada naturalidad—. Vosotros dos podéis ser una gran ayuda hasta que vuestro padre mejore.

—Entonces, ¿pronto estará del todo bien? —preguntó Angelique.

—Del *todo* no —dijo Eugene. La verdad, habían convenido él y Miriam, pero poco a poco, sin asustarlos—. Pronto podré andar por ahí —añadió—. Voy a mejorar mucho, ya veréis.

Semanas después, David y Miriam estaban en el silencioso jardín.

—Así que el profesor ha dado su dictamen definitivo —dijo Miriam, apesadumbrada.

—Ninguna mejoría, como te dije desde el principio.

La fuente cantaba con un sonido demasiado alegre, según le pareció a David, para una casa tan llena de tristeza. Puso la mano en el hombro de su hermana.

—¿Qué tienes? Cuenta. No es solo Eugene, con todo y ser mucha la desgracia, bien lo sabe Dios. Miriam, no es bueno guardar las cosas dentro. Una persona tiene que desahogarse. ¿Quieres que hablemos de esa mujer?

—No necesito hablar de ella. Como puedes figurarte, hace tiempo que estoy enterada.

Un misterio dentro de otro misterio. Las cajas chinas: una caja dentro de otra caja, dentro de otra caja, dentro…

—¿Entonces…?

—Oh, son muchas cosas. Lo peor es lo de Eugene. ¡Qué horror, no ver nunca más! Ni siquiera a sus hijos. También el pobre papá me preocupa. ¡Qué vuelco ha dado su vida! El nunca se perdonará, porque aquel desalmado, aquel demonio, quienquiera que fuese, quería atacarle a él.

—Papá no tiene la culpa.

—No; pero se siente responsable. Y yo también. A pesar de lo bien que Eugene se ha portado con papá, yo no puedo quererle, ¿comprendes? No significamos nada el uno para el otro. Y ahora, por causa de mi padre, ¡ciego!

David suspiró. El agua saltarina de la fuente brillaba al sol. La ciudad entera, color pastel, pulida y fragante, estaba pudriéndose por dentro.

Miriam tenía la cabeza inclinada, con gesto de tristeza.

El creyó adivinar.

—Estás pensando que ahora ya no podrás escapar, ¿verdad?

—Sí —respondió ella con voz casi inaudible—. Pero era una idea descabellada.

Hay algo más, insistía él para sus adentros. No me lo ha dicho todo. Sin saber por qué, estaba seguro de que ella le ocultaba algo. Pero, si no se refería a la tal Queen, ¿qué podía ser?

Probó una vez más:

—¿No deseas decirme nada?

—No hay nada más que decir.

—Está bien —admitió él, dándose por vencido—. Tengo que hacer varias visitas. Un pie con gangrena. Me marcho.

Miriam fue la primera en verle. Aquella mañana, Eugene había salido con Maxim o Chanute a dar el paseo en coche que, desde hacía una o dos temporadas, se había convertido en rutina diaria. Ella no necesitaba preguntar adonde iba. Por ello se sorprendió al verle sentado en un banco de la plaza, de cara a la luz y con una multitud de palomas a los pies. Miriam buscó con la mirada el coche o algún criado, pero no los vio; entonces algo la advirtió de que debía seguir su camino como si no le hubiera visto.

—¡Mira! ¡Es papá! —gritó Angelique—. ¿Qué hace aquí solo?

—Dejadle tranquilo. Ahora quiere… —empezó Miriam, pero los niños ya corrían hacia su padre.

Eugene no estaba solo. A un par de metros detrás de él había un muchacho alto con un bloc de dibujo sujeto a una tabla. Cuando, con un ademán elegante, casi femenino, el chico lanzó un puñado de grano a las palomas, Miriam supo quién era. Volvió a ver ante sus ojos aquella escena estremecedora: la habitación recargada y pequeña, Eugene retorciéndose en un sofá, la mujer que sollozaba desconsoladamente, el muchacho que la miraba, asustado…

Tendría que afrontar el momento.

—Los médicos me han ordenado que haga ejercicio —decía Eugene—. Pierre me ha acompañado a dar un paseo.

Se llamaba Pierre. Miriam se preguntó qué apellido usaría.

El pequeño Eugene dijo categóricamente:

—Yo puedo acompañarte, padre. ¿Por qué no me lo pediste? —No eres lo bastante mayor para guiarme, hijo.

—Soy casi tan alto como él. ¿Cuántos años tienes? —preguntó perentoriamente el joven Eugene.

—Trece.

La voz era casi un susurro, tan deferente como los dos pasos atrás que había dado ante la impetuosa llegada de la pareja. Pero los ojos con que miraba ora a los niños ora a Miriam tenían una extraña osadía.

«Sabe quiénes somos —pensó ella—. Se acuerda de mí, por supuesto. Pero antes ya se lo habrían dicho. Es curioso, ellos lo saben todo de nosotros y nosotros ignoramos hasta su existencia».

Y se preguntaba qué habría visto en los ojos de Eugene, si durante este embarazoso encuentro él hubiera podido sostener su mirada.

—Vámonos, niños —dijo animadamente—, vuestro padre quiere descansar. Vamos a casa.

Pero ellos protestaron. Angelique podía ser muy testaruda.

—¿Tenemos que irnos, papá? Tú no querrás que nos vayamos a casa, ¿verdad?

—Sí; tenéis que hacer caso a vuestra madre.

El pequeño Eugene se puso de puntillas para mirar el bloc.

—¿Qué estás dibujando? —preguntó.

—Las palomas.

Y Pierre dio la vuelta al bloc, para que Miriam pudiera ver su obra.

Con un simple carboncillo, en blanco y negro, el muchacho había captado las mil y una gradaciones del irisado plumaje, el movimiento ondulante de la bandada, el picoteo, el aleteo, el contoneo. El pequeño apunte tenía una belleza sorprendente. Miriam sintió una súbita ternura hacia aquel muchacho tímido y callado que, pese a sentirse cohibido por la violenta situación, aún era lo bastante orgulloso como para mostrarles su obra.

—Es muy bonito —dijo ella. Y algo, tal vez la compasión o quizás un sentido de la justicia, le indujo a comunicar a su marido esta impresión—. Pierre tiene talento, Eugene. Todo un profesional.

El no contestó. Tenía la cara colorada.

—¿Dónde has aprendido? —preguntó Angelique.

—Me dan clase de dibujo.

—Pero tú no puedes ir a la escuela —dijo la niña.

Miriam no pudo reprimir una mueca de dolor por la crueldad de la frase. Pero ¿qué iba a saber una criatura de siete años? Lo suficiente para comprender que el color es condición social, adivinar, sin que nadie se lo diga, quién es de los «otros», quién es criado y que los criados no van a la escuela.

—Blaise también sabe dibujar —dijo el pequeño Eugene—. Blaise pertenece a mis padres. ¿A quién perteneces tú?

—A *Mr*. Mendes —respondió Pierre.

Fue una afirmación llana, que no indicaba más que el hecho escueto. Rozó un momento el hombro de Eugene, pero en seguida retiró la mano, como si hubiera recordado de pronto que no era correcto.

Probablemente, engendrado por accidente, pensó Miriam. Y, probablemente, no deseado; por lo menos era dudoso que Eugene deseara aquel hijo superfluo… Ella se sentía deprimida, triste, enojada y desconcertada.

Eugene se puso en pie bruscamente, agarrando el bastón.

—En el coche encontrarás a Maxim —dijo a Pierre—. Dile que he vuelto a casa andando.

Miriam preguntó:

—¿Seguro que puedes andar tanto?

Su ansiedad era fingida y la pregunta, simples palabras para llenar un silencio mientras le conducía por la plaza.

—Es la vista lo que he perdido, no el uso de las piernas.

Los niños habían vuelto a adelantarse. El incidente de la plaza no había tenido importancia para ellos, y ahora quedaba atrás. Iban discutiendo sobre la propiedad de un gato blanco que había aparecido extraviado en el jardín.

Al cabo de un par de minutos, Eugene dijo:

—Bien, adelante. Di lo que tengas que decir y acabemos.

—Prefiero no decir nada.

Aún estaba confusa. En realidad, no sabía lo que sentía ni lo que debía sentir…

—Lo que ocurrió es que, irreflexivamente, acepté la sugerencia del chico de salir a dar un paseo. —Hablaba con aspereza para disimular la turbación que le producía una situación en la que un caballero no debía haberse dejado sorprender—. Fue una imprudencia… Un lugar público… No volverá a ocurrir.

No era necesario responder. Y Miriam concentró sus pensamientos en sus dos hijos que ahora iban un buen trecho delante. Era una suerte que no fueran los dos chicos o los dos niñas. Entonces habría sido mayor la rivalidad. Pero así se llevaban muy bien los hermanos, teniendo en cuenta lo jóvenes que eran todavía. Y, de este modo, con sus hijos, Miriam se consolaba de otras carencias.

Pero, mientras, la figura de aquel otro muchacho se perfilaba en su mente: las manos finas sujetando el tablero de dibujo, las pestañas bajas que, al alzarse, revelaban escrita en sus ojos una pregunta para la que no había respuesta.

14

—Y la vida sigue —dijo Emma con vivacidad, abriendo otra invitación del correo que estaba leyendo durante el desayuno. Finalmente, había aceptado su situación en casa de los Mendes con una disposición encomiable. «Una dama valerosa —pensaba Miriam—. Se necesita verdadero valor para aprender el arte de recibir favores cuando uno está acostumbrado a hacerlos—. Miriam, guapa, ¿crees que podrías convencer a tu cocinera para que de vez en cuando hiciera *bière douce*? Mi Serafina la hacía para tu padre. A él le encanta y en realidad es muy fácil de preparar. Solo unas cáscaras de piña, azúcar moreno, clavo y arroz.

—Se lo diré, tía Emma.

—Gracias, cariño. Oh, oigan esto. Mi prima Grace me habla en su carta de ese horrible caso Tremont. La anciana era prima lejana de Grace. ¡Asesinada en su cama! ¡Y por un hatajo de salvajes a los que había mantenido desde niños!

—Pero dicen que su hijo era muy cruel, que los vendía sin miramientos y los mataba de hambre… —empezó Miriam, pero un resoplido de Eugene cortó sus palabras.

—¡Tonterías! Eso es lo que dicen siempre. Propaganda abolicionista.

—Sí, claro —dijo Emma—. Carta de Marie Claire. ¿Qué te parece? Dio un recital de *lieder* que tuvo muy buena acogida. Su maestro le augura éxitos crecientes. ¿No es asombroso? Yo siempre dije que cantaba bien, pero no creí que… Oh, han hecho buenas amistades en París… La baronesa de Pontalba… Tú ya sabes que la baronesa es de Nueva Orleans, ¿verdad, Miriam? Sí; fue su padre quien construyó la catedral, el *cabildo* y el *presbitère*. La casaron con Pontalba cuando él vino de Francia, pero el matrimonio fracasó. Es lo que yo digo: constituye una equivocación no ya obligar, sino incluso inducir, pues viene a ser lo mismo, a la gente al matrimonio. Nunca da resultado.

—No —suspiró Miriam. Era increíble que eso lo dijera la propia Emma, que había… En fin, ya no importaba.

—El escándalo fue mayúsculo. Cuestión de intereses. El viejo barón, su suegro, trató de matarla y luego se disparó un tiro. Bueno, Marie Claire dice que la baronesa vuelve a Nueva Orleans y que piensa edificar en el solar que tiene en la Place d'Armes. Que los Perrin tal vez compren un piso cuando la casa esté terminada. ¡Pues vaya! Ahora resulta que piensan vender su casa.

—¿Quién? ¿Qué casa? —preguntó Miriam con voz apagada.

—Pues la casa nueva, la que todavía no han estrenado. ¡Sí que es extraño!

—¿Y no dice cuándo piensan volver?

—A ver… No. Se quedarán aún algún tiempo, para que ella pueda seguir estudiando… Oh, pero André debe de estar decepcionado. Esa preciosidad de casa la dibujó él mismo… Bueno, si se instalan en la Place d'Armes, Pelagie se alegrará, desde luego. Los tendrá a la vuelta de la esquina. Pelagie siempre apreció a Marie Claire, a pesar de sus rarezas. Y André es tan simpático, ¿no crees, Miriam?

—Oh, sí, muy simpático.

—A mí todo ese asunto me parece bochornoso —dijo Eugene despectivamente—. No comprendo cómo él lo consiente.

Eulalie asintió y al recordar que Eugene no podía ver su gesto, corroboró:

—Bochornoso.

Eulalie, que estaba hospedada en casa de su hermana, pasaba muchos ratos con Eugene, leyéndole, atendiéndole y llevándole el sillón del sol a la sombra. Entre los dos se había establecido una extraña relación. «No le importa que Eugene sea judío —pensaba Miriam—. Le basta con que le permita servirle. Es el primer hombre que acepta su compañía». Formaban una extraña pareja: él, con su poblada barba y ella, tan pobre de pelo que ni las peinetas se le sostenían.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó Eugene—. No me ha dicho nada desde esta mañana.

Eulalie se levantó.

—Ahora mismo lo traigo.

Los niños, especialmente el chico, o acaso habría que decir «los chicos», según pensaba Miriam, eran lo único que aún interesaba a Eugene. Se había apartado de todo lo que antes llenara su vida. Era como un castillo que se desmoronaba. Sus largos silencios de ahora eran casi más alarmantes que sus cóleras de antaño. Ella trataba de reconfortarle, de tenderle una mano, de hacerle comprender que no estaba solo.

—No te esfuerces —decía él—. Eso no reza con nosotros.

—Eugene, ¿crees que no tengo sentimientos? —protestaba Miriam.

Le propuso que se hiciera socio de algún club, como el «Pelican» en el que médicos, abogados, banqueros y agentes de Bolsa se reunían para jugar a cartas o degustar los platos que preparaba el magnífico chef.

—Va lo mejor de la ciudad —dijo ella, apelando a su esnobismo.

—Ya conozco a lo mejor de la ciudad —replicó él—. Los clubs están bien para los anglosajones. Yo soy criollo y nosotros, los criollos, no necesitamos clubs.

«Tú eres judío —pensó ella—, no criollo». Aunque, naturalmente, un judío podía unirse al círculo de su preferencia. Si Eugene optaba por considerarse criollo, ella no tenía nada que oponer.

También le propuso que se hiciera llevar al despacho todas las mañanas. Un empleado podría leerle informes y él tomar las decisiones como antes. Pero él se negó.

—No; Scofield es un director competente. Dejaré los asuntos en sus manos.

Miriam no estaba tan segura. Hacía un mes, Scofield había traído un papel a la firma.

—¿Qué es esto? —preguntó Eugene cuando su visitante acompañó su mano inerte hasta donde tenía que firmar.

—Nada importante —respondió Scofields—. Tuve que pedir un préstamo al Banco. Solo a corto plazo, para ayudarnos a pasar el mes, hasta que Londres nos pague el último embarque.

Cuando el hombre salía, Miriam le abordó en el vestíbulo.

—¿Por qué tenemos que pedir préstamos, Mr. Scofield? Nunca habíamos tenido que hacerlo.

Y él, aunque respondió en tono deferente, la miraba con insolencia:

—No debe preocuparse, señora. Se trata de un recurso habitual en los negocios. A una dama no deben inquietarle estas cosas.

Ella hervía de indignación.

Ahora, Miriam trató de desterrar estos pensamientos.

—Eugene, ¿irás esta tarde con nosotros a la consagración del templo?

—No. ¿Para qué, si no puedo verlo?

Ella esperaba aquella negativa. Eugene tenía horror a mostrar en público su desgracia. Era comprensible.

Cuando la luz le daba oblicuamente en la cara, se veían aquellos ojos hundidos, blancos, muertos. Entre la frente y la mejilla, la carne corroída tenía un repulsivo color rosa brillante.

Miriam experimentaba sentimientos encontrados: compasión, horror y vergüenza, una vergüenza tanto más mortificante y dolorosa por cuanto que Eugene ni por asomo había aludido nunca a la responsabilidad que el padre de su mujer había tenido en su desgracia.

El sol de primavera iluminaba la multitud congregada en la esquina de las calles Canal y Bourbon y blanqueaba seis altas columnas jónicas rematadas por el espléndido entablamiento de lo que fuera la iglesia episcopal de *Christ Church* y que ahora, en virtud de la generosidad de Judah Touro, se convertiría en la sinagoga de *Nefutzoth Yehudah*. Aunque la ceremonia había terminado, aún sonaba el magnífico órgano, mientras la elegante concurrencia, compuesta por judíos y gentiles, los hombres con sus sombreros de copa y las damas con sombreros floreados, permanecía en la acera, observando a las personalidades.

—El coro ha estado espléndido —dijo Rosa contemplando a sus hijos con orgullo—. Hoy vuestro padre se habría sentido en la gloria. Mirad, ahí está Isaac Leeser, que ha venido de Filadelfia.

—Se hospeda en casa de Kursheedt. Tenía más de una docena de invitaciones, pero quería un hogar tradicional —dijo David con énfasis.

—¿No es Touro ese que está allí? —preguntó Miriam.

Touro, con su traje negro, se destacaba entre un círculo de admiradores vestidos de todos los colores del arco iris. Sus hundidos ojos eran negros y oscuros los pliegues que se formaban a cada lado de su severa boca.

La conversación giró en torno a Touro durante el camino de regreso a casa, al pasar por delante del Bloque Touro porticado y del barco *Judah Touro* que estaba en el muelle, listo para zarpar.

—Es asombroso —comentó Gabriel—. Ahora hasta observa el sábado. ¡Cambiar de hábitos tan radicalmente a su edad! Después de eso, nada parece imposible.

Y Miriam recordó que él era una de las personas que lo habían hecho posible. De pronto, sintió la necesidad de hablarle de la preocupación que la atormentaba desde hacía semanas. Al fin y al cabo, Gabriel era el abogado de la familia.

Así pues, cuando se estrechó la acera y sus hijos y David se adelantaron, ella dijo:

—Estoy preocupada. Se trata de los asuntos comerciales de mi marido. —Relató el incidente de la firma y las palabras que tuvo con Scofield—. Temo por nosotros, por mis hijos. Claro que yo no sé nada de negocios. He tratado

de hablar con Eugene, pero él ya no se interesa por nada. Y es que ha perdido algo más que la vista. Ha perdido la voluntad.

—Eso ya lo sé —dijo Gabriel en voz baja.

—Tal vez no debería decir estas cosas —manifestó ella en tono de disculpa—. Estoy segura de que Mr. Scofield es un hombre honrado, pero…

—¿Estás segura? Nunca se puede estar seguro.

—Bien, pues, entonces, no sé qué puedo hacer yo.

—Yo no soy más que el abogado de tu marido. No tengo atribuciones para ver los libros sin su permiso. También he tratado de hablar con él, pero es lo que tú dices, ha perdido el interés. Tiene en Memphis negocios de algodón y maderas, que habría que vigilar.

De pronto, Miriam se sintió desamparada, como si una ráfaga helada hubiera cruzado el aire tibio de la tarde.

—Se diría que no quiere pensar —dijo.

—Pues alguien debe pensar por él.

—¡Es que no hay nadie! ¡A mi padre no puedo pedírselo! David no entiende absolutamente nada de negocios. Y mis hijos no tienen quien vele por ellos.

—Te tienen a ti.

—¿A mí? ¿Y qué quieres que haga yo? Yo soy una mujer.

Gabriel se paró y la miró.

—Puedes aprender —dijo muy serio.

—¿Y quién va a enseñarme?

—Yo. Pero tienes que obtener permiso de Eugene para actuar en su nombre.

Eugene no quiso dárselo.

—¿Cómo? ¿Tú, en una oficina, tratando con hombres? No soy tan necio como para consentir eso. Ni mucho menos. Prefiero a Scofield mil veces.

A pesar suyo, a Miriam se le quitó un peso de encima. Eugene tenía razón. ¿Cómo iba a sentarse en un despacho y tratar con hombres?

Pero estuvo preocupada todo el verano. En el otoño, Scofield llevó más papeles para la firma de Eugene. Miriam pudo distinguir el membrete de un Banco y supuso que se trataba de nuevos préstamos. Esta vez, Scofield, al salir, cruzó el vestíbulo casi corriendo para esquivarla. Mientras desde la puerta le veía alejarse por la avenida y doblar la esquina, Miriam creyó percibir un aviso de desastre. Había vivido en Nueva Orleans el tiempo suficiente como para saber que las fortunas se pierden con más facilidad que se ganan. Y se quedó de pie en la puerta, mirando a la calle, sin ver al niño

que hacía rodar el aro, ni el carro de la fruta, ni a las dos viejas que charlaban en la acera, sino únicamente el espectro del desastre.

Aquella noche, Angelique tuvo una pesadilla. Su grito despertó a Miriam del profundo sueño en el que la mente inquieta se refugia para huir de su zozobra.

Miriam encontró a la niña de pie en la cama, con la muñeca en brazos. A la luz de la vela, sus ojos eran dos hoyos negros.

—No tenemos casa donde vivir —susurraba—, no tenemos casa.

Miriam vio que estaba aterrorizada. Se sentó en la cama y atrajo la niña a su regazo.

—¿No tenemos casa? Cuéntame, cielo, ¿cómo es eso?

—Yo estaba en la calle, sola, sin saber adonde ir.

—Pues ya ves que estás en tu camita, con la colcha rosa que te regaló tía Emma y con tus muñecas, y tu hermano está ahí al lado y papá, al fondo del pasillo…

—Pero papá tampoco tenía casa. Se le llevaron la mesa.

Miriam se quedó desconcertada un momento, pero en seguida recordó cómo Emma se había lamentado de la pérdida de sus muebles que habían sido subastados, y en especial de la mesa de caoba, en la que cabían veinticuatro comensales. Por más que todos se esforzaron en ocultar el desastre a los niños, también ellos sintieron su impacto. ¡Pobrecitos!

Miriam se estremeció con un sombrío presentimiento, mientras la voz del miedo le susurraba al oído: A vosotros no os recogerá nadie.

—Estabas soñando, cielo. Has tenido un sueño tonto y feo. Nunca nos iremos de esta casa. Es nuestra, con todo lo que hay dentro.

—Pero papá…

—Papá está aquí, con nosotros. —Le pasó los dedos por el pelo y le alisó el volante del cuello del camisón—. Y no quiero que pienses más en todo eso. Aquello fue diferente, Angelique.

—¿Por qué diferente? —insistió la niña.

—Es difícil de explicar, pero lo fue. Tienes que fiarte de mí. Yo nunca te miento, ¿verdad?

—No.

—Bien, ahora duerme, cielo. No pasa nada.

Cuando volvió a acostarse, Miriam se reprendió a sí misma por haberse contagiado del miedo de la niña.

«Aquello fue diferente, Angelique», le había dicho.

¿Cómo podía estar segura?

Oh, basta ya, Miriam. Por la noche las cosas parecen mucho peores, eso ya lo sabes. Tú sí que te portas como una niña. Quizá no pase absolutamente nada y tus temores sean fruto de tu imaginación morbosa.

O quizá no.

Una tarde, a última hora, Miriam tomó del cajón de la mesa de Eugene las llaves del despacho y se fue al centro a ver los libros. Las columnas de números no le decían absolutamente nada, pero la carta que encontró en el cajón de arriba de la mesa de Scofield no podía ser más explícita. En ella, el Banco de Nueva Orleans reclamaba el pago de un efecto vencido hacía tiempo. El papel le temblaba en la mano.

Miriam regresó a casa andando despacio, remisa a plantear a Eugene una crisis que él no estaba dispuesto a afrontar. Pero, si no la afrontaba él, ¿quién podría hacerlo?

Aunque ya anochecía, en el edificio Pontalba de la Place d'Armes seguían trabajando los obreros. La última luz de la tarde teñía de rosa los ladrillos y daba al hierro forjado un brillo de brea. Aquellas casas se construían con los mejores materiales y en ellas vivirían las familias más elegantes de la ciudad. ¿No dijo Emma que André y Marie Claire pensaban instalarse allí? Miriam se detuvo. Era extraño que ya no *sintiera* el viejo dolor y, sin embargo, conservara tan vivo su recuerdo. Se preguntaba si cuando él regresara se despertaría de nuevo la angustia. Casi deseaba que no volviera, por lo menos, para quedarse a vivir. Y recorría con la mirada la fachada del edificio, como tratando de adivinar cuál de aquellas ventanas sería la suya.

En un balcón del primer piso había una mujer arrodillada, examinando el marco. ¡La baronesa! Era la comidilla de la ciudad desde que llegó de Francia para vigilar la marcha de las obras, subiendo y bajando escaleras de mano vestida con pantalones. ¡Qué mujer! Tenía una energía y una osadía asombrosas y era evidente que no le importaba la opinión de la gente. Extraordinaria.

Eugene no estaba en casa. No había dejado recado; nunca lo dejaba. Ya se sabía dónde iba. La carta del Banco tendría que esperar hasta la mañana siguiente. Miriam subió a su habitación, volvió a leerla y después abrió el *Daily Delta*.

Su mirada tropezó en seguida con el nombre de Pontalba, seguido de la frase «inteligente expresión» y «enérgica vitalidad». Y Miriam leyó rápidamente:

Por su llaneza y su sencillez…, una dama activa y decidida que, reducida a sus propios recursos y obligada a prescindir de su natural reserva femenina, se entrega, con laboriosidad y ahínco, a mantener a su familia… Su sagacidad para los negocios…

Miriam dejó el periódico.

—«Mantener a su familia» —repitió en voz alta—. «Su reserva femenina» —dijo frunciendo ligeramente el entrecejo—. «Sagacidad para los negocios».

Se levantó y empezó a desnudarse, mientras pensaba en la baronesa. Vio en el espejo cómo caían al suelo el vestido, la enagua de muselina blanca, la enagua de tarlatana plisada, una falda de percal, la miriñaque y, por último, la enagua de invierno de franela. Y, al recordar los pantalones de la baronesa, se le ocurrió que toda esta vestimenta era grotesca. Con estas faldas no se podía subir y bajar la escalera de mano, ¿verdad? Desde luego, ella no tenía necesidad de subirse a una escalera, pero…

Volvió a coger el periódico y leyó afanosamente: «Dama decidida, reducida a sus propios recursos…». Algo le recorría la espina dorsal, era un estremecimiento de excitación y temor.

Tus hijos te tienen a ti, le había dicho Gabriel.

Yo te enseñaré.

—¿Por qué no?

Por la mañana, fue a ver a Eugene. Él estaba sentado en su sillón de orejas, palpando un pequeño objeto, como mirándolo con los dedos. Al oírla entrar, lo dejó cuidadosamente en la mesa y ella vio que era una figurita de barro esmaltado que representaba un león echado.

—Qué bonita, Eugene. —Titubeó antes de preguntar suavemente—: ¿La ha hecho… él?

Eugene asintió.

—El color es perfecto, arena dorada.

Observó que, por alguna razón, a él no le complacía hablar de ello. Y creyó comprender la complejidad y la desolada confusión de sus sentimientos.

—Aquí tengo una carta del Banco —dijo ella entonces—. Voy a leértela.

—¿Te la mandan a ti?

—No; la cogí del cajón de Mr. Scofield, tu apoderado. ¡Un momento! Antes de estallar, haz el favor de escucharme.

Cuando Miriam hubo leído la carta, Eugene guardó silencio. En sus abúlicas facciones ella vio sobresalto y contrición, pero sobre todo, una átona indiferencia.

Así pues, la vía estaba libre.

—¿Vas a darme permiso para trabajar ahora? No haré nada sin la aprobación de Gabriel Carvalho. Aprenderé lo que haga falta, del mismo modo que de niña tuve que aprender vuestras lenguas. ¿Estás de acuerdo?

Su silencio era asentimiento.

Poco después, él se levantó.

—Pídeme el coche. Voy a salir.

—El coche ya está esperando. ¿Vas a casa de Queen?

Él se volvió hacia ella sin responder. La mejilla temblaba. —No te apures, Eugene. ¿Crees que no sé que aún la visitas?

Le siguió al vestíbulo, donde Sisyphus le esperaba para ayudarle a bajar la escalera.

—Di a Maxim que lleve a Mr. Mendes a la casa de Chartres Street donde suele ir y que le espere, si no le ordenan otra cosa —dijo a Sisyphus.

Las instrucciones eran superfluas, desde luego, ya que la rutina era siempre la misma. Pero era un alivio poder decir en voz alta lo que hasta entonces fuera un secreto. ¡Ah, qué comentarios había en la cocina! Miriam se enorgullecía de poder admitir abiertamente una situación que otras personas considerarían humillante. Y es que, al aceptarla públicamente, dejaba de ser una humillación.

Además, ahora tenía cosas más importantes en que pensar.

15

La ciudad apenas empezaba a despertar cuando David encaró su caballo hacia el fastuoso amanecer. Lucien le seguía guardando respetuosamente la distancia de amo a criado, y ambas cabalgaduras avanzaban a buen trote. El maletín de David pendía del borrén de la silla y de su cinturón colgaban dos pistolas. A él, que nunca portó un arma, le estorbaba su peso, y no las habría llevado de no haberse negado a acompañarle Lucien si no iba armado.

Por más que las armas no llamaban la atención. Un caballero del Sur solía llevar pistola, puñal o ambas cosas. Bajo aquella capa de cortesía, eran un pueblo violento, reflexionaba ahora David mientras pasaba junto al robledal de los duelos, situado detrás de la catedral, donde, hacía solo una semana, había tenido que asistir a dos buenos mozos que se mataron el uno al otro por una estúpida disputa sobre una actriz. No tendrían más de dieciocho años y su sangre ya había empapado la tierra.

Hoy Lucien se sentía temeroso. El era de los que tenían presentimientos. Pero David no veía por qué motivo las reuniones de aquel día habían de ser diferentes de otras. En la primera, que se celebraría en un restaurante bajo la apariencia de una fiesta social, debían tratarse cuestiones de política general. Luego, por la tarde, en el pantano, tenía que hablar a los dirigentes negros.

En ninguno de los dos sitios serían necesarias las armas.

Él nunca deseó valerse de las armas. Las palabras y las ideas eran mucho más poderosas, porque, en última instancia, contra las ideas no había defensa posible.

Ciertamente, en política estaba plateándose una crisis. El partido conservador de los Whigs estaba moribundo y por todo el Norte cobraba gran auge el nuevo partido republicano. Los esclavistas se veían obligados a situarse más y más a la defensiva. ¡Y cómo se defendían! ¡David no concebía que un hombre como Judah Benjamín pudiera hablar de aquel modo en el Senado de los Estados Unidos!

Los esclavos son propiedades, dijo; no hay derecho a privar a un hombre de su propiedad. Bueno, Charles Summer podía decir de Benjamin que era el

orador más brillante del Senado, y tal vez lo fuera, pero la oratoria y los buenos modales nada tenían que ver con la moral. ¡Que un judío dijera esas cosas! Claro que Benjamin no tenía mucho de judío.

A pesar de todo, David suponía que un judío podía equivocarse como cualquiera. En estos tiempos había divergencias entre los rabinos, lo mismo que entre el clero de las demás confesiones.

En Nueva York, rabí Raphall citaba el *Éxodo* para justificar la esclavitud. No, decía el rabino, él no tenía esclavos; pero, desde luego, no estaba prohibido tenerlos, siempre que se les tratara dignamente. Su sermón fue muy elogiado y citado en todo el Sur.

Rabí Einhorn, de Baltimore, le rebatía airadamente diciendo: Es el espíritu de la Biblia lo que debe guiarnos, no las costumbres primitivas que describe. ¡Claro que se menciona la esclavitud, como se habla de la poligamia y de la monarquía, y tanto la una como la otra han sido abolidas en los Estados Unidos! Ahora, al dejar atrás el límite de la ciudad, los cascos de los caballos repicaban en el suelo arenoso. David sentía en la cara el frescor del aire otoñal. Delante de él el camino cruzaba las vías del tren. En el paso a nivel, tiró de las riendas y se quedó unos momentos contemplando los negros y relucientes raíles. Ahora había tren directo hasta Nueva York. Un gesto de preocupación ponía profundos pliegues en su frente.

Lucien se situó a su lado.

—Nunca lo conseguiría —dijo en voz baja—. Le cogerían en la próxima estación. El barco es el único medio, se lo he dicho muchas veces.

—No me cogerán.

—Ojalá.

David sentía en las venas el frío hormigueo del miedo. El que diga que puede enfrentarse sin temor a una muerte dolorosa, miente. Estoy muy asustado, se decía.

Pero dentro de él había algo más fuerte que el miedo. El odio al enemigo —al sistema, no a los hombres que lo imponían— era tan fuerte que parecía capaz de destruir aquella injusticia por sí solo; frente a tanto odio, el sistema tenía que debilitarse, pudrirse y morir antes de que la muerte le alcanzara a él.

El surco de su frente se ahondó. David chasqueó la lengua para arrear al caballo y gritó a Lucien por encima del hombro:

—Date prisa. Hoy tenemos muchas cosas que hacer.

Del pantano se elevaba una niebla tan densa que, a pesar de la luna, desde el lugar en el que David se había detenido, solo se veía el primer círculo de

árboles. Más allá, la oscuridad de la selva. De las hojas de los árboles goteaba el agua con un sonido regular como de redoble de tambores o batir de pies.

—Súbase el cuello cubriéndose la cara —le aconsejó Lucien.

—¿Quieres dejar ya de hablar en cuchicheos? No te oigo —dijo David con impaciencia.

Estaba nervioso.

—He dicho que se suba el cuello y se eche el sombrero hacia adelante —respondió Lucien, irritado a su vez—. Tiene que procurar que no lo reconozcan, ¿no se da cuenta?

—Pues menos mal que hace frío —gruñó David. Entornó los ojos escudriñando en la negrura, pero la niebla le impedía ver—. Este lugar me recuerda el… —empezó, pero dejó la frase sin terminar.

Iba a decir algo acerca de las brujas de Macbeth, pero se interrumpió al comprender que Lucien no sabría de qué le hablaba.

—No tengo ni la más remota idea de dónde está el camino —se lamentó —. ¿Estás seguro de que sabes adonde vamos?

—Confíe en mí. Cinco minutos más y habremos llegado.

Al poco rato, sus pies empezaron a hundirse en un cenagal y a cada paso había que vencer una fuerte succión.

—Perdón —se disculpó Lucien—. Pero cuanto más húmedo el terreno, mejor se engaña a los perros. En seco pueden seguir un rastro durante casi diez kilómetros y conservar la fuerza suficiente para despedazar a un hombre.

—Aún no me explico cómo puedes saber dónde estamos.

—Oh, hay que conocer las señales del terreno. Mi hermano vivió en el pantano de los cipreses tres años después de escapar. Él y una banda de veinte hacían incursiones a las plantaciones durante la noche en busca de comida.

—Eso no me lo habías contado.

—No me gusta hablar de ello.

—¿Está también tu hermano con el grupo que vamos a ver esta noche?

—No, a él lo ahorcaron. —Como David no hiciera ningún comentario, Lucien continuó—: Un abolicionista de Illinois los metió en un grupo grande, de unos dos mil negros, que fabricaban cartuchos y otras municiones. Pero los vigilantes los descubrieron. Es lo malo de los grupos grandes. Siempre hay alguien que se va de la lengua… ¡Quieto! ¡Escuche!

Por la izquierda se oía un leve roce de hojas al ser apartadas con sigilo. Los dos hombres se quedaron esperando. Poco después, se distinguía entre los árboles un leve resplandor como un claro de luna entre nubes, y aparecía un farol, después el hombre que lo sostenía y, uno a uno, un grupo de hombres,

cada uno con su pequeño farol que, juntos, formaban una charca de luz y el pequeño y concurrido calvero.

Lucien levantó el brazo en señal de saludo.

—Escuchad, esta noche os traigo a un hombre que os hablará. No preguntéis quién es. No tenéis por qué saberlo. Es un amigo. Con eso basta. Si no lo fuera, no estaría aquí; esto es muy peligroso, todos lo sabéis. Yo traté de convencerle de que no viniera, pero él se empeñó en venir. Acercaos un poco más.

Los hombres obedecieron en absoluto silencio. David se vio rodeado de dientes blancos y relucientes y ojos que brillaban en la oscuridad.

—¿Y los caballos? —preguntó Lucien.

—Dos buenos caballos —respondió un hombre—. Frescos y ensillados. Ahí mismo, detrás de esos árboles.

—¿Caballos? —preguntó David.

—Para nosotros. Para usted, si hace falta. ¿Ve dónde señalo? Vaya en línea recta hacia el Sur. Antes de dos kilómetros, llegará a la carretera. Ella le llevará directamente a la ciudad.

—¿Pero y los caballos que dejamos en el establo del hotel? —preguntó David.

—Mire, si hay problemas, usted tendrá que salir de aquí a toda prisa —dijo Lucien—. Hágame caso. Vaya por donde le digo. Yo me he trazado otra ruta. Así es más seguro. ¿Me comprende?

David asintió. Por lo visto, aquella noche amo y criado habían trocado los papeles.

—Comprendo —dijo gravemente.

—Está bien. Ahora puede empezar.

David se adelantó:

—Vengo a hablaros porque deseo lo mismo que vosotros, una vida mejor para vosotros y para todos.

Nadie se movió. Su pequeño discurso, que no había preparado, salía con naturalidad, espontánea y sinceramente del corazón.

—A veces quizás os parezca que los cambios que pretendemos no han de llegar nunca, o no con la rapidez suficiente como para que vosotros podáis beneficiaros de ellos.

Alguien movió un farol proyectando la luz hacia arriba, y en el campo visual de David apareció la cara macerada y estática de un anciano. «Esta es, por fin, mi toma de contacto con la realidad, con la carne valerosa y el hueso vulnerable. Lo de antes no fue sino planes y teoría, filosofía y papel». Pero, al

mismo tiempo, David se sentía externo a aquella realidad, observándose a sí mismo en aquella noche fantasmagórica, personaje de un sueño fantástico.

—Si miles de vosotros os negarais a trabajar, a no ser a cambio de un salario, lo cual significaría la libertad, podríamos ganar sin utilizar la violencia.

Hizo una pausa. A pesar de la oscuridad, él percibía la inmediata tensión de los cuerpos, podía intuir cómo su auditorio tendía el oído, atento. Se le erizaba el vello de los brazos.

Ladró un perro, el sonido quebró el silencio expectante. Casi inmediatamente, retumbaron violentamente cascos de caballos y se alzó un clamor de voces.

El círculo se rompió. Los hombres, despavoridos, dejaron caer los faroles y se dispersaron amparándose en la espesura. Momentos después media docena de jinetes que blandían antorchas y pistolas surgieron de entre los árboles; unos cuervos se alborotaron con graznidos y aleteos, los caballos relincharon, los bosques despertaron.

Lucien y David se miraron aturdidos, como si dudaran de sus sentidos.

Luego, Lucien gritó:

—¡Fuera de aquí todos! ¡A correr!

Los caballos caracoleaban alzándose de manos. Los enormes animales se estremecían bajo los trallazos y braceaban frenéticamente entre los matorrales.

—¡Corran! —gritaba Lucien—. ¡David, a la carretera!

Un caballo cerró el paso a David.

—¡David! —gritó el jinete—. ¡Conque eres tú, David! ¡Canalla!

El hombre alzó una pistola.

A la luz de la antorcha relucían, furiosos, los ojos de Sylvain Labouisse, unos ojos enloquecidos en los que se leía odio y muerte. David sacó la pistola. La bala de Sylvain percutió en las hojas sobre la cabeza de David, mientras el disparo de este derribaba a Sylvain de la silla.

—¡Váyase! —gritó Lucien—. Le ha reconocido.

David subió al caballo de Sylvain.

—Lucien, ve a ver a mi hermana o a Gabriel Carvalho, uno u otro. Necesitaré dinero. No quiero que se compliquen en esto, solo un poco de dinero.

Y, picando espuelas, lanzó el caballo hacia el pantano.

Diez minutos después, cuando salía a la desierta carretera, David volvió a experimentar aquella extraña sensación, como si una voz dijera: esto es un

sueño, ¿sabes? Estas cosas no ocurren en un período de minutos. Porque hace menos de media hora te levantabas de la cena en el hotel, te despedías de los amigos y quedabais en volver a reuniros dentro de un mes. Ayer visitabas a tus pacientes. Y ahora estás huyendo para salvar la vida. No; es imposible.

Un hombre como tú no saca la pistola de la funda sin pensarlo siquiera. ¡Pero si nunca habías tenido una pistola en la mano! ¿Y era de verdad Sylvain Labouisse ese hombre? ¿Y tú disparaste contra él? Tal vez lo hayas matado. No lo permita Dios. Pero él quería matarte a ti. ¿Por qué había de querer matarte? Tú nunca le hiciste nada, nunca hiciste daño a nadie. ¡Tú, que tanto te preocupas por los demás! Pero tal vez sea una insensatez preocuparse tanto. Quizá deberías ocuparte de tus propios asuntos. ¿Quién te has creído que eres? ¿El Mesías?

—¡Oh, Dios mío! —dijo en voz alta.

Y ante tus ojos horrorizados, suspendida en el aire, sobre la cabeza del caballo lanzado al galope, se dibujaba la cara triste, desconcertada y dulce de Pelagie.

Cuando se abrió la puerta, la corriente de aire esparció los restos de papel quemado por todo el suelo.

—No pierda el tiempo con eso —dijo Lucien—. Déjelo.

—Ya estoy —dijo David cogiendo el maletín de mano. Vestido con el abrigo y la bufanda de lana oscura en los hombros, era la perfecta estampa del viajero—. He quemado las listas de MacKenzie, para no comprometer a nadie. —Paseó una mirada casi afectuosa por la pequeña y destartalada habitación—. Me pesa dejar mis libros.

—Yo te los enviaré —dijo Miriam—, en cuanto sepa dónde vives.

Y le arregló la bufanda, que no necesitaba arreglo.

—No te entretengas, David. No puedes perder ni un segundo.

—Gabriel señaló a Miriam con un movimiento de cabeza—. Ella corre peligro.

Como si hubiera tenido una súbita inspiración, David asió a Miriam por los hombros.

—Oye, no debiste venir, pero ya que estás aquí, mira, tú siempre hablabas de marcharte… Ahora podrías… Lucien traería al pequeño Eugene y a Angelique… Solo un par de minutos más. Podríamos marcharnos todos.

—¡No! —exclamó Gabriel con vehemencia—. No piensas lo que dices. ¿Es que sabes siquiera si vas a llegar al barco o si no van a interceptarlo? No creo que quieras hacerle correr más riesgos de los que ha corrido ya.

—Tienes razón, sí, tienes razón, pero aun así…

—De todos modos, yo no puedo marcharme ahora —dijo Miriam—. ¿Cómo quieres que deje a papá? ¿Y a Eugene, ciego? Estoy empezando a poner en orden los asuntos.

David abrazó a su hermana.

—Tengo que volver a dejarte. Cuando tú más me necesitas, cuando tendría que estar a tu lado, te dejo.

Estaba triste, sus ojos, su voz y hasta la mano con que le acariciaba el pelo reflejaban su tristeza.

—David, no te preocupes por mí. Ahora solo deberíamos pensar en ti. Oh, cuídate. No…, no vuelvas a hacer locuras… Bueno, quise decir…, oh, no sé lo que me digo. Cuídate mucho.

Lucien tiró de la manga a David.

—Van a llegar de un momento a otro.

—Cuando llegues a tu destino, escribe —dijo Gabriel—. Te mandaré todo lo que necesites para que te establezcas. De momento tienes dinero suficiente. La embarcación se llama *Elsie Ann*. ¿Seguro que sabes manejarla, Lucien?

—Sí, sí, seguro. —Lucien ya estaba en la puerta.

—Bien. Cuando hayáis cruzado el límite del Estado y estéis en Mississippi ya no tendréis problemas. —Gabriel tomó de la mano a David y tiró de él hacia la puerta—. ¡Dios mío, qué horrible asunto! Pero ve con Dios. De prisa, hombre.

Cuando los presurosos pasos de David y Lucien se extinguieron, Gabriel susurró:

—¡Qué horrible asunto! —repitió—. Anda, dame la llave. Cerraremos esto y te acompañaré a tu casa. ¿Sabe alguien que Lucien fue a buscarte?

—Solo Fanny, y no sabe por qué. Además, confío en ella.

—No se puede confiar en nadie. No deberías haberte visto mezclada en este asunto.

—Tú lo estás, y no eres su hermano.

—Cada cual tiene sus razones. Algunas veces, muy complicadas —dijo Gabriel en voz baja.

—Es la segunda vez que le salvas, ¿te das cuenta?

Gabriel sonrió. «¡Qué poco sonríe! —pensó Miriam—. Y tiene una sonrisa extraña, que se extiende lentamente por su cara, como si hasta sus facciones se sorprendieran de su dulzura».

El silencio era absoluto. Ni una hoja se movía en la cargada atmósfera. Y se quedaron saboreando el silencio, recuperándose de la tensión de la última

media hora. De pronto, Gabriel levantó una mano.

—¡Escucha! ¿No has oído nada?

—No; nada. Calla…, sí, ahora sí.

—Ssh. Caballos. Vienen hacia aquí. Diría que bajan por Royal Street.

El batir de cascos se acercaba.

—Vuelve a entrar en la casa. Ya no podemos salir. Vienen a buscarle. Escóndete ahí. No; espera. Espera un momento. —De un rollo de venda que había en un estante cortó un trozo—. Envuélveme la cabeza, por encima de la oreja. Procura que quede prieta. Eso es.

Miriam, desconcertada y con el corazón alborotado y la boca seca, obedeció.

—Ahora sal al patio. ¡Fuera de aquí!

—¿Dónde? ¿A dónde voy? —preguntó despavorida.

Los caballos habían entrado en la calle, y se oían voces de hombres que se llamaban unos a otros.

—Donde quieras. Y, pase lo que pase, no hagas ruido.

Miriam se escondió entre los arbustos, detrás del excusado, recogiéndose las faldas. Gabriel había encendido una vela. Ella le veía por la ventana, sentado en un sillón, con la vendada cabeza apoyada en el respaldo. Oyó golpes en la puerta de la calle, y vio cómo él se levantaba y abría a tres hombres agitados y descompuestos.

—¿Dónde está el médico?

—Eso quisiera saber yo. Llevo esperándole un buen rato. El oído me duele a rabiar.

—Yo le conozco. Usted es abogado, ¿verdad?

—Sí. Carvalho, Gabriel Carvalho. ¿Y usted?

—Lloyd Morrissey. ¿Hace rato que está aquí?

—Una hora aproximadamente. ¿Pasa algo malo?

—¡Que si pasa! Han disparado contra Sylvain Labouisse. Ha sido Raphael.

—¿El doctor Raphael? No sabía ni que llevara armas. Si es un hombre pacífico… Él…

—Fue Raphael, de eso no cabe duda. Derribó a Labouisse del caballo.

—No puedo creerlo. ¿Está malherido?

—¿Malherido? ¡Está muerto!

—Pues el criado que me abrió la puerta me dijo que el doctor había salido hacía varias horas —insistió Gabriel—. Que había ido a asistir a un parto

difícil. Me parece que dijo que en North Rampart Street, aunque no presté atención. Y es que me duele tanto el oído…

—El criado le mintió. Raphael no fue a hacer una visita, sino que trata de escapar de la ciudad.

—¡Vámonos ya, Morrissey, por los clavos de Cristo! —gritó un hombre —. Tenemos que separarnos. Uno de nosotros tiene que dar con él.

Sonó un portazo y se hizo rápidamente el silencio. Miriam se quedó esperando unos minutos, hasta oír que Gabriel la llamaba en voz baja.

—Ven, de prisa. Registrarán toda la ciudad. Manténte detrás de mí, pegada a las paredes de las casas.

Pasaban sobre la luna jirones de nubes que oscurecían la calle y al alejarse, liberaban fulgores plateados que iluminaban la acera.

—Procura que no se te vea —susurró Gabriel por encima del hombro—. Camina tan silenciosa y ligera como puedas. Nunca se sabe quién puede estar despierto a estas horas. Complots y muertes —le oyó murmurar mientras se deslizaban por las calles.

Aunque él caminaba encorvado, trantando inconscientemente de hacerse más pequeño, proyectaba una sombra muy larga. «¡Cómo debe de aborrecer esto! —pensó Miriam—. Es contrario a su manera de ser». Y aunque estaba asustada y tensa, descubrió que, si bien la huida de David y la revelación de cuáles habían sido sus actividades durante los últimos años, fueron un duro golpe, ahora, al reflexionar, descubría que no le causaron una gran sorpresa, porque estaba en consonancia con el carácter de su hermano. Pero a Gabriel nunca podría imaginárselo haciendo algo tan temerario, tan imprudente. Y, no obstante, allí estaba, fuerte y decidido en el momento de la crisis. Mientras le seguía con paso rápido, ella estaba segura de que la llevaría a casa sana y salva. El la protegería como había protegido a David.

Al doblar la última esquina, le oyó susurrar:

—David ya habrá llegado al río. Ha tenido tiempo, estoy seguro. Gracias a Dios.

El cortejo partió de la funeraria y se dirigió a la catedral, para rendir tributo a las virtudes cívicas de Sylvain Labouisse y reconocer públicamente sus buenas obras. Era un desfile lúgubre, silencioso y negro. Seis caballos, con mantas y penachos negros, tiraban de la carroza fúnebre. Negro era también el dosel tendido sobre el féretro. Solo los blancos crisantemos amontonados sobre el ataúd y la paloma blanca posada en la cúspide, aliviaban la negrura.

—Me recuerda el funeral de Lafayette —susurró Rosa—. Fue en el treinta y cuatro. Claro que, en lugar de féretro, llevaban un busto de Lafayette. Pero no es menos solemne.

Miriam, molesta por su charla, se adelantó. Algunas mujeres se habían quedado en la escalera del templo. Y es que a los entierros no iban las mujeres. En realidad, ni allí hubieran tenido que estar, pero Rosa sentía curiosidad y Miriam quiso acompañar a su padre y esperarlo a la salida.

El pobre hombre estaba casi enfermo del disgusto. Ella trató de consolarle, de mitigar en lo posible la vergüenza que ella compartía.

—Piensa, papá, que Sylvain iba a matarle.

—¿Quién mandaba a David meterse en tales andanzas? De no haber estado allí, nada habría ocurrido.

—Pero, papá, para David es un caso de conciencia. Él no iba por afán de aventuras, sino impulsado por sus convicciones.

Miriam, ante la mirada de consternación de su padre, optó por callar.

¡Cómo defraudan los hijos! ¡Pobre papá! Por si no bastaba la ruina económica, ahora esto.

Tanto si los demás, Emma especialmente, le censuraban por el acto de David —y, salvo Eulalie, que estaba presa de una cólera salvaje, Miriam confiaba en que no sería así—, como si no lo hacían, Ferdinand creería que le culpaban y, probablemente, siempre lo creería.

Ahora, por las puertas abiertas, Miriam veía a su padre en el último banco. Había entrado después, evitando a la gente. Y se preguntaba qué diría Ferdinand si supiera el papel que ella había desempeñado en la huida de su hermano.

Calma, calma, se decía. Piensa en otra cosa.

Al fondo, refulgía la orfebrería del altar. Los ojos de Miriam resiguieron la dorada inscripción del arco. En un mural, san Luis, rey de Francia, proclamaba el comienzo de la Séptima Cruzada. ¡Espadas y sangre!

Quemando judíos en sus callejas mientras marchaban a través de Europa.

¡Basta! Bastante sangre se ha vertido aquí, para que además haya que pensar ahora en todos esos siglos.

No, dijo David aquel día en «Beau Jardin» cuando regresó de Nueva York. No; una esposa no encajaría en mi vida.

Y hacía mucho tiempo, en Europa, el abuelo había dicho entre orgulloso y enojado: ¡Qué testarudo es cuando cree que una cosa es justa!

¿Quién puede saber lo que es justo?

Las llamas tiemblan en el extremo de los cirios. Todo el mundo tiembla.

—No te atormentes —dijo Rosa cariñosamente—. A nadie se le ocurriría echarte la culpa.

—No es eso. Es que pensaba en Pelagie.

Lo cual también era verdad.

Cascadas de dolor fluían del órgano. El féretro salía delante de la fila de hombres con traje de luto y sombrero de copa. Junto al bordillo, mientras Ferdinand y Eugene subían al coche, Gabriel se acercó a Miriam. Su mirada decía: Este secreto compartimos tú y yo. Le habló en voz baja:

—¿Te encuentras bien?

«Debo de parecer una muerta», pensó ella, y dijo:

—Voy a ver a Pelagie.

—Las mujeres católicas no hacen visitas de pésame antes de nueve días —le recordó Rosa.

—Yo no soy católica, y tengo que verla.

Rosa apoyó una mano en el brazo de Miriam.

—Tal vez ella no quiera verte —dijo suavemente.

—Eso es lo que tengo que averiguar.

Miriam volvía a tener ocho años, estaba en el dormitorio del piso de arriba y Pelagie le decía: «Oh, vas a ser una belleza, y tu papá te comprará pendientes de brillantes».

Había crespones grises en la puerta y, mientras levantaba la aldaba, Miriam recordó que en el matrimonio, excepto para los muy viejos, los colores de luto eran el gris y el morado. En el centro había una corona de cuentas negras con unos mechones de pelo de Sylvain y un lazo de terciopelo. «Fórmulas y costumbres —pensó—. Todos las observamos, cada cual a su manera, en busca de consuelo. Pero ¿consuelan? ¿Cómo voy a saberlo? Nunca conocí un dolor como el de ella».

Alguien le abrió la puerta y se fue. Miriam se quedó en el oscuro vestíbulo sin saber adonde ir. Las persianas estaban cerradas y el gran espejo, cubierto con un paño. El reloj, situado al pie de la escalera, señalaba las nueve y cuarto. Lo habían parado a la hora en que murió Sylvain. «A las nueve y cuarto de la noche, en un remoto rincón de la marisma, mi hermano…». Miriam alzó la cabeza y entró en el salón.

Pelagie estaba sentada en el sofá, entre Emma y Eulalie. Bajo su falda, otro niño esperaba el momento de nacer; el último, seguramente, porque, ¿quién iba a casarse con una viuda madre de ocho hijos?

Al oír entrar a Miriam, las tres mujeres levantaron la cabeza. La madre y la hermana se hablaron sin palabras: ¿A qué habrá venido?

Miriam y Pelagie permanecían quietas y expectantes. Luego, vacilando, Pelagie se levantó y Miriam corrió hacia ella con los brazos abiertos. Al calor de aquel abrazo, juntas lloraron al muerto y perdonaron al vivo.

Incluso antes de abrir el sobre, escrito con la letra de David y con franqueo de Nueva York, el miedo que durante el último mes había pesado en el corazón de Miriam como una losa, se desvaneció. No había nadie en casa cuando llegó la carta, por lo que se le evitaron los silencios hostiles y las palabras de enojo que acompañaban cualquier alusión a David.

Miriam leía ávidamente. Mientras recorría línea tras línea, los ojos de su mente no veían más que una palabra, grabada en grandes letras llameantes: ¡Salvado! ¡Salvado!

El escribía, discreto:

En el puerto encontramos un velero. Por primera vez en mi vida, tuve que tomar algo que no era mío.

Cortamos las amarras y nos fuimos río abajo. Lucien es un magnífico navegante y el viento soplaba a favor nuestro; de no ser así, seguramente me habrían dado alcance. Cinco minutos más y ya hubiera sido tarde, y ahora no estaría escribiéndote. Estábamos a pocos metros de la orilla cuando oímos gritos en el muelle.

Brillaban las antorchas. Impresiona ver tantas antorchas en la oscuridad. A juzgar por las luces y las voces, debían de ser una docena. No nos vieron. Afortunadamente, en el agua había oscuridad y el puerto estaba lleno de embarcaciones ancladas. A pesar de todo, es un milagro que no oyeran latir mi corazón…

… Y sin agua ni comida empecé a preocuparme. A media mañana, al llegar al antiguo refugio pirata de Barataría Bay, decidí arriesgarme y envié a Lucien a tierra a comprar provisiones suficientes para llegar a Mississippi… Pasamos entre Cat Island y Pass Christian y me acordé de lo que me escribías de vuestros veraneos en el Pass. No me atreví a desembarcar, por si me encontraba con alguien que me conociera de Nueva Orleans…

… Por fin llegamos a Pascagoula, donde Lucien consiguió varios números atrasados del periódico de Nueva Orleans, y así me enteré de que Sylvain había muerto, tal como yo me temía, por más que confiaba en que no fuera así. Con una pena y unos remordimientos muy grandes, tomé el tren para Mobile, donde hicimos transbordo para el Norte…

Luden no se cansa de repetirme que el que mata en defensa propia no tiene por qué sentirse culpable, lo cual parece lógico, pero no obstante…

Ya vuelvo a trabajar. Ayer abrí un pequeño consultorio. Espero que mi acción no habrá acarreado disgustos a la familia. ¡Nuestro pobre padre! Al parecer, estoy condenado a hacerle sufrir. Y a ti también. Con lo mucho que te quiero y lo mucho que me preocupas, porque demasiados problemas tienes ya, para que yo venga a agravarlos. Perdóname. Pero yo soy como soy…

—He recibido carta de David —dijo Miriam a Emma—. ¿Podrías decirle tú a mi padre que está a salvo en Nueva York? Yo no puedo hablarle de esto.

Después, Emma vino con el parte.

—No ha dicho ni una palabra, pero en la cara he notado que se alegraba. Y es que un padre siempre es un padre.

Cierto. Y el enojo pasaría. El dolor quedaría, pero el furor se aplacaría. Ferdinand no era hombre que se aferrara a él para siempre.

16

Gabriel Carvalho cerró el libro mayor con un golpe seco y se recostó en el respaldo del sofá. El y Miriam solían repasar las cuentas trimestrales de «Mendes y Compañía» en el acogedor saloncito de Rosa.

—Ya está —dijo él—. Buen trabajo. Mendes es solvente. Incluso podría decirse que muy solvente.

—Gracias a ti.

—Quizá. Tú lo haces muy bien.

Era verdad. Miriam se asombraba de sí misma. Después de sustituir a Scofield por un director joven, inteligente y honrado, que no tenía inconveniente en trabajar para un ama en vez de un amo, ella había «vuelto al colegio», y le gustaba. Escarmentada por la quiebra de Ferdinand y siguiendo el ejemplo instituido por Eugene en sus buenos tiempos, concentró todos sus esfuerzos en liquidar cuanto antes las deudas contraídas por Scofield. Últimamente, incluso había empezado a invertir en terrenos lindantes con el ferrocarril. «Las líneas férreas prosperarán a medida que crezca la ciudad. Es seguro», pensó. Y Sanderson, el gerente, se mostró de acuerdo.

—Se me ha ocurrido una idea —dijo ahora Miriam y se interrumpió sin saber cómo continuar.

Le resultaba mucho más fácil hablar con Sanderson que con Gabriel. Había muchas reticencias entre ellos: el asunto de David y la frase de Eugene, retirada, sí, pero no olvidada. *No aparta los ojos de ti*. ¡Qué absurdo! La verdad era que casi no ponía los ojos en ella; cuando no estaba mirando los papeles dirigía la mirada a la pared situada detrás de ella. Miriam estaba convencida de que no era por timidez; Gabriel era demasiado práctico para ser tímido. Si acaso, sería por su seriedad; porque serio lo era, afable; sí, pero serio. Habría que ver si él y una mujer podrían… Aquí se encallaba, confusa, sin saber cómo continuar. Si él y una mujer podrían… Con André, por el contrario, todo estaba claro, vívido; podías imaginarlo.

—Decías que se te había ocurrido una idea.

Ella volvió a la idea.

—Sí… Había pensado… ¿Qué te parece si ofrecemos a Sanderson una participación en el negocio? Eso sería para él un incentivo mayor que el de un simple salario.

—Eso mismo pensaba proponerte yo. Está visto que vas siempre un paso por delante de mí. Pronto tendré que correr para no quedarme rezagado.

—Oh, no… Son tantas las cosas que todavía no entiendo… Por ejemplo, eso de los títulos bancarios que Sanderson trataba de explicarme.

—¿Por qué son una inversión segura? Porque, en una economía como la nuestra, los Bancos tienen que ser extraordinariamente sólidos. Los plantadores necesitan grandes préstamos para mantenerse a flote entre cosecha y cosecha.

—Pero ¿por qué están siempre tan escasos de dinero?

—Tienen que modernizarse —dijo él—. Llevar una plantanción cuesta dinero. Por ejemplo, una trituradora de caña cuesta cinco mil dólares. Y hay que alimentar a los esclavos. Y los amos viven a lo grande. Y entre cosecha y cosecha gastan mucho.

—¡Qué derrochadores son los criollos!

—No creas, ya no tanto. No son los criollos, sino los americanos los que ahora mueven el dinero. Hoy en día los criollos tienen que apretarse el cinturón. Son pocos los que recuerdan los tiempos de las mansiones como el «Versalles» de Valcour Aimé.

—Afortunadamente. Yo estuve allí y lo encontré disparatado. Recuerdo que Eugene se enfadó conmigo porque no me impresionó. —Miriam hizo una pausa, como si no acabara de decidirse a hablar—. Me gustaría vender «Beau Jardín». Nunca me sentí bien allí.

—¡Oh, no! —exclamó Rosa que hasta aquel momento había estado bordando en su bastidor, sin intervenir en la conversación—. No pensarás vender esa hermosura de finca.

—Sí. Me gustaría dar la libertad a todos los esclavos y librarme de la propiedad. Cada vez que voy allí me agrada menos. Cuando desde el coche veo trabajar a la gente en el campo, pienso: «Esa mujer que lleva el niño a la espalda fue comprada por mil dólares; el hombre que conduce el carro costó mil quinientos…». Y no lo soporto.

Se hizo el silencio. Miriam comprendía que Rosa no estaba de acuerdo. Quizá Gabriel tampoco, pero había algo en la actitud de él que la animaba a expresar libremente su opinión. Y ella siguió hablando.

—Cuesta trabajo asociar esta situación con personas a las que una conoce bien. Eugene, por ejemplo, no es un malvado.

—No —dijo Gabriel—; ni mucho menos.

—Es como todo el mundo. Y al vivir aquí hace lo que todo el mundo. Es lógico.

Por las altas ventanas, entraba de la calle el pregón: «¡Alcachofas! ¡Higos! ¡Melones!».

—El hombre de la faja verde —dijo Rosa—. ¿Tú le compras higos, Miriam? Este año son riquísimos.

—Ese viejo lleva trabajando para comprar su libertad desde que le conozco —dijo Miriam, sin hacer caso de la pregunta—. Su amo debe de sacar de esas ventas dos o tres mil al año. ¡Oh, cada día me repugna más todo esto!

—¿Qué le parece a Eugene la idea de vender «Beau Jardín»? —preguntó Gabriel.

—Naturalmente, él no ve las cosas como yo. No quiere ni oír hablar de ello. Nadie más que David piensa como yo, y ahora hasta él dice en sus cartas que tal vez necesitemos la propiedad como refugio cuando empiece la guerra. En estos dos años se ha vuelto más y más pesimista.

—¡Cuando empiece la guerra! —exclamó Rosa.

«Sus hijos tendrán que ir», pensó Miriam, compasiva.

—Sí —dijo—; David cree que nada puede impedirla. Dice que solo es cuestión de tiempo.

—Eso gracias a la gente como él —exclamó Rosa ásperamente—. ¡Qué bien supo disimular mientras estuvo aquí! ¿Quién había de imaginar cuáles eran sus actividades? —Sus palabras cortaban el aire—. Fue un milagro que pudiera escapar.

—Los ánimos están muy exaltados. Es mejor ser prudentes —dijo Gabriel. Y Miriam comprendió que el consejo iba dirigido a ella—. La otra noche, en la reunión de la Asociación del Socorro para Viudas y Huérfanos Judíos, los hombres estuvieron a punto de llegar a las manos.

—Nosotros, los judíos, no deberíamos meternos en política —sentenció Rosa—. Bastantes quebraderos de cabeza nos dan nuestros propios asuntos. ¡Fijaos en el jaleo que hay en el templo de Albany en Nueva York, con todos los ortodoxos contra rabí Wise por el asunto de los derechos de las mujeres! —La indignación casi la ahogaba.

—Siento mucho no estar de acuerdo —dijo Miriam.

—Los agitadores de uno y otro bando están atizando el fuego —dijo Gabriel serenamente—. Yo estoy de acuerdo con lo que escribe Isaac Leeser

en el *American Jewish Advocate*. Según él, los judíos deberíamos permanecer neutrales, y actuar de mediadores.

—Es muy difícil mantenerse neutral cuando se tienen convicciones —repuso Miriam—. ¿Habéis leído *La cabaña del tío Tom*? David me lo mandó. En el Norte se han vendido más de un millón de ejemplares.

—Yo lo he hojeado —dijo Rosa—. Es un libro sensacionalista. Exagera de un modo escandaloso, tienes que reconocerlo, Miriam.

—Probablemente. Pero a veces, para hacerte oír tienes que exagerar.

—Francamente, Miriam —dijo Rosa con la voz un poco chillona—, creo yo que, en ese dichoso tema, deberías reservarte tus opiniones y no buscarte más disgustos. Si me admites un consejo, yo en tu lugar no hablaría de ese modo delante de la familia de tu madrastra. Es fantástico que nunca te hayan echado en cara lo ocurrido, aunque no fue culpa tuya, desde luego. Pero, al fin y al cabo, se trata de tu hermano, y tu sola presencia debe de recordarles la desgracia.

—Ni que decir tiene que yo no hablo de estas cosas más que aquí —dijo Miriam con calor.

—De acuerdo —gruñó Rosa—. Nosotros cargamos con la mala fama por mantener la esclavitud, mientras el Norte aumenta las tarifas y se lleva el beneficio económico.

—¿El beneficio? —repitió Miriam.

—El dinero.

—Por más que se discuta, gane quien gane, el sistema morirá irremisiblemente —dijo Gabriel—. No me canso de repetirlo.

—¿Es que tú das por seguro que habrá guerra? —exclamó su hermana.

—Los síntomas no pueden estar más claros. El partido republicano se opondrá a que se autorice la esclavitud en los nuevos territorios. Lo inmediato será suprimirla en los Estados del Sur.

Rosa le miró consternada.

—¿Y a ti te parece que tienen derecho a hacer eso?

—No; opino que por derecho el Gobierno no puede hacer eso. Sería inmiscuirse en asuntos que son competencia de cada Estado.

—Entonces, ¿cómo ibas tú a eliminar la esclavitud? —preguntó Miriam.

—Eso tienen que hacerlo los Estados. Y con el tiempo lo harán sin injerencias.

—Con el tiempo —repitió Miriam.

—Entretanto, la ley de la tierra es ley —dijo Gabriel.

—Ya salió el abogado, como solía decir David.

Miriam sonrió, deseosa de despejar la cargada atmósfera.

Gabriel no le devolvió la sonrisa. Se levantó, apoyó las manos en el respaldo de la silla y dijo suavemente, como si hablara consigo mismo:

—A veces preferiría no ser abogado, sino músico, o matemático, para tratar con abstracciones. Todo, perfectamente claro y conciso. Yo borraría… —Hizo un ademán amplio y violento—. Yo borraría todo vestigio de sentimientos. Hechos, solo hechos. —Miró por la ventana a una abeja que zumbaba entre las flores arracimadas de la vistaria—. A veces, siento el deseo de irme a California… No por el oro, eso no me atrae, sino en busca de algo nuevo. Doblaría el cabo de Hornos en el *Sea Witch*. —Por sus facciones cruzó una leve sonrisa, como si ya se viera en la proa del barco, cara a las olas y al viento—. Ha establecido una marca, ¿lo sabías? De Nueva York a San Francisco en noventa y siete días. —Puso una mano en el hombro de Rosa, que parecía intranquila—. No temas, no pienso abandonaros, por lo menos hasta que tus hijos sean mayores y estén situados.

—Pues hablemos de cosas más alegres —respondió Rosa.

—Muy bien, guapa. Tú dirás.

—Vamos a ver —empezó ella—, ¿alguno de vosotros piensa ir a escuchar *Le roí David*? Yo lo oí una vez. ¡Qué música! ¡Y pensar que ese muchacho, Louis Moreau Gottschalk, no tiene más que quince años! Si no me equivoco, su abuelo era primo lejano de la madre de Henry.

«Todo judío eminente o próspero, fuera de donde fuera, siempre resultaba ser “primo lejano”», pensó Miriam con regocijo.

—Ese es un tema alegre. Sí; pienso ir. Señoras, las dejo para que sigan hablando de cosas alegres —dijo Gabriel, saliendo de la sala.

—Me gusta tu sombrero —dijo Rosa en señal de reconciliación—. Yo también he descartado los gorritos. Hoy en día solo los llevan las viejas. Sí; y te favorece ese sombrero, pero pareces cansada. No estás mal, ¿eh?, aunque te he visto con mejor semblante. Si quieres que te sea franca, me parece que trabajas demasiado.

«Es el trabajo lo que me salva —pensó Miriam, sin responder—. De no ser por él, mi vida no tendría objeto ni utilidad».

Rosa llenó las tazas de té.

—Aún no me has dicho qué te parece la nueva decoración.

Rosa había estado en Nueva York y se había enamorado del estilo Belter que viera en la Exposición del «Crystal Palace». A su regreso decoró el salón de su casa, con guirnaldas de escayola en el techo, una alfombra floreada y una sillería tapizada de seda azul con abejas bordadas en oro que rodeaba una

gran mesa de mármol. No había ni un centímetro de madera sin una flor, un racimo de uvas o un unicornio tallado. Y desde los cuatro ángulos de la sala, altos espejos reflejaban todo aquel esplendor.

—¿No te gusta? —prosiguió Rosa sin darle tiempo a contestar—. Puedes hablarme francamente. No; ya veo que no te entusiasma. No es tu estilo. Bueno, puede que sea un poco recargado, pero me hacía ilusión. Me siento feliz aquí.

—Eso es lo único que importa —dijo Miriam con suavidad.

—Al fin y al cabo, una persona necesita tener algo. Mi hermano y mis hijos son muy buenos conmigo, desde luego, pero a pesar de todo, me siento sola.

—Perdona si es indiscreción, pero me parece que por el tiempo que hace que nos conocemos, puedo hacerte esta pregunta. ¿Cómo una persona tan animada como tú no ha vuelto a casarse?

Rosa dejó la taza con un golpe seco y miró a Miriam ladeando la cabeza.

—Por la misma razón por la que mi hermano tampoco se ha casado.

—¿Y cuál es esa razón?

—En nuestra familia todos somos iguales. Si no podemos tener aquello que deseamos no nos conformamos con menos. Ya te lo dije una vez, ¿recuerdas?

—Ah, sí. Pero él no era judío.

—No es judío.

—¿Vive todavía?

—Sí; y aún quiere casarse conmigo. Es muy bueno, pero yo no puedo… Si encontrase a otro hombre de mi misma religión tan bueno como Henry… Pero no lo he encontrado y, como te digo, a nosotros no nos gustan las medias tintas.

—¿Y dices que a Gabriel le ocurre lo mismo?

—Bueno, no exactamente lo mismo. ¿Es que no te has dado cuenta? Pero ¿no lo ves?

—Ver, ¿el qué?

—Que nunca ha querido a nadie más que a ti. —Rosa la miraba con una curiosidad casi morbosa—. Nunca podría acercarse a otra mujer, sintiendo lo que siente por ti.

Aquello ya no era una suposición maliciosa como la que encerraba la vieja frase de Eugene, sino una afirmación rotunda.

—¿Te lo ha dicho él? —susurró Miriam, anonadada.

—Digamos que le sonsaqué.

Miriam pensó entonces en André. ¡Que un hombre pudiera estar tan loco por ella como ella lo estaba…, no; había estado, por André!

Rosa, de pronto, se llevó una mano a los labios, alarmada.

—Tú no le dejarás ver que lo sabes, ¿verdad? No sé por qué me pasan estas cosas. Se me escapó, a pesar de que juré que no lo diría. Él se arrepintió de haber hablado y yo prometí guardar el secreto.

—Confía en mí, Rosa. Te doy mi palabra. ¿Es que imaginas que yo podría hablar de esto con Gabriel?

—¡Ay, cielos, qué conversación más horrible! Hablemos de otra cosa, a ver si conseguimos olvidarla. Cuéntame algún chisme.

—No sé ninguno. Desde que paso las tardes en el despacho, no me entero de nada.

—Bueno, yo sé alguna cosa. Por fin regresa André Perrin. ¿Qué te parece? Ya empezaba a pensar que se quedaría en París para siempre. Pero dicen que él no ha podido vender esa casa tan bonita de la ciudad jardín. ¡Qué derroche, hacerse una casa y no estrenarla!

Y Rosa estuvo hablando del nuevo vecino de enfrente, de la esposa del rabino y de los precios de la modista. Pero Miriam, que movía la cabeza según convenía, solo la escuchaba a medias. El resto de su mente estaba dividido entre las imágenes del hogar. Y de sus hijos, de Gabriel, al que en adelante temería mirar a la cara, y André, que volvía a casa y que quizá la habría olvidado. Y, si no la había olvidado, ¿qué ocurriría entonces?

Al poco rato, Miriam se despidió. El coche esperaba en la puerta.

—Llévame a la ciudad jardín, Maxim —dijo al cochero—. Quiero ver unos terrenos.

Dejaron atrás las calles de Urania, Thalia y Euterpe, avanzando por entre torreones, vitrales y grandes extensiones de césped. Era un mundo distinto al del Vieux Carré…, un mundo americano.

—Para un momento, Maxim.

Hacía mucho tiempo que no veía la casa. Con extraña satisfacción, observó los detalles que la distinguían de las demás. Era blanca, de estilo clásico, y estaba rodeada de mimosas. Se quedó mirándola desde el coche, mirando al niño que salía corriendo por la parte de atrás, mirando a las ventanas del primer piso, con cortinas de encaje en lo que sería sin duda una bonita habitación donde dormían juntos un hombre y una mujer. El caballo sacudió la cola y golpeó el suelo con un casco, sacándola de su abstracción.

—A casa, Maxim —dijo.

—Es bonito esto, Miss Miriam —comentó Maxim que estaba locuaz—. Esta mañana tuve que llevar un recado de Miss Emma a Adele Street. No parece la misma ciudad, con el matadero y lo mal que huele. Esos irlandeses deben de ser muy sucios.

A todo el mundo le gusta mirar a alguien con conmiseración. Maxim, con su elegante uniforme y conduciendo el coche de su amo, se sentía superior a cualquier irlandés que no tenía ni buena ropa, ni coche, ni amo que se los procurara. Curioso en verdad.

Ferdinand y Emma estaban tomando café en el porche.

—Has tardado —dijo Ferdinand.

—Sí; después de despachar con Gabriel, me quedé un rato hablando con Rosa.

—¿De qué hablasteis?

Ferdinand, que llevaba tanto tiempo apartado de todo, sentía afán por enterarse hasta de las cosas más insignificantes.

—Pues de religión, de decoración, de la guerra…

—¡La guerra! —Ferdinand se indignó—. No habrá guerra. Eso lo dejamos atrás, en Europa.

—Gabriel opina que sí la habrá. Lo mismo piensa David. Pero… —agregó ella con osadía— a mí me parece que si las mujeres gobernaran el mundo no habría guerra. Ya encontraríamos otro modo de resolver las cosas.

—¿Las mujeres, hijita? —Ferdinand miró a su hija con la misma sonrisa que dedicaba al pequeño Eugene y a Angelique—. ¿Las mujeres? Si el hombre, con su fuerza y su intelecto, no puede hacer que las cosas vayan mejor, ¿qué te hace pensar que las mujeres habían de conseguirlo? ¿Y por qué no ponerlas en manos de niños?

«¿Y quién ha sostenido esta casa desde que Eugene se quedó ciego y tú te arruinaste? —pensó ella furiosa—. ¡Qué presunción y qué obcecación!». Pero le vio tan envejecido, cuadrando los hombros con tan patética arrogancia que pensó: «Qué diga lo que quiera», y no respondió.

17

Era otoño, del Golfo soplaba una brisa más fresca y el sol, sin abrasar ya, derramaba un calor benéfico. En el jardín lateral, donde estaba Miriam con un libro por leer, las primeras hojas amarillas se posaban en el hombro de Afrodita. Un caqui cayó en la hierba, soltando su zumo espeso y dulce al que de inmediato acudió una abeja zumbando con entusiasmo.

Chasqueó la puerta. Un poco molesta, Miriam se volvió para ver quién era el intruso.

—Acabo de llegar, Miriam, y aquí estoy —dijo André.

¡Cuántas veces había imaginado ella este encuentro! Lo situaba en la calle, en una reunión mundana o, acaso, cediendo a un romanticismo pueril, en un bosque en el que se hubieran dado cita, como en una ópera alemana, especulando con diversas posibilidades que descartaba una a una, avergonzada de su inanidad. Ahora, al verle allí, no sabía lo que sentía, solo aturdimiento y extrañeza porque se le hubiera ocurrido siquiera ir a verla.

—Te han sucedido tantas cosas desde que me marché… Tu hermano… ¡Oh, Miriam, no imaginas cuánto lo sentí!

—¿Sabes también lo de Eugene?

—Sí; me enteré hace tiempo. Emma se lo contó a Marie Claire en una carta.

—Marie Claire. —El nombre quedó flotando en el aire, entre los dos—. Tu esposa, ¿cómo está?

Miriam no hubiera podido decir si al pronunciar el nombre aquel, inconscientemente trataba de herirle a él o a sí misma.

—Ella se quedó en París. Ha dado varios recitales. Su profesor está entusiasmado. En fin, decidió quedarse algún tiempo.

«Entonces es que están distanciándose», pensó ella, y se avergonzó de su malsana alegría.

—Pero yo tenía que regresar. Demasiado tiempo he estado ausente. Tenemos un piso en el edificio «Pontalba».

—Son unos pisos muy hermosos —dijo Miriam.

Estos comentarios triviales, ¿qué significado tenían? El estaba igual, con su vitalidad de siempre. ¿Se acordaba todavía de aquel abrazo con el que se despidieran en este mismo sitio? Quizá no. El tiempo corre y todo cambia.

—¿Te gustaría ver el piso? —preguntó André.

Ella tenía necesidad de caminar, de moverse, de desahogar aquella agitación interior.

—Encantada —dijo ceremoniosamente.

Los oficios religiosos habían terminado y las calles se animaban con los grupos de gente que se dirigía hacia sus diversiones dominicales; las peleas de gallos, las carreras de caballos, los espectáculos musicales, las tabernas.

—Por lo menos, esto no ha cambiado —observó André—. Supongo que los protestantes aún deben de echar pestes contra estos alegres domingos católicos.

—Seguramente.

—En fin, no hay ningún mal en que una persona se divierta cualquier día de la semana. La tristeza nunca ha mejorado a nadie.

En la plazoleta situada detrás de la catedral, los niños se apiñaban alrededor del puesto de helados.

—Tampoco eso ha cambiado.

—No —convino Miriam.

Conversaban por formulismo. Ella empezaba a acusar la tensión de estar eludiendo la única cuestión importante: ¿Somos todavía los mismos, nos han hecho el tiempo y la distancia?

André dijo de la nueva catedral:

—Es un edificio espléndido.

—Sí; gracias a la generosidad de Judah Touro.

—En Europa leímos lo de su testamento. ¡Extraordinario! ¡Cuántas obras de caridad: el Hospital Judío, los orfanatos y la ayuda para los pobres de Jerusalén…! Realmente fantástico.

—Dice Gabriel que si Touro hubiera muerto hace diez años no habría dejado nada para la causa judía. Pero Gabriel tenía una gran influencia sobre él. Fue una de las personas que le hizo volver a su fe.

—¿Cómo está Gabriel? ¿Sigue soltero?

—Sigue soltero.

Miriam experimentó la extraña sensación de que tenía que defender a Gabriel, como si ella tuviera la culpa de inspirarle aquel amor. Y, pensando en voz alta, prosiguió:

—Él ha sido una gran ayuda para mí, mi mano derecha, desde el accidente de Eugene.

—¡Cuántos disgustos y cuántas cargas has tenido que soportar! —exclamó André.

Antes de abrir la puerta, se detuvo un momento, contemplando la plaza con admiración:

—De no ser por Andrew Jackson plantado ahí en medio con su caballo, uno creería estar en la Place des Vosges de París.

Subieron al piso y entraron en un salón de techo alto, con una chimenea Luis XV de mármol negro. Automáticamente, se acercaron a las ventanas. En aquellas habitaciones, la gente tenía que ir siempre a las ventanas. Abajo, en la plaza, la pervinca abría sus rosadas flores de otoño. A la derecha se divisaban el dique y el río reluciente. Se quedaron inmóviles y en silencio.

«¿Qué estoy haciendo aquí?», pensó Miriam. Se puso a hablar con una voz alta y forzada.

—Ahí está el muelle en el que desembarcó Jenny Lind. P. T. Barnum la trajo de Cuba. Había diez mil personas esperándola. Qué expectación. Se hospedó aquí mismo, en casa de la baronesa de Pontalba.

—¿Ah, sí? —André estaba detrás de ella, sin tocarla, pero en el aire que le rodeaba había como una aureola de calor que se comunicaba a la espalda y los hombros de ella.

—Sí; estuvo aquí un mes. Subastaban las entradas a doscientos dólares y más. —Las palabras salían atropelladamente—. Quizá Marie Claire llegue a ser como ella algún día.

¿Por qué hablar de Marie Claire?

—Marie Claire tiene una voz pura, pero no muy potente. Nunca será una Jenny Lind ni una Adelina Patti, aunque ella aún no se ha dado cuenta.

—Lo siento —dijo Miriam.

La niña feíta y seria que cantaba con tanto afán en el salón de los Raphael; la novia sosa y apagada que estaba al lado de André, y la tía Emma, comentando hipócritamente: «¿No hacen una hermosa pareja?».

—¿Lo sientes?

—Sí; siento que no pueda conseguir lo que desea tan vivamente. Es terrible desear algo que sabes que nunca vas a alcanzar.

—No hemos venido aquí para hablar de eso —dijo él.

Ella se cubrió la cara con las manos.

—Estoy tan confusa… No sé qué me pasa.

Él le hizo apoyar la cabeza en su hombro, hundió los dedos en el moño de su nuca y quitándole las gruesas horquillas, le soltó el pelo sobre los hombros.

A ella le iba más despacio el corazón. Podía oír sus latidos, fuertes y acompasados.

En su interior se alzaba algo que nunca había sentido: una flor abría sus pétalos; un río corría; una ola crecía. Los dedos de él le desabrochaban el vestido y ella estaba muy quieta, con los ojos cerrados, dejándole hacer. Aros de alambre y veinte metros de tela amarilla cayeron al suelo. Cuando abrió los ojos, ella vio en el espejo las curvas malva pálido de sus senos abombándose sobre el escote de la camisola antes de que esta cayera también. Su cara estaba opalescente, difuminada; sus ojeras eran como huellas de lágrimas, y sus labios se curvaban lentamente, lentamente, en una suave sonrisa.

Con gran facilidad, él la levantó en brazos, la llevó a una habitación alta, blanca y hermosa, y la depositó en la cama.

Él tenía la cabeza apoyada en el hombro de ella. Con la otra mano, ella le acariciaba la mejilla, en la que un finísimo rayo de sol de la tarde que se filtraba por las persianas hacía brillar una patilla como si fuera de oro. ¡Qué bonita estaba su mano, inerte en el sueño! Las uñas, pulidas como espejos, con una pálida media luna. ¡Cuánta ternura, cuánta sabiduría en aquella mano fuerte!

Ella extendió el brazo con una deliciosa sensación de languidez. Su piel cálida olía a limón. Sentía la vitalidad de su cuerpo sano y joven. Un soplo de aire se coló en la habitación despertando a André.

—¿No has dormido? —murmuró.

—No; me quedé un poco amodorrada, pero no dormí.

—Has estado pensando —le reprochó él suavemente—. Piensas demasiado.

Estas palabras destruyeron aquel dulce sosiego.

—Estaba recordando las veces que me pregunté qué ocurriría cuando regresaras.

—Pues ahora ya lo sabes. No tendrás que seguir preguntándotelo.

—Es como si estos años no hubieran pasado, como si te hubieras marchado ayer.

Él la besó en los párpados.

—Quiero hacerte feliz…, feliz.

—Ojalá pudiéramos quedarnos en esta habitación para siempre.

—Mi querida Miriam, ahora estamos aquí, no enturbiemos este momento.

—Yo no quisiera, pero…

—Pero ¿qué?

—Si no fuera por Eugene y Marie Claire…

Sobre una silla estaban sus dos pares de medias, las de malla negra, que se llevaban encima, y las de seda color carne. Le recordaron… a la querida de Eugene. ¿Soy ahora mejor que ella?

—¿Te preocupan? Ni tú ni yo les quitamos nada que ellos deseen. Desde luego, no a Eugene, después de lo que me has contado.

—¿Y a Marie Claire?

—A ella solo le interesa su voz y nada más. Yo no le importo. ¿Por qué había de importarme ella a mí?

—Tal vez te cueste creerlo, pero yo siempre vi que un día mi vida y la de ella se cruzarían.

—¿Y sueles tener muchas de esas visiones? —preguntó André en tono burlón.

—No muchas —respondió ella, muy seria—. Solo de vez en cuando. Por lo que respecta a nosotros, no veo más que el vacío, un vacío oscuro.

—Haces demasiado caso de los criados. Eso son supersticiones. Solo debes escucharme a mí. —La abrazó con fuerza—. Solo a mí. Tienes que pensar que has emprendido un viaje largo, maravilloso y peligroso. Yo soy tu guía. Yo velaré por ti, apartando todos los peligros.

—Eres un gran consuelo —suspiró ella—. Solo oír tu voz ya es un consuelo.

—Así debe ser. —Le dio un beso—. ¿Volverás? Yo tendré que viajar bastante, ir a la hacienda de mi familia y atender negocios en el Norte, pero no serán viajes largos. ¿Volverás?

—Oh, sí, sí, sí.

Así empezó.

18

Durante el último año de paz, muchos veían lo que se avecinaba, pero otros seguían negándolo, a pesar de que estaba escrito en el cielo.

John Brown había asaltado el arsenal federal de Harpers Ferry. En el Norte era aclamado como un paladín de la libertad, pero los hacendados y comerciantes que se reunían a diario en la lonja de «Maspero» lo tachaban de nefasto agitador. Aquellos hombres también hablaban de David Raphael, se preguntaban cómo semejante individuo podía pertenecer a una familia tan digna, y compadecían a sus parientes. También solían citar a los políticos que decían que la secesión era inevitable, a no ser que pronto se llegara a un «compromiso razonable». Y en lúgubres susurros hablaban de los ingleses asesinados pocos años antes en el motín de la ciudad india de Lucknow.

Aquel año, la «Mistick Krew of Comus» organizó un desfile de carnaval tan espléndido como siempre; la Opera Francesa inició la temporada con espectaculares representaciones de obras de Donizetti, Massenet y Bellini. Cantó Adelina Patti. En las casas más elegantes se instaló la luz de gas y las mujeres se peinaban con raya en medio, siguiendo la última moda, y se hacían retratar.

Sin embargo, tal vez no fuera ignorancia, sino el miedo a la guerra, lo que engendraba aquella animación y lo que hizo salir a Eugene de su apatía.

—Hace mucho tiempo que no recibimos en «Beau Jardin» —dijo un día. Frunció el entrecejo—. ¿Eso por qué?

—Había que economizar —le recordó Miriam, dolida. Ni una sola vez había elogiado su marido lo que ella estaba haciendo.

—Daremos una fiesta para la molienda.

Ello suponía una semana de espléndidos agasajos, visitas al molino de azúcar, degustación del zumo de la caña caliente con ron, mientras los esclavos trabajaban veinticuatro horas al día, hasta que toda la caña estaba molida.

—Vamos a hacer las cosas bien. Los traeremos a todos río arriba en el *Edward J. Gay* —dijo Eugene con entusiasmo—. Quiero una cocina

excelente: mariscos, sopa de tortuga, pichones…, todo lo mejor. Debemos de estar mal de madeira. Hace mucho tiempo que no me ocupo de eso. ¿Querrás comprobarlo? También tendrás que hacer la lista de invitados, ya que yo…, yo no puedo escribir.

Miriam tomó el papel y lápiz.

—Empezaremos con Gabriel y su hermana.

—Rosa estará en Saratoga —le recordó ella.

—Está bien, pues solo Gabriel. No es muy animado, pero tiene predilección por ti. Y la familia de Emma, por supuesto, Eulalie, Pelagie y todos aquellos de sus hijos que quieran venir. Ah, y anota también a Perrin, André Perrin. No ha venido a vernos desde que regresó. Esperaba que se mostrara más atento.

El lápiz se detuvo. Miriam tuvo que hacer un esfuerzo para controlar el temblor de su mano.

—¿Por qué invitarle entonces?

—Bah, no hay que ser rencorosos. Apenas para en la ciudad y por eso no habrá venido. Siempre me gustó su compañía. Es un tipo inteligente que ha viajado mucho. Ojalá hubiera hecho yo otro tanto cuando podía.

—Entonces es probable que esté fuera. Preguntaré.

—No, déjalo; ya preguntaré yo. Anota su nombre.

André Perrin. Las letras tomaron forma sobre el papel y parecían mirarla interrogativamente, tan alarmadas como su corazón, que latía con fuerza.

Después de cenar, los hombres fumaban y charlaban en el porche. El murmullo de sus voces, que entraban por las altas ventanas, competía con el arpa que Felicité, la hija de Pelagie, estaba tocando en el salón.

Los pensamientos de Miriam vagaban errantes, buscando asidero. Iban de Angelique —que aunque fingía estar atenta a la música, probablemente pensaba que le gustaría llevar ya el pelo recogido como Felicité— a André que estaba en el porche. Por más que aguzaba el oído, no conseguía distinguir su voz.

En tres días no habían tenido ocasión de hablar a solas. Los hombres y las mujeres se bañaban separados en la ensenada. Las excursiones se hacían en grupo y en grupo se cenaba y se jugaba a cartas. De vez en cuando, sus miradas se cruzaban, pero ella desviaba la suya al recordar cómo asomaba antaño a los ojos de Pelagie toda la adoración que sentía por Sylvain.

Miriam observaba con curiosidad el hermetismo de Gabriel. Su cara estaba totalmente inexpresiva. ¿Se había equivocado Rosa? No; claro que no.

Entonces esta noche debía de estar pasándolo mal… ¡Qué extraño que estuvieran allí juntos dos hombres que la amaban a ella!

¡Y qué extraño pensar estas cosas! Ella, Miriam, la esposa aparentemente intachable de un respetable caballero; la dueña de aquella casa pulcra, ordenada y tradicional; la madre de aquel muchacho que ya era lo bastante mayor como para sentarse con los hombres después de la cena; la madre en la que debía mirarse su hija…

¿Qué diría el mundo, aquel mundo en el que ella tenía que vivir, si lo supiera? Sus hijos… Quedaría deshonrada a sus ojos. ¡Cómo sufrirían! Y se pasó la mano por la frente húmeda.

—Me estaba acordando de las canciones que nos cantaba Marie Claire —dijo Pelagie—. ¡Qué raro que se haya quedado en el extranjero! Debe de ser muy duro para su joven marido.

—Sin duda —respondió Miriam.

—No obstante, parece satisfecho. Tiene muy buen aspecto, ¿no crees?

—Muy bueno.

—Y tú también, Miriam. Nunca te había visto con tan buen semblante. Eres la estampa de la salud.

Miriam se apartó hacia la ventana con el pretexto del calor, pero en realidad porque deseaba zafarse de Pelagie.

—Yo tengo un profundo respeto por rabí Wise —decía Gabriel—. El dice que la religión y la política no deben mezclarse y lo mismo opino yo.

—Bueno —dijo Eugene—, Wise es contrario a la esclavitud y, desde luego, en eso no puedo estar de acuerdo con él. Pero cuando dice que es preferible romper la Unión a ir a la guerra, yo le aplaudo.

—Si hay guerra, serán los predicadores abolicionistas protestantes los que la desaten.

Miriam advirtió que hubo un tiempo en el que este tema la absorbía; ahora, por el contrario, apenas la interesaba. Solo pensaba en André. Era una mujer con una idea fija.

—Me han dicho que en la cámara del Estado se prevé una crisis —dijo Eugene—. Se asegura de que si sale elegido un republicano nos separaremos de la Unión.

—Entonces habrá guerra —dijo otra voz.

Y otras más agregaron:

—Estamos escasos de todo: fábricas de material ferroviario, municiones, tiendas, todo.

—¿Podéis imaginar lo que sería la abolición aquí? Solo de pensarlo me dan escalofríos. Hordas vagando por los caminos, sin lugar al que ir, sin nada que comer, salvo lo que pudieran robar.

Miriam sintió una mano en el hombro.

—Hace una noche perfecta —dijo André—. Es una lástima perderla en una conversación tan deprimente. ¿Caminamos un poco, o prefieres dar un paseo en bote?

Ella alzó las cejas como diciendo: «No podemos hacer eso».

Pero André replicó con desenvoltura:

—Si alguna señora desea venir, está invitada. En el bote caben dos personas. ¿Vamos por turno? ¿Quieres ser la primera, Pelagie?

Pelagie rehusó. La silla de Miriam rechinó contra el suelo cuando ella se levantó, haciéndole recordar aquella primera noche en que él la apartara de otra conversación sacándola a bailar.

—Empezamos hablando de cosas alegres —dijo André—, pero siempre ha de salir a relucir la política. Vamos a contemplar las estrellas. Estaban ahí mucho antes de que existieran el Norte y el Sur y seguirán estando mucho después de que hayan dejado de existir.

La luna rojiza sangraba en el cielo blanquecino. A la mitad del césped, donde se diluían las notas suaves y melodiosas del arpa, les salió al encuentro el vibrante tañido de una guitarra. Allá, en las cabañas, un hombre cantaba su nostalgia de fugaces alegrías; no hacía falta entender la letra para adivinarlo.

André y Miriam avanzaban al unísono. Ella notaba cómo él acoplaba sus movimientos a los de ella. El sendero que conducía a la ensenada estaba alfombrado de agujas de pino caídas durante más de cien años, y al hundirse en ellas, los pies no hacían más ruido que la brisa en las copas de los árboles. De las encinas colgaban velos de musgo gris, como cabelleras de vieja.

—Es triste el musgo —dijo Miriam.

Él se resistió a dejarse influir por su melancolía.

—En primer lugar, no es musgo. Es una variedad de la familia de las ananás, y por lo tanto, símbolo de bienvenida.

La ayudó a subir al bote. El agua estaba tan tranquila que los árboles de la orilla se reflejaban en ella inmóviles festoneando de negro la opaca superficie de la ensenada. André soltó los remos, dejando el bote a la deriva y le tomó la mano. Se quedaron mucho rato en silencio, con las manos entrelazadas.

—Me gustaría poder estar contigo esta noche —dijo André.

Entonces ella se atrevió a decir lo que había estado callando. Una mujer no podía tomar la iniciativa, una mujer debía esperar y recibir.

—Yo deseo algo más que una noche. Yo quiero ver qué nos aguarda. —Y, como él no respondiera, exclamó—: ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué va a ser de nosotros?

—Ah, no sigas. No puedo soportar que estés triste. Recuerda que cada día nos trae algo nuevo. La primera vez que te vi te estabas ahogando en tus propias lágrimas. Aquella noche no podías imaginar lo que nos ha sucedido después, ¿verdad?

—Es cierto —reconoció ella.

—Yo no soy supersticioso, pero he visto dar tantas vueltas a la vida que nunca pierdo la esperanza.

Le acarició el cabello. Más que sus palabras la calmaba el contacto de sus manos. También ella quería creer que, por obra de algún milagro, todos los obstáculos serían apartados de su camino.

Al poco rato, él empuñó los remos, hizo virar en redondo el bote y regresaron al desembarcadero, mientras, con su voz fuerte y jovial, trataba de animarla hablándole de Nueva York y de Washington, de teatro y de personajes divertidos.

Subieron por el sendero hacia la casa. En lo más profundo de la espesura, antes de salir al césped, se detuvieron y él la abrazó fuertemente. Ella, temblando, se apoyó en él abandonándose y él la levantó en vilo. Sus pies apenas rozaban el suelo, sujeto a él por los brazos y los labios.

Al fin, dijo él:

—La semana próxima tengo que volver al Norte.

—¿Otra vez? ¿Es necesario? —exclamó ella, mientras pensaba: «Ya hablo como una esposa. Quiero sujetarlo como una esposa».

—Indispensable. Tengo asuntos urgentes. Pronto habrá guerra, ¿comprendes? No he podido seguir soportando oír hablar de ella ahí dentro, pero tienen razón, habrá guerra.

—¿Y quién ganará?

—Eso nadie lo sabe. El Norte tiene más hombres y más dinero. El Sur recibirá ayuda de Europa, por el algodón. Pero no se sabe.

De pronto, ya no importaban ni ideales, ni principios, ni secretas lealtades. ¿Qué efecto tendría la guerra en André y Miriam?

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera esta vez? —preguntó ella, haciendo un esfuerzo para que no le temblara la voz.

—Depende de cómo se resuelvan las cosas. Tal vez un par de meses; pero volveré, puedes estar segura. Mientras tanto, cuando pases por delante del

Pontalba, piensa en mí, recuerda que aquella casa nos espera. ¿Me lo prometes?

Ella comprendió que él se daba cuenta de que estaba asustada y que la admiraría por disimularlo con valentía.

—Te lo prometo —dijo.

—Magnífico. Entremos.

El cepillo le hacía crepitar el pelo. Por el espejo, Miriam veía la cama preparada y pensaba con alivio que Eugene subiría tarde, después de la partida de cartas, y ella estaría dormida y ni siquiera le oiría. ¡Los miles de horas que habrían pasado juntos en aquella cama, sin tocarse siquiera! Y pensó que, de no ser por los convencionalismos de leyes y costumbres, lo más sencillo y natural sería que por aquella puerta entrara André, no Eugene, para acostarse en la cama.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Miriam, esperando ver entrar a Fanny.

Era Eulalie. Entró tan impetuosamente que el tafetán de la falda crujió al rozar la puerta. Empezó a hablar como una niña que trajera un recado y quisiera darlo antes de que se le olvidara.

—¡Quiero que sepas que os he visto! Os he visto a ti y a él. He oído hasta la última palabra de lo que decíais.

A Miriam empezó a irle más despacio el corazón. Generalmente, se cree que un susto le hace dispararse; pero el suyo frenaba, con fuertes pulsaciones. Dejó el cepillo y se quedó esperando.

—Yo estaba sentada en el césped cuando oí vuestras voces en el sendero. Pero no creas que estaba espiando.

—Yo no creo nada.

Calma. Calma y serenidad. Di lo menos posible. Y, sobre todo, que ella no se dé cuenta de que estás aterrada.

—Eres la deshonra —dijo Eulalie silabeando—. La deshonra, sí, la deshonra. —Una gota de saliva voló a la mejilla de Miriam—. Tal vez no tengas ni el suficiente decoro para darte cuenta de lo que eres.

Miriam trataba de poner en orden sus pensamientos.

—Si te empeñas en interpretar torcidamente lo que has oído, ¿qué puedo decirte yo?

La carcajada de Eulalie fue triunfal, desdeñosa y áspera.

—¡Interpretar torcidamente! ¡El Pontalba! ¿De manera que es ahí donde vas en tus paseos de la tarde? ¡La dama elegante, con sus…, con sus pulseras

de oro!

Ella lo pregonará por toda la casa y toda la ciudad. Mis hijos se enterarán y me odiarán.

—No es de extrañar que Nueva Orleans dejara de ser la capital del Estado. Es otra Sodoma, decían. No apta para legisladores. Y tenían razón; porque si mujeres como tú, de familias respetables…

Momentáneamente Eulalie se quedó sin habla.

«Tiene una vena de loca —pensó Miriam al ver cómo el cuello de Eulalie se teñía de rojo encendido, como de una quemadura o una erupción. Tal vez fuera eso más que otra causa lo que mantuvo alejados a los jóvenes: la vena de loca.

—¿Qué dirá tu padre, tu padre que te pondría en un altar? ¡Y mi madre, que te ha tratado como a otra hija! ¿Así se lo pagas?

Yo he llegado en mi vida hasta donde tenía que llegar, pueden hacer conmigo lo que quieran.

De todos modos, se mantuvo firme.

—¿Eso es todo, Eulalie? De nada serviría prolongar la conversación, puesto que tan segura pareces de todo.

—¿Y sabes lo que pensará de ti la gente? Que eres una…, una golfa. ¡Eso, una golfa!

«Seguramente, es la primera vez que su casta boca pronuncia esa palabra», pensó Miriam. Se levantó y dio a Eulalie un ligero cachete despectivo.

—No te consiento esa palabra. ¿Qué sabes tú de golfas? ¿O del amor? ¿O de nada? ¡Tú odias al mundo! Eres una amargada y no te soportas ni a ti misma. Has sido mi enemiga desde el día en que entré en tu casa. Yo era una niña, pero ya me di cuenta. Muy bien, ahora tienes un arma contra mí. Adelante, puedes hacer lo que quieras con ella, no me es posible impedírtelo…

—Se os oye desde el final del pasillo —dijo Eugene, irritado—. ¿Qué diablos ocurre aquí?

De pronto, las paredes empezaron a dar vueltas y el suelo se levantaba.

—Me falta el aire —dijo Miriam. Y salió a la galería tambaleándose. Apenas podía hablar—, Eulalie estará encantada de explicarte lo que ocurre.

De abajo llegaba un rumor de música y voces de los que jugaban a cartas. Entre ellos estaría André, ajeno a los acontecimientos de los últimos minutos. Miriam volvió a pensar en sus hijos. Eran hijos de Eugene; él podía quitárselos; la ley le autorizaba.

«La vida nos depara sorpresas —le había dicho André aquella noche—. Déjate llevar por la corriente». Pero esta corriente podía estrellarla contra las rocas.

Y el corazón volvió a golpearle el pecho con fuerza. ¿Cuánto tiempo podía latir un corazón de este modo sin romperse?

Al cabo de un rato, tal vez diez minutos, o tal vez media hora, vio que Eugene estaba solo en la habitación.

—Ya puedes entrar —dijo él—. Siéntate.

Ella se alegró de que no pudiera verla, porque estaba segura de que en su cara se retrataba el terror.

—¡Bueno! —dijo él—. Es toda una novela, desde luego. Esa pobre mujer es ruin y envidiosa, pero no creo que lo haya inventado. De manera que tiene que ser verdad.

Miriam no podía mirarle a la cara y se contemplaba las uñas, inocentes conchas color de rosa.

Suspiró.

—Es verdad. —Y se quedó esperando la avalancha.

En aquel momento, la puerta del pasillo, que estaba entornada, se abrió de par en par y entraron los niños.

«¡Dios mío, ya se lo ha contado! —pensó—. O se lo dirá ahora. Me insultará delante de ellos, y ellos me despreciarán. Quedarán deshonrados. Ningún muchacho de buena familia querrá casarse con Angelique. En el templo, la gente se volverá a mirarnos». Su pensamiento corría: con dolor, como un caballo cansado.

—¡Mamá! —gritó Angelique—. ¿Por qué te has ido tan pronto? Están tocando el piano y bailamos. —Con la excitación, la cara de la niña brillaba como el marfil—. Mr. Perrin me ha enseñado a bailar el vals. Dice que soy tan ligera como las señoras de París.

—¿Eso dice? —preguntó Eugene.

Miriam esperaba sus palabras siguientes, con todos los nervios en tensión. Pero él se limitó a llamar a la niña.

—Ven aquí, Angelique. —Le puso las manos en los hombros—. Encaje. ¿De qué color?

—El encaje, blanco, naturalmente. Pero el vestido es azul.

—Muy bonito, seguro. Te compraremos uno de terciopelo para las fiestas. ¿Y tú también has bailado, Eugene?

El muchacho adoptó un aire de suficiencia.

—No, yo no bailo. Eso, las niñas.

—Bien dicho —rio su padre—. Primero tienes que aprender a montar y a disparar. Tengo que buscar para ti una yegua con buenas maneras. Dice Blaise que ya estás demasiado alto para el *pony*. Sí; ya tendrás tiempo de aprender a bailar. Ahora, los dos a la cama. Y cerrad la puerta al salir. Supongo que tus hijos acaban de darte un susto de muerte, ¿no? —preguntó Eugene cuando la puerta estuvo cerrada.

Miriam estaba sentada en el sillón, con la cara entre las manos.

—Esperabas que me pusiera a gritar. —La voz de Eugene era ligera, casi divertida—. ¡Es extraordinario! ¡Me dejas pasmado! Nunca creí que tuvieras la suficiente sangre en las venas. André Perrin. Un guapo mozo, o lo era cuando yo podía ver. Pero creí que Carvalho sería más de tu gusto. Ya te lo dije una vez, ¿verdad?

La burla era peor que la cólera y la indignación. Así juega un gato con un despavorido pájaro antes de matarlo.

—Aunque, desde luego, el código moral de Carvalho no le permitiría enredar con la mujer de otro, por tentadora que fuese. ¡Lástima! Hubiera sido menos complicado. El es un hombre serio, un sólido ciudadano, bien asentado, mientras que el otro anda siempre de un lado a otro y, además, tiene mujer, aunque esté a seis mil kilómetros.

—¡Oh, Dios mío, dime ya lo que piensas hacer y acabemos de una vez!

—¿Qué crees tú que voy a hacer? ¿Representar el papel de marido ultrajado? ¿Hacer una escena delante de los niños? ¿Echarte de casa?

Ella no pudo responder.

—Te diré lo que voy a hacer. Nada absolutamente.

Miriam le miró con incredulidad.

—Oh, sí, podría hacer cualquiera de esas cosas. Al fin y al cabo, la ley está de mi parte, y también toda la sociedad. Pero me abstendré. No me siento tan afectado. Verás, probablemente sé del mundo más que muchas personas.

Es natural. Con esa mujer…

—Lo único que me importa es que no trascienda. Tenemos un apellido. Tus hijos llevan un apellido ilustre con más de doscientos años de antigüedad, y nada debe mancharlo.

—Entonces, ¿nunca lo sabrán? ¿Nunca?

—Por supuesto que no. Crecerán con dignidad y señorío. Son todo lo que tengo. Todo lo que me queda —añadió con amargura.

Los sordos latidos del corazón de Miriam empezaron a sosegarse. Gracias, *Dios mío. Oh, Dios mío, gracias*.

Tuvo entonces un extraño e inesperado momento de compasión: Aquel hombre traducía su amor en vestidos de terciopelo y yeguas de buenas maneras…

«Pero ¿y Eulalie?», pensó después, y volvió a sentir la cuchillada del miedo.

—¿Eulalie? —preguntó con un hilo de voz.

—Eulalie callará. Permanentemente. En realidad, no tengo con qué amenazarla, pero la he amenazado de todos modos. Ella me respeta, tal vez incluso me tema un poco. No dirá nada, puedes estar segura.

Eugene se levantó. De pronto, volvía a llenar la habitación con su poder de antaño.

—Perrin saldrá de aquí por la mañana, desde luego.

—¿Por la mañana?

—¿Qué esperabas? No quiero volver a verlo en mi casa. Un hombre tiene su orgullo por lo que se refiere a su esposa, aunque se viva como vivimos nosotros. Pero la gente no sabe cómo vivimos, y nadie va a ponerme en ridículo delante de los demás.

—¿Tú vas a…? ¿Va a haber problemas entre vosotros?

—¿Es que ya no te acuerdas de que soy ciego? De lo contrario los habría, y muchos. —Eugene silbó entre dientes desdeñosamente—. Y, si no estuviera tan oscuro ni yo fuera un caballero, le echaría ahora mismo. Pero se habrá marchado antes de que tú bajes por la mañana. ¿Entiendes?

—Entiendo.

—¿Y estás de acuerdo en que su nombre no vuelva a pronunciarse en esta casa?

—Sí.

—Ahora acuéstate, y esta noche nada de suspirar ni dar vueltas en la cama. Yo quiero dormir.

Ella no suspiró ni dio vueltas, sino que se quedó quieta con los brazos cruzados sobre el pecho, hasta que recordó que así amortajaban a la gente, y entonces extendió los brazos a cada lado del cuerpo. El aire de aquella noche de verano era húmedo y pesado, ingrato de respirar, pero ella lo aspiraba profundamente, introduciéndolo en los pulmones a la fuerza, apretando con fuerza los puños, para infundirse valor.

Debía tratar de apaciguar sus sentimientos, de ordenar aquel caos de desesperación, de miedo y la humillación de estar a merced de la despreciable y mezquina Eulalie. Sí; y la angustiosa soledad que se cernía sobre ella. ¿No volver a ver a André nunca más? ¿Nunca? Y la vergüenza. ¿Me gustaría que

mi hija hiciera lo que he hecho yo? No. No quiero que ella tenga que hacer eso, que se vea en la necesidad de hacerlo.

Al pensar en Angelique se acordó de la última de las cartas de su hermano, todas con alguna que otra exhortación, algún mensaje que él pretendía inspirador, pero con el que solo conseguía suscitar una inquietud estéril.

Ahora David tenía una nueva causa: los derechos de la mujer. Le enviaba una serie de recortes de Ernestine Rose, hija de rabino, abolicionista y propagandista de los derechos de la mujer. Realmente, había fuego en sus discursos, frases cortantes e inolvidables. «Esclava desde la cuna hasta la tumba… Padre y esposo, amo todavía… El derecho a su persona, a su patrimonio y a sus hijos».

Frases que despertaban eco en Miriam. Pero ahora, tendida en la cálida oscuridad, se dijo que tal vez fuera preferible olvidarlas. Ojalá David dejara de bombardearla con sus ideas. ¿Qué esperaba que hiciera ella? ¿Salir a predicar por el mundo?

Eugene se movió, murmurando en sueños. Y, al otro extremo del pasillo, sin sospechar lo que le depararía el día siguiente, André también dormía.

Mucho antes de amanecer, Miriam se levantó y salió a la galería sin hacer ruido. La brisa que precede al amanecer agitaba suavemente las hojas de los árboles y le erizó el vello de los brazos. Un pájaro lanzó un trino breve. Bosques y campos callados, sombríos y misteriosos se extendían en la oscuridad de aquella noche de bochorno. Pero, por una vez, ella no los sentía amenazadores, allí no había cosas espeluznantes que se arrastraran, ni que vinieran volando por los aires, ni enemigos humanos al acecho. El miedo y la amenaza estaban dentro de la casa. Y de pronto volvió a sentir aquel viejo deseo que experimentara la primera vez que vio la casa: echar a andar cruzando campos y bosques, subir la montaña y desaparecer.

Y, de pronto, se hizo de día. La luz estalló en el cielo. Surtidores de amatista y escarlata brotaron de los confines de la tierra derramándose en flecos lavanda y rosa pálido. Y un coro de pájaros entonó las debidas alabanzas a tanta magnificencia.

Pero aquella criatura, pequeña y herida, estaba insensible a esta grandiosidad, y no percibía más que el dolor de su pobre corazón.

Miriam seguía allí cuando se abrió la puerta principal y salió André, quien, sin volver la cabeza, subió al coche que le aguardaba y se alejó rápidamente.

19

Gabriel metió un fajo de documentos en su chistera. Hacía ya algún tiempo que los sombreros masculinos se hacían de seda, pero él seguía usándolos de castor.

—Estamos cubiertos para toda la temporada. La cosecha de azúcar está pagada y las cuentas arrojan un buen saldo, todo lo bueno que cabe esperar en estos tiempos.

Tanta seriedad parecía superflua, en una sesión de rutina como aquella. Aunque, cuando estaba a solas con ella, debía de sentirse violento, si era verdad lo que había dicho Rosa. La propia Miriam estaba incómoda, como si fuera culpa suya no corresponder a los sentimientos de él. Nadie sospecharía semejante pasión interior en un hombre aparentemente tan frío y cerebral. ¡Qué distinto del expansivo y exuberante André!

Miriam había llorado hasta el agotamiento. Ahora solo quedaba un peso en el pecho, un entumecimiento, como si el llanto se le hubiera congelado dentro. No se había vuelto a hablar del episodio. Eugene había desterrado el tema. Como si no hubiera ocurrido. Como si André no existiera.

Ella se alisaba la falda con la palma de la mano. Ultimamente, cuando estaba nerviosa, solía hacer eso. Se preguntaba qué otros hábitos habría adquirido sin darse cuenta, tal vez algún horrible tic, como guiñar un ojo o humedecerse los labios. Emma tenía una amiga que estaba siempre pasándose la lengua por los labios, y era francamente asqueroso. Dejó quietas las manos en el regazo y se quedó contemplándolas. Parecían tristes y abatidas, en contraste con la rameada tela blanca del vestido. El vestido era nuevo, lo mismo que los zapatitos con pompón. El mundo veía a una mujer elegante.

—¿Quieres otro vaso?

La cocinera de Rosa había preparado agua de azahar. Miriam apenas la había probado. ¿Es que él no lo veía?

—Gracias. Todavía tengo. Bueno, ya es hora de que me vaya. Son casi las cuatro.

—Pues termina tu bebida.

Ella comprendió que él quería que se quedara, pero no parecía tener nada que decirle. El silencio se hacía cada vez más violento, hasta que ella no pudo soportarlo más y dijo:

—Eugene ha dado la libertad a su hijo. Ayer salió el anuncio en el periódico, ¿lo viste?

—Sí.

El laconismo del monosílabo zanjaba el tema. Ella no sabía por qué lo había sacado a relucir ni por qué sentía el deseo de seguir hablando de él. Tal vez se debiera a la impresión imborrable que le causara la imagen del muchacho rodeado de palomas, o la mano morena apoyada en el hombro de la negra levita de Eugene, o las largas pestañas que velaban unos ojos llenos de preguntas… No deseado, negado, marginado, volvió a pensar; pero ahora con su compasión se mezclaba cierto rencor. Y prosiguió:

—Tú ya sabes que ese chico era hijo de mi marido, ¿no?

Gabriel inclinó la cabeza. El gesto decía claramente: «Esas cosas se saben, pero no se habla de ellas».

—Lo enviará a París para que aprenda escultura. El chico tiene talento. Desde luego, Eugene se ha portado muy bien.

—Desde luego —respondió Gabriel—. Pero no le resto ningún mérito a su acción si digo que, de todos modos, si las cosas siguen por ese camino, el chico hubiera sido libre dentro de pocos años.

Otra vez la guerra. Siempre la guerra. «Pero mi hijo no tiene más que doce años», pensó Miriam. Y este pensamiento tenía un efecto sedante, como el de la leche tibia.

—¿Cuándo llegará la guerra? —La gente lo preguntaba desde hacía un año. No si habría guerra, sino cuándo la habría.

—Depende del resultado de las elecciones. Si gana Lincoln, pronto.

—David dice en sus cartas que Nueva York es como un semillero de simpatías sudistas. A causa de los negocios. Los plantadores sudistas deben doscientos millones de dólares a los Bancos y comerciantes.

—¿Tienes noticias de David a menudo? —preguntó Gabriel, interrumpiéndola.

—Yo sí, pero no se lo digo a mi padre. Papá no le ha perdonado, ni creo que llegue a perdonarle nunca.

Con una vehemencia insólita, Gabriel se dio un puñetazo en la palma de la mano.

—¡Fanáticos! Los periódicos… del Norte y del Sur… Ellos fomentan esto. Son todos un hatajo de belicistas. Me gustaría que, para variar, se

pelearan con balas y no con letra de imprenta.

Miriam detectó en su propia voz un acento de reproche al preguntar:

—Entonces, ¿tú estás de acuerdo con rabí Gutheim?

—En principio, sí. Pero, por más que se esfuercen, no van a conseguir nada. El Sur no acatará a un presidente republicano, los secesionistas prevalecerán, el Norte no tolerará la secesión y…, ¡ahí lo tienes! —Nuevamente, el puño golpeó la palma de la mano.

Ella le miraba fijamente.

—¿Y tú qué harás? —preguntó.

—Ir a la guerra.

Estas portentosas palabras pronunciadas con naturalidad, sin temor ni entusiasmo. Ir a la guerra. Lo mismo hubiera podido decir: «Dar un paseo por el río».

—Pues eras contrario a la guerra de México —dijo ella, intrigada.

—Aquello era diferente. Esto será otra cosa. La patria está amenazada. Concretamente, si Carolina del Sur se separa de la Unión, ¿qué alternativa puedo tener? Mi familia ayudó a construir el Estado. Seis generaciones de antepasados míos están enterrados allí.

Estas palabras, que en boca de otro podían resultar grandilocuentes, en él quedaban desprovistas de todo dramatismo, y ella comprendió que para él tenían la fuerza de la lógica.

—Y, si es Luisiana, ¿voy a volver la espalda a mis amigos y a todo lo que es mi vida?

—O sea que, al igual que Lincoln, tú te riges por los principios. —Miriam volvió los ojos hacia la ventana. La calle estaba a menos de tres metros, y a través de la tela translúcida de las cortinas se veían las sombras de los transeúntes. Bajando el tono de la voz, ella dijo—: Si fuera hombre, yo lucharía en el otro lado. Aunque eso tú ya lo sabes.

El se inclinó ligeramente. Luego, volviéndose de espaldas, se acercó a la chimenea y se quedó mirando el hogar vacío. Miriam se levantó, y recogió el chal y el bolsito. Al oírla moverse, él se volvió para detenerla una vez más.

—Tengo que decirte una cosa. Es muy duro para mí. Tu marido me encargó que te lo dijera y yo he ido retrasándolo.

Miriam sintió que las piernas le flaqueaban y se sentó. Sin duda, aquello tendría que ver con André. El había vuelto a Europa. Estaba muerto. «Sí —pensó ella—; lo he perdido todo. David. André. Todo».

—Eugene tiene dudas acerca de los poderes que te otorgó.

—¿Dudas? —exclamó ella—. ¿Por qué? ¿Acaso no hemos prosperado? ¿No se ha eliminado el déficit? Tú lo has dicho muchas veces… —Se detuvo. Sin duda era por causa de André. No podía ser otra cosa.

—¿Por qué? —repitió Gabriel. Hablaba casi con indiferencia, como si el tema no le afectara—. Tú sabrás por qué. —Y miraba un punto de la pared, detrás de la cabeza de Miriam.

Miriam percibía el silencio como un fino susurro que le silbaba en los oídos. Él no iba a darle facilidades. Siempre te obligaba a arrancarle las palabras una a una o tenías que resignarte a esperar, en aquel silencio atroz, a que él se decidiera a hablar.

—Bien —dijo ella—. Puesto que te han dado ese encargo, creo que estás obligado a decírmelo todo sin omitir nada.

Ahora él la miró directamente, clavando sus ojos en los de ella con una expresión extraña, severa y triste a la vez.

—Está bien. Él dice que ya no está seguro de poder confiar en tu buen criterio. Teme que, sin querer, puedas firmar documentos o hacer alguna tontería que pueda perjudicar a la familia. —Aquí Gabriel titubeó—. Debido a ciertas influencias…

Era como ser sorprendida robando. Miriam temblaba.

—¿Eso es todo lo que te dijo? ¿Nada más? —Y, haciendo un esfuerzo, preguntó—: ¿no nombró esas…, esas influencias?

—Sí.

¿Cómo podía Eugene haber hecho semejante canallada? De todos modos, tenía derecho a proteger su propiedad, el patrimonio de sus hijos. Pero, costara lo que costara, ella no podía desfallecer ante la mirada de este hombre.

—¿Y tú lo creiste?

—¿Que tú podrías consentir que se perjudicara a tu familia? No. Yo le dije que me parecías una mujer muy competente y responsable.

—Gracias.

—No tienes por qué dármelas. Es la verdad.

Ella no podía soportar tanta vergüenza y tanta humillación condensadas en aquella habitación. Todas las estatuillas de mármol de Rosa amenazaban con saltar de sus pedestales con las alas abiertas, blandiendo armas. Los abotargados muebles parecían dispuestos a colocarse en orden de combate formando una barricada en la puerta. Tenía que salir de allí.

—Perdona —dijo Gabriel—. En realidad, no era necesario decir todo esto, sino solo lo que él había dispuesto. Soy su abogado y tengo que seguir sus instrucciones.

—Está bien. Olvídalo. Lo comprendo. —Ella trató de pasar por su lado, buscando la puerta, pero él la detuvo.

—¡Espera! Espera, Miriam. No te vayas sin oírme.

—No me encuentro bien. Te lo ruego… Tengo que irme.

—Solo un momento. No debería decir lo que voy a decirte, pero demasiado tiempo lo he callado ya y ahora…, esto…, este asunto. Es demasiado, no puedo seguir callando. Escucha —dijo asiéndola por el brazo.

«Nunca me había tocado», pensó ella, y sintió miedo aunque no sabía de qué.

—Tú ya debes de saber que te quiero. Tienes que saberlo. Una mujer tan sensible como tú…, ¿cómo ibas a estar tantas horas en esta habitación conmigo, sin darte cuenta de lo que había aquí dentro con nosotros?

—Yo no… Tú nunca dijiste… —susurró ella, confusa.

—No; no te lo dije. ¿Y por qué? Porque uno es civilizado y no tenía ningún derecho. Ni ahora debería hablar… de mis sentimientos hacia ti…, de lo que no puedo evitar… Mi obligación es callar. Pero él, ese hombre, ese hombre que tiene esposa, se ha atrevido a poner en peligro tu reputación, a exponerte a ti, a una mujer como tú…, a la murmuración de toda la ciudad. A causar tu ruina y la de tus hijos. Oh, yo nunca…

Miriam se sentía desnuda. Era como si alguien hubiera irrumpido en la fresca y silenciosa habitación situada sobre la plaza y el río, donde ella y André habían pasado aquellas tardes, como si alguien hubiera abierto la puerta de par en par y llegado hasta los pies de la cama.

—A pesar de ser tan inteligente… tú no sabes absolutamente nada del mundo… —Gabriel hablaba con frases entrecortadas, furioso, con una pasión de la que ella le creía incapaz—. Por nada del mundo… Es un robo…, una profanación… Si yo tuviera dieciocho años, si fuera un exaltado de dieciocho años…, y le viera entrar ahora por esa puerta, lo mataría. Sí, incluso ahora… quizá no pudiera contenerme. ¡Dios mío! ¿Cómo ha podido hacerte eso a ti?

Miriam, ante aquella manifestación de unos sentimientos tan puros, sintió que toda su vergüenza se disipaba de pronto. La causa de su vergüenza se convertía en algo degradante en sí misma. ¡El no pensaba en sus propios sentimientos, sino solo en ella! Y no tenía una palabra de reproche, no se enfurecía con ella sino por ella, como si André hubiera sido el único que había hecho «esto» como decía él. Miriam se sintió profundamente conmovida.

—¿Es solo suya la culpa? —preguntó ella en voz baja—. Si hay delito, tan culpable soy yo como él. Pero ¿por qué tiene que ser delito amar? ¿Es que

alguien puede evitarlo? Tú mismo dices que…

—Digo que te quiero, pero también hay que pensar en el riesgo y la humillación.

—¿Es que la persona que ama se detiene ante el riesgo o la humillación?

—Si ama de verdad, sí.

—Tal vez sí. Pero no siempre hace uno lo que debe. —Miriam inclinó la cabeza, que sentía caliente y pesada. Debía de tener manchas rojas en las mejillas y en la frente. Siempre le salían cuando estaba nerviosa y angustiada, y la afeaban. No sabía por qué, en este momento, tenía que importarle estar fea delante de Gabriel. Entonces recordó otra cosa.

—Hablas de riesgos. ¿Has olvidado ya el riesgo que tú corriste por mi hermano?

El se inclinó.

—Tienes razón, lo reconozco. Puse en peligro a mi hermana y a sus hijos. Lo sabía y lo había olvidado.

Aquella pequeña reverencia y la formalidad de su tono ponían una pared entre los dos. Ella no la dejó seguir en pie.

—Lo que quiero decir es que, si hiciste aquello por David fue porque le querías, y no pensabas en ti mismo. —Y agregó—: Siempre estaré en deuda contigo por aquello, Gabriel.

—No es eso lo que quiero. No deseo tu agradecimiento. No lo deseaba entonces ni lo deseo ahora.

Ella lamentó vivamente haberle ofendido con sus palabras, haber hablado de deuda cuando lo que quería decir era algo tan diferente.

—Gabriel —volvió a empezar—, hace tantos años que nos conocemos… Yo era una niña y tú y David, poco más que unos chiquillos.

Pero ya entonces nos queríamos los tres. David y yo… haríamos cualquier cosa por ti, eso ya lo sabes. Hace un momento hablábamos de riesgos. El amor no los conoce; eso es lo que quería decir. Eso es lo que esperaba que comprendieras.

—Está bien. Comprendo.

Miriam vio que estaba cansado y que empezaba a arrepentirse de haber hablado, porque no serviría de nada. Aquella noche él no podría dormir, como cuando uno abre el corazón para nada. Ella quería decirle que todo era disparatado y cruel: la forma en que Eugene y ella se habían unido, la forma en que Marie Claire y André se habían unido, incluso la forma en que aquella hermosa mujer de piel oscura que amaba a Eugene… ¡Qué extraño, amar a Eugene! Pero dijo tan solo:

—Lo siento, Gabriel. Lo siento mucho. —Y, de haber sido permisible, hubiera añadido: «Cariño».

Salvo por aquella mano que temblaba en su brazo, él no la había tocado. Ahora levantó la mano doblándola suavemente, como para acariciarle la mejilla o el pelo o, tal vez, para tomarla de la barbilla y darle un beso en los labios; pero la dejó caer a lo largo del cuerpo con un ademán de desesperación. Luego se hizo a un lado y la dejó salir.

Se había levantado una brisa del río que hacía ondear los bajos de su vestido de verano en torno a sus tobillos. Bajo la fina tela de algodón, el cuerpo le ardía.

20

Esperemos, por lo menos, hasta después de la toma de posesión para ver qué hace Lincoln —aventuró tímidamente Ferdinand en respuesta a la vehemente indignación de Eugene—. Démosle una oportunidad. Jefferson Davis está dispuesto a hacerlo. Sam Houston también.

—¡Tonterías! —exclamó Eugene—. La Unión es un conglomerado de Estados soberanos, que puede deshacerse con la misma facilidad con que se formó. El gobernador Moore lo dijo así la semana pasada, sin ir más lejos. ¿Esperaba realmente que Luisiana viva bajo un Gobierno republicano negro? ¿Lo esperabas realmente?

Si Ferdinand lo esperaba o no, Miriam no llegó a averiguarlo. Ella sospechaba que lo que más temía Ferdinand era la guerra. El recuerdo que de la violencia conservaba su padre era imborrable. De todos modos, era imposible discutir con Eugene que, exhibiendo ostentosamente la escarapela azul en la solapa, gustaba de repetir y lo había repetido una docena de veces, que la letra y la música de «Escarapelas Azules» habían sido compuestas nada menos que por Penina Moise de Charleston, la misma que escribía los himnos para el templo «Beth Elohim», de aquella ciudad.

Después de la cena, Eugene solía pedir un *punch* de *whisky* para brindar.

—Repitamos con Stephen Decatur: «Por mi patria, siempre justa. Pero justa o injusta, por mi patria». Esta —declaró— es la misma causa por la que, en el setenta y seis, se luchó contra Inglaterra. Es una lucha por la libertad.

Frente a esta exaltación, la propia Miriam guardaba silencio. Allí se la toleraba nada más, y ella se daba perfecta cuenta. Desde luego, Eugene sabía de qué lado estaban sus simpatías, pero había decidido que este era otro tema que no se debía mencionar. Tanto mejor. Ella no hubiera podido soportar que él tocara sus heridas.

De vez en cuando, aquel dolorido embotamiento que le producía la ausencia de André era taladrado por una pena tan aguda que la obligaba a doblar el cuerpo, como si hubiera recibido una puñalada. Él había desaparecido. Como si se lo hubiera tragado la tierra, o el mar.

Y, sin embargo, no podía creer que no fuera a regresar un día. En aquellos terribles momentos no tenía con quién hablar, ni siquiera de la guerra. Sus hijos eran aún muy jóvenes y, además, sudistas, como todas sus amistades. Sería un error, un cruel y peligroso error, desconcertarlos con las dudas de su madre.

El joven Eugene llegó del colegio casi llorando de rabia y arrojó los libros al suelo del salón, a los pies de sus padres.

—¡Los chicos de la escuela hablaban del tío David! —gritó—. ¡Qué vergüenza! Le odio por lo que nos hizo.

Miriam sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Qué nos hizo? —preguntó con voz serena.

—¡Tú ya lo sabes! Él mató al tío Sylvain.

—Un momento, hijo. Él no es un asesino. Fue una diferencia política, algo feo, terrible, pero una disputa al fin, no un asesinato.

—¡Una diferencia política! Pero él no tenía razón. Es un asqueroso abolicionista. No me gusta que me insulten por tenerlo en mi familia.

El muchacho miraba a su padre, como esperando su apoyo. El padre se limitó a decir:

—Nadie es responsable de lo que hace su familia. Eso es lo que debes decir. Siempre.

—Dicen que alguien de la familia debió de ayudarle a escapar porque sus perseguidores le pisaban los talones.

—¡Tonterías! —Después de que otro sobresalto casi le cortara la respiración, Miriam dijo ásperamente—: Nadie de la familia sabía lo que hacía David. Él nunca dio cuenta de sus actos a nadie y siempre supo cuidar de sí mismo.

—¿Sí? —dijo Eugene padre tristemente—. Pues a ver si puede seguir cuidándose en la guerra que él y los suyos van a traernos.

—¡Si hay guerra, yo también lucharé! —dijo el niño apretando los puños. Y, en su ignorancia, agregó—: Y Maxim y Chanute también, ya lo veréis, lucharemos todos.

«¡Pobre criatura! —pensó Miriam—. ¡Pobre país! Treinta millones de personas precipitándose a la guerra».

Eso mismo dijo una noche a Fanny, que había llegado a casa sin aliento a causa del toque de queda impuesto a todos los negros de la ciudad a partir de las nueve de la noche, una indignidad que la primera noche que entró en vigor hizo que Miriam bajara la vista avergonzada ante la muchacha.

—Hay sangre oscura en la luna —dijo Fanny, lo cual era una manera como otra cualquiera de expresar un mal presagio.

Sangre oscura en la luna.

Desde la galería del Senado, los aplausos se derramaron sobre Judah Benjamin como una lluvia de oro.

—La suerte de la guerra puede ser adversa a nuestras armas —dijo—. Podéis llevar la desolación a nuestro pacífico país y entrar a sangre y a fuego en nuestras ciudades…, pero nunca podréis someternos.

Carolina del Sur fue el primer Estado que se separó de la Unión. Cuando Luisiana hizo otro tanto, el *Picayune* y el *Crescent* publicaron elegiacas frases en honor de la muerte de la Unión.

Fuerte Sumter cayó y Lincoln pidió voluntarios.

Robert E. Lee, que había emancipado a los esclavos heredados de su familia, rechazó el mando de los Ejércitos de la Unión y, con viva angustia, regresó a su Virginia natal para luchar al lado de los suyos.

Había empezado la guerra.

En abril, los vientos del Sur trajeron una lluvia fina y aire húmedo del Golfo que rizaba el negro cabello de Angelique y alisaba las hojas nuevas del jazmín. El porche olía a rapa. Los pinzones alborotaban entre los ficus cuando Miriam, siempre la primera en levantarse, se asomó a la ventana a contemplar el despertar de la ciudad.

Y el despertar llegó bruscamente, con los soldados que venían del campamento y salían de las casas, llenando las estrechas calles de redobles de tambor. Todo brillaba: las espadas, los galones y los briosos caballos. En los hombros de las mujeres lucían los colores de la bandera confederada.

Eulalie fue la primera en observar que Miriam no la llevaba. Últimamente se había vuelto más atrevida, como si por un tácito convenio, a cambio de su silencio acerca de André, exigiera la aquiescencia de Miriam en todo lo demás. Al día siguiente, cuando fue a hacerles una visita con Pelagie, Eulalie llevaba una bandera que ella misma prendió en el hombro de Miriam. Pocos minutos después llegó Rosa, también con su bandera. Miriam contemplaba aquel extraño trozo de tela que tenía en el hombro. Conque así era como se ganaban adeptos. Hubiera resultado punto menos que imposible no llevar aquel emblema entre esta gente.

—Mis hijos ya han recibido la orden de marcha —dijo Rosa—. Henry va al fuerte St. Philip y Herbert, a la Marina. Ya tienen destino —añadió,

afectando indiferencia.

—Alexander y Lambert son aún muy jóvenes para tener destino —explicó Pelagie—, pero se han alistado, naturalmente. Alexander está en los Gatos Salvajes Montados y Lambert, en los Rifles De Soto.

—Yo estaría avergonzada si mis sobrinos no se hubieran alistado —dijo Eulalie—. Una mujer que vive cerca de nuestra casa, no diré nombre, tiene un hijo que recibió un paquete postal con unas enaguas dentro.

—En algunos pueblos empluman a los que no se alistan voluntarios —dijo Pelagie estremeciéndose.

—Bien hecho —exclamó Eulalie.

—A mí me han dicho que se habla de encarcelar a todo el que se pronuncie en favor del Norte —dijo Rosa en voz baja.

Sus ojos, bajo las blancas conchas de sus párpados, lanzaron a Miriam una atribulada mirada de advertencia.

—Oh, yo estoy muy orgullosa de mis hijos —dijo Pelagie. Sus redondas mejillas estaban rojas de placer—. «Es por la defensa de las mujeres del Sur, mamá», me dijo Lambert. Estoy segura de que todos sus primos Labouisse han de distinguirse por su valor. Han organizado sus propias compañías. Los primos de mamá que viven río arriba también han formado una compañía. Son los hijos de las mejores familias. Sí; todos podemos sentirnos orgullosos. Hasta Belinda, mi cocinera, ha hecho cajas de galletas para Lambert y Alexander. Los adora.

«Galletas y revólveres. Revólveres y galletas». De pronto, acudió a su memoria la cara de uno de los hijos de Pelagie —no recordaba cuál; entre tantos—, pero era un niño rubio al que ella columpiaba mucho antes de que nacieran sus propios hijos. Al niño se le cayó la galletita al suelo y se echó a llorar. Ahora tendría que llevar revólver.

Su mirada se posó entonces en su Angelique, que estaba sentada en un rincón, sobrehilando vendas. Hasta las colegialas que hacía apenas un año aprendían a bordar el ajuar, ahora también estaban movilizadas.

Por la ventana abierta llegaba la voz del pequeño Eugene que repasaba con su padre las declinaciones latinas. La voz ronca y gutural se quebraba a veces con una aguda. ¿Cuánto tardaría él en empuñar un revólver?

Rosa, para no quedar atrás, decía:

—¿Sabéis que han nombrado a David de León intendente de Sanidad del Ejército confederado? Es primo de Henry. Son tantos primos…

—Mi pequeño Louie está muy disgustado porque aún no puede alistarse —dijo Pelagie muy ufana.

—Ya tendrá tiempo —dijo Miriam.

La ironía pasó inadvertida.

—Dicen que la guerra termina dentro de un mes. El día de Viernes Santo visité nueve iglesias diferentes y en cada una recé por la victoria. Cuando llegué a casa estaba segura de ella.

En el bolsillo de Miriam crujió una carta de David.

Estoy en una unidad de Sanidad… Inglaterra reconocerá a la Confederación como potencia beligerante… Necesitan algodón para los telares de Lancashire… Además, su aristocracia hace causa común con los del Sur… Será una guerra dura y cruel… Tal vez dure diez años.

Como siempre, ella conservaba la carta como un tesoro, leyéndola y releyéndola hasta aprendérsela de memoria.

Por primera vez me alegro de que estéis tan lejos. Bien sabe Dios que no soy militar, pero realmente no creo que la guerra llegue hasta vosotros. Por lo menos, eso no tendrás que sufrirlo. Con todas las cargas que has tenido que soportar… Supongo que todo seguirá igual, o peor, agravado por la compasión que te inspira desde que perdió la vista… Pero tú eres fuerte. No creo que ni tú misma te des cuenta de lo fuerte que eres. Gabriel y yo lo hemos sabido siempre… tú conseguirás que las cosas sigan en pie por el bien de tus hijos. Me acuerdo mucho de ellos… Un día, cuando pase todo esto, les diré que yo los tuve entre las manos durante los primeros minutos que pasaron en este mundo…

La voz de Pelagie interrumpió sus pensamientos.

—Eulalie ha bordado un precioso estandarte de seda para el desfile que se celebrará en el campamento la semana próxima. —Pelagie no había tenido un aspecto tan juvenil desde antes de morir Sylvain—. Será un acto solemne. Yo me he hecho un vestido para la ocasión. ¿No os habéis fijado en lo anchas que se llevan las faldas este año? Las de la temporada anterior quedan realmente anticuadas.

«Yo no entiendo nada absolutamente», pensaba Miriam mientras las mujeres seguían hablando.

El coro se levantó y entonó: «Ten piedad de mí, ¡oh Dios!».

Salmo 57, rezaba la hoja.

El presidente Jefferson Davis había decretado que se celebrara un día de Oración por el Gobierno, y aquella tarde de junio de 1861 Miriam estaba en la concurrida sinagoga.

«Me ampararé a la sombra de tus alas, mientras pasa la desgracia».

En el banco de atrás, una mujer se daba aire con un abanico de palma. El calor era agobiante, pero no era solo la temperatura lo que pesaba sobre Miriam, sino su propio desasosiego.

Angelique bostezaba. Al notar la mirada de su madre, se cubrió rápidamente la boca con su blanco guante. Los altos pómulos de la niña estaban rojos y un mechón rebelde se le había pegado a la húmeda frente. Se puso a jugar con sus pulseras, haciéndolas tintinear en el silencio del templo. Miriam frunció el entrecejo, pero su gesto de reprobación se borró en seguida. ¿Cómo podía aquella criatura imaginar lo que se avecinaba? ¡Que hiciera sonar las pulseras! Pronto se enteraría. Pronto.

Siguió el salmo 29. La congregación se puso en pie.

«Yavé dará fortaleza a su pueblo, Yavé bendecirá a su pueblo con la paz».

La solemne música se apagó lentamente, y los Rollos de la Ley volvieron a guardarse en el Arca.

Oraciones y súplicas de misericordia.

—¿Sabes que Gabriel se marcha con el Décimo de Luisiana? —preguntó Eugene.

Ella no lo sabía. No había vuelto a verle desde el día que, por su propio bien y por el de Gabriel, prefería no recordar.

—¿No dijo Rosa que iban a nombrarle para un cargo en el Gobierno?

—El lo rechazó. No quiere bicocas. Yo le admiro por ello.

Emma preguntó si Gabriel estaría a las órdenes del general Beauregard.

—Los Beauregard son una familia muy distinguida de ascendencia francesa. Mrs. Beauregard dice que él no habla inglés más que cuando no tiene otro remedio.

—Le daremos una cena de despedida —dijo Eugene—. Ya puedes enviar a Maxim con las invitaciones. —Su animación iba en aumento. La guerra le daba nuevos bríos—. ¿Cuáles son sus platos favoritos?

—Creo recordar que tenía especial predilección por el *gumbo* —dijo Emma.

Entonces intervino Ferdinand, siempre el perfecto anfitrión:

—Sí, y la lechuga con salsa marrón, como la prepara Serafina. Asado con salsa al champaña. Y pastel de ciruelas. No es el tiempo, pero no importa. Y merengue a la vainilla. También le gusta.

Dos hileras de botones dorados recorrían de arriba abajo la pechera de la casaca gris del comandante Carvalho. Con el sable y las botas, Gabriel

parecía otro hombre, un desconocido.

Miriam hubiera preferido no tenerle a su derecha, pero Sisyphus, maestro del protocolo, naturalmente, había puesto al invitado de honor en aquel sitio. Miriam agradecía que, después de las frases de saludo, él no hubiera vuelto a dirigirle la palabra, y conversaba con el hombre de su izquierda, un primo de Emma, anciano y hablador que solo pedía que le escucharan mientras hablaba de todo y de nada en particular.

En la mesa, la conversación era general y consistía en la recapitulación de las preocupaciones que prevalecían desde que empezara la guerra.

—Si no embarcamos algodón, las potencias europeas ansiosas de suministros, tendrán que ponerse a nuestro lado.

—No, no; tenemos que producir todo el algodón que podamos, más que nunca, y mandarlo a Inglaterra, para reforzar el crédito.

—Hay que quemarlo, eso es lo que yo digo. Muchos cosecheros de Georgia y de Carolina del Sur están quemándolo ahora mismo. ¿Qué hicieron los rusos cuando Napoleón ocupó Moscú? Incendiar la ciudad.

—¡Tonterías! Los ejércitos de la Unión nunca llegarán a los campos de algodón.

Gabriel había guardado silencio hasta entonces.

—No hay que subestimarlos. Incluso podrían llegar hasta Nueva Orleans. —Sus palabras levantaron un murmullo de protesta.

—Nunca pasarán los fuertes —opinó Eugene—. Tenemos fortificaciones con artillería a lo largo de noventa kilómetros, desde los fuertes hasta la ciudad. ¡Nueva Orleans! Al contrario. Seremos nosotros los que lleguemos a Washington.

Y Ferdinand añadió:

—Estarán demasiado ocupados en el Este para venir a molestarnos. —Ferdinand, que antaño negaba incluso la posibilidad de la guerra, ahora que ya había empezado el conflicto, se había convertido en un gran estratega—. De todos modos, si lo intentan, si lo intentan, he dicho, será aguas arriba.

—Los fuertes son inexpugnables —dijo Eugene—. En 1815, los ingleses no pudieron tomar uno, y ahora tenemos dos. Pero ¿tú crees que tratarán siquiera de atacar, Gabriel?

—Creo que lo intentarán —dijo Gabriel convencido—. Y tal vez consigan entrar.

—El general Lovell se encargará de todo —dijo Emma—. Conozco a la familia…, él es un hombre encantador y un valeroso caballero.

Ferdinand porfió:

—Tenemos quince unidades navales delante de los fuertes.

—Mi Herbert dice que nada podrá atravesar a los acorazados *Lousiana* y *Mississippi* cuando estén terminados —interrumpió Rosa—. No sé cómo puedes hablar así, Gabriel. No es propio de ti ser tan pesimista.

—Realista, no pesimista —respondió Gabriel.

Él se movió nerviosamente, rozó con la pierna la falda de Miriam y se apartó de forma brusca.

Ella advirtió su turbación como advertía la propia. Aquella cena tan normal y ceremoniosa parecía que no iba a acabar nunca. «La gente debería limitarse a comer, terminar cuanto antes y levantarse de la mesa», pensaba Miriam con impaciencia.

—¿Saben ustedes que a André Perrin se le ha encargado la misión de buscar alianzas en el extranjero? —preguntó Rosa hablando en general—. Principalmente, la de Francia. Es ideal para ese cometido. Además, conoce el país a la perfección. Y posee tanto empaque… Siempre me pareció que tenía madera de diplomático —añadió inocentemente.

—Oh, una excelente elección. —Lo dijo una voz de hombre. No era la de Eugene, desde luego. Ni la de Gabriel; pero Miriam no la reconoció ya que, de pronto, se había quedado absorta en su plato, en el que una orla cobalto y oro rodeaba una fantasía de pagodas.

Entonces, si era cierto lo que decía Rosa, él habría vuelto a Francia. ¿Otra vez al lado de Marie Claire, vegetando lo mismo que ella y Eugene? La tensión que había ido acumulándose en su interior durante los dos últimos años, desde la marcha de André, se hizo ahora insoportable. No podía seguir allí sentada, tenía que levantarse y salir y que pensaran lo que quisieran. Notó que Gabriel la observaba. Ella, incapaz de sostener su mirada, suponía que él se mortificaba a sí mismo con una curiosidad morbosa, tratando de averiguar la impresión que le había producido oír el nombre de André. Y ella se preguntaba si ya tendría en la frente las manchas rojas que le provocaba la excitación nerviosa.

Eugene se había levantado y Sisyphus lo acompañaba hacia la puerta. La cena había terminado.

—El tren sale a las ocho. Si nos vamos ahora, tendremos tiempo de sobra —dijo.

—La estación está lejos y hace mucho calor —protestó Gabriel—. En realidad, yo no esperaba que viniera nadie.

—Te acompañaremos todos —dijo Eugene con firmeza.

Coches, carruajes y gente se agolpaban a lo largo del tren que debía llevar a los hombres al campamento «Louisiana» del norte de Virginia. Algunos soldados ya se habían instalado en los vagones y empezaban a jugar al póquer, mientras los amigos introducían por las ventanillas pollo frito y bebidas. Algunos ya estaban borrachos. Todo eran risas, bravatas, recomendaciones y adioses lacrimosos. Los niños eran alzados sobre hombros de uniforme, las mamás sujetaban a la chiquillería inquieta y los enamorados se abrazaban. Mientras, una banda militar lanzaba al aire notas triunfales.

—Te he puesto hielo en el cubo —dijo Rosa—. No te olvides de decir a Lorenzo que está con el equipaje.

—No me hace falta Lorenzo —dijo Gabriel—. Tú lo necesitarás en casa.

—No digas tonterías. Todo oficial lleva su criado. ¿Quién cuidará de tus caballos, te hará la comida y te lavará la ropa? Recuerda que él lleva tu reloj. Le he dado trescientos dólares en oro, por si necesitas comprar algo, aunque creo que te he puesto de todo.

—¡Trescientos dólares! —exclamó Eugene, resoplando—. Procura tener a tu Lorenzo bien vigilado, no vaya a pasarse a los yanquis con el dinero.

—¡Tonterías! —dijo Rosa—. Lorenzo adora a Gabriel. Nunca haría tal cosa. Además, ¿por qué iba a marcharse? Él vive tan bien como Gabriel y como todos nosotros. ¿Dónde iba a vivir mejor?

La locomotora silbó tres veces. Los hombres empezaron a subir al tren. De pronto, toda la animación de Rosa se desvaneció mientras su valentía y su orgullo se desmoronaban.

—Oh, antes mis hijos, ahora mi hermano…, todos me dejan. ¿Cuándo volveremos a estar como antes? —Le destilaba la nariz y buscó el pañuelo en la bolsa—. Oh, ya he tenido que dar la nota. Lo siento, no he podido evitarlo.

—Vamos, vamos, Rosa —dijo Gabriel cariñosamente—. No hay que preocuparse. Nosotros, los hombres, necesitamos vuestro aliento. Vamos, mujer… —Miró a Miriam por encima de los temblorosos hombros de Rosa, indicándole que quería hablarle. Se la llevó aparte.

—¡No temas! Solo quiero hablar de Rosa. ¿Te ocuparás de ella? A pesar de su aire de mujer decidida y juiciosa, no es ni de mucho tan fuerte ni tan sensata como tú.

—¿Tú crees realmente que yo soy sensata? —preguntó Miriam sin poder contenerse.

—Creo que ni tú misma sabes lo sensata que eres.

¡Qué propio de él expresarse con enigmas!

—Te prometo que haré cuanto pueda.

—Necesitará una amiga.

—No te preocupes. Me tiene a mí.

—Gracias.

No había más que decir, pero él no se iba. La grava y el carbón se les clavaban en las suelas. Pero él seguía allí plantado, escrutando su cara cándidamente, pero sin revelar nada de sí, como siempre. Solo Dios sabía lo que pensaba, por dónde iban sus pensamientos. Sin duda, puesto que era humano, debía de imaginarla con el otro, entre sábanas de seda, en las tardes soñolientas y las noches claras. Aún debía de sufrir.

—También soy amiga tuya, Gabriel —dijo en voz baja—. Siempre lo fui. Siempre serás un amigo muy querido.

Otra vez había elegido mal las palabras. Él apretó los dientes.

—Cuida de Rosa. Temo que va a pasarlo muy mal.

Sonaron los últimos silbidos, provocando una avalancha hacia el tren, y Gabriel se perdió entre la muchedumbre. El pequeño grupo se quedó entre la multitud hasta que el tren se perdió de vista y luego, a la luz del crepúsculo, regresó a casa.

—Ojalá pudiera ir yo con ellos —dijo Eugene, y se mantuvo en silencio durante el resto del trayecto.

Y Miriam comprendió que el hombre que iba a su lado sentía la dolorosa privación del derecho a proclamar su masculinidad en la gran aventura de la guerra. Pensó que era extraño que esta tragedia pudiera ser tan excitante para tantos. ¡Si hasta Gabriel llevaba la espada con aire marcial!

En todas las calles de la ciudad, la bandera del Estado florecía en puertas y balcones. En todas las ventanas ardían velas y luces de gas, envolviendo la noche en un resplandor dorado. A lo lejos, en el campamento, retumbó un cañón, en un último saludo de marcha, haciendo alzar el vuelo a las palomas de la plaza.

En las escaleras de la entrada esperaban el pequeño Eugene y Angelique, agitando todavía las banderitas. El chico, al ver a sus padres, se acercó corriendo. Le brillaban los ojos y estaba afónico de vitorear por las calles toda la tarde.

—¿Por qué no nos llevasteis con vosotros? —preguntó.

Al igual que a su padre, le dolía perderse la guerra.

—En el faetón no había sitio para todos —dijo Miriam—. Pero la próxima vez que marchen soldados os prometo que os llevaremos.

El niño no podía estarse quieto.

—¿Ha sido muy emocionante?

—Ella sonrió a su hijo, su niño guapo y dulce y se consoló nuevamente: «Solo tiene doce años, gracias a Dios».

—Sí; muy emocionante —contestó—. Mucho.

21

Un año de guerra y cómo había cambiado todo. Miriam volvía del mercado con Fanny. Acababa de pagar un precio de escándalo por un barbo duro y grasiento, conocido popularmente por el nombre de «tocino de Biloxi». En el muelle, una goleta de tres palos embarcaba balas de algodón. Con las luces cubiertas, burlaría el bloqueo rumbo a La Habana, para seguir viaje a Londres y París.

París. Plazas como Jackson Square. ¿No había dicho él que se parecía a la Place des Vosges? André caminando por ellas… Tenía un andar ligero, casi era una carrera. Le parecía oír sus pasos en la acera. Habría grandes edificios oficiales de piedra, parques, cafés, mujeres jóvenes de labios dulces, perfumes, perlas… De pronto, sintió frío y se paró, cerrando los ojos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Fanny.

Estaba en París. Se había olvidado de Fanny, en cuyo rostro vigilante se pintaba ahora una expresión entre preocupada e inquisitiva. ¿Cuántas cosas sabía o sospechaba Fanny? Con los criados nunca se sabía: tan temerosos, tan maliciosos, siempre disimulando para no ofender.

Miriam parpadeó volviendo en sí, a la calle y a la mañana.

—Sí, sí, estoy bien. Un poco cansada.

Él no había escrito. Naturalmente; temía exponerla a la cólera de Eugene. O tal vez sí había escrito, pero no le habían llegado sus cartas.

Tampoco los barcos llegaban. El bloqueo estaba asfixiando a la ciudad; era una soga alrededor de su cuello.

En la manzana siguiente, estaban bajando la campana de la torre de una iglesia, para fundirla y hacer cañones. ¡Cómo lo había cambiado todo la guerra! Qué extraño, encontrarte arrastrada por la corriente de la guerra cuando habías pensado quedarte en la orilla. En la sinagoga, las mujeres organizaban un baile «en beneficio a las familias pobres de los hombres que estaban en el frente». Se tejían guantes y calcetines para los soldados. En todos los salones había grandes sacos de lana gris.

Se enviaban mantas al Ejército. Se prescindía del café y de la carne para que pudieran tomarlos los soldados.

Extraño, extraño y doloroso hacer todas estas cosas, y hacerlas de corazón, mientras deseabas que ganaran los del otro lado, donde estaba David, con los hombres de azul.

Rosa de Rivera cruzaba Jackson Square.

—Hoy recibí carta de Gabriel. ¿Te la leo? ¿O prefieres que no lo haga? —agregó, dando a la existencia, perfectamente natural, de aquella carta, el especial significado que, según ella, debía de tener para Miriam.

«¿Pues no está disfrutando con esta situación?», pensó ella. Amor imposible por una mujer casada. Romántico, triste y un poquitín picante.

—Claro que quiero que me la leas —dijo Miriam con calma—. Siéntate y lee. Tú, Fanny, vete a casa.

Rosa leyó:

He visto victorias y derrotas. Estuve en Manassas Junction con los vencedores, y en fuerte Donelson, con los derrotados. Tan horrible fue una batalla como la otra.

La primera vez que iba a entrar en combate, me sentía lleno de entusiasmo. Aquello parecía emocionante y, a pesar de lo funesto de la guerra, podía brindar la oportunidad de mostrar lo que puede el valor individual, multiplicado por muchos miles. Tal vez fuera decisivo para terminar con la guerra. De todos modos, fui a la batalla sin miedo y con una sensación de fuerza. Pero esto acabó pronto.

Por la mañana, la realidad me hizo el efecto de un mazazo. Era un día de verano. ¿No es la frase lo bastante expresiva? Un día de verano y, sobre el verde de los campos, la tierra roja de los parapetos era una herida más que sumar a las muchas de los hombres. ¡Una tierra tan rica y floreciente, y lo que le habíamos hecho! ¡Unos hombres tan jóvenes y lo que nos habíamos hecho los unos a los otros! Capturamos el depósito federal, pero, como no llevábamos carros suficientes, no pudimos llevarnos más que una parte, y prendimos fuego al resto. La hoguera ardió toda la noche. Por la mañana no quedaba más que un montoncito de cenizas humeantes con chispas que eran como pequeños ojos malignos que espiaran desde el infierno.

El general Lee autorizó a los federales a recoger sus heridos. Los suyos y los nuestros fueron colocados lo más lejos posible unos de otros, bajo los árboles, a resguardo del sol. Las heridas son terribles, dicen que mucho peores que las de la guerra de México. Ello se debe a la bala minié, que tiene

forma cónica. Es un invento infernal que hace trizas la carne. Las moscas ya ponían sus huevos en estas espantosas heridas. Los hombres, tendidos en largas columnas, se agitaban de dolor y las columnas se ondulaban como una serpiente gigantesca que se deslizara por el campo.

Tal vez no debiera escribirte estas cosas. Pero me parece que la gente tiene que enterarse de estos horrores, aunque no haya forma de impedirlos. Ahora que ya estamos en guerra no tenemos más remedio que continuar. De todos modos, para vencer el escrúpulo de contarte estas cosas, me recuerdo a mí mismo que no voy a poder escribir en mucho tiempo, porque no habrá ocasión para ello.

Sin embargo, voy a seguir. ¿Cómo describir una batalla? ¿Podría siquiera intentarlo? Pero yo creo que la gente tiene que saber. Es un ruido para volverse loco, una barahúnda diabólica. Hasta los árboles resultan heridos, despedazados por las balas de los cañones «Gatling», y cae sobre ti una lluvia de ramas y hojas. Nosotros usamos el cañón de repetición «Williams» o el «Napoleón» de doce libras. Las caras de nuestros hombres quedan negras de pólvora. El ruido de estos artefactos es indescriptible. Entre las detonaciones, se oye la algarabía de los pájaros que huyen y las quejas estremecedoras de los caballos heridos. ¡Pobres criaturas ignorantes, cuyos amos, en otro tiempo tan cariñosos, los han traído a esto!

A veces lo más duro es la espera de la batalla. La vigilia puede ser peor que el combate. Pero, aunque sepas lo que se avecina y lo temas, también deseas que llegue y que pase. Marchamos bajo una lluvia torrencial, calados hasta los huesos. La mayoría de los hombres no tienen impermeable, y no hay tiendas para todos. Muchos duermen a la intemperie, bajo la lluvia. Estamos infestados de piojos. A veces pasamos varias semanas sin cambiarnos de ropa y los bichos anidan en las costuras, de manera que ni llevando la ropa te libras de ellos. Los hombres se avergüenzan de su suciedad. Son más numerosas las bajas por enfermedad que por herida de bala. Eso no lo sabe la gente. El último verano era el tifus lo que mataba. Ahora, con el frío, la pulmonía. Los hombres del Sur soportan muy mal el frío y la nieve. Y, haga frío o calor, está la amenaza del escorbuto. Nuestra dieta se compone de galletas, tocino salado, café y judías.

Yo he visto abandonar un hospital de campaña al enemigo al retiramos. Nuestros heridos morirán prisioneros o, lo que es peor, sufrirán sin anestesia.

Dios mío, no sé por qué escribo todo esto. Quizá por la mañana no mande la carta. Pero ahora, mientras escribo a la luz de una vela es como si los

espectros de todo lo que he visto desfilaran de nuevo ante mí exigiéndome que los incluya en la carta.

¡Qué distintas, las muertes blancas y serenas de nuestros abuelos! Estas son rojas y violentas. Pero lo más terrible es darme cuenta de que ya empiezo a acostumbrarme. Veo a un muchacho tendido entre sus cachivaches: el tazón de hojalata, el revólver, la sartén, el macuto abierto y las fotografías y cartas de su familia esparcidas. Le miro y sigo andando.

¿Qué va a ser de mí? ¿Qué clase de hombre voy a ser cuando esto termine?

Rosa guardó la carta en la bolsita. Ninguna de las dos habló hasta que Rosa volvió a sacar la carta.

—Casi lo olvido. Hay una posdata: «Recuerdos a Miriam. Espero que esté bien».

Ferdinand, erguido como un general, estaba delante del mapa que habían colgado de la pared del salón de atrás, y leía en voz alta los partes de guerra a Eugene. Los dos hombres, Emma y sus hijas y el pequeño Eugene seguían de cerca la marcha de la guerra. Se alegraron de la victoria de Manassas, y discutieron y criticaron a Jeff Davis.

—Podíamos haber entrado en Washington —declaró Ferdinand—. Nadie nos lo hubiera impedido.

La excitación que animara a Eugene al principio de la guerra iba disipándose poco a poco.

—No, no —respondía—; aquella victoria llegó demasiado pronto para servir de algo. Nos hizo creer que éramos invencibles.

Ferdinand, por el contrario, persistía en su optimismo. Aquella contradicción intrigaba a Miriam. Su padre, que se había resistido a admitir la posibilidad de la guerra, ahora veía en ella un juego apasionante, un complicado ejercicio.

—Nunca hubiera imaginado que Grant derrotaría a Johnston y a Beauregard en Shiloh —dijo Eugene lúgubremente—. Ahora el Mississippi está despejado casi hasta Vicksburg.

La víspera había pasado por St. Charles Street el cortejo fúnebre del general Johnston, prueba palpable de la terrible derrota. En la desembocadura del río, doscientos veinticinco kilómetros al sur de la ciudad, estaba la flota de la Unión esperando iniciar su lento y cauteloso avance hacia los fuertes. La mandaba el almirante Farragut, de quien se citaba con amargura su condición

de hijo de Nueva Orleans. «Aquel entramado de lealtades contradictorias resultaba más y más extraño», pensaba Miriam.

Alexander, el hijo mayor de Pelagie, era correo del estado mayor de Lovell y diariamente llevaba noticias a los estrategas del salón de atrás. Con las sonrosadas mejillas húmedas de sudor, casi sin aliento, comunicaba sus importantes nuevas.

—¡Los fuertes y la ciudad están perfectamente seguros! No podéis ni imaginar lo que se está haciendo. ¡Ocho goletas sin mástiles, cargadas de troncos, unidas con cables y cruzadas en el río de una a otra orilla! ¡Absolutamente impasable! Y en los remansos, hemos clavado postes y hundido bosques enteros de encinas, en franjas de quince metros. Nadie puede pasar por allí. Y en el río tenemos cincuenta balsas incendiarias, cargadas de leña, brea y algodón. A nadie le agradaría tropezarse con una de esas cuando esté ardiendo, podéis estar seguros. Y, aguas abajo del fuerte, el general Lovell ha apostado tiradores de precisión en las márgenes.

A los pocos días, les llevó la noticia de que el bombardeo de los fuertes había empezado. Esta vez, en sus palabras empezaba a advertirse cierto acento de incredulidad, como si lo que había visto fuera algo que ni él ni nadie hubiera podido imaginar.

—El aire se caldea con el fuego, y salen enjambres enteros de abejas, tratando de huir. El río está lleno de peces muertos. Dicen que es la detonación de los cañones +lo que los mata. No sé. No lo podéis imaginar. —Tenía las manos apoyadas en la mesa con los brazos abiertos y su cara cándida de adolescente se ensombreció con la reflexión—. ¡Teníais que haber visto la humareda cuando las balsas incendiarias bajaron por el río! Por la trementina y la brea, ¿sabéis? Yo tuve que observarlo de cerca, para dar el informe. Oh, era como, como…, como uno se imagina el infierno. El humo era tan denso que no veíamos nada y luego, aquellas llamaradas amarillas cuando estallaban los barcos… Dicen que han muerto docenas de hombres, abrasados, escaldados por las calderas y ahogados… La mayoría hombres de la Unión… Y se interrumpió, con los ojos muy abiertos como si en aquel momento acabara de comprender que aquellos eran hombres como él. Abrasados, escaldados, ahogados…

—Herbert, el hijo de Rosa, está destinado en el río —dijo Miriam tan solo.

La campana de alarma sonó cuando se levantaban del desayuno, la mañana del veinticuatro. Doce notas de bronce repicando en lo alto del

campanario, repetidas cuatro veces, provocaron una vibración que les estremeció hasta los huesos inmovilizándolos: Sisyphus, con la bandeja cargada de platos; Angelique, a mitad de la escalera, ladeando la cabeza, intrigada; la perra debajo de una silla, llorando.

—¿Alarma? —preguntó Emma con voz temblona, suplicando con la mirada una negativa.

—La alarma, sí. Que Maxim vaya a la oficina del periódico —dijo Eugene con un destello de su antigua energía—. El podrá leer el boletín.

Emma se llevó una mano a la boca, ahogando lo que indudablemente habría sido un gemido. El joven Eugene estaba muy excitado. ¡Por fin iba a ocurrir algo diferente!

«¿Y yo? —pensó Miriam—. ¿Qué es lo que yo siento? ¿Miedo? Sí; por supuesto. ¿La esperanza de que tal vez ahora termine la guerra? No; las guerras no terminan tan aprisa». Y entonces, centrando su pensamiento en el futuro inmediato, se preguntó: «¿Nos ocuparán o destruirán antes la ciudad?».

A media tarde, apareció Alexander. Había ido a despedirse de su madre y esta le pidió que llevara las últimas noticias a casa de los Mendes.

—Yo me voy al campamento Moore con el general Lovell. El general ha decidido salir de la ciudad para que el enemigo no tenga excusa para bombardearla.

La energía y el arrojo del joven hicieron milagros por la moral de Emma.

—Es un orgullo para todos nosotros —exclamó mientras su nieto bajaba gallardamente la escalera—. Un orgullo. Con hombres como él no podemos ser derrotados.

Pero no todo era euforia; también hubo pánico y el histerismo se desató por las calles. La gente iba de un lado a otro, arriba y abajo, al río, a los trenes de evacuación, a todas partes, sin rumbo. A Serafina se le quemó el asado. Y el mismo Sisyphus, el más responsable de todos, olvidó cerrar la puerta de la calle al salir. Emma fue a casa de Pelagie, que tenía vistas al río. Rosa vino buscando la seguridad —y la obtuvo— de que la falta de noticias era buenas noticias.

Ferdinand, que no podía estar quieto, propuso ir con los niños al centro, para ver qué pasaba. Blaise los acompañaría.

—¿Qué ropa llevan? —preguntó Eugene.

—¿Ropa? —repitió Miriam, intrigada.

—Sí; quiero que se pongan lo mejor que tengan. Hay que demostrar arrogancia. Aunque caiga la ciudad, esto no es el fin. No debemos parecer

derrotados. Que lleven sus mejores trajes. Y Blaise también. ¿Tienes uniforme nuevo, Blaise?

—Sí, señor.

Un rictus de desagrado cruzó fugazmente la boca de Blaise.

—¿Lo llevas puesto ahora?

—No, señor.

—Pues póntelo. De prisa.

—Él odia su uniforme nuevo —comentó Angelique cuando Blaise salió —. Dice Fanny que él piensa que parece el mono del organillero.

—¡Tonterías! —exclamó Ferdinand—. Lo elegí yo mismo. Paño de la mejor calidad.

—Lo que no le gusta es el color. Púrpura. Y botones dorados. Yo no se lo reprocho. No me haría ninguna gracia que me obligaran a llevar algo que no me gustara —dijo Angelique.

—Tú eres tú, pero Blaise es un criado. Tendría que estar contento de vivir en esta casa —dijo su padre—, en lugar de quejarse de la ropa.

«La niña, aunque vagamente, se hace cargo de lo que el padre se niega a comprender», pensó Miriam mientras seguía con la mirada al pequeño grupo que se alejaba por la calle. Todo cambiaba. Todo apuntaba hacia el momento en que Blaise podría arrojar su uniforme, símbolo de su servidumbre. Eugene no podía o no quería darse cuenta. Y Miriam recordó la mañana en que le suplicó que no vendiera a Blaise.

Ferdinand regresó dividido entre la angustia por la difícil situación de la ciudad y una incontenible exaltación ante el dramatismo de los acontecimientos.

—¡Quince mil balas de algodón ardiendo! —exclamó—. ¡Y barcos cargados de algodón! ¡Y vapores, y el muelle! ¡Todo! Azúcar y melote, derramados por las calles y la gente, llevándose todo lo que puede…

—¡Queman el algodón! —Eugene estaba horrorizado—. ¡Qué cretinos! ¡Con la falta que nos va a hacer! ¿Es que no se dan cuenta?

—Son las órdenes. Hay que destruir la maquinaria y todo aquello que pueda servir al enemigo. Hay miles de personas en los muelles.

Desde el porche, Miriam contemplaba las negras columnas de humo que se elevaban del dique, retorciéndose. Un grupo de mujeres cruzó la calle, mujeres pobres y astrosas y mujeres con traje de seda, seguidas por la chiquillería negra que probablemente pensaba que aquello era otra especie de carnaval.

—¡Incendiad la ciudad! —gritaban las mujeres—. ¡Que no la tomen! ¡Prended fuego a todo! —Algunas blandían pistolas. Miriam estaba casi segura de haber reconocido a Eulalie. El mundo se había vuelto loco. «Es para perder el juicio», pensó.

Llegó la noche. Cuando oscureció, se hizo el silencio, como si la ciudad hubiera gastado todas sus energías con la luz del día. Los de la casa se acostaron temprano. Miriam estaba sola en la planta baja cuando Fanny apareció en la puerta del salón.

—¿Desea algo más, Miss Miriam? —preguntó, según el ritual de todas las noches.

—No, nada, Fanny. Puedes acostarte.

—¿Usted no sube?

El rostro de la muchacha denotaba preocupación.

—Todavía no, Fanny.

La puerta se cerró con suavidad. Y Miriam sintió una fugaz y repugnante sospecha de que aquella expresión de preocupación tal vez no fuera más que una máscara hipócrita. Le habría gustado preguntar: ¿Qué piensas tú de todo esto, Fanny? Puesto que, por lo menos en parte, esta guerra se hace por tu liberación, ¿te alegras de que esta ciudad caiga o te entristece pensar que pueda ser destruida? Era la primera vez que había sentido alzarse, entre las dos, una barrera que ellas no podían salvar hablando con sinceridad. No; no era del todo cierto. La base, la esencia de su relación, la propiedad, nunca se había mencionado; ambas habían rehuido el tema por tácito acuerdo. Por lo tanto, no era la primera vez.

¿Sospecha Fanny cuáles son mis verdaderos sentimientos acerca de lo que está ocurriendo en el Sur? Probablemente, no, puesto que siempre tuve que disimular. Sin embargo, hay inflexiones de voz y matices de humor, las cosas que se callan, más que las cosas que se dicen… Esa vivacidad de Fanny que yo doy por descontada, sin duda esconde muchas cosas. Cuando está callada y cree que no la observo, tiene una expresión grave, casi melancólica, que se borra en cuanto oye pronunciar su nombre.

Estos eran los pensamientos de Miriam aquella noche cargada de temores y señales de cambio.

El reloj de pie del vestíbulo hizo oír su cascada voz de viejo en una campanada. ¡Bong! Las doce y media. Miriam sacó un libro de la biblioteca, pero en vista de que sus frases no le decían nada, volvió a ponerlo en su sitio y contempló las hileras de lomos de cuero con los nombres de George Eliot, Dickens, Cooper, *Contes et Nouvelles* de Musset… El recuerdo de sus hojas

tersas, sus palabras y un fulgor ante imágenes vívidas ponía un sabor delicioso en lengua y un fulgor ante los ojos. Civilización.

Dio la vuelta al salón. Encima de la mesa, en una bandeja de plata, quedaban unos pocos dulces y se los terminó. Luego, en el comedor, tomó un melocotón del frutero del aparador. Comía demasiado y no calmaba el hambre. De vuelta en el salón, se quedó mirando el piano. Era vertical, de palo de rosa. Había sido fabricado en Boston. Tenía una muesca en una pata, hecha por Eugene con el palo del tambor. Deslizó suavemente los dedos por el teclado; a pesar de lo leve del roce, su tintineo aún resultaba demasiado fuerte.

La perrita lloriqueó pidiendo salir. Ella la levantó en brazos. Aquella pequeña criatura tibia, que no entendía ni una palabra, nunca dejaba de responder a la necesidad humana. Escúchame, *Gretel*, estoy sola. No tengo a nadie a quien decir lo que siento. ¿Y sabes una cosa? Tampoco estoy segura de qué es lo que siento.

En un profundo silencio, la tierra esperaba. Las palmeras se recortaban sobre el cielo lechoso, negras como plumas funerarias. De pronto, unas pisadas sonaron en la calle y Miriam entró corriendo en la casa y cerró la puerta con tanta fuerza que las lágrimas de la araña del vestíbulo tintinearon alborotándose. Se quedó apoyada en la puerta con la mano en el desbocado corazón. Luego, avergonzada de su miedo, recordó la tranca y empujó la gruesa barra de hierro, de más de un metro, empotrada en la pared. Pero, si se empeñan, igualmente podrían entrar, ¿no? Les sería posible abrir un boquete en la parte alta de la puerta, o romper las ventanas…

Arriba, una franja de luz caía sobre la cama de Angelique. Parecía toda una mujer con sus largas piernas que rozaban casi los pies de la cama y el cabello extendido sobre la almohada. La niña que solía dormir con una muñeca debajo de cada brazo estaba ahora en el umbral de la adolescencia.

Al otro lado del pasillo, se apagó rápidamente una vela cuando Miriam pasó por delante de la puerta. Ella no se asomó; prefería que su hijo siguiera creyendo que ella ignoraba que, desobedeciendo las órdenes de su padre, pasaba media noche leyendo. Y ella recordó entonces a David, en aquel oscuro pueblo, pidiendo prestados todos los libros que encontraba.

¿Qué haría la guerra, la victoria o la derrota, según el lado en el que estuviera cada cual, cómo influiría la guerra en aquellas vidas jóvenes? ¿En todos los de esta casa, en los de esta ciudad? ¿En André?

Ni un rayo de luz podía empezar siquiera a penetrar en el futuro.

—Quiero ir al dique —dijo Eugene por la mañana.

Miriam comprendió que quería decir «Deseo estar allí cuando lleguen los barcos», pero no se atrevía.

Y Miriam, trastornada por su propia zozobra, queriendo y no queriendo verlos, levantó la mirada a las nubes oscuras y buscó una excusa:

—Amenaza tormenta.

—Puedo ir perfectamente sin ti —dijo él, y ella se sintió ridícula.

Desde luego, él siempre iba a todas partes sin ella.

—Estoy lista en un minuto.

No circulaban carruajes.

Las calles estaban abarrotadas de una muchedumbre que se encaminaba desafiante a los diques, haciendo caso omiso de la lluvia. En el dique, por encima de las cabezas de la gente, se veían claramente los barcos de guerra, porque el río había crecido y los barcos quedaban muy altos. Como siempre, las bocas de los cañones recordaron a Miriam las fauces de unos animales amenazadores vueltas hacia la ciudad.

Eugene exigió con impaciencia que le describieran lo que estaba ocurriendo.

—Más barcos están doblando el recodo —dijo Miriam humedeciendo sus resecos labios—. En total seis. No, siete, ocho. Están llenos de hombres armados. —Empezó a temblarle la voz. No dijo que en ellos ondeaba la bandera de las barras y estrellas y que en el dique, en torno a ellos, la gente enarbolaba las banderas de la Confederación.

—¡Abajo las Barras y Estrellas! —gritó un hombre.

El grito fue contestado por cientos de voces, incluidas las de los hijos de Miriam. Las mujeres lloraban. Un hombre empezó a tocar *Dixie* con una gaita y la multitud se puso a cantar. Emma se unió al canto con profunda convicción, como si entonara un himno. Irracionalmente, aquella unánime muestra de fervor conmovió de modo profundo a Miriam.

Del *Hartford* se separó una lancha y tres oficiales desembarcaron.

Eugene estaba más frustrado que nunca.

—¿Qué hace ahora? ¿Te importaría decirme qué ocurre?

—Desembarcan unos oficiales. Hay marineros. Tienen rifles y bayonetas.

Los forasteros pasaron entre la gente —casi asustándose a sí misma, Miriam los iba a llamar «invasores»— con sus uniformes azules, sus águilas doradas y sus rostros severos, haciendo caso omiso de la gente. Pero estaban asustados. Tenían que estar aterrorizados ante aquella muchedumbre amenazadora. Eran muy jóvenes, lo mismo que David, que ahora llevaba

aquel uniforme. Miriam siguió con la mirada a los soldados que se alejaban calle abajo marcando el paso.

—Deben de ir al Ayuntamiento —dijo alguien.

La multitud empezó a seguirles, caminando tras ellos, a los lados, contenida por las pistolas y las bayonetas, pero sin reprimir las palabras.

—Fuera de aquí, yanquis malditos.

Entonces se puso a llover. Y la lluvia arreciaba hasta convertirse en diluvio. Nubes amarillas crepitaban furiosamente enroscándose y retorciéndose. La lluvia acribillaba la superficie del agua, levantaba salpicaduras en la acera, azotaba los árboles y empapaba al grupo que seguía en el dique. La lluvia atacaba furiosamente, como si la caída de la ciudad no fuera ya bastante desgracia para un solo día.

—Todo ha terminado —dijo Eugene.

Tenía lágrimas en sus ojos ciegos.

Ferdinand protestó.

—No digas eso. Los fuertes no han caído.

—¿Y qué importa? Han pasado los fuertes. Y los fuertes se rendirán. Están llenos de hombres del Norte. Anda, volvamos a casa.

Y, durante el camino de regreso, murmuraba:

—No pusieron el cable en buen sitio. La idea era excelente, pero hubieran tenido que situarlo más arriba del fuerte St. Philip, donde la corriente es impetuosa, en lugar de colocarlo aguas abajo de fuerte Jackson, donde los otros podían acercarse sin ser vistos y desmontarlo. Necios, necios —repetía —. Y esto no es más que el principio. Dentro de pocos días, desembarcará Butler con sus tropas y entonces sabréis lo que es bueno.

Sisyphus estaba en la puerta, mirando calle arriba. Al verlos llegar, bajó rápidamente la escalera. En su viejo rostro había una expresión solemne, por el mensaje que debía dar.

—Han mandado recado de casa de Madame de Rivera. Noticias de su hijo. Murió en el combate del río.

—¡Dios mío! —exclamó Miriam—. ¿Cuál de ellos, lo han dicho?

—Mr. Herbert. Ella le ruega que vaya.

Emma se santiguó.

—Voluntad de Dios. Nosotros le abandonamos y ahora él abandona nuestra justa causa. Tenemos que rezar mucho.

Abrasado. Ahogado. Era un bebé, que no andaba, la primera vez que fui a casa de Rosa. Ahora es…, era un hombre joven, con una esposa joven y un niñito. Abrasado, ahogado.

Salió de su abstracción, haciendo un esfuerzo.

—Ahora mismo. Ahora mismo voy. —Pero ¿qué consuelo podía darle? ¿Qué podía decirle?—. Iré a verla —repitió, mientras la miraban, mudos.

Ferdinand estaba consternado. Ella podía leerle el pensamiento. «Creí que había dejado atrás todo esto cuando salí de Europa», pensaba él mientras se volvía a mirar el río y los cañones.

Una vez, cuando era niña, Miriam había visto a unos campesinos que tendían una gran red al extremo de un estanque, para cazar las aves de paso. Y ella nunca pudo olvidar los chillidos, cómo se debatían, cómo aleteaban, con los cuellos inertes, rotos. Ahora era como si toda la ciudad, como si todo el país estuviera prendido en una de aquellas redes.

22

En el vestíbulo sonaban voces ásperas. Miriam bajó rápidamente, a tiempo de ver cerrarse la puerta ante un soldado con uniforme azul y a Eugene entrar en el salón.

—Era un oficial de la Unión, Miss Miriam. Trajo esto de parte de su hermano. Dice que es amigo suyo y que le pidió que se la entregara. Pero Mr. Eugene le contestó que ningún hombre de la Unión pondría los pies en esta casa.

—Gracias, Maxim.

Miriam tomó la carta y subió a su habitación para leerla a solas.

¡Cuánto tiempo sin saber de David! Mientras alisaba las hojas sobre el regazo, pensaba: «Estos papeles los ha tocado mi hermano». Sus ojos empezaron a recorrer rápidamente los renglones:

Querida hermana: Te escribo en agosto. Tal vez esta carta tarde semanas en llegar a tus manos. He estado en la batalla de Antietam Creek. Entre uno y otro bando, hubo veinte mil muertos y heridos. Ojalá nunca más tenga que ver algo igual. Pero sé que, antes de que esto termine, habré de volver a verlo. Adondequiera que van los ejércitos, los horrores no se limitan al campo de batalla. Espero que en Nueva Orleans no tengáis que sufrir lo que ha ocurrido aquí… Gente arrancada de sus casas, muchachas ultrajadas, soldados rebeldes saqueando. ¡Que yo, que siempre aborrecí la violencia, tenga que verme en medio de todo esto! Me cuesta creerlo, como me cuesta creer que tenga que vivir con la maldición de recordar que he quitado la vida a un hombre. Aunque Sylvain nunca me fue simpático, el recuerdo de su muerte me atormenta; aún veo su rostro que me acusa. Y veo también el de su dulce y plácida esposa. Pero basta de lamentaciones. Nuestra victoria de Antietam ha tenido por lo menos la ventaja de que ahora ni Francia ni Inglaterra reconocerán a la Confederación. Se han dado cuenta de que la suerte está echada.

«Pero ¿y André? —pensó Miriam—. André está ahora allí, y su misión fracasará. Cuando pienso en todo ello siento vértigo».

Un año más, los Días Santos llegaron y se fueron. En esta época es cuando más me entristece estar separado de vosotros. Pasé la fiesta del Año Nuevo y el Día de Reparación con una familia judía que, por extraño que te parezca, son simpatizantes del Sur y viven en Maryland, al lado de Washington. Fueron muy amables y hospitalarios, y me agasajaron mucho las dos noches, a pesar de no ser gente acomodada, ni mucho menos. Discutimos amistosamente, ¡pero no conseguí ganarlos para mi causa!

Te preguntarás qué hacía yo en Washington. No sé si vuestros periódicos habrán hablado del escándalo de las capellanías, el decreto por él cual en el Ejército solo podía haber capellanes cristianos. (Es de observar que en la Confederación no existe tal decreto). Como puedes imaginar, hubo mucho revuelo y yo estuve metido de lleno en él.

«Como siempre, el abanderado de todas las nobles causas —pensó Miriam sonriendo interiormente—. Es un testarudo, decía el abuelo—. Cuando cree que tiene razón, nunca da su brazo a torcer».

Bien, cuando por fin pudimos exponer el caso al Presidente, que no sabía nada, él remedió la situación inmediatamente. Y el caso terminó bien. Ha sido una batalla ganada al fanatismo religioso, puedes estar segura.

A veces, cuando no puedo dormir y me pongo a filosofar a medianoche, pienso que la vida no es más que una sucesión de batallas. Quizás, en cierto modo, ello sea bueno para nosotros. No sé. Pero entre batalla y batalla me gustaría poder descansar un poco más; pasar una tarde de verano sentado al lado de una guapa muchacha sin ninguna preocupación, estar contigo y con tus hijos en una playa fresca, o en un barco, o delante del fuego en una noche de invierno; dar un largo paseo y charlar con Gabriel como antes. Pero ahora yo visto de azul y él de gris…

Mi querida Miriam, ahora comprendo por qué te fue imposible dejar tu casa aquella noche cuando te pedí que huyeras conmigo. Espero que, ahora que vuestra ciudad está en manos de la Unión, por lo menos prestéis el juramento de lealtad. Supongo que Eugene comprenderá que, en sus condiciones, es lo más prudente. Sin duda todos vosotros, dejando aparte convicciones y consideraciones sobre el bien y el mal, reconoceréis que la

causa está perdida, que el Sur está condenado. Salvaos, pensad en vuestra seguridad, querida…

—Has recibido carta de tu hermano. —Ferdinand le hablaba desde la puerta que había dejado abierta—. Dice Eugene que la han traído a mano.

—Sí.

—Y tú no me dices nada y subes a esconderte aquí para leerla. —Creí que no querrías verla, papá.

Se hizo un silencio. Ferdinand seguía en la puerta, indeciso. —¿Te la leo, papá?

—Bueno, anda, sí, léela.

—«*Querida hermana*» —empezó y, al levantar la mirada, observó que su padre apretaba las mandíbulas. Siguió leyendo rápidamente—: *Espero que en Nueva Orleans no tengáis que sufrir lo que ha ocurrido aquí. Gente arrancada de sus casas, muchachas ultrajadas, soldados rebeldes saqueando…*

—¡Basta! —gritó Ferdinand—. ¡Basta! No quiero saber nada más de mi hijo. El escribe esas cosas mientras nosotros somos conquistados y nuestro hogar… —Se le ahogaron las palabras en la garganta.

La derrota hacía que la ciudad se retorciera como un enfermo presa del dolor. Y si de la habitación de un enfermo van saliendo los partes médicos, allí surgían y se esparcían los rumores. Se afirmaba que el general Butler había dicho que desde su balcón del «St. Charles Hotel» con un movimiento de la mano podía hacer que la sangre inundara las calles.

—¡Qué ironía! —exclamó Eugene—. ¡Pensar que el padre de Butler, a las órdenes de Andrew Jackson, defendió esta ciudad!

El adorado Pierre Soulé fue enviado a la prisión del fuerte Warren, de Boston. El había sido el símbolo de la secesión. Dos de los clérigos más influyentes de la ciudad fueron enviados a la cárcel de Nueva York, uno por predicar un sermón secesionista y el otro, por omitir una oración por el Presidente de los Estados Unidos.

—¡Oh, Dios mío! —suspiraba Emma, retorciéndose las manos—. ¿Quién será el siguiente?

—Por esta…, esta estupidez, yo he perdido un hijo —clamaba Rosa con áspera voz de vieja.

Había envejecido de pronto. Al día siguiente de enterarse de la terrible muerte de Herbert, amaneció convertida en una anciana. «Era extraño —

pensaba Miriam—, extraño y triste, verla sin su vivacidad, sus pulseras y su aire dicharachero. Extraño también oírla hablar como Eulalie».

—¡Cómo los aborrezco! —repetía—. ¡Qué asco! Podría matar a Butler y a cada uno de los hombres que llevan ese maldito uniforme azul que me cruzo por la calle.

—Hay gente mucho más despreciable en nuestro propio lado —dijo Eulalie hoscamente—. Personas como Judah Benjamin y su…, su ralea.

«Su ralea —pensó Miriam—. Aunque no muy fervoroso, es judío. Dices "ralea" porque no te atreves a hablar más claro delante de Eugene. Y yo no me atrevo a replicarte como me gustaría y hubiera hecho en otro tiempo».

Emma desvió la conversación.

—Ayer, en Royal Street, vi algo realmente desagradable. Dos señoras que llevaban nuestra bandera se taparon la nariz al paso de un oficial de la Unión. Bueno, eso ocurre continuamente, lo hacemos todas. Pero aquel oficial se dio por ofendido y fue tras ellas y entonces las mujeres —aquí se echó a reír— fingieron que vomitaban. Yo estaba al otro lado de la calle y me paré a mirar. El se puso realmente furioso y las amenazó: «Ya estamos hartos de esa actitud. ¡Que no vuelva a ocurrir! Están advertidas». Y ellas, asustadas, se alejaron a toda prisa.

—Tenéis que avisar a Angelique —dijo Eugene, frunciendo el entrecejo —. Que no haga nada que llame la atención. Ya no es tan niña como para que no le hagan caso.

—Si se parece a su madre, ella nunca insultará a un oficial de la *Unión* — observó Eulalie con osadía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Miriam con indignación—. ¿A qué te refieres?

—Te has quitado nuestra bandera del vestido.

—Desde luego. No quiero acabar como Mrs. Philips.

—¡Qué espanto! —exclamó Emma—. Yo la conocía. Pertenece a una de las mejores familias de Alabama. Dicen que cuando pasaba el entierro de un oficial federal por delante de su casa ella se rio. ¿Puede haber algo más escandaloso? ¿Es esta la libertad que pregona la Unión? ¿Es que una mujer no va a poder reír? ¡Y mandarla a la cárcel de Ship Island! Dicen que ha sufrido una depresión nerviosa, y no me sorprende.

—Todo el mundo sabe que Butler desprecia a los judíos —dijo Eugene—. Por eso le impuso una sentencia tan dura.

—Oh, sí —dijo Miriam, sin mirar a Eulalie, pero, hablando para ella—. El Norte acusa a los judíos porque burlan el bloqueo y se mantienen leales al

Sur, mientras que algunos sudistas nos consideran sospechosos de simpatizar con el Norte. ¿No es curioso?

—¡Butler! —dijo Eugene con desdén—. Él hace alarde de honradez y virtud, mientras deja que su hermano exprima bien a la ciudad y reúna un buen capital para los dos.

Ferdinand parecía tomarlo como una afrenta personal.

—Es difícil de creer. Es difícil de creer —murmuraba.

La tristeza ahogaba la casa. Con las persianas entornadas sus habitantes dejaban pasar las horas envueltos en la penumbra. Ya nadie salía al jardín, porque estar a la intemperie parecía más peligroso, aunque era una sensación totalmente irracional. De todos modos, se sentían mejor entre cuatro paredes.

Ni el mismo Eugene, según advirtió Miriam un día, había salido de casa desde hacía semanas, ni siquiera para lo que ella mentalmente y con eufemismo llamaba sus «visitas». Y, sin empacho, preguntó a Fanny lo que sabía del asunto. Fanny, también sin empacho, se lo dijo:

—Queen vive en casa de un comandante de la Unión, la que está al lado de la del general Twigg que Butler requisó. Dicen que Queen organizó una cena para una docena de oficiales y que la vajilla era de plata maciza.

Así que Queen se había pasado a los vencedores. ¡Pobre Eugene! Hasta los criados habían sido más leales, aunque Dios sabría por qué.

Miriam pensaba en todas estas cosas mientras las agujas tejían madejas y madejas de lana gris.

—¿Tú vas a prestar juramento, papá? —preguntó el joven Eugene—. El padre de mi amigo Bartlett dice que sí, que no son más que palabras y que él piensa jurar, pero solo de labios afuera.

—¿Eso va a hacer? El padre de tu amigo Bartlett es un vil canalla, y puedes decírselo de mi parte.

—Dicen que ya han jurado once mil personas —apuntó Miriam.

—Allá ellas. Ningún ciudadano como es debido mirará a la cara a quien preste juramento, puedes estar seguro.

Espero que… por lo menos prestéis el juramento de lealtad, decía David en su carta. *El Sur está condenado*.

—Pues, si no juras, te confiscan los bienes —dijo Miriam procurando hablar sin ansiedad, en tono neutro.

—¡Te confiscan! —exclamó Ferdinand, sombrío—. Perderíais la casa.

«Y tú te verías en la calle por segunda vez», pensó Miriam.

—Lee la fórmula del juramento —ordenó Eugene.

Ella abrió el periódico.

—«Juro solemnemente acatar de buena fe el Gobierno de los Estados Unidos, no empuñar las armas ni instigar a otros a que las empuñen…, usar toda mi influencia… para sofocar la rebelión… Lo juro por Dios y…

—Saca mi agenda —gritó Eugene—. Quiero que me hagas una lista con los nombres de todas las personas que sepáis que han prestado ese infame juramento.

Ferdinand titubeaba. De no ser por Eugene, él habría jurado. A su edad, solo deseaba paz y sosiego. Ya había perdido aquel fuego de su juventud. Y, sosteniendo en la mano la cabeza de una muñeca de porcelana de Angelique que estaba tratando de reparar, parecía derrotado.

—Una cosa es segura: nadie de mi familia jurará —declaró Emma—. Ninguna de las antiguas familias francesas se someterá a esa infamia.

—No son las familias francesas las únicas —dijo Miriam suavemente—. Nuestro rabino Gutheim tampoco jurará, y él no es francés. Y más de la mitad de nuestra congregación tampoco —añadió categóricamente.

Pero ¿por qué el desafío? ¿Por qué ese afán de situarse una vez más al lado de los vencidos? Y se sentía intrigada por la actitud de Gutheim, un inmigrante alemán que llevaba menos de once años en la ciudad y había optado por dar su lealtad a la causa sudista. Probablemente, era por influencia de su esposa, que pertenecía a una antigua familia de Alabama. Él la quería y se había dejado convencer. «Si yo estuviera casada con André…».

—De todos modos, hay tiempo hasta el primero de octubre —dijo Ferdinand y añadió esperanzado—: De aquí a entonces pueden cambiar las cosas.

—Hoy es treinta de setiembre —dijo Miriam—. Tienes que decidirte, Eugene.

—Ya estoy decidido.

—¿Plenamente?

—Léeme otra vez esa basura.

—«… quienes no hayan prestado acatamiento…, deberán presentarse al capitán preboste más próximo a su domicilio con una lista de todas sus propiedades…, y cada cual recibirá un certificado del preboste que le acreditará como enemigo de los Estados Unidos». —Bajó el periódico, pensando: «No puedo soportarlo».

—Continúa —dijo Eugene con impaciencia.

—«Quienes no se registren podrán ser multados, arrestados y condenados a trabajos forzados…». —Miriam tiró el periódico.

«Un ciego, obstinado e irreductible; Emma y Ferdinand, tan indefensos como él, y dos niños. Y yo tengo que cuidar de todos. Y de Rosa, que tampoco ha jurado y van a echarla de su casa. Prometí a Gabriel que cuidaría de ella».

Ferdinand estaba en el vestíbulo, contemplando la casa que él consideraba su hogar. Su rostro, más que pena o temor, reflejaba un vivo asombro. Era la misma expresión que tenía el día de la quiebra, como si no pudiera creer que las cosas pudieran derrumbarse arrastrándole a él.

—Date prisa, papá —dijo Miriam con suavidad—. Solo nos han dado hasta el mediodía.

—Me gustaría llevarme ese cuadro —dijo él, como si no la hubiera oído.

Ella siguió la dirección de su mirada hacia el salón de delante, en el que las alfombras ya estaban enrolladas y salpicadas con hojas de tabaco, para protegerlas de los insectos. Encima de la repisa de la chimenea estaba colgado un retrato de Eugene y Angelique pintado en su primera infancia. El niño llevaba un traje de marinera, con pantalón blanco y sombrero negro de alas anchas y estaba de pie al lado de la niña, sentada con las manitas cruzadas sobre su delantal de seda verde.

—No podemos llevarnos nada de valor —dijo Miriam titubeando y sintiendo el peso de las monedas de oro cosidas a sus enaguas. Aunque supongo que eso no tiene valor para nadie más que para nosotros. Sí, di a Sisyphus que lo envuelva y lo ponga entre el equipaje de los criados. Es menos probable que miren allí. Yo trataré de llevarme unos cuantos libros. Estaremos fuera mucho tiempo.

—¡Oh! ¿Tú crees? —preguntó Ferdinand.

En la calle, delante de la casa, se hallaba formado el pequeño cortejo de carruajes. La puerta del jardín estaba entreabierta y se veía a Afrodita que parecía contemplar serenamente las peras que crecían junto a la tapia. La doble cascada se descolgaba mansamente y las palomas grises picoteaban en el suelo. En aquel ámbito soleado y apacible nada había cambiado. Miriam sintió una profunda e inesperada tristeza, que no debía de ser nada comparada con la de Eugene, para quien aquella casa era su verdadero hogar y motivo de orgullo. Luego, Maxim, a una orden de Eugene, arreó a los caballos y los carruajes se pusieron en marcha. El último era el de Rosa.

En la esquina, la casa de Pelagie tenía las ventanas cerradas y las persianas echadas. Hacía unas semanas que ella, sus hijos y Eulalie se habían ido a la casa de campo de los Labouisse.

Ferdinand decía en voz baja a Emma algo sobre la primera vez que había visto la ciudad y la primera vez que la había visto a ella. Miriam, por discreción, volvió la cara hacia otro lado y rodeó con su brazo los hombros de Angelique. La niña la miró con una sonrisa tan dulce y valerosa que Miriam sintió una oleada de orgullo por la valentía de aquella criatura.

Pasaron ante la esquina en la que Eugene había sufrido su desgracia, cerca de la casa de Queen. Después de hacer aquel recorrido durante tantos años, él debía de ser perfectamente capaz de calcular la distancia y darse cuenta de dónde estaban, porque tamborileó con los dedos en el costado del coche y bajó la cabeza. Los recuerdos —buenos y malos— que pasaban en aquel momento por su cabeza solo él podía saberlos.

Una a una, dejaron atrás las casas de las personas que habían formado parte de su vida. Cruzaron Canal Street, donde por encima de las copas de los árboles que recorrían la calzada, Miriam distinguía las ventanas de la Aduana, desde la que *Bestia* Butler gobernaba la ciudad. Cruzaron la ciudad jardín en la que André había construido su hermosa casa. Miriam cerró los ojos para ahuyentar el recuerdo, pero no pudo.

En los límites de la ciudad mostraron los salvoconductos y salieron al campo. Los soldados que pudieran encontrar a partir de ahora vestirían de gris. Los carruajes avanzaban bamboleándose sobre la desigual carretera, bajo el cielo claro del otoño. No hablaban; solo Eugene dijo:

—Y tú que querías vender la propiedad. ¿Qué hubiéramos hecho ahora sin ella?

Ella podía haber respondido: «Prestar el juramento», pero no lo dijo, y no hablaron más.

Hasta los niños callaban; Angelique dormía con la cabeza en el regazo de su madre, que compartía con la perrita. El joven Eugene estaba serio y pensativo; tal vez había madurado al advertir la ruptura que suponía aquel viaje. Parecía ahora mucho mayor que el mozalbete que no hacía tanto andaba por la ciudad lanzando vivas y agitando la bandera. Ahora, con la mirada fija en el camino, parecía no tener nada que decir.

No se oía más que el murmullo del viento en las copas de los altos robles y el cansino repicar de los cascos.

A última hora de la tarde del día siguiente, llegaron por fin a «Beau Jardín».

Aunque no se les esperaba allí, todo estaba gratamente normal. En el huerto, alineados de modo perfecto, crecían guisantes, espárragos y fresas. Al otro lado de la cerca, entre las vacas, pacían docenas de corderos. Durante

todo el día, se oía el cacareo de las gallinas, doméstico y sosegado. Así pues, a pesar de la rapiña de Butler, no les faltarían huevos, leche ni verduras frescas. La guerra parecía estar muy lejos.

En el plácido anochecer, Miriam estaba inmóvil en el porche tratando de ambientarse. «Nunca me gustó esto —pensaba—. Ni me gustó el ocio, ni la soledad, ni el lujo superfluo. “Beau Jardín”. ¡Qué ironía de nombre! Uno tiene que sentirse a gusto en un jardín hermoso, y yo aquí nunca lo estuve, Dios lo sabe. Sí; a esta hora tranquila del anochecer, la guerra parece estar muy lejos. Pero no lo está. Aún hemos de ver cosas terribles y duras antes de que termine».

23

Eugene y Ferdinand habían vuelto a sus mapas, sus discusiones y sus especulaciones. Ferdinand guiaba los dedos de Eugene de Nueva York a Texas.

—Te digo que ahora es el momento de invadir el Norte. Lincoln está perdiendo apoyo y ha habido motines en los centros de reclutamiento de Nueva York

—El embajador británico en Washington informó a Londres de que en el Norte son muchos los partidarios de abandonar la lucha y dejar que el Sur se gobierne a sí mismo.

—Hemos tomado Galveston y tenemos todo Texas en nuestras manos.

—Vicksburg aún resiste y, mientras resista Vicksburg, no podemos fracasar.

Eso decía André: mientras resista Vicksburg. Pero ahora él está en París o no sé dónde.

Por las altas ventanas del fondo de la biblioteca, se divisaba a lo lejos la ruta que seguían las manadas de ganado de Texas que eran conducidas con destino al Ejército confederado. Pasaban semana tras semana, levantando una polvareda amarilla.

Toda vida, hombre o animales, era sacrificada a los ejércitos.

Les requisaron los caballos, todos salvo los tres que habían escondido en el pantano. Angelique lloró cuando se llevaron a su *Ángel*, el *pony* de finas orejas blancas. Ella acababa de dejarlo en el establo cuando llegaron a buscarlo.

—Lo siento, señorita —dijo el sargento—. Sé lo que debe de sentir, pero el Ejército necesita caballos.

Ahora las amenazas eran más graves.

—Blaise acaba de volver de Nueva Orléans —dijo Miriam, obligando a los dos hombres a abandonar momentáneamente la estrategia militar—. Dice que los federales vienen hacia acá.

—No podrán atravesar nuestras líneas —empezó Ferdinand—. Nuestras tropas…

Eugene le atajó con un ademán.

—¡Blaise! No me fío. Lo dice para molestar, para asustarnos. No me fío de él ni de ninguno de los criados.

Era verdad. De muchos ya no podías fiarte. Algunos robaban. Y tú lo sabías, pero temías acusarles. Descuidaban los animales y las cercas. Sin embargo, podían escapar y no lo hacían. Blaise hubiera podido quedarse en Nueva Orleans en lugar de regresar. «Quizá recuerde que yo impedí que lo vendieran», pensaba Miriam.

—De todos modos, por si fuera cierto —dijo Eugene—, deberíais esconder las cosas de valor. Hacedlo de noche, cuando todos duerman.

—La plata de mi familia —murmuró Emma.

Era lo único que había podido salvar del desastre de Ferdinand.

—La cantera sería un buen escondite —sugirió Ferdinand.

—Deberíamos atarnos los cubiertos a los alambres de los miriñaques —propuso Rosa—. Nunca se sabe si puede haber alguien despierto vigilando.

Miriam pensaba que aquello era melodramático y un poco ridículo. Y con una perversidad inexplicable, desobedeciendo a su marido, dio a guardar a Fanny los brillantes que habían pertenecido a la madre de Eugene. ¿Quería poner a prueba la integridad de Fanny o su propia intuición de la naturaleza humana? Que fuera lo que Dios quisiera. Si se perdían los brillantes, solo sería una pérdida más de las muchas que había que lamentar.

Durante toda la semana hubo calma. Por el camino solo seguía pasando ganado de Texas. De pronto, una mañana, las nubes de polvo se alzaron en la dirección contraria. Todos bajaron por el sendero hasta la verja.

Una hilera de jinetes, carruajes y carretas se extendía hasta el recodo de la carretera, situado a más de medio kilómetro. Avanzaban a gran velocidad. Un hombre gritó desde su sudorosa cabalgadura, sin detenerse:

—Ha habido una escaramuza a quince kilómetros de aquí. Nos superaban en número. Vienen los federales en masa. Es un infierno.

Y picó espuelas.

—¡Todo lo incendian! —les gritó una mujer rodeada de niños desde un carruaje, sin detenerse—. Escondan los vestidos. Se llevan los vestidos y todo lo que encuentran. ¡Todo! —gritó.

—¡Deténgase! —gritó Eugene—. Entre a descansar y a comer algo. ¿A dónde se dirigen?

Pero la mujer ya no le oía.

Y toda la mañana siguió desfilando por el accidentado camino aquel tráfico tumultuoso y rápido como un torrente. Caballos al galope, al trote, cubiertos de espuma, aterrados con los ojos desorbitados, y hombres y mujeres que gritaban y los arreaban, histéricos y asustados.

Hacia mediodía llegaron los que huían a pie, los pobres con sus bultos y sus carretas, cargados de muebles y de fardos hechos con colchas. Con sus viejos y sus mujeres embarazadas, renqueando y dando traspiés; venían también sus perros, con la lengua colgando, del calor y la sed. Una vaca bamboleaba pesadamente un vientre descomunal sobre sus frágiles patas arrastrando unas ubres surcadas de venas que parecían a punto de reventar: el animal se cayó y el hombre que la conducía le hincó la vara. Entonces la vaca lanzó un mugido de angustia que sonó como una trompeta rota.

—Han incendiado la casa de los Haviland —gritó una mujer desde la carretera.

—¡Oh! —exclamó Emma—. Ojalá hayan salvado por lo menos el maravilloso retrato de su madre…

—No han salvado nada.

Miriam, asqueada e impotente, volvió a la casa.

Cuando hubo pasado el último de los fugitivos, se hizo un silencio aún más amenazador. Incluso las ráfagas de viento sonaban con excesiva fuerza en aquella calma expectante.

—¿Por qué nosotros nos quedamos aquí? —gimió Emma—. Todos se han ido.

—¿Ido adonde? —preguntó Miriam—. Es preferible afrontar lo que sea aquí que echarse a un camino que no conduce a ningún sitio.

Eugene buscó a tientas en un armario y sacó un par de pistolas. —Engrásalas —dijo a Ferdinand—. Tú quédate con una y dame la otra a mí.

¿Qué creerá que puede hacer él, con una pistola y sin ojos? Pero Miriam no hizo ningún comentario, sino que ordenó a Angelique:

—Sube a uno de los dormitorios de la buhardilla, cierra la puerta y acuéstate. Estás enferma. Tienes unas fiebres muy contagiosas. —Y, como la niña la mirara sin comprender, añadió—: De prisa. Obedece.

Grácil y fresca. Con aquellos labios jugosos y tiernos, las pestañas rizadas, la aureola de cabello suave, recién lavado, los senos que a cada respiración tensaban la tela del vestido…

Primero llegó un murmullo bajo, como el rumor de las olas por la noche. Rosa, que estaba sentada en la banqueta de una ventana, se asomó.

—¿No se oye algo?

—¡Ssh! Escuchad. —El murmullo se convirtió en fragor.

—Sí, no cabe duda. Ya vienen.

—Papá, llévate esas pistolas arriba —dijo Miriam—. Por favor, tú y Eugene guardad la escalera de la buhardilla.

No faltaba sino que ellos dos empezaran a blandir las pistolas o, mucho peor, disparasen alguna. Eso ella lo comprendía claramente. Era de sentido común. Pero ellos no demostraban tenerlo.

—¡No voy a dejaros a las mujeres aquí abajo solas! —gritó Ferdinand.

—¿Quieres escuchar? ¡Lo más importante es proteger a Angelique. Tú, hijo, sube también. Yo esperaré en la puerta.

Había llegado al porche cuando los primeros cascos pisaron el sendero y los primeros gritos resonaron.

—¡Alto! —Una tropa montada, en confuso tropel, seguida por una astrosa turba de soldados a pie, subía por el sendero. Miriam, acostumbrada como estaba ya al proceder de los soldados, comprendió que se trataba de un grupo de exaltados, y no se veía a ningún oficial que pudiera controlarlos.

Sisyphus salió de la casa y se situó al lado de Miriam. Le castañeteaban los dientes, pero su actitud era valerosa.

El hombre que venía al frente de la tropa, un sargento, desmontó y se quedó un peldaño más abajo que ella, mirándola con unos ojos pequeños e insolentes y con las manos en sus macizas caderas.

—Bueno, ¿quién vive aquí? —preguntó en tono desdeñoso y con afectada languidez.

—El apellido es Mendes.

Miriam notó con satisfacción que no le temblaba la voz.

—Mendes. ¿Vive sola? ¿Usted y el negro?

—Vivo con mi esposo.

—¿Y dónde está su esposo? ¿Con Lee recibiendo una buena tunda?

Su voz seguía firme.

—Mi esposo está dentro. Es ciego.

—Oh, lástima. Entonces tendrá que enseñarnos usted la propiedad. Queremos comida y bebida. Mucha.

—Pueden tomar lo que haya, que no es mucho. Son ustedes más de cien.

—Diga mejor casi doscientos, señora.

Seguían entrando por el sendero. Era un río de chaquetas, azul oscuro, botas, pantalones y gorras. Los sables lanzaban destellos que herían la vista.

El sargento desenvainó y empujó a Miriam y a Sisyphus con la hoja.

—Apártense. Dejen pasar a los hombres. Nosotros nos serviremos. Adelante, chicos —gritó.

Al instante los hombres echaron pie a tierra, subieron las escaleras y entraron en la casa. Inmediatamente, un ruido de vidrios rotos indicó que la vitrina del licor había saltado hecha pedazos.

—Acampad ahí —gritó el sargento.

—Oh, ahí no —protestó Miriam—. Es el campo de trigo. Lo pisotearán.

—¡Qué pena! Mire, señora, no se preocupe por el trigo y díganos dónde está la plata. ¡Y nada de mentiras!

—La plata la enviamos hace tiempo a unos parientes de Texas.

—¿Se imagina que me lo voy a creer?

—Si lo cree o no, es asunto suyo.

—Señora, basta de tonterías. Será mejor que…

Puso la mano en el hombro de Miriam.

—No toque a la señora —gritó Sisyphus—. ¡No se atreva!

Apartó violentamente la manaza del hombro de Miriam.

En el centro de la cara achatada y roja se abrió la boca con regocijo y asombro.

—¿Qué? Pobre idiota, ¿aún defiendes a los que han dejado sin sangre tu cuerpo escuálido? ¡Ese saco de huesos que casi no se tiene en pie, quiere protegerla! —dijo a Miriam—. ¡Y lo que es más, a usted le gusta que un negro la proteja! ¡Bah! —Escupió.

El grueso salivazo cayó en el escalón y Miriam retiró el pie.

—Buscad la plata, chicos. Rajad los colchones, cavad el jardín. Vosotros sabéis dónde encontrarla, ya la habéis encontrado otras veces.

Dos hombres hacían bajar a Ferdinand tirando de él por el cuello de la chaqueta.

—¿Su marido?

—No; mi padre. Ya le dije que mi marido es ciego.

Gracias a Dios que no habían intentado usar las pistolas.

—¿Dónde está la plata, anciano?

Ferdinand titubeó.

—Él no lo sabe —dijo Miriam—. No estaba aquí cuando la mandamos a Texas.

A la izquierda, al pie de la colina, tras un bosquecillo de álamos jóvenes brotó un humo acre. Una llama saltó, chisporroteó, se retorció y estalló con redoblado brío despidiendo un fulgor de naranja y oro.

—El almacén de algodón —dijo Ferdinand, desolado—. El algodón está ardiendo.

Las espirales de las llamas eran casi hipnóticas. Los tres se quedaron en el porche, aturdidos e inermes, rodeados por una frenética vorágine de movimiento: llamas que crecían, hombres que corrían, caballos asustados que se alzaban de manos. El ruido de la destrucción era enloquecedor. Los soldados cavaban el jardín con sables y azadas y aserraban los robles centenarios. Miriam cerró los ojos con una mueca de dolor cuando la primera rama de la célebre haya de Eugene, cargada de follaje que relucía al sol, cayó al suelo.

Pero cuando empezaron a emprenderla a hachazos con las cercas Miriam no pudo seguir conteniéndose y a pesar de que Ferdinand trataba de sujetarla, empezó a gritar:

—¡Eso no! ¡El ganado entrará en el sembrado! ¡No! ¡No!

—No se aflija, que cuando nos marchemos, no quedará ganado —dijo el sargento. No se había movido de la escalera, desde donde dirigía las operaciones.

De los establos llegaban disparos. Una enorme cerda y su cría, muertas, eran arrastradas por el césped hacia la primera hoguera, en la que ardían trozos de la cerca. Más allá, unos soldados perseguían a un grupo de despavoridos corderos.

—Si matan a todos los animales, los negros vamos a pasar hambre —dijo Sisyphus al sargento—. ¿Y dicen que esta guerra la hacen por nosotros?

—Calla, estúpido. Entra en la casa. No estamos peleando por vosotros. La mayoría odiamos a los negros. —Y recordando súbitamente su anterior petición, el sargento volvió a vociferar—: ¿Dónde está la plata?

—Ya le ha dicho mi hija… —empezó Ferdinand.

—Si no nos lo dice, podríamos ahorcar a su padre. ¿Qué le parece?

«Está borracho —pensó Miriam—, pero tal vez hable en serio. De modo que, si las cosas llegan al extremo, los llevo a la cantera».

A su espalda empezaron a sonar fuertes golpes. Dos hombres sacaban los muebles a rastras y los arrojaban desde el porche. El secreter «Hepplewhite», uno de los tesoros de Eugene, cayó en la hierba y se abrió con estrépito. Un momento después, era atacado a hachazos por un hombre tocado con un sombrero de seda roja, el mejor sombrero de invierno de Rosa. El hombre se retorcía de risa.

Era la brutalidad asoladora y ciega del huracán, pero mucho más terrible. Porque el huracán no sabe lo que hace.

Miriam se sorprendió de que Ferdinand respondiera a este pensamiento. Debía de haberlo dicho en voz alta sin darse cuenta.

—Como el pillaje de los antisemitas del Hep Hep. —El apretó los puños —. Distinta causa, pero el mismo efecto. Y yo, viejo inútil, no puedo hacer nada por ayudarte. —Se le ahogó la voz.

Dentro se oían ahora nuevos sonidos, batir de pies y gritos, unos gritos agudos y desolados de mujer. Emma y Rosa. «¿Qué les harán esos salvajes borrachos? ¿Y a mí? Sí; voy a morir. Moriré violentamente, como mi madre».

«¡Pero mi hija, mi niña! Si la encuentran… Si Eugene aprieta el gatillo y uno de estos hombres muere, entonces… Entonces estará perdida, todos estaremos perdidos. Pero él tiene que saberlo. ¡Eugene tiene que saberlo!».

Furiosas voces masculinas sonaban mismamente encima de la cabeza de Miriam ahogando los gritos de las mujeres. Arriba, en la galería, Eugene disputaba violentamente con tres soldados agitando la pistola que ellos trataban de arrebatarle. Durante unos instantes, forcejearon sin conseguir reducirle. De pronto, Eugene volvía a ser el hombre de antaño, el que conseguía cuanto se proponía. En este momento ya no era el ser disminuido que parecía rehuir un mundo que no podía ver.

—¡Vamos a quemar la maldita casa! ¡Todavía no han visto nada!

—Malditos seáis todos —exclamó Eugene.

Y, al retroceder para apuntarles con la pistola, su cuerpo tropezó con la barandilla y perdió el equilibrio.

—¡Eugene! —gritó Miriam—. ¡Ten cuidado! ¡Cuidado, Eugene! — advirtiéndole, implorándole, pero ya era tarde, muy tarde…

El caía. Su cuerpo saltó hacia atrás por encima de la barandilla y el rictus de desafío que había en sus labios se trocó en mueca de espanto. Giró en el vacío y sus manos asieron la nada…

Quedó doblado sobre la grava, delante de la escalera del porche, a los pies de Miriam.

—¡Dios mío! —exclamó Sisyphus en voz baja.

Hubo un momento de estupor. Luego, el silencio se quebró en un tumulto. Rosa y Emma, aún llorando, salieron de la casa. El joven Eugene acudió corriendo y se arrodilló al lado de su padre. Al otro lado estaba Angelique. Mientras bajaba la escalera despavorida, se le había soltado el pelo y ahora le caía sobre la cara. Los criados que, entre asustados y curiosos, atisbaban desde sus escondites de las cabañas, ahora acudieron corriendo a contemplar el desastre. La frenética soldadesca vino también. Y familiares, criados y

enemigos formaron un corro de diez o doce en fondo, en torno a Eugene, que estaba consciente y sufría atroces dolores.

Hubo un murmullo de comentarios y opiniones.

—¡Levántenlo y llévenlo dentro!

—¡Agua!

—¡Coñac!

Sisyphus le tomó por los pies y Chanute y Maxim trataron de levantarlo por los hombros. Pero, al primer tirón, él dio un alarido de dolor y los hombres desistieron.

—Dejadle donde está.

—¡Una manta!

Y en medio del tumulto de recomendaciones, los sollozos frenéticos de Emma y Rosa y el llanto de sus hijos, Miriam estaba paralizada. «Piensa, piensa, ¿qué hago?, ¿qué hago?».

Por el sendero se acercaba ahora al trote un caballo en el que venía un teniente de la Unión. Alguno de sus hombres que no participaba en el saqueo debía de haber ido a avisarle de lo que ocurría, porque el oficial echó pie a tierra, se acercó rápidamente a Miriam y dijo descubriéndose:

—¡Oh, señora, lo siento! ¡Lo siento mucho! —Miró el césped cubierto de muebles destrozados, botellas rotas, ropas, libros y enseres. Miró a Eugene y sacudió la cabeza—. ¡Qué horror! Yo no sé… Estas cosas no las comprendo. —No pudo decir más.

Tan dolorosa era esta inesperada conmiseración como la furia devastadora, y a Miriam le temblaron los labios.

—Tratamos de levantarlo. Si tuvieran ustedes un médico…

—Con nosotros no viene ninguno. En los ejércitos siempre faltan médicos —dijo el joven en tono de disculpa—. Pero yo tengo bastante experiencia, he visto muchas cosas. Tal vez pueda…

Y se inclinó sobre Eugene, examinándole solo con los ojos.

Levantó la mirada hacia la galería y volvió a mover la cabeza dubitativamente.

—No sé —dijo a Miriam—. No me atrevería a asegurarlo. No estoy cualificado, pero… —Bajó el tono de la voz y miró a los dos niños arrodillados en el sendero de grava uno a cada lado de su padre, sosteniéndole las manos—. Me parece que se ha roto la columna vertebral. —Y, compasivo, como hablando consigo mismo, murmuró—: Y, además, ciego. —Volvió a mirar a Miriam—. La verdad, señora, no sé qué decir.

Ella pensó: «Supongo que no importa. Se muere. Por lo menos, que sea rápido».

—¿Sabe si va a tener que sufrir mucho tiempo? —preguntó.

—No lo creo. Y además toda esa devastación… —dijo el teniente señalando en derredor.

—Iban a quemar la casa.

—No lo consentiré —dijo él con rapidez—. Antes de media hora me los llevaré de aquí. ¡Sargento! —gritó.

Inmediatamente apareció la cara colorada. La mano colorada saludó.

—Apaguen las hogueras y prepárense para marchar. Esta gente ya ha sufrido bastante.

—Sí, señor —dijo el sargento.

Hacía dos horas que el último de los merodeadores se había ido, y el polvo de su tumultuosa partida ya se había posado. Eugene seguía tendido en el mismo sitio. Fanny encontró una almohada que había quedado entera y se la puso debajo de la cabeza. El dolor había cesado al llegar la parálisis. Rígido e inmóvil, Eugene iba alejándose como si flotara sobre una corriente.

—Me muero —dijo en un susurro que apenas se oía en el silencio denso de aquel atardecer—. Tú ya sabes que me muero.

Madre e hija, arrodilladas, esperaban. El joven Eugene tenía la cabeza inclinada sobre el pecho. Al cabo de tantas horas, estaba agotado; pero no soltaba la mano de su padre.

De pronto, el padre hizo un ligero movimiento como si quisiera desasirse.

—Quiero… —Sus labios se paralizaron. Miriam se inclinó acercando la cara—. Quiero hablar con vuestra madre.

—Aquí estoy, Eugene. ¿Quieres que los niños se retiren? ¿Quieres decirme algo?

Miriam señaló el porche con un movimiento de cabeza. Varios criados, de pie, apoyados o sentados, se habían reunido alrededor de Emma, Ferdinand y Rosa al caer la tarde.

—¿Quieres decirme algo, Eugene?

—El chico. Cuídalo.

Ella recordó el salón en el que el niño solía presentarse ante su padre al volver de la escuela. Aún le parecía verlo, tan gracioso y despierto. Y a su padre, mirándolo con ojos de orgullo, antes de que aquellos ojos fueran destruidos.

—¿Qué has hecho hoy?

Y el niño respondía muy ufano:

—Oh, latín, geometría, caligrafía y gramática.

—¿Te pusieron buena nota por el mapa que hiciste la semana pasada?

—Sí, papá; muy buena nota. Ahora te la enseño.

«Cuida de mi hijo, quiere decirme. Edúcalo como lo hubiera educado yo».

Ella se tragó las lágrimas con esfuerzo.

—Te lo prometo, Eugene; haré lo que tú hubieras deseado.

Nada de mentiras piadosas, ni de negarse a reconocer que estaba muriéndose. Por lo menos eso habían tenido en común: el odio al disimulo entre ellos. Eso sí, según ella pensaba ahora tristemente, siempre y cuando la imagen de cara al público fuera irreprochable.

—Yo los sacaré adelante, a pesar de la guerra, puedes estar seguro.

De pronto, Eugene alzó la voz.

—Y Angelique… Dicen que es muy bonita. Bueno, por lo menos algo quedará de mí.

Una leve sonrisa temblorosa cruzó por sus facciones.

—¡Quisiera que todo hubiera sido diferente! —dijo ella llorando—. Que hubiésemos podido ser felices juntos… Perdona si te hice daño. Fue sin querer. Y sé que tú tampoco quisiste hacérmelo a mí.

—Nada de lágrimas —dijo él, pero no en el tono despectivo de antaño. *¿Qué? ¿Otra vez las lágrimas? ¡El arma de las mujeres!*—. Nada de lágrimas —repitió. Y nuevamente la sonrisa tembló y se borró.

Y en aquel leve gesto, tal vez reflejo de un placer recordado, Miriam leyó la historia de sus relaciones con aquella mujer deslumbrante, cuya oscura pasión le había hecho feliz en otro tiempo. Tal vez, olvidando que le había abandonado, ahora deseaba tenerla a su lado. ¡Y ella hubiera debido estar con él ahora! Ella, que había conocido lo mejor que había en él, debía haberle acompañado ahora.

Eugene murió hacia la medianoche. A la luz de las estrellas, entre un profundo silencio, el viejo Sisyphus, Chanute y Maxim lo entraron en la casa y lo dejaron en el destrozado sofá del salón.

Muchos años antes, los anteriores propietarios de «Beau Jardín» habían convertido en cementerio familiar un viejo túmulo funerario utilizado por los indios durante muchos siglos. Y allí enterraron a Eugene por la mañana, en un tosco ataúd hecho durante la noche, mientras los pájaros alborotaban en las viejas encinas.

«Qué mísero funeral», pensaba Miriam. Por lo menos, así lo habría creído el propio Eugene. El hubiera deseado que todo se hiciera con la debida pompa y ceremonia: el entierro, en el cementerio de la sinagoga, con los hombres

vestidos con pantalón a rayas y chistera, y el rabino recitando el Kaddish. Pero ahora era imposible volver a la ciudad, y no había nadie más que el pequeño Eugene que pudiera recitar el Kaddish. Y lo dijo bien, con aquella voz conmovedora, ronca, todavía con quiebros de soprano. Ferdinand seguía el rezo murmurando las fórmulas casi olvidadas. Después, Maxim y Chanute echaron tierra sobre el ataúd.

«Me alegro de que Eugene y yo intercambiáramos aquellas palabras —pensaba Miriam, abrazada a sus hijos—. Por lo menos, él descansa en su propia tierra que tanto quería. Y quizá —pensaba incongruentemente mientras volvían a la casa—, quizá su vieja haya sobreviva a sus heridas. El se alegraría».

Después de la matanza del día anterior, dos docenas de corderos quedaron muertos en el prado. Las despensas fueron saqueadas; la comida que no se habían llevado los soldados fue estropeada con melote. Toda la cosecha de patatas y judías se había perdido. En el cuarto de ahumar no quedaba ni una pieza de carne para el invierno.

Miriam recorría la propiedad y en todas partes encontraba desolación. No quedaban más mulas que dos crías. Los carros habían sido incendiados. El ganado que no habían matado se lo habían llevado, seguramente para venderlo en Nueva Orleans.

El capataz salió de su casa, vestido con ropa de viaje y con una maleta en cada mano.

—Ahora iba a despedirme —dijo, un poco violento.

—¿Con un preaviso de sesenta segundos, Mr. Ransome?

—Sí, ya sé, lo siento. Pero en estas circunstancias… Aquí no hay nada que hacer. La suerte está echada. Vuelvo a Connecticut.

Ella iba a decir algo sobre las ratas que abandonan el barco que se hunde o alguna otra frase hiriente pero cierta. Luego, al comprender que no servía de nada, se tragó la indignación.

—Le deseo buena suerte, Mr. Ransome —dijo.

El hombre titubeaba.

—No sé qué van a hacer ustedes. ¿Sabe que esta mañana se fueron por lo menos veinticinco braceros? Ignoro si a los pantanos o siguiendo al Ejército.

—Entonces tendré que arreglármelas con los que se han quedado —dijo ella con frialdad.

La veta de valor no era muy profunda. «Realmente, necesito a alguien. ¿Cómo voy a sacar adelante esta casa?». Todos los sonidos familiares habían enmudecido: las discusiones y los cantos en los campos, el afanoso traqueteo

de las ruedas, los balidos y cacareos en los corrales. Aquel silencio era desolador.

¡Y cuántas personas a las que atender! Ferdinand estaba hecho un anciano. Emma estaba anonadada por los destrozos de la casa. Ella, que había sabido sobreponerse a crueles pruebas, estaba vencida por la suciedad y el desorden. Y, en medio del caos, había que atender a los niños y ofrecerles por lo menos una apariencia de normalidad. Durante aquellas últimas horas, Rosa se había derrumbado. Durante todo el día, no hacía más que murmurar: «Oh, si Henry lo viera, si Henry… Fuimos tan felices… A él le gustaba la Ópera… Fuimos a escuchar a Jenny Lind… y vimos el estreno de *Nick of the Woods*, de George Harby… Lo pasábamos tan bien… Si él me viera ahora…». Estaba completamente trastornada.

Fanny venía al encuentro de Miriam por el sendero del jardín.

—En la puerta de atrás está Simeón. Quiere hablar con usted.

—¿De qué? —preguntó Miriam con cansancio.

—De lo que hay que plantar. Y quiere decirle que consiguió salvar cuatro mulas. Las escondió en el pantano.

Bueno, esto era una buena noticia. Y Simeón se quedaba.

Fanny le tendía un taleguito de terciopelo. Miriam lo miraba fatigada y aturdida, sin imaginar qué podía ser.

—¿Qué es eso, Fanny?

—Sus brillantes. ¿Lo ha olvidado?

—Pues, sí, Fanny. Gracias.

Se miraron en silencio, como tantas otras veces, y Miriam se preguntó una vez más qué pensaba en realidad aquella mujer.

—Siento mucho lo de Mr. Eugene —dijo Fanny en voz baja—. Miss Angelique está muy apenada.

—Lo sé —dijo Miriam—. Yo también. —Y pensaba: «Nos hicimos desgraciados el uno al otro, pero ahora mismo le devolvería la vida si pudiera».

Fanny dijo entonces con viveza:

—Voy a rellenar los colchones de paja. Esos hombres los destrozaron con sus machetes o como se llamen esas condenadas cosas.

—Sables.

—Bueno. ¿Le mando a Simeón?

—Sí; dile que venga al porche.

¡Cielos, aquel hombre debía de medir dos metros! Ni recordaba haberlo visto. Naturalmente; había tantos y era tan grande la plantación…

De pronto, recordó un nombre.

—¡Jasper! —Eugene había mencionado a un Jasper—. ¿Sigue aquí? Mi esposo le admiraba mucho y yo…

—Sí, señora, sigue aquí, pero es muy viejo para tomar el mando. Quedamos unos veinte y entre todos decidimos que yo era el más indicado. Soy joven y fuerte y sé cómo hay que hacer las cosas.

Miriam le miró atentamente y tomó una decisión.

—Está bien, Simeón, tú serás el capataz. Tú y yo decidiremos lo que hay que hacer, como hacían Mr. Ransome y mi esposo. Tú me enseñarás. Lo principal es obtener comida para todos. ¿Qué podemos hacer?

—Bueno, señora, tenemos algunas verduras. No vieron el huerto que está detrás de los establos. Y yo llevé unos pollos al pantano, y unas gallinas mías. Si no las comemos ahora, en verano tendremos huevos y polluelos. Y quedan dos vacas, una a punto de parir.

Maxim y Chanute doblaban la esquina de la casa, con sus botones dorados reluciendo al sol. Miriam los llamó.

—Venid. Ya conocéis a Simeón.

Ellos arquearon las cejas con asombro y altivez.

—Pues claro que le conocéis. Le habéis visto por ahí, no digáis que no. Ah, comprendo, vosotros nunca habéis trabajado en el campo ni en los establos. Pues ahora todo es diferente. Se acabaron los uniformes elegantes. Si queréis comer, tendréis que trabajar. Los dos tendréis que ayudar, y Blaise también. Todos ayudaremos. ¿Habéis comprendido?

—Oh, sí, Miss Miriam —dijeron al unísono.

Miriam observó con sorpresa que Chanute sonreía ampliamente. Y entonces Miriam preguntó con osadía:

—Decidme, ¿por qué no os habéis escapado como los demás?

El heterogéneo trío se miraron, unidos súbitamente por un común sentimiento. Se abrieron sus grandes sonrisas blancas y Chanute dijo:

—Porque los «seces» volverán.

Así, sencillamente. Lo habían meditado bien. En fin, no importaba. Hay que tomar las cosas como vienen y vivir al día.

Vivir al día.

24

Empezó ahora una serie de inesperadas visitas.

El cielo, de un azul pálido y brumoso, estaba adquiriendo por momentos el enfermizo tinte blanco del vientre de pescado, y Miriam trataba de calcular cuánto tardaría en descargar la tormenta cuando vio a un coche entrar en el sendero. Tiraba de él un magnífico tronco de caballos. El pescante en el que se sentaba el cochero era muy alto. Sola en el asiento de atrás viajaba una mujer con un vestido amarillo tan brillante que incluso a aquella distancia se veía que era de raso.

El coche se acercó y las ruedas, relucientes como el azabache, se detuvieron suavemente al pie del porche. El cochero saltó a tierra y ayudó a apearse a la mujer.

Era Queen.

Pero, esta vez, su actitud no era ni deferente ni esquiva. Sus ojos ya no parpadeaban modestamente, sino que examinaron sin recato el sombrero campesino de Miriam y su vestido de algodón, desteñido por los muchos lavados.

—Usted me recuerda —dijo. No era pregunta, sino afirmación. —Sí.

—Vine cuando me enteré de lo ocurrido… Él era un buen hombre.

La curva del mentón, que se alzaba sobre tres hileras de magníficas perlas, era ligeramente retadora.

«No merecía la pena hacer un viaje tan largo para decirme eso —pensó Miriam, sintiendo una oleada de irritación—. ¿Y te has creído que voy a discutir ese tema contigo?». Pero se limitó a asentir, para indicar que la había oído.

—Les traigo algunas cosas. Pensé… Sabía que las necesitarían.

El trigo pisoteado, la barandilla rota de la galería por donde había caído Eugene y las cercas que apenas se habían empezado a reparar evidenciaban la necesidad.

—Sus…, sus hijos necesitarán muchas cosas.

¡Ser beneficiaría de la generosidad de aquella mujer!

«De buena gana le diría que se guardara su caridad», se dijo Miriam. Pero los vistosos trajes de Angelique habían llamado la atención de los merodeadores, que habían vaciado la habitación.

—Las cajas están en el coche. ¿Le digo al criado que las entre en la casa?

El suelo y la mitad del asiento de atrás estaban cubiertos de paquetes muy bien envueltos. ¡Hacía tanto tiempo que ella no sentía la voluptuosa anticipación en presencia de un regalo bien envuelto! A Miriam se le dilataron los ojos de codicia. Ella notó como se le abrían…

—Puede dejarlos en el vestíbulo —dijo—. Es usted muy amable…

La mujer observaba al criado y Miriam observaba a la mujer. Llevaba pendientes de brillantes. Pesadas pulseras de oro le bailaban en las muñecas y sus dedos estaban cubiertos de anillos. No brillaría menos la reina de Saba.

Aquella evidente opulencia, aquella nueva seguridad y la inversión de sus respectivas situaciones dolían profundamente a Miriam; pero, al mismo tiempo, comprendía claramente que lo que hacía que le dolieran era su propio resentimiento, su orgullo herido y la envidia.

Cuando la última de las cajas estuvo amontonada en el vestíbulo, Queen echó a andar hacia el coche. Un impulso de elemental decencia se abrió paso entre el nebuloso aturdimiento de Miriam. El bochorno era asfixiante y aquella mujer había hecho un largo viaje por causa de los hijos de Eugene.

—Pase y descanse un momento. No puedo ofrecerle nada más que un sitio fresco donde reposar un rato.

Menos mal que era la hora de la siesta y no habría nadie rondando por la casa, porque les hubiera chocado —especialmente a Emma— que la dueña de la casa recibiera en su salón a una mujer de color.

Los vivaces ojos de Queen observaban los destrozos, los huecos que habían dejado los muebles, el espejo roto, el desgarrón del retrato.

—No comprendo por qué han tenido que hacer eso —dijo—. No les han dejado nada.

—Sí, entre ellos y *Bestia* Butler nos lo han quitado todo —dijo Miriam airadamente.

—Pero también han hecho cosas buenas.

—¿Butler cosas buenas?

El tono de Miriam era despectivo.

—Oh, sí. Mandó traer comida cuando la ciudad se moría de hambre, y fijó los precios. Y puso hombres a limpiar la suciedad de las calles. Este verano no tuvimos fiebre amarilla.

—Pues no es mucho lo que ha dado a la ciudad que le ha hecho rico.

—Sí, son muchos los que se han enriquecido. Su hermano ha hecho una fortuna. Lo sé porque conozco a personas próximas a él.

«Estoy segura de que las conoces bien», dijo Miriam para sí.

Por el Oeste retumbó brevemente un trueno. La tormenta descargaba lejos. Se alegraba, porque no hubiera podido consentir que aquella mujer emprendiera el regreso en plena tormenta. Luego, el silencio llenó la habitación. Zumbaba en los oídos y se hacía más violento, hasta que, al fin, Queen empezó a hablar:

—Me hubiera gustado poder decirle que… me dolió dejarle cuando fue tomada la ciudad. —En las profundidades de sus grandes ojos de párpados pesados, con su nuevo mirar confiado apareció una expresión de apenado remordimiento—. Ahora ya es demasiado tarde… Las personas hacemos cosas de las que no podemos enorgullecemos después. Pero las circunstancias… —La voz aterciopelada, que parecía más propia para murmurar palabras de amor y reír, se detuvo, y las manos se alzaron con las palmas hacia arriba como diciendo: usted ya me entiende, son cosas que pasan.

El lujo, las comodidades y el afán de pasarse a los vencedores, esas son las cosas que pasan. De todos modos, había cierta dignidad en la sincera confesión.

—Siento que él no le oyera decir eso —dijo Miriam, recordando la sombra de sonrisa que tremoló en los labios de Eugene cuando él agonizaba en el suelo.

—Hay algo más… Se refiere a mi hijo. Es escultor, ¿lo sabía? Le han dado un premio en Roma. También me hubiera gustado decírselo. Se hubiera sentido orgulloso.

«No. Le hubiera dejado indiferente». Y entonces Miriam recordó el león que Eugene tenía encima de la cómoda. Sí; él le inspiraba afecto y compasión, pero su corazón era del que llevaba su apellido y que le llenaba de orgullo. «Mi hijo —pensó ella—. Para tenerlo se casó conmigo».

Pero estas cosas no se dicen en voz alta, y las dos mujeres volvieron a guardar silencio. Tampoco tenían más que decirse. Y, sin embargo, en cierto modo, por su relación con el difunto Eugene estaban unidas por una intimidad no deseada.

«¿Y si yo también le hubiese amado?», se preguntaba Miriam, sin encontrar respuesta.

Todos estamos unidos formando una cadena cuyos eslabones se enredan con una maraña inextricable: ella a mí, y yo a Eugene, yo a André y él a

Marie Claire, y ella…

La falda de raso barrió el suelo cuando Queen se levantó para marcharse. Con un súbito impulso de compasión y vergüenza. «¿Quién soy yo para juzgar?». Miriam le tendió la mano, y sintió un breve apretón y sorprendió una lágrima enjugada con rapidez.

Cuando el coche se perdió de vista, Miriam volvió a entrar en la casa y llamó a Fanny para que abriera las cajas.

El siguiente visitante inesperado, llegado varias semanas después, era un caballero elegante de patillas a la moda con un ligero acento británico.

—Me llamo Isachar Zacharie, doctor Isachar Zacharie.

Llevaba un cesto de naranjas y, según supieron en seguida, una carta de David. Sus modales eran una mezcla de formalidad cortesana y cordialidad.

—Entonces, ¿usted conoce a mi hijo profesionalmente? —preguntó Ferdinand.

—No; solo nos hemos visto una vez, en Nueva York. El, naturalmente, está en Sanidad, mientras que yo soy pedicuro. Y también, si me permiten añadir, amigo del presidente Lincoln.

Emma apretó los labios con desagrado y el corsé de Rosa crujió al erguir ella la espalda, repelida por la información.

—En realidad, estoy en Nueva Orleans en una misión del Presidente.

El círculo de rostros que le rodeaba intercambiaron miradas de suspicacia. ¿Qué era aquel hombre? ¿Una especie de charlatán? ¿Un farsante?

—Su hijo, cuando me pidió que les entregara esta carta, pensó que tal vez estuvieran ustedes todavía en Nueva Orleans, pero allí me dijeron que se habían marchado.

—*Bestia* Butler nos obligó a marchar —dijo Ferdinand fríamente.

—Comprendo sus sentimientos —sonrió el doctor Zacharie.

—Díganos todo lo que pueda de mi hermano, por favor —suplicó Miriam con cortés impaciencia.

—Oh, él ha estado en lo duro de la batalla, según me dijo, pero lo ha resistido bastante bien. En realidad, no tuvimos mucho tiempo para hablar. Los dos estábamos en la ciudad para asistir a un par de actos oficiales: la entrega al Gobierno del Hospital Judío para los soldados heridos y, al día siguiente, la visita a la Feria Sanitaria. Recaudamos más de un millón de dólares para socorro de guerra. Cuando David se enteró de que yo iba a Nueva Orleans…, bueno —dijo Zacharie con delicadeza—. He traído unas cosillas. En Nueva Orleans mencioné al rabino Illowy que iba a venir a verles

y él sugirió que posiblemente… la devastación… Hay algunas cosas en el coche.

Mientras Sisyphus por orden suya, entraba unas mantas y colchas, Miriam pensó: «Los regalos llegan de lugares insospechados estos días. Primero, Queen, y ahora este hombre estrafalario. Pero Dios sabe que lo agradecemos».

Cuando ella volvió a la sala, el hombre decía:

—Sí; mi familia está en Savannah, y es muy duro estar separado de ellos. Pero, si algo puedo hacer en favor de la paz, iré donde haga falta.

Emma apretó los brazos del sillón. Sus carnes sonrosadas colgaban fláccidas. Había perdido muchos kilos y tenía los ojos cargados de ansiedad. El tercer hijo de Pelagie estaba en el frente. Hasta el momento, no había bajas en la familia, pero cada día aumentaban las probabilidades de que las hubiera.

—¿Y cómo va a conseguir eso? —preguntó con escepticismo.

El doctor Zacharie movió una mano con displicencia.

—Con todos los respetos, señora, estos son asuntos oficiales muy confidenciales, de los que no puedo hablar. Oh, puedo decirle que mi cometido está relacionado con el reajuste de los tipos de intercambio entre la moneda de la Unión y la local, pero eso es asunto de poca monta y del dominio público, por supuesto. —Bajó la voz—. Pero, extraoficialmente, le diré que he sido muy útil a muchos judíos… Yo también soy judío, ¿comprende? Ayudo tanto a los del Norte atrapados en Nueva Orleans como a los judíos del Sur que han salido de la ciudad para instalarse en territorio confederado. Y estos están en una situación precaria, porque se niegan a prestar juramento.

—Oh, Dios mío, ¿cuánto tiempo va a durar esto? —exclamó Miriam.

—Mucho, demasiado. Pero, cuanto más tiempo dure, más seguro es que gane la Unión. En fin, ustedes preguntaron —se disculpó Zacharie.

—Continúe, por favor.

—Todos sabemos que la Confederación espera obtener el apoyo de Francia e Inglaterra, pero todas las misiones, supuestamente secretas, han fracasado.

André… Entonces, ¿dónde está ahora?

—Por un lado, Inglaterra encontró nuevas fuentes de algodón en Egipto y en la India, y, por otro lado, las clases trabajadoras, tanto de Francia como de Inglaterra, son tan contrarias a la institución de la esclavitud que sus Gobiernos no se atreven a contrariarlas en este momento. Ello se ha convertido en una cuestión de principios, especialmente en Inglaterra.

—¡Cuestión de principios! —exclamó Rosa. Sus destrozados nervios que poco a poco empezaban a templarse de nuevo, habían dado a su voz un tono desabrido—. Sí; realmente, para la Confederación es cuestión de principios protegernos del invasor extranjero. Ustedes atacaron nuestros hogares… No tiene más que mirar a su alrededor. Mi hermano, señor, un abogado, una persona ecuánime, un hombre justo como podrán confirmar todos los que le conocen, siempre ha dicho que para el Norte no era cuestión de principios, sino de dinero. No hay más que ver el dinero que obtienen con nuestro algodón, mucho más que nosotros, que lo cultivamos. Los Bancos prosperan gracias a la esclavitud contra la que tanto despotrican —terminó con vehemencia.

Miriam estaba violenta.

—El doctor Zacharie ha venido en misión de buena voluntad. Dejemos ese tema.

—He venido y ahora debo marcharme —dijo el doctor con imperturbable amabilidad—. Tengo muchas cosas que hacer en la ciudad.

—¿Qué os ha parecido? —preguntó Ferdinand cuando volvió de acompañar al doctor Zacharie.

Miriam reflexionó.

—O es un impostor muy listo o un bienhechor altruista. Elige lo que más te guste.

—Parece estar seguro de que seremos derrotados —dijo Emma, desconsolada.

—No lo creas —dijo Ferdinand—. Nuestros soldados volverán. Antes de que pase mucho tiempo, verás a los hombres vestidos de gris subir por ese sendero. Puedes estar segura.

Unas gotas de lluvia azotaron los cristales, seguidas de una ráfaga de viento que los hizo temblar en el marco. Las tormentas de otoño habían llegado. «La lluvia y el barro interrumpían la lucha», pensó Miriam con gratitud.

Pero Ferdinand acababa de decir que los hombres de gris volverían. Y eso significaba más lucha, más muertes de jóvenes.

También podía significar que André volvería. Si vivía… y a ella le parecía que saber que no había de verle en diez años, o acaso nunca más, sería terrible; pero saber que estaba muerto sería insoportable.

David había escrito:

Querida hermana y querido papá, si me has perdonado lo suficiente como para oír mi carta. Puesto que llevo mucho tiempo sin saber de vosotros, he de suponer que ello se debe a que vuestras cartas se han extraviado. Espero que esta llegue a vuestras manos, gracias a los buenos oficios del doctor Zacharie. Yo he estado viajando por todo el país y llevo andado más territorio del que jamás creí que podría recorrer en tan poco tiempo.

Después de la batalla de Corinth fui enviado al Norte, a la región de Memphis, donde he estado cuidando a los heridos. Es un trabajo al que nunca me acostumbraré. Quiera Dios que no haya de seguir haciéndolo mucho tiempo y que esta guerra termine pronto, porque el sufrimiento que tengo que ver no es un fenómeno natural como la enfermedad, sino que está provocado por el hombre, para su vergüenza.

Pero también están las heridas del espíritu, acaso peores. Estoy pensando en la infame Orden número Once de Grant, por la que se expulsó a todos los judíos del departamento de Tennessee. Doy por descontado que os habréis enterado y que sabréis también la buena nueva de que, una vez más, Lincoln remedió el mal y la hizo derogar.

Tal vez no pudierais creerlo cuando os enterasteis. Yo no podía. Pero era verdad. Con mis propios ojos, vi cómo un viejo matrimonio, él un judío tradicional y barbudo y ella, una mujercita frágil y rancia, eran subidos a un tren por los soldados, a empujones. La mujer lloraba…

Miriam bajó la carta. El corazón le latía con fuerza. *Las mujeres lloraban* era una frase oída cien veces con el relato de la muerte de su madre. Y siguió leyendo

Por si no sabéis de qué se trata, os lo explicaré. Ha habido un tráfico escandaloso por encima del frente, con especulaciones con el algodón y sobornos a cambio de permisos. Algunas de las personas implicadas eran judías y otras no lo eran. Pero Grant castigó únicamente a los judíos, y a todos los judíos, no solo a los culpables. ¿Y quién era, quién es el más culpable y el más rico de todos? ¡Jesse Grant, el padre del propio general!

Aún me parece estar viendo a aquel pobre matrimonio, que apenas podían tenerse en pie. ¿Cómo iban ellos a corretear de un lado al otro vendiendo algodón? Me duele ver esta brutalidad en los de mi bando.

Una noticia que os asombrará. Al día siguiente de presenciar aquella escena, uno de los mayores de aquí se ofreció a presentarme a un hombre de los alrededores de Vicksburg que dispone de algodón suficiente para

mantener abastecida una fábrica durante una semana. Dijo que podríamos embarcar la mercancía en una de nuestras cañoneras y que es algo que se hace continuamente, lo cual no era una novedad para mí. Me dijo también que el hombre era «un auténtico aristócrata del Sur» llamado Labouisse. Debí de poner cara de asombro, porque me preguntó si conocía el apellido. ¡Si conocía el apellido! Miriam, ese apellido me perseguirá el resto de mi vida.

¡El hijo, muerto a mis manos, y los nietos, peleando por la causa en la que creen, mientras el abuelo, el aristócrata, trafica con el enemigo!

¿Y sabéis que después de que Grant expulsara a los traficantes judíos el tráfico no hizo sino aumentar? ¿A quién echar la culpa, entonces? Vaya, como solía decir el abuelo, ¡qué mundo este!

¿Piensas alguna vez en el abuelo? Yo apenas me acordaba de él, pero últimamente me viene a la memoria con frecuencia. Supongo que debe de ser porque estoy tan lejos de todo lo que me era familiar. Es natural que uno se acuerde de su casa cuando tiene miedo, ¿no? Recuerdo el día en que llegó papá en aquel carruaje y no puedo menos que sonreír. ¡Entonces me pareció un príncipe! ¡Y qué extraño debió de encontrar él nuestro pueblo, después de estar tantos años en América! Me gustaría saber si algún día tú o yo volveremos a ver el pueblo. Ni siquiera sé si lo deseo…

Mis pensamientos están revueltos mientras te escribo casi a oscuras. Es tarde y dentro de una hora tendré que levantarme, porque esperamos un tren-ambulancia al amanecer. ¡Cuánto deseo volver a tener un consultorio normal y hacer cosas sanas y naturales, como, por ejemplo, ayudar a venir al mundo a una pareja de robustos gemelos!

¿Cómo están mis gemelos? Llevo mentalmente el control de su crecimiento. Eugene debe de ser ya mucho más alto que Angelique. Y habrá cambiado la voz… Ya sé que ahora tienes que ser para ellos madre y padre. ¡Fue cruel para ellos perder a su padre de modo tan espantoso!

Pero estoy seguro de que tú sabrás sacarlos adelante y educarlos. Diles lo mucho que les quiero. Y que no me olviden.

Por el momento, la guerra sigue y yo también estoy esperando el traslado al Este, a algún lugar de Virginia, según creo.

Ojalá todos sobrevivamos y podamos estar otra vez juntos. Tu hermano,

DAVID.

25

Durante toda la semana, el viento estuvo aullando y silbando de un modo estremecedor, doblando los árboles y apagando las velas en cuanto encontraba una puerta entreabierta. Una tarde, mucho después de la época habitual, volvió a oírse el fragor de una tormenta de verano.

—¡Pero si no son truenos! —exclamó Ferdinand—. Son cañones. ¡Escuchad!

Eugene salió corriendo.

—¡Blaise, deténlo! —gritó Miriam—. ¿Adonde pretenderá ir?

Inmediatamente, Blaise, seguido por el viejo Sisyphus que renqueaba, salió corriendo por el sendero detrás de Eugene. Cuando lo traían, a Miriam le dio un vuelco el corazón al observar que el «pequeño amo» de la casa era más alto que sus dos protectores.

Aquel descubrimiento la turbó y, para desahogarse, echó un rapapolvo al muchacho:

—¿Es que quieres que te den un balazo, insensato? ¿No hemos tenido ya bastantes disgustos?

—¡Que si los hemos tenido! —suspiró Sisyphus—. ¡Vaya si ha habido disgustos en esta familia! Usted haga caso a su mamá, ¿comprende?

—Me acercaré a la carretera a ver qué ocurre —dijo Ferdinand—. Tendré cuidado. Vosotros quedaos todos aquí.

Rosa y Emma apretaban con las manos los brazos del sillón, como si aquel contacto les infundiera seguridad. Los criados se mantenían pegados a la pared, sin decir palabra. Y Miriam volvió a experimentar aquella antigua sensación que le invadió la primera vez que entró en la casa, de un total aislamiento en medio de los campos solitarios. Estaban indefensos no solo ante los merodeadores del exterior, sino ante aquella misma gente que se acurrucaba contra la pared y que en cualquier momento podía revolverse contra ellos… Así se quedaron esperando…

Al poco rato, por encima de las copas de los árboles, se alzaron otra vez las nubes de polvo flotando en la neblina dorada. Repicaban los cascos y

traqueteaban las ruedas cada vez más cerca. Ferdinand se acercó hasta el camino andando por detrás de los arbustos que bordeaban el sendero de la casa y a los pocos minutos regresó con la información de que el Ejército de la Unión se retiraba. Sus grandes carromatos tirados cada uno por cuatro caballos se alejaban a toda prisa.

—¿Qué os había dicho yo? ¡Se retiran a escape y dejan la impedimenta tirada en la cuneta: cocinas, capotes y hasta rifles y armas pequeñas! Iba a recoger unas cuantas, pero lo he pensado mejor. ¿Sabéis lo que significa esto? Los nuestros no deben de estar lejos. ¡Oh, sabía que volverían!

—Pues será mejor que escondamos las mulas que salvamos de los federales. Ve a decírselo a Simeón —ordenó Miriam a Eugene.

—¿Cómo? —preguntó Rosa—. ¿Esconder las mulas de nuestra propia gente?

—Naturalmente —respondió Miriam con cierta sequedad.

Llegaron. Entraron por la verja en tropel, lanzando el grito rebelde, con tanto polvo encima que la trencilla negra de las pecheras estaba tan gris como la tela del uniforme, y con los pies descalzos y sangrando.

Al frente venía un oficial a caballo.

Delante del porche, echó pie a tierra y saludó a Ferdinand quitándose el sombrero.

—¡Qué educados! —susurró Emma al oído de Miriam—. ¡Que Dios bendiga a nuestros caballeros del Sur!

Ferdinand estaba contento. El júbilo le burbujeaba en la garganta.

—¿Pueden darnos noticias? Hace meses y meses que no sabemos nada. ¡Que Dios les bendiga! —dijo Emma—. ¡Ya lo sabíamos, y también que volveríamos a verles!

—Bueno, les hicimos huir. Hemos estado luchando desde ayer por la mañana a veinte kilómetros al este de aquí. Y sin provisiones. Los hombres tienen hambre y sed. Pero lo peor son los pies llagados. No tenemos botas —terminó el teniente con tristeza.

—Diga a sus hombres que vayan a la parte de atrás y tomen cuanto necesiten. Los criados los acompañarán. Estoy seguro de que no romperán nada. —Y Ferdinand añadió, sonriendo—: Yo tengo confianza en nuestros hombres, bien lo sabe Dios. ¡Nuestros valientes!

—No observó cómo Miriam arqueaba las cejas. En aquel momento, él volvía a ser el espléndido anfitrión de antaño—. Miriam, trae la botella de coñac para el teniente. Solo tenemos una botella, pero está a su disposición —dijo mientras entraban en casa.

Miriam dejó la botella del doctor Zacharie al lado de la silla del teniente. Este llevaba un largo bigote rubio, que casi le ocultaba la parte inferior de la cara, pero que no conseguía disimular ni su extrema juventud ni su inmenso cansancio.

—Es usted muy amable, señor, esto sienta bien. —Suspiró—. En esta última escaramuza han muerto más de la mitad de nuestros caballos. Y las deserciones…

—¡Deserciones! —exclamó Emma, mirándole con el asombro reflejado en sus ojos inocentes.

—Oh, sí, señora. Ya ni la pena de muerte les detiene. Por eso les azotamos, les marcamos o les afeitamos la cabeza, pero a pesar de todo… —De pronto, el joven pareció recordar que este no era el lenguaje apropiado para un bravo oficial—. De todos modos, poseemos la buena fibra del Sur y en cantidad suficiente como para salir con bien. Sí, señor, para salir con bien. Claro que si ciertos jefes fueran mejores…

—No se referirá usted a Lee, ¿verdad? —preguntó Ferdinand.

—A Lee, no. Pero fíjese en nuestro secretario de Estado. Ni yo ni otros muchos comprendemos por qué Davis muestra tanta lealtad hacia un descendiente del pueblo que crucificó al Señor.

Rosa había subido a su habitación, de lo cual Miriam se alegró, porque su amiga no se mordía la lengua. Ferdinand quedó perplejo y Miriam, indignada, fue incapaz de articular palabra; pero, cuando el momento hubo pasado y ya era tarde para hablar, se sintió furiosa consigo misma por haber callado.

El teniente dejó la copa.

—Muchas gracias, señora —dijo cortésmente—. Esto me ha reanimado. Lo necesitaba. Tengo que marcharme. Ustedes podrán dormir más tranquilos esta noche, ahora que vuelven a estar detrás de nuestras líneas.

El teniente saludó, montó en su caballo y se alejó al trote por el sendero. Mientras le seguía con la mirada, Miriam pensó que su bravura tenía un algo arcaico, extraído de un viejo libro y de otra época, una actitud que había sobrevivido a su tiempo y que pronto dejaría de existir.

Miriam seguía allí minutos después, cuando entró una nueva riada gris. Esta vez no venía ningún oficial al mando. Salvo por el color del uniforme, aquellos hombres no eran distintos de los que le habían saqueado la casa. Eran un hatajo de alborotadores desharrapados, alegres por el *whisky* que les habían dado o que ellos habían robado.

Siguieron llegando durante toda la tarde en oleadas e invadieron la casa y los establos. Todo lo que había sido sacado de los escondites después del

saqueo de los federales, se lo llevaron ahora los hombres de gris. Solo una vez, cuando uno de ellos empezaba a cortar un travesano de la cerca que había sido reparada aquella misma semana, salió Miriam a protestar. El hombre siguió cortando.

—Que se lo arreglen sus negros —respondió con insolencia—. O aguántese. ¿Es que se figura que nosotros estamos peleando por ustedes?

«No —respondió ella en silencio—. Conozco a los de tu calaña. Peleáis con la esperanza de ocupar mi lugar, el lugar de la gente que vosotros llamáis "bien"».

Al anochecer ya no quedaba nada que requisar. Una reata de mulas se llevaban en sus lomos el resto de la cosecha que con tanto esfuerzo habían arrancado de la tierra todas las manos de la casa, incluidas las de la propia Miriam. Ella les vio marchar inerme, haciendo pantalla con la mano para proteger los ojos de los últimos rayos de un sol rojizo.

«Ahí van tus caballeros del Sur, papá. ¡Tomen cuanto necesiten! ¡Confío en ustedes!».

Miriam, cansada, se sentó pesadamente en la escalera del porche. El sol desapareció tras la línea del horizonte dejando un resplandor ámbar y bermejizo, colores suaves y difusos de finales de otoño. El anochecer era tibio. Ahora, pasadas las tormentas del equinoccio, la tierra se preparaba para el descanso invernal.

Fanny venía de los establos.

—Siéntate —le dijo Miriam.

Los demás, agotados por los agobios del día, se habían ido a la cama, dejándola sola. No es que tuviera ganas de hablar de las cosas importantes; solo quería sentir una presencia viva o acaso decir cosas triviales, lo primero que le pasara por la cabeza.

—Mis pobres zapatos —dijo al cabo de un rato mirándose los pies calzados con zapatillas de piel—. Están destrozados. Y era el último par.

—El hermano de Simeón hace zapatos. Cuero por encima y suela de madera. A mí me hizo unos.

—Pues que haga para todos nosotros.

—Ya se lo diré. Ahora está detrás de los establos. Han ido a enterrar a la mula.

—¡La mula! ¡Oh, no!

—Sí, los hombres que estuvieron hoy aquí encontraron a una de ellas y la mataron.

El último golpe, el último golpe gratuito.

—Por el amor de Dios, ¿por qué habrán hecho eso? Hubiera comprendido que se la llevaran, pero ¿matar a la pobre bestia?

—Estaban borrachos.

—Nuestra gente, como dice mi padre.

Fanny no hizo ningún comentario. Solo dijo:

—Han vuelto varios de los hombres que escaparon cuando llegaron los federales. Y han traído a sus familias.

Ahora le tocó a Miriam reservarse el comentario. No podía decir a Fanny lo que estaba pasando. Inconcebible. Hubieran sido palabras demasiado fuertes y cargadas de resentimiento. Ahora que habían vuelto los «seces» y aquella gente no tenía adonde ir, volvían a la plantación para que les alimentaran y cuidaran. ¡Ojalá se escaparan todos! No tenemos comida suficiente para los que se quedaron y ahora la poca que hay debemos compartirla con esos otros.

—Entraré a limpiar —dijo Fanny—. Esos cerdos escupían tabaco en el suelo del comedor. Oh, alguien viene.

¡Oh, no más gente! ¿Era aquello la encrucijada del mundo? Tan remoto que parecía antaño, en aquellos días largos y aquellas tardes monótonas en las que solo el mugido de alguna vaca turbaba la quietud y Miriam, ansiando oír una voz nueva o ver algo distinto, se acercaba hasta el extremo del sendero y recorría con la mirada la sinuosa carretera invadida por la hierba.

—¿Quién será? —preguntó con impaciencia.

Fanny se levantó, alzándose sobre las puntas de los pies y haciendo pantalla con la mano.

Viene un jinete y un carromato.

Miriam estaba demasiado cansada para ponerse en pie.

—¿No distingues quién es?

Fanny aguzaba la vista.

—¡Miss Miriam! Miss Miriam…, me parece… ¡Me parece que es Mr. Perrin!

A Miriam empezaron a zumbarle los oídos.

—¡Imposible!

«Está en Europa. Está muerto. El no volverá a esta casa, porque Eugene…».

—Sí, Miss Miriam, sí. ¡Es Mr. Perrin!

Miriam se sentía envuelta por la alegría y el deseo como en una capa. Cuando, después de la cena, se sentaron alrededor de la chimenea, le parecía que, a la tenue luz del fuego, todos tenían que advertir aquella capa de seda

escarlata en la que ella se arrebujaba y que la hacía sentirse abrigada y alegre. Con ella sobre los hombros, no pedía más que seguir quieta y muda, escuchando y mirando.

Los demás acaparaban a André, asediándole a preguntas. Rosa quería saber si por casualidad sabía algo de su hijo Henry de quien hacía meses que no recibía carta. No; no sabía nada. Lo mismo preguntaba Emma de sus nietos. No; nada tampoco.

—Mi hermano, Gabriel de Rivera, está con el Décimo de Luisiana. Si puede ponerse en contacto con él, por favor dígale que yo, que nosotros… —Le faltaban las palabras—. ¿No se le olvidará?

—No se me olvidará.

Luego, Emma preguntó por la querida Marie Claire y si hacía mucho que no la veía. Que él supiera, estaba bien; pero llevaba muchos meses fuera de Francia.

¿Qué podía significar? Desde luego, si hubiera habido algún cambio en su vida, ella se habría enterado. Una corriente helada penetró a través de la capa escarlata.

—¿Están seguros de que no les fatigo con mis historias? —había preguntado André minutos antes.

—Aquí no recibimos casi ninguna noticia de lo que pasa en el mundo —repuso Ferdinand—. Desde que llegaron los federales no tenemos periódico. Todo lo que puedas contarnos será novedad, especialmente sobre ti.

Ahora, André alzó las manos y prosiguió:

—Como ya saben, la misión diplomática fracasó. Fue una lástima. Lo intentamos todo. Yo estaba presente cuando Slidell ofreció a Luis Napoleón un regalo de algodón por valor de cien millones de francos con la condición de que Francia reconociera a la Confederación. Al francés le tentó la oferta, pero temía que la Unión ganara. De manera que cuando comprendí que la diplomacia no surtiría efecto, decidí obrar por mi cuenta. He estado burlando el bloqueo. Oh, no soy marino, desde luego. Yo me limito a reunir la mercancía y si me embarco es por la aventura.

—Peligrosas aventuras —observó Ferdinand.

—Oh, no aptas para pusilánimes, por supuesto.

«Siempre aquella vivacidad. La poseen los niños, aunque no todos; y la poseen también algunos viejos, porque no tiene nada que ver con la edad», pensaba Miriam. Es algo interior que ilumina desde dentro, una audacia, una delicia y un grito de ánimo para el oyente y observador. Todos estaban hechizados: las dos mujeres, Eugene, Angelique y, el que más, Ferdinand, que

probablemente estaba recordando su propia juventud, reviviendo sus momentos de intrepidez.

—¡Tendrían que ver los muelles de Nassau! ¡El algodón acumulado! Y entra en el puerto un barco que burla el bloqueo, feo y negro, pero rápido. Casi todos son construidos en Inglaterra o en Nueva Escocia y tienen la cubierta convexa para navegar por mares bravios. Desde la ventana del «Hotel Royal Victoria» ves el puerto lleno de ellos. La noche antes de embarcar no duermes mucho, os lo garantizo. Pero el viaje de ida es mucho más seguro que el de regreso, cuando vienes cargado de municiones.

—Habrás vivido muchos momentos de peligro —dijo Eugene con respeto.

Y André, comprendiendo el apasionado interés del muchacho, sonrió y siguió contando y gozando con el relato.

—Peligros muchos, sí. Al regreso, navegamos con muchas precauciones, rumbo a Charleston o a Wilmington. Son los únicos puertos que nos quedan. Buscamos la oscuridad y la pleamar. O también, con la marea baja, puedes ocultarte en las calas. Y sin luces, por supuesto. Es la muerte, en serio, la muerte para todo el que encienda una luz. Ni hablar se puede.

—Claro. —Eugene movió la cabeza con gesto de enterado—. En el agua, las voces se oyen a gran distancia.

—Exacto. ¡Oh, es emocionante burlar el bloqueo!

—¿Os han perseguido alguna vez? —preguntó Ferdinand.

—Más de una. En una ocasión, una fragata nos persiguió toda la tarde. Aquel día rezamos, podéis creerme. Tuvimos que andar ligeros para que no nos alcanzara. Luego, cuando se hizo de noche, soltamos una cortina de humo, un humo negro y denso a ras del agua. Aquella vez nos anduvo cerca.

Ferdinand suspiró largamente.

—Reconozco que te envidio. Yo aquí, sin hacer nada… —Entonces recordó algo—. Tiempo atrás recibimos una visita interesante, un tal doctor Zacharie. ¿Has oído hablar de él por casualidad? Al oírle, parece que todo el mundo tiene que conocerle.

—Oh, sí, es muy conocido. Ultimamente fue a Richmond enviado por Lincoln, para tratar de la paz. Habló con Benjamin y otros miembros del gabinete. Lincoln parecía bien dispuesto, pero la misión fracasó porque el gabinete de Washington no quiso avenirse a razones. Los radicales del Norte quieren destruir el Sur antes de hablar de paz. Por lo menos, eso es lo que se dice en Washington.

—¿Cómo está usted tan enterado de lo que se dice en Washington? —preguntó Rosa—. Creí que era casi imposible cruzar las líneas. Salvo para los

espías, claro —añadió sardónicamente.

André se encogió de hombros.

—Se van captando noticias de aquí y allí.

—Ojalá alguien supiera algo de mi hermano. —Era la primera vez en toda la noche que Miriam hablaba directamente a André—. No hemos sabido nada más de él desde que el doctor Zacharie nos trajo su carta.

—Yo no desearía saber de él si fuera hermano mío —dijo Emma.

Todos la miraron asombrados, porque aquella forma de expresarse parecía más propia de Eulalie que de ella.

Después de tanto tiempo de guerra, era natural que los nervios estuvieran tensos, y Miriam tuvo que hacer un esfuerzo para limitarse a preguntar fríamente:

—¿Y eso por qué, tía Emma?

Antes de que Emma pudiera responder, André intervino con suavidad.

—Lo más triste de esta guerra, señora, es cómo divide a las familias. ¿Sabe que tres nietos de Henry Clay luchan a nuestro lado y otros tres, en el Ejército de la Unión? Y los hermanos de Mrs. Lincoln han caído peleando en el Sur.

Emma guardó silencio, y Ferdinand —«El pobre, siempre en medio», pensó Miriam— preguntó a André:

—Te quedarás unos cuantos días, por lo menos hasta que hayas descansado.

—Se lo agradezco, pero tengo que irme mañana antes de mediodía. Voy a Texas. El algodón viene de Vicksburg, por eso estoy aquí. Luego lo llevan a Brownsville y, cruzando el río Grande, a Matamoros. Allí lo embarcamos para el extranjero.

—Entonces te espera un largo viaje y necesitas dormir. Vamos. —A la señal de Ferdinand, todos se pusieron en pie—. De todos modos, ya es hora de acostarse.

—No estoy cansado. —André lanzó una rápida mirada a Miriam—. Mejor dicho, demasiado cansado para dormir aún. Daré un paseo o me sentaré un rato en el porche, disfrutando de esta hermosa noche.

Eran las nueve. Dentro de media hora seguramente todos dormirían. Miriam sentía cómo la sangre pulsaba por todo su cuerpo mientras subía la escalera, seguida por su sombra, que temblaba en la pared lo mismo que la vela temblaba en su mano.

Fanny estaba en la habitación de Miriam, donde había abierto las cajas que André había traído. Encima de la cama había montones de telas y prendas

de vestir.

—Aquí no hay sitio para todo. La ropa de hombre la puse en la habitación de Mr. Ferdinand. Quizás estas cosas le vayan bien a Mr. Eugene. —Fanny levantaba una casaca marrón con etiqueta inglesa, una corbata de seda y un chaleco de terciopelo rojo.

—Le irán muy bien si recuperamos Nueva Orleans y podemos volver a casa.

—¡Y qué bonito el sombrero! —dijo Fanny de un plato cargado de lirios silvestres.

—Un modelo «Watteau». Vi uno parecido en una revista de modas. —Miriam iba a decir: «Hace cien años», pero comentó únicamente—: Así variaremos del sombrero de palmito. —Soltó una carcajada mientras pensaba: «Soy una tonta y estoy histérica»—. No sé si ponérmelo en mi próxima visita a los establos.

—¡Cuanta ropa! Fíjese en ese paño azul. Ideal para un abrigo para usted, Miss Miriam. Y el tafetán amarillo. Y espere a ver lo que hay en la despensa. Carnes, y vinos, y licores, igual que antes. Ese Mr. Perrin es un caballero muy generoso.

—Por la mañana, Fanny, buscaremos ropa para ti.

Un par de guantes de cabritilla le resbalaron entre los dedos como si fueran de satén. ¿Cómo habría conseguido él encontrar todas aquellas preciosidades? Eran tan suaves y tan ricas que no parecían naturales, ni apropiadas, fuera de lugar, como si pertenecieran a otro mundo y otra vida. Esta impresión la desconcertaba.

Fanny la miraba fijamente con una sonrisa enigmática, aquel pequeño rictus que dibujaban sus labios cuando ella ocultaba sus verdaderos pensamientos.

«¿Por qué sonríe así? ¿Sabrá lo mío con André?». Bruscamente, Miriam se irritó.

—Puedes irte a la cama, Fanny, ya no te necesito —dijo con sequedad.

«Lo sabe, lo sabe».

Cuando la casa estuvo en silencio, Miriam bajó la escalera y salió al jardín. Él la esperaría en el cenador, sentado detrás de la celosía. Sus pies danzaban ligeros sobre la hierba. Aunque sus pasos eran leves, él la oyó y aunque la noche era oscura, la vio. Ella había recorrido apenas la mitad de la distancia cuando él salió al encuentro, alzándola del suelo y besándola dulcemente una y otra vez.

«He vuelto al hogar», pensaba Miriam.

—Tenía que verte —dijo él—. He dado un rodeo de ciento cincuenta kilómetros para verte.

—Has venido sin saber que Eugene había muerto.

Él se rio.

—Me arriesgué. Pensé que si venía con las manos llenas me recibiría. Los regalos me abrirían las puertas… Dime, ¿se puso muy furioso por lo nuestro? Por la mañana, cuando me echó, lo estaba.

—Furioso no. Se mostró más razonable de lo que yo esperaba.

Y ella guardó silencio, recordando el insultante desdén de Eugene y lamentando la intrusión de aquel recuerdo en un momento que debía haber sido perfecto.

No se oían más sonidos que los golpes sordos de las nueces que caían a intervalos del viejo árbol. Ella dijo:

—Fue una muerte horrible, André.

—Todo es horrible. Esta devastación. Esta noche, cuando estaba sentado ahí dentro y veía lo que habían hecho a esta casa, y veía esos zapatos rotos en tus pobres pies… Pero volveré y cuidaré de que no te falte nada, en lo que esté en mi mano.

Ella no había oído más que una palabra: «Volveré».

—¿Cuándo volverás?

Él la llevó al cenador. La luna en cuarto creciente asomaba entre las nubes y ella podía ver su rostro con todo detalle: sus espesas pestañas rubias, su piel de ámbar, la línea de su boca.

—¿Cuándo volverás?

—Es difícil decirlo. Tengo un socio, un inglés. A medias compramos un barco. Está a nombre de él y viajamos con bandera inglesa, neutral, para que no puedan detenernos en alta mar.

Ella no quería oír hablar de negocios ni de barcos, solo quería oírle que volvería.

—Es un barco pequeño, de poco calado. Así podemos operar donde no se arriesgan a ir los barcos de la Unión. Pero tú no quieres oír hablar de eso, ¿verdad?

—No; yo quiero que me hables de ti.

—Pues vamos a tu habitación.

Ella titubeó.

—Me gustaría, pero…

—¿Pero qué?

Abrazados estrechamente como estaban, resultaba insoportable no poder ir más allá.

—Me gustaría —repitió ella.

—¿No podemos? ¿Por qué?

—Mi hija duerme en la habitación de al lado. Y mi padre y Emma, al otro lado del pasillo.

Los ojos sagaces de Fanny, la inocencia de Angelique, el respeto de su hijo, el estupor de su padre y el desdén de Rosa pasaron como un fogonazo ante sus ojos.

—¿Y entonces cuándo? —gimió André—. Esto es una crueldad.

—No lo sé.

Ella apoyó la cabeza en su hombro y recordó la habitación del «Pontalba», aquella habitación blanca, de techo alto, en la que entraban la brisa húmeda y fresca, el olor del verano y las voces de la plaza. Ella dejó oír un leve sollozo de deseo y frustración.

—Ah, no llores. Si no puede ser, no puede ser. Tal vez —agregó hablando despacio—, tal vez Marie Claire pida el divorcio.

Ella oía junto a su oído los lentos latidos de su corazón.

—En Europa, un divorcio no es un escándalo como aquí, ¿comprendes? Y entonces tú y yo…

—¿Tú lo deseas, André? ¿Estás seguro?

—¿Y me lo preguntas, amor mío? Bien sabes que sí.

—¡Oh! —exclamó ella—. Es que tú no sabes…, durante todo este tiempo, tanto tiempo… Pensaba que ya no podía esperar nada de la vida. Tengo a mis hijos, sí, y bien sabe Dios que ellos son lo primero; pero también eres un ser humano y también deseas algo para ti, y yo pensaba que ya no habría nada más, que tú y yo nunca más…, ahora, ahora tú me das esperanzas.

Él le levantó la cara hacia la luz, ahora casi apagada por las nubes que habían vuelto a cubrir el cielo.

—Preciosa, preciosa. ¡Y qué ojos! Nunca, nunca, vi ojos como los tuyos. —La besó en los párpados—. Verte así y no poder tenerte es peor que no verte.

Regresaron a la casa. El agua de la ensenada brillaba como un cristal oscuro. En los estanques asomaban los tallos secos de los lirios del año anterior. Bajo los cedros se extendía una mullida alfombra de agujas de más de un siglo. De pronto, ella sintió ganas de hablar.

—Los cedros. ¿Sabes que los negros no los cortan porque dicen que cada uno representa una vida humana? A veces, al pasar por aquí, pienso en eso.

—Piensas demasiado.

—¿Te molesta?

—No; pero, por tu propio bien, no deberías ser tan seria.

—Cuando termine la guerra, cuando termine la matanza, reiré y estaré contenta, te lo prometo.

—Y no te faltarán motivos.

—Pero ahora no puedo menos que pensar en las vidas de esos muchachos, en tu vida, André.

—¿No te he dicho muchas veces que a mí no puede pasarme nada? Yo sé muy bien lo que me hago. Un sortilegio me protege, ¿no lo sabías?

—Así lo espero. Cuando estoy contigo, creo todo lo que dices. A tu lado me siento segura.

—Feliz es lo que quiero que te sientas. La vida es corta. La primera vez que te vi… Estabas tan bonita y tan triste. Creo que eso me atrajo, tu tristeza. Quería borrarla de tu cara. Te he traído seda amarilla, para que te hagas un vestido. Quiero recordarte de amarillo, el color del sol y de la risa.

Una fría ráfaga de viento agitó las ramas de los árboles trayendo una bruma gris que parecía decir: «El tiempo del sol y de la risa aún no ha llegado». Pero él quería sol y ella sonrió.

—Es preferible decirnos adiós ahora, ¿no? Será más fácil que por la mañana, cuando estén todos alrededor.

—Nada de adiós. Prueba otra vez.

—*Au revoir*. ¿Está mejor así?

—Mucho mejor. *Au revoir*, mi Miriam.

26

Un poco más allá de Vicksburg, en la orilla del río, se alzaba «Plaisance» con su prístina magnificencia, cual un partenón de madera blanca, sobre una elevación y con su muelle particular desde el que los criados iluminaban el camino con antorchas a los invitados que llegaban por el río. Entre la casa y el bosque que cubría la colina situada a espaldas de la casa, los arbustos recortados de forma ornamental, trabajados por las sabias manos de un jardinero francés, bordeaban todavía el gran parterre. En el invernadero octogonal florecían las ananás. Los pavos reales paseaban sus abanicos de plumas por el césped, deteniéndose a asustar a la tarde con sus roncos gritos. Y en el estanque, flotando entre un paraíso de verano, dormitaba una pareja de cisnes.

—Mientras conservemos Vicksburg no hay que preocuparse —decía André.

Pero Vicksburg cayó y llegaron los refugiados. Dos carruajes tirados por cansados caballos traían a la familia, Pelagie con sus dos hijos más pequeños, Eulalie y Mr. Lambert Labouisse. Dos carros transportaban a los criados de la casa y una triste mezcolanza de heterogéneos enseres que habían podido salvarse. Después de seis días de viaje estaban todos exhaustos, hambrientos y desesperados.

—Han incendiado nuestra casa.

Estas fueron las primeras palabras que pronunció el anciano, que se desmoronó cuando le ayudaron a bajar del coche.

Pelagie llevaba un vestido de alpaca negra, pringoso y sudado. —¿No sabéis…? ¿No recibisteis nuestras cartas? Sí; mi Alexander ha muerto. Cayó en Yazoo Pass.

Emma dio un grito y abrazó a su hija.

—Gracias a Dios que mi Felicité está casada y en San Francisco. Por lo menos ella está a salvo.

Pelagie parecía más desconsolada que después de la muerte de Sylvain.

—Ahora tengo que sufrir por Lambert y Louis. ¿Dónde estarán? No lo sé. Luchando por ahí… o tal vez muertos también. Y yo creía que estos dos pequeños estarían a salvo en casa conmigo; este hijo de mi corazón que no conoció a su padre… Y ahora, ni casa tienen…

Miriam la llevó al dormitorio del piso de arriba y, recordando lo delicada que era, en seguida pidió a Fanny que trajera agua caliente.

—Y una bebida fresca, por favor. Agua, si no hay nada más. Ahora cuenta, cuenta, desahógate —instó a Pelagie.

Pelagie, tendida en el diván, suspiró profundamente.

—¡Estar otra vez bajo un techo! No tienes idea… Bueno, cuando Vicksburg cayó… Teníamos amigos allí, ¿sabes?, y todos vinieron a refugiarse en nuestra casa. Una de mis amigas se trajo el piano, lo único que pudo salvar… Bien, las cañoneras federales bajaban por el río disparando contra las casas de la orilla, pero nosotros tuvimos suerte; no llegaron hasta «Plaisance». Ya pensábamos que íbamos a librarnos cuando, hace una semana, se presentaron. Los proyectiles cayeron en el tejado, que se incendió. ¡Oh, fue horrible! El viento parecía tirar de las llamas hacia el cielo. Debían de verse en kilómetros a la redonda, como un volcán. Dicen que así estaba Vicksburg cuando estalló. —Pelagie se cubrió la cara con las manos—. Y lo más duro fue que, cuando las cañoneras vinieron a destruirnos, los criados del campo bajaron corriendo al dique, agitando las hoces, y cantando. A veces me alegro de que Sylvain no haya tenido que verlo. El amaba la casa. Era su hogar, nació allí.

Pelagie rio con amargura.

—Aquella misma mañana, mi suegro había hecho nuevo testamento. Estábamos hablando de quién de la familia podía querer tal o cuál esclavo. Y hasta les decía a cada uno quién iba a heredarlo. Y, por la tarde, todo había terminado.

«Desde luego, Pelagie no tiene ningún cariño por el viejo tirano —se dijo Miriam—. Pero él era un símbolo de un mundo estable». Ahora, después de esta estrepitosa equivocación, ¿en quién iba a apoyarse Pelagie? Porque ella necesitaba apoyarse en un hombre.

—Sin hogar, sin hogar… —murmuraba Pelagie tristemente.

—Aquí tenéis un hogar. Algún día, no sé cómo ni cuándo, todo volverá a la normalidad. Ya lo verás.

Y Miriam le daba consuelo vano, lo único que podía darle.

Al mismo tiempo, estaba preocupada. «¿Qué vamos a hacer con toda esta gente? No tenemos casi nada para nosotros. Ni suficientes semillas para

plantar, ni repuestos para las máquinas, y los esclavos se resisten a trabajar. ¿Por qué habrían de hacerlo? Es solo cuestión de tiempo y lo saben. En realidad, es asombroso que trabajen como lo hacen. ¿Es que piensan que sus amos aún pueden ganar esta guerra?».

—Oh, ¿quién había de decirlo? —gimió Pelagie.

«Yo misma», le hubiera respondido Miriam, pero no dijo nada.

Se habían terminado las velas de sebo y aquella noche se sentaron a la mesa entre el humo acre de la lámpara de carburo. Su olor a trementina impregnaba el aire y los alimentos. Las comidas eran cada día más escasas. Escuchando a medias el rumor de la conversación —porque solo las palabras, los interminables discursos, les permitían distraer el miedo—, Miriam repasaba mentalmente las existencias.

No quedaba harina. Costaba mil dólares el barril, si la encontrabas. El té, cincuenta dólares la libra; Fanny le había enseñado a hacerlo con hojas de zarza. Ya no había café, pero podía obtenerse un mísero sucedáneo a base de cacahuetes y patatas. Tendrían que administrar mejor las hortalizas. Siempre que la falta de carne no perjudicara a los niños, que estaban creciendo. Algunos decían que se podía vivir solo con verduras. También había huevos, claro.

«Eugene tiene casi quince años. ¿Cuándo lo reclutarán para el Ejército? A Pelagie le preocupa que no queden hombres suficientes para que se casen las chicas. ¡El matrimonio! Es lo que menos me preocupa ahora».

¿En qué estaba pensando? En las hortalizas. Mañana se levantaría más temprano de lo habitual, cogería la yegua y recorrería toda la finca. Para ella había resultado más fácil aprender que para una muchacha de ciudad. Ahora, el pensamiento de Miriam dejó los campos y la cocina y pasó a los dormitorios, donde no había mantas ni sábanas suficientes para los recién llegados. La tela de algodón costaba quince dólares el metro… si encontrabas. Y allí, en el campo, ¿dónde iban a encontrarla? Tampoco tenían agujas ni alfileres. Fanny le había enseñado a usar las espinas. Pero no se podía coser sin hilo, que costaba cinco dólares el carrete, y el dólar confederado valía diez centavos.

Le quedaban unas monedas de oro, cosidas al forro del vestido que se había hecho con la seda amarilla de André. Era el único vestido presentable que poseía. Tendría que conservar bien ambas cosas, dinero y vestido. Solo Dios sabía qué perentoria necesidad podía presentarse.

El viejo Lambert Labouisse estaba haciendo una de sus declaraciones. Porque sus más simples observaciones eran declaraciones.

—Sí; arrojé toda la vajilla de oro al Mississippi para que los federales no se quedaran con ella. Veinticuatro servicios. Muchas solemnes fiestas adornó. De todos modos, tuvo una muerte digna.

«Viejo idiota —pensó Miriam—. Ojalá supiera cómo y dónde ir a pescarla».

Desde la muerte de Eugene, Ferdinand había hecho solo tímidas tentativas para mantener al día el mapa de guerra. A pesar de todo, ahora comentó abatido:

—Sí; la caída de Vicksburg fue el golpe de gracia, perder el puente con Texas y México. Ahora las mercancías entran y salen con cuentagotas.

«¿Y cómo va a volver André? Solo Dios lo sabe». Está todo tan negro… Las nubes nos envuelven y no podemos ver el mañana. ¿Qué será de nosotros dos cuando vuelva, si vuelve?

—Con solo treinta mil hombres hubiéramos podido defender Vicksburg —decía el viejo Labouisse—. Y solo los desertores suman esa cifra y más. Malditos sean todos.

Eulalie hizo uno de sus raros comentarios:

—¿Qué podíamos esperar? Pemberton es yanqui, después de todo. Nunca debimos fiarnos de él.

Sus descoloridos ojos estaban ribeteados de rojo. «La feroz guerrera de Virginia», pensó Miriam otra vez, recordando su promesa de guardar silencio. Pero ahora podía empezar a soltar la verdad. La imaginaba destilando cuidadosamente sus maliciosas insinuaciones que poco a poco irían envenenando la confianza de sus hijos.

Bastante —demasiado— habían tenido que sufrir. Si ella llevaba grabada en la mente, imborrable, la escena de la muerte de su madre, que solo conocía de oídas, también ellos llevarían impresa para siempre la imagen de su padre moribundo en el suelo, asiendo sus manos. Casi nunca hablaban de ello. ¿Qué podían decir? Pero Eugene tenía dos pliegues verticales entre las cejas que antes no estaban. Y Angelique, propensa desde su primera infancia a las pesadillas, ahora gritaba a menudo en sueños y Miriam tenía que entrar a calmarla. Sí; demasiado habían sufrido ya. Solo faltaba que ahora Eulalie…

Pero no, se decía, Eulalie no diría nada. «Sabe que la echaría de casa. No sé adonde la mandaría, pero la echaría de aquí. Y ella lo sabe».

—Lo malo es que todos, todos vosotros habéis perdido la esperanza —decía Eulalie—. Yo, no. —Paseó la mirada alrededor de la mesa, esperando que la contradijeran, pero en vista de que nadie hablaba, continuó—: Nosotros, los de nuestra vieja estirpe, podemos hacer mucho más de lo que

hemos hecho hasta ahora. Mirad al Ejército del Norte. Todo son alemanes, irlandeses y sabe Dios qué más. Y a la cabeza, ese cretino de Lincoln con su emancipación.

—Ojalá pudiera aplicarse aquí la emancipación.

El comentario llegó del extremo de la mesa donde estaba Eugene. Todos se volvieron a mirarle con asombro. El se había puesto como la grana, como si el sonido de sus propias palabras en la habitación que tan silenciosa había quedado de pronto, le hubiera asustado a él también. Sus ojos despavoridos miraban ahora a su madre, pidiendo auxilio.

Miriam estaba boquiabierta. ¿De dónde había sacado el chico aquella idea? ¡Ella siempre procuró soslayar aquel delicado tema! De todos modos, en su pecho sentía ahora una emoción que era en parte alarma y en parte un orgullo jubiloso.

—Está bien, Eugene. Puedes hablar. Continúa —dijo en voz baja.

—Bueno, yo he pensado, he pensado en todo lo que he visto desde que vinimos a vivir aquí y… —Se encalló—. Me parece que sería mejor tener a unos cuantos hombres expertos trabajando a jornal que a toda esa pobre gente a la que hay que cuidar y alimentar.

Lambert Labouisse parecía estar a punto de estallar, y Ferdinand se apresuró a explicar:

—Mi nieto lo ve desde un ángulo práctico, económico, dadas las actuales circunstancias.

—O tal vez no —dijo Miriam. En su interior algo se rebelaba a tener que aplacar a Mr. Lambert Labouisse—. Continúa, Eugene.

La voz del muchacho se hizo más firme.

—Bueno, ¿no sería mejor para todos que estas grandes propiedades fueran divididas en pequeñas granjas, de manera que los dueños pudieran cuidar por sí mismos de sus tierras? Creo que sería más sano. Y más próspero. En el sistema de la esclavitud hay mucho despilfarro. Y no me parece justo que tanta tierra esté en tan pocas manos. ¿De qué sirven a nadie ochocientas hectáreas de tierras sin cultivar?

Mr. Lambert Labouisse golpeaba la mesa con la cuchara.

—Yo, y antes que yo mi padre, pasamos la vida ampliando nuestras propiedades en beneficio de las generaciones venideras. Hemos pagado y pagado para mantener intactas nuestras tierras. Eso que dice su hijo es más de lo que yo puedo soportar con ecuanimidad, señora. Lo siento, pero tengo que decirlo.

—Lo comprendo. —Ferdinand estaba confuso—. Esto es muy violento para mí, se lo aseguro. ¿De dónde puede haber sacado Eugene esas ideas, Miriam?

—No lo sé, papá. Pero tiene derecho a expresar sus opiniones.

Y miró a Eugene sonriendo.

—Seguramente lo habrá aprendido de su tío —comentó Eulalie.

—¿De mi hermano? —replicó Miriam—. Sí; ha tenido mucho contacto con mi hermano durante estos años, ¿verdad?

Entonces, sorprendentemente y antes de que Eulalie pudiera seguir atizando el fuego, Pelagie dijo:

—¿Sabe una cosa, papá? La última vez que Louis estuvo en casa con permiso dijo casi lo mismo. —Titubeó—. El piensa que las grandes plantaciones se acabarán y el sistema de la esclavitud con ellas.

El anciano la miraba sin pestañear.

—¿Mi nieto dijo eso? ¿Mi nieto?

—Bueno, reconozca que es un sistema muy costoso —balbuceó Pelagie —. El dinero que podrían heredar nuestros hijos hay que gastarlo en mantener a los esclavos, vestirlos… y además, como dice Eugene, una gran parte de la tierra permanece improductiva.

—¡Eugene! ¡Qué idiotez! —El viejo estaba furioso y escupía al hablar—. ¡Sandeces y nada más que sandeces! Esos mozalbetes imberbes, que no han ganado ni diez centavos en toda su vida, ya están renunciando a su patrimonio, los muy necios. ¡Una buena tanda de latigazos a todos!

Rosa lanzó a Miriam una mirada de nerviosismo que decía: «¿Qué le habrá pasado a Pelagie?».

A lo que Miriam hubiera podido responder: «Solo que, incluso ella, al fin, ha tenido que abrir los ojos a la realidad».

27

Entre el río Rapidan por el Norte y los anchos y despejados campos de Spottsylvania por el Sur se extendía una selva de unos veinte o veinticinco kilómetros de largo por diez de ancho. Silenciosos lodazales y bosques sombríos, maraña de hiedras y zarzas, matorral alto y espeso.

En los primeros días de mayo, azules y luminosos, los blancos carromatos pasaban retumbando por el portazgo del camino de Orange Plank, para enfrentarse con el ejército del Potomac de Grant.

Al cabo de más de tres años de guerra, el cuerpo de Gabriel y el de su yegua alazana *Polaris* se habían compenetrado hasta formar casi uno solo. El animal mantenía su lugar en la formación sin necesidad de órdenes y el jinete podía abstraerse en sus sombrías reflexiones.

El año anterior, habían luchado contra Grant en Chancellorsville, y ganó Lee. Este año, al pasar por el escenario de aquella victoria, pudieron advertir su secuela de desolación, ruinas ennegrecidas y silenciosas y campos invadidos por la maleza. Vieron a un granjero al lado del camino. *Yo nunca tuve ni un esclavo. Labré estos campos y construí esta casa con mis propias manos, y los federales se lo llevaron todo, los cerdos, los pollos, la vaca que daba leche para mis hijos, el trabajo de toda una vida*. ¿Qué sentido podían tener para aquel hombre los derechos de los Estados?

Y así seguimos caminando, cansinamente, tropezando, cruzando ríos y soportando sinsabores con un cansancio inconcebible, sin poder adivinar cuándo ni dónde terminará el viaje.

Gabriel tenía sombríos pensamientos. «Es la primavera —pensaba—. Es el rosal silvestre que teje en el aire su filigrana de encaje blanco y rosa; es el brillo húmedo de las hojas, el viento del Sur y el calor del sol en el cuello vigoroso del caballo; es… pensar que quizá pronto deje de ver todas estas cosas».

Irguió la espalda. «¡Basta! Esto no tiene sentido ni conduce a parte alguna».

Pero los demás, oficiales y soldados, también iban en silencio. Hacía más de una hora que su teniente, que cabalgaba detrás de él, no había pronunciado ni una palabra. Si, de vez en cuando, piafaba un caballo, el sonido le sobresaltaba.

A cada lado del camino, el bosque se hacía más y más denso y el paso, más estrecho, tamizando la luz de la mañana. Arreciaba el calor. El cuello de *Polaris* relucía y, bajo su guerrera gris, Gabriel sentía correr el sudor.

Delante de él, a lo lejos, se veía la columna dejar la carretera. No necesitaba sacar el mapa; se lo sabía de memoria, conocía su punto de destino y el lugar en el que esperaban sorprender a Grant. De manera que, para dar descanso a la mente, trataría de pensar en el pasado en lugar de cavilar sobre lo que le reservaba aquel día.

¡Cuánto tiempo hacía que había salido de su casa! Se preguntaba qué quedaría de su ciudad. Se habían incautado de la casa de Rosa, eso ya lo sabía. Tal vez alguna buena persona protegiera aquel tesoro que eran sus libros de leyes, la biblioteca heredada de Henry y ampliada cuidadosamente por él. ¡Qué bonito era su despacho, con sus libros y su cómodo sillón con el taburete para poner los pies! Por las ventanas abiertas al patio penetraban el olor ácido de la piedra mojada por la lluvia y el perezoso goteo de las hojas del plátano. Debajo de una ventana, en el pequeño desnivel del pavimento, se formaba un charco en el que había una diminuta rana verde esmeralda, una alhaja.

¡Cuánto tiempo sin ver su casa! ¡Y cuánto tiempo sin ver a Miriam! Se enteró de la muerte de Eugene con varios meses de retraso, pero Rosa nunca le hablaba de Miriam en sus cartas. Seguramente, para no herirle y dándoselas de prudente.

Recordaba también, con un humorismo un tanto amargo, el afán de su hermana por despertar su interés por muchachas «convenientes». También en esto creía ella obrar con exquisito tacto. Para Rosa, una muchacha «conveniente» debía ser joven, dulce, bastante bonita y, lo más importante, de excelente familia. ¡La buena de Rosa! Ni por asomo pensaba que fuera indispensable que él estuviera enamorado de la candidata. Oh, hubo alguna…, recordaba concretamente a una muy simpática y bien dispuesta, con el pelo brillante y color de cobre. Probablemente, él hubiera podido casarse con ella, de no ser por Miriam. Siempre se interponía la imagen de Miriam entre él y cualquier otra mujer.

El dolor que sentía dentro era casi palpable, como una quemadura o un corte. El furor —no contra ella, eso nunca, sino contra el tal Perrin— era puro

fuego. Por más que él trataba de sofocarlo, siempre volvía a prender. Ahora que ella era libre, seguramente se casarían. Perrin ya tenía esposa, sí, pero a los hombres como él no les faltaban recursos, pensaba Gabriel desdeñosamente. Aquel hombre, aquel hombre… «Si estuviera aquí, lo atravesaría con mi bayoneta —pensaba—. Y eso que yo nunca he usado la bayoneta, y he estado en las peores carnicerías, pero gracias a Dios nunca tuve que usarla. Una bala es horrible, pero sentir que el arma que tienes en la mano se clava en la carne de un semejante…».

Polaris, siguiendo la columna, salvó con cuidado la cuneta, adentrándose en un bosque en el que sus patas se hundían en la hojarasca de muchos años, abriéndose paso entre espinos y lianas y enredándose en las ramas. Otras veces había estado en lugares como aquel. «No; como aquel no», pensaba Gabriel mientras avanzaban en una penumbra que debía de ser como la del fondo del mar. Los altos pinos unían sus ramas. De pronto, les cortó el paso una zanja tan abrupta que un jinete inexperto hubiera podido saltar por encima de las orejas del caballo. Siguieron avanzando penosamente. «¿Cómo se puede pelear aquí, si es imposible distinguir a amigo o enemigo?», se preguntaba.

Por la columna se pasó la orden de alto. Menos mal, porque ya era casi mediodía, y habían salido al amanecer. Hacía tanto calor que si no fuera tan malo el camino, podría uno dormirse sobre la silla.

Los hombres se agruparon en el claro. Allí, en un rincón al que llegaban unos rayos de sol, colgaba sus ramas un rosal silvestre poniendo una exquisita y jubilosa blancura en aquellas tétricas sombras. Y Gabriel volvió a sentir aquella palpitación irregular llamada «corazón de soldado» y la atribuyó a la tensión o al calor. Pero era algo más; era miedo.

—Ahí delante están deliberando —dijo uno.

—Los exploradores informan que se acercan a las fuerzas de la Unión.

—… dicen que Grant está sentado en un tronco, con uniforme de gala y espada.

Risas nerviosas. El cuerpo tiene miedo de seguir adelante, pero el espíritu, que teme a la cobardía, tiene miedo de que el cuerpo dé media vuelta y eche a correr, para bochorno del espíritu.

Polaris golpeó la tierra con los cascos, echando la cabeza hacia atrás como si quisiera comunicarse con Gabriel. Tenía la nariz altiva y delicada de una aristócrata, pero sus ojos eran dulces e inteligentes. «Me conoce bien —pensó Gabriel—. Hemos estado juntos mucho tiempo.

Un hombre protestaba en voz alta:

—¡Diablo, este no es lugar para caballos! ¿Cómo vamos a pelear aquí? ¡Si no podemos avanzar más que un par de kilómetros por hora, y gracias!

Pero siguieron adelante. Se deslizaron por las márgenes cenagosas de arroyos escondidos, volvieron a subir y siguieron andando, andando hasta que por fin delante se oyeron disparos.

—Dejad los caballos. Pie a tierra. Es imposible.

Otra vez corazón de soldado. Gabriel desmontó y acarició el hocico de *Polaris*. ¿Volvería a verla?

A la derecha, un destacamento de tiradores se parapetó entre unas zarzas. La artillería pesada era arrastrada hacia las posiciones aplastando la maleza.

¡Oh, Dios! Toda una división de azules apareció muy cerca. Los hombres surgían del bosque, disparando. Era una granizada de plomo. ¡Oh, Dios! Una cortina de fuego.

—¡Adelante! ¡Adelante!

¿Quién grita? Quién es el que se desgañifa con el grito rebelde mientras los hombres avanzan y avanzan, ya muy cerca de los uniformes azules y de las bayonetas plateadas. ¿Es mi voz?

Él disparaba. Cubierto por el tronco de un roble centenario, dispara ciegamente contra un enemigo que está oculto por un humo denso y picante. El ruido es ensordecedor, te martillea los tímpanos y la cabeza. Suenan las trompetas llamando al valor, dando señales que nadie entiende ni puede entender, porque nadie sabe dónde está, ni dónde se halla el enemigo.

—¡Fuego! ¡Fuego! —Cargan y vuelven a cargar. Las balas silban entre las ramas haciendo caer al suelo una lluvia de fragmentos de hojas como papelillos. Alguien grita a menos de un metro; es un alarido terrible, como de animal. No hay tiempo de mirar. Sin dejar de disparar, Gabriel se arrodilla, inclinando el tronco; porque en este infierno no puede vivir nada que permanezca de pie.

¡Oh, Dios, es el peor infierno de sus mil días de guerra infernal! Colisionan dos hombres que andan a gatas, uno se dirige hacia la retaguardia.

—Eh, tú, ¿adonde vas por ahí?

—Estoy herido, señor. Voy a la retaguardia, estoy herido.

—¿Dónde te han herido? Si no tienes sangre, ahora mismo vuelves a tu puesto. ¡A tu puesto, maldito seas!

—¡Están disparando contra nuestro flanco, por los clavos de Cristo!

—No pueden vernos. ¡A tierra! ¡A tierra!

Y, hora tras hora, continúa el estruendo, el silbido que precede a la detonación, el rugido, el golpe seco del impacto… ¿Nunca va a anochecer?

Anochece. La noche más negra que Gabriel haya visto nunca envuelve los bosques. Los disparos van espaciándose y, en la oscuridad, los hombres de uno y otro lado caen exhaustos dondequiera que estén.

Todo está en calma. Han llevado a los heridos a la retaguardia. El suelo está cubierto de cadáveres o de hombres que callan. «Los que callan y los que ya están libres», piensa Gabriel. Los que no han de temer la llegada de la mañana.

Grita una chotacabra. Su voz pura y líquida suena unos segundos y enmudece. «Hasta los pájaros están acobardados, piensa. Ellos, en sus nidos —los que no han sido destrozados— y nosotros, en el suelo».

Respira profundamente. Se siente demasiado cansado para investigar. Además, está muy oscuro. Su deber es permanecer aquí con sus hombres, o lo que queda de ellos, y esperar. Se queda dormido con la cabeza apoyada en las rodillas.

El segundo día es de viento. Mientras silban y crepitan las balas, las chispas prenden en los matorrales y el viento aviva las llamas que van extendiéndose por las ramas secas o se retuercen por el suelo como criaturas vivas para encaramarse por los troncos de los árboles con un leve murmullo. En cuestión de segundos, un pino queda convertido en antorcha. Detrás de las líneas de vanguardia, se incendian los parapetos de troncos, construidos con tanto esfuerzo. Las pavesas danzan al viento. Todo el bosque, brea y resina, es un brasero rugiente. El aire abrasa los pulmones.

Ahora las llamas avanzan como las olas del mar. Los heridos gritan de terror ante su acometida; algunos mueren abrasados y otros, los que tienen fuerzas para ello, se disparan un tiro. Los hombres de azul y los hombres de gris corren por igual para salvar a los camaradas y, en ocasiones, a los enemigos.

Gabriel arrastra a un hombre hasta lugar seguro, mientras piensa: «Si Lorenzo estuviese aquí, podría ayudar». Por primera vez le echa de menos; pero hace meses que Lorenzo se fue al otro lado y ahora estará en Nueva York o en Washington. Increíblemente, en medio del caos, Gabriel tiene un destello de buen humor. ¡Lo convencida que estaba Rosa de su fidelidad! ¿*Por qué, por qué no ha de serte fiel, con lo que te quiere*?

Unos metros más alla, deposita al hombre al lado de una hondonada. Con un poco de suerte, tal vez el fuego no cruce la hondonada. De todos modos, no puede dar ni un paso más. Está exhausto y el pie le duele de un modo horrible.

Busca un montón de hojas donde tenderse y tropieza con el cuerpo de un hombre. Uniforme azul. Le mira la cara: muy joven. «Más joven que yo. Yo tengo un millón de años».

Los ojos abiertos miran fijamente a Gabriel, pero están empañados y ni siquiera reconocen al enemigo.

—Tengo mucho frío. Mi hermana Margaret, no, Margaret no, la otra, dice que si me darían ustedes una manta. Esta la he vomitado toda.

Gabriel se inclina, pero hasta este pequeño movimiento le repercute en el pie como si le clavaran un cuchillo. El muchacho desvaría, regurgita, vomita una sustancia viscosa y después se queda callado.

Hacia medianoche, Gabriel comprende que el chico ha muerto. Entre las copas de los árboles se ve una franja de cielo cuajado de estrellas y, a su resplandor azulado, Gabriel distingue la cara del muerto. Le parece que tiene una gran dignidad. Se queda mirándola, incorporado sobre un codo, lamentando no poder cubrirla con una manta o un paño decente. Luego, piensa que tendría que decir algo sobre aquella cara tan digna, que parece estar esperando que se reconozca su dignidad. Y Gabriel recita el Kaddish. Es una oración de alabanza a Dios, una oración judía, pero es la única que él conoce y sin duda será adecuada.

Le parece tener un cuchillo clavado en el pie. Debe de ser un balazo, pero no puede recordar cuándo lo recibió. ¡Curioso! Tiene la cabeza embotada. Se queda tendido sin moverse. De todas las direcciones llegan las voces de los heridos: ¡Agua! ¡Auxilio! ¡Madre! ¡Maldita sea! Pero no acude nadie, está muy oscuro, muy lejos.

Amanece. En la mejilla del muerto se ha posado una mosca. Gabriel la espanta. Tiene los ojos abiertos y Gabriel extiende el brazo para cerrárselos. Le cuesta un gran esfuerzo moverse. El dolor va en aumento. Trata de hallar unas señas en el bolsillo del uniforme azul y piensa en la carta que escribirá a los padres, para contarles cómo murió su hijo, pero de pronto le falla la pierna y cae al suelo.

Ahora prueba de quitarse la bota, pero le faltan fuerzas. Se pregunta si perderá el pie o, incluso, la pierna. Nota humedad en la planta del pie.

Qué silencio. La batalla debe de haberse desplazado. Se pregunta quién estará ganándola o la habrá ganado, pero no le importa. No le atañe. Aquella franja de cielo que se ve entre las copas de los árboles, donde hace un rato brillaban las estrellas, tiene ahora un intenso y nítido azul. De modo que ya se ha hecho de día.

«Ella no querrá a un lisiado —piensa—. Aunque nunca me ha querido. Ella quiere a ese… otro. El tiene…, ¿qué? ¿Un donaire que yo no tengo ni he tenido nunca?

»Amar sin querer amar. Luchar sin querer luchar. La historia de mi vida. Y sin embargo lucho. Y sin embargo amo.

»La Historia consiste en batallas. Cuántas batallas libradas, cuántos heridos, cuántos muertos. Un día describirán esta. Pero ni los números ni las palabras tienen importancia. Lo que escriban no significará nada. Si sobrevivo a la guerra y me preguntan cómo fue esta batalla, no podré decirlo».

Y ahora oye un suave susurro que va extendiéndose por entre los altos árboles y que aumenta y decrece como el rumor de las olas. Al cabo de un rato se da cuenta de que son las voces de los heridos.

Se queda quieto. Está agotado. Ya ni siente el dolor del pie.

Cuando abre los ojos, ve que la franja azul es ahora gris plomo. Anochece otra vez. Alguien le está hurgando en el pie. Le han quitado la bota.

—Quizá pierda el pie.

—O no.

—Cuidado con la vela. Si la dejas caer, todos los hombres que están ahí tendidos morirán achicharrados.

«¡Estos visten de azul! El uniforme de los federales», piensa con indiferencia. Debe de estar prisionero.

Lo levantan, lo llevan a un camino y lo cargan en un carro. Debe de haber varios centenares alineados en el camino. Son transportes de municiones convertidos en ambulancias. No tienen ballestas.

Cuando empiezan a traquetear por el desigual camino, cada sacudida es como un hierro candente que se le clavara en la espalda. Quiere preguntar adonde van, pero es demasiado esfuerzo. Además, probablemente no le contestarían. Pero, por el resplandor que aún hay en el cielo, comprende que se dirigen al Este, hacia Fredericksburg, probablemente.

—Menos mal que había sitio para nosotros —dijo una voz—. Solo en este transporte deben de ir unos siete mil hombres. Los demás tendrán que quedarse ahí tumbados un par de días más, hasta que consigan más carros.

¿Cuántas horas hay hasta Fredericksburg?

Ha muerto un hombre, y el carro se detiene, para la descarga del cadáver. A un lado del camino hay una mole que recuerda la forma de una ballena varada en la playa. ¿Una ballena aquí? Solo ha visto una en su vida, un verano, en Pass Christian. Recuerda muy bien aquel verano. ¡Las aguas azules y plateadas hasta Cat Island! Recuerda cómo pescaban cangrejos, y por la

noche se sentaban en el porche, junto a la madreselva y la música lejana que llegaba de la playa.

Se quedaba mirando la ballena por encima del costado del carro. Pero no es una ballena. Tiene cuatro patas rígidas que se proyectan hacia el camino rozando casi las ruedas del carro. Es un caballo. Unos moscardones irisados se apiñan en el lomo y zumban en torno a las orejas. Y, bruscamente, las patas se agitan y, con fuerte convulsión, el animal se vuelve del otro lado, lanzando un terrible sonido de desesperación en el calor brutal!

—¡Oh, por Dios, mátelo! —grita Gabriel—. ¡Dispárele un tiro!

—¿A quién hay que matar? —El sargento yanqui que está al lado del carro blandiendo su rifle se ríe. Tiene unos dientes grandes y amarillos—. No está permitido matar a los prisioneros, eso ya lo sabes.

Gabriel tiene la lengua pegada al paladar. Señala con el dedo.

El sargento vuelve la cabeza.

—Ah, ¿te refieres al caballo?

—El rifle —murmura Gabriel asintiendo.

—¿Tienes idea de cuántos hombres han muerto estos días? ¿Y te preocupa un caballo?

«Pero el caballo no sabe por qué —piensa Gabriel, ya con más claridad, mientras el carro se pone en marcha—. El caballo debe de preguntarse por qué. *Polaris* estará pensando que por qué no he vuelto.

Ella necesita que alguien la cuide, para no tener que morir en la cuneta, como este pobre».

En Fredericksburg lo llevan a un local público, una especie de fábrica o almacén. Hay agujeros en el techo y charcos en el suelo. Le dan de comer, galletas y agua, pero nunca el agua suficiente. No sabe cuánto tiempo permanece allí.

—No tendrá que perder el pie —dice alguien por fin, un hombre de aspecto cansado, con bolsas debajo de los ojos. Al igual que al otro lado, aquí también les faltan los médicos. ¿No sería fantástico que por esa puerta entrara David? Un rayo de sol en la oscuridad.

—No; no lo perderá. Se lo he limpiado. Manténgalo limpio, si le es posible.

Varios días más y otra vez a los carros, ahora hacia el Norte. Naturalmente, ¿adonde si no? Y llegan a un río. Un vapor está esperando a los carros en el muelle. Es como una caverna flotante que se lo lleva lejos de las balas y del humo, de las caras ensangrentadas y de los ataques al amanecer, hacia un silencio de muerte, una paz que no es paz. Sí, siente alivio cuando el

barco se aleja por el río; pero, más que eso, le pesa un sordo remordimiento de que se lo lleven a territorio enemigo, lejos de la batalla, mientras otros deben seguir luchando hasta que…

—Se ha desmayado —le dice una voz—, pero ya pasó.

Está tendido en tierra firme. Algo suave le roza la nariz. Es una bola de agujas de pino. Saborea el dulce aroma del bosque. Le han puesto debajo de un árbol.

—¿Dónde estamos? —pregunta.

El hombre da un paso atrás y Gabriel puede verle de arriba abajo; corpulento, barbudo y con las insignias de médico. Durante un momento, al percibir el leve acento alemán, pensó en David. ¿Por qué no? Cosas más extrañas han ocurrido. Pero este no es el perfil aguileño de David. Este hombre es grueso y tiene la barba gris. Hay muchos alemanes en los Ejércitos del Norte. Y también muchos irlandeses. Es curioso. En los del Sur hay *cajuns* y, en Carolina del Norte, irlandeses de ascendencia escocesa. Vuelve a aletargarse.

Ahora tiene los pies al sol, pero la cabeza y los hombros todavía en la sombra. Menos mal. ¡Las cosas por las que a veces se siente uno agradecido! Un poco de sombra. Hay tanta luz que hasta la hierba parece blanca. Hileras y más hileras de camillas, a pleno sol, al pie del mástil en el que ondean las Barras y Estrellas.

Alguien le examina el pie, que sangraba otra vez. Se muerde los labios. No va a soltar ni el más leve sonido. ¡Aquí no, maldita sea, aquí no!

—Bueno, ya está. ¿Puede ponerse en pie?

Ya no es la voz del alemán.

El se incorpora y afianza el cuerpo.

—¿A dónde hay que ir?

—No muy lejos. Solo unos pasos, hasta el tren.

El hombre trata de ser amable.

—Pensé que…, ¿esto es Washington?

—Sí, pero usted no va a quedarse aquí. ¿Eso creyó? —pregunta el hombre con cansado humorismo—. Los llevan a Elmira, a usted y a toda esta cuadrilla.

El tren brilla en su lecho de grava como una serpiente sobre una roca soleada. La máquina es la cabeza de la serpiente. De su cuello salen siseos impacientes.

A lo largo del sendero que conduce al tren, cubriendo la carrera, hay una doble fila de soldados con rifles y bayonetas. «¿Se habrán creído que vamos a

echar a correr? Ni siquiera los que no están heridos podrían escapar. ¿Dónde diablos íbamos a ir?». En silencio, arrastrando los pies, los heridos y los ilesos suben al tren.

—Ven, yo te ayudaré a subir.

—Elmira —dice uno—. Tenía un primo allí. Un chico de Alabama, familia de mi madre. Y allí murió el invierno pasado.

—Congelado, seguramente.

—Dicen que estás con la nieve hasta el ombligo.

—¡Cáspita! ¡Y yo que olvidé mi gabán de invierno! —Es el humorista, Gabriel lo recuerda de la primera noche que pasaron en Fredericksburg. Por lo menos, lo parece. Diecisiete años recién cumplidos, con la voz un poco chillona todavía, haciendo chistes para no echarse a llorar.

—¿Quién habla de invierno? ¡Si solo estamos en mayo! ¿No pensaréis que vamos a seguir allí en invierno?

Nadie responde.

28

Donde antaño ondeara una hierba alta y suculenta, ahora la roja tierra de Georgia, desnuda y dura como ladrillo se cocía al sol. Dentro de la empalizada, ni un solo árbol a cuya sombra pudiera uno guarecerse, ni un arroyo donde refrescar los pies, ni tiendas donde refugiarse; solo, para algunos, el pobre abrigo improvisado de una vieja manta tendida sobre cuatro palos.

Bajo uno de estos toldos defendía David Raphael su porción de espacio, aproximadamente tres metros cuadrados por persona. La humanidad se hacinaba en un inmenso enjambre. El imaginaba que, visto desde arriba, el campo debía de parecer una gran masa de carne.

Cuando estiraba las piernas para desentumecerlas, sus pies rozaban la espalda del vecino, aunque no importaba, porque el vecino ni se enteraba. No se había movido en toda la mañana y no tardaría en morir. Tal vez ya estuviera muerto. En tal caso, era de esperar que se lo llevaran pronto. El carro pasaría antes del mediodía y, si no se fijaban en él, no lo retirarían hasta mañana. ¡Dios nos asista!

A su izquierda, un hombre se agitó y dijo algo en voz baja. —Si no levantas la voz, no te oigo.

—Pues date la vuelta.

—No puedo. Demasiado esfuerzo.

—Preguntaba dónde te hicieron prisionero.

—En Wilderness. La batalla de Wilderness. Estaba oscuro y, sin darme cuenta, me metí detrás de sus líneas.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Un par de meses, calculo. Si estamos en julio.

—Estamos en julio.

Silencio. El hombre se movió torpemente. Por la voz parecía joven. David suspiró. Costaba un gran esfuerzo hablar. Pero, a lo mejor, aquel chico lo necesitaba.

—Me llamo David Raphael.

—Tim Woods. Artillería. ¿Y tú?

—Médico.

—Oh. Yo tengo una herida. En la pierna, detrás de la rodilla, solo carne. ¿Cómo sabes cuando hay gangrena? Dicen que…

«Oh, Dios, por el olor y por lo que duele, hijo. Es un dolor que haría brincar hasta el techo. Si hubiera techo».

—No te apures, no hay gangrena. Ya te habrías enterado.

—Bien. Ahora no la tengo; pero ¿puedo tenerla?

—Yo diría que no. Eres joven y eso siempre ayuda.

No hay nada malo en una mentira y tal vez pueda tranquilizarle momentáneamente.

—La gente de mi familia vive muchos años. Mi abuelo llegó a los noventa y ocho. Eso es buena señal, ¿no?

—Inmejorable. La herencia. Es lo que cuenta.

—Dime, doctor, ¿qué posibilidades tenemos?

—¿De qué? ¿De salir de aquí?

—Sí. ¿Qué opinas?

—Pues que no tardaremos. La guerra no puede durar mucho más.

—¡Dios, qué calor! ¿Cómo puede la gente vivir aquí?

—Pues viven.

Viven en cabañas entre los árboles y duermen en hamacas a la sombra. O viven en habitaciones de techo alto o en sus porches, con sus abanicos de palma y sus bebidas frescas.

—Yo soy de New Hampshire. Allí también tenemos veranos cálidos, pero esto… —La voz se apagó. De pronto, volvió a oírse—. Esta pierna. ¡Cómo duele!

—Pues entonces no hables. Te fatigas. Se te curará antes si tratas de dormir.

—Gracias, doctor. Lo intentaré.

Y entonces giró el viento, aquel viento que era como el aliento de un horno en el que estuviera asándose la carne, y les llevó el hedor de un rincón en el que alguien había vomitado o se había ensuciado. No era el olor de un campo abonado que, si bien no es que perfume el ambiente cuando se calienta al sol, es tan natural que resulta casi inofensivo. Esto era tan nauseabundo que hacía que se te subiera a la garganta lo que tenías en el estómago.

Por cierto, ¿y qué tenías? Pan rancio, agua, una grasa caliente indefinible y, todo, en cantidad insuficiente.

«Nos moriremos de hambre», pensó David. Se movió las muelas con la punta de la lengua. Ya se le habían caído tres. Si tuviera limones, aún podría salvar el resto. O limas. Se pasó la lengua por las encías, sintiendo el escozor ácido del limón. O la lima.

Un hombre empezó a gritar:

—¡Mierda! Oh, vida mía…

—¡Cállate! ¡Cállate ya, chalado!

—¡Oh, mi vida!

Tal vez fuera una suerte perder el juicio. Así no te darías cuenta de que estabas aquí. No recordarías el pasado.

Hasta el momento, David se mantenía lúcido. ¿Acaso excesivamente sensible y agudo? Mientras cavilaba, observaba con atención un piojo que se paseaba por el hombro del prisionero que estaba a su derecha. Ese otro, el que estaba de pie, tenía una mancha de sudor en su raída camisa. La mancha parecía un pez: eso, las aletas; aquello, la cola, que se movía cuando el hombre se inclinaba. ¿Era normal observar estas cosas, o podía ser síntoma de que empezaba a perder la razón? Cualquiera sabía. Dentro de una hora, podía estar delirando, con alucinaciones.

Aquel pobre muchacho del hospital. El capellán cristiano empeñado en que tenía que convertirse antes de morir. La intención era buena, pero no resultó. Si muero, quiero que rece por mí un capellán judío. Nunca hay los suficientes. Yo mismo he tenido que rezar por muchos judíos. Me parece que me muero. Ya no puedo durar mucho. Estoy tan sucio que me doy asco a mí mismo.

Sobre el grave murmullo de los que sufrían, se oyeron unas voces no muy fuertes, pero sí claras, incisivas y muy próximas.

—Sí, pero el mes pasado, el doctor Joseph Jones de nuestro departamento de Sanidad habló sobre las condiciones de este campo.

A la izquierda, *New Hampshire* susurró:

—Visita de inspección. Para lo que va a servir…

Haciendo un gran esfuerzo, David levantó la cabeza unos centímetros. A poca distancia, vio a dos oficiales de gris y a un civil. El civil era rubio y llevaba un traje de fino paño oscuro. Aún había gente que vestía así y estaba limpia. El hombre acababa de preguntar cuántos prisioneros había en el campo.

—Alrededor de treinta mil —respondió el mayor de los dos oficiales.

—Bueno, agradezco su invitación. Estaba de paso, en viaje de negocios… Me interesaba ver… Pero es terrible. Ahora me pesa haber venido. —La voz,

que oscilaba a impulsos del cálido viento, revelaba profunda consternación.

—Es que un campo de prisioneros no es un lugar muy agradable, desde luego.

Y el hombre del traje oscuro repitió:

—Sí; me pesa haber venido.

Había un algo de familiar en aquella voz que hablaba con acento del Sur, algo de hacía mucho tiempo. Una elegancia innata. ¿Sylvain? No; a Sylvain lo mataste tú, ¿te acuerdas?

Los tres hombres seguían de pie en el pasillo.

—Este calor es asfixiante —dijo el que no era Sylvain.

—Por otra parte, nuestros hombres se hielan en sus prisiones: en vagones de mercancías abiertos, bajo la nieve, con ropas de algodón aptas para Nueva Orleans.

Nueva Orleans. Si no era Sylvain, ¿quién? Alguien que no me caía bien. ¿Por qué no? No sé. Sí; ya sé. El bailaba…, bailaba… Pero ¿dónde? Y también estaba Gabriel, y mi hermana. Siempre pensé que Gabriel estaba medio enamorado de ella. O más que medio. Él debe de estar muerto. Y ella también, y todos nosotros. Y, si no lo estamos aún, no tardaremos en estarlo. Pero ¿quién es este hombre? ¿Y dónde estaba?

Y David levantó el brazo y se puso en pie tambaleándose y haciendo caer la manta sobre la pierna herida del muchacho de New Hampshire. Y, al oír el grito de este, los tres hombres, los oficiales y el civil, se volvieron.

Mírame, quería decir David. No estoy loco, aunque me sangre la boca, solo estoy sucio, repugnante, pero mírame.

Pero solo se oyó gritar:

—¡Raphael, David Raphael!

En el rostro afable y rubio del civil se pintó el asombro. El hombre dio un paso hacia él, abrió la boca para decir algo, pero uno de los oficiales le atajó con decisión.

—No está permitido —dijo el oficial—. Lo siento, pero no está permitido.

Los tres hombres se alejaron rápidamente.

Y David sollozaba, gritando:

—David, David Raphael. Tú me conoces. *Kennst du mich nicht? Kennst*…?

Y, al mismo tiempo, sabía que estaba desvariando.

29

Ferdinand insistió en acompañar a Miriam.

—Son casi dieciocho kilómetros de aquí al almacén —objetó—. Aunque no creo que tengan muchas cosas.

—Nos vendrá bien lo que tengan, ya que en casa no hay nada de nada. Hilo, con suerte, un poco de tela… No tenemos ni un retal para una venda. Y quinina. Me parece que la pobre Fanny tiene fiebre.

—No conseguirás quinina —dijo Emma categóricamente—. Hoy en día vale más que el oro.

Miriam no dijo que aún tenía unas cuantas monedas de oro cosidas al vestido.

—Probaremos —respondió—. Está bien, papá, ven si quieres.

Las roderas que habían dejado en la carretera los ejércitos sucesivos eran tan profundas y curvilíneas, que el caballo tenía que avanzar en zigzag para sortearlas, llevándose adherido a los cascos el barro formado por las lluvias del otoño. En una zanja estaba la carcasa de una mula que devoraban los buitres. Sus negras cabezas, arrugadas y desnudas de plumas, se hundían en la carroña. No se veía ser viviente en grandes extensiones. Los campos estaban invadidos por la maleza. El trigo pisoteado se pudría en el suelo. Muy de tarde en tarde, aparecía una casa que, como «Beau Jardin», había tenido la suerte de permanecer de pie.

Esta desolación intimidaba a padre e hija reduciéndoles al silencio. El sonido de una voz humana hubiera sido demasiado estridente. Si en una casa oscura y vacía el menor sonido resulta estremecedor, en aquella tierra gris y desierta parecía que había de conjurar fantasmas. Miriam miraba por el rabillo del ojo la pistola de Ferdinand que estaba sobre el asiento, entre los dos. Ella se había resistido a llevarla, pero, probablemente, su padre había hecho bien.

—Ya no estará lejos —dijo él por fin.

—Un par de kilómetros, después de la cuesta del cruce. Recuerdo que estaba siempre muy bien surtido.

Palpó con los dedos el bulto de las seis monedas que llevaba en la cintura. Tenían forma de pastillas, y si las pastillas prometen aroma y sabor, aquellas monedas prometían infinidad de posibilidades.

—El lugar parece abandonado —dijo Ferdinand.

Al pie de la cuesta había un pequeño edificio de tablas sin pintar, rodeado de un patio con un par de cobertizos. El caballo, en la bajada, aligeró el trote y entró en el patio. También allí reinaba un silencio opresivo, como si sobre el lugar hubiera descendido una cúpula que lo aislara del mundo. No se veía a nadie. La puerta estaba abierta de par en par.

Ferdinand gritó con voz forzada:

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí? ¿No hay nadie?

Bolas de pelusa corrían por el suelo como ratones. Estanterías y mostradores estaban vacíos. No quedaba ni una caja, ni un papel, ni un trozo de cuerda que indicara que allí había habido algo.

—Se ha marchado —dijo Miriam desconsoladamente—. Ha dejado la tienda o se ha alistado en el Ejército.

En el patio se oyó un chillido agudo y discordante. Ellos se volvieron alarmados y vieron a una gallina escuálida y solitaria que, agitando las alas, huía de un cachorro de sabueso y, en el último instante, conseguía alzar el vuelo y posarse fuera de su alcance.

—Pues tiene que haber alguien —dijo Ferdinand.

De detrás del cobertizo salió entonces un hombrecillo, tan escuálido como la gallina y de una edad indefinible, que, descubriéndose ante Miriam, dijo con inconfundible acento escocés:

—Ustedes quieren algo, ¿verdad?

—Cualquier cosa —respondió ella con cierto humorismo—. Nos interesa todo lo que tenga.

—Me han dejado limpio. No es que tuviera mucho, desde luego. Y no fueron las tropas de la Unión, no crean, sino las mujeres. Con todos los respetos, señora, nunca imaginé que las mujeres pudieran ser tan salvajes. Tenían armas.

Sus ojos hundidos eran como dos agujeros en su cara sucia y sin afeitar. Era evidente que no había podido hablar de aquella desgracia con otro ser humano. Ellos, en parte por cortesía y compasión y en parte por la vehemencia con que él les hablaba, escucharon el relato de sus penas.

—Decían cosas muy fuertes. Que si yo tenía la culpa de la escasez…, que si había escondido la mercancía esperando que subieran los precios… Es posible que ustedes piensen lo mismo.

—No —dijo Miriam. Pero, por si aquella desconsolada criatura tenía realmente algo escondido, añadió—: Aunque nosotros le pagaríamos en oro.

—¿Ve como usted también lo piensa? ¡Usted también! Y no tengo nada. ¡Nada! Todo el mundo sabe que el Sur nunca fabricó nada; todo venía del Norte. ¿Cómo quieren que yo tenga hilo, tela o medicinas? ¿De dónde quieren que los saque, en estas soledades? Menos mal que no me mataron ni quemaron el almacén conmigo dentro.

—Desde luego —dijo Ferdinand suavemente.

—Nosotros vinimos de Carolina del Norte. Yo soy escocés, pero mi esposa nació allí. Ella padecía reumatismo y aquellos inviernos eran demasiado crudos para ella, por eso nos vinimos aquí, y cogió las fiebres. Murió el año pasado. Y aquí estoy yo. ¡Aquí estoy! —La voz se le quebró y levantó los brazos al cielo gris e impasible—. ¡Bribones! ¡Bandidos! Entre ellos y los azules, ¿a cuáles elegir? ¡Atacarme a mí, que nunca tuve un esclavo! ¡Gracias que pudiera mantenernos a nosotros! ¡A mí!

Ferdinand y Miriam se fueron en cuanto les fue posible alejarse sin parecer muy bruscos. La voz del hombre seguía sonando a su espalda mientras subían la cuesta.

—¡Me han dejado limpio! ¡En la ruina!

Después de aquello, durante el regreso, el silencio se hacía aún más amenazador. El fatigado caballo avanzaba despacio. Ferdinand, sostenía las riendas con una mano y apoyaba la otra en el asiento, cerca de la reluciente pistola.

Una vez miró a Miriam y dijo con forzada jovialidad:

—Hacía mucho tiempo que no empuñaba las riendas. Esto me recuerda mi juventud, solo que entonces yo llevaba el carro lleno y no había nada que me asustara.

Miriam no respondió. Sus ojos no descansaban, registrando cada hilera de árboles, el camino que tenían delante y el que dejaban atrás.

Al fondo de una larga avenida de castaños se veían las ruinas ennegrecidas de una casa. A aquella distancia, sus chimeneas eran como dos sombríos gigantes, una lúgubre aparición en aquellos desolados parajes.

—La mansión «Johnson Micks» —dijo Ferdinand.

—Aquella mañana pasaron por nuestra casa cuando iban huyendo. Me pregunto adonde irían.

—Ni idea.

El silencio se espesaba como la niebla. El camino se hizo arenoso y los cascos del caballo eran poco más que un susurro. Y envueltos otra vez en el

silencio siguieron viaje, insensiblemente tensos, inclinando el cuerpo hacia adelante como para ayudar al caballo a avanzar.

Una mujer salió de entre unos matorrales, disparada como un proyectil. El caballo dio un relincho de terror como si hubiera visto una serpiente, pero, antes de que pudiera iniciar el galope, la mujer le sujetó de las riendas y le obligó a parar.

Luego apuntó a Ferdinand y Miriam con un rifle.

Ferdinand se levantó.

—¿Qué diablos quiere usted?

—¿A usted qué le parece? Quiero dinero.

Ferdinand buscó a tientas la pistola. Nunca había disparado una pistola y Miriam tampoco, por supuesto. No tenían ninguna posibilidad frente a su atacante. Miriam apartó la pistola.

Ferdinand, como si no tomara en serio la amenaza, barbotó:

—¡Salteadores! ¡Ladrones! Las personas decentes ya no pueden ni salir de casa.

Miriam le atajó vivamente.

—¡Papá, no! —Luego, bajando la voz y procurando que no le temblara, dijo a la mujer—: No tenemos dinero. También a nosotros nos gustaría tenerlo.

La mujer se acercó. El rifle era una prolongación de su brazo huesudo cubierto con una manga andrajosa, y temblaba visiblemente.

Miriam sentía cómo el corazón le golpeaba con fuerza en las costillas.

—Le agradeceré que baje el arma. Si nos mata, entonces no conseguirá nada.

—Han estado en la tienda. Deben de tener dinero.

—Hemos pasado por la tienda, pero estaba vacía. Tan vacía como nuestra casa.

Bajo el gorro de visera saliente había una cara joven, chupada y sin dientes. Los azules ojos estaban furiosos.

—Yo la conozco —dijo Miriam—. En vida de mi marido, usted venía a pedir comida. Y siempre le dábamos.

—¿Por qué no, si les sobraba?

—Es cierto. Pero también lo es que ahora no la tenemos. Entre uno y otro ejército nos han dejado sin nada.

—Pues ya es hora de que se enteren de lo que es eso. Ustedes y sus negros, que les quitan el trabajo a los hombres de bien. Ustedes y sus niñitos peripuestos que no saben lo que es el hambre.

Ahora, al mirar a aquella mujer, que probablemente no era mayor que ella, que la apuntaba con su arma con desesperación, Miriam se preguntaba cómo la habría visto a ella en sus tiempos de esplendor, paseando en coche y sosteniendo en la mano, en lugar del rifle, una sombrilla de volantes.

—Tal vez ya es hora —dijo—. Pero matándome no va a alimentar a sus hijos.

La mujer bajó el arma. No muy lejos de allí, en el pantano, unos niños harapientos y flacos debían de esconderse con su padre de las autoridades de reclutamiento.

Los ojos suspicaces de la mujer registraron el coche vacío.

—Tal vez matándola no consiga nada, pero si incendio su casa puede que salga a la luz lo que ha escondido en ella.

«He de impedir como sea que encuentre las monedas —pensó Miriam—. Tengo que conservarlas. Sin ellas, estaría indefensa.

—Escuche —dijo—, ¿se imagina que deseo que sus hijos se mueran de hambre? Yo también soy mujer y madre. Si quiere patatas y harina, vaya a nuestra casa, vaya en paz y le daré. —Una oleada de valor le permitió afirmar la voz y el gesto—. Pero, se lo advierto, si viene a robar o a incendiar, denunciaré a su marido a las autoridades confederadas. Y si envía hombres a robar o incendiar, dispararemos contra ellos. ¿Lo ha entendido?

—Iré esta noche. Pero nada de trucos. Si no vuelvo sana y salva, mi ma…, otras personas le ajustarán las cuentas.

—Volverá sana y salva. Con comida. Hasta la noche.

La mujer desapareció entre la maleza que se cerró a su espalda sin un hueco. Ferdinand arreó al caballo, que inició un galope.

—No, papá. Ponlo al paso. No demuestres temor. Es lo peor que puedes hacer.

Cuando llegaron a la verja, el valor de Miriam se había evaporado, y estaba temblando.

Un semicírculo de rostros expectantes les aguardaba.

—No traemos nada. El hombre del almacén no tenía nada.

—Oh, algo debe de tener —dijo Eulalie ásperamente—. No debisteis de ofrecerle suficiente. Esa gente siempre esconde mercancías.

Miriam tenía los nervios a flor de piel.

—¿A quién te refieres al decir «esa gente»? —Casi gritó.

—Mas vale no discutir eso —dijo Eulalie, recalcando las sílabas.

Miriam salió del salón tras ella. En el vestíbulo le dio alcance y la sujetó por un codo.

—Yo creo que sí debemos discutirlo. Aquí y ahora. Imagino que te has creído que el hombre de la tienda era judío.

—Bueno, no soy la única que lo piensa.

Miriam estaba casi sin aliento, y ya gustaba el sabor de la sangre.

—Para tu información, el comerciante es escocés. Y ahora escucha, Eulalie. No sirve de nada continuar así. Tú y yo estamos aquí porque no tenemos otro sitio adonde ir. Yo tengo dos hijos, un padre y a tu madre, ninguno de los cuales sirve para nada. —Y como Eulalie abriera la boca con asombro, Miriam agregó—: Es la verdad. Yo les quiero mucho, pero son unos inútiles. Me parece que, en estas circunstancias, hay que saber afrontar la verdad. De manera que, ya lo ves, aquí hay mucho que hacer, y todo sería mucho más fácil si mantuviéramos los sentimientos al margen. Ni tú me gustas ni yo a ti. Desprecias a los judíos y estás escandalizada por lo que tú llamas mi pecado.

—¡Oh, cielo santo! —exclamó Emma, llorosa, desde la puerta—. Esto es terrible. Todo se desmorona. No sé qué es lo que habrás dicho, Eulalie, pero todo esto es tan feo… Todo tan feo… Yo lo he intentado, bien sabe Dios cómo me he esforzado por encajar golpe tras golpe. Pero ¿es que esto no va a acabar nunca? ¿No podríamos, por lo menos, tratar de vivir en paz? Nunca creí que pudiera ver tiempos como estos.

¡Pobre Emma! Ya era demasiado tarde para ella. Demasiado vieja. Había vivido sus mejores años en un soleado jardín.

—Está bien, tía Emma —dijo Miriam dándole una palmadita en los estremecidos hombros—. No han sido más que unas palabras. Todos estamos nerviosos. Por lo menos, yo lo estoy, y no es de extrañar. Hoy ha sido un día terrible. Pero no pasa nada. Voy al establo a hablar con Simeón.

Cuando Miriam volvió, Eulalie estaba en el comedor, cortando la alfombra con un par de largas tijeras. Pelagie estaba consternada.

—¡Una Aubuson! La magnífica Aubuson de Eugene, cortada para hacer mantas. ¿Qué te parece?

—Eulalie tiene razón. Las noches son frías y no tenemos mantas —dijo Miriam serenamente.

Iba a salir otra vez de la habitación cuando Eulalie dijo sin mirarla:

—Dices que Fanny, tu criada, está enferma. Yo tengo un poco de jarabe de raíz de zarza que puede irle bien.

—Muchas gracias, Eulalie. Muy amable.

—Eulalie —dijo Emma—, ¿te has acordado de dar la carta a Miriam?

—Se me olvidó. Aquí está. —Eulalie sacó un sobre del bolsillo.

—Esta mañana la trajo un hombre a caballo mientras tú estabas fuera —dijo Emma—. Ojalá no sean malas noticias.

Dos pliegos de papel crujieron en las manos de Miriam.

—Es de André, de Mr. Perrin… —La impresión que le produjeron las primeras frases la dejó sin habla.

Querida Miriam:

No quiero asustarte, pero debo ir derecho al asunto. Tu hermano está en un campo de prisioneros de Georgia. Por una rarísima casualidad, entre tantos miles de hombres, fui a dar con él.

—Oh, llamad a papá. Papá, ¿dónde estás? ¡Escucha! David está muy enfermo. ¡Oh, Dios mío, está muy grave!

Leyó en voz alta.

—Pero confío en que, cuando recibas esta carta, él ya esté camino del Norte, después de ser canjeado. Es muy difícil de gestionar, pero me han prometido… Papá, ¡imagina!, André… Mr. Perrin va a conseguir con toda seguridad que envíen a David a un hospital militar de Washington. ¡Oh, que Dios le bendiga! ¡Qué buen corazón!

Ferdinand parecía no haberla oído. Su cara pálida tenía un tinte verdoso y tragaba saliva, como si tuviera algo encallado en la garganta.

—Estaba en una horrible prisión de Georgia. —Sus ojos volvieron a recorrer los renglones de la carta. Este pasaje lo leyó para sí:

Yo estaré fuera del país una temporada para resolver unos asuntos privados. [¿Qué asuntos? ¿Un divorcio?]. Todavía no te diré de qué se trata, pero cuando volvamos a vernos habrá una sonrisa en tu cara. Es muy bonita tu sonrisa, pero florece muy de tarde en tarde, aunque no es culpa tuya. Bueno, yo me encargaré de que eso cambie. Volveremos a bailar, tú volverás a llevar un bonito vestido, y reirás, y yo te querré…

Miriam sentía el encanto, la promesa de aquellas hermosas palabras. Pero impaciente por saber algo más de David, leyó rápidamente hasta el final y terminó en voz alta:

—«Mis amigos, los Douglas Hammond, de Richmond, te ayudarán y te darán noticias de tu hermano». —Bajó la carta—. Papá, yo tengo que ir.

—¡Imposible! Es muy peligroso. Tardarías semanas, un mes…

—No importa. Me voy a Richmond, y a Washington si es que David está allí. No sé cómo, pero llegaré. ¡Solo Dios sabe lo que habrá sufrido!

—No vayas, mamá —suplicó Angelique.

¡Tenía una cara tan pálida y tan delgada!

—Tú también temes que pueda ocurrirme algo, ¿verdad? —dijo Miriam cariñosamente—. Pero no me pasará nada. Tendré mucho cuidado, te lo prometo.

—No puedes prometer eso —dijo Eugene rectificando a su madre—. ¿Cómo vas a impedir que una bala perdida vaya a dar en el tren o que…?

—Lo sé, lo sé, pero dime, Eugene, si Angelique, no lo permita Dios, estuviera sola y enferma, ¿no irías a verla? ¿O ella a ti? Bueno, pues es lo mismo. David y yo… —Le temblaba la voz.

Cómo la miraban los dos, solemnes, atemorizados y lo bastante jóvenes aún como para necesitar a su madre. Y, allá lejos, David, si es que aún vivía.

—El me cuidó desde que nací. ¡Era un niño, pero parecía una persona mayor! Él vio morir a nuestra madre; ya os he contado cómo los saqueadores y asesinos de las Universidades nos atacaron. ¡Violencia, siempre violencia y guerra! —Ahora era ella quien suplicaba—. ¿Lo comprendéis? ¿Comprendéis por qué tengo que ir?

Ferdinand volvió a carraspear. Eugene puso la mano en el hombro de Angelique, en un ademán conmovedor con el que pretendía dar a su madre la seguridad de que podía confiar en él. La ropa se le había quedado pequeña y enseñaba una muñeca fina y huesuda. Lo que más le habían crecido eran las manos; grandes, morenas y callosas, manos de hombre en una muñeca todavía infantil. Al mirarlas, ella sintió deseos de llorar.

Había en la habitación un profundo silencio. Destrozada, fría y destartalada, pero aun así era el hogar. Donde estuvieran sus hijos allí estaría su hogar. Ella no quería marcharse, no quería hacer aquel viaje largo y pesado. Y, no obstante, sabía que nada ni nadie le impediría marchar.

Al poco rato, Rosa rompió el silencio para decir:

—¿Procurarás saber algo de mi Henry y de Gabriel, si es posible?

—¿Y de mis chicos? —añadió Pelagie.

—¿Cómo nos arreglaremos mientras estés fuera? —se lamentó Eugene.

—Tendréis que arreglaros hasta que regrese. Podéis hacerlo. No hay más remedio.

El tren avanzaba lentamente hacia el Norte y el Este, adentrándose en el invierno. Traqueteando sobre una base deteriorada y unos puentes

desvencijados, el tren dejaba atrás de quince a veinte kilómetros cada hora. A veces se detenía en medio de un paisaje desolado, azotado por una fuerte lluvia helada, y los ojos de Miriam, cansados y enrojecidos por el polvo que se colaba por las ventanillas rotas, observaban escenas de la vida rural: carromatos cargados hasta los topes, tirados por mulas que se hundían en el barro hasta el vientre; manadas de reses arreadas impetuosamente; y una familia de campesinos encaramada en lo alto de un montón de muebles diversos, la madre con un niño en brazos y la más pequeña de las hijas, con un gato que se debatía.

«Mujeres, siempre mujeres —pensó—. ¿Cuántas viudas haría aquella guerra?».

Suspiró murmurando:

—Llegaríamos a Richmond mucho antes si fuéramos andando. Y se arrebujó en el chal para hacerle frente al frío.

Un hombre y una mujer de edad, desconocidos entre sí, habían entrado en conversación hacía algún tiempo. El hombre iba dando información.

—¡Fíjese en esas vacas famélicas! Serán la última carne que coma el Ejército. Dicen que la mayoría de los soldados reciben cada vez solo la ración de pan de un día.

La mujer, que llevaba gorrito de viuda, cloqueó por enésima vez para mostrar su pesadumbre.

—Dicen también —prosiguió el hombre— que en Richmond el gabinete está considerando la posibilidad de fundir alguna de estas locomotoras para hacer cañones.

La mujer dejó de cloquear, demasiado desolada ya para reaccionar ante aquella enumeración de calamidades. Inclinándose sobre el pasillo, dijo a Miriam en el momento en que el tren arrancaba de nuevo con una violenta sacudida:

—¿Va usted hasta Richmond? —Y como Miriam asintiera, añadió—: La ciudad está abarrotada. Dicen que es casi imposible encontrar alojamiento. La habitación más miserable cuesta tanto como un palacio.

—Voy a casa de unos amigos; mejor dicho, amigos de un amigo.

—Pues tiene suerte. Es terrible. Mi prima me decía en una carta que la gente intercambia sus alhajas en mitad de la calle por peras o arroz. —Y, al igual que el viejo del que acababa de desentenderse, la mujer recitó a su vez su propia letanía—: Dice mi prima que los huevos están a cinco dólares la docena, si los encuentras. Y la mantequilla, a cinco dólares la libra. Nosotros, en la granja, no lo pasamos tan mal. Conseguí conservar unas gallinas, de

manera que, por lo menos, hemos tenido huevos. Pero medicinas, no. Dice mi prima que la quinina cuesta ciento cincuenta dólares la onza. Su pequeño murió por falta de quinina. Es un pecado, eso es lo que yo digo, un pecado.

Miriam asintió nuevamente y, volviendo la cabeza hacia la ventana con los ojos entornados, fingió necesitar dormir. El paisaje, lúgubre como estaba con aquella lluvia y aquellos árboles que agitaban sus ramas desnudas hacia un cielo de plomo, era menos sombrío que la conversación del coche.

El tren se arrastraba hacia el Norte.

—Debe de estar helada, pobrecita —dijo Mrs. Hammond—. Este es el invierno más crudo que se recuerda en la ciudad.

En la chimenea del cuarto de invitados crepitaba un alegre fuego. Miriam, sentada en un sillón reina Ana con orejas, acercaba a las llamas sus manos amoratadas.

A pesar de la amable hospitalidad que aquellos desconocidos le dispensaban, Miriam se sentía cohibida. Su vestido de viaje, que ya estaba bastante raído al salir, mostraba ahora las arrugas y la suciedad del viaje. Francamente impresentable. En otros tiempos, no lo hubiera considerado apto ni para darlo a los criados. Recordaba los montones de buenas ropas que se distribuían entre los criados en casa de su padre y, después, en la suya. Su memoria volvió a aquellas casas de antaño, en las que se encendía el fuego en todas las habitaciones, se pulía la plata y los cortinajes de damasco dorado colgaban formando hondos pliegues.

Su memoria fue todavía más lejos, a la humilde casa de su primera infancia.

Hizo un esfuerzo para volver al presente y dar a su anfitriona la respuesta que estaba esperando.

—Es una casa preciosa, Mrs. Hammond. Y son ustedes muy amables al recibirme en ella.

—Es un placer, de verdad. Mr. Perrin nos ha dicho lo encantadora que es usted, y ahora veo que no exageraba.

—Temo no estar muy encantadora en este momento. Me siento como una desharrapada.

—En absoluto. Ha hecho usted un largo viaje en pésimas condiciones. Estoy segura de que le apetecerá tomar un baño caliente antes de la cena.

—Sería maravilloso. —Miriam titubeó—. ¿Ustedes se visten para la cena?

Una pregunta estúpida. ¿Cómo no iban a vestirse en una casa semejante?

—Habitualmente, sí. Además, esta noche celebramos el cumpleaños de mi marido y hemos invitado a unos cuantos amigos. —Mrs. Hammond suspiró —. Desgraciadamente, muy pocos, ya que la mayoría de nuestros hombres están en el frente. Por favor, no se apure. Comprendo perfectamente que no disponga de un vestido de noche. ¿Me permite que le preste uno?

—Si he de estar presentable, temo que voy a tener que decir que sí.

—Afortunadamente, tenemos la misma talla. Ahora mismo le envío a Lettie con el baño y el vestido. A ver los pies. Sí; también unos zapatos. Si le están grandes, estoy segura de que sabrá arreglarlos para que no se note.

Miriam apoyó la cabeza en el respaldo del sillón. Al quedarse sola, hubiera podido sumirse en un dulce sueño al instante. La habitación estaba silenciosa y bien caldeada. La luz se reflejaba en el guardafuego de latón y en el marco de plata de una fotografía, y hacía brillar el bruñido suelo y la gran cómoda de caoba. Las ventanas y la cama de dosel tenían cortinas de batista roja y blanca con un dibujo de árboles, ciervos saltarines y torres en medallones enmarcados por ramas de hiedra. A los pies de la cama, una colcha doblada de seda rosa prometía un leve y dulce calor para la próxima noche.

Y ella pensó cuán gratos podían ser estos alicientes, cuán dulce la vida tranquila y ordenada sin la intrusión de la política.

Aún se solazaba con estos pensamientos cuando se abrió la puerta y entró la doncella que, en sucesivos viajes, trajo el agua para el baño, jabón de lavanda, toallas calientes y una bata.

—Dice Mrs. Hammond que la peine —anunció cuando Miriam se hubo bañado—. Ahora mismo le traigo el vestido.

El vestido, evidentemente sin estrenar, llevaba etiqueta francesa. Miriam acarició el terciopelo verde botella de la falda y el encaje blanco del escote.

—Lettie, yo pensaba que ya nadie usaba vestidos hechos en Francia.

El robusto brazo de Lettie impulsaba el cepillo con fuerza, haciendo saltar chispas del cabello de Miriam.

—Todas las señoras se hacen los vestidos en Francia —respondió como si esto fuera lo más natural.

—Yo no esperaba esto. Me habían dicho que la vida estaba muy difícil en Richmond.

—Ya verá cuando salga a la calle. Entonces podrá darse cuenta. La gente se muere de hambre. Tienen que quemar los muebles para calentarse. Las esposas de los soldados son las más pobres. El sueldo del marido cada día da para menos. Ya casi para nada.

¡Qué extraño oír a una esclava negra expresar conmiseración por un blanco pobre! Todo estaba revuelto y trastornado.

El comedor refulgía. Muchos de los hombres llevaban uniforme. Los que no, traje de etiqueta, y las mujeres estaban magníficas. Miriam, agradecida por el vestido de terciopelo, pensaba que nunca, ni cuando iba a la ópera, había visto tantos brillantes en collares y diademas. Aunque, tal vez, se le había olvidado. Hacía tanto tiempo que no iba a la ópera…

Además, había perdido el hábito de alternar con personas desconocidas. Humorísticamente, se comparaba con la campesina que, en su primera visita a la ciudad, se queda con la boca abierta delante de las casas de cinco pisos, los coches y las concurridas aceras. No obstante, todos se mostraban muy amables, esforzándose por hacer que se sintiera cómoda y, exhibiendo cortesía sureña, le preguntaban por su familia y por la situación en Luisiana. Alrededor de la larga mesa, había caras jóvenes y viejas, redondas caras irlandesas, dos o tres caras judías y muchas que pertenecían a las familias más antiguas de la ciudad. Pero todas tenían en común la agradable apariencia que da el dinero. Y Miriam no salía de su asombro. En aquella espaciosa habitación, en la que las velas ardían a docenas, el champaña se enfriaba en cubos de hielo y las ostras se asaban en la chimenea, entre cristal sin una impureza y damascos sin una arruga, parecía que no existiera la guerra.

Circulaban fuentes de plata con pato silvestre, pavo, pasteles, gelatinas y helados.

—Es increíble el precio del pavo —decía una señora—. ¡Treinta dólares! ¿Quién lo hubiera dicho?

—¡El pavo! —exclamó otra—. Pero ¿y el champaña? La semana pasada lo pagué a ciento cincuenta dólares la botella. ¡Y quién sabe lo que costará dentro de una semana!

—Quiero que sepan que el champaña que estamos bebiendo esta noche es regalo de nuestro amigo André —dijo el anfitrión—. Un amigo generoso de todos nosotros. Y suyo también —agregó, haciendo una reverencia a Miriam.

Ella se dijo que ojalá atribuyeran su sonrojo al calor del fuego y del vino.

—Sí; un buen amigo de mi familia. —Al ver que ello no despertaba curiosidad, agregó con más osadía—: Nos escribió desde Europa. Me pregunto cuándo volverá.

Mr. Hammond se encogió de hombros.

—Eso nunca se sabe. Ni él nos lo dice ni nosotros le preguntamos.

Aquello a Miriam le pareció una reprimenda, a pesar de que seguramente no llevaba tal intención. Cohibida, decidió limitarse a escuchar, tratando de entresacar un hilo común en las animadas conversaciones que se mantenían en torno y a través de la mesa. Lo que advirtió fue una mezcla de cinismo y bravuconería.

—¿Qué va a hacer, por ejemplo, el dueño de una plantación si la guerra lo arruina? No sabe hacer nada más que ser dueño de una plantación. «Ponte a trabajar», te dicen. Pero ¿a trabajar en qué? El no ha trabajado en su vida.

«Sí; lo han olvidado», se dijo Miriam. Pero ¡cómo trabajaban sus abuelos! Recordaba lo que solía contar tía Emma de cómo sus bisabuelos habían edificado una pequeña granja en la costa de los alemanes y empezado a explotar unas cuantas hectáreas. Así empezaron ellos; pero aquello fue varias generaciones atrás.

—Dicen que la cámara legislativa de Virginia va a exigir que dimitan Davis y todo el gabinete, menos Trenholm. ¡Y es que es una vergüenza! Los generales telegrafían pidiendo refuerzos de hombres y artillería, y el Gobierno de Virginia no les envía nada.

—No envía nada porque no tiene nada que enviar.

—Eso yo no lo creo. Son cuentos de los periódicos. Ya es hora de que, de una vez por todas, dejen de atacar al Gobierno de la Confederación. ¡Si ayudan al enemigo más que los periódicos del Norte!

—No son ellos los únicos que ayudan al enemigo.

Este comentario provocó gestos de desaprobación y al extremo de la mesa, sonó una risa ahogada. Miriam supuso que algún miembro de aquella comunidad habría sido descubierto. Se rumoreaba que en las más altas esferas de la sociedad de Richmond había damas que trabajaban para la Unión. Tal vez alguna de las que ahora estaban en la habitación.

De pronto, Miriam se sintió muy cansada y deseó poder acostarse pronto.

Su vecino de la izquierda decía:

—Me han asegurado que, burlando el bloqueo, ganaba cincuenta mil dólares al mes. Por lo menos, al principio.

—Pues pronto se le acabará. Eso ya pasó. Adiós a los vinos franceses y a las mercancías de Europa. Conque bebamos ahora.

—Eso a mí no me inquieta. De ahora en adelante nos surtiremos en Baltimore, eso es todo.

¿Quién ganaba cincuenta mil dólares al mes? No había captado el nombre. ¿Y era esto lo que venía a través del bloqueo, champaña y vestidos de terciopelo, mientras la quinina costaba ciento cincuenta dólares la onza?

Su vecino de la derecha dijo entonces al que tenía enfrente:

—Muy pronto, el dinero no valdrá nada.

—Pues, a gastarlo cuanto antes —dijo el otro.

Al poco rato pasaron al salón de música. En las cuatro paredes, había grandes espejos con marco dorado, y podías verte desde todos los ángulos. Miriam se había quedado muy pálida. El color que animara sus mejillas al principio de la velada había desaparecido, dejándole unas profundas ojeras. Ella desentonaba entre aquellas personas tan animadas que ahora, reunidas alrededor del piano cantaban *Annie Laurie, Listen tho the Mockingbird y Juanita. My Maryland* suscitó grandes aplausos y puso en pie a la concurrencia. Miriam se levantó con los demás, pero estaba muy lejos de allí. Su pensamiento planeaba en regiones lejanas en las que los recuerdos se fundían, en las que padre y hermano enlazaban con Eugene, con Gabriel, con André y con ejércitos enfrentados.

—Está muy pensativa —le dijo el anfitrión, inclinándose sobre su sillón.

—Lo lamento. No soy compañía muy grata. Estaba pensando. —En aquel salón, entre aquellas personas, no se atrevía a hablar de David, un soldado del Ejército de la Unión. Sin embargo, ¿no era él el motivo de su viaje a Richmond? ¿Lo sabía aquel hombre?—. Estaba pensando en mi hermano.

—Es natural. Yo iba a hablarle de ello por la mañana; pero, ya que usted lo ha mencionado, puedo decírselo ahora. Todo está arreglado para que le visite en el hospital militar de Washington. Dentro de un par de días tendrá usted su salvoconducto.

En su estado de hipersensibilidad, aquella solicitud casi le hizo llorar.

—¿Cómo ha conseguido usted hacer por mí este milagro? —preguntó inocentemente.

—Querida amiga —dijo el hombre con gesto divertido—, no hay nada imposible para quien conozca a las personas adecuadas. Y André Perrin las conoce. A él tiene que darle las gracias, no a mí.

Cuando a la mañana siguiente, Miriam salió a pasear por las calles, lo que más le llamó la atención fue el número de heridos. Era una ciudad de heridos. Unos con muletas, otros con vendas ensangrentadas en las manos, los brazos o la cara. Los carros los llevaban por la ciudad hasta las puertas del «Hotel St. Charles», y allí esperaban hasta que se hacía espacio, en el suelo, para descargar otra

Otros carros se los llevaban, dentro de ataúdes.

Una mujer la paró para pedirle una moneda para leche.

—Yo sé dónde la venden —le dijo—. En toda la semana no la ha habido. Además, no tenía dinero.

Miriam le dio la moneda y siguió andando. La desesperación planeaba sobre la ciudad como la niebla. Tenía el tacto viscoso de la niebla. Por su lado pasó casi corriendo una mujer que tiraba de un niño que lloraba. Dos muchachos se peleaban por una bolsa de guisantes que se esparcieron por la acera mientras ellos rodaban por el suelo. Un gato todo huesos y piel gastada, se puso rígido y murió ante sus ojos. Ella siguió andando.

En el escaparate de una joyería, sobre fondo de terciopelo negro, se exhibían broches, pulseras y collares de rubíes. Atraída por su profundo fuego, ella se paró un momento. A su espalda oyó entonces lo que solo podría describirse como un chillido.

—¡Oh, qué fulgor! Di, ¿has visto alguna vez rubíes como esos? ¡Contesta!

La muchacha se apretaba contra el brazo del oficial. Hacían buena pareja, guapos los dos. Parecían confiados y enamorados. Entraron en la tienda.

Más adelante, Miriam pasó ante una vitrina en la que se veían varios cuadros franceses de paisaje y otra, llena de encajes de importación. Miriam se paró delante de una librería. ¡Hacía tanto tiempo que no compraba un libro! Antaño le eran indispensables. Allí estaba el *Edinburgh Magazine* de Blackwood, un viejo favorito. ¡Y mira esto! *Les Miserables*, en francés. Sus dedos palparon el bulto de las monedas, que había menguado mucho desde que emprendió el viaje. Bueno, se dijo deliberando consigo misma, aún queda suficiente para un libro. Entró.

Los libreros suelen ser viejecitos simpáticos con gafas. Aquel no era una excepción. Mientras le observaba envolver el libro, Miriam sentía un placer familiar y también el deseo de charlar.

—Me gustaría saber… Hay tiendas muy elegantes, llenas de cosas caras. Pero también hay muchos mendigos, y una se pregunta.

El viejo soltó una risita amarga.

—¿Usted quiere saber por qué? ¿Por qué? ¿Ha habido alguna guerra en la que no ocurriera esto?

—No lo sé. No conozco suficiente Historia para responder.

—Pues ya le responderé yo. Siempre ha ocurrido lo mismo.

—¿Por qué lo permiten? Ahora mismo he visto a un hombre comprar rubíes. Y un cargamento de obras de arte francesas recién desembarcadas. ¿Es eso lo que traen los barcos? ¿No traen comida? ¿Ni medicinas?

—Oh, sí, el Congreso ha prohibido la importación de artículos de lujo, pero siguen llegando. Siempre habrá quien los traiga y quien los compre.

Miriam regresó lentamente a casa de los Hammond con su libro. De pronto, se avergonzaba de él, como hubieran tenido que avergonzarse los que compraban rubíes. La pequeña suma que le costó el libro hubiera podido dársela a un niño hambriento de los que pedían por la calle. Estuvo tentada de devolverlo, pero luego pensó que también el librero parecía necesitado.

—Esta noche hay una maravillosa función de teatro —dijo Mrs. Hammond—, *Los rivales*, y después, cena en casa de los Lloyd. ¡Tienen una casa preciosa! Desde luego, usted está invitada.

—Se lo agradezco —dijo Miriam—; pero, esta vez, les ruego que me excusen.

—Oh, no lo dirá por el vestido, espero. ¿Es esa la razón? Porque no hay ningún problema. Puedo prestarle uno de raso, uno de brocado o uno de tafetán, elija usted.

—No, no; muy amable. Pero estoy muy cansada, materialmente deshecha.

—Lo comprendo. Ese viaje tiene que haberla dejado agotada.

Pero no era el viaje. No era su cuerpo, fuerte y todavía joven, lo que estaba exhausto, sino su atormentado espíritu.

El salvoconducto llegó al día siguiente. Ella daba vueltas a aquel papelito milagroso que le permitiría volver a ver a su David.

Se autoriza a la portadora, Miriam Mendes, a cruzar nuestras lineas, pasar a territorio del Norte y regresar.

«No hay imposibles para quien conozca a las personas adecuadas —le habían dicho—. Y André Perrin las conoce».

30

La pérdida de los dientes había alterado el rostro de David. Con las mejillas y los labios hundidos parecía un anciano. Estaba tan delgado que los huesos de la cara se le transparentaban. Miriam, procurando no mirar con insistencia para no dejar traslucir su impresión, supuso que, al llegar al hospital, su piel debía de tener un tinte color ceniza. Ahora se insinuaba ya un leve color sonrosado y sus ojos mostraban una mirada límpida, indicio de que poco a poco estaba recuperando fuerzas.

Era un día tibio de la época del deshielo. Todos los bancos del jardín del hospital estaban ocupados. Sobre el césped húmedo y descolorido, las Barras y Estrellas colgaban del mástil fláccidas, en el aire en calma. Un goteo monótono y acompasado como el crepitar de un metrónomo resbalaba de las ramas, y sobre la escena se derramaba un sol tibio, benéfico como un bálsamo.

—Estarás pensando que parezco una calavera. Tendré mejor aspecto cuando me pongan dentadura. ¡Tenías que haberme visto hace tres meses! No; mejor que no me vieras.

—Doy gracias a Dios de que estés vivo —dijo ella oprimiéndole una mano.

—Sí. ¡Y pensar que le debo la vida a André Perrin! ¡Si casi no le conozco! El día en que le vi, debía de tener mucha fiebre. No estaba seguro de distinguir entre la realidad y la imaginación. Pero, al mismo tiempo, sabía que aquello era real. Es difícil de explicar. —Frunció el entrecejo por el esfuerzo de recordar—. Sí; cuando lo vi, en seguida supe que lo había visto antes. Debió de causarme una profunda impresión aquella primera vez, ¿no crees? —Movió la cabeza con perplejidad—. ¡Son tantas las caras que desfilan ante tus ojos en el curso de tu vida! ¿Por qué había de quedarme grabada precisamente la suya?

Ella no le dijo lo que pensaba: «Porque es una cara singular, que se recuerda como se recuerda el fulgor de una alhaja en la garganta de una desconocida. Porque es enérgico, vital e infatigable…».

Entonces, todavía con expresión de desconcierto, David preguntó:

—¿Por qué había de tomarse tantas molestias por mí? ¿Precisamente por mí? Esto es lo que no entiendo.

Ella se ruborizó. Le irritaba no poder controlar aquella oleada de calor que le subía de debajo de los brazos y le invadía el cuello y la cara. La penetrante mirada de David la mortificaba más aún.

Por fin murmuró:

—Tú no sabes lo que hay entre André y yo.

—¡Oh! —exclamó él—. ¡Oh! —Y desvió la mirada hacia los otros bancos, en los que acaso parejas y familias se revelaban también sus propias penas y alegrías. Luego, volvió a mirar a su hermana, pero no a la cara, sino, para no violentarla, a las manos que ella retorcía nerviosamente en el regazo —. ¡Fue por eso! Naturalmente, tú no eras feliz en tu matrimonio… Pero yo siempre sospeché que había algo más. Te lo pregunté más de una vez, ¿recuerdas? Pero tú no querías contármelo.

—¿Estás enfadado?

—¿Enfadado? Yo no tengo derecho a decirte a quién tienes que amar u odiar. Ni siquiera conozco a ese hombre. Para mí solo es la persona que me salvó la vida. ¿Qué puedes decir del que te salva la vida? De todos modos, me gustaría hablar con él cara a cara. —Entonces la miró con su vieja sonrisa sabia, curiosa y dulce—. Dime, ¿cómo es?

¿Por qué había de ser tan difícil encontrar palabras para describir lo que durante tanto tiempo la había embargado hasta lo más hondo de su ser? Solo fue capaz de balbucear:

—El…, es que… él me quiere. Yo soy…, fui…, feliz con él.

Y al pensar en lo que sugería a David la palabra «feliz», aquella cama de la habitación blanca, hacía tanto tiempo, tanto…, sintió que la sangre volvía a abrasarle la cara.

—Háblame de él —le instó David nuevamente.

Aquella cariñosa insistencia hizo que ahora le resultase más fácil responder.

—Me gustaría hacerle justicia. Verás, ante todo es generoso. Como tú mismo has podido comprobar, le gusta ser generoso. Tiene una gentileza, una dulzura…, hasta en el hablar… A su lado te sientes feliz, contento de vivir. Despertar por la mañana sabiendo que aquel día vas a verle… —Se oprimió las manos en ademán vehemente—. ¡Fue un cambio tan grande, David! No tienes idea, David. ¡Que te quieran así! ¿Me comprendes?

—Te comprendo, sí, cariño.

—Me alegro de habértelo dicho —murmuró Miriam con sinceridad—. Me dolía ocultarte algo tan importante para mí.

David estaba pensativo y fruncía el entrecejo con aire preocupado, pero habló en tono sosegado al preguntar:

—¿Qué haréis ahora? Porque las cosas no pueden continuar así. Tendréis que hacer algo, en uno u otro sentido.

—Nosotros confiábamos…, pensábamos… Dice André que tal vez Marie Claire pida el divorcio.

—¡Qué coincidencia! No hace mucho, me hablaron de ella. Un médico conocido mío la oyó en un recital en París. Me dijo que estaba haciéndose un nombre y que estuvo soberbia.

—¿Cómo salisteis a hablar de ella?

—El sabía que yo había vivido en Nueva Orleans y, como suele hacerse en estos casos, empezó a preguntarme si conocía a fulano y a mengano y luego mencionó a la notable cantante.

¡De manera que Marie Claire, aquella personita extraña y reservada, con una ambición que siempre pareció desmesurada, había sabido juzgar sus propios méritos! De pronto, Miriam sentía una singular admiración, un nuevo respeto por la mujer que había influido en su vida de modo tan particular.

—Aún me parece estar viéndola, aunque nunca llegué a conocerla muy bien. Su cara, eso sí, me quedó grabada con más claridad que la de las niñas a las que veía todos los días en el colegio. Parecía tan sosa y, sin embargo, tenía dentro tanta ambición…

—El interior y el exterior son totalmente distintos —dijo David sombríamente—. La cara que a mí se me quedó grabada es la de Pelagie —agregó, cambiando de tema con brusquedad—. No puedo dejar de pensar cuál debía de ser su expresión cuando le dijeron que Sylvain había muerto y cómo había muerto. —Se interrumpió y preguntó—: ¿Cómo está Pelagie?

—Ahora vive con nosotros, como ya te dije. Formando piña. Es lo que solemos hacer las mujeres, ¿no crees? Hasta las más apocadas resisten. Fue horrible. Lo perdieron todo, aquella hermosa casa, un verdadero tesoro, convertida en humo. Aunque da un poco de vergüenza lamentar la pérdida de una casa, después de lo que has tenido que sufrir tú, y todos estos hombres —añadió, bajando la voz al paso de un herido en una camilla.

—Tú también has sufrido. La muerte de Eugene… El no merecía ese final.

—Es cierto; no lo merecía —dijo Miriam en voz baja.

Guardaron silencio.

—¿Y papá? —preguntó David.

—Papá está bien. Me parece que todavía no acaba de creer lo que le ha pasado a su tierra de promisión.

Miriam volvió la cara hacia donde una bandada de palomas picoteaban migas de pan entre la hierba, a los pies de un soldado sentado en una silla de ruedas. De pronto, recordó que en Richmond había oído decir que ya no quedaban palomas en los parques. Se las habían comido.

—Aún no te he preguntado por las dos personas más importantes de todas: mis gemelos. Me acuerdo de ellos continuamente. Por años que viva y por mucho que consiga en mi trabajo, el traerlos al mundo habrá sido mi mayor satisfacción…

—Oh. Angelique va a ser muy bonita. A veces pienso que debe de parecerse a nuestra madre, porque no tiene nada de mí ni de Eugene. Y el chico… Tengo tanto miedo de que me lo quiten, si esta guerra continúa…

—Ya no puede durar mucho más. Prácticamente, ha terminado. —Y David dijo entonces con convicción—: Creo que, de haber sabido lo que es la guerra, habría dejado las cosas como estaban.

—¿Tú? ¡Jamás! —sonrió Miriam.

—Dime, ¿has sabido algo de Gabriel?

—Desde hace más de un año, nada. No sabemos si está vivo o muerto. Rosa me pidió que hiciera averiguaciones en Richmond. Todas quieren que pregunte por los suyos; por Henry, el hijo de Rosa, por los chicos de Pelagie. Pero es como buscar agujas en un pajar.

—No creas, tal vez no sea tan difícil. Unicamente ha habido canjes de prisioneros. Cuando vuelvas a Richmond, pregunta en el departamento de la Guerra. ¿Sabes en qué unidad estaba?

Se refería a Gabriel, naturalmente. Era el único que le interesaba.

—En el Décimo de Luisiana.

El día en que partió el Décimo de Luisiana, el aire olía a tierra caliente. Aquella algarabía le retumbaba en la cabeza: la música de la banda, gritos de niños, risas de borrachos, llantos y voces. Él se quedó en el estribo cuando arrancó el tren. Levantó el brazo para saludar a todo el grupo, pero sus ojos la miraban a ella. Aún le parecía verle.

—Le repugnaba la idea de pelear —dijo—. Y no tenía obligación de ir al frente. Él hubiera podido ocupar un puesto en el Gobierno. Pero fue. No lo entiendo.

—¡Claro que lo entiendes! No es tan difícil. Él siempre actuó de acuerdo con sus convicciones. Por eso le admiro. Solo deseo que, si está prisionero, se

halle en mejores condiciones que yo, que tengan por lo menos medicamentos y morfina para los moribundos.

Debió de asaltarle de nuevo el recuerdo de lo pasado, porque David hizo una mueca de dolor.

Al oírle hablar de medicamentos, ella recordó algo.

—En Richmond, la otra noche, durante la cena, alguien dijo que las mujeres que como yo venían de visita, al regresar pasaban medicinas debajo del vestido. Y he pensado que si…

—¿Cómo? ¿Tú, contrabandista de los confederadas? ¿Mi hermana, una rebelde?

—¿Sabías que más de una tercera parte de los hombres del Ejército confederado no son dueños de esclavos? —preguntó ella con indignación—. Vaya, si hasta el mismo Gabriel… ¡No sé qué te hace decir esas cosas!

—Mujer, era una broma. Ya sé que todo está muy revuelto. El hijo del rabino Raphall… ¿te acuerdas del rabino Raphall? Bueno, pues su hijo se alistó en el Ejército de la Unión. Perdió un brazo en Gettysburg. Dime —añadió en un susurro—, ¿hablas en serio en eso de pasar medicamentos?

—Completamente.

David silbó.

—Es muy peligroso, Miriam.

Ella deseaba hacerlo. Sentía el afán, tal vez imprudente, de exponerse al peligro, de contribuir, aunque fuera modestamente, a mitigar el caos avasallador de la guerra.

—Muchas se cosen el paquete al obispillo.

—¿Dónde?

—Él obispillo. Un almohadoncito de seda que se lleva en la espalda, debajo del cinturón, para ahuecar las enaguas.

—Yo podría sacar cosas de la farmacia, pero es peligroso —insistió él.

—Lo sé. Dicen que pinchan el obispillo para ver si llevas algo dentro. Pero yo he pensado que antes de regresar me compraré un sombrero con montones de flores y allí lo esconderé. ¡Oh, si tú supieras lo que pasa en Richmond! —exclamó—. El hambre, los sufrimientos… Aún me parece estar viendo a la mujer que me pidió dinero para leche. Y a los heridos, tendidos en el suelo sucio y frío del hotel… ¿Qué pueden significar las palabras «enemigo», «derechos de los Estados» y «contrabando»? Nada absolutamente. Por lo menos para mí.

—«Ella tiende las manos hacia los necesitados» —dijo David con una sonrisa, y la besó.

Hubo disturbios en Richmond. Mujeres hambrientas, enfurecidas por la ostentación de riqueza que tanto sorprendiera a Miriam, se echaron a la calle armadas de hachas y empezaron a romper cristales con tanto furor que solo la amenaza del Gobierno de sacar la tropa a la calle consiguió que se dispersaran.

Otras mujeres, consumidas por otra clase de desesperación, buscaban a hijos y maridos entre los prisioneros canjeados.

—Mientras estaba usted fuera, llegó un grupo —dijo Mr. Hammond—. Venía de Elmira. Los llevaron en tren hasta Baltimore y allí los embarcaron. Fue un escándalo. Dicen que hasta los médicos federales estaban indignados por el estado en que se encontraban muchos de ellos. Y, además, durante la travesía se marearon.

—Ya sé que son muchos miles —dijo Miriam—. De todos modos, por si acaso, preguntaré en el departamento de Guerra. Dice mi hermano que hay una posibilidad de averiguar si los que yo busco han llegado hasta aquí.

—No hace falta que vaya usted. Yo paso por allí todos los días y sé a quién preguntar. Deme los nombres.

Aquella misma noche, Mr. Hammond le dio noticias.

—Encontré a uno. Gabriel Carvalho. No está en el hospital. Al parecer, no está enfermo. Lo han llevado a una pensión. Aquí tengo las señas.

Estaba delgado, pero indemne. Le habían dado uniforme nuevo. La elegancia del atuendo contrastaba tristemente con el abandono de la habitación, de la que hacía tiempo se había desvanecido todo vestigio de elegancia. Estaban sentados de cara a una sucia ventana que daba a un callejón y a un solar invadido por la maleza.

—¿De qué te ríes? —preguntó Gabriel.

Sin saber por qué, Miriam se había acordado del salón estilo Belter de Rosa, con sus doradas abejas napoleónicas, bordadas en satén azul, y el contraste que ofrecía este lugar hizo que le temblaran levemente las comisuras de los labios.

—Estaba acordándome del salón de Rosa donde repasábamos las cuentas. ¡Qué diferencia!

—En su última carta…, la recibí hace más de un año, me decía lo mucho que hacías por ella.

—Querrá saber más de ti cuando yo vuelva. Aún no me has contado lo que te ha sucedido en todo este tiempo.

El se encogió de hombros, restando importancia a sus sufrimientos.

—No hay mucho más que contar. La herida se curó y sobreviví a Elmira. Fueron tantos los que murieron aquí, uno de cada tres, que casi me avergonzaba de seguir con vida. Y uno de cada cuatro sufría de escorbuto. Ratas, frío, viruela, suciedad… ¿Para qué contarle a Rosa estas cosas?

—Ella preguntará.

Y, con la voz llana que oculta una emoción intensa, Gabriel prosiguió:

—Nos daban dos comidas al día, galletas agusanadas y café para desayunar y un tazón de alubias y más galletas para la cena. Yo creo que cuando saquen la cuenta se verá que en esta guerra han muerto más hombres de enfermedad que en el campo de batalla. Estoy convencido.

—Suena casi igual que lo que David cuenta de Georgia, solo que allí con calor. Quizás era aún peor, no sé.

—Ninguno de los dos bandos tiene el monopolio de la crueldad. Gracias a Dios que pudo salir antes de que fuera tarde. Y estoy seguro de que salió con todas sus convicciones intactas —agregó Gabriel con afecto.

Sin saber por qué, sin saber siquiera si debía decírselo, ya se lo había dicho.

—¿Sabes?, fue André Perrin quien gestionó el canje de David. Fue algo extraordinario, porque entonces aún no existía esta posibilidad.

Durante un momento, Miriam creyó que no la había oído. Ella siguió la dirección de su mirada. Por la calle pasaba un entierro militar. El caballo sin jinete, con los estribos recogidos, braceaba lentamente al son grave y sordo de los tambores, Gabriel estuvo mirándolo hasta que llegó a la esquina. Luego se volvió hacia Miriam.

—Un hombre de influencia. Fue una suerte para David.

Sin duda era un reproche. Ella había cometido un error estúpido e imperdonable al mencionar a André. Un error cruel. Había echado a perder la vista. Y entonces pensó: «Me gustaría poder hablarle con toda franqueza». Aunque no estaba segura de lo que le diría si conseguía vencer su reserva. Tú creías conocer a este hombre, pero siempre había una distancia, un vacío a su alrededor que te mantenía lejos. ¿O era ella la única a quien no quería sentir cerca? ¿Qué encontraría si un día él le abría la puerta y la dejaba entrar?

Ella misma se respondió en seguida: hacía tiempo que él había abierto aquella puerta, pero ella la cerró. ¿Qué podía esperar ahora? Además, le había hablado de André con tanta brutalidad… Pero en seguida halló también respuesta a esto: es mejor ser sincera. El propio Gabriel será el primero en querer que le hables con sinceridad.

—Tienes muy buen aspecto, a pesar de todo —dijo él ceremoniosamente.

Ella se miró las manos, curtidas y descuidadas, y las gastadas punteras de los zapatos hechos en casa que asomaban por el borde de la falda.

—Es gracias al vestido de Mrs. Hammond.

—¿Estás en casa de los Hammond?

—Sí; son muy hospitalarios. En aquella casa parecen haber dado marcha atrás al reloj. —Ahora hablaba con nerviosismo—. Allí todo sigue igual que antes, tienen toda la comida que puedas desear y una animación que nunca hubiera imaginado.

—Pues yo sí —dijo Gabriel.

—Pero yo me pregunto, si esa gente tiene carne fresca y todo lo demás, ¿por qué no puede haber más cosas en las tiendas?

—Muy sencillo, porque rinde más traer licor y artículos de lujo.

El champaña que bebemos esta noche es regalo de André Perrin.

Pero no; tenía que haber algo más. Un estremecimiento de miedo recorrió el cuerpo de Miriam, que sacudió la cabeza para ahuyentarlo.

Gabriel se levantó. Estaba más viejo. Ella no le recordaba aquellos pliegues a cada lado de la boca y supuso que desaparecerían, cuando pudiera volver a comer lo necesario. De todos modos, seguía siendo el hombre imponente, imperturbable y correcto que ella recordaba.

—Supongo que regresarás a casa antes de Pascua —dijo él.

Estaba dándole conversación, como si se hubiera dado cuenta de la frialdad que había en el ambiente y quisiera atenuarla.

—Sí; entre Rosa y yo procuraremos celebrarla del mejor modo posible.

—El año pasado, en Elmira, me acordé. Cuando tienes hambre, te acuerdas de las fiestas, de los adornos de la mesa y hasta del olor de la comida. Hace dos años que estábamos en las montañas del oeste de Virginia. Un granjero nos dio huevos y pollos, y los asamos en una hoguera. El general Lee envió *matzoh* y libros de oraciones en un tren de suministros, y nosotros cabalgamos cincuenta kilómetros para ir a recogerlos al depósito. Lee es bueno, un gran hombre. Aunque su tragedia es tener el alma dividida. Yo le comprendo.

Empezaba a caer la tarde. Un brumoso crepúsculo invadía la habitación disimulando las manchas de la alfombra. La voz de Gabriel se diluía como la luz. Había vuelto a ensimismarse, como si hablara consigo mismo, sin importarle si ella oía o deseaba oír lo que decía.

—Sí; le comprendo. ¡Hay tanta hermosura en nuestras tierras del Sur! Los montes cubiertos de pinos, los ríos mansos, la forma en que llega la

primavera. Las viejas casas y las buenas maneras. Ha sido nuestra durante doscientos años. ¿Cómo va uno a abandonarla? Sin embargo, los derechos de los Estados son anacrónicos, ahora lo comprendo. Tiene que empezar una nueva Era. Un solo pueblo.

—¿Ahora lo crees así?

—Sí. Sí; lo creo.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Hacer? —repitió Gabriel sin comprender.

—Me refiero a tus planes. La semana próxima.

—¿La semana próxima? Pues volver a mi regimiento —dijo él, sorprendido.

Miriam le miraba más sorprendida que él.

—¿Después de lo que acabas de decirme?

—Naturalmente. Cuando uno empieza una cosa tiene que terminarla, ¿no?

—No lo sé, Gabriel. —Ella tenía un peso en el corazón.

—Pues yo sí lo sé. Hay veces en las que uno puede volverse atrás, pero esta no es una de ellas.

Y entonces ella comprendió. Y vio que esta era una simple cuestión de honor: uno no abandonaba un barco que se hundía. El honor. Se le escapó un pequeño suspiro.

—¿Crees que es un gesto teatral? No quisiera que pensaras eso de mí.

—Yo nunca pensaría eso de ti. Tú eres la última persona de quien yo pensaría algo así.

—Me alegra oírte decir eso. Verás, yo me puse al lado de Lee cuando esto empezó, di mi palabra. Ahora quiero continuar, a ver qué ocurre.

—Tú ya sabes lo que ocurrirá.

Ella pensaba: «Si te matan, ¡qué gran pérdida! ¡Pensar que una bala puede destruir, en una fracción de segundo, todo ese saber, toda esa tranquila fortaleza!».

Pero se esforzó por sonreír, pensando en despedirse con una pequeña broma, para terminar la entrevista decorosamente.

Por segunda vez, él le preguntó de qué se reía.

—¡Oh! —Y ella dijo lo primero que le pasó por la imaginación—. Estaba acordándome de *Gretel*.

—¿Cuál de ellas?

—De las dos. En cierto modo, tú me diste las dos. Pero esta ya es una anciana. Ojalá siga viva cuando regrese.

Los dos se habían puesto en pie y se miraban titubeando, alargando la despedida para no parecer bruscos.

—Gabriel. Dime una cosa. Dime que no estás enfadado conmigo. ¡Te noto tan distante! No quiero que nos despidamos así.

El se quedó inmóvil, abstraído. Y ella, pensando que tal vez ahora le había enojado de verdad, esperaba.

Él le oprimió brevemente la mano.

—Tienes razón. Has leído en mí. Estaba encerrándome en mi caparazón. Pero ya pasó. —Y cruzó por su cara una expresión compasiva de gran belleza —. ¿Querrás decir a mi hermana que pronto le escribiré? Ahora que ya no estoy prisionero, mis cartas tienen que llegarle con más seguridad.

—¿Sabes una cosa? En casa no hay papel de escribir. Damos la vuelta a los sobres viejos y usamos las páginas en blanco de los libros. Pero Rosa encontrará dónde escribirte, puedes estar seguro.

—¿Y tú? Desde que empezó la guerra no me has escrito ni una sola vez.

Era verdad. ¿Por qué no?

—¿Por qué no me has escrito? —insistió Gabriel—. ¿Era por lo de André? ¿Por eso?

—No lo sé —susurró ella, mirando al suelo.

—Todavía le quieres.

—Sí.

El nombre de André le produjo una fuerte conmoción, dolorosa y turbadora.

Unos días antes, estando en compañía de David, la afable cara de André se le apareció con toda claridad. Hasta el sonido de su voz repercutió en su mente. Pero ahora, de pronto, todo se había evaporado y no conseguía recuperarlo, y aquella vaguedad se le antojaba amenazadora. ¿Y por qué?

—Estoy mortificándote sin ningún derecho. Tú le quieres y eso es lo único que importa. Perdóname. Solo quise cerciorarme por si podía aspirar…

«Antes de que me maten», quería decir.

Impulsivamente, ella apoyó la cabeza en su hombro. ¡Era tan reconfortante aquel hombro! Él la abrazó y ella sintió que apoyaba la mejilla en su cabeza.

Dominada por la timidez, por una extraña timidez, Miriam le oyó decir dos veces, ¿o fueron tres?;

—Cuídate. Que seas feliz. Te quiero…

Ella se apartó.

—Sí; vete —dijo él con rapidez—. Vete a casa.

—¿A casa?

—A tu casa quiero decir. Sal de Richmond. Tal vez no sea lugar seguro mucho tiempo. Quiero poder pensar que ya vas de camino.

No fue una reunión, sino un contacto. No; más que un contacto. Fue como un encuentro soñado, del que apenas queda un recuerdo por la mañana. Pero durante todo el camino de regreso a casa de los Hammond y, después, en el largo viaje hasta «Beau Jardin», aquella sombra de recuerdo le acompañó, creciendo y menguando al paso de las horas, como un largo lamento.

31

No quedaba esperanza en la tierra de Luisiana. El gobernador Allen permanecía en el capitolio de Shreveport, pero las fuerzas de la Unión habían ocupado casi todo el Estado, y «Beau Jardín» se encontraba en una isla de territorio confederado cada vez más pequeña en medio de un mar tempestuoso.

Los caminos estaban llenos de desertores que habían abandonado la lucha. Al llegar a casa, Miriam encontró con asombro a tres de ellos sentados en la cocina. Pero más le asombró la identidad de las cocineras que se afanaban en torno a las ollas de hierro colgadas del hogar, y que no eran otras que Fanny y las señoras de la casa: Eulalie, Rosa, Pelagie y Angelique, ninguna de las cuales, según constaba a Miriam, había puesto los pies en una cocina en toda su vida.

—La cocinera se fue —dijo Fanny, respondiendo a la pregunta de Miriam antes de que esta pudiera formularla.

—Ve adentro, mamá —dijo Angelique—. El abuelo tiene que decirte una cosa.

Fue entonces cuando Miriam se enteró de que Emma había muerto.

—Fue pulmonía. —Ferdinand parecía desconcertado y empequeñecido—. Aquí ha hecho un frío espantoso. Nosotros no pudimos acompañar el cadáver a Nueva Orleans, porque había que cruzar las líneas; pero la llevaron los criados; Sisyphus, Blaise y un par de braceros jóvenes. La pusieron en el panteón familiar. A ti te dejó su zafiro estrella. Me dictó su testamento. Hay un ejemplar en su escritorio.

Antes de decidirse a leer el documento que se guardaba en el pequeño escritorio, Miriam se quedó un rato contemplando la habitación. Todos los objetos que allí había le recordaban a su dueña: los almohadones de encaje amontonados en la cama; los dibujos al pastel, con marco dorado, de todos sus niños; la bata de volantes colgada detrás de la puerta. Maquinalmente, Miriam alisó uno de los fruncidos puños, tocándolo con la misma suavidad que si se tratara del blanco y empolvado brazo de Emma. Con la comprensión

que dan los años, Miriam percibió entonces toda la bondad que traducía el cariñoso recibimiento que Emma le brindó cuando ella, de niña, llegó a su casa. Y sonrió ligeramente al recordar sus maternales consejos sobre indumentaria y modales, y sus comentarios sobre los árboles genealógicos. «Fue una madre para mí —pensó—. Sin duda muy distinta de la que me trajo al mundo; pero, a su manera, una madre, y yo la quería». De pronto, aquella habitación, repleta de objetos y perfectamente ordenada, se le antojó vacía.

Transcurrieron varios minutos antes de que Miriam pudiera disponerse a leer el testamento, escrito en la picuda caligrafía germánica de Ferdinand. En él se distribuían rápidamente las escasas posesiones que restaban a Emma Raphael, *née* Duclos.

Ya sé que Sisyphus, Maxim y Chanute no me pertenecen, puesto que Mr. Eugene Mendes los compró a los acreedores para que pudieran permanecer en la familia. Aunque no tengo derecho a disponer de ellos, pido a mi hija Miriam Mendes, y se lo pido encarecidamente, que los conserve a su lado mientras vivan y no los ceda a personas extrañas. Han prestado sus servicios con fidelidad y yo los considero parte de mi familia. Conservo una bolsa de monedas de oro y pido que su contenido sea dividido entre los tres que nombro más arriba y que se dé a Sisyphus la mayor parte, puesto que él es el que más tiempo lleva al servicio de mi familia.

Aquel documento, que traducía sentimientos generosos y humanitarios y que pronto no tendría validez alguna, conmovió profundamente a Miriam. Oh, tal vez fuera preferible que Emma hubiera muerto ahora. La clase de vida que se avecinaba hubiera sido demasiado dura para ella. Ya lo era ahora; eran muchas las cosas que ella no podía comprender. Miriam volvió a guardar cuidadosamente el papel en el cajón.

Fuera, la primavera había surgido de la tierra a borbotones, como siempre. La lejana masa de los bosques estaba festoneada de una franja de verde intenso y, a mitad del camino, el tulipero que daba sombra a la tumba de Eugene; erguía su sedosa copa color de rosa. La primavera no reparaba en las penas o alegrías de los humanos, ni en las bárbaras iniquidades de sus guerras.

Fanny abrió la puerta y entró con un montón de ropa lavada. —Veo que os habéis arreglado muy bien sin mí, Fanny —dijo Miriam, concentrando de nuevo su atención en los asuntos prácticos.

—Oh, sí, todas hemos estado muy atareadas, Miss Miriam. Miss Pelagie es la misma de siempre, haciendo vestiditos para los niños de los criados y

repartiendo medicinas, sin parar en todo el día. Todos adoran a Miss Pelagie. Y Miss Angelique ha crecido mucho y está aprendiendo. Miss Eulalie la enseña.

—¿Que Miss Eulalie la enseña?

—Oh, sí. Hacen té de zarzaparrilla para depurar la sangre en la primavera. Y también fabrican tinte, el azul con índigo y el rojo con el jugo de las bayas de la fitolaca.

—Yo no tenía idea de que Miss Eulalie supiera…

—Miss Eulalie dice que aprendió en su casa: «No tenéis más que observar a los criados», dice.

Sí; eso debía de hacer ella de pequeña: la niña solitaria que ronda por la casa observando la vida, pero no en el salón, muy peripuesta y linda, sino en las dependencias de los criados, donde nadie se preocupaba del aspecto.

—¡Vaya! —exclamó Miriam, procurando mantener una apariencia de animación—. Me alegro de que mi hija aprenda a trabajar. —Pero no añadió: «Bastante tiempo hemos pasado sirviendo solo de adorno»—. Tendré que darle las gracias a Miss Eulalie.

—Trabaja mucho. Siempre está tejiendo calcetines y cosas para los soldados. Por la noche teje hasta que le duelen los ojos.

—Al parecer, os lleváis muy bien.

—Bueno, casi siempre —dijo Fanny haciendo una mueca—. Y es que Miss Eulalie es…, bueno…, usted, Miss Miriam, ya sabe cómo es. Pero ha mejorado mucho.

—Me alegro.

—Me parece que se siente importante —dijo Fanny, con acento de experta.

Probablemente, tenía razón. Por primera vez en su vida, Eulalie se había sentido indispensable.

«Realmente, no soy tan sagaz como creía», se dijo Miriam cuando Fanny hubo salido de la habitación. No hay más que ver la sorpresa que me he llevado con Eulalie. ¿Y los esclavos? Si se hubieran rebelado mientras los hombres estaban en el frente, la Confederación habría sucumbido. Pelagie, sin ánimo de ofender, estaba convencida de que ello se debía a que eran seres inferiores, sin la suficiente inteligencia. Bueyes fieles, les llamaba. Otras personas, empero, y Miriam entre ellas, pensaban que la fidelidad era una máscara y que la sublevación llegaría después. Pero no llegó.

«No; realmente, no sé juzgar a la gente, y esto es un grave defecto».

Richmond cayó.

Por fin llegó carta de André, fechada en Richmond poco antes de la toma de la ciudad.

Miriam la abrió con dedos torpes, mientras en los oídos le sonaban los latidos del corazón. Su corazón se comportaba como si tuviera miedo de algo.

Pronto estaré otra vez en Luisiana. Tengo noticias para ti. ¡Oh, Miriam, estoy tan impaciente!

La letra era grande, firme; invitaba a la lectura. Ella leyó aquellas palabras media docena de veces, sin dejar de sentir las pulsaciones en los oídos.

Y siguió leyendo:

Jefferson Davis dice que la caída de Richmond no será una catástrofe irremediable. El Ejército tiene movilidad y puede seguir combatiendo. Dicen que Lee se retirará a Danville, donde se reunirá con Johnston y, siguiendo el ferrocarril, cruzará el río Appomatox. Pero yo no creo que pueda conseguirlo.

Aquel pesimismo, impropio de André, sonaba en sus oídos como una campana que anunciara el fin del mundo. Era casi como si le oyera pronunciar las palabras en voz alta. Estaba atónita por el dolor que le producían. ¡Al fin y al cabo, la derrota de la Confederación era lo que ella esperaba y deseaba! Era inevitable. Y, sin embargo, ahora la embargaban la piedad y la pesadumbre.

Yo no creo que pueda conseguirlo. No lo había conseguido. Cuando Miriam recibió la carta, Lee ya se había rendido. La sostuvo en la mano, pensativa, la dejó y volvió a coger el periódico.

«Hombres —decía Lee—, juntos hemos luchado en esta guerra. He procurado hacer por vosotros todo lo posible. Mi corazón está tan dolorido que no puedo decir más».

Y Miriam leyó cómo Lee había solicitado que se permitiera a los hombres conservar sus caballos para la labranza de la primavera y cómo Grant había accedido; leyó cómo los hombres de gris formaban para entregar las armas, y cómo algunos lloraban y ella, asombrándose una vez más, lloró también. Pensaba en todos los jóvenes muertos, azules o grises, que ahora se pudrían en tierra. Y pensó en Gabriel, que había seguido a Lee hasta el final.

Dejó el periódico. ¡Pero ella debería estar pensando en André! Pronto llegaría… Pero ¿qué había sido de su alegría? Oh, pero había tantas cosas que

decidir… Estaba confusa, se dijo tamborileando en la mesa con las uñas. Demasiadas cosas.

La víspera, Ferdinand le había preguntado adonde irían ahora que la guerra había terminado. Dio a la pregunta una entonación retórica, pero en realidad estaba pidiendo consejo a su hija. Desde la muerte de Emma, se había hecho más aquiescente y, aunque sin reconocerlo, ponía todas las decisiones en manos de su hija. ¿Volverían a Nueva Orleans? La casa les sería devuelta, sin duda. Y ella sabía que él deseaba volver.

Pero ¿cómo podían ahora dar la espalda a la tierra? En otro tiempo, ella había visto en aquel lugar solo un refugio, una especie de prisión segura que les protegía de la guerra. Recordaba cómo la horrorizaban los días interminables y aburridos… Pero los últimos años habían sido años diferentes. Aquí, la familia había sobrevivido. La tierra había respondido a su trabajo y los había mantenido con vida. Ahora le parecía que tenían que darle algo a cambio.

Al otro lado del prado, en el cercado, pastaba plácidamente un pequeño rebaño de corderos nuevos con las ovejas salvadas del saqueo.

Más acá, un grupo de negros que se había reunido durante las últimas horas, esperaba a Miriam. Para ellos, la paz iba a ser menos sencilla que para los corderos, menos de lo que ellos esperaban en esta su mañana de gloria, el día de su emancipación. Ella trató de imaginar lo que debía de ser para ellos aquel momento, aquella realización de un anhelo reivindicado inútilmente durante generaciones. Ahora que lo habían conseguido debía de resultar increíble. Suponía que estarían aturdidos por la alegría, como suele ocurrir cuando se realiza un gran deseo. Desde la hora del desayuno, había entrado y salido varias veces, tratando de prepararse para la reunión, y observando las distintas actitudes de la gente, que discutía y gesticulaba. Por primera vez en su vida, podían elegir y no sabían cómo. Ella había observado sus rostros: ojos avergonzados y furtivos, bocas hoscas y petulantes de las que sin duda saldrían frases como: «Esta tierra es mía porque la he trabajado yo». Otros, por su parte, proclamaban su propósito de irse al Norte «a hacerme rico, porque allí hay oro a montones».

Simeón quería marcharse, pero Chloe, su esposa, según informó Fanny, le había dicho que tendría que irse solo y encontrar trabajo y casa para ella. Mientras tanto, la mujer se quedaría, puesto que aquí tenía un techo sobre su cabeza. Sostuvieron una fuerte pelea y Simeón hizo un hato de cosas y se marchó.

Así estaban desde el amanecer.

Miriam, al ver estas escenas, estaba preocupada. Tenía la boca seca de la zozobra. Era necesario afrontar la situación y terminar de una vez. Salió al porche y los miró, tratando de ponerse en su lugar. No lo consiguió y decidió hablarles con toda franqueza.

—Desde hoy, como todos sabéis, ya no habrá más amos. Desde hoy sois libres de ir adonde queráis. Tal vez algunos ya sepáis adonde queréis ir. A esos les digo adiós y les deseo buena suerte. Pero otros quizá no sepan adonde ir. Si quieren quedarse, si les parece que esta es su casa, yo les digo: podéis quedaros. Voy a deciros lo que haré: os pagaré un sueldo. Pero tendréis que trabajar, para obtener una cosecha que yo pueda vender. Si no, no tendré dinero para pagar los sueldos. ¿Lo habéis entendido?

Unos asentían y otros parecían perplejos. Un muchacho se adelantó:

—¿Cuánto, señora? ¿Cuánto nos pagará?

—Diez dólares al mes —dijo ella, y como empezara a oírse un murmullo de protesta en las últimas filas, ella agregó rápidamente—: Olvidáis que aquí tenéis casa y comida, y medicinas cuando estáis enfermos. Tendréis lo que necesitéis, como lo habéis tenido siempre. Y, además, dinero, si trabajáis bien. Pero, si no —añadió con osadía—, contrataré a otros y vosotros tendréis que marcharos. Así será de ahora en adelante. Eso es todo lo que tengo que deciros, salvo que…, en fin, quiero que recordéis que nosotros, mi marido y yo, siempre os tratamos bien. Otros amos no pueden decir lo mismo, pero nosotros sí, y no debéis olvidarlo. Y ahora esperaré aquí, en el porche, mientras os decidís. Luego, uno a uno, me diréis qué queréis hacer.

Hubo en el césped un movimiento general y un murmullo de voces, mientras las gentes iban y venían formando corros. Bajo el haya gigante de Eugene, Maxim y Chanute estaban enzarzados en viva discusión.

Al poco rato, Maxim se acercó a Miriam y, quitándose la gorra como siempre, dijo:

—Señora, Chanute y yo hemos tenido una fuerte pelea. Me parece que Chanute se ha vuelto loco. No hace más que hablar de oro cuando salta a la vista que todo este país está medio muerto de hambre. ¿De dónde va a sacar el oro? Por mí, si quiere, que se vaya, pero yo me quedo, me quedo a trabajar como he trabajado siempre. Así, a lo mejor un día usted me sube el sueldo.

Ella recordó entonces la primera vez que vio a la pareja, tan parecidos como dos hermanos gemelos, con sus libreas con puños de encaje y aquella exótica negrura que, en el pequeño pueblo alemán, les daba aspecto de seres de otro mundo. Y de otro mundo llegaban.

—Tú y Chanute nunca os habéis separado.

Maxim parecía a punto de echarse a llorar.

—Lo sé. Todo el mundo se ha vuelto loco. Pero yo no.

Sisyphus sí que lloraba de verdad.

—Yo me quedo, Miss Miriam. ¿No lo sabía? Yo nací en casa de la familia de Miss Emma, vine con ella cuando se casó con Mr. Ferdinand, y yo enterré a Miss Emma. ¿Dónde quiere que vaya? Esta es mi casa.

Iban uno a uno, para decirle, tímidos y satisfechos, que se quedaban o, con gesto de desafío, que habían decidido marchar. Algunos se fueron sin despedirse.

Cuando terminó la jornada, Miriam pensó que aquel había sido el trabajo más pesado que hiciera en su vida.

—¿Crees que lo del salario resultará bien? —preguntó Ferdinand.

—¡Ni pensarlo! —sentenció Eulalie.

Pero Rosa tenía otra opinión.

—Dicen que, en Nueva Orleans, bajo control de la Unión, los trabajadores libres producían un barril y medio más de azúcar al día que los esclavos.

—Veremos —fue la única respuesta de Miriam.

Lo peor aún estaba por llegar. Por la mañana, cuando Fanny le entró el barreño del agua caliente, la muchacha no se retiró en seguida como acostumbraba a hacer, sino que se quedó parada, con una mano en el picaporte. Sus ojos negros recorrían la habitación, como si buscara algo o tratara de aprendérsela de memoria.

—¿Qué sucede, Fanny? ¿Quieres decirme algo?

—Sí, pero no me atrevo.

—Dímelo. No me enfadaré, aunque sea algo malo. ¿Es algo malo? A Fanny le temblaban los labios con el rictus amargo del llanto. —No sé si a usted le parecerá malo o no.

Miriam comprendió de pronto y se sintió anonadada. Esperaba que otros se marcharan, pero no se le había ocurrido que Fanny pudiera dejarla. Era como si, de improviso, Angelique le dijera: «Mamá, no quiero seguir siendo hija tuya».

—Te marchas, ¿es eso? —dijo levantando la cabeza con altiva resignación.

Fanny asintió. La súplica que había en su mirada no conseguía disolver el nudo que la pena había puesto en la garganta de Miriam. Ella deseaba decirle: «Hemos estado juntas desde que éramos niñas. ¿Eso no significa nada para ti? Creí que estabas contenta, que eras feliz aquí».

De pronto, Fanny rompió a hablar a borbotones.

—¡Miss Miriam, tengo que irme! Yo no quiero irme, pero no tengo más remedio. Una parte de mí dice una cosa y otra parte dice otra cosa. Y Blaise dice que nunca hemos hecho nada, que no sabemos nada y que ahora tenemos una oportunidad. ¿No le parece que tiene razón?

«Supongo que la tiene, pero no quiero admitirlo», pensó Miriam.

—¡Tengo un dolor aquí! —Fanny se puso la mano en el corazón—. ¡Un dolor…!

Miriam sonrió con tristeza.

—Y otro en la cabeza. Te duele de tanto pensar lo que vas a hacer con tu vida. Me lo dijiste una vez, un día muy triste.

Fanny seguía suplicándole con la mirada. Sus ojos se dilataban, brillantes, como los de un niño, pidiendo sin palabras comprensión. De pronto, aquel nudo, aquella herida que Miriam sentía en la garganta se deshizo. Hubiera podido decir: Nunca estarás tan bien como has estado en esta casa, pero no lo dijo. Se limitó a abrir los brazos.

—Claro que tienes que marcharte. No hay más remedio. Que Dios te acompañe, Fanny, dondequiera que vayas.

—Después de todo lo que nos hizo Lincoln, nunca creí que sentiría su muerte —dijo Pelagie—. Pero, ahora que ha sido asesinado, uno se da cuenta de lo bueno que era en realidad. Hasta los periódicos del Sur califican el asesinato de «bárbaro». —Acercaba el periódico a la lámpara de carburo—. Dicen que era un hombre generoso. Y que Johnson será muy distinto.

—Léeme otra vez la carta de David —suspiró Ferdinand—. Lee lo que dice de Lincoln.

—«Como ya sabréis —empezó Miriam—, el asesinato tuvo lugar el quinto día de Pascua. Todo el mundo se puso de luto. En el templo de Nueva York se colocaron colgaduras negras. ¡Lo que nosotros, no ya como judíos, sino como ciudadanos, debemos a ese hombre! En las honras fúnebres desfilaron quince logias de B’nai Brith. Yo portaba un estandarte. Me pesaba mucho, porque todavía no estoy restablecido del todo, aunque cada día me siento más fuerte, y tan agradecido por estar vivo, por saber que vosotros estáis bien y que la guerra y las matanzas han terminado, que hubiera recorrido el doble de la distancia. De manera que, además de ser una manifestación de profundo dolor, lo fue también de agradecimiento».

—Eso sería en Nueva York —dijo Eulalie—. En este país hay muchos que no lloran la muerte de ese hombre, os lo aseguro. Y, por lo que se refiere a eso de que la guerra ha terminado, el Sur fue derrotado solo porque ellos

eran muchos más. El coraje estaba y sigue estando en este lado y, lo que es más, siempre estará.

Ferdinand intervino apresuradamente, para mantener la paz en la habitación.

—¡Valor! —dijo—. Ahora tenemos que vencer a otro enemigo: la pobreza. —Sonrió con tristeza—. Esto no es nuevo para mí. Ya tuve que pasar por ello en Europa cuando era más joven que todos vosotros y Napoleón había asolado el continente. —Miró a Miriam con su antigua jovialidad—. Ya verás cómo salimos de apuros. Lo conseguí una vez y volveré a conseguirlo.

Aquella confianza era patética. En realidad, Ferdinand estaba tan indefenso ante la situación como el navegante cuya embarcación es arrastrada por la riada, pero él tenía que aparecer capaz de impedir el naufragio. Y, al adoptar este aire, Ferdinand hacía gala de una valentía conmovedora.

Al amanecer, jirones de niebla colgaban de los árboles como telarañas. Las musarañas aún rebullían entre las hierbas del pantano y los pájaros apenas despertaban; el sol acababa de asomar cuando Miriam salió de la casa. Cada mañana se levantaba más temprano. Dormía mal. ¿Adonde la empujaba la vida? Para distraer la desazón, madrugaba y llenaba sus horas de otras preocupaciones.

Y no le faltaban quebraderos de cabeza. Los girasoles, grandotes e importunos, habían invadido lo que tenía que ser una hermosa huerta y no lo era. Los hombres descuidaban el trabajo vergonzosamente. Los establos nunca se limpiaban debidamente. Ahora mismo, se oía mugir a las vacas en el establo, y hacía mucho rato que debían estar ordeñadas. Quedaban metros y metros de cerca sin reparar. La casa necesitaba una mano de pintura. Tal vez no consiguiera ni diez mil dólares por todo, si encontraba comprador.

Sonó un portazo y Eugene y Angelique salieron de la casa.

—Haced alguna cosa —ordenó su madre—. A ver si los demás siguen el ejemplo. Que uno de vosotros dé de comer a las gallinas y el otro lleve los huevos a la cocina.

Ella los siguió con la mirada mientras los dos hermanos, andando torpemente con sus zapatos de suela de madera, se dirigían al gallinero. Cuando salieron, Eugene llevaba el cubo de grano. Miriam observó con satisfacción que el chico cargaba con el trabajo más pesado espontáneamente. Su actitud hacia Angelique era levemente protectora, ahora que ya habían dejado atrás la edad de las peleas infantiles. Aquella actitud recordaba a Miriam la que solía adoptar David con ella.

«¡Oh, tienes que ser justa! ¡También han heredado mucho de su padre! El joven Eugene no tiene el tempestuoso genio de David. Él nunca reacciona con hosquedad. Probablemente, porque no va con su carácter; pero es que su padre tampoco se lo hubiera consentido. Esta pareja han sido educados con disciplina, como cumple a su posición social, para que sean responsables y obedientes. Eugene es afable y Angelique, dulce y cariñosa. Ya empieza a dar señales de vanidad y desea vestidos como es debido. Pero, si los tuviera, ¿adonde iría con ellos, según están las cosas?».

Las gallinas hacían corro a sus pies cloqueando bajo la polvorienta lluvia de grano. Miriam sonrió. ¿Qué hubiera dicho su padre de haber visto la bucólica escena? Sus dos hijos y herederos, en un corral. Pero eso no tenía importancia. El trabajo no les haría ningún mal. Y podían considerarse afortunados de tener algo, incluso de estar vivos.

Y mirando a lo lejos sobre campos secos y baldíos en los que la luz de la mañana empezaba a titilar por efecto del calor, Miriam creía ver hileras y más hileras de hombres ensangrentados, tendidos en el suelo, en Richmond, y a la mujer que mendigaba para comprar leche…

—¿Qué hacemos ahora, mamá? —preguntó Angelique.

—Id a ver si Maxim os necesita. Tiene mucho trabajo y nunca pide ayuda.

—Y Sisyphus también trabaja mucho —dijo Eugene—. Ayer estaba en el granero ayudando a levantar un carro mientras colocaban la rueda. Con lo viejo que es. Le dije que se retirase y yo ocupé su lugar.

—Dime una cosa —empezó Miriam de pronto—, ¿qué te hizo cambiar, Eugene? ¿Cuándo cambiaste de bando? No acabo de verlo claro.

—Yo no creo haber hecho eso —respondió él—. No he sido un traidor.

—Naturalmente. Yo me refería a tus ideas.

—¿Sobre el sistema? No lo sé exactamente. Fue algo que se me ocurrió cuando empecé a tener que ayudar para que esto marchara, y vi lo que era la vida, lo dura que era. Lo vi de pronto.

«Pura bondad —pensó ella con alegría—. Pura decencia, nada más». Pero se preguntaba si también hubiera cambiado de haber vivido su padre y haber seguido ejerciendo en él su poderosa influencia. ¿Habría servido aquella muerte espantosa para que el hijo pudiera desarrollarse libremente?

—Ahí viene Maxim —dijo Miriam—. Maxim, estos dos ayudantes preguntan si los necesitas.

—No, señora, ando muy bien. ¿No deberían estar estudiando?

—No les vendría mal. ¿Por qué no repasáis la gramática alemana? Después os preguntaré.

Era una lástima que ella no hubiera adquirido más conocimientos, para poder transmitírselos durante aquellos años perdidos. El alemán era lo único que podía enseñarles. Algo era.

Maxim dijo mientras se alejaban:

—Parece que fue la semana pasada cuando nacieron en esta casa.

¡La semana pasada y hace cien años! ¡Qué gusto daba verlos dormir en el capazo! David había vuelto para quedarse… El vapor fluvial hizo sonar la sirena, desembarcando visitas y regalos…, frutas y flores, música y vino… Gabriel volvía a casa…

—Puede estar orgullosa —decía Maxim—. Son tan buenos… Y tienen clase. Auténtica clase.

—También tú puedes estar orgulloso. Y Blaise, y Fanny, y Sisyphus. Todos vosotros ayudasteis a educarlos.

Uno de los hombres del campo, al oír la voz de Miriam, salió de detrás del granero.

—Buenos días, señora. Ha madrugado.

—Yo siempre madrugo. Hay mucho que hacer.

—Estaba pensando, señora, que podríamos matar al viejo *Pepper*. Era un buen mulo, pero ya no le quedan fuerzas.

El mulo movía la cola con indiferencia, mientras mordisqueaba la hierba con sus grandes dientes amarillos, pasando el cuello por encima de la cerca. Sus ojos contemplaban a Miriam, entre desconfiados y melancólicos.

Una estampa patética.

—Dejadlo en paz. Basta de muertes —dijo ella. Y, arrancando un manojo de hierba, la introdujo entre los belfos suaves y flexibles—. Otra cosa. Quiero que esta mañana pongan pinaza en el establo. La humedad no es buena para las vacas

Nadie le había enseñado a cuidar ganado, pero casi todo eran cosas de sentido común.

Miriam volvió a la casa, para limpiar lo que quedaba de la plata. Hacía una semana que ella y Rosa fueron a sacar los objetos enterrados. Faltaba la mitad. La vajilla que Eugene le regaló cuando se casaron estaba donde la dejaron; pero la de Emma, enterrada con igual discreción, o así lo creían ellos, había desaparecido. Alguien debió de espiarles aquella noche. ¡Lástima que fuera la de Emma! A Miriam no le hubiera dolido tanto perder la suya. Su padre tenía más apego que ella a las cosas.

El juego de café esperaba encima de la mesa del comedor. Miriam se sentó y empezó a sacar brillo con el paño. Producía cierta satisfacción limpiar

y ordenar las cosas con las propias manos, por más que Sisyphus se horrorizara al ver a la señora desempeñando estos menesteres. Ferdinand entró y se quedó observándola unos minutos sin hablar. Luego, interrumpiendo bruscamente el monótono tic-tac del reloj, dijo:

—Cada día te pareces más a tu madre.

—Nunca me lo habías dicho.

La había sobresaltado. No solía hablarle de su madre.

—Ultimamente pienso mucho en ella. En muchos años no me había acordado —dijo Ferdinand. Y añadió, pensativo—: La primera vez que la vi, llevaba un chal de lana a cuadros.

«¡Así es como yo la veo siempre! —exclamó Miriam en silencio—. ¿Por qué siempre me la imagino con un chal a cuadros? Estoy segura de que nadie me había hablado de él hasta ahora. ¿O tal vez sí?». No podía recordarlo.

—Era muy bonita. Tenía la cara ovalada, plácida y grave.

Ferdinand se había sentado en la mecedora que acompañaba sus palabras con rítmico crujido.

—Es curioso, los derroteros que toma la vida. De no ser por aquella piedra que arrojó un fanático, tal vez aún estuviéramos en un rincón de Alemania, y Eugene y Angelique no habrían nacido. Sí; tú me la recuerdas. Pero David tiene sus mismos ojos. Exactamente. Tengo ganas de ver a David. Me hizo sufrir mucho, pero es un buen hombre, lo sé. Me gustaría verle.

—Ahora que la guerra ha terminado, él vendrá a verte, papá. Estoy segura.

Miriam miró a su padre. Se había dejado la barba, porque era la moda; pero, en vez de moderno, parecía un patriarca judío, o el abuelo que ella recordaba todavía, siempre sentado en la mecedora. Su cabello, antaño una corona de ondas castañas, ahora estaba gris. «Oh, ¿fue ahora mismo, fue hace una semana, cuando de pronto lo vi hecho un viejo? La vejez viene así. Un buen día eres un viejo».

Ferdinand miraba por la ventana.

—Ahí va Eulalie con un cubo de agua, camino del gallinero. Aún no me explico cómo ha podido cambiar de ese modo.

—Será que, por primera vez en su vida, se siente importante.

—¿Qué dices? ¿Cuidando gallinas? ¿Con lo que era su familia?

—Esa es solo una de las muchas cosas que sabe hacer. Nunca imaginé que fueran tantas. Es cierto que tiene mal genio, pero nos arreglaríamos mucho peor sin ella. Ninguna de nosotras sabía hacer conservas, ni coser, ni hacer nada como es debido hasta que ella nos enseñó. —Algo impulsaba a Miriam a

hablar, no ya para defender a Eulalie, sino para expresar su indignación ante una injusticia—. Ha sido una desgraciada durante toda su vida, porque le faltaba lo único que vosotros, los hombres, valoráis en nosotras: el atractivo físico. No sé por qué, pero lo cierto es que un hombre puede ser gordo, calvo o tener los dientes salidos, sin que eso importe. ¡Pero pobre de la mujer que sea poco agraciada! Y la que no se casa no cuenta para nada. ¡No quiero que eso le ocurra a Angelique!

—No hay miedo —rio Ferdinand—. Ya es toda una belleza.

Miriam hubiera respondido: ¡*Yo no me refería a eso*!, pero prefirió callar. ¿De qué serviría? El nunca lo entendería.

Gabriel, sí. Entonces, súbitamente, vio que Gabriel siempre comprendía; pero la observación que hizo entonces su padre le impidió seguir pensando en ello.

—Me gustaría verte casada otra vez, Miriam.

Y yo lo deseo… Nunca estuve casada, ¿no te has dado cuenta? No sé lo que es la compenetración, el cariño, la confianza. ¡Qué dicha entregarse plenamente en cuerpo y alma, no tener secretos! Conocer al otro completamente… Trato de ver a André, de oír su voz, y ya no puedo. No puedo.

—Alguien viene —dijo Ferdinand, poniéndose de pie para ver mejor—. Por el sendero sube un hombre a caballo.

Ella no necesitó preguntar. Sabía, sin tener que mirar, sabía que era André.

—¡Esto sí que es una fiesta! —exclamó Ferdinand—. Gracias a Dios, la guerra ha terminado al fin. Y aunque nuestros corazones se afligen por los que murieron —aquí, con los ojos brillantes de emoción, miró a Pelagie y a Rosa—, damos gracias por los supervivientes que volverán a casa. Ahora, por el salvador de mi hijo. —Ferdinand levantó la copa hacia André—. A él, mi mayor agradecimiento, en este brindis que bebemos con el buen vino que nos ha traído. ¡Aaah, excelente! No hay nada como un buen vino francés, nada —concluyó sentándose, abrumado por la emoción y el calor del vino. Pero aún no había terminado—. ¡Aquí viene Sisyphus, el buen Sisyphus! Hacía tiempo que no tomábamos una cena como esta, ¿verdad, Sisyphus? No creas que vivíamos con estos lujos, André. Ni mucho menos —declaró mientras Sisyphus ponía sobre la mesa el pavo asado, en una de las fuentes de plata rescatadas.

En el aparador había jaleas, descubiertas en una bodega olvidada, y un flan confeccionado bajo la supervisión de Eulalie, que, según sospechaba Miriam, compungida, habría consumido los pocos huevos que quedaban.

—Sí —dijo André—, la caída de Richmond fue espectacular. Davis estaba en la iglesia cuando fueron a decirle que había que abandonar la ciudad. La gente estaba anonadada. No sospechaban la gravedad de la situación porque, durante las últimas semanas, los periódicos no publicaban la verdad, sino un montón de tonterías color de rosa. En las calles fue el caos. Las campanas de las iglesias aún repicaban llamando a los fieles a los oficios cuando en las oficinas del Gobierno ya se cargaban los archivadores en carros para llevarlos a la estación. La gente corría hacia el tren, pero era imposible tomar un tren sin un salvoconducto del secretario de la Guerra. Y la mayoría de la gente no tenía acceso al secretario de la Guerra.

André era buen narrador. Su voz sonora y su dicción rápida expresaban el dramatismo justo. La mirada ávida e interrogativa de Miriam, que no se apartaba de él, no llamaba la atención, ya que los ojos de todos los presentes también estaban fijos en André.

Sus agradables facciones no habían cambiado. La guerra había dejado huella en todos, cargando de tristeza a unos, agitando los nervios de otros, destemplando voces y encrespando caracteres; había marcado a Miriam con sombras de fatiga bajo los ojos. Pero André resplandecía. Como si volviera de un baile.

—El consejo de la ciudad ordenó la destrucción de todo el licor. Tenían que haber visto cómo corría el *whisky* por el arroyo. ¡Qué desperdicio! —exclamó con una cómica mueca—. Pero muchos, en lugar de tirarlo, se lo bebían, y las calles se llenaron de borrachos que deambulaban entre las botellas rotas, sin saber lo que ocurría. Luego, los militares ordenaron el incendio de las fábricas de harina. ¡Qué estupidez! El fuego se extendió rápidamente sin control. ¿Qué esperaban? ¿Y qué puede uno esperar de políticos y soldados, sino estupidez?

Miriam recordó entonces que, siendo niña, vio en casa de su padre a un anciano, un gran viajero que acababa de regresar de la India y que mantenía boquiabierto a su auditorio con sus descripciones de las piras, la luz de la luna reflejada en el sucio Ganges y el sol de la mañana iluminando los cadáveres de los mendigos que habían muerto en las calles durante la noche. Y, a pesar de que aún era muy niña, le pareció que el hombre contaba aquellos horrores con cierta excitación, como un espectador de lo exótico, desprovisto de conmiseración humana.

Parpadeó para ahuyentar el recuerdo.

—Naturalmente, el fuego se extendió a los arsenales y las municiones estallaron. Fue un tumulto de todos los demonios. La gente arrojaba los muebles de las casas que ardían, hacía hogueras con los billetes de la Confederación, se apretujaba en los carromatos y huía.

»Yo monté en mi caballo y salí de la ciudad siguiendo la vía del tren. Lo último que vi de Richmond fue humo y pavesas.

Terminado su relato, André encendió un cigarro. En medio de un estremecido silencio, ellos observaban cómo rompía la vitola, mordía el extremo, aplicaba la cerilla y, finalmente, se arrellanaba en el asiento, dispuesto a saborear el aroma.

Lambert Labouisse rompió el silencio.

—Yo siempre dije que Jeff Davis no estaba realmente de nuestra parte. El simpatizaba con la Unión, desde siempre. Y ya veis el resultado. ¡Ya veis el resultado, por Dios! —Y miraba acusadoramente a las caras de los presentes, a los muebles, al techo y a las paredes, como exigiendo una explicación de aquel desastre.

—Las recriminaciones no sirven de nada —dijo André alegremente—. Hay que verlo todo de este modo: bien está lo que bien acaba.

—¿Lo que bien acaba? —repitió Miriam con tristeza—. Incluso dejando aparte a los muertos y heridos, no hay más que asomarse al camino a ver pasar a los hombres. Están pasando desde hace semanas, con la licencia y nada más, ni un céntimo, ni trabajo en perspectiva. Están hundidos. La pobreza es inconcebible. Si eso es acabar bien…

—Ah, sí, comprendo —dijo André en tono compasivo—. Pero no ocurre lo mismo en todas partes. Algunos hombres han hecho fortunas que antes no hubieran podido ni soñar, y entre estos los hay del Sur. Mirad, en Memphis y en Vicksburg se despachaban tantas balas de algodón río arriba en las cañoneras de la Unión como río abajo a los puertos del Sur y de ultramar.

Era cierto, sin duda. Miriam procuró no mirar a Lambert Labouisse más que por el rabillo del ojo. El hombre, con su traje de verano, un poco ajado pero todavía presentable, fumaba uno de los enormes habanos de André.

—Lo siento —dijo André—, esta conversación se ha puesto demasiado grave. Una disertación sobre los horrores de la güera no es manera de terminar una deliciosa velada.

Su luminosa sonrisa pedía perdón a todos.

Las palabras «terminar la velada» surtieron el efecto apetecido. Realmente, se había hecho tarde, según corroboró en aquel momento el

zumbido y la campana del reloj del vestíbulo.

—Creí que nunca se iban —dijo André cuando todos subieron la escalera —. ¡Ven aquí! ¡Ven aquí!

El abrió los brazos y Miriam fue hacia ellos con maquinal obediencia. Él la abrazaba, la besaba y volvía a abrazarla. Ella no tenía los ojos cerrados con el éxtasis del abandono, sino abiertos y alerta y, por encima del hombro de André, contemplaba la chimenea desde donde una docena de pequeños ojillos rojos parecían hacerle guiños entre la ceniza.

—Siéntate —murmuró él junto a su oído—. Tienes que ver esto. Primeramente, toma, lee.

Era un recorte de un periódico de París que decía:

«Se asegura de buena fuente que *Madame* Marie Claire Perrin, después de los grandes éxitos cosechados en las salas de conciertos europeos durante el pasado invierno, obtendrá en breve sentencia de divorcio de su marido que, según se afirma, reside en los Estados Unidos».

—¿Qué dices ahora? ¡Se ha divorciado de mí! Ten en cuenta que este periódico es de hace tres meses. Los documentos tienen que llegarme de un momento a otro. Pero hay algo más. Esto. —Y dejó encima de la mesa delante de Miriam un pequeño estuche de terciopelo que había sacado del bolsillo—. Abrelo.

A ella le temblaban las manos y no daba con el cierre. Él, impaciente, alargó el brazo y abrió el estuche.

—¿Te gusta?

Era un anillo de compromiso con un rubí, pero no un rubí corriente. Era esplendoroso. Sus múltiples facetas atraían toda la luz de la habitación y despedían fulgores sonrosados hacia las sombras. Ella contemplaba la gema como si tuviera vida y su pensamiento retrocedió —su pensamiento no había hecho más que retroceder durante toda la noche— al momento en que Eugene le había dado el anillo. Hasta recordaba el vestido que llevaba aquella noche: color crema con cintas lavanda. Sí, y también recordaba que aquel anillo no le había hecho ninguna ilusión, ni por su simbolismo ni por su belleza intrínseca. La había asustado.

Al igual que este.

—Es muy bonito —dijo.

—¿No te gusta? —preguntó André.

—¿Cómo no había de gustarme? Pero es demasiado para mí —tartamudeó —. No va conmigo… ni con los tiempos. —Y con un ademán avergonzado se señaló el vestido, que había sido «vuelto del revés».

—Lo que ocurre es que estás harta de todo esto. Demasiadas privaciones. Necesitas vestidos nuevos, diversiones, acostumbrarte otra vez a vivir bien.

La atrajo para volver a besarla, pero ella estaba de lado y apenas le rozó los labios. El olía a vino y sus ademanes eran bruscos. El vino se le había subido a la cabeza. Y el anillo seguía encima de la mesa.

—Anda, póntelo. A ver si es de tu medida.

Ella no quería ponérselo. Se sentía confusa y débil. Cuando quiso darse cuenta, ya tenía los ojos llenos de lágrimas. Entonces sintió pánico. Qué efecto produciría que se echara a llorar en un momento en que todo debía ser alegría para los dos? Apretó los párpados para contener las lágrimas.

—Debo de estar muy cansada. Hoy han ocurrido tantas cosas… —Sus labios formaban las frases tal como acudían a su mente, sin orden ni coherencia—. Lo siento, no entiendo…

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó André, atónito—. ¿De qué tienes miedo?

—No lo sé.

En el hogar iban cerrándose uno a uno los ojillos rojos. Empezaba a llover. En el tejado del porche se oían las primeras gotas. Ya se aceleraba el ritmo. Sería una lluvia cálida, como lágrimas.

—Este lugar huele a derrota —dijo André bruscamente, con cierto desdén.

Hizo un amplio ademán señalando lo que ella sabía había visto al llegar aquella tarde: las tablas de la casa que se pudrían por falta de pintura y, en los campos, los tallos secos del algodón. Su desdén parecía convertirse en irritación.

—Mira, yo quiero sacarte cuanto antes de toda esta miseria. No merece la pena empezar de nuevo. ¿Qué te parecería un pequeño *chateau* en el *Loire*? ¿O un *mas* en la Provenza? En primavera, aquello es un paraíso. Nos llevaremos a tu familia, tu padre también, desde luego.

¿Llevarse a papá? ¿Pedir a papá que dejara América para regresar a Europa? «No conoce a papá», pensó ella.

—¿O preferirías una mansión isabelina en el sur de Inglaterra? Tú elige. —Y, como Miriam no respondiera, él agregó con cierta arrogancia—: Tengo un cuadro de *sir* Edward Landseer con unos *spaniels* del rey Carlos que compré en Londres solo por ti. Quedaría espléndido sobre la chimenea de una casa inglesa, o de donde tú quieras. Son idénticos a *Gretel*.

Gretel, al oír su nombre, levantó su vieja cabeza de la alfombra y, después de agitar levemente la cola, volvió a echarse.

Gabriel me regaló el cachorro. Cuando lo trajo, era una bolita peluda y temblorosa apenas mayor que la palma de su mano.

—¿Tan rico eres? —preguntó Miriam suavemente—. Tus amigos de Richmond mencionaron a un hombre que ganaba cincuenta mil dólares al mes con las mercancías importadas. ¿Eras tú?

—No lo sé. Yo no era el único. De todos modos, a la gente le encanta contar el dinero de los demás. Pero, desde luego, yo no hacía eso todos los meses. Es una exageración, aunque no le anda muy lejos. —Como ella no dijera nada, él preguntó ásperamente—: ¿Qué pasa? ¿Qué hay de malo en ello?

—Solo pensaba…

El la interrumpió.

—¡Otra vez pensando! Ahora me doy cuenta de que va a costarme mucho trabajo hacer que pierdas esa costumbre de pensar con tanta solemnidad.

—Pensaba —insistió ella—, pensaba en todos los sufrimientos… y cincuenta mil dólares al mes.

—Eso es la guerra, Miriam, ¿qué te habías figurado? ¡Dolor y muerte! Y haz el favor de no tomarlo por lo trágico. La guerra es una tremenda estupidez, pero siempre ha habido guerras. Esta ya acabó, conque olvídala. Olvida la maldita majadería.

—¿Maldita majadería? ¿Así la llamas tú?

—Sí; y los únicos que la tomaron en serio fueron los majaderos. Los listos supieron cuidar de sí mismos. Yo nunca estuve en verdadero peligro. Sí; crucé el bloqueo un par de veces durante los primeros meses, pero fue solo por un infantil afán de aventuras. Cuando la cosa empezó a ponerse fea, me retiré. Todas esas banderas y consignas patrióticas, ¿para qué sirven? ¡Y esa gloria sin gloria! Vuelves con una pata de palo y un astroso uniforme con unas cuantas medallas, ¿y para qué? Barras y estrellas o estrellas y franjas, ¿dónde está la diferencia? ¿Vale eso un brazo o una pierna? Solo los tontos y los chiquillos… —André se echó a reír—, chiquillos de treinta y cuarenta años se enardecen por esas cosas.

Ella suplicaba en silencio: «No hables, no digas más. Cada palabra es un clavo del ataúd».

André no advertía su pesadumbre. Se sirvió una copa de coñac, agitó suavemente el dorado líquido en la abombada copa y lo olfateó con deleite. Miriam observaba el elegante ritual con profundo desencanto.

—Si quieres que te diga la verdad, en ningún momento me importó quién pudiera ganar. Procuré asegurarme el futuro. Si ganaba el Sur, aunque sabía

que no podía ganar, pero si por un milagro ganaba la guerra, yo aún tendría mis tierras, como antes y, además, los medios para mantenerlas. De lo contrario, tal como ha resultado, estoy bien provisto de cuanto pudiera necesitar en seis vidas que tuviera. Mis primos pueden quedarse con mis tierras y hacer con ellas lo que puedan, que no será mucho.

Absorto hablando de sí mismo, había olvidado que minutos antes quiso saber qué le ocurría a *ella*, y Miriam sintió que su cuerpo se ponía tenso. Estaba erguida en su asiento, con las manos juntas sobre el regazo, clavándose las uñas en las palmas.

—¿No hubiera sido más sencillo quedarte en Europa, donde te encontrabas cuando estalló la guerra? ¿Qué te impulsó a regresar e involucrarte en este conflicto?

Y, no bien acabó de hablar, advirtió que apenas unos meses antes habría dado por descontado que él había vuelto únicamente porque estaba enamorado de ella.

—¿Cómo puedes preguntar eso, después de lo que te he dicho? ¡Regresé porque esta era la ocasión de hacer fortuna! Voy a enseñarte algo que llevo en el maletín. —De un pequeño bolso de mano que había dejado en un rincón del comedor, sacó un montón de fotografías—. Mira, esta me la hicieron en el sesenta y dos, cuando me dedicaba a burlar el bloqueo. Este es un café de La Habana que se llamaba «Louvre». Ahí se reunían los del Norte y los del Sur para hacer sus negocios. Aquí estoy con dos oficiales de la Marina federal. Ellos se ponían en contacto con buques mercantes del Norte para traer artículos manufacturados. El encargado de burlar el bloqueo les llevaba el algodón y los intermediarios hacían las compras y las ventas. Parece complicado, pero, en el fondo, eran simples transacciones comerciales y muy beneficiosas para todos. Un cargamento de algodón podía permutarse por artículos que te reportaban medio millón. Esta era la forma de operar.

Miriam contemplaba la fotografía. Sí; allí estaba André, bizqueando un poco a la luz del sol tropical. Pero la sonrisa era la de siempre, vivida e irresistible. «Él se divertía, mientras mi hermano… ¡Qué manera de sufrir!». Recordó la cara demacrada de David, sin dientes. Y Gabriel, que quizá viviera o quizá no…

Hablando despacio, dijo:

—Para ti era como un juego, ¿verdad? Una representación teatral. Dices que no te importaba quién tuviera razón ni cómo acabara todo. Tú te burlabas de nosotros, ¿verdad? Mientras pudieras tener esas cosas…

Miriam señaló el coñac y los regalos amontonados en el aparador.

—Bien que te gustó lo que te traje aquella vez. La seda amarilla, los zapatos, los sombreros te gustaron, ¿no?

—Sí; para vergüenza mía, sí.

El se rio. Por primera vez, ella pensó que reía demasiado. Y ahora en su risa había una nota de incredulidad.

—Eres una tontita. Una jovencita un poco tonta y puritana, pero deliciosa. Ven aquí… —Y tendía la mano hacia su pecho.

Ella le esquivó.

—André, ni soy tontita ni jovencita. Soy una mujer.

—Muy bien, sé una mujer. No trates de ser como un hombre. Miriam, sé tú misma, sé lo que eras.

¿Aquel hombre era André? ¿Qué le había ocurrido a ella? Sus palabras le pasaban por encima como un vendaval. Estaba temblando.

—André…, tú y yo nunca hablábamos de la guerra. El hecho más importante de nuestro tiempo, lo más importante de nuestra vida, y ni lo mencionábamos, ¿te das cuenta? Ahora veo que, en realidad, no hablábamos de nada.

—Hablábamos de lo único que importa: tú y yo.

Su voz era acariciadora. Pero ella sentía que sus propios labios se comprimían en aquel gesto de desaprobación que habitualmente procuraba evitar. Pero ahora no lo conseguía, a juzgar por la respuesta de él.

—De todos modos, casi todas las cosas que se dicen son superfluas —dijo André—. Aunque a muchos les duela reconocerlo, lo único que le importa a la gente, de lo único que quiere hablar es de la supervivencia, de la forma de situarse y seguir en el mundo.

Ella aún no podía creer que André hablara en serio.

—¡No es cierto! —protestó—. ¿Cómo puedes hablar así? Tú, que tan bien te portaste con mi hermano. Aquello no fue egoísmo, sino pura bondad.

—¡Lo hice por ti! A tu hermano apenas lo conocía. ¿Y cómo imaginas que lo conseguí? Pues gracias a esos contactos y esos tratos que ahora parecen escandalizarte. ¿Y por qué te escandalizas, a fin de cuentas? Tú siempre simpatizaste con el Norte. ¿O imaginas que no lo sabía?

—Sí; es cierto. Pero yo tenía que vivir aquí, con mi familia y fui leal a esta gente. ¡Por lo menos fui leal!

—¡Una lealtad un poco paradójica! En esta misma casa, un miembro de las llamadas familias más distinguidas traficaba con ambos bandos, aunque supongo que tú no estás enterada.

—Oh, sí; lo estoy. El viejo Labouisse. Lo sé desde hace tiempo.

—¿Y no te importó?

—Naturalmente, me sentí escandalizada; pero no podía hacer nada. De todos modos, al fin he aprendido que la gente no siempre es lo que parece.

—Eso lo saben hasta los niños, Miriam.

—No creas; las muchachas de aquí, por su educación, no suelen saber mucho del mundo ni de lo que hay detrás de una sonrisa o de un cumplido. —Suspiró profundamente—. ¿Qué sabía yo de ti, André? Empiezo a pensar que no te conozco en absoluto.

—¿Qué diablos estás diciendo?

—¡Oh, no es culpa tuya! No. Porque tú tampoco me conoces a mí. Nunca establecimos contacto.

André alzó las cejas.

—Pues yo hubiera dicho que sí, ¡ya lo creo!

Ella enrojeció. Ya estaba otra vez aquella humillante oleada de sangre que la teñía de rojo hasta la raíz del pelo.

—Existen otras maneras, además de…

—¿Además del contacto físico quieres decir? ¿Por qué no lo dices, Miriam? No entiendo qué pasa esta noche. Estás distinta.

—Oh, sí; pero tú también. O tal vez veo en ti cosas que antes no había visto. ¡Llegas a estas tierras en ruinas y te pones a hablar de ese modo! ¡Eso es una crueldad! La casa de Pelagie ardió hasta los cimientos. Y ella ha perdido a un hijo. Rosa también y, además, todo su patrimonio. Gabriel había invertido todo su capital en bonos de la Confederación, que ahora no tienen ningún valor.

—Pues Gabriel fue un necio —dijo André despectivamente—. Si hubiera tenido un poco de sentido común, habría enviado el dinero a un Banco de Nueva York.

Tú le quieres, dijo Gabriel, *y eso es lo único que importa. Solo quería estar seguro por si… Ella sintió su mejilla sobre su pelo. Una banda militar tocaba una marcha fúnebre en la calle sombría… Yo me puse al lado de Lee. Di mi palabra*.

Ella casi gritó:

—¡No digas eso! ¡No llames necio a Gabriel! Él creía en algo, y tal vez haya dado su vida por ello.

—¡Tienes fuego en la cara! Ni que estuvieras enamorada de él…

—¡Si tú hubieras *creído* en algo! —prosiguió ella sin darse por enterada —. ¿Qué valor tiene la vida si no crees en algo?

—¡Pero sí creo! ¡Creo en el placer! En el amor y el placer. Los dos van juntos. ¡Estamos tan poco tiempo aquí abajo! ¡Yo quiero aprovechar bien mi tiempo! Ya ves si es sencillo. ¿No te parece lógico?

La vieja sonrisa acariciadora suplicaba una respuesta. Ella correspondió con una mirada pensativa.

—Al fin y al cabo, Miriam, yo nunca hice daño a nadie. Por lo menos, que yo sepa.

Que él supiera. El daño que estaba haciendo ahora nunca podría comprenderlo. Su cara rubia y bien parecida tenía una expresión de perplejidad, de no haber comprendido nada de lo que ella había dicho aquella noche.

Sí; un hombre para el placer, grata compañía para tiempos difíciles, ya fuera por un matrimonio desgraciado o por los trastornos de una guerra. Pero no tenía nada más que dar. Ni ella podía darle más a él. La necesidad había pasado. Eso era. La necesidad había pasado.

Sentía ganas de llorar por él, por los dos.

—Miriam, no me mires así. Frunces el entrecejo como si yo fuera un malvado.

—Perdona —dijo ella rápidamente—. No me había dado cuenta. Tú no eres un malvado ni lo has sido nunca. Es solo que…

Hubo un largo silencio mientras sus ojos se interrogaban mutuamente.

Luego, lentamente, André dijo:

—Es solo que hay otro, ¿verdad?

Con la rapidez del rayo todo puede cambiar y ves lo que no habías visto nunca, y pierdes el deseo, y el hombre que tienes delante es un desconocido, y comprendes que, en realidad, siempre lo fue, pero tú no te has dado cuenta hasta ahora.

Como ella no respondiera, él insistió tomándole las manos: —¿Verdad? ¿Verdad?

Ella deseaba vivamente no hacerle daño, sino solo darle a entender que ellos dos nunca estuvieron compenetrados ni podrían estarlo. Y le dijo:

—No hay otro, André. Es solo que no estamos hechos para entendernos.

Él le soltó las manos.

—¡No puedo creer lo que estoy oyendo!

—Lo sé. Si apenas puedo creerlo yo…

Y volvieron a quedar en silencio. Mientras, sobre la casa dormida batía con fuerza la lluvia.

—Siempre fuiste una puritana —dijo André al fin—. Una puritana estricta, como tu hermano. Es raro, porque no lo pareces. Por lo menos, antes. Quizás ahí, en esa contradicción, residía tu mayor encanto, ¿quién sabe? —Su voz se hizo más áspera—. ¡Pero tiene que haber algo más! Hay otro hombre y es Carvalho. Por eso lo defendiste cuando dije que era un necio.

—Te equivocas, André. No es eso.

Miriam estaba exhausta. Sufría bajo su mirada que la recorría de arriba abajo una y otra vez, desde el rozado borde de la falda del viejo vestido hasta su inclinada cabeza. Un rayo de luz incidía en el espléndido anillo que seguía encima de la mesa, delante de ella. A sus ojos, tenía un aspecto patético, era como un símbolo de abandono, allí tirado sobre la madera. Venía tan ufano en su estuche de terciopelo.

André se golpeó la palma de la mano con el puño. Ella conocía aquel ademán de impaciencia. Significaba que deseaba una solución, una respuesta clara.

—¿Puedo yo hacer algo por remediar esto? Ya me conoces, Miriam, no soporto las vaguedades ni esa cara de tragedia. Dime solo qué quieres que haga.

—No se puede hacer nada —respondió ella tristemente.

—Está bien. Entonces no servirá de nada que me quede aquí esperando, ¿verdad? Vale más que me vuelva por donde vine. Y cuanto antes.

Arrebató el anillo y se lo guardó en el bolsillo.

Miriam le tocó la manga.

—No me odies, André.

—Yo a ti nunca podría odiarte. Solo lo siento por ti, Miriam. No estoy ni enfadado como debería estar por haber hecho este viaje en vano.

—Yo no lo sabía. En realidad, no lo he sabido hasta hoy, creéme.

—Te creo. Es como si yo tampoco te conociera a ti. —Le sonrió tristemente—. No deseo sino que no te equivoques ni tengas que arrepentirte cuando ya sea tarde.

—Si me equivoco, tanto peor. No puedo evitarlo.

La lluvia cesó bruscamente y de la noche solitaria entró por las ventanas un viento húmedo. André miró hacia la oscuridad entornando los ojos.

—Volveré a Nueva Orleans en el barco nocturno.

Ella deseaba suavizar la ruptura, iniciar un diminuendo y terminar con sordina.

—No te marches así —dijo.

—¿Cómo quieres que me marche? Yo diría que lo estoy encajando bastante bien. Es la primera vez que me rechazan.

—No es eso. Yo no te rechazo, di mejor que nos rechazamos mutuamente, o que acabaríamos rechazándonos. Porque somos muy distintos, André.

El tragó saliva. Miriam vio cómo se contraía y distendía su garganta. El dolor y el amor propio estaban allí atravesados y era preciso tragarlos. No obstante, al momento él volvía a ser el de siempre y conseguía mostrar su peculiar animación.

—No vale lamentarse, ¿verdad? Al fin y al cabo, nos quedará un buen recuerdo, ¿no? Es decir, si tú quieres recordarlo. Yo sí, Miriam. Fue maravilloso. —Le rozó la frente con los labios—. Y ahora pasaremos a la fase siguiente… —Miró el reloj—. Tengo que darme prisa. El barco sale dentro de media hora.

Ella le oyó cerrar la puerta, oyó sus firmes pisadas en la grava. El se apresuraba, para dejar atrás aquella noche lo antes posible. ¿Y por qué no?

Así cae el telón al final de la representación. Pero a veces el público, emocionado por el espectáculo, permanece unos instantes en suspenso, antes de ponerse el abrigo y salir. Miriam no se movió de la silla. Las lágrimas le abrasaban los ojos, sin caer, desdibujando las cosas.

Al poco rato, oyó que alguien se movía por la habitación. Eulalie había entrado para guardar el coñac bajo llave, fuera del alcance de los criados. La miró con curiosidad, pero no dijo nada.

—Sí, Eulalie; se ha ido. Se acabó. Y yo estaba equivocada, te alegrará saberlo, aunque tal vez no te interese. De todos modos, te lo diré. Hice mal, pero no solo por lo que tú supones. —Entonces se acordó de algo—: Aún no te he dado las gracias por tu discreción.

—Tú me has recibido en tu casa —dijo Eulalie con rigidez—. Y yo respeto la memoria de tu marido. Le admiraba mucho. Era un verdadero caballero del Sur.

—Sí; lo sé. —Miriam le tendió la mano—. Al parecer, hoy es mi día de saldar viejas cuentas. Así que tregua, Eulalie. Tú y yo nunca nos querremos, tal vez ni siquiera lleguemos a apreciarnos mucho, pero, a pesar de todo, ¿tregua?

Se estrecharon las manos. Al salir de la habitación, con la botella en la mano, Eulalie comentó:

—Supongo que ahora volverá con su mujer.

—Supongo.

No había necesidad de dar más explicaciones.

Miriam se quedó mucho rato contemplando el fuego. El fuego, al igual que el agua, estimula el pensamiento. Puedes ver toda tu vida en las llamas. Al fondo del hogar había prendido un trozo de tea, reavivando el mortecino resplandor del rescoldo. Ella lo miraba ensimismada. A su parpadeante luz dorada desfilaban años de su vida. Y desfilaba aquel día lleno de sorpresas. «Sí —pensaba—; André hubiera podido ser una estatua llamada "Joven griego". Eso era él, con aquel encanto que rendía a las mujeres, pero que no resistía el paso del tiempo. Le faltaba sustancia y se consumía como se consumiría aquel fuego dentro de pocos minutos. No había debajo nada que lo alimentara».

Gabriel dijo: *¿Cómo pudo hacer esto… a una mujer como tú, una muchacha romántica e ignorante… Exponerte a la ruina…? Si entrase aquí en este momento, lo mataría*.

Ella se pasó la mano por los ojos, como para borrar el recuerdo de la cólera de Gabriel. Se preguntaba por qué lloraba y no supo darse otra respuesta que la frase que había dicho André: Porque fue maravilloso.

«Sí; lo fue. Pero tenía tan poca consistencia, y me ha costado tanto tiempo descubrirlo…

»No estoy llorando por André; él encontrará a otra. Dondequiera que vaya, en Londres, en París, en todas partes tendrá mujeres alrededor. No lloro por André».

Al fin agotó las lágrimas. En el hogar no había más que ceniza, la casa estaba en silencio y Miriam subió a su habitación reconfortada por el llanto, como suele ocurrir.

32

Día tras día iban regresando los hombres, con el uniforme completo o solo con una parte, a pie o a caballo, renqueando o indemnes. Venían del Norte por las polvorientas carreteras, del Oeste por la margen del río y del Este a través de los montes.

—Me recuerda el regreso de las tropas de Napoleón cuando yo era chico —dijo Ferdinand—. Con todas las botas destrozadas y sin botas, unos contentos de volver a casa, otros temiendo lo que van a encontrar. Lo mismo.

Sin duda, Gabriel tomaría el tren y vendría a verles desde Nueva Orleans, si volvía.

Regresaron los chicos de Pelagie, y se sometieron con gesto de resignación a un efusivo y lacrimógeno recibimiento; porque con su hombría ganada a pulso y sus barbas nuevas, se avergonzaban de manifestar lo contentos que estaban.

—¡Yo sí que he tenido suerte! —exclamó su madre, pasados los primeros accesos de risa y llanto—. La pobre mamá perdió a ocho de sus once hijos y yo, solo a dos de mis siete. Y mis muchachos han vuelto. Es verdad que ya no tienen un techo propio para cobijarse, pero, por lo menos, están vivos.

Henry, el hijo de Rosa, regresó también increíblemente intacto, a pesar de que había luchado por toda Georgia y sin duda había visto lo peor. Era un joven musculoso y bronceado que aparentaba bastantes menos de sus treinta años, y atrajo las tímidas miradas de Angelique, que bajó a cenar con el único chal de seda de Pelagie y un collar de granates del joyero de su madre.

La muchacha no había visto casi ningún hombre «elegible». «Cuando yo tenía su edad —pensó Miriam—, ya estaban empujándome al matrimonio y yo ya me creía preparada, como debe de creerse ella seguramente. Y, lo mismo que yo, debe de hacer cábalas sobre el cuerpo del novio y la cama nupcial. Tengo que decirle que no se quede mirando a Henry de ese modo, o Rosa lo notará. Pero no; no le diré nada. Que se enfrente al mundo a su manera. Es su mundo».

Rosa preguntó a Henry por lo menos una docena de veces si había visto a Gabriel o tenido noticias suyas. No dándose por satisfecha con su negativa, insistía una y otra vez en que alguien tenía que saber algo y que algún modo habría de averiguar lo sucedido, después de la confusión de la batalla final y la rendición.

Miriam, que no hacía preguntas, empezó por aquel entonces a tener sueños extraños. Al principio era una oleada de un deseo distinto del que sintiera por André. Este de ahora tenía un poso de una ternura próxima a la tristeza, algo huidizo, impalpable, lo que hacía que el temor a perderlo fuera tan vivido como el mismo deseo. A mitad de camino entre el sueño y la vigilia, pero consciente de que soñaba, sostenía la cabeza de un hombre contra su corazón, sentía su peso. ¡Oh, cuidar de él, no dejar que nada le hiera!

Por fin, un día, llegaron noticias. Las trajo uno de aquellos caminantes que venían por el río, hijo de un granjero del valle que se abría más allá de «Beau Jardín». El chico se había tropezado con el coronel Carvalho durante el desbarajuste de la guerra, y Gabriel le había dado un mensaje: «Que se iba al Norte para que le trataran una herida». El mensajero hablaba con lacónicos monosílabos y no supo responder a ninguna de sus preguntas sobre la índole de la herida, por qué no les había escrito y cuándo regresaría a casa.

Pero, por lo menos, estaba vivo. Solo había que esperar.

El verano avanzaba hacia su cenit, trayendo un cierto desasosiego y la impaciencia por «buscar otras salidas». La guerra había terminado; parecía haber llegado el momento de reanudar la vida «normal» que, para la familia de Ferdinand, a diferencia de los Labouisse, era la vida de ciudad.

Eugene había perdido demasiados años de estudio. Angelique había permanecido recluida en el campo mucho tiempo y, por su reacción a la presencia de Henry de Rivera, era evidente que estaba preparada para la siguiente etapa. Y ahora que había pasado lo más crítico, cuando había que sacar fuerzas de flaqueza, incluso el siempre animoso Ferdinand empezaba a dar señales de abatimiento.

Un día, más que pidiendo la opinión de Ferdinand pensando en voz alta, Miriam dijo:

—Sanderson me escribe que ha vuelto a la ciudad y se ha tomado la libertad, como dice él, de ir a la oficina y al almacén. Están abandonados, pero intactos. A pesar de sus atropellos, hay que agradecer a Butler que no destruyera la ciudad. Dice Sanderson que en el correo había un pedido de un

viejo cliente inglés que nos envía un cheque por anticipado. El opina que podríamos empezar de nuevo. Modestamente y con prudencia, desde luego.

Sus dedos doblaban la carta una y otra vez, haciendo crujir el papel mientras recordaba la satisfacción que le produjera dominar los misterios del libro mayor, contrastar su criterio con el de otras personas, construir un pequeño reino, si podía llamársele así, para su familia.

—El comercio volverá a prosperar —dijo—. Dios sabe cuándo, pero resurgirá.

—Ojalá pudiera aconsejarte —suspiró Ferdinand. Fue un suspiro de humildad y resignación—. Pero no me atrevo —agregó bruscamente, con una risa forzada.

—Papá, ahora tú descansa; bastante hiciste ya en tu tiempo —le recordó ella, sabiendo que Ferdinand estaría encantado de «descansar».

Pelagie y sus hijos fueron a ver lo que quedaba de «Plaisance». El viejo Lambert rehusó acompañarles. No quería enfrentarse con la ruina de la magnificencia que fuera la razón de su vida.

—Nunca volverá a ser lo que fue —dijeron a su regreso, sin dramatismo —. Construir una casa pequeña en la que podamos habitar mientras limpiamos las ruinas y contratamos a unos cuantos jornaleros para poner en cultivo unas hectáreas, nos llevará por lo menos un par de años.

La perspectiva era sombría. Fue entonces cuando a Miriam se le ocurrió la idea.

—¿Por qué no os quedáis aquí hasta que podáis empezar a reconstruir «Plaisance»? Podríais explotar esto mientras nosotros nos instalamos en la ciudad. Lo que saquéis de la cosecha siempre será una ayuda.

Las lágrimas de Pelagie, en todo momento prontas a brotar, corrieron ahora a impulsos de la gratitud.

—¡Qué buena eres! ¡Nos das un techo, nos alimentas y ahora esto! No sé cómo te las ingenias.

—Mi hija consigue todo lo que se propone. Tiene la cabeza de un hombre —dijo Ferdinand con orgullo.

«La cabeza de un hombre», pensaba Miriam humorísticamente. Y dijo a Pelagie y Eulalie, que esperaban ser incluidas en el elogio:

—Saldréis adelante. Las dos tenéis a quien pareceros. ¿No os acordáis de lo que contaba vuestra madre de su bisabuela, cuando la familia vivía en la costa alemana? Creo que la primera vez que me senté a la mesa en su casa le oí decir que tenían quinientos arapendes de tierra, que la casa era de troncos y que los cerdos andaban sueltos por el bosque buscando bellotas. Sí, lo

recuerdo. ¡Y ella estaba orgullosa de aquella vida dura! Bueno, la vuestra no será tan dura… Está decidido.

Miriam salió sola, a contemplar por última vez aquella tierra a la que tan poco apego había tenido. El ganado salía del establo a pastar. Los hijos de Pelagie habían empezado a ordenar las cosas, señalando el horario del ordeño y fijando el calendario de la siembra. Para ellos esta era la forma de vida natural, no un hábito que tuvieran que adquirir con arduo esfuerzo. La tierra y sus criaturas estaban pidiendo atención, y Miriam se alegraba de poder dejarlas en manos de gente que las amaba.

Sisyphus estaba en el porche, supervisando el escaso equipaje de la familia. Y Miriam recordó entonces el fasto de anteriores llegadas y partidas de «Beau Jardin»; los carros cargados de baúles, los cocheros con plumas en el sombrero y los lustrosos caballos con sus arneses adornados con tachones de metal. Cambios. Cambios.

Bajó hacia el agua, por el camino sombreado por cipreses y encinas. Era un día sin viento, las copas de las nisas estaban inmóviles y los arbustos de la orilla no se agitaban al paso de la brisa. El agua parecía un cristal negro, moteado de plata y bronce aquí y allá donde un rayo de sol taladraba la fronda. Y en sus quietas profundidades acechaba el caimán y se deslizaba la temible serpiente mocasín.

«Como en la vida —pensó Miriam—. El peligro se esconde en la belleza y la belleza, en el peligro». Y luego, en son de burla: «¡Qué filosófica estás esta mañana, Miriam!». Dio media vuelta y volvió a la casa. Era hora de marchar.

Alguien le tocó suavemente un hombro. Era Angelique, que sostenía un ramo de toscas zinnias que había cortado en el abandonado jardín.

—Tenemos que ponerlo en la tumba de papá antes de marcharnos —dijo con acento solemne.

Miriam levantó la mirada hacia la galería y luego la bajó al lugar en el que Eugene había quedado tendido.

—Claro —dijo en voz baja.

Los dos hermanos depositaron las flores en la tumba de su padre. Se movían y hablaban con suavidad, como si el hombre que yacía detrás del seto de rosas silvestres pudiera saber que estaban allí. El descansaba en el lugar que tanto amó, su «Beau Jardín».

Miriam, un poco apartada, observaba a sus hijos. Ahora los dos esperaban, sin saber qué esperaban; estaban en aquel breve intervalo de posibilidades

inciertas, en el umbral de la vida. Todavía no se podía adivinar lo que serían, pero ya faltaba muy poco para que se definiera su destino. Había llegado el momento. El chico, después de tantos años sin estudios se había vuelto inquieto y tosco; era casi tan tímido y agreste como un montañés. Pero franco también como un montañés. Y noble; era inconfundible la nobleza de su mirada, tan parecida a la de David.

Luego, los ojos de Miriam se posaron en la inclinada cabeza de Angelique, en su negra melena con reflejos de cobre. Con un rápido movimiento, la muchacha se arrodilló para dejar las flores y se irguió, alta y esbelta. Aquellos ojos color de té, que en el padre resultaban misteriosos y amenazadores, daban al rostro de la hija un exótico atractivo. Había heredado el orgullo de su padre, pero no su arrogancia. Y su madre reconocía en ella sin envidia una belleza mayor que la suya. El chico recitaba el Kaddish con una voz que temblaba de emoción, mientras Angelique contemplaba la tumba sobre la que dos abejorros se perseguían. «¡Cómo querían a su padre! —pensó Miriam—. Ellos no saben que nos fuimos infieles el uno al otro. No saben cómo fueron concebidos, cómo yo tenía que apretar los dientes para no gritar de rabia. Y nunca lo sabrán. Él los engendró y él cuidó de ellos. Es lo único que importa».

Pero ¡qué repulsión sentía ella! Repulsión y remordimiento a la vez. De pronto, dijo a sus hijos:

—Cuando tengáis veintiún años podréis decidir si queréis quedaros con este lugar. Yo, no.

¡Querida ciudad, querido hogar! La casa se hallaba en mejores condiciones de lo que ellos esperaban, aunque las cortinas estaban desteñidas por donde había entrado la lluvia; los suelos de *parquet*, estropeados; el jardín, convertido en una selva, y la pila de la fuente, llena de hojarasca.

En el buzón había una carta «De Gabriel», pensó Miriam, esperanzada. No era de Gabriel; era de Fanny.

Escribía desde Washington, donde trabajaba en una casa muy distinguida, cuidando de los niños y «ayudando» en general. «No es muy distinto de lo que hacía aquí», pensó Miriam, y siguió leyendo.

Son muy buenas personas, esta es una ciudad preciosa y estoy muy contenta, pero la echo de míenos. Nunca la olvidaré y siempre la querré.

FANNY

«Yo era una niña cuando le enseñé a escribir —pensó Miriam, contemplando la bonita rúbrica—. También ella, a su manera, me enseñó

mucho».

—¡Por la vida! —dijo en voz alta. Era como una bendición, casi como una plegaria, si se quería, una antigua bendición hebrea—. Suerte, Fanny —musitó doblando la carta.

El verano cedió paso al otoño. La oxiacanta se llenó de bayas rojas y un viento ligero ponía un filamento de nubes en un cielo de porcelana azul. Muy pronto empezarían a venderse por las calles patos silvestres, se acortarían aún más los días y vendrían las lluvias.

Junto a la tapia del cementerio, una última hortensia se mantenía enhiesta, chamuscada por el calor. Miriam y Ferdinand estaban delante de la artística y recargada sepultura que Ferdinand había comprado en sus tiempos de prosperidad, a instancias de Emma. Estuvo más de cinco minutos mirando sin pestañear la inscripción:

CI-GÎT EMMA RAPHAEL. NÉE DUCLOS.
FUE UNA BUENA MADRE Y UNA BUENA AMIGA
LLORADA POR TODOS LOS QUE LA CONOCIERON
PASSANS PRIÉZ POUR ELLE.

Miriam recorrió con la mirada las largas avenidas de nichos elevados, a resguardo de las crecidas del río, las tumbas rematadas por ángeles, las vitrinas de flores artificiales, y, por último, se posó en la sepultura de Sylvain Labouisse, situada a pocos pasos de distancia. ¡Viejas enemistades! La horrible noche de la fuga de David, Pelagie, con sus velos negros. Y David, el más pacífico de los hombres, recordando toda la vida el dolor que le había causado.

Viejas enemistades.

Pasaron un hombre y una mujer con el inconfundible aspecto de los turistas. Ella hablaba con acento yanqui.

—Es curioso, ¿verdad? Nunca había visto un cementerio como este. Y todo en francés, y también en la ciudad. No parece americana. —Se alejaron.

—No es cierto —objetó Ferdinand—; esta era la más americana de todas las ciudades. Era el paraíso americano. Oh, recuerdo cuando llegué por el río y desembarqué mi baúl… Aquí no había diferencias. Si trabajabas de firme, podías abrirte camino. —Se quedó ensimismado—. Y qué bien se vivía… ¡Qué dulce vida!

Se besó la yema de los dedos.

—Sí, sí, desde luego —dijo Miriam pacientemente.

Ferdinand acarició un bajorrelieve en el que un angelito mofletudo tocaba la trompeta. A poco, suspiró:

—Era una mujer muy buena.

—Era amable y cariñosa, y yo la quería mucho —dijo Miriam. Y luego, titubeando—: ¿Tú deseas ser enterrado aquí, papá?

—No. ¿No te lo había dicho? Hace mucho tiempo compré una tumba en el cementerio de Shanarai Chasset. —Al observar que su hija le miraba sorprendida, agregó con una curiosa mezcla de orgullo y timidez—: Mañana iré a rezar el Kaddish por Eugene. Y por muchos otros. Muchos.

Cuando volvían al coche, Ferdinand dijo:

—Ahora he descubierto en América algo que me había pasado inadvertido.

—¿Y es?

—Que aquí no tienes que perder tu personalidad ni olvidar quién eres. Puedes integrarte y al mismo tiempo mantener tu individualidad. De todos modos —agregó lentamente—, nadie puede escapar de sí mismo aunque lo desee, ¿verdad? Esta guerra y todos los falsos…

—Pero tú ya no deseas escapar, ¿verdad? —interrumpió ella.

—No. No… —Y miró a su hija con un fervor casi juvenil—. Supongo que podrías decir que estoy haciéndome viejo y quiero ponerme en paz con Dios. Cada día pienso más en tu madre y en las cosas que tenían importancia para ella. Pero eso ya lo sabes tú… También pienso mucho en Judah Touro, un hombre al que apenas conocí, y en cómo él volvió a sus orígenes. Algo debió de pasarle. ¿El qué? Quizá sea algo que, más tarde o más temprano, nos pasa a todos. ¿Por qué? Quizá lo llevemos dentro.

Miriam creía recordar haber oído decir a Gabriel que la gente, deseosa de olvidar los temores y humillaciones sufridos en Europa, descartaba también las cosas de valor. Sí; lo había dicho Gabriel.

Y entonces pensó: «Tarda mucho en volver a casa».

—Tengo ganas de ver a tu hermano, Miriam —dijo otra vez Ferdinand, como solía, últimamente—. Me gustaría saber si podré.

—Claro que podrás, papá. Aunque no sé cuándo.

—Me gustaría decirle que ahora comprendo muchas cosas que antes no comprendía. ¡Oh, hizo falta esta horrible guerra para que yo comprendiera a mi hijo! El tenía razón, sí, pero el camino que seguía, bien lo sabe Dios, no era el más prudente. De todos modos, fue fiel a sus convicciones, como tú no te cansabas de repetirme.

«Fiel a sus convicciones —pensó ella—. Como Gabriel». Y los recuerdos de Gabriel acudieron entonces a su memoria atropelladamente; vívidas escenas de distintos momentos y lugares: el sombrero de copa lleno de documentos, la huida de casa de David por las calles oscuras y solitarias, la habitación de Richmond, con vistas a una tétrica callejuela, y la presión de sus brazos.

Maxim arreó a los caballos, un par de jamelgos cansados, comprados a las fuerzas de ocupación que se deshicieron de ellos a bajo precio para ahorrarse la molestia de transportarlos. El coche traqueteaba. El tapizado estaba deteriorado.

—¡Cómo me lo han maltratado! —se lamentó Ferdinand—. Recuerdo el día en que lo compré y el día en que Eugene lo rescató de la quiebra para mí. ¡Qué gesto! En sus buenos tiempos era un carruaje espléndido. A mí siempre me gustaron las cosas alegres y vistosas: ruedas rojas, buena piel. Las cosas caras.

Y lanzó una carcajada breve y triste.

El desigual batir de los cascos de los caballos sonaba con demasiada estridencia en unas calles demasiado silenciosas.

—Esta ciudad tardará en revivir.

—Pero revivirá, papá. Y, mientras tanto, podríamos estar peor. Por lo menos tenemos casa, que es más de lo que puede decir mucha gente.

—Cierto. Tenemos casa. Y tenemos a tus guapos chicos. ¿Sabes?, a veces imagino a Angelique casándose en el jardín. Tal vez con Henry, el hijo de Rosa. ¿Qué te parece? Para que se prolongue el antiguo linaje sefardí, ¿eh?

¡Extraño deseo en boca de un hombre que en su genealogía no tenía ni el menor vestigio del tal linaje sefardí! Pero era muy propio de papá seguir alimentando deseos de grandeza, a pesar de reveses y tribulaciones. Ella disimuló la risa.

—¡Pues ni se me había ocurrido! —dijo, y frunció el entrecejo pensando: «Otra vez el casorio. ¡Y Angelique con dieciséis años recién cumplidos! Aún es pronto. No vayamos a equivocarnos otra vez. ¡No, si yo puedo impedirlo!».

—Y también pienso en ti, Miriam. Eres joven, demasiado, para estar sola. Ya estarás cansada de oírmelo repetir. Tiempo atrás pensé que entre tú y Perrin podría haber algo, si su mujer le concedía el divorcio… Emma decía que había rumores de divorcio. Me alegro de que no fuera así.

—Creí que él te gustaba. Parecías disfrutar con su compañía.

—Y disfrutaba. Tiene buen carácter, un humor muy agradable. Pero no era hombre para mí.

«Lástima que no se mostrara tan clarividente cuando me casé con Eugene», pensó. No respondió, y su padre la miró de soslayo, advirtiendo que había tocado una fibra sensible, y no dijo más.

Aquel mismo día, Sisyphus, vestido con el uniforme de mayordomo que él se empeñaba en ponerse, a pesar de que estaba viejo y deshilachado, estaba sirviendo el té cuando por la calle se acercó al trote un jinete que se apeó delante de la verja de la calle. El hombre ató las riendas al poste y empezó a subir por la avenida del jardín. Sisyphus estuvo a punto de soltar la jarrita de la leche.

—¡Anda, pero si parece Mr. Gabriel! —exclamó—. ¡Y lo es! ¡Y lo es!

Todos salieron disparados, derribando una silla y bajaron corriendo la escalera y la avenida. Pero Miriam fue la primera, la primera en pronunciar su nombre, la primera en abrazarle.

—Gabriel…

La manga izquierda colgaba vacía. Había perdido el brazo. Ella se quedó horrorizada.

—El brazo… —balbuceaba.

—Fue en la última batalla. En Five Forks, antes de la caída de Richmond.

—Tu brazo… —Ahora su voz se alzó sin control.

—No, no —le reconvino él suavemente—. Estoy vivo y doy gracias a Dios.

Entraron todos en la casa, Angelique y Eugene, Miriam, Ferdinand y Gabriel, y Sisyphus, cerrando la marcha, tan emocionado como todos los demás.

—Pasa, siéntate y déjanos verte —decía Ferdinand.

—Tu brazo —repetía Miriam.

Ferdinand forzaba la jovialidad, entrando en una conspiración masculina para soslayar el tema en atención a los delicados sentimientos de la señora.

—¿Dónde estabas? Hace meses que te esperamos.

—Tuve que ir al Norte. Por lo del brazo…, y por otras cosas.

Miriam consiguió dominarse por fin y apartó la mirada de aquella horrible manga vacía, para ponerla en la cara de Gabriel. Escuchaba las excitadas frases de Ferdinand con exquisita atención y cortesía. Siempre aquella reserva. La suya nunca fue una cara expresiva. Lo que tenía dentro lo guardaba para soltarlo mesuradamente. No lo derramaba a chorro… Pensó que nunca había visto una cara tan hermosa y varonil. Pensó que nunca le había visto, hasta aquel momento.

—¿Quieres coñac o vino? Tenemos una o dos botellas. No nos han dejado mucho. —Ferdinand, siempre el atento anfitrión.

—No, gracias, prefiero té.

—Cuando me acuerdo de la hospitalidad de antaño… —empezó Ferdinand, y luego preguntó—: Vienes para quedarte, ¿no?

—Sí. Presté el juramento y ya tengo el perdón.

Durante unos momentos, nadie supo qué decir. Eugene y Angelique estaban vivamente impresionados por aquel héroe de la guerra. Eugene, independientemente de sus nuevas opiniones sobre la guerra, aún admiraba a los héroes. Y la admiración le brillaba en la cara. Al fin pudo más la curiosidad.

—¿Qué dice el perdón?

—Es muy largo —sonrió Gabriel—. Un montón de palabras.

—¿La amnistía del presidente Johnson?

—No; eso solo perdona a los que participaron en lo que él llama «la pasada rebelión» que no fueran oficiales de alta graduación ni poseyeran bienes imponibles por valor superior a veinte mil dólares. Aunque yo no tengo bienes —sonrió—, era un oficial de alta graduación, y tuve que hacer una petición de clemencia individual.

Se hizo un largo silencio mientras los presentes digerían la información.

—Johnson no es como Lincoln, ¿verdad? —preguntó Ferdinand.

—No; temo que las cosas no irán tan bien para nosotros como habrían ido de haber vivido Lincoln.

—Lincoln era un hombre justo —dijo Eugene casi con timidez.

—Cierto. El mejor amigo que teníamos en el Norte.

—¡Nunca creí que te oiría decir eso! —exclamó Ferdinand.

—He dicho muchas cosas que nunca creí oírme decir a mí mismo.

Todas aquellas palabras volaban por encima de la cabeza de Miriam. Apenas las oía. «¡Con lo sencillo que es! —pensaba—. ¿Cómo no me di cuenta antes?».

Su presencia llenaba la habitación. Todo lo demás se perdía en el vacío, con las palabras que pronunciaban; los muebles, las mismas paredes se desvanecían dejando solo la luz dorada de la tarde y, en su centro, Gabriel. Y entonces tuvo un pensamiento jubiloso y frívolo: «Me alegro de haberme cambiado de vestido. Quiero estar perfecta. Que él se dé cuenta de lo contenta que estoy».

—La guerra nos ha cambiado a todos. ¿Sabéis que hubiera costado menos haber comprado a todos los esclavos y haberles dado la libertad? Sí; mucho

menos. Las diferencias entre nosotros no valían una guerra. La provocaron los políticos.

—Entonces, ¿por qué no lo hicieron? —preguntó el joven Eugene.

—¿El qué?

—Comprar los esclavos y darles la libertad.

—¡Demasiado fácil! En realidad, hubo muchas causas. Una, el dinero. Siempre el dinero.

Como si fuera su propio delito —¿y no lo era, por lo menos en parte?—, Miriam pensó en el horrendo beneficio obtenido de la sangre. *Pues ha sido un necio*, dijo André, y se reía.

—Honor y gloria —murmuró ella entonces. Las palabras le salieron espontáneamente—. Al fin y al cabo, no significan nada.

Eso también lo había dicho André.

—Bien —dijo Gabriel—, gloria no la hay, indudablemente, pero honor, sí. Y es lo único que nos queda. —Irguió el tronco—: Empezamos con honor y con honor hemos terminado, como dice David.

—¿David? ¿Has hablado con David? —exclamó Ferdinand.

—Sí; lo vi en Nueva York.

—¡Cuenta, cuenta! —apremió Ferdinand.

—Lo encontré bastante bien. Ha recobrado la salud. Lo que no podrá recobrar son los dientes. Por cierto, que se dice que van a formar consejo de guerra al criminal de Wirtz que mandaba el campo de Andersonville.

—¿Qué más te dijo? ¿Piensa venir pronto a casa?

—Vendrá a verles —respondió Gabriel suavemente—; pero su casa está en el Norte. Compréndalo.

—¿Así que piensa abrir un consultorio en Nueva York? ¿Dónde?

—Todavía no está decidido. Es el mismo de siempre… —Gabriel sonrió —. Ya se ha lanzado a nuevas batallas.

—¡Nuevas batallas!

—Sí; dice que la esclavitud asalariada es casi tan mala como la esclavitud de los negros. Es como venderse por un día. Y ahora está decidido a luchar para que eso cambie.

—¿Luchar? ¿Cómo? —Ferdinand estaba atónito.

—Bueno, no luchar exactamente. Quiere conseguir que suban los salarios, que en algunos lugares son vergonzosamente bajos. También, que mejoren las condiciones sanitarias de las casas de alquiler, las medidas de seguridad en las fábricas…, que se suprima el trabajo infantil y una larga lista de abusos. Quiere denunciarlo todo.

—¡Dios mío! —musitó Ferdinand.

—¡Pobre papá! —dijo Miriam casi con malicioso regocijo. La consternación de su padre resultaba un poco cómica—. Ya va siendo hora de que nos acostumbremos a nuestro David, ¿no crees?

—El es nuestro profeta iracundo —observó Gabriel. Y añadió serenamente—: El mundo necesita de personas como él, que van muy por delante de nosotros. Y, gracias a Dios, América siempre las tuvo.

Ferdinand suspiró.

—Y los judíos, también. Las personas como él representan la esencia de nuestra fe.

Miriam miró a su padre con expresión de sorpresa.

—Oh, Miriam, estoy envejeciendo, sí, pero aún no lo he olvidado todo.

—Es una fe democrática —dijo Gabriel suavemente—. Muy americana, si bien se mira.

Se quedó mirando una rama de hojas secas que golpeaba el cristal superior de la ventana. Tanto miraba que los demás miraron a su vez, pero solo vieron las hojas muertas. No obstante, advirtiendo su abstracción, respetaron su silencio.

—En fin —dijo él volviendo en sí—, hay que reconstruir. Llegará una nueva generación. Con el tiempo, todos viviremos mejor que antes.

—Eso dijo el rabino Gutheim la semana pasada —manifestó Eugene.

—Pues tiene razón —declaró Gabriel.

Angelique, que llevaba un rato mirando a Gabriel con la barbilla apoyada en las palmas de las manos, exclamó de pronto:

—¡Acaba de ocurrírseme que te pareces a Lincoln!

Un coro de risas disipó la gravedad del ambiente. Gabriel hizo una reverencia jocosa:

—Muchas personas no tomarían eso como un cumplido, Miss Angelique; pero yo, sí.

Ferdinand se levantó.

—¿Me perdonáis? Tengo cosas que hacer. Vamos, Eugene, Angelique, vosotros también tenéis cosas que hacer.

Miriam sabía que ninguno tenía nada que hacer; pero su padre, con algún propósito, quería dejarlos solos.

Ella dijo lo primero que le pasó por la cabeza:

—El brazo…, ¿te duele? Dicen que se siente dolor incluso después de…

—Un poco. Pero dice David que pasará. —Y agregó, compungido—: Los Estados Unidos dan prótesis a sus soldados, pero los nuestros no tienen dinero

para eso. Bien, tendré que procurármela por mis propios medios y dar gracias que no fue una pierna.

Él se agachó para acariciar a la perrita que estaba tendida a sus pies; pero hacía durar el acto demasiado. Y ella comprendió que necesitaba un pretexto para no tener que hablar mientras dominaba la emoción que se revelaba por su forma de apretar los dientes.

Preguntas, fragmentos de viejas charlas, firmes convicciones, lúgubres angustias y dudas, subsistían, zumbando en silencio. Y, mientras recordaba, Miriam sabía que Gabriel debía de recordar también aquellos fantasmas de los años muertos, provocando su presencia en aquella habitación. Y allí estaban, como el genio de la botella, esperando que alguien quitara el tapón. Miriam no se atrevía a hacerlo. Al fin, efectuando un esfuerzo, dijo en tono de reproche:

—No escribiste ni una sola vez. Podías pedir a alguien que lo hiciera por ti.

—Puedo hacerlo yo —respondió él rápidamente, eludiendo el tema principal—. Aún conservo el brazo derecho.

—¿Has cambiado? —preguntó ella, y en seguida se arrepintió de esta pregunta absurda. No había sabido elegir las palabras. Lo que ella quería decir era: «¿Aún sientes lo mismo por mí?».

Él atribuyó a la pregunta otro significado.

—Claro que he cambiado. Nadie puede haber vivido estos años sin cambiar. He visto a hombres que daban la última morfina que les quedaba a un herido enemigo y, perdona la atrocidad, a hombres que, en un acceso de rabia salvaje, le cortaban la lengua a un herido. ¿Preguntas si he cambiado?

Ella daba vueltas al anillo del zafiro que fuera de Emma, que, si ya le estaba holgado cuando lo heredó, ahora se le había quedado aún más grande.

—Perdona. Fue una pregunta estúpida.

—Sí…, pero yo no supe contestarla —dijo él rápidamente—. Soy excesivamente irritable. Me costará trabajo corregirme. Aunque lo intento… —Su voz se apagó.

—¿Qué harás ahora? —preguntó ella con suavidad.

Él no contestó en seguida. Casi ni oyó la pregunta. Ella estaba tan cerca que él distinguía hasta los finos poros de su cutis de ámbar. Allí la tenía, su Rebeca, tal como la recordaba. Allí estaban sus ojos, grandes y brillantes, su nariz dominante y altiva, en contraste con una boca tierna como la de una niña.

Abre la boca con sabiduría, y en su lengua está la ley de la amabilidad.

En Richmond, ella le abrazó y apoyó la cabeza en su hombro. Pero aquel fue un abrazo casto y fraternal…, no lo que él deseaba entonces, y seguía deseando. Bajo la tela del corpiño, de la falda vaporosa, de aquellos ridículos aros, esperaba… Pero no sería para él, sino para el otro, que no merecía ni el dedo meñique.

Se dominó. Ella preguntaba qué pensaba hacer. Le asaltó una profunda amargura, la más intensa que había sentido desde que le hirieran. ¿Qué alternativas le quedaban? Trató de flexionar unos dedos que no tenía y un agudo dolor le mordió en el brazo que tampoco tenía.

«Menos mal que es el izquierdo», pensó. Pero, de haber sido el derecho, ¿habría conseguido aprender a escribir con la izquierda? Aquello le intrigaba y frunció el entrecejo, mientras imaginaba a los dedos de su mano izquierda tratando de formar las letras que componían su nombre: el rizo de la G mayúscula, un trazo descendente y otro rizo más pequeño invertido, ahora el arco de la a minúscula. El papel estaría colocado a la derecha de la mano y él iría llenándolo de la escritura torpe y temblona de un pequeño colegial.

Volvió al presente. Ella aguardaba su respuesta.

—Pues abrir mi bufete —dijo—. Tratar de volver a empezar. ¿Y tú? —No la miraba. Tenía la vista fija en el suelo donde bailaban puntitos de luz, como confeti, del sol que se filtraba a través de las hojas que cubrían la ventana—. Me dijo David que…, que él pronto será libre.

—¿Te refieres a André?

—Sí; a André.

Gabriel lo nombró con un esfuerzo.

—Ya es libre. —A ella le parecía que iba a estallarle la garganta—. Se marchó. Creo que ha vuelto a Europa.

Gabriel no decía nada. Luego, en voz muy baja:

—Lo siento, Miriam.

—¿Lo sientes? ¿Por qué?

—Por lo que habrás sufrido.

—No he sufrido, Gabriel. ¡Yo le dije que se fuera!

Él la miró con incredulidad.

—¡Sí, sí; fui yo! Porque me di cuenta…, oh, sí, me costó, pero al fin me di cuenta de que estaba obcecada, de que aquello era una ilusión. Estas cosas ocurren, ¿no?

—¿Y habéis terminado?

—¡Sí; terminado! Oh, Gabriel, tengo tantas cosas que decirte…

Ahora le parecía que tenía que pedir perdón a aquel hombre, por su estupidez y su ceguera, por no haber sabido verle como era, por no haber entendido nada.

—Perdóname —le dijo llorando.

Acercó un taburete y se sentó a sus pies; le tomó la mano, oprimiendo la palma contra su mejilla, murmurando, susurrando, dejando salir las palabras sin vacilación ni reparo, hablándole en francés porque en esta lengua fluyen con más suavidad las palabras de amor.

—*Je t'aime*… Te quiero. Oh, me sentía tan rara, como si no fuera yo, no sé… Pero te quiero.

Él le acariciaba el pelo. Ella sentía el calor de su mano, alisando, alisando, y en el silencio oía su respiración. Pero él no contestaba. Ella le miró.

—Quiero casarme contigo, Gabriel. Deseo una vida larga, tranquila y maravillosa a tu lado. Quiero estar contigo todos los días que nos queden de vida. Somos jóvenes, y todavía…

Él volvió la cara y se la cubrió con la mano. Ella creyó oír:

—¡Ahora! ¡Dios mío, ahora! —Y, con voz más firme—: Oh, amor mío, ahora no puede ser. ¿Cómo quieres que me case contigo, tal como estoy?

Ella se levantó de un salto.

—¿Y qué importa? ¿Crees que eso puede influir en mí? ¿O que yo no pienso más que…?

No pudo continuar.

—Ya sé que no. Pero en mí sí que influye. Un marido manco que tiene que volver a empezar desde abajo, y sin un céntimo. No es así como yo soñaba venir a ti.

—¡No! ¡Te equivocas! ¡No! Di, ¿existe otra razón? ¿Es por él…, por André…? Ya no tienes confianza en mí y no quieres decírmelo.

—Tengo confianza en ti. Te confiaría mi vida.

—¡Pues no pido otra cosa!

Gabriel se levantó. Ella se acercó y le preguntó no solo con palabras, sino con los ojos y con los brazos que le rodeaban:

—¿Me quieres?

—Más que a nada en el mundo.

—Pues tómame. No puedes marcharte y dejarme.

La presión de su brazo era fuerte. Pero:

—Ya ves, ni abrazarte puedo. No puedo darte nada. Ni siquiera un anillo.

—¿Y qué importa el anillo?

—No me tortures, Miriam, ¡Miriam! —Le acarició la encendida mejilla —. Yo deseo…, me habría gustado… —Le temblaba la voz—. Pero ahora… Déjame.

Se desasió con suavidad.

Ella no podía hablar. Todo, todo era irreal. Casi sin fuerzas, se asió al respaldo de una silla mientras Gabriel salía apresuradamente. Cuando se cerró la puerta de la calle, ella se acercó a la ventana. Con los ojos secos le vio bajar por la avenida y montar en su caballo. Luego oyó el repicar de los cascos y le siguió con la mirada hasta la esquina. Y soltó la cortina.

«Desde otra ventana vi marchar a otro hombre, y también fue triste; pero esta vez es diferente. Ahora es el corazón».

—¿Qué tal? —preguntó Ferdinand con voz más jovial. Debía de estar esperando en el salón del otro lado del vestíbulo—. ¿Tan pronto se fue Gabriel? ¿Ocurre algo?

Ella respondió llanamente:

—Ocurre que le he pedido que se case conmigo.

—¿Que tú…? Un momento. ¿Tú le has pedido…?

—Sí.

La cara de Ferdinand se contrajo en una expresión de asombro. Luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¿Tú te has declarado? Debes de ser la única mujer del mundo capaz de semejante cosa. ¡Tú y tu hermano! Vosotros dos nunca dejaréis de sorprenderme con vuestras genialidades. ¡Y David se va a llevar una alegría…! ¡Figúrate! Di, ¿cuándo va a ser? Muy pronto, espero.

—Me ha rechazado, papá.

Ferdinand abrió mucho los ojos.

—¿Te ha rechazado? ¡Santo Dios! Pero si Rosa me dijo…, obligándome a jurar que le guardaría el secreto…

¡Rosa y sus secretos!

—… que él estaba enamorado de ti desde…

—Eso fue antes de perder un brazo.

Ferdinand estaba anonadado.

—No lo entiendo. Eso no debería importarle. Si a ti no te importa…

—Es el orgullo, papá. El orgullo varonil, y él tiene mucho. Voy a tener que hablar mucho para convencerle.

Ferdinand puso una mano cálida en el hombro de su hija.

—Lo siento, hija. Has tenido que sufrir demasiado a pesar de ser todavía tan joven.

—Muchas cosas han sido culpa mía. Otras, no.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Hacer? Pues convencerle. Pero ahora, papá, si no te importa, me gustaría estar sola un rato.

Él se hizo a un lado para dejarla pasar y ella bajó al viejo jardín lateral, aquel pequeño lugar donde tantas cosas le habían ocurrido.

Allí seguía Afrodita. La paloma que tenía a sus pies estaba rota, pero Ferdinand había limpiado la fuente y volvía a correr la doble cascada, como una falda de dos volantes. Y allí permaneció sentada sin moverse, hasta que se apaciguaron los latidos de su corazón y se calmó su respiración. El agua gorgoteaba alegremente; del otro lado de la tapia llegaban voces y ruidos de la vida que volvía a la calle, la vida de la vieja, vieja ciudad del río pardo y sufrido.

Allí sus hijos habían aprendido a andar. Allí se sentó ella, temblorosa, en su primera visita a la casa en la que se hizo mujer. Y recordó la casa de su padre que se apareció a sus ojos altiva como un palacio el día en que, cogida de la mano de David y sintiéndose extraña con su elegante vestido nuevo, llegó a este extraño país.

Recordó las extrañas lenguas aprendidas en el viaje sobre el ondulante océano, y el barco, y a Gabriel adolescente chorreando de agua y sosteniendo en brazos a la perrita que tiritaba.

Había sido un camino largo, muy largo, y el mundo había dado muchas vueltas.

—Pero yo consigo lo que me propongo —dijo en voz alta. Sentía un nudo en la garganta, pero se lo tragó y siguió hablando al aire—: Sé hacer cosas. He hecho muchas cosas que nunca creí poder hacer. Y puedo hacer que él cambie de actitud. Sí, Gabriel; puedo conseguirlo.

Se le había parado una mariposa en la muñeca. Tenía las alas en reposo, verticales como las velas de un barco y de un malva opalescente. «Probablemente, una vulgar ninfa del bosque», pensó sorprendiéndose a sí misma por haber recordado el grabado de un enorme libro de David. La hermosa superficie de las alas recordaba la textura de la seda oriental. Todo es textura, todo lo que tiene vida, pero no siempre podemos distinguirla cuando formamos parte de ella.

Ahora pudo sonreír. ¿No decía Fanny que si una mariposa viene a posarse en ti es señal de buena suerte?

La pequeña criatura tembló, abrió las alas y echó a volar. Con rápido aleteo, se acercó a unos arbustos, se elevó, viró en el aire y se perdió en la

bruma oro y plata de la tarde.



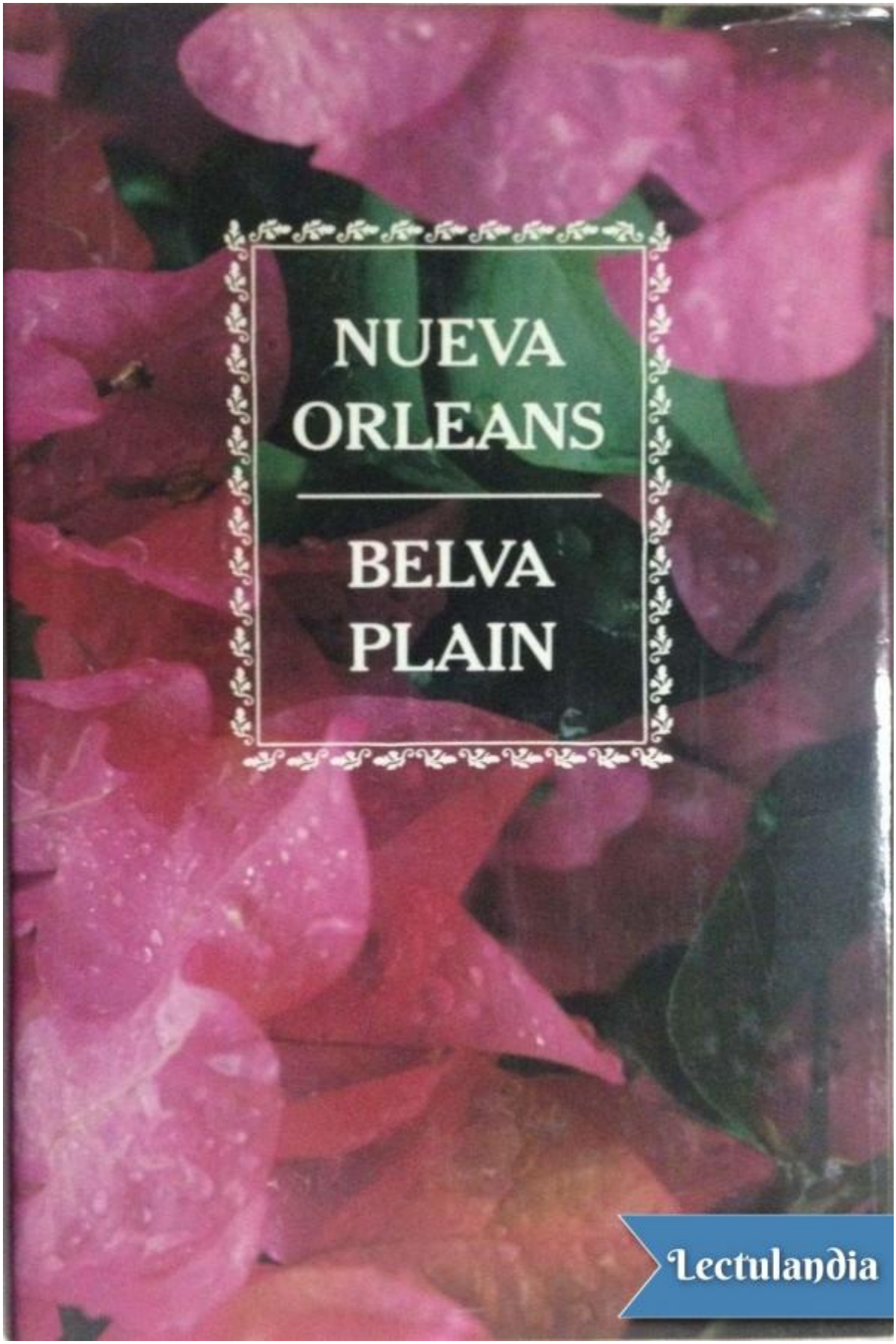
BELVA PLAIN (Belva Offenberg) (Nueva York, EEUU, 1915 - Millburn, EEUU, 2010) creció en el Upper East Side de Manhattan. Era hija de un promotor inmobiliario de éxito. Los abuelos de su padre eran inmigrantes judíos procedentes de Alemania. Los antepasados de su madre eran católicos irlandeses. Fue hija única. Escribió poesía en su adolescencia y pasaba los veranos en una casa que tenía la familia en New Canaan, Connecticut. Allí aprendió a ordeñar vacas y jugueteaba con su perro.

Después de graduarse en Historia, conoció a un aspirante a médico de Newark llamado Irving Plain. Se casó y se mudó a Filadelfia, donde él estudió oftalmología y ella pagaba las cuentas escribiendo historias cortas de romance para revistas como *McCall's* y *Ladies Home Journal*. Una vez que Irving finalizó sus carrera, la pareja se mudó a South Orange.

No fue hasta muchos años más tarde, cuando los tres hijos de Belva ya fueron mayores y criaban a sus propios hijos, que volvió a escribir. Comenzó su primera novela *Siempre verde* (*Evergreen*) que fue publicada en 1978, epopeya romántica que se convirtió en un *best-seller*. Estuvo 41 semanas en las listas de éxitos de *The New York Times* y fue adaptada como serie de televisión para la *NBC*.

La carrera literaria de Belva abarcó tres décadas (70, 80, 90). De esta autora se ha dicho que nadie explora el corazón humano como Belva Plain lo hacía.

Sus novelas han cautivado a los lectores y tiene legiones de devotos admiradores.


NUEVA
ORLEANS
BELVA
PLAIN
Lectulandia